ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Edición: Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú s/f.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: Lluita Comunista. (Partit Comunista del Poble de Catalunya)



ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

- ¡Los que hayan estado en mi casa a dar la lección antes de la fiesta, que se levanten!

El hombre de carnes fláccidas, negra sotana y pesada cruz colgando del cuello, miró amenazador a los alumnos.

Sus malignos ojillos parecían querer atravesar a los seis que se habían levantado de los bancos: cuatro niños y dos niñas. Los pequeños miraban con temor al hombre de la sotana.

- Vosotras, sentaos -indicó el pope a las niñas con un ademán.

Ellas se sentaron rápidamente, dejando escapar un suspiro de alivio.

Los ojillos del padre Vasili se concentraron en las cuatro figurillas que continuaban en pie.

- ¡Acercaos, palomitos!

El padre Vasili levantóse, apartó la silla y se aproximó a los muchachos, apretujados en un solo haz.

- ¿Quién de vosotros, malvados, fuma?

Los cuatro respondieron quedamente:

- Nosotros no fumamos, padre.

El rostro del pope se congestionó.

- Conque no fumáis, canallas, entonces ¿quién ha echado tabaco en la masa? ¡Ahora veremos si fumáis o no! ¡Volveos los bolsillos! ¡Ea, vivo! ¿Estáis sordos? ¡Volveos los bolsillos!

Tres de los niños comenzaron a poner sobre la mesa el contenido de sus bolsillos.

El pope escudriñaba atentamente las costuras, buscando el menor rastro de tabaco, pero no encontró nada, y la emprendió con el cuarto, un muchachito de ojos negros, camisa gris y pantalones azules, con remiendos en las rodillas.

- ¿Qué haces ahí parado como un pasmarote?

El niño de ojos negros, mirándole con odio contenido, respondió sordamente.

- No tengo bolsillos -pasó sus manos por las costuras del pantalón.

- ¡Ah, conque no tienes bolsillos! ¿Crees que no sé quién pudo hacer la marranada de estropearme la masa? ¿Te imaginas que ahora vas a continuar en la escuela? No, pichón, de ésta no escaparás de rositas. La vez pasada, tu madre, a fuerza de ruegos, pudo conseguir que quedaras aquí, pero ahora es la definitiva. ¡Fuera de la clase! -y agarrando cruelmente de la oreja al chiquillo, lo empujó al corredor y cerró la puerta tras él.

La clase quedó muda, expectante. Nadie comprendía por qué expulsaban a Pavka Korchaguin de la escuela. Sólo Seriozha Bruszhak, amigo y camarada de Pavka, le había visto espolvorear con tabaco la masa pascual del pope, cuando los seis alumnos retrasados en los estudios le esperaban en la cocina de su casa para dar las lecciones suplementarias.

Después de ser expulsado de la clase, Pavka se sentó en el último peldaño de la entrada. Pensaba en cómo presentarse en casa y qué decir a su madre, siempre tan diligente, que desde por la mañana hasta bien avanzada la noche trabajaba de cocinera en casa del inspector de arbitrios.

Las lágrimas le ahogaban.

"¿Qué voy a hacer ahora? Y todo por culpa de ese maldito pope. ¿Para qué diablos le echaría yo tabaco en la masa? Seriozha me incitó. "Venga -dijo-, echémosle tabaco en la masa a ese tío víbora". Y se lo echamos. A Seriozha no le pasará nada, pero a mí, seguramente me expulsarán".

La enemistad con el padre Vasili databa ya de mucho tiempo. En cierta ocasión, Pavka se peleó con Mishka Levchukov y le castigaron a quedarse sin comer. Para que no hiciera diabluras en la clase vacía, el maestro llevó al travieso muchacho al grupo de los mayores, a la segunda clase. Pavka se sentó en el último banco.

El maestro -un hombre enjuto, con chaqueta negra- hablaba de la Tierra y de los astros. Pavka oía, con la boca abierta de asombro, que hacía ya muchos millones de años que existía la Tierra, y que las estrellas eran semejantes a ella. Hasta tal punto quedó maravillado de lo oído, que sintió deseos de levantarse y decirle al profesor: "En la Historia Sagrada no está escrito así", pero temió que ello le costara algún contratiempo desagradable.

En la lección de Historia Sagrada, el pope siempre daba a Pavka la nota de sobresaliente. El niño se sabía de carrerilla todos los himnos religiosos, el

Nuevo y el Antiguo Testamento y lo que Dios había creado cada día. El muchacho decidió preguntar al padre Vasili. En la primera lección de Historia Sagrada, apenas el pope se hubo sentado en el sillón, alzó la mano, y una vez recibido permiso para hablar, se levantó.

- Padre, ¿por qué dice el maestro de la clase de los mayores que la Tierra existe desde hace millones de años, y no cinco mil, como reza la Historia Sa... –e inmediatamente se cortó, asustado por el chillido del padre Vasili:

- ¿Qué estás hablando, canalla? ¡Así es cómo tú estudias la Historia Sagrada!

Sin que Pavka hubiera tenido tiempo de decir ni pío, el pope le agarró de ambas orejas y comenzó a golpearle la cabeza contra la pared. Un minuto más tarde, molido y lleno de miedo, el muchacho fue arrojado al corredor.

La madre también propinó a Pavka una buena tunda.

Al día siguiente, la mujer fue a la escuela y, a fuerza de ruegos, logró que el padre Vasili readmitiera a su hijo. Desde aquel entonces, Pavka odiaba al pope con toda su alma. Le odiaba y le temía. Pavka, que no perdonaba a nadie los pequeños ultrajes recibidos, tampoco perdonó al pope la inmerecida paliza, y, lleno de rencor, encerróse en sí mismo.

El padre Vasili infirió al muchacho otros muchos pequeños agravios: lo sacaba al corredor por motivos fútiles, teníale semanas enteras en un rincón de la clase, y no le preguntaba la lección ni una sola vez. Por todo esto, antes de Pascua, Pavka tuvo que ir a examinarse con los atrasados en casa del pope. Allí en la cocina fue precisamente donde el muchacho espolvoreó con tabaco la masa de la mona de Pascua.

Aunque nadie le había visto, el pope supo en seguida quién había sido el autor de la jugarreta.

...La lección terminó, los niños salieron corriendo al patio y rodearon a Pavka, que callaba sombrío. Seriozha Bruszhak no salió de la clase; sentíase también culpable, pero no podía hacer nada en favor de su compañero.

Por la abierta ventana de la sala de profesores asomó la cabeza de Efrem Vasílievich, director de la escuela, y su gruesa voz de bajo hizo estremecerse a Pavka.

- ¡Decidle a Korchaguin que se presente a mí inmediatamente!

Y Pavka, con el corazón palpitante, dirigióse hacia la sala de profesores.

El dueño de la fonda de la estación -un hombre viejo y pálido, con ojos de un color incierto- echó una rápida mirada a Pavka, que se encontraba un poco apartado.

- ¿Cuántos años tiene?

- Doce -respondió la madre.

- Bueno, que se quede. Las condiciones son: ocho rublos al mes y la comida los días de trabajo. Trabajará un día sí y otro no; además, no debe robar.

- ¿Pero qué dice usted? No robará, se lo aseguro -dijo asustada la madre.

- Bueno, que comience hoy mismo a trabajar -ordenó el amo, y volviéndose a la dependienta, que se encontraba a su lado, tras el mostrador, le dijo-: Zina, acompaña al muchacho al fregadero, dile a Frósenka que le dé el trabajo que hacía Grishka.

La dependienta dejó sobre el mostrador el cuchillo con el que estaba cortando jamón, con un movimiento de cabeza indicó a Pavka que la siguiera y atravesó el comedor en dirección a la puerta lateral que conducía al fregadero. Pavka caminaba tras ella. La madre le acompañaba presurosa, cuchicheándole de prisa:

- Pórtate bien, Pavlusha, no me hagas quedar mal.

Y, siguiendo al hijo con una triste mirada, encaminóse hacia la salida.

En el fregadero se trabajaba febrilmente: sobre la mesa de cocina se elevaba una verdadera montaña de platos, tenedores y cuchillos, que varias mujeres secaban con paños echados al hombro.

Un muchacho de cabellos rojizos y alborotados, algo mayor que Pavka, afanábase en atender dos enormes samovares.

El fregadero estaba lleno del vapor que despedía la gran tina con agua caliente en que se fregaba la vajilla. Al principio, Pavka no pudo distinguir los rostros de las mujeres que allí trabajaban. Y permaneció de pie sin saber qué hacer ni en dónde meterse.

La dependienta Zina se acercó a una de las mujeres que fregaban la vajilla y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

- Aquí tienes, Frósenka, a un nuevo chico en sustitución de Grishka. Explícale lo que hay que hacer.

Dirigiéndose a Pavka y señalando a la mujer a quien acababa de dar el nombre de Frósenka, agregó:

- Esta es la jefa. Haz cuanto ella te diga. -Y, volviéndose, se dirigió hacia el comedor.

- Bueno -respondió en voz baja Pavka y miró interrogante a Frosia. Esta, enjugándose el sudor de la frente, le miró de arriba abajo, como apreciando sus cualidades, y, subiéndose la manga, que se había resbalado más abajo del codo, dijo con voz sonora y extraordinariamente agradable:

- Tu trabajo, querido, no es nada difícil; consiste en alimentar esta caldera desde por la mañana, y debes procurar que en ella haya siempre agua hirviendo. Como es natural, tienes que partir la leña; y esos samovares, que ves ahí, también corren a tu cargo. Después, cuando sea necesario, limpiarás cuchillos y tenedores, y tirarás el agua sucia. Trabajo basta, querido, hasta para sudar la gota gorda -dijo la mujer, recargando el acento en la "a" con el dejo

peculiar de la gente de Kostromá. Esto y su rostro subido de color con su chata naricilla, hicieron que Pavka se sintiera más alegre.

"Se ve que es una buena mujer", decidió Pavka para su coleto y, animándose, se dirigió a Frosia.

- ¿Y qué debo hacer ahora, tía?

Lo dijo y quedó cortado. La explosión de risa de las mujeres que trabajaban en el fregadero ahogó sus últimas palabras.

- ¡Ja-ja-ja!... A Frósenka le ha salido un sobrino...

- ¡Ja-ja! -reía Frosia más fuerte que las otras.

A causa del vapor, Pavka no había podido ver bien el rostro de Frosia, que sólo tenía dieciocho abriles.

Ya completamente turbado, se volvió hacia el muchacho de los samovares y preguntó:

- ¿Qué debo hacer ahora?

Pero el chico cogió la pregunta con sofocada risa:

- Pregúntaselo a la tía, ella te lo dirá todo, como un libro; yo estoy aquí de paso. -Y, dándole la espalda, corrió hacia la puerta que conducía a la cocina.

- Ven aquí, ayuda a secar los tenedores -oyó Pavka a una de las mujeres, ya entrada en años, que estaba fregando.

- ¿A qué vienen esos relinchos? ¿Qué de particular ha dicho el chico? Toma -ordenó a Pavka, dándole un paño-, sujeta una punta con los dientes y la otra con una mano, de manera que quede bien tirante, y pasa las púas del tenedor por el borde del paño, procurando que no quede ni rastro de suciedad. Aquí son muy rigurosos en esto. Los señores examinan los tenedores, y si los encuentran sucios, la dueña, en un dos por tres, te pone de patitas en la calle.

- ¿Cómo la dueña? -dijo Pavka, sin comprender-. Si aquí es el dueño quien me ha admitido.

La fregona rompió a reír.

- Aquí el dueño, hijito, no pinta nada, es un trasto viejo. La dueña es la cabeza de todo el negocio. Hoy no está, pero... ya lo verás cuando lleves unos días trabajando.

La puerta del fregadero se abrió y entraron tres camareros con montones de vajilla sucia.

Uno de ellos, ancho de espaldas, bizco, de cara grande y angulosa, apremió:

- ¡Vivo, vivo! Va a llegar el tren de las 12, y vosotros estáis remoloneando.

Y mirando a Pavka, inquirió:

- ¿Quién es éste?

- Es el chico nuevo -respondió Frosia.

- ¡Ah, el chico nuevo! -dijo-. Pues mira –su pesada mano cayó sobre el hombro de Pavka y le empujó hacia los samovares-, siempre debes tenerlos listos, y, como ves, el uno se ha apagado y el otro apenas respira. Por hoy, pase, pero si se repite mañana, te daré en los hocicos. ¿Comprendes?

Sin responder palabra, Pavka la emprendió con los samovares.

Así comenzó su vida de trabajador. Pavka nunca se había esmerado tanto como en aquel su primer día de trabajo. Comprendió que allí no estaba en casa, donde se podía desobedecer a la madre. El bizco le había dicho claro que, si no obedecía, le rompería los hocicos.

Saltaban chispas de los barrigudos samovares, de cuatro cubos de capacidad, cuando Pavka soplaba en ellos utilizando, a guisa de fuelle, su bota colocada sobre el tubo de la chimenea. Agarrando los cubos con las inmundicias, volaba al basurero, echaba leña a la caldera del agua, ponía a secar en los hirvientes samovares los paños mojados, hacía cuanto le mandaban. Bien entrada la noche, Pavka, cansado, bajó a la cocina. La vieja fregatriz Anisia, mirando a la puerta que se había cerrado tras de Pavka, dijo:

- Vaya un chico más raro; se agita como un loco. Se ve que lo han enviado a trabajar por necesidad.

- Es un chaval diligente -dijo Frosia-, no hay que arrearle para que trabaje.

- Pronto se cansará -respondió Lusha-, al principio todos se esmeran...

A las siete de la mañana, agotado por la noche de insomnio y el interminable ajetreo, Pavka entregó los samovares hirviendo al chico de turno, un muchacho mofletudo y de ojillos descarados.

Después de asegurarse de que todo estaba en orden y de que los samovares hervían, el muchacho hundió las manos en los bolsillos, escupió por entre los dientes, y con aires de desdeñosa superioridad, mirando a Pavka con sus ojos albinos, dijo en un tono que no admitía objeciones:

- ¡Eh, tú, papanatas! Mañana ven a relevarme a las seis.

- ¿Por qué a las seis? -preguntó Pavka-. El relevo es a las siete.

- Los que hayan de relevarse, que se releven, pero tú ven a las seis. Y si le das demasiado a la sinhueso, te voy a poner un ojo a la funerala. ¡Valiente títere, acaba de entrar a trabajar y ya está dándose tono!

Las fregatrices que habían entregado el trabajo observaban con interés la conversación de los dos chicos. El tono insolente y la conducta provocadora del muchacho enfurecieron a Pavka. Dio un paso hacia su compañero de faena, disponiéndose a alumbrarle una buena bofetada, pero el miedo a ser despedido, ya en el primer día, le contuvo. Ensombreciéndose, dijo:

- Cuidadito con meterte conmigo, pues te vas a quemar los dedos. Mañana vendré a las siete, y sé pegarme tan bien como tú; conque, si quieres probar, estoy a tu disposición.

Su adversario dio un paso atrás, retrocediendo hacia la caldera y mirando con asombro al enfurecido Pavka. No esperaba una réplica tan categórica, por lo que se desconcertó un poco.

- Bueno, eso lo veremos -masculló.

El primer día había terminado sin novedad, y Pavka se dirigió a casa con el sentimiento del hombre que se ha ganado honradamente su descanso. Ahora, también él trabajaba, y nadie le diría que era un zángano.

El sol matinal se elevaba perezoso por detrás de la mole de la serrería mecánica. Pronto se vería la casita de Pavka, situada a continuación de la finca de Leschinski.

"Seguramente, se ha levantado ya mi madre, y yo regreso del trabajo", pensó Pavka, y apretó el paso, silbando. "No ha resultado tan mal el que me hayan echado de la escuela. De todas formas, el maldito pope no me hubiera dejado vivir, y ahora puedo reírme de él", razonaba Pavka, mientras se acercaba a casa. Al abrir el postigo, recordó: "Y a ese tipo de las cejas blancas le tengo, sin falta, que romper la cara".

La madre trajinaba por el patio, atareada con el samovar. Al ver a su hijo, le preguntó inquieta:

- ¿Qué tal?

- Bien -respondió Pavka.

La madre quería prevenirle algo. Pavka comprendió: en la ventana del cuarto, abierta de par en par, se veía la ancha espalda de su hermano Artiom.

- ¿Cómo, ha venido Artiom? -preguntó confuso.

- Llegó ayer y, va a quedarse aquí. Trabajará en el depósito de máquinas.

Pavka, un poco cohibido, abrió la puerta de la habitación.

La enorme figura que estaba sentada a la mesa, de espaldas a él, se volvió, y por debajo de las cejas, negras y pobladas, los severos ojos del hermano miraron a Pavka.

- ¡Ah, ha llegado el tabaquero! ¡Bien, bien, salud!

La conversación con su hermano no auguraba a Pavka nada bueno.

"Artiom ya lo sabe todo -pensó Pavka-. Artiom puede reñirme y zurrarme la badana".

Pavka temía un poco a Artiom.

Más, por lo visto, el hermano mayor no estaba en plan de pelea; sentado en el taburete y acodado sobre la mesa, tenía clavados en Pavka sus ojos, que miraban entre burlones y despectivos.

- ¿Así pues, dices que ya has terminado los estudios en la universidad, has dominado toda la ciencia y ahora te dedicas a quitar basura? -dijo Artiom.

Pavka fijó sus ojos en la tabla agrietada del piso, examinando atentamente la cabeza de un clavo que sobresalía; pero Artiom se levantó y dirigióse a la cocina.

"Según parece, de ésta escaparé sin cataplasmas", pensó Pavka, lanzando un suspiro de alivio.

Mientras bebían té, Artiom preguntó tranquilamente a su hermano lo ocurrido en la clase.

Pavka se lo contó todo.

- ¿Y qué va a ser de ti en adelante, si continúas siendo tan sinvergüenza? -dijo con pena la madre-. ¿Qué vamos a hacer con él? ¿A quién habrá salido? ¡Dios mío, cuánto me ha hecho sufrir este muchacho! -se lamentaba.

Artiom, apartando la taza vacía, dijo a Pavka.

- Bien, hermanito. Ya que la cosa ha sido así, ándate con ojo, no hagas pillerías en el trabajo, y cumple todo lo que haga falta, porque si te echan de ahí te pondré la cara como un mapa. Recuérdalo. Basta ya de hacer rabiar a la madre. Dondequiera, diablos, que te metes, siempre la lías; en todas partes haces de las tuyas. Pero ahora, basta ya. Trabajarás un añito, y pediré que te tomen de aprendiz en el depósito de máquinas; porque en aquellas basuras no te harás un hombre. Hay que aprender un oficio. Eres aún pequeño, pero dentro de un año lo pediré, y quizás te admitan. Yo me traslado aquí y aquí trabajaré. Mamá no servirá más. Ya ha doblado bastante el espinazo delante de toda clase de canallas, pero tú ten cuidado, Pavka, sé un hombre.

Se levantó, irguiéndose en toda su enorme estatura, se puso la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla y dijo a la madre:

- Me voy, por una horilla, a solucionar unos asuntos. -E inclinándose al cruzar el umbral, salió.

Ya en el patio, anunció a. Pavka, al pasar por la ventana:

- Te he traído unas botas y una navaja; la madre te las dará.

La fonda de la estación estaba abierta noche y día.

En el nudo ferroviario se cruzaban seis líneas. La estación hallábase siempre abarrotada de viajeros, y sólo por dos o tres horas -durante la noche, en el intervalo entre dos trenes- se apaciguaba el movimiento. Allí convergían y se separaban en diferentes direcciones centenares de trenes militares. Llegaban del frente e iban para él. De allá, con hombres mutilados y destrozados; para allá, con un torrente de gente nueva enfundada en monótonos capotes grises.

Pavka se pasó dos años enfangado en aquel trabajo. La cocina y el fregadero fue cuanto vio en los veinticuatro meses. En la enorme cocina del sótano bullía un trabajo febril. Se afanaban allí más de veinte personas. Diez camareros iban y venían del comedor a la cocina.

Pavka ya no ganaba ocho rublos, sino diez. En aquellos dos años había crecido, haciéndose más fuerte. Durante dicho plazo le ocurrieron muchas peripecias. Habíase ahumado en la cocina, trabajando de pinche durante medio año, para ir a caer de nuevo en el fregadero por haberle echado el todo poderoso jefe de cocina, a quien no le gustaba aquel muchacho intratable, del que, en cualquier momento, se podía esperar una cuchillada si se le daba un capirotazo. Por ello le habrían despedido de la fonda hacía

mucho, pero le salvaba su inagotable capacidad de trabajo. Pavka, sin cansarse, podía trabajar más que nadie.

En las horas de gran movimiento en la fonda, corría como un loco con las bandejas, saltando, de cuatro en cuatro o de cinco en cinco, los peldaños de la escalera de la cocina.

Por las noches, cuando cesaba la aglomeración en los dos comedores, los camareros se reunían abajo, en las pequeñas despensas de la cocina. Comenzaba un juego de azar desenfrenado, al "punto" y al "nueve". En más de una ocasión, había visto Pavka billetes sobre las mesas. Aquella cantidad de dinero no le asombraba, pues sabía que cada uno de los camareros, en sus horas de servicio, recibía de treinta a cuarenta rublos de propinas. De cincuenta en cincuenta kopeks, rublo a rublo, acumulaban esa cantidad. Y después se emborrachaban y se jugaban el dinero, porfiadamente, a las cartas. Pavka se irritaba contra ellos.

"¡Maldita canalla! -pensaba-. Ahí tienes a Artiom, mecánico-ajustador de primera, y gana cuarenta y ocho rublos al mes, y yo, diez, mientras que éstos se sacan otros tantos al día. ¿Y por qué? Sirven y retiran. Se lo beben y lo pierden a las cartas".

Pavka les consideraba, como a los dueños, extraños y hostiles. "Aquí, los muy bribones, trabajan de lacayos, mientras que sus mujeres e hijitos viven en las ciudades como los ricos".

A veces, traían a sus hijos vestidos con uniforme del liceo, y hasta a sus mujeres, que, a causa de la abundancia, eran orondas como toneles. "Y quizás tengan más dinero que aquellos señores a quienes sirven", pensaba Pavka. Tampoco le extrañaba lo que ocurría por las noches en los rincones de la cocina y en las despensas de la fonda; Pavka sabía bien que todas las dependientas y fregonas trabajaban allí poco tiempo, a no ser que se vendieran por unos rublos a cuantos tenían poder y fuerza en el establecimiento.

Pavka pudo ver lo más profundo de la vida, su fondo, el pozo, y, ávido de todo lo nuevo y desconocido, percibió el hedor del moho, de la humedad cenagosa.

Artiom no consiguió que su hermano entrara a trabajar de aprendiz en el depósito: no admitían a los menores de quince años. Pavka esperaba con impaciencia el día en que saldría de la fonda: el enorme y ahumado caserón de piedra le atraía.

Frecuentemente, iba allí a ver a Artiom, examinaba con él los vagones y trataba de ayudarle en algo.

Cuando Frosia se marchó del trabajo, terminó por dominarle el tedio.

Ya no estaba allí la muchacha riente y alegre. Y Pavka advirtió, con mayor agudeza, cuán grande era el afecto que le había tomado. Al llegar por la mañana al fregadero y oír los gritos regañones de las mujeres evacuadas, experimentaba cierta sensación de vacío y soledad.

Una noche, durante las horas de calma, mientras echaba leña a la caldera, Pavka se sentó en cuclillas frente a la abierta portezuela del fogón. Con los ojos entornados, miraba el fuego: ¡qué agradable era el cálido aliento del fogón! En el fregadero no había nadie.

Su pensamiento retornó de pronto a lo ocurrido a Frosia hacía poco, y ante sus ojos resurgió nítidamente la escena.

El sábado, durante el descanso de la noche, Pavka bajaba a la cocina. En un recodo, picado por la curiosidad, se encaramó a lo alto de la leña para mirar al interior de la despensa, donde, habitualmente, se reunían los jugadores.

El juego estaba en todo su apogeo. Salivánov, cárdeno de emoción, tenía la banca.

En la escalera resonaron unos pasos. Pavka volvió la cabeza y vio descender a Prójoshka. Pavka se metió debajo de la escalera, para esperar a que aquél entrara en la cocina. Bajo la escalera todo estaba sumido en la oscuridad, y Prójoshka no podía verle.

Prójoshka torció hacia abajo y Pavka vio su espalda ancha y su cabezota. Alguien más descendía con paso apresurado y ligero, y Pavka oyó una voz conocida:

- Prójoshka, espera.

Prójoshka se detuvo y, volviendo la cabeza, miró hacia arriba.

- ¿Qué quieres? -gruñó.

Los pasos resonaron hacia abajo, y Pavka reconoció a Frosia.

La muchacha cogió de la manga al camarero y, con voz quebrada y contenida, le dijo:

- Prójoshka, ¿dónde está el dinero que te dio el teniente?

Prójor retiró el brazo con brusquedad.

- ¿Qué? ¿El dinero? ¿Acaso no te lo he dado? -replicó con voz irritada y áspera.

- Pero él te dio trescientos rublos -en la voz de Frosia se percibían sollozos ahogados.

¿Trescientos rublos, dices? -profirió con sarcasmo Prójoshka-. ¿Y qué, quieres recibirlos? ¿No será demasiado caro, señorita, para una fregona? Me parece que con los cincuenta que te he dado, ya está bien. ¡Ni que fueras una marquesa! Incluso damas más finas, con instrucción, no cobran tanto. Da las gracias: has dormido con un hombre una noche y te has embolsado cincuenta rublos en plata. ¿Me crees idiota? Te daré aún unos diez o veinte rublos, y basta; y si no eres tonta, aún ganarás más: yo te recomendaré a otro. -Y pronunciando displicente las últimas palabras, Prójoshka volvió la espalda y se metió en la cocina.

- ¡Canalla, víbora! -le gritó Frosia al ver que se marchaba y, apoyándose en la leña, comenzó a sollozar ahogadamente.

Imposible describir los sentimientos que embargaron a Pavka, cuando en la oscuridad, de pie debajo de la escalera, oyó esta conversación y vio a Frosia, temblorosa, dándose de cabezazos contra los leños. Pavka no delató su presencia; agarrado convulsivamente a los soportes de hierro de la escalera, callaba, mas por su mente pasó con precisión y claridad:

"También a ésta la han vendido los malditos. ¡Ay, Frosia, Frosia!..."

El odio a Prójoshka, escondido en el fondo de su corazón, tornóse más fuerte y profundo, y todo cuanto le rodeaba le producía repugnancia, haciéndosele aborrecible. "¡Ah, si tuviera fuerza, mataría a ese granuja de una paliza! ¿Por qué no seré grande y forzudo como Artiom?"

Las llamitas del hogar surgían y se apagaban; temblaban sus lengüecillas rojas, trenzándose en un largo bucle azulado. Y a Pavka le parecía que alguien, malicioso y burlón, le mostraba la lengua.

En el recinto reinaba el silencio; tan sólo se oía el crepitar del fogón y el rítmico golpeteo de las gotas desprendidas del grifo.

Klimka acababa de dejar en el escurridor la última cacerola, que había fregado hasta sacarle brillo, y estaba enjugándose las manos. En la cocina no había nadie. El cocinero de turno y las cocineras dormían en el guardarropa. La cocina solía quedar en calma, por tres horas nocturnas, y Klimka siempre las pasaba arriba, con Pavka. El pinché había hecho muy buenas migas con el muchacho de negros ojos, encargado de la caldera. Una vez arriba, Klimka vio a Pavka, sentado en cuclillas ante el fogón abierto. Pavka percibió en la pared la sombra de la conocida figura desgreñada y dijo sin volverse:

- Siéntate, Klimka.

El pinche se encaramó a los apilados leños, echóse sobre ellos, y mirando a Pavka, que continuaba sentado en silencio, sonrió:

- Qué, ¿estás haciendo brujerías con el fuego?

Pavka apartó con esfuerzo la mirada de las lengüecillas rojas. Dos ojos enormes y brillantes se clavaron en Klimka. El pinché vio en ellos una tristeza muda. Era la primera vez que Klimka veía esta expresión en los ojos de su camarada.

- Qué extraño estás hoy, Pavka...- Y luego de permanecer callado unos instantes, preguntó-: ¿Te ha ocurrido algo?

Pavka se levantó y tomó asiento al lado de Klimka.

- No me ha pasado nada -respondió con voz sorda-. Me es muy duro estar aquí, Klimka. -Y las manos que descansaban sobre sus rodillas se crisparon.

- ¿Qué te pasa hoy? -insistió Klimka, incorporándose ligeramente.

- ¿Dices que hoy? Siempre lo he estado, desde que vine a parar a este trabajo. ¡Fíjate en lo que se hace aquí! Trabajamos como camellos, y en señal de agradecimiento, te pega en la boca todo el que se le antoja, sin que tengas defensa de nadie. Los dueños nos alquilaron para que les prestáramos servicio a ellos, pero todo aquel que es lo suficientemente fuerte para ello tiene derecho a zumbarnos. Pues aunque revientes, no puedes contentar a todos, y aquel a quien no has satisfecho, te sacude. Tú te esmeras para hacerlo todo como es debido, para que nadie pueda tomada contigo, corres por todos lados, echando los bofes, pero, es igual, a alguien no le llevas las cosas a tiempo y éste te larga un par de pescozones.

Klimka le interrumpió asustado:

- No grites así, puede entrar alguien y oírte.

Pavka se levantó impetuoso:

- ¡Que me oigan! De todas formas me marcharé de aquí. Más vale quitar la nieve de la vía, mientras que esto... esto es un hoyo, todos son un atajo de ladrones. ¡Cuánto dinero tienen todos! Y a nosotros nos tratan como a bestias, con las muchachas hacen lo que les viene en gana; y la que es buena y no se entrega, la arrojan a la calle en un dos por tres. ¿Dónde van a meterse? Reclutan evacuadas sin hogar y hambrientas. Ellas se agarran al cacho de pan; aquí, al menos, pueden comer, y por el hambre acceden a todo.

Pavka decía esto con tal cólera, que Klimka, temiendo que alguien oyera la conversación, se levantó de un salto y cerró la puerta de la cocina, mientras Pavka continuaba dando rienda suelta a la ira acumulada en su alma.

- Tú, Klimka, callas cuando te pegan. ¿Por qué callas?

Pavka se sentó en el taburete cercano a la mesa y, con aire de fatiga, apoyó la cabeza en la palma de la mano. Klimka echó leña al fuego y sentóse también junto a la mesa.

- ¿Hoy no vamos a leer? -preguntó a Pavka.

- No tenemos ningún libro -respondió Pavka-, el quiosco está cerrado.

- ¿Qué, acaso no venden hoy? -dijo Klimka asombrado.

- Los gendarmes se han llevado al vendedor. Han encontrado algo allí -replicó Pavka.

- ¿Por qué se lo han llevado?

- Dicen que por política.

Klimka miró a Pavka, sin comprender.

- ¿Y qué significa eso de política?

Pavka se encogió, de hombros.

- ¡El diablo sabe! Dicen que se llama política a todos los que van contra el zar.

Klimka se encogió asustado.

- ¿Acaso hay gente así?

- No sé -respondió Pavka.

La puerta se abrió, y Glasha, soñolienta, asomó al fregadero.

- ¿Por qué no dormís, muchachos? Podéis dar

unas cabezadas, por una hora, hasta que llegue el tren. Vete, Pavka, yo cuidaré de la caldera.

Pavka dejó de trabajar allí antes de lo que esperaba y de manera, no prevista por él.

Un frío día de enero, Pavka, después de haber terminado su turno, disponíase a marchar a casa, pero el muchacho que tenía que relevarle no había aparecido. Fue a ver a la dueña y le dijo que se marchaba a casa, pero la mujer no le dejó. Pavka, cansado, tuvo que trabajar otro día entero, y a la noche no podía tenerse en pie. Durante el descanso, había que llenar las calderas y hacerlas hervir para la llegada del tren de las tres.

Pavka abrió el grifo: no había agua. Seguramente, la bomba no funcionaba. Dejó el grifo abierto, echóse sobre la leña y se durmió: el cansancio le había vencido.

Unos minutos más tarde, el grifo cloqueó y oyóse un gorgoteo; el agua empezó a caer en el depósito, llenólo hasta los bordes, lo rebasó y corrió por los baldosines del piso del fregadero, donde, como de ordinario, no había nadie. Cada vez caía más agua, inundando el piso y saliendo a la sala por debajo de la puerta.

Los arroyuelos corrían por debajo de los bártulos y maletas de los dormidos pasajeros. Nadie se dio cuenta de ello, y sólo cuando el agua hubo mojado a un pasajero que dormía en el suelo y éste se levantó de un salto, gritando, todos se abalanzaron a sus maletas, al tiempo que se formaba gran alboroto.

Y el agua subía y subía.

Prójoshka, que acababa de retirar la vajilla sucia de una de las mesas de la segunda sala, se lanzó embalado al oír los gritos de los pasajeros y, saltando los charcos, corrió hacia la puerta y la abrió violentamente de par en par. El agua, contenida hasta entonces por la puerta, irrumpió con fuerza en la sala.

Aumentó el griterío. Los camareros de guardia corrieron al fregadero. Prójeshka se abalanzó sobre el dormido Pavka.

Uno tras otro, llovieron los golpes sobre la cabeza del muchacho, completamente atontado por el dolor.

A causa del sueño, Pavka no comprendía nada. En sus ojos surgían brillantes relámpagos, y un dolor agudo se extendía por todo su cuerpo.

Molido, se arrastró con dificultad hasta su casa.

Por la mañana, Artiom, sombrío y ceñudo, preguntó a Pavka sobre lo ocurrido.

Pavka le contó todo tal y como aconteciera.

- ¿Quién te ha pegado? -preguntó sordamente Artiom.

- Prójoshka.

- Bien, quédate en la cama.

Artiom se puso la pelliza y, sin pronunciar palabra, salió.

- ¿Puedo ver al camarero Prójor? -preguntó a Glasha un obrero desconocido.

- Ahora entrará, espere -respondió la mujer.

La enorme figura se reclinó en el marco de la puerta.

- Está bien, esperaré.

Prójor, llevando en la bandeja toda una montaña de vajilla, empujó la puerta con el pie y entró en el fregadero.

- Ese es -dijo Glasha, señalando a Prójor.

Artiom avanzó unos pasos, y dejando caer pesadamente su mano sobre el hombro del camarero, le preguntó, mirándole a la cara:

- ¿Por qué has pegado a mi hermano, a Pavka?

Prójor quiso liberar su hombro, pero un puñetazo terrible le derribó por tierra; trató de levantarse, pero un segundo mazazo, más terrible aún que el primero, lo dejó clavado en el suelo.

Las mozas, asustadas, se apartaron a un lado con espanto.

Artiom volvió se de espaldas y se dirigió a la salida. Prójoshka se revolvía en el suelo, con la cara partida, bañada en sangre.

Artiom no regresó por la tarde del depósito de máquinas.

La madre se enteró de que estaba detenido en el cuartelillo de los gendarmes.

A los seis días, Artiom regresó a casa por la noche, cuando la madre dormía ya. Se acercó a Pavka, que estaba sentado en la cama, y le preguntó cariñoso.

- ¿Qué, hermanito, te has repuesto ya? -inquirió, sentándose a su lado-. Hay cosas peores. -Y, luego de unos instantes de silencio, añadió-: No tiene importancia, irás a la fábrica de electricidad: ya he hablado de ti. Allí aprenderás un oficio.

Pavka apretó fuertemente, con ambas manos, la enorme diestra de Artiom.

Capítulo segundo

En la pequeña ciudad irrumpió, como un torbellino, la fulminante noticia: "¡Han echado al zar!"

Los vecinos no querían creerlo.

De un tren, llegado penosamente a través de la tormenta de nieve, saltaron al andén dos estudiantes, con fusiles terciados sobre los capotes, y un destacamento de soldados revolucionarios, con brazaletes rojos. Detuvieron a los gendarmes de la estación, a un viejo coronel y al jefe de la guarnición. Y en la ciudad se convencieron. Por las nevadas calles, en procesión interminable, millares de personas marcharon a la plaza.

Todos escuchaban con avidez las nuevas palabras: libertad, igualdad, fraternidad.

Pasaron los días bulliciosos, ebrios de excitación y de alegría. Llegó la calma, y sólo la bandera roja sobre el edificio del Ayuntamiento -donde se habían hecho los amos los mencheviques y los del Bund-

hablaba del cambio operado. Todo o demás continuó igual que antes.

A fines de invierno, acantonó en la pequeña ciudad un regimiento de caballería de la Guardia. Por la mañana iba en escuadrones a la estación, a la caza de desertores huidos del frente Suroeste.

Los soldados de caballería de la Guardia, altos y fornidos, tenían cara de bien cebados. Los oficiales, príncipes y condes en su mayoría, llevaban áureas charreteras y en los pantalones de montar plateados ribetes; todo como en tiempos del zar, como si no hubiera habido revolución.

Para Pavka, Klimka y Seriozha Bruszhak tampoco había cambiado nada. Sus amos continuaban siendo los de antes. Sólo en el lluvioso mes de noviembre comenzó a ocurrir algo anormal. En la estación aparecieron hombres nuevos, en su mayoría soldados del frente, con el peregrino apodo de "bolcheviques".

Nadie sabía de dónde procedía aquel nombre tan sonoro e imponente.

A los de la Guardia les era difícil detener a los desertores del frente. Cada vez con mayor frecuencia saltaban los cristales de la estación, hechos añicos por disparos de fusil. Los hombres se desgajaban del frente en grupos enteros y, cuando se intentaba detenerles, se oponían a bayonetazo limpio. A principios de diciembre comenzaron a llegar por trenes enteros.

Los soldados de la Guardia invadieron la estación con el propósito de contener aquella avalancha, pero les quitaron las ganas con ráfagas de ametralladora. Hombres habituados a mirar cara a cara la muerte se volcaron de los vagones.

Los hombres grises del frente rechazaron hasta la ciudad a los soldados de la Guardia. Los rechazaron y volvieron a la estación, para continuar su camino convoy tras convoy.

En la primavera del año 1918, los tres amigos volvían de casa de Seriozha Bruszhak, donde habían estado jugando a las cartas, al "sesenta y seis". Por el camino torcieron hacia el jardín de Korchaguin. Se echaron en la hierba. Estaban aburridos. Todas las ocupaciones cotidianas les fastidiaban. Comenzaron a pensar en cómo pasar mejor el día. De pronto, a sus espaldas resonaron los cascos de un caballo, y en el camino hizo su aparición un jinete. El caballo salvó la cuneta que separaba la carretera de la empalizada del jardín. El jinete hizo una seña con la *nagaika* a Pavka y a Klimka, que estaban tumbados en la hierba:

- ¡Eh, chavales, acercaos!

Pavka y Klimka se levantaron de un salto, y acercáronse corriendo a la empalizada. El jinete estaba todo lleno de polvo del camino, que cubría su gorra echada para atrás, la guerrera caqui y los pantalones del mismo color. De su fuerte correaje de soldado colgaban un revólver y dos granadas alemanas.

- ¡Traedme un poco de agua, muchachos! -pidió el jinete, y, cuando Pavka hubo corrido a casa por el agua, se dirigió a Seriozha, que no le quitaba ojo-: Dime, muchachín, ¿qué poder hay en la ciudad?

Seriozha, presuroso, comenzó a contar al jinete todas las novedades.

- Hace ya dos semanas que no tenemos ningún poder. Nuestro único poder son las patrullas de autodefensa. Todos los vecinos salen, por turno, a guardar la ciudad durante las noches. ¿Y quién es usted? -preguntó el chico a su vez.

- Vaya, si sabes mucho, te harás pronto viejo -respondió el jinete, mientras una sonrisa retozaba en sus labios.

Pavka salió corriendo de la casa con una jarra de agua en las manos.

El jinete la apuró ávidamente, de un solo trago; luego devolvió la jarra a Pavka, tiró de las riendas y partió al galope, hacia la linde del pinar.

- ¿Quién será? -preguntó perplejo Pavka a Klimka.

- ¿Qué sé yo? -respondió éste, encogiéndose de hombros.

- Seguramente habrá otro nuevo cambio de poder. Por eso se largaron ayer los Leschinski. Si los ricos huyen, es porque van a venir los guerrilleros -así, rotundamente, con aplomo, explicó Seriozha este problema político.

Sus argumentos eran tan convincentes, que Pavka y Klimka coincidieron en el acto con él.

Antes de que los muchachos pudieran extenderse al particular, resonaron en la carretera cascos de caballo. Los tres se abalanzaron a la empalizada.

Del bosque, por detrás de la casa del inspector forestal, que apenas divisaban los muchachos, avanzaban gentes, carretas, y muy cerca, por la carretera, una quincena de hombres a caballo, con fusiles cruzados sobre la silla. En cabeza cabalgaban dos: uno de edad madura, con guerrera caqui, correaje de oficial y prismáticos colgando sobre el pecho, y, a su lado, aquel que hacía unos instantes habían visto los chicos. El hombre maduro llevaba una cinta roja en la guerrera.

- ¿No te decía yo? -exclamó Seriozha, dando con el codo a Pavka en el costado-. Mira, una cinta roja. Son guerrilleros. ¡Que me quede ciego si no son guerrilleros!... - Y, gritando de alegría, saltó, como un pajarillo, por encima de la empalizada.

Ambos amigos le siguieron. Ahora los tres se encontraban en el borde de la carretera, mirando a los que se acercaban.

Los jinetes estaban ya próximos. El que conocía a los muchachos les saludó y, señalando con la nagaika la casa de los Leschinski, preguntó:

- ¿Quién vive en esa casa?

Pavka, esforzándose por no quedar a la zaga del caballo, le contaba:

- Ahí vivía el abogado Leschinski. Ayer huyó. Por lo visto, se asustó de ustedes...

- ¿Cómo sabes tú quienes somos? -preguntó sonriendo el hombre entrado en años.

Pavka, señalando a la cinta, dijo:

- ¿Y eso, qué es? Se ve a la legua...

Los vecinos se habían echado a la calle y miraban curiosos al destacamento que entraba en la ciudad. Nuestros amigos, desde la carretera, contemplaban también a los guardias rojos, que venían polvorientos y cansados.

Después de haber visto pasar, traqueteando sobre el empedrado, el único cañón del destacamento y las carretas con ametralladoras, los muchachos echaron a andar tras los guerrilleros, y sólo se marcharon cada uno a su casa cuando el destacamento llegó al centro de la ciudad y comenzaron sus hombres a alojarse en las viviendas.

Por la tarde, en el salón grande de la casa de los Leschinski -donde se había instalado el Estado Mayor del destacamento-, cuatro hombres estaban sentados en torno a una mesa de labradas patas; tres de ellos mandaban grupos y el cuarto, el camarada Bulgákov, hombre ya entrado en años y de pelo canoso, era el jefe del destacamento.

Bulgákov había extendido sobre la mesa un mapa de la provincia y pasaba por él la uña, trazando líneas, al tiempo que decía al hombre de pómulos salientes y fuerte dentadura que estaba sentado frente a él:

- Tú dices, camarada Ermachenko, que habría que luchar aquí, pero yo opino que hay que retirarse por la mañana. Incluso sería bueno hacerlo esta misma noche, pero la gente está cansada. Nuestra tarea consiste en poder replegamos a Kasatin antes de que lleguen allí los alemanes. Es ridículo oponer resistencia con nuestras fuerzas… Un cañón y treinta proyectiles, doscientas bayonetas y sesenta sables. ¡Una fuerza terrible!... Los alemanes avanzan como un alud de hierro. Nosotros sólo podemos combatir uniéndonos a otras unidades rojas en retirada. Pues no debemos perder de vista, camarada, que, además de los alemanes, encontraremos en nuestro camino muchas bandas contrarrevolucionarias. Mi opinión es que debemos retiramos mañana mismo, en las primeras horas del día, volando el puentecillo situado detrás de la estación. Mientras los alemanes lo reconstruyen, pasarán dos o tres días. Su desplazamiento por ferrocarril se detendrá. ¿Qué opináis, camaradas? Decidamos.

Struzhkov, que estaba a un lado de Bulgákov, movió los labios, miró el mapa, después a Bulgákov y, por fin, dijo expeliendo trabajosamente las palabras que se atascaban en su garganta:

- Yo... a... apoyo a Bulgákov.

El más joven de los cuatro, que llevaba blusa de obrero, coincidió:

- Lo que propone Bulgákov es sensato.

Y sólo Ermachenko, el mismo que por la tarde había hablado con los muchachos, denegó con la cabeza:

- ¿Para qué diablos hemos reunido entonces el destacamento? ¿Para retiramos sin lucha ante los alemanes? Yo creo que debemos zurrarnos aquí con ellos. Estoy ya harto de correr... Si de mí dependiera, entablaríamos combate aquí, sin falta.... - Apartó bruscamente la silla, se levantó y empezó a recorrer la estancia de un ángulo a otro.

Bulgákov le dirigió una mirada desaprobatoria.

- Hay que combatir con cabeza, Ermachenko. Nosotros no podemos lanzar a la gente a una derrota y exterminio seguros. Además, sería ridículo. Nos sigue toda una división con artillería pesada, con blindados... No hay que ser chiquillo, camarada Ermachenko... -Y, dirigiéndose a los demás, terminó-: Así pues, queda decidido que nos retiraremos mañana por la mañana... La siguiente cuestión es la del enlace -continuó Bulgákov-. Como nosotros somos los que nos retiramos los últimos, nos corresponde la tarea de organizar el trabajo en la retaguardia de los alemanes. Aquí hay un importante nudo ferroviario, la ciudad tiene dos estaciones. Debemos cuidamos de que en la estación trabaje un camarada de confianza. Ahora resolveremos a quién de los nuestros hemos de dejar aquí para que vaya organizando el trabajo. Proponed candidatos.

- Creo que debe quedarse aquí el marino Zhujrái -dijo Ermachenko, acercándose a la mesa-. En primer lugar, Zhujrái es de estas tierras. En segundo, es ajustador y electricista, y ello le facilitará encontrar trabajo en la estación. Nadie ha visto a Fiódor con nuestro destacamento; llegará únicamente hoy por la noche. Es un muchacho con caletre y pondrá el asunto en marcha. A mi parecer es el hombre más adecuado.

Bulgákov asintió con la cabeza.

- Justo, estoy de acuerdo contigo, Ermachenko. ¿Vosotros camaradas, no tenéis nada que objetar? -preguntó, dirigiéndose a los restantes-. ¿No? Entonces, es cosa decidida. Dejaremos a Zhujrái dinero y una credencial para el trabajo... Ahora, la tercera y última cuestión, camaradas -pronunció Bulgákov-. Se trata de las armas que se encuentran en la ciudad. Aquí hay un verdadero arsenal de fusiles, veinte mil, que han quedado de los tiempos de la guerra zarista. Están guardados en un henil y olvidados por todos. Me lo ha comunicado un labrador, el dueño del henil. Quiere deshacerse de ellos... Como es natural, no se puede dejar ese depósito a los alemanes. Considero necesario quemarlo. Y además, ahora mismo, para que al amanecer todo esté terminado. Sólo que es peligroso prenderle fuego: el henil se encuentra en las afueras de la ciudad, entre las casas de los pobres. Pueden arder las casas de los campesinos.

Struzhkov -de fuerte complexión y cerdosas mejillas por las que no había pasado la navaja hacía mucho- removióse en su asiento:

- ¿Pa... pa... para qué... prenderles fuego? Yo pi... pienso que hay que distribuir las armas entre la po... población.

Bulgákov se volvió hacia él rápidamente:

- ¿Distribuirlas, dices?

- Muy bien. ¡Eso está muy requetebién! -exclamó con entusiasmo Ermachenko-. Distribuir los fusiles a los obreros y al resto de la población, a los que quieran. Por lo menos, tendrán con qué rascar las costillas a los alemanes, cuando aprieten bien el dogal. Y van a apretar de firme. Y cuando ya no se pueda aguantarlo más, los muchachos empuñaran las armas. Struzhkov ha tenido mucho acierto al proponer que los fusiles se distribuyan. Tampoco estaría mal llevarlos incluso al campo. Los campesinos los esconderán bien, y cuando los alemanes comiencen, con sus requisas, a dejarlos más limpios que una patena, ¡habrá que ver lo necesarios que serán esos fusilitos!

Bulgákov rió:

- Sí, pero los alemanes ordenarán que se entreguen las armas, y la gente las dará.

Ermachenko protestó:

- No, no todos se desprenderán de ellas. Unos las entregarán y otros se las quedarán.

Bulgákov interrogó con la mirada a los reunidos.

Distribuyamos los fusiles, distribuyámoslos -dijo el joven obrero, apoyando a Ermachenko y Struzhkov.

- Bien, los distribuiremos -accedió Bulgákov-. Hemos terminado -anunció levantándose de la mesa-. Ahora podemos descansar hasta la mañana. Cuando llegue Zhujrái, que venga a verme. Hablaré con él. Y tú, Ermachenko, ve a recorrer los puestos.

Al quedarse solo, Bulgákov pasó al dormitorio de los dueños, contiguo al salón, extendió el capote sobre el colchón de muelles y se acostó.

Por la mañana, Pavka regresaba de la fábrica de electricidad, donde llevaba ya un año entero trabajando de ayudante de fogonero.

En la ciudad reinaba una animación extraordinaria que, inmediatamente, le saltó a la vista. Cada vez con mayor frecuencia encontraba por el camino hombres que llevaban uno, dos y hasta tres fusiles. Sin comprender lo que ocurría, Pavka se apresuró a llegar a casa. Cerca de la finca de los Leschinski, montaban a caballo sus conocidos del día anterior.

Entró corriendo en casa, lavóse con premura y, al enterarse por su madre de que Artiom no había vuelto aún, salió disparado en busca de Seriozba Bruszhak, que vivía en el extremo opuesto de la ciudad.

Seriozha era hijo de un ayudante de maquinista. Su padre tenía una casita propia y una pequeña hacienda.

Seriozha no estaba en casa. Su madre, una mujer corpulenta y de tez blanca, miró a Pavka con cara de pocos amigos.

- ¡El diablo sabe dónde se habrá metido! Apenas despuntó el día, se marchó el condenado. Dicen que, en cierto lugar, están repartiendo armas; seguramente, allí debe de encontrarse. Habría que daros una buena azotaina, guerreros mocosos. Os habéis desmandado más de la cuenta. No es posible hacer carrera de vosotros. Andáis aún con el cascarón en salva sea la parte y ya vais por armas. Dile a ese bribón que como traiga a casa aunque no sea más que un cartucho, le arrancaré la cabeza. Traerá toda clase de porquerías y luego habrá que responder por él. ¿Y tú qué, también vas para allá?

Pero Pavka ya no escuchaba a la gruñona madre de Seriozha y, de dos zancadas, se plantó en la calle.

Por la carretera venía un hombre con un fusil en cada hombro.

- Tío, dime de dónde los has sacado -le preguntó Pavka, corriendo hacia él.

- Los están repartiendo allí, en Verjovina.

Pavka se dirigió a todo correr hacia el lugar indicado.

Cuando ya había dejado atrás dos calles, tropezó con un muchacho cargado de un pesado fusil con la bayoneta calada.

- ¿Dónde lo has cogido? -le detuvo Pavka.

- Los del destacamento los reparten frente a la escuela, pero ya no hay. La gente ha arramblado con todo. Han estado repartiendo durante toda la noche y ya sólo quedan los cajones vacíos. Este fusil es el segundo que me llevo -terminó orgulloso el mozalbete.

La noticia amargó terriblemente a Pavka.

"¡Ay, diablo, hubiera debido plantarme allí en un vuelo, en vez de ir a casa! -pensó con desesperación-. ¿Cómo se me ha podido escapar esto?"

Y de pronto, iluminado por una idea, volvióse bruscamente y, alcanzando en tres saltos al muchacho que se alejaba, le arrancó con fuerza el fusil.

- Ya tienes uno, y te basta. Y éste para mí -manifestó Pavka en tono que no admitía réplica.

El muchacho, enfurecido por aquel despojo en pleno día, arremetió contra Pavka, pero éste dio un paso atrás y, adelantando la bayoneta, le gritó:

- ¡Detente, que te vas a ensartar!

El muchacho rompió a llorar de rabia y se marchó corriendo, lanzando maldiciones, presa de impotente cólera. Y Pavka, satisfecho, se dirigió veloz hacia casa. Saltó la valla, corrió al pequeño pajar y, después de esconder entre las vigas del techo el fusil conseguido, entró en la vivienda silbando alegremente.

Hermosas son las tardes de verano en Ucrania, en

villas tan pequeñas como Shepetovka, donde el centro es ciudad y los arrabales, aldea.

En esas apacibles tardes estivales, toda la juventud se echa a la calle. A la puerta de las casas, en los jardincillos, sentados en los bancos y sobre las vigas amontonadas ante las obras en construcción se encuentran en grupos o por parejas todos los mozos y mozas del lugar. Resuenan las risas y las canciones.

El aire vibra, saturado del denso aroma de las flores. En la profundidad del cielo titilan apenas, como luciérnagas las estrellas, y la voz se oye lejos, muy lejos...

Pavka tiene cariño a su acordeón vienés. Amorosamente le hace descansar sobre sus rodillas, mientras sus ágiles dedos rozan leves las teclas para correr rápidos de arriba abajo, haciendo escalas. Suspiran las notas bajas y el acordeón canta con bizarría, con gorjeos de ruiseñor...

Serpenteaba el acordeón, ¿y cómo no emprender la danza? Era imposible contenerse, las piernas se movían solas. El acordeón respiraba cálidamente, ¡qué hermoso era vivir!

Aquella noche reinaba una alegría singular. La juventud, bulliciosa, se había reunido en las vigas cercanas a la casa en que vivía Pavka, y la risa más sonora era la de Gálochka, su vecina. A la hija del cantero le gustaba bailar y entonar canciones con los muchachos. Tenía voz de contralto, pastosa y aterciopelada.

Pavka la temía un poco. Su lengüecilla era desenvuelta. Se sentaba en las vigas, al lado de Pavka, le abrazaba con fuerza y reía a carcajadas.

- ¡Ay, acordeonista valiente! Lástima que no hayas crecido un poco más, muchacho, pues hubieras sido un buen marido para mí. Me gustan los acordeonistas, mi corazón se derrite en cuanto los veo.

Pavka se sonrojaba hasta la raíz de los cabellos. Menos mal que, como era de noche, no se veía. Intentaba apartarse de la retozona muchacha pero ella le agarraba con fuerza impidiéndolo.

- ¿Qué es eso, a dónde te escapas, querido? ¡Vaya un novio! -bromeaba.

Pavka percibía en su hombro el pecho firme de ella, y esto le hacía sentir una inquietante desazón, mientras la risa a su alrededor turbaba la habitual tranquilidad de la calle.

Pavka empujó en el hombro a Gálochka y le dijo:

- Apártate, no me dejas tocar.

Y de nuevo una explosión de carcajadas, vayas y chanzas.

Terció Marusia:

- Pavka, toca algo triste, que llegue al alma.

Los fuelles se desplegaban con lentitud, los dedos teclearon despacio. Sonó la melodía conocida por todos y de todos querida. Galina fue la primera en entonarla. Le siguieron Marusia y las demás muchachas.

Nos reunimos todos los sirgadores
en nuestra casita.
Aquí nos gusta,
aquí nos agrada
echar una coplita,
para alegrar el alma...

Y las voces sonoras y jóvenes que entonaban la canción volaban lejos, hacia el bosque.

- ¡Pavkal -vibró, la voz de Artiom.

Pavka juntó los fuelles del acordeón y abrochó las correas.

- Me llaman, me marcho.

Marusia le pidió suplicante:

- Espera un poquito, toca algo más. Tienes tiempo para ir a casa.

Pero Pavka se apresuró.

- No, mañana tocaré, pero ahora tengo que marcharme, me llama Artiom -y cruzó corriendo la calle, hacia la casita.

Al abrir la puerta del cuarto, vio sentados a la mesa a Román, camarada de Artiom, y a un desconocido.

- ¿Me llamabas? -preguntó Pavka.

Artiom señaló con la cabeza hacia Pavka y se dirigió al desconocido.

- Ese es mi hermanito.

El desconocido tendió a Pavka su mano nudosa.

- Mira, Pavka -dijo Artiom a su hermano-. Tú me has dicho que en vuestra fábrica de electricidad ha enfermado el mecánico. Entérate mañana de si admitirían en su lugar a un hombre conocedor del oficio. Si hace falta, vienes y lo dices.

El desconocido terció:

- No, yo iré con él. Yo mismo hablaré con el patrono.

- Claro que hace falta; hoy la fábrica no ha trabajado, porque Stankóvich está enfermo. El patrono llegó dos veces con la lengua fuera, no hada más que buscar a alguien para sustituirlo, pero no encontró a nadie. Y no se decidió a poner la fábrica en marcha sólo con el fogonero. El mecánico tiene el tifus.

- Bueno, es cosa hecha -dijo el desconocido, dirigiéndose a Pavka-. Mañana vendré a buscarte e iremos juntos.

- De acuerdo.

La mirada de Pavka tropezó con los ojos grises y tranquilos del desconocido, que le examinaban atentamente. Aquellos ojos firmes, que no pestañeaban, turbaron un poco a Pavka. La chaqueta gris, abotonada por completo, aparecía muy estirada en la parte de la espalda, ancha y fuerte; se veía que era estrecha para el dueño. Los hombros estaban unidos a la cabeza por un sólido cuello de toro, y todo aquel hombre rebosaba vigor, como un añoso roble de muchas y profundas rafees.

Al despedirse, Artiom concretó:

- Hasta la vista, Zbujrái. Mañana vas con mi hermanito y dejas el asunto arreglado.

Tres días después de la marcha del destacamento, los alemanes entraron en la ciudad. Su llegada la comunicó el pito de una locomotora en la estación, que en los últimos días había quedado desierta. Cundió la noticia:

- Vienen los alemanes.

Y la ciudad bulló como un hormiguero revuelto, aun que todos sabían, hacía tiempo, que los alemanes debían llegar. Sin embargo, no acababan de creerlo. Y de pronto, aquellos terribles alemanes ya no estaban por llegar: en contrábanse allí, en la ciudad.

Todos los vecinos se pegaron a las cercas, a los postigos. No obstante, temían salir a la calle.

Y los alemanes, embutidos en uniformes verdeoscuros, con los fusiles apretados, marchaban en fila india por ambos lados de la carretera. Sus bayonetas eran anchas como cuchillos. Llevaban puestos pesados cascos de acero y enormes macutos a la espalda. Y marchaban de la estación a la ciudad, en una cinta interminable, alerta, dispuestos a aplastar la resistencia en cualquier instante, aunque nadie se disponía a oponérsela.

Dos oficiales, máuser en mano, marchaban en cabeza. Por medio de la carretera caminaba un oficial del ejército del hetman, el intérprete, vestido con caftán ucraniano azul y alto gorro de piel.

Los alemanes formaron un cuadro en la plaza central de la ciudad. Redobló un tambor. Se congregaron algunos vecinos que se habían hecho el ánimo de salir a la calle. El oficial-intérprete salió a la terracilla de la farmacia y leyó en voz alta la orden del comandante militar, mayor Korf.

Decía así:

§ 1 Ordeno y mando a todos los habitantes de la ciudad presentar en el plazo de veinticuatro horas todas las armas de fuego y blancas que obren en su poder. El incumplimiento de la presente orden será castigado con el fusilamiento.

§ 2 En la ciudad se declara el estado de guerra y se prohíbe la circulación después de las ocho de la noche.

El comandante militar de la plaza, mayor Korl.

La comandancia alemana fue instalada en la misma casa donde antes de la revolución estuviera el Ayuntamiento y después de ella el Soviet de diputados obreros. Junto a la terracilla de la casa encontrábase un centinela que ya no llevaba casco de acero, sino el de gala, rematado con una enorme águila imperial. Allí mismo, en el patio, se había destinado un lugar para depositar las armas que fueran entregadas.

Durante todo el día, los vecinos asustados por la amenaza de fusilamiento estuvieron entregando armas. Los adultos no se mostraban; las armas las llevaban los adolescentes y los niños. Los alemanes no detenían a nadie.

Quienes no quisieron entregar las armas, las tiraron por la noche a la carretera; y a la mañana siguiente, la patrulla alemana las recogió, metiólas en un furgón y las llevó a la comandancia.

A la una de la tarde, terminado el plazo de entrega de armas, los soldados alemanes hicieron un recuento de sus trofeos. El total de fusiles recogidos se elevaba a catorce mil. Así pues, a los alemanes no les fueron entregados seis mil. Los registros generales, realizados por ellos, dieron resultados muy insignificantes.

Al amanecer, en las afueras, junto al viejo cementerio judío, fueron fusilados dos ferroviarios, a quienes, durante el registro, les habían encontrado fusiles ocultos.

Después de escuchar la lectura de la orden, Artiom se apresuró a llegar a casa. En el patio encontró a Pavka, le cogió del hombro y, en voz baja, pero insistente, le preguntó:

- ¿Has traído a casa algo del depósito?

Pavka se disponía a ocultar que había traído un fusil, pero no quiso mentir a su hermano y se lo contó todo.

Se dirigieron juntos al pajar. Artiom sacó el fusil escondido tras la viga, le quitó el cerrojo y la bayoneta y, empuñando el arma por el cañón, tomó impulso y la golpeó con todas sus fuerzas contra un poste de la valla. La culata saltó en mil pedazos. Los restos del fusil los arrojaron lejos, al descampado que había tras el jardincillo. Artiom tiró el cerrojo y la bayoneta al retrete.

Luego, Artiom se volvió hacia su hermano:

- Ya no eres ningún niño, Pavka, y debes comprender que no hay por qué jugar con las armas. Te hablo en serio: no traigas nada a casa. Tú sabes que ahora eso puede costar la vida. Ten cuidado, no me engañes, pues si traes algo y lo encuentran, al primero que fusilarán será a mí. A ti, mocoso; no te tocarán. Ahora vivimos tiempos perros, ¿comprendes?

Pavka prometió no traer nada a casa.

Cuando ambos, atravesando el patio, se dirigían a la vivienda, junto al portal de los Leschinski se detuvo un coche de caballos. De él descendieron el abogado, su mujer y sus hijos, Nelly y Víctor.

- Han vuelto los pajarracos -profirió Artiom colérico-. ¡Buena se va a armar, mal rayo les parta! - y entró en casa.

Durante todo el día, Pavka estuvo penando por el fusil. Mientras tanto, su amigo Seriozha trabajaba con todas sus fuerzas en un pajar abandonado, removiendo con una pala la tierra junto a la pared.

Por fin, el hoyo estuvo dispuesto. Seriozha colocó en él, envueltos en trapos; tres fusiles nuevos conseguidos durante el reparto. No se disponía a entregados a los alemanes: no había pasado la noche entera en vela para quedarse sin su botín.

Una vez lleno de tierra el hoyo, Seriozha la apisonó fuertemente y llevó al lugar nivelado un montón de basura y trastos viejos. Después de examinar con ojo crítico los resultados de su trabajo y de encontrados satisfactorios, se quitó la gorra y enjugóse el sudor de la frente.

"Bueno, ¡ahora que busquen! Y si lo encuentran, vete a saber de quién es el pajar".

Pavka se fue intimando poco a poco con el adusto mecánico, que desde hacía ya un mes trabajaba en la fábrica de electricidad.

Zhujrái enseñaba al ayudante de fogonero el funcionamiento de la dínamo y le iba habituando al trabajo.

Al marino le agradó aquel muchacho inteligente. En los días de asueto, Zhujrái visitaba con frecuencia a Artiom. El marino, serio y reflexivo, escuchaba atento el relato de todos los pormenores y trajines de la vida diaria, en particular cuando la madre se quejaba de las travesuras de Pavka. El marino sabía tranquilizar a María Yákovlevna y hacer que ésta olvidara sus amarguras y se sintiese más animada.

En una ocasión Zhujrái detuvo a Pavka en el patio de la fábrica de electricidad, entre las pilas de leña, y, sonriendo, le dijo:

- Tu madre dice que te gusta pelear. "Mi hijo -afirma- es reñidor como un gallo". - Zhujrái rió con aprobación-. En general, luchar no es malo, pero hay que saber a quién y por qué pegar.

Pavka, sin comprender si Zhujrái se reía de él o si le hablaba en serio, respondió:

- No me peleo sin motivo; siempre lo hago con razon.

Zhujrái le propuso inesperadamente:

- ¿Quieres que te enseñe a pelear de verdad?

Pavka le miró asombrado.

- ¿Cómo de verdad?

- Ahora verás.

Y Pavka escuchó la primera lección resumida de boxeo inglés.

El aprender esta ciencia no fue para Pavka cosa de coser y cantar, pero la asimiló magníficamente. Más de una vez rodaba por el suelo, derribado por algún golpe de Zhujrái, pero era un alumno aplicado y paciente.

Un caluroso día, Pavka, que había venido de casa de Klimka, después de gandulear por la habitación sin encontrar nada qué hacer, decidió encaramarse a su lugar predilecto, es decir, al tejado del pajar, que se encontraba en un ángulo del jardín, tras la casa. Cruzó el patio, entró en el jardín y, al llegar al pajar de tablas, subió por los salientes al tejado. Abriéndose paso por entre las tupidas ramas de los cerezos que se inclinaban sobre el pajar, llegó al centro del tejado y se tumbó al sol.

Una de las paredes del pajar daba al jardín de los Leschinski, y si uno se situaba en el borde del tejado, podía ver todo el jardín y una parte de la casa. Pavka asomó la cabeza y ante sus ojos apareció parte del patio, en el que se encontraba el coche. El ordenanza del teniente alemán alojado en casa de los Leschinski cepillaba el uniforme de su jefe. Pavka había visto más de una vez al teniente junto al portón de la finca.

Era el teniente hombre rechoncho, coloradote, gastaba bigotillo recortado y lentes, y llevaba gorra de plato con visera de charol. Pavka sabía que el teniente se alojaba en la habitación lateral, cuya ventana daba al jardín y se veía desde el tejado.

En aquel momento, el oficial estaba sentado a la mesa, escribiendo algo; luego cogió lo escrito y salió. Después de entregar la carta al ordenanza, se dirigió por el sendero del jardín hacia el postigo que conducía a la calle. Junto al cenador, tapizado de hiedra, el teniente se detuvo: al parecer, hablaba con alguien. Del cenador salió Nelly Leschínskaya. El teniente la tomó del brazo y se dirigió con ella hacia el postigo. Ambos salieron a la calle.

Pavka observó todo aquello. Se disponía a echar un sueño, cuando vio que el ordenanza entraba en la habitación del oficial, colgaba en la percha el uniforme, abría la ventana que daba al jardín y, después de limpiar el aposento, salía cerrando la puerta. Unos segundos más tarde, Pavka le vio junto a la cuadra en la que se encontraban los caballos.

A través de la ventana abierta, Pavka distinguía perfectamente toda la habitación. En la mesa se encontraba un correaje y algo que relucía.

Aguijoneado por una curiosidad irresistible, Pavka deslizóse con sigilo hasta el tronco del cerezo y bajó al jardín de los Leschinski. Agachándose para no ser visto, llegó de varios brincos hasta la ventana abierta y miró al interior de la habitación. Sobre la mesa había un correaje y una magnífica pistola *Manlicher*, enfundada, de doce cartuchos.

A Pavka se le cortó la respiración. Durante varios segundos se desarrolló en su interior una gran lucha, pero, dominado por una audacia temeraria, metió medio cuerpo por la ventana, agarró la funda y sacó de ella la flamante pistola empavonada. Mirando a derecha e izquierda, guardóse con tiento la pistola en el bolsillo y cruzó corriendo el jardín, hasta llegar al cerezo. Como un mono, se encaramó rápidamente al tejado y miró hacia atrás. El ordenanza conversaba tranquilo con el mozo de la cuadra. En el jardín todo estaba en calma... Pavka descendió del pajar y salió disparado para casa.

La madre andaba ajetreada en la cocina, preparando la comida, y no reparó en Pavka.

El muchacho cogió un trapo que había detrás del baúl, se lo metió en el bolsillo, salió por la puerta sin ser visto, cruzó corriendo el jardín, saltó la

empalizada y llegó al camino que conducía al bosque. Sujetando con la mano la pistola, que golpeaba pesadamente su muslo, partió a todo correr en dirección a la vieja y derruida fábrica de ladrillos.

Sus pies apenas rozaban la tierra, el viento silbaba en sus oídos.

Junto a la vieja fábrica de ladrillos, nada turbaba el silencio. El tejado de madera, hundido en algunos sitios, las montañas de ladrillos rotos y los hornos de cocción desmoronados infundían tristeza. La maleza lo cubría todo. Tan sólo los tres amigos solían reunirse allí para dedicarse a sus juegos. Pavka conocía muchos lugares ocultos, donde se podía esconder el tesoro robado.

Después de meterse por la brecha abierta en uno de los hornos, Pavka miró con recelo a su alrededor, pero el camino estaba desierto. Susurraban apacibles los pinos, un vientecillo suave arremolinaba el polvo del camino. Olía intensamente a resina.

En el mismo fondo del horno, en un rincón, escondió Pavka la pistola envuelta en el trapo, cubriéndola con una pirámide de ladrillos viejos. Al salir de allí, tapó también con ladrillos la boca del viejo horno, se fijó en cómo los había colocado y, saliendo al camino, emprendió lentamente el regreso.

Sentía un ligero temblor en las rodillas.

"¿Cómo terminará todo esto?", pensaba, y una vaga zozobra le oprimía el corazón.

Llegó a la fábrica de electricidad antes de tiempo, para evitar permanecer en casa. Pidió al guardián la llave y abrió la ancha puerta que conducía al local donde se encontraban las calderas. Y mientras quitaba la ceniza, llenaba la caldera con agua de la bomba y encendía el fogón, pensaba.

"¿Qué estará pasando ahora en la finca de los Leschinski?"

Ya tarde, a eso de las once, Zhujrái se presentó en busca de Pavka, lo llamó a la calle y le preguntó en voz baja:

- ¿Por qué ha habido hoy un registro en tu casa?

Pavka suspiró asustado:

- ¿Cómo que un registro?

Luego de un instante de silencio, Zhujrái añadió:

- Sí, mal asunto. ¿Y tú no sabes lo que buscaban?

Pavka sabía perfectamente lo que buscaban, pero no se decidió a contar a Zhujrái el robo de la pistola. Temblando todo él de inquietud, preguntó:

- ¿Han detenido a Artiom?

- No, no han detenido a nadie, pero lo han revuelto todo de arriba abajo.

Estas palabras aliviaron un poco a Pavka, pero su alarma no cesó. Durante varios minutos, ambos permanecieron sumidos en sus propios pensamientos. Uno de los dos, conociendo el motivo del registro, se preocupaba por las circunstancias, el otro lo desconocía y, por ello, se alertaba.

"El diablo sabe, tal vez se hayan olido algo cerca de mi. Artiom ignora quién soy yo, pero ¿por qué han llevado a cabo el registro en su casa? Hay que ser más precavido", pensaba Zhujrái.

Se separaron en silencio, cada uno a su trabajo.

Mientras tanto, en la finca reinaba un revuelo enorme.

Al descubrir la falta de la pistola, el teniente llamó a su ordenanza; cuando supo que el arma había desaparecido, él, correcto y mesurado de ordinario, golpeó con toda su fuerza en la oreja al ordenanza; éste se tambaleó por el golpe, quedó rígido como un poste y pestañeó culpable, aguardando sumiso lo que pudiese venir a renglón seguido.

El abogado -a quien se llamó para pedirle una explicación- indignóse también, excusándose ante el teniente de que en su casa hubiera ocurrido un hecho tan desagradable.

Víctor Leschinski, que estaba allí presente, insinuó a su padre que la pistola podían haberla robado los vecinos, en particular el granuja de Pável Korchaguin. El padre se apresuró a explicar al teniente la suposición de su hijo, y el oficial dio al instante orden de llamar una patrulla, para efectuar un registro.

Este no dio resultado alguno. El lance de la desaparición de la pistola convenció a Pavka de que incluso empresas tan arriesgadas terminaban a veces felizmente.

Capítulo tercero

Tonia estaba de pie, junto a la abierta ventana. Nostálgica, miraba el jardín, conocido y amado, los tilos, altos y hermosos, que lo circundaban, estremecidos ligeramente por el vientecillo acariciador. Y no podía creer que durante un año entero no había visto la finca querida. Parecíale que tan sólo ayer había abandonado todos aquellos lugares, conocidos desde la infancia, y haber regresado el día aquel en el tren de la mañana.

Nada había cambiado: las mismas hileras de groselleros, amorosamente cuidados, las mismas sendas, trazadas geométricamente, bordeadas de pensamientos, las flores predilectas de mamá. En el jardín, todo estaba limpio y aseado. Por doquier percibíase la mano rigurosa del silvicultor experto. Y a la muchacha le aburrían aquellos senderitos limpios, que parecían trazados a cordel.

Tonia tomó la novela que estaba leyendo, abrió la puerta de la terraza, descendió al jardín, empujó la pintada puertecilla de la cerca y, lentamente, encaminóse hacia el estanque de la estación, situado al lado del depósito del agua.

Pasó por el puentecillo y salió al camino, semejante a una alameda. A la derecha se encontraba el estanque, enmarcado por sauces y espesos mimbrales. A la izquierda comenzaba el bosque.

Tonia se dirigió hacia el estanque, situado en la vieja cantera, pero al ver abajo, junto al agua, una caña de pescar que asomaba, se detuvo.

Inclinándose sobre el torcido tronco de un sauce, apartó unos mimbres con la mano y vio a un muchacho tostado por el sol, descalzo y con los pantalones arremangados hasta más arriba de las rodillas. A su lado se encontraba un oxidado bote de hoja de lata con lombrices. El muchacho, absorto en su ocupación, no se dio cuenta de que Tonia le miraba fijamente.

- ¿Acaso se pesca aquí?

Pavka volvió la cabeza enfadado.

Sujetándose al sauce, muy inclinada hacia el agua, había una muchacha desconocida. Llevaba marinera blanca, con cuello azul a rayas, y falda corta de color gris claro. Los ribeteados calcetines ceñían sus bronceadas piernas, de armoniosas líneas, rematadas por unos zapatitos marrón. Sus cabellos castaños estaban recogidos en una gruesa trenza.

La mano que sostenía la caña tembló ligeramente, el flotador se inclinó y de él partieron círculos concéntricos que se expandieron por la espejeante lámina del agua.

Y la vocecilla dijo emocionada, desde atrás:

- Pican, ¿lo ve?, pican.

Pável se desconcertó por completo y tiró de la caña. Entre salpicaduras de agua apareció la lombriz, retorciéndose en el anzuelo.

"¡Vaya, ahora no podrá uno pescar ni en broma! El diablo ha traído aquí a esta fulana", pensó irritado Pavka, y, para disimular su torpeza, tiró el anzuelo más lejos, entre dos matas de bardana, precisamente allí donde no había que haberlo hecho, pues el anzuelo podía engancharse en una raíz.

Pavka se dio cuenta y, sin volver la cabeza, gruñó a la muchacha, que estaba sentada arriba:

- ¿Por qué alborota usted? Así todos los peces se asustan.

Y oyó arriba la voz jocosa y burlona:

- Ya hace tiempo que les ha asustado su aspecto. ¿Acaso se puede pescar de día? ¡Ay, valiente pescador!

Aquello era ya más de lo que podía soportar Pavka, esforzado hasta entonces en guardar las buenas formas. Se levantó, echóse la gorra sobre la frente, cosa que en él era síntoma de cólera, y, eligiendo las palabras más corteses, profirió:

- Mejor sería, señorita, que se metiera usted en cualquier otro sitio, ¿no le parece?

Los ojos de Tonia se entornaron ligeramente, chispeando con fugaz sonrisa.

- ¿Acaso le molesto?

En su voz no había ya nada de burla, sino un algo cordial, conciliador, y Pavka, que se disponía a soltar unas cuantas groserías a aquella "señorita", surgida no se sabía de dónde, sintió se desarmado.

- ¡Qué más da! Mire si quiere -accedió y, sentándose, clavó de nuevo sus ojos en el flotador. Este se había pegado a la bardana, y veíase a las claras que el anzuelo se había enganchado en una raíz. Pavka no se decidía a tirar de él.

"Si se ha enganchado, no podré arrancarlo. Y ésta, como es natural, se va a reír. Ojalá se marche", pensaba.

Pero Tonia, acomodándose en el sauce torcido, que se balanceaba ligeramente, dejó el libro sobre sus rodillas y se puso a observar a aquel muchacho grosero, de ojos negros, que la había recibido con tan poca amabilidad y que, deliberadamente, no le hacía el menor caso.

Pavka veía bien en el espejo del agua la imagen de la muchacha. Ella leía y él tiraba ligeramente del hilo enganchado. El flotador se sumergía: el hilo, al encontrar resistencia, se ponía tirante.

"¡Se ha enganchado el maldito!", se dijo y, mirando de soslayo, vio en el agua la riente carita.

Dos jóvenes estudiantes del séptimo año del liceo cruzaron el puentecillo junto al depósito del agua. Uno de ellos -hijo del ingeniero Sujárko, jefe del depósito de máquinas-, necio mequetrefe de diecisiete años, albino y pecoso, al que en la escuela habían apodado *Shurka el Pecas*, llevaba una buena caña de pescar y sostenía, con petulancia, un cigarrillo entre los dientes. Junto a él caminaba Víctor Leschinski, joven apuesto y de aspecto feble.

Sujarko, haciendo guiños e inclinándose hacia Víctor, le decía:

- Esta muchacha tiene algo de picante, aquí no encuentras otra igual. Te aseguro que es una persona román-ti-ca. Estudia en Kíev, el sexto curso, y ha venido a pasar el verano con su padre. El padre es el inspector forestal de aquí. Es conocida de mi hermana Lisa. En cierta ocasión, hice llegar a sus manos una cartita de elevados tonos, ¿sabes?, diciéndole que estaba locamente enamorado de ella y que esperaba con inquietud su respuesta. E incluso le endosé unos versos adecuados, de Nadson.

- ¿Y ella, qué? -preguntó Víctor, curioso.

Sujarko, un poco turbado, prosiguió:

- Se hace la interesante, ¿sabes?, se lo tiene creído. No gastes tinta en vano, me dijo. Pero al principio siempre ocurre así. En estos lances soy pájaro fogueado. ¿Sabes?, no me gusta pasear por la calle mucho tiempo, arrullando y haciendo la rueda. Es mucho mejor ir por las tardes a las barracas de los obreros que reparan la vía. Allí, por tres rublos, puedes escoger una chavala que te relames de gusto. Y sin el menor coqueteo. He estado allí con Valka Tíjonov, ¿conoces al maestro de vías y obras?

Víctor contrajo la cara con una mueca de desprecio.

- ¿Tú haces semejantes bajezas, Shura?

Shura mascó el cigarrillo, escupió y dijo burlón:

- Vaya un casto José. Sabemos lo que tú haces.

Víctor, interrumpiéndole, le preguntó:

- ¿Me presentarás a esa muchacha?

- No faltaba más, aprieta el paso, no sea que se marche. Ayer, por la mañana, también ella estaba

pescando.

Los amigos se fueron acercando a Tonia. Sujarko se quitó el cigarrillo de la boca e hizo una amanerada reverencia.

- Buenos días, mademoiselle Tumánova. ¿Qué, está usted pescando?

- No, miro cómo pescan -respondió Tonia.

- ¿No se conocen ustedes? -dijo Sujarko son premura, tomando a Víctor del brazo-. Mi amigo Víctor Leschinski.

Víctor, turbado, dio la mano a Tonia.

- ¿Y por qué no pesca usted hoy? –preguntó Sujarko, tratando de entablar conversación.

- No me he traído la caña -respondió Tonia.

- Ahora en seguida traeré otra -apresuróse a decir Sujarko-. Mientras tanto, pesque usted con la mía.

Había cumplido la palabra dada a Víctor de presentarle a Tonia, y ahora trataba de dejarlos solos.

- No, vamos a estorbar. Aquí ya están pescando -repuso Tonia.

- ¿A quién vamos a estorbar? -preguntó Sujarko-. ¿Ah, a ése? -sólo en aquel momento se había dado cuenta de que Pavka estaba sentado junto al arbusto-. A ése lo echo yo de aquí en un dos por tres.

Y, sin dar tiempo a que Tonia pudiera impedirlo, Sujarko se acercó a Pavka, que pescaba más abajo.

- Recoge la caña ahora mismo -ordenó Sujarko a Pavka-. Venga, rápido, rápido -agregó al ver que Pavka continuaba pescando tranquilamente.

Pavka levantó la cabeza y miró a Sujarko con ojos que no auguraban nada bueno.

- ¡Habla más despacio! ¡Y no me chilles!

- ¿Qué? -bramó enfurecido Sujarko-. ¿Cómo te atreves a discutir conmigo, piojoso desgraciado? ¡Largo de aquí! -y propinó un fuerte puntapié al bote con las lombrices, el cual, dando vueltas por el aire, fue a caer al agua. Las gotas salpicaron el rostro de Tonia.

- Sujarko, ¿cómo no le da vergüenza? -exclamó la muchacha.

Pavka se levantó de un salto. Sabía que Sujarko era hijo del jefe del depósito de máquinas, en donde trabajaba Artiom, y que si ahora golpeaba su mofletuda y rojiza jeta, el estudiante se quejaría a su padre y la cosa llegaría, irremisiblemente, a Artiom. Este era el único motivo que le frenaba, impidiéndole ajustarle las cuentas en el acto.

Sujarko, comprendiendo que Pavka estaba a punto de golpearle, se abalanzó hacia él y, con ambas manos, le dio un fuerte empujón en el pecho. Pavka, que se encontraba de espaldas al agua, vaciló hacia atrás, agitando los brazos, pero pudo guardar el equilibrio y no cayó al estanque.

Sujarko era dos años mayor que Pavka y tenía fama de pendenciero y camorrista de punta.

Pavka, al ser golpeado en el pecho, perdió por completo los estribos.

- Conque sí, ¿eh? ¡Pues, toma! -y con un movimiento corto de su puño asestó a Sujarko un contundente golpe en la mitad de la cara. Después, sin dejarle que se recobrase, se aferró a la cazadora de uniforme del liceo, tiró de él hacia sí y lo arrastró hasta el agua.

Con agua hasta las rodillas, mojados sus relucientes zapatos y sus pantalones, Sujarko trataba con todas sus fuerzas de desprenderse de las atenazantes manos de Pavka. Este empujó al estudiante y saltó a la orilla.

Sujarko, enfurecido, se abalanzó hacia él, dispuesto a despedazarle.

Al saltar a la orilla y hacer frente con rapidez a Sujarko; que le atacaba, Pavka recordó:

"Apoyarse en la pierna izquierda, la derecha en tensión y ligeramente doblada. El golpe debe asestarse no sólo con el puño, sino con todo el cuerpo, de abajo arriba, en la barbilla".

¡Rrrras!..

Rechinaron los dientes. Lanzando un alarido por el terrible dolor en la barbilla y el que se produjera al morderse la lengua, Sujarko agitó torpemente los brazos y, como una piedra, cuan largo era, se hundió ruidoso en las aguas del estanque.

En la orilla, Tonia reía a mandíbula batiente.

- ¡Bravo, bravo! -gritaba dando palmadas-. ¡Magnífico!

Pavka cogió la caña, tiró de ella y, arrancando el hilo, que se había enganchado, saltó al camino.

Al marcharse, oyó que Víctor decía a Tonia:

- Ese es el más tirado de los golfos; se llama Pavka Korchaguin.

En la estación comenzó a reinar la inquietud. De la línea llegaban rumores diciendo que los ferroviarios empezaban a declararse en huelga. En la gran estación vecina, los obreros del depósito de máquinas promovieron un conflicto. Los alemanes habían detenido a dos maquinistas, sospechando que traían proclamas. Entre los obreros, ligados al campo, provocaron gran indignación las requisas y el regreso de los terratenientes a sus fincas.

Los látigos de los policías rurales del hetman flagelaban las espaldas de los campesinos. En la provincia se desarrollaba el movimiento guerrillero. Había ya unos diez destacamentos de guerrilleros, organizados por los bolcheviques.

En aquellos días, Zhujrái no conocía el descanso. "Durante su permanencia en la ciudad, había llevado a cabo un gran trabajo. Había trabado amistad con muchos obreros ferroviarios, frecuentaba las veladas donde se reunía la juventud y había creado un fuerte grupo de ajustadores del depósito de máquinas y de obreros de la serrería mecánica. Trató de tantear a Artiom. Cuando le preguntó qué pensaba de la causa de los bolcheviques y del Partido, el corpulento tornero le respondió:

- Mira, Fiódor, yo entiendo poco de eso de los

partidos; pero si hace falta ayudar, siempre estoy dispuesto. Puedes contar conmigo.

Fiódor quedó satisfecho con eso: sabía que Artiom era un muchacho de confianza y si decía una cosa, la cumplía. Veíase que aún no estaba a la altura del Partido. "No tiene importancia, los tiempecillos son tales, que pronto aprenderá", pensaba el marino.

Fiódor pasó de la fábrica de electricidad al depósito de máquinas. Era más conveniente trabajar allí, pues en la fábrica de electricidad estaba apartado del ferrocarril.

El tráfico por la vía férrea era enorme. Los alemanes se llevaban a su país, en miles de vagones, todo lo saqueado en Ucrania: centeno, trigo, ganado...

Inesperadamente, la policía del hetman detuvo en la estación al telegrafista Ponomarenko. Le dieron en la comandancia una brutal paliza y, al parecer, habló de la agitación que llevaba a cabo Román Sidorenko, obrero del depósito de máquinas y camarada de Artiom.

Durante el trabajo, fueron por Román dos alemanes y un oficial del ejército de Petliura, ayudante del comandante de la estación. Al acercarse al banco donde trabajaba Román, el oficial de Petliura, sin decir palabra, le cruzó el rostro con la *nagaika*.

- ¡Vente con nosotros, canalla! Allí hablaremos unas palabritas. –Y, con espantosa sonrisa, tiró violentamente de la manga del tornero-. ¡Allí vas a agitar!

Artiom, que trabajaba en el banco vecino, arrojó la lima y, avanzando con toda su mole sobre el oficial, conteniendo la cólera que hervía en su interior, dijo con ronca voz:

- ¿Cómo te atreves a pegar, víbora?

El oficial retrocedió unos pasos, desabrochando la funda de la pistola. Un alemán bajito y corto de piernas se descolgó del hombro el pesado fusil de ancha bayoneta y, con seco chasquido, metió el cartucho en la recámara:

- Halt! -ladró, dispuesto a disparar al menor movimiento.

Y el gigantesco tornero se vio impotente frente a aquel mísero soldadito, sin poder hacer nada.

Se los llevaron a los dos. A Artiom lo soltaron al cabo de una hora, pero a Román lo encerraron en el sótano de los equipajes.

Diez minutos más tarde, ya nadie trabajaba en el depósito de máquinas. Los obreros se habían congregado en el jardín de la estación. A ellos se unieron los guardagujas y los obreros del depósito de material. Todos estaban terriblemente excitados. Alguien escribió una proclama, exigiendo que se pusiera en libertad a Román y a Ponomarenko.

La indignación aumentó cuando el oficial de Petliura, que habla acudido a la carrera al jardín, acompañado de un grupo de guardias, gritó, agitando la pistola:

- ¡Si no volvéis inmediatamente al trabajo, os detendremos a todos! Y a más de uno lo pondremos de cara al paredón.

Pero los gritos de los obreros encolerizados le obligaron a refugiarse en la estación. Desde la ciudad ya volaban por la carretera camiones cargados de soldados alemanes, llamados por el comandante de la estación.

Los obreros comenzaron a dispersarse, dirigiéndose a sus casas. Todos abandonaron el trabajo, incluso el jefe de estación de guardia. Se ponía de manifiesto la labor de Zhujrái. Aquélla era la primera acción de masas en la estación.

Los alemanes emplazaron en el andén una ametralladora pesada que, sobre el trípode, parecía un perro de presa. Un cabo alemán estaba en cuclillas junto a ella, con la mano apoyada en la culata.

La estación quedó desierta.

Por la noche comenzaron las detenciones. También fue detenido Artiom. Zhujrái no había pasado la noche en casa, y no pudieron encontrarle.

Encerraron a todos en un enorme almacén de mercancías y les presentaron el ultimátum: reintegrarse al trabajo o un consejo de guerra.

En la línea, casi todos los obreros ferroviarios estaban en huelga. Durante aquel día no había pasado ni un solo tren, y a unos ciento veinte kilómetros combatía un fuerte destacamento guerrillero, que había cortado las vías y volado los puentes.

Por la noche llegó a la estación un tren de tropas alemanas, pero el maquinista, su ayudante y el fogonero huyeron de la locomotora. Además del tren militar detenido en la estación, otros dos trenes esperaban salida.

Se abrieron las enormes puertas del almacén y entró un teniente alemán, que hacía de comandante de la estación, acompañado de su ayudante y un grupo de soldados.

El ayudante llamó:

- ¡Korchaguin, Polentovski, Bruszhak! Ustedes saldrán ahora mismo formando equipo en uno de los trenes. El que se niegue será fusilado en el acto. ¿Qué, van ustedes?

Los tres obreros asintieron sombríos con un movimiento de cabeza. Los llevaron conducidos a la locomotora. A continuación, el ayudante gritó los apellidos del maquinista, del auxiliar y del fogonero para otro tren.

La locomotora resoplaba irritada, despidiendo luminosas chispas, entre profundos jadeos, y, hundiéndose en las tinieblas, corría veloz por los rieles hacia las profundidades de la noche. Artiom, después de echar combustible al hogar, cerró de un puntapié la puertecilla de hierro, bebió un trago de agua de una tetera de retorcido pitorro, que estaba

sobre un cajón, y se dirigió al viejo maquinista Polentovski:

- ¿Qué, los llevamos, padrecito?

El maquinista pestañeó irritado bajo las hirsutas cejas.

Sí, cuando te ponen una bayoneta en la espalda, no tienes más remedio.

- Hay que abandonarlo todo y huir de la locomotora -propuso Bruszhak, mirando de soslayo al soldado alemán que iba sentado en el ténder.

- Yo también pienso lo mismo -gruñó Artiom-, pero tenemos al tipo ese a la espalda.

- Sí -dijo vagamente Bruszhak, alargando la sílaba y asomándose a la ventanilla.

Polentovski acercóse a Artiom y le susurró muy quedo:

- No podemos llevarlos, ¿comprendes? Allí están combatiendo, los sublevados han volado los rieles. Y estos perros, si nosotros les llevamos, los despacharán en un abrir y cerrar de ojos. ¿Sabes, hijito? Yo, en tiempos del zar, no he conducido trenes en las huelgas. Y ahora no lo haré tampoco. Nos cubriríamos de vergüenza por toda la vida si llevásemos adonde están los nuestros a los que van a asesinarlos. El equipo de la locomotora huyó; arriesgaron la vida, pero, con todo, los muchachos se fugaron. No se puede, de ninguna de las maneras, conducir nuestro tren al lugar de destino. ¿Qué opinas tú?

- Estoy de acuerdo, padrecito, ¿pero qué vamos a hacer con ése? -y señaló con la mirada al soldado.

El maquinista frunció el ceño, enjugóse con estopa la sudada frente y miró con inflamados ojos al manómetro, como si confiara en encontrar allí respuesta a la angustiosa pregunta. Luego, en el paroxismo de su desesperación, blasfemó colérico.

Artiom volvió a beber agua de la tetera. Ambos pensaban en lo mismo, pero ninguno de ellos se decidía a manifestarse el primero. Artiom recordó las palabras de Zhujrái:

"¿Qué piensas, hermanito, respecto al Partido Bolchevique y a la idea comunista?"

Recordó igualmente la respuesta que él le había dado.

"Siempre estoy dispuesto a ayudar, puedes confiar en mí…"

"Buena ayuda -concluyó-, llevar una expedición de castigo..."

Polentovski, inclinándose sobre el cajón de las herramientas, juntó su hombro al de Artiom y pronunció con esfuerzo:

- Y a ése hay que liquidarlo. ¿Comprendes?

Artiom sintió un escalofrío. Polentovski, rechinando los dientes, añadió:

- No hay otra salida. Lo despacharemos, tiraremos el regulador y las palancas al fuego, pondremos la locomotora en velocidad menguante y saltaremos.

Y como si arrojara de sus espaldas un pesado fardo, Artiom dijo:

- Está bien.

Artiom, inclinándose al oído de Bruszhak, le comunicó la decisión tomada.

Bruszhak no respondió en seguida. Cada uno de ellos arriesgaba mucho. Todos dejaban la familia en casa. La de Polentovski era numerosa: en su hogar quedaban nueve personas. Pero los tres reconocían que no se podía llevar a los alemanes.

- Bueno, estoy de acuerdo -dijo Bruszhak-, ¿pero quién va a...? - No completó la frase, comprensible para Artiom.

Este se volvió hacia el viejo, que andaba ajetreado con el regulador, e hizo un movimiento de cabeza, como diciéndole que también Bruszhak estaba de acuerdo con su parecer, pero, seguidamente, torturado por la cuestión sin decidir aún, se acercó a Polentovski.

- ¿Cómo vamos a hacerlo?

El viejo miró a Artiom.

- Comienza tú. Eres el más fuerte. Le daremos un golpecillo con la barra, y se acabó. - El viejo estaba muy emocionado.

Artiom frunció el ceño.

- No podré. No puedo hacerlo. Pues, si te paras a mirar, el soldado tampoco tiene la culpa. A él también le han arreado bajo la amenaza de las bayonetas.

Los ojos de Polentovski centellearon.

- ¿No tiene la culpa, dices? Pero tampoco la tenemos nosotros de que nos hayan traído aquí por la fuerza. Llevamos una expedición de castigo. Estos inocentes van a fusilar a los guerrilleros, ¿y aquéllos qué, son culpables?.. ¡Ay, mantequilla! Eres fuerte como un oso, pero vales para poco...

- Bien, lo haré -dijo Artiom con voz ronca, cogiendo la barra. Pero Polentovski susurró:

- Dámela a mí, mi mano es más segura. Tú coge la pala y súbete al ténder a echar carbón. Si es necesario, le atizas un palazo al alemán. Y yo haré como si fuera a partir el carbón.

Bruszhak asintió con la cabeza:

- Bien, viejo -y se situó junto al regulador.

El alemán, con gorra de paño, de cerquillo rojo, estaba sentado en el extremo del ténder, el fusil entre las piernas, fumándose un cigarro puro. De tarde en tarde, lanzaba una mirada a los obreros que trabajaban en la locomotora.

Cuando Artiom se encaramó a remover el carbón, el centinela no concedió importancia a ello. Y después, cuando Polentovski, como si deseara apartar los grandes pedazos de carbón fue había en el extremo del ténder, le rogó por señas que se apartara, el alemán lo hizo dócilmente, bajando hacia la puertecilla que conducía a la cabina de la locomotora.

El golpe, sordo y breve, que partió el cráneo del alemán hizo a Artiom y a Bruszhak el efecto de una

quemadura. El cuerpo del soldado se desplomó como un saco en el tambor.

La gorra de paño gris se teñía rápidamente de sangre. Resonó el ruido metálico producido por el fusil al chocar con la barandilla de hierro.

- Listo -susurró Polentovski, arrojando la barra, y, contraídos convulsivamente los músculos del rostro, añadió-: Ahora, para nosotros, ya no hay marcha atrás.

Su voz quebróse, pero, al instante, rompiendo el silencio que les oprimía a todos, comenzó a gritar:

- ¡Destornillad el regulador, vivo!

Diez minutos más tarde todo estaba hecho. La locomotora, privada de dirección, iba perdiendo velocidad.

Las oscuras siluetas de los árboles que flanqueaban la vía entraban, brincando pesadamente, en el luminoso círculo de la locomotora, para volver a perderse al momento en las ciegas sombras. Los faros, forzándose por horadar las tinieblas empotrábanse en su tupido velo y sólo arrebataban a la noche unos pocos metros. La locomotora, como si hubiera agotado sus últimas fuerzas, jadeaba con creciente dificultad.

- ¡Salta, hijito! -oyó Artiom a su espalda la voz de Polentovski, y distendió los dedos que se aferraban al pasamanos. Su cuerpo poderoso voló hacia adelante, por la inercia, y sus pies chocaron con fuerza contra la tierra, que salió disparada a su encuentro. Después de dos pasos a la carrera, cayó pesadamente dando una voltereta.

De ambos estribos de la locomotora, otras dos sombras saltaron a la vez.

En casa de los Bruszhak reinaba la tristeza. Antonina Vasílievna, madre de Seriozha, llevaba cuatro días consumida por la inquietud. No tenía noticias de su marido. Sabía que, en unión de Korchaguin y Polentovski, había sido atrapado por los alemanes para formar la brigada de uno de los trenes. La víspera habían estado en la casa tres tipos de la policía del hetman, y, entre groserías y maldiciones, la habían interrogado.

A través de sus palabras, adivinaba confusamente que había ocurrido algo malo y, cuando se marchó la policía, la mujer, atormentada por una incertidumbre angustiosa, se echó el pañuelo a la cabeza y dispúsose a ir a casa de María Yákovlevna, con la esperanza de saber, por ella, noticias de su marido.

La hija mayor, Valia, que estaba limpiando la cocina, preguntó a su madre, al ver que salía:

- ¿Vas lejos, mamá?

Antonina Vasílievna miró a su hija con ojos anegados en lágrimas y respondió:

- Voy a casa de los Korchaguin. Quizás allí sepan algo del padre. Si viene Seriozha, dile que vaya a la estación, a casa de los Polentovski.

Valia, abrazando cariñosamente a su madre, la tranquilizaba, acompañándola hasta la puerta:

- No te inquietes, mamá.

María Yákovlevna recibió a la Bruszhak con la afabilidad de siempre. Ambas mujeres esperaban oír, una de la otra, algo nuevo, pero después de las primeras palabras, la esperanza se desvaneció.

En casa de los Korchaguin también había habido registro por la noche. Buscaban a Artiom. Al marcharse, los policías habían ordenado a María Yákovlevna que, en cuanto volviera su hijo, lo comunicase a la comandancia.

La madre se había asustado terriblemente por la visita nocturna de la patrulla. Estaba sola en casa. Pavka, como de costumbre, trabajaba de noche en la fábrica de electricidad.

Pavka llegó a casa por la mañana temprano. Al oír el relato de su madre acerca del registro nocturno y de la busca de Artiom, sintió que una inquietud agobiante, por su hermano, se apoderaba de todo su ser. A pesar de la diferencia de caracteres y la severidad aparente de Artiom, los hermanos se querían entrañablemente. Era el suyo un cariño sobrio, sin mutuas confesiones, y Pável tenía clara conciencia de estar dispuesto a hacer todo sacrificio que pudiera redundar en beneficio de su hermano.

Sin descansar, corrió a la estación, al depósito, en busca de Zhujrái, pero no lo encontró, y entre los obreros conocidos no pudo averiguar nada acerca de los que se habían marchado en la locomotora. La familia del maquinista Polentovski tampoco tenía la menor noticia. Pavka encontró en el patio a Borís, el hijo menor de Polentovski. Por él supo que, durante la noche, también había habido registro en su casa. Buscaban al padre.

Así, sin haberse enterado de nada, regresó Pavka a su hogar, donde esperaba su madre; se desplomó rendido sobre la cama e, inmediatamente, sumergióse en una ola de sueño intranquilo.

Al oír que llamaban, Valia volvió la cabeza hacia la puerta.

- ¿Quién es? -inquirió, al tiempo que descorría el pestillo.

En la puerta abierta apareció la pelirroja y desgreñada cabeza de Márchenko. Klimka debía haber venido a todo correr. Jadeaba y estaba congestionado de la carrera.

- ¿Está tu mamá en casa? -preguntó a Valia.

- No, ha salido.

- ¿A dónde?

Me parece que a casa de los Korchaguin. -Valia, agarrándole de la manga, detuvo a Klimka, que ya se disponía a partir disparado.

El muchacho la miró indeciso.

- Es que traigo algo para ella, ¿sabes?

- ¿Qué es lo que traes? -dijo Valia, acosando al muchacho-. Venga, habla pronto, oso rojo, habla, que

me estás martirizando -ordenó la muchacha con tono imperioso.

Klimka se olvidó de toda precaución, como asimismo de la orden categórica de Zhujrái de entregar la esquela personalmente a Antonina Vasílievna, y, sacando del bolsillo un manoseado trozo de papel, se lo entregó a la muchacha. No podía negar nada a la rubia hermanita de Seriozha, porque el pelirrojo Klimka sentía una vaga inclinación por aquella excelente muchacha. Si bien es verdad que el modesto pinché de cocina no hubiera confesado por nada del mundo, ni aun a sí mismo, que le gustaba Valia. Dio el papel a la chica y ésta leyó apresuradamente:

"Querida Tonia: No te inquietes. Todo marcha bien. Estamos sanos y salvos. Pronto tendrás más noticias. Di a los restantes compañeros que todo ha salido felizmente, que no se inquieten. Destruye esta nota, *Zajar*".

Después de leer la esquela, Valia se abalanzó sobre Klimka:

- Oso rojo, queridito mío, ¿de dónde has sacado esto? Di, ¿de dónde lo has sacado, osezno patizambo? - Y con todas sus fuerzas zarandeaba al desconcertado Klimka, que ni tan siquiera se dio cuenta de que cometía una segunda ligereza.

- Me lo ha dado Zhujrái en la estación. - Y recordando que no había que haber hablado de esto, añadió-: Pero me dijo que no se lo entregase a nadie.

- ¡Bueno, bien, bien! -rió Valia-. No se lo diré a nadie. Anda, pelirrojo, corre a casa de Pavka y allí encontrarás a mi madre. -La muchacha empujó dulcemente por la espalda al pinché de cocina.

Un segundo después, la azafranada cabeza de Klimka cruzaba fugaz la puerta del jardín.

Ninguno de los tres fugitivos regresó a su domicilio. Una noche, Zhujrái fue a casa de los Korchaguin y contó a María Yákovlevna lo ocurrido en la locomotora. Tranquilizó como pudo a la asustada mujer, comunicándole que los tres se habían alojado lejos, en una aldea apartada, en casa del tío de Bruszhak, y que allí estaban seguros; regresar, de momento, como era natural, no podían, pero la situación de los alemanes era crítica y en un futuro próximo se podía esperar un cambio.

Todo lo ocurrido unió más entrañablemente aún a las familias de los que se habían marchado. Con gran alegría leían las raras cartas que les enviaban, pero las casas estaban más vacías y silenciosas.

Zhujrái entró una vez, como por azar, en casa de la vieja mujer de Polentovski y le dio dinero.

- Aquí tiene, madrecita, una ayuda del marido. Únicamente, tenga cuidado, ni una palabra a nadie.

La vieja le estrechó agradecida la mano:

- Gracias, de lo contrario hubiera sido una calamidad completa, no tenía nada que llevar a la boca de los chicos.

Este dinero era parte del dejado por Bulgákov al marchar.

"Vaya, vaya, veremos lo que pasa más adelante. Aunque la huelga fracasó, por el temor al fusilamiento, y aunque los obreros trabajan, el fuego ya se ha encendido, ya no se le puede apagar, y esos tres son unos bravos, ésos son proletarios", pensaba con admiración el marino, mientras se dirigía desde casa de los Polentovski hacia el depósito de máquinas.

En la vieja herrería, cuya pared ahumada alzábase a un lado del camino, en las afueras de la aldea Vorobiova Balka, Polentovski, junto a la garganta de fuego del horno, entornados ligeramente los ojos, a causa de la cegadora luz, daba vueltas con las largas tenazas a un pedazo de hierro, que ya estaba al rojo.

Artiom apretaba la palanca que pendía del travesaño del techo y que inflaba el fuelle de cuero.

El maquinista, sonriendo bonachón por entre el bigote y la barba, decía:

- El obrero de profesión no se pierde ahora en la aldea; puede encontrar todo el trabajo que quiera. Trabajaremos una semana o dos y quizás podamos enviar a los nuestros un poco de tocino y harina. Los campesinos, hijito, siempre han honrado a los herreros. Nos cebaremos aquí como burgueses, je-je. Pero Zajar es capítulo aparte: se aferra más a la vida campesina, se ha enfangado en la tierra, con su tío. Vaya, en fin de cuentas es lógico. Tú y yo, Artiom, no tenemos dónde caernos muertos; somos, como suele decirse, proletarios por los siglos de los siglos, je-je; y Zajar se ha partido en dos, tiene un pie en la locomotora, y el otro en la aldea.

Tanteó con las tenazas el lingote de hierro al rojo y añadió, ya serio, pensativo:

- Y nuestro asunto es muy peliagudo, hijito. Si no echan pronto a los alemanes, tendremos que largarnos a Ekaterinoslav o a Rostov; de lo contrario, nos cogerán de las agallas y nos colgarán entre el cielo y la tierra, como dos y dos son cuatro.

- Sí -gruñó Artiom.

- ¿Cómo estarán allí los nuestros, no les importunarán los *gaidamaki*[*]?

- Sí, padrecito, buen lío hemos armado. Ahora hay que renunciar al hogar.

El maquinista sacó de la fragua un pedazo de hierro, azulado y candente, y, colocándolo rápido en el yunque, gritó:

- ¡Venga, hijito, golpea!

Artiom agarró el pesado macho que se encontraba

[*] Gaidamaki: Así se llamaban, en el periodo de la guerra civil en la URSS, los soldados de las unidades contrarrevolucionarias ucranianas, particularmente los de las tropas del Directorio, gobierno contrarrevolucionario ucraniano que existió desde septiembre de 1918 hasta mayo de 1919. (N. de la Edit.)

junto al yunque, tomó impulso y, a la media vuelta, golpeó. Un haz de brillantes chispas esparcióse por la herrería con leve crepitar, iluminando por un instante los oscuros rincones.

Polentovski daba la vuelta al lingote al rojo, y, bajo los golpes poderosos, el hierro se aplastaba dócilmente, como cera reblandecida.

La noche oscura respiraba con cálido viento.

El lago estaba abajo, sombrío y enorme; los pinos que lo circundaban movían sus vigorosas testas.

"Parecen seres vivos", pensaba Tonia. La muchacha yacía en una hondonada cubierta de hierba, en la orilla de granito. Arriba, en lo alto, sobre la hondonada, estaba el bosque, y abajo, al pie mismo de la escarpa, el lago. La sombra de las peñas que lo rodeaban hacía aún más oscuras sus orillas.

Aquél era el rinconcillo predilecto de Tonia. Allí, a una versta de la estación, en las viejas canteras abandonadas, donde en otros tiempos brotaron unos manantiales, se habían formado ahora tres lagos de agua corriente. Abajo, junto a la pendiente que llevaba al lago, se oía un chapoteo. Tonia levantó la cabeza y, apartando las ramas con la mano, miró: de la orilla, hacia el centro del lago, nadaba con enérgicas brazadas un cuerpo bronceado y flexible. Tonia veía la espalda morena y la cabellera negra del que se bañaba. Resoplaba como una foca, partiendo el agua con cortas brazadas, se volvía, se zambullía, luego buceó y, por fin, cansado, cerrando los ojos bajo la luz brillante del sol, quedó inmóvil sobre la espalda, los brazos en cruz, un poco combado el cuerpo.

Tonia soltó la rama. "No es decente lo que estoy haciendo", pensó burlona, y comenzó a leer.

Embebida en la lectura del libro que le diera Leschinski, Tonia no se apercibió de que alguien había saltado el saliente de granito que separaba la explanada del bosque, y sólo cuando cayó en el libro una piedrecilla desprendida por los pies del que saltara, estremecióse por la sorpresa, levantó la cabeza y vio a Pavka Korchaguin de pie en la explanada. El muchacho estaba asombrado por aquel encuentro inesperado y, lleno de confusión, se disponía a marcharse.

"Era él quien se bañaba", pensó Tonia, lanzando una mirada a los mojados cabellos de Pavka.

- ¿Qué, la he asustado? No sabía que estaba usted aquí, he venido a parar a este lugar por casualidad. - Y, dicho esto, Pavka se agarró al saliente. También había reconocido a Tonia.

- No me molesta usted. Si quiere, incluso podemos hablar un rato.

Pavka miró extrañado a Tonia.

- ¿De que vamos a hablar nosotros?

Tonia sonrió.

- Pero, ¿qué hace usted ahí de pie? Puede sentarse aquí -y señaló una piedra-. Diga, ¿cómo se llama?

- Soy Pavka Korchaguin.

- Yo me llamo Tonia. Ya nos conocemos.

Pavka estrujaba turbado la gorra.

- ¿Así pues, se llama usted Pavka? -rompió Tonia el silencio-. ¿Y por qué Pavka? No es bonito, suena mejor Pável. Yo le llamaré así. ¿Y suele usted venir aquí con frecuencia a... -iba a decir "a bañarse", pero, no queriendo descubrirle que lo había visto nadando, añadió-: a pasear?

- No, no con gran frecuencia; sólo cuando tengo un rato libre –respondió Pável.

- ¿Trabaja usted en algún sitio? -inquirió Tonia.

- Trabajo de fogonero en la fábrica de electricidad.

- Diga, ¿en dónde ha aprendido usted a pelear con tanta maestría? -preguntó inesperadamente Tonia.

- ¿Qué le importan a usted mis riñas? –gruñó Pável.

- No se enfade usted, Korchaguin -profirió la muchacha, al ver que a Pavka le había disgustado su pregunta-. Me interesa mucho. ¡Fue un gran golpe! No se puede pegar tan despiadadamente -y estalló en carcajadas.

- ¿Es que le da a usted lástima? -preguntó Pável.

- No, en absoluto, por el contrario, Sujarko recibió su merecido. Y a mí la escena me produjo gran placer. Dicen que usted se pelea a menudo.

- ¿Quién lo dice? -preguntó Pável, poniéndose en guardia.

- Víctor Leschinski. El afirma que es usted un camorrista profesional.

Pável se ensombreció.

- Víctor es un canalla, un mírame y no me toques. Que dé las gracias porque no le sacudí entonces. Oí lo que le dijo de mí, pero no quise mancharme las manos.

- ¿Por qué habla usted así, Pável? No está bien –le interrumpió Tonia.

Pável se irritó.

"¿A qué diablos habré entablado conversación con esta tipa extravagante? -pensó-. Vaya una mandona: "Pavka" no le gusta; que no diga palabrotas".

- ¿Por qué le tiene usted rabia a Leschinski? -preguntó Tonia.

- Porque es una señorita con pantalones, un hijo de señor, ¡maldita sea su estampa! Las manos me están pidiendo a gritos que pegue a esa gente. Trata de pisarme los dedos porque es rico y todo lo puede, pero a mí me importa un bledo su riqueza; si me toca, aunque no sea más que un pelo, recibirá en seguida su merecido, todo de una vez. A los tipos como ése hay que enseñarles con el puño -dijo excitado.

Tonia sintió haber sacado a relucir en la conversación el nombre de Leschinski. Se veía a las claras que aquel muchacho tenía cuentas viejas que ventilar con el estudiante de aspecto feble, y la muchacha pasó a un tema más tranquilo: comenzó a

preguntar a Pável por su familia y acerca de su trabajo.

Sin que él mismo se diera cuenta, comenzó a responder con todo detalle a las preguntas de la muchacha, olvidándose de sus deseos de marcharse.

- Diga, ¿por qué no continuó estudiando? – inquirió Tonia.

- Me echaron de la escuela.

- ¿Por qué?

Pavka enrojeció.

- Le eché tabaco en la masa de Pascua al pope, y me pusieron de patitas en la calle. El pope era un bicho, no me dejaba vivir. -Y Pável se lo contó todo.

Tonia le escuchaba con curiosidad. Pável, olvidado de su turbación, contaba a Tonia, como si fuera un antiguo conocido, que su hermano no había vuelto; ninguno de los dos apercibióse de que, en conversación animada y cordial, llevaban varias horas sentados en la explanada. Por fin, Pavka recobróse y se levantó de un salto.

- Ya es hora de ir al trabajo. ¡Buena la he hecho! Me he estado aquí, charlando por los codos, y tengo que encender las calderas. Danilo va a armar un escándalo. -Y profirió nervioso-: Ea, adiós, señorita, ahora debo arrear a toda marcha para la ciudad.

Tonia se levantó rápidamente, poniéndose la chaqueta.

- También es hora de que yo vaya a casa, vamos juntos.

- No, no, yo voy a ir corriendo, no va usted a aguantar mi paso.

- ¿Por qué? Veamos quién corre más.

Pavka la miró con desdén.

- ¿En competición? ¡¿Cómo va usted a competir conmigo?!

- Bueno, ya lo veremos; salgamos primero de aquí.

Pável saltó la piedra, dio la mano a Tonia, y ambos corrieron hacia el bosque, para salir a la vereda ancha y llana que conducía a la estación.

Tonia se detuvo en medio del camino.

- Bueno, ahora vamos a echar la carrera: una, dos y tres. ¡Atrápeme! -Y partió rauda como una centella. Con enorme rapidez aparecían y desaparecían fugaces las suelas de sus zapatitos, el viento hacía ondear su chaquetilla azul.

Pável corrió tras ella, ligero como un gamo.

"En un dos por tres la echaré mano", pensó Pável, corriendo tras la chaqueta fugaz, pero no alcanzó a la muchacha hasta que no llegaron al final de la vereda, cerca de la estación. Chocó contra ella con ímpetu y la abrazó con fuerza.

- ¡Te he cazado, pajarito! -gritó alegre, respirando con fatiga.

- Suélteme, me hace daño -defendióse Tonia.

Ambos permanecían de pie, jadeantes; sus corazones latían con fuerza, y Tonia, que se había agotado en la loca carrera, imperceptiblemente, como por azar, apretóse contra Pável, y con ello se convirtió en un ser querido del muchacho. Fue tan sólo un instante, pero le quedó grabado para siempre en la memoria.

- Nadie había podido alcanzarme -dijo Tonia desprendiéndose del abrazo.

Se separaron inmediatamente. Y, agitando la gorra en señal de despedida, Pável corrió hacia la ciudad.

Cuando Pável abría la puerta del cuarto de máquinas, Danilo, que ya andaba ajetreado en torno a las calderas, volvió la cabeza irritado.

- Podías haber venido más tarde. ¿Crees acaso, que yo debo encender el fuego por ti?

Pero Pavka le dio, alegre, unas palmadas en el hombro y dijo conciliador.

- En un momento estará el fuego en marcha, viejo. -Y se puso a trabajar junto a las pilas de leña.

A eso de la media noche, cuando Danilo, tumbado sobre la leña, roncaba como un caballo, Pável, después de engrasar con la aceitera todo el motor, se limpió las manos con estopa y, sacando del cajón la entrega número sesenta y dos de *Giuseppe Garibaldi*, se absorbió en la lectura de la emocionante novela sobre las interminables aventuras del legendario jefe de los "camisas rojas" napolitanos.

"Ella miró al duque con sus bellos ojos azules. . ."

"Esta tiene también los ojos azules -recordó Pável-. Es una muchacha singular, no se parece a ésas, a las ricas -pensó-, y corre como el mismo diablo".

Sumido en sus recuerdos acerca del encuentro tenido aquella tarde, Pável no oía el ruido creciente del motor; éste se estremecía por la tensión, el enorme volante giraba vertiginoso, y el soporte de hormigón, sobre el que estaba asentado aquél, trepidaba con fuerza.

Pavka lanzó una mirada al manómetro, cuya aguja había rebasado en varios grados la línea roja.

- ¡Ah, maldito! -exclamó Pável, levantándose del cajón, como impulsado por un resorte, para lanzarse hacia la palanca de escape; le dio dos vueltas, y al otro lado de la pared del cuarto de máquinas silbó el vapor que, por el tubo, salía al río. Luego de bajar la palanca, Pável pasó la correa a la rueda que movía la bomba.

Pável miró a Danilo; éste, con la boca muy abierta y emitiendo por la nariz sonidos terribles, dormía apaciblemente.

Medio minuto más tarde, la aguja del manómetro había vuelto a su posición normal.

Al despedirse de Pável, Tonia se encaminó a su casa. Pensaba en su reciente encuentro con aquel muchacho de ojos negros y, sin saberlo ella misma, estaba contenta de lo ocurrido.

"¡Cuánto fuego y tenacidad hay en él! Y no es, en absoluto, tan tosco como yo me figuraba. En todo

caso, no se parece en nada a esos estudiantes babosos..."

Era de otra especie, de un medio con el cual, hasta entonces, Tonia no había tenido trato íntimo.

"Se le puede domar -pensaba-, y será una amistad interesante".

Al llegar a casa, Tonia vio a Lisa Sujarko y a Nelly y Víctor Leschinski, sentados en el jardín. Víctor leía. Al parecer, la estaban esperando.

Después de saludar a todos, sentóse en el banco. En la conversación, vacía y frívola, Víctor se sentó al lado de Tonia y le preguntó en voz baja:

- ¿Ha leído usted la novela?

- ¡Ah, sí, la novela! -recordó de pronto Tonia-. La he. .. -Estuvo a punto de decirle que se había dejado olvidado el libro junto al lago.

- ¿Qué, le ha gustado? -Víctor escrutó su rostro.

Tonia quedó un momento pensativa, dibujando con la puntita del zapato una figura intrincada en la arena del sendero; luego, levantó la cabeza y le miró.

- No, he comenzado otra novela más interesante que la que me dio usted.

- ¡Ah, sí! -alargó las sílabas Víctor, resentido-. ¿Y quién es el autor? -preguntó.

Tonia le miró con ojos que destellaban burlones.

- Nadie...

- ¡Tonia, di a tus invitados que pasen al comedor, el té está servido! -llamó la madre desde el balcón.

Cogiendo del brazo a las dos muchachas, Tonia se dirigió hacia la casa. Y Víctor, que las seguía, rompíase la cabeza con las palabras dichas por Tonia, sin comprender su sentido.

Aquel primer sentimiento que, sin ser consciente aún, había irrumpido de pronto en la vida del joven fogonero, constituía algo nuevo, incomprensible y emocionante. Pavka, tan atrevido y turbulento, perdió el sosiego.

Tonia era la hija del inspector forestal, y éste era para Pável igual que el abogado Leschinski.

Criado en la miseria y en el hambre, Pável mantenía una actitud hostil ante aquellos que, a su parecer, eran ricos. Pável apreciaba su sentimiento con cautela y reserva. Estimaba que Tonia no era sencilla y comprensible como Galina, la hija del cantero, y la trataba con desconfianza, dispuesto a responder ásperamente a cualquier burla o desdén hacia él, el fogonero, por parte de aquella muchacha culta y bonita.

Hacía una semana que Pável no veía a la hija del inspector forestal, y aquel día decidió ir al lago. Pasó premeditadamente por delante de la casa, confiando en verla. Al bordear despacio la cerca de la finca, advirtió al final la conocida marinera. Cogió una piña caída junto a la cerca y la lanzó a la blusa blanca.

Tonia volvió con rapidez la cabeza. Al reconocer a Pável, corrió a la cerca. Sonriendo alegremente, le dio la mano.

- Por fin ha venido usted -dijo gozosa-. ¿Dónde ha estado metido durante todo este tiempo? Yo estuve en el lago, había olvidado allí un libro. Pensaba que iría usted por allá. Pase a mi jardín.

Pavka movió negativamente la cabeza.

- No.

- ¿Por qué? -Sus cejas se enarcaron con asombro.

- Su padre quizás la riña. Pagará usted por mi culpa. ¿A santo de qué, dirá, has traído aquí a ese andrajoso?

- Está usted diciendo tonterías, Pável -se enfadó Tonia-. Entre inmediatamente. Mi padre nunca dirá nada, usted mismo podrá convencerse. Vamos.

Tonia corrió hacia el portillo, seguida de Pável, que no las tenía todas consigo.

- ¿Le gusta a usted leer? -preguntó la muchacha cuando se hubieron sentado junto a una mesa redonda, empotrada en el suelo del jardín.

- Me gusta mucho -se animó Pável.

- ¿Qué libro de todos los que ha leído le gusta más?

Pável lo pensó un poco y respondió:

- Giuseppa Garibaldi.

- Giuseppe Garibaldi -corrigió Tonia-. ¿Le gusta mucho ese libro?

- Sí, me he leído ya sesenta y ocho entregas. Cada vez que cobro, me compro cinco de ellas. ¡Qué hombre ese Garibaldi! -exclamó con admiración Pável-. ¡Ese sí que era un héroe! ¡Así me gusta a mí! Mucho tuvo que luchar contra sus enemigos, pero siempre consiguió la victoria. ¡Recorrió todos los países! Si viviera ahora, yo me uniría a él. Reclutaba su gente entre los obreros y luchaba siempre por los pobres.

- Si quiere, le mostraré nuestra biblioteca –dijo Tonia, y le tomó del brazo.

- No, a la casa sí que no entro -denegó rotundamente Pável.

- ¿A qué viene esa testarudez? ¿O es que tiene usted miedo?

Pável miró sus pies descalzos, que no brillaban por su limpieza, y se rascó el cogote.

- Y su mamaíta o su papá, ¿no me echarán a la calle?

- Deje de una vez de hablar así, o me enfadaré de verdad -dijo Tonia irritada.

- Como quiera, pero Leschinski no me deja entrar en su casa; con la gente de mi clase habla en la cocina. Una vez estuve allí, por un asunto, y Nelly ni me permitió pasar a la habitación, seguramente, para que no le estropeara las alfombras. El diablo sabe... -sonrió Pável.

- Vamos, vamos. - Tonia asióle por los hombros y le empujó cariñosamente hacia la terraza de entrada.

A través del comedor, le llevó a una habitación en la que había un enorme armario de roble. Tonia abrió las puertas del mueble. Pável vio varios centenares de libros, ordenados en hileras, y se asombró de aquella riqueza nunca vista.

- Ahora, encontraremos un libro interesante para usted, y prometerá venir siempre a casa por ellos. ¿De acuerdo?

Pavka asintió gozosamente con la cabeza.

- ¡Me gustan los libros!

Pasaron varias horas muy gratas y alegres. Tonia le presentó a su madre. Ello no resultó tan terrible como él se imaginaba, y a Pável le agradó la madre de Tonia.

La muchacha llevó a Pavka a su habitación y le mostró sus novelas y libros de texto.

Junto al tocador había un pequeño espejo. Llevando hacia él a Pável, Tonia le dijo, riéndose:

- ¿Por qué tiene usted los cabellos tan alborotados? ¿No se los corta ni peina nunca?

- Cuando están muy largos, me pelo al rape. ¿Qué hacer con ellos? -se justificaba torpemente Pavka.

Tonia, sin dejar de reír, cogió un peine del tocador, y, con rápidos movimientos, peinó los desordenados rizos del muchacho.

- Vaya, ahora parece completamente otro -decía la muchacha, mirando a Pável-. Y debe cortarse el pelo a la moda, pues va por ahí como un oso.

Tonia examinó con mirada crítica la descolorida camisa rojiza y los pantalones viejos, pero no dijo nada.

Pável se dio cuenta de la mirada y sintió se disgustado por su vestimenta.

Al despedirse, Tonia le invitó a visitar la casa cuando quisiera. Y le obligó a dar palabra de acudir dos días después para ir a pescar juntos.

Pável salió al jardín por la ventana, de un salto: no quería pasar otra vez por las habitaciones y encontrarse de nuevo con la madre de Tonia.

La ausencia de Artiom se dejó sentir en casa de los Korchaguin: el salario de Pável no era suficiente para cubrir las necesidades del hogar.

María Yákovlevna decidió hablar con su hijo para decirle si no debería ella ponerse a trabajar de nuevo, aprovechando que los Leschinski necesitaban una cocinera. Pero Pável protestó:

- No, mamá, yo encontraré trabajo suplementario. En la serrería hacen falta obreros. Trabajaré allí medio día, y con esto tendremos bastante para los dos; pero tú no vayas a trabajar, si no Artiom se enfadará conmigo, dirá: no pudo pasarse sin enviar a la madre al trabajo.

La madre alegó razones, demostrando que era necesario que ella trabajara, pero Pável se mantuvo en sus trece y María Yákovlevna hubo de ceder.

Al día siguiente, ya trabajaba Pável en la serrería, poniendo a secar las tablas recién aserradas. Allí encontró a dos muchachos conocidos: Mishka Levchukov, con el que había estudiado en la escuela, y Vania Kuleshov. Pável y Misha se pusieron a trabajar juntos, a destajo. El salario que ganaban era bastante bueno. Pável pasaba el día en la serrería y por la tarde se dirigía corriendo a la fábrica de electricidad.

A fines del décimo día, Pável trajo a su madre el dinero ganado. El muchacho calló indeciso unos instantes y, por fin, dijo:

- ¿Sabes, mamá? Cómprame una camisa azul de satén, como la que tenía el año pasado, ¿recuerdas? En esto se marchará la mitad del dinero, pero yo ganaré más, no temas. La camisa que llevo ya está vieja... -decía justificándose, como si pidiera perdón por su ruego.

- Naturalmente, naturalmente, la compraré hoy mismo, Pavka, y mañana la coseré. Es cierto que no tienes camisa nueva. -Y María Yákovlevna miró con cariño a su hijo.

Pável se detuvo junto a la peluquería y, palpando el rublo que llevaba en el bolsillo, entró.

El peluquero, muchacho avispado, al ver al que acababa de entrar, hizo un movimiento habitual con la cabeza, indicándole el sillón.

- Siéntese.

Al tomar asiento en el mullido y cómodo sillón, Pável vio en el espejo una fisonomía que reflejaba turbación y desconcierto.

- ¿Al rape? -preguntó el peluquero.

- Sí, es decir, no, córteme el pelo. Vaya, ¿cómo llaman ustedes a esto? -e hizo un gesto desesperado con la mano.

- Comprendo -sonrió el peluquero.

Un cuarto de hora más tarde, Pável salió de allí sudoroso, torturado, pero con la cabellera cuidadosamente arreglada y peinada. El peluquero trabajó muy tenazmente para dominar aquellos rizos rebeldes, pero el agua y el peine salieron victoriosos, y los cabellos yacían ahora en magnífico orden.

Una vez en la calle, Pável suspiró aliviado y se encasquetó más la gorra.

"¿Qué dirá la madre cuando me vea?"

Pável no acudió para ir a pescar, como había prometido, y esto ofendió a Tonia.

"No es muy atento este muchacho fogonero", pensó con despecho, pero, cuando Pável no fue a verla los siguientes días, sintió tristeza.

Se disponía ya a salir a pasear, cuando la madre, entreabriendo la puerta de la habitación, dijo:

- Han venido a visitarte, Tónechka. ¿Se puede pasar?

En el umbral se encontraba Pável. Tonia no le reconoció de pronto.

El muchacho vestía camisa nueva, de satén azul, y pantalones negros. Sus botas limpias relucían, y -de esto Tonia se dio cuenta en seguida- se había arreglado el pelo; su cabellera no estaba desgreñada como antes, y el simpático fogonero tenía ahora un aspecto completamente distinto.

Tonia quería expresar su asombro, pero, por no

azorar más al muchacho, ya bastante turbado de por sí, hizo como que no se había fijado en el sorprendente cambio.

Tonia comenzó a reprocharle:

- ¿Cómo no le da vergüenza? ¿Por qué no vino para ir a pescar? ¿Es así como cumple usted su palabra?

- He estado trabajando estos días en la serrería, y me ha sido imposible venir.

Pável no podía decir que para comprarse la camisa y los pantalones había trabajado aquellos días hasta el agotamiento.

Pero Tonia lo adivinó, y todo el rencor que guardaba a Pável se desvaneció como el humo.

- Vamos a pasear al estanque -propuso, y ambos salieron al jardín, y de él al camino.

Y ya como a un amigo, en tono de gran secreto, Pavka habló a Tonia de la pistola robada al teniente y le prometió que uno de los días próximos se adentrarían en el bosque y dispararían.

- Ten cuidado, no me delates -dijo Pavka, hablándole inesperadamente de "tú".

- Yo nunca te delataré a nadie -prometió solemnemente Tonia.

Capítulo cuarto

La lucha de clases, aguda y despiadada, ardía en toda Ucrania. Cada vez era mayor el número de los que empuñaban las armas, y cada contienda engendraba nuevos combatientes.

Los días tranquilos para los pequeños burgueses pertenecían ya a un pasado lejano.

Giraban los remolinos de la tormenta, sacudiendo, con los cañonazos, las vetustas casitas de los vecinos, que se apretaban a las paredes de los sótanos o en las trincherillas cavadas por ellos mismos.

La provincia había sido invadida por la avalancha de las bandas de Petliura, de diferentes colores y matices: grandes y pequeños atamanes, diferentes Gólubs, Arcánguels, Anguels, Gordis y un sinnúmero de otros bandidos.

Los antiguos oficiales, los socialrevolucionarios ucranianos de derecha y de izquierda, cualquier aventurero decidido que hubiese logrado reunir una banda de matones se declaraba atamán y, a veces, desplegando la bandera amarilla y azul de Petliura, tomaba el poder en los límites de sus fuerzas y posibilidades.

De estas bandas de todo pelaje, reforzadas por los kulaks y los regimientos de Galitzia del cuerpo de ejército del atamán Konovaliets, formaba sus regimientos y divisiones el "atamán supremo Petliura”. En aquella hez de socialrevolucionarios y kulaks irrumpían los destacamentos de guerrilleros rojos, y entonces la tierra retemblaba bajo centenares y miles de cascos de caballos, de carretas y armones de artillería.

En aquel abril del turbulento año 19, el pequeñoburgués, mortalmente asustado y aturdido, al despegar por la mañana sus soñolientos ojos y abrir las ventanas de su casita, preguntaba inquieto al vecino que se había despertado antes:

- Avtonom Petróvich, ¿qué poder hay en la ciudad?

Y Avtonom Petróvich, tirándose del pantalón, miraba asustado a derecha e izquierda.

- No lo sé, Afanás Kirílovich. Por la noche han llegado unos. Veremos: si saquean a los judíos, es que son los de Petliura; y si resultan ser "camaradas", lo sabremos en seguida por la manera de hablar. Precisamente, estoy observando para saber qué retrato colgar, a fin de no meterme en un lío, pues, ¿sabe?, Guerásim Leóntievich, mi vecino, no se fijó bien y colgó el retrato de Lenin. De pronto, entraron en su casa tres tipos de Petliura. En cuanto vieron el retrato, la emprendieron con el dueño. Le soltaron unos veinte latigazos. "¡Hijo de perra, cerdo comunista, le decían, te vamos a desollar vivo!" Y por mucho que trató de justificarse, y por mucho que gritó, no le sirvió de nada.

Cuando veía venir por la carretera un grupo de hombres armados, el pequeño burgués cerraba las ventanas y se escondía. Por si acaso...

Los obreros miraban con odio contenido la bandera amarilla y azul de los vándalos de Petliura. Impotentes frente a aquella ola de chovinismo separatista ucraniano, tan sólo se reanimaban cuando en la ciudad se introducían en cuña las unidades rojas de paso, que se defendían ferozmente de los amarillos-azules que les asediaban por todas partes. Por un par de días rojeaba la bandera querida sobre el edificio del Ayuntamiento, pero la unidad se marchaba, y de nuevo se extendían las tinieblas.

Ahora, el dueño de la ciudad era el coronel Gólub, "ornato y prez" de la división de Zadnieprovie.

El día antes, su destacamento de dos mil matones había entrado solemnemente en la ciudad. El señor coronel iba a la cabeza del destacamento, montando un magnífico potro negro, y, a pesar del cálido sol de abril, llevaba capa caucasiana, gorro de Zaporozhie, de astracán, con la parte superior púrpura, guerrera circasiana y el armamento completo: puñal y sable de plata repujada.

El señor coronel era un hombre bien parecido, de cejas negras y rostro pálido, ligeramente amarillento a causa de incontables borracheras. Entre sus dientes sostenía una pipa. Antes de la revolución, el señor coronel había sido ingeniero agrónomo en las plantaciones de una fábrica de azúcar, pero aquella vida era aburrida, no podía compararse con la situación de un atamán, y el agrónomo apareció en la superficie del río revuelto del país, convertido ya en el señor coronel Gólub.

En el único teatro de la ciudad se organizó una suntuosa velada en honor de los llegados. Toda la "flor" de la intelectualidad afecta a Petliura asistió a

la fiesta. Estaban allí unos maestros ucranianos, las dos hijas del pope -la bella Anna y su hermana menor, Dina-, algunos hidalgüelos de poca monta, ex empleados del conde Pototski, un grupo de pequeños burgueses, que se llamaban a sí mismos "cosacos libres", y los secuaces ucranianos de los socialrevolucionarios.

El teatro estaba abarrotado. Las maestras, las hijas del pope y las burguesitas, luciendo trajes nacionales ucranianos de vivos colores y flores bordadas, con collares y cintas de diferentes tonos, se encontraban rodeadas de un enjambre de oficiales que hacían resonar sus espuelas y parecían sacados de esos viejos cuadros que representan a los cosacos de Zaporozhie.

La banda de música del regimiento atronaba la sala. En el escenario se preparaban febrilmente para la representación de *Nazar Stodolia*[*].

No había fluido eléctrico. Al señor coronel se lo comunicaron en el Estado Mayor. El coronel, que se disponía a honrar con su presencia la velada, escuchó a su ayudante, el alférez Palianitsia, en realidad ex alférez Poliántsev, y le dijo con tono negligente, pero imperioso:

- Que haya luz. Revienta, pero encuentra a un mecánico y pon en marcha la fábrica de electricidad.

- A sus órdenes, mi coronel.

El alférez Palianitsia no reventó y encontró electricistas.

Una hora más tarde, dos elementos de la banda condujeron a Pável a la fábrica de electricidad. De la misma forma llevaron allí al mecánico y al maquinista.

Palianitsia dijo conciso:

- ¡Si antes de las siete no hay luz, os ahorcaré a los tres! -y señaló con la mano hacia una viga de hierro.

Estas conclusiones, formuladas brevemente, surtieron su efecto, y en el plazo indicado se dio la luz.

Se encontraba ya la velada en pleno apogeo, cuando hizo su aparición el señor coronel con su amiga y patrona, la hija del dueño del restaurante, joven de pecho opulento y cabellera pajiza.

Su acaudalado padre la había enviado a educarse al liceo de la capital de la provincia.

Después de tomar asiento en los puestos de honor del palco proscenio, el señor coronel indicó con un ademán que se podía comenzar, e inmediatamente se levantó el telón. Ante los espectadores apareció fugaz la espalda del director de escena, que salía corriendo de las tablas.

Durante el espectáculo, los oficiales que asistían a la fiesta, como asimismo sus respectivas damas, se emborracharon a conciencia, en el ambigú, con anisado y vodka casero conseguidos por el omnipresente Palianitsia, regalándose también con toda clase de manjares obtenidos por medio de requisas. Hacia el final del espectáculo todos estaban como cubas.

Palianitsia saltó a la escena, agitó teatralmente la mano y anunció:

- Respetable público, en seguida comenzaremos el baile.

En la sala aplaudieron unánimemente. Todos salieron al patio, con el fin de dar la posibilidad a los soldados del regimiento, movilizados para proteger la velada, de sacar las sillas y dejar libre la sala.

Media hora más tarde, en el teatro reinaba una batahola de todos los diablos.

Los oficiales de Petliura, borrachos, bailaban frenéticos las danzas populares ucranianas con las bellezas de la localidad, rojas como la grana a causa del calor, y el golpear de sus pesadas botas militares hacía retemblar las paredes del viejo teatro.

Mientras tanto, por la parte del molino, entraba en la ciudad un destacamento de caballería.

En el lindero, el puesto de soldados de Gólub, provisto de una ametralladora, al ver acercarse la caballería, se alarmó y lanzóse hacia la máquina. Resonó el chasquido metálico de los cerrojos de los fusiles. En la noche restalló un grito brusco:

- ¡Alto! ¿Quién vive?

De la oscuridad avanzaron dos figuras confusas, y una de ellas, acercándose a la guardia, rugió con voz bronca y aguardentosa:

- Soy el atamán Pavliuk, con mi destacamento: ¿Vosotros sois de Gólub?

- Sí -respondió un oficial.

-¿Dónde puedo acantonar con mi gente? -preguntó Pavliuk.

- Ahora mismo preguntaré por teléfono al Estado Mayor -le contestó el oficial y desapareció en la pequeña casita próxima a la carretera.

Un minuto más tarde, salió corriendo y ordenó:

- Quitad la ametralladora del camino, muchachos, dejad paso libre al señor atamán.

Pavliuk tiró de las riendas, frenando el caballo cerca del teatro iluminado, en torno al cual iba y venía una muchedumbre bulliciosa.

- ¡Vaya!, aquí están de jarana -observó, volviéndose al capitán de cosacos que se había detenido a su lado-. Apeémonos, amigo, y aprovechemos la ocasión para echar también nosotros una canita al aire. Nos buscaremos dos hembras guapetonas, aquí las haya montones. ¡Eh, Stalezhko -gritó-, aloja a los muchachos en las casas! Nosotros nos quedamos aquí. La escolta que me siga. -Y, pesadamente, desmontó del caballo, que se tambaleó al impulso de su amo.

Dos soldados del ejército de Petliura, armados de fusiles, pararon a Pavliuk junto a la entrada.

- ¿Tiene usted billete?

Pero el atamán les lanzó una mirada despectiva y

[*] Drama de Tarás Shevchenko. (N. de la Edit.)

apartó a uno de ellos de un empujón con el hombro. Tras él, con la misma cortesía, se colaron unos doce hombres de su destacamento. Los caballos los dejaron allí mismo, atados a la valla.

La gente reparó al instante en los recién llegados. En particular se destacaba, por su enorme corpulencia, Pavliuk, vestido con guerrera de oficial, de buen paño, pantalones azules de la Guardia y peludo gorro circasiano. Del correaje que cruzaba el pecho del atamán colgaba una pistola máuser y de uno de sus bolsillos asomaba una granada de mano.

- ¿Quiénes son ésos? -susurraron los que se encontraban en torno al corro de los danzantes, donde, en aquel momento, el ayudante de Gólub bailaba con bizarría a un ritmo endemoniado.

Con él giraba como una peonza la hija mayor del pope. La falda, que se levantaba en abanico, dejaba al descubierto, ante los encandilados guerreros, los pantalones de seda de la mujer, olvidada ya de todo decoro.

Apartando a empujones a la multitud, Pavliuk entró en el corro donde estaban bailando.

El atamán clavó sus turbios ojos en las piernas de la hija del pope, pasóse la lengua por los resecos labios y atravesó el corro en dirección a la orquesta. Se detuvo junto a la rampa y, agitando su fusta trenzada, ordenó:

- ¡Venga, el *gopak*[*], con brío!

El director de la banda de música no hizo caso a estas palabras.

Entonces, Pavliuk levantó la mano y le cruzó la espalda de un fustazo. El director saltó, como si le hubiera picado una serpiente.

La música se interrumpió de golpe, y el salón quedó callado como por arte de magia.

- ¡Qué insolencia! -exclamó indignada la hija del dueño del restaurante-. Tú no debes permitir eso -dijo, apretando nerviosamente el brazo a Gólub, sentado a su lado.

Gólub se levantó pesadamente, apartó con el pie una silla que se encontraba delante de él, dio tres pasos hacía Pavliuk y se detuvo a unas pulgadas del atamán. Le había reconocido al instante. Tenía aún cuentas pendientes con aquél su competidor al poder en la comarca.

Hacía una semana que Pavliuk había echado la zancadilla al señor coronel, de la forma más guarra que imaginar se puede.

En lo más empeñado del combate contra un regimiento rojo, que no era la primera vez que zurraba a los hombres de Gólub, Pavliuk, en vez de atacar a los bolcheviques por la retaguardia, irrumpió en un pueblecillo, arrolló los débiles destacamentos rojos de protección y, situando como barrera parte de sus fuerzas, organizó allí un saqueo sin precedentes. Como era natural y correspondía a un verdadero partidario de Petliura, el pogromo afectó a la población judía.

Mientras tanto, los rojos hicieron polvo el flanco derecho de Gólub y se marcharon.

Y ahora, aquel insolente capitán irrumpía allí y se atrevía, por añadidura, a pegar en presencia del señor coronel al propio director de su banda de música. No, aquello no podía tolerarlo. Gólub comprendía que si no frenaba ahora al atamancillo, engreído, su autoridad en el regimiento quedaría por los suelos.

Mirándose fijamente cara a cara, ambos rivales guardaron silencio por algunos instantes.

Con los dedos crispados en la empuñadura del sable y palpando con la otra mano la pistola que llevaba en el bolsillo, Gólub gritó:

- ¿Cómo te atreves a pegar a mi gente, villano?

La mano de Pavliuk se deslizó lentamente hacia la mauser.

- Cuidado, *pan Gólub*, cuidado, que puede usted dar un tropezón. No me pise el callo predilecto, que me irritaré.

Estas palabras desbordaron el cáliz de la paciencia.

- ¡Agarradles, tiradles del teatro y propinad a cada uno veinticinco latigazos! -gritó Gólub.

Los oficiales del coronel se lanzaron, como una jauría de galgos, contra Pavliuk y sus hombres.

Restalló un disparo, como si hubiera caído al suelo una bombilla eléctrica, y por el salón se agitaron revolviéndose, al igual que dos jaurías de perros furiosos, los que luchaban. En la ciega pelea se asestaban sablazos, se agarraban del pelo y de la garganta, y las mujeres, más muertas que vivas, chillaban como lechones, huyendo de los que peleaban.

Unos minutos más tarde, los hombres de Pavliuk, desarmados, fueron arrojados a la calle a golpes y a empujones.

Pavliuk había perdido el gorro en la reyerta, también le habían desarmado y puesto la cara hecha una lástima; el atamán estaba frenético. Montó a caballo con su destacamento y galopó por la calle.

Se había aguado la fiesta. Después de lo sucedido, nadie deseaba seguir allí. Las mujeres se negaron rotundamente a bailar y exigieron que las llevaran a sus casas, pero Gólub se encabritó.

- No dejéis salir a nadie del salón, poned centinelas en las puertas -ordenó.

Palianitsia cumplía apresuradamente las órdenes.

A la lluvia de protestas, Gólub respondía testarudo:

- Baile hasta la mañana, respetables señoras y señores. Yo mismo bailaré el primer vals.

La música comenzó de nuevo a tocar, pero, con todo, fue imposible seguir la diversión.

Apenas había podido el coronel dar una vuelta completa al círculo, con la hija del pope, cuando los centinelas irrumpieron por las puertas, gritando:

[*] Danza nacional ucraniana. (N. de la Edit.)

- ¡Los de Pavliuk están cercando el teatro!

Los cristales de la ventana próxima al escenario, que daba a la calle, volaron con estrépito en distintas direcciones. Por el desencajado marco asomó el hocico chato de una ametralladora, que se movía despacio de un lado para otro, apuntando a las figuras que se agitaban, y huyendo de ella, como del diablo, todos retrocedieron precipitadamente al centro del salón.

Palianitsia disparó contra la bombilla de mil bujías que lucía en el techo, la cual, estallando como una bomba, dejó caer sobre todos una lluvia menuda de cristal.

Todo quedó sumido en la oscuridad. En la calle gritaron:

- ¡Salid al patio! -y una blasfemia terrible acompañó a la exclamación.

Los gritos salvajes e histéricos de las mujeres, las furiosas voces de mando de Gólub, que se agitaba por el salón tratando de reunir a sus desconcertados oficiales, los disparos y los gritos en la calle, todo aquello fundíase en fantástica barahúnda. Y en medio de aquella confusión, nadie apercibióse de que Palianitsia, que se había escurrido como una anguila, saliendo por la puerta falsa a la calle desierta, galopaba hacia el Estado Mayor de Gólub.

Media hora más tarde, se desarrollaba en la ciudad un verdadero combate. El estampido continuo de los disparos y el tableteo frecuente de las ametralladoras estremecían la quietud de la noche. Los pequeños burgueses, completamente atontados, saltaban de las camas tibias y pegaban sus narices a las ventanas.

Los disparos iban acallándose. Tan sólo en el extremo de la ciudad ladraba, entrecortadamente, una ametralladora.

El combate amainaba. Despuntaba el día. . .

Rumores de pogromo recorrieron la ciudad. Llegaron también a las casuchas de los judíos, pequeñas, bajitas, con ventanas torcidas, amontonadas desordenadamente sobre el sucio talud que descendía hasta el río. En aquellos cajones, con nombre de casas, vivían, como sardinas en lata, los judíos pobres.

En la imprenta, en que llevaba ya más de un año trabajando Seriozha Bruszhak, los cajistas y demás obreros eran judíos. Seriozha les había tomado cariño, como si fueran parientes suyos. Todos ellos se mantenían en unida familia frente al patrono, el cebado y fatuo señor Blumshtéin. Entre el patrono y los obreros de la imprenta se desarrollaba una lucha continua. Blumshtéin trataba de sacarles todo el jugo posible y de pagarles cuanto menos mejor, y más de una vez, por estas razones, se cerraba la imprenta por dos o tres semanas, al declararse los obreros en huelga. Trabajaban allí, en total, catorce hombres. Seriozha, que era el más joven de todos ellos, se pasaba doce horas diarias dando vueltas al volante de la máquina de imprimir.

Aquel día, Seriozha apercibióse de la inquietud de los obreros. Los últimos meses, preñados de alarma, la imprenta trabajaba de pedido en pedido. Imprimían los llamamientos del "atamán supremo".

Méndel, un cajista tuberculoso, llamó aparte a Seriozha.

Fijando en él sus ojos tristes, le dijo:

- ¿Sabes que va a haber pogromo en la ciudad?

Seriozha le miró asombrado:

- No, no lo sabía.

Méndel puso su mano seca y amarillenta en el hombro de Seriozha y le dijo confiado, como un padre a su hijo:

- Habrá pogromo, es un hecho. Van a asesinar a los judíos. Y yo te pregunto: ¿quieres ayudar a tus camaradas en esta desgracia, o no?

- Naturalmente que quiero, si puedo. Habla, Méndel

Los cajistas prestaron oído a la conversación.

- Eres un muchacho excelente, Seriozha, te creemos, pues tu padre también es obrero. Corre a casa y habla con él, pregúntale si está de acuerdo en esconder a algunos viejos y mujeres, nosotros acordaremos de antemano quién va a ocultarse en tu casa. Después habla con tu familia, entérate en casa de quién más se puede refugiar gente. Por ahora, estos bandidos no tocan a los rusos. Corre, Seriozha, el tiempo apremia.

- Bien, Méndel, note preocupes; ahora mismo voy en un vuelo a buscar a Pavka y a Klimka; en sus casas darán albergue, sin duda alguna, a los vuestros.

- Aguarda un momento -dijo intranquilo Méndel, deteniendo a Seriozha, que se disponía a salir-. ¿Quiénes son Pavka y Klimka? ¿Les conoces bien?

Seriozha asintió, seguro, con un movimiento de cabeza.

- ¿Cómo no? Somos uña y carne. El hermano de Pavka Korchaguin es tornero.

-¡Ah, Korchaguin! -profirió, tranquilizado, Méndel-. A ése le conozco, hemos vivido en una misma casa. Se puede confiar en él. Ve, Seriozha, y regresa cuanto antes con la contestación.

Seriozha salió disparado de la imprenta.

Tres días después del combate entre el destacamento de Pavliuk y los hombres de Gólub, comenzó el pogromo.

Derrotado, Pavliuk huyó de la ciudad y ocupó el pueblecillo vecino, después de haber perdido en el combate nocturno unos veinte hombres. Las bajas de Gólub ascendían a otros tantos.

A los muertos se los llevó apresuradamente al cementerio y se los enterró aquel mismo día, sin gran pompa, pues no había de qué vanagloriarse. Los dos alemanes se habían dado de bocados, como dos perros vagabundos, y no era conveniente armar ruido con los entierros. Palianitsia quiso enterrar a los

muertos con bulla, declarando a Pavliuk bandido rojo, pero contra esto objetó el comité socialrevolucionario, encabezado por el pope Vasili.

El choque nocturno había provocado malestar en el regimiento de Gólub, sobre todo en la centuria de escolta del coronel, donde era mayor el número de muertos, y para acabar con aquel estado de ánimo y elevar la moral, Palianitsia propuso a Gólub "aliviar la existencia", como solía decir en tono de burla al hablar de los pogromos. Demostró a Gólub la necesidad de ello, argumentando con el descontento entre las fuerzas. Entonces, el coronel -que en un principio no quería turbar la quietud de la ciudad en vísperas de su boda con la hija del dueño del restaurante- accedió, bajo la presión de Palianitsia.

En verdad, al coronel le turbaba un poco aquella operación, pues había ingresado en el partido socialrevolucionario. Por otra parte, sus enemigos podrían desacreditarle, diciendo que el coronel Gólub era dado a los pogromos, e irremisiblemente contarían al "atamán supremo" atrocidades acerca de su persona. Pero, de momento, Gólub casi no se encontraba en dependencia de aquél, abasteciéndose con su destacamento por su cuenta y riesgo. Además, el "atamán supremo" sabía perfectamente qué clase de pájaros eran los que estaban a su servicio, y, en más de una ocasión, él mismo había pedido dinero, procedente de lo que ellos llamaban requisas, para las necesidades del "directorio". Además, en cuanto a su fama de organizador de pogromos, ésta era ya bastante sólida; Gólub podía añadirle muy poco.

El pillaje comenzó por la mañana temprano.

La pequeña ciudad flotaba en la bruma gris anterior a la amanecida. Las calles que envolvían serpenteantes los míseros barrios judíos, parecían muertas. Las ventanas, ciegas, tenían corridos los visillos y cerrados los postigos.

Desde la calle parecía que los barrios, dormían con el sueño profundo del alba, pero en las casitas nadie pegaba ojo. Las familias, vestidas, amontonadas en cualquier cuartucho, se preparaban para la desgracia que se cernía sobre ellas; tan sólo los niños, que no comprendían nada, dormían apacible y tranquilamente en brazos de sus madres.

Aquella mañana, Salomiga, jefe de la escolta del coronel -hombre moreno, de cara de gitano y con una cicatriz morada en la mejilla, recuerdo de un sablazo-, se vio y se deseó para despertar a Palianitsia, ayudante de Gólub.

Al ayudante le era difícil despertarse. De ninguna de las maneras podía desprenderse de aquel sueño absurdo. Continuaba arañándole la garganta el diablo retorcido y giboso que no le había dejado en paz durante toda la noche. Y cuando, por fin, levantó la cabeza, que parecía querer estallar de dolor, comprendió que era Salomiga, que le despertaba.

- Levántate, cólera -le decía Salomiga, zarandeándole por el hombro-. Ya es tarde, es hora de empezar. ¡Podías haber bebido aún más!

Palianitsia acabó de despertarse, se sentó en la cama y, torciendo la boca a causa de los ardores, hijos del alcohol, soltó un escupitajo amargo.

- ¿Qué es lo que hay que empezar? -dijo, mirando a Salomiga con ojos estúpidos.

- ¿Cómo que qué? Hay que destripar a los judíos. ¿No lo sabes?

Palianitsia recordó: sí, era cierto, habíase olvidado por completo. El día anterior había estado bebiendo, hasta caerse de espaldas, en el caserío adonde fuera el señor coronel, con su novia y unos cuantos amigos, de borrachera.

A Gólub le era conveniente desaparecer de la ciudad durante el pogrom. Después podría decir que había habido una confusión durante su ausencia, y, mientras tanto, Palianitsia tendría tiempo de arreglarlo todo a las mil maravillas. ¡Oh, aquel Palianitsia era un gran especialista en cuanto "al alivio" se refería!

El ayudante se volcó un cubo de agua en la cabeza y, con ello, recobró la facultad de pensar. Después se agitó por el Estado Mayor, dando distintas órdenes.

La centuria de escolta ya estaba a caballo. El cauto Palianitsia, a fin de evitar posibles complicaciones, ordenó que se estableciera un cordón para aislar la ciudad del barrio obrero y de la estación.

En el jardín de la finca de los Leschinski se emplazó una ametralladora, que enfilaba el camino.

Caso de que los obreros trataran de entrometerse, se rían recibidos con una lluvia de plomo.

Cuando hubieron terminado todos los preparativos, el ayudante y Salomiga montaron a caballo.

Antes de partir, Palianitsia dijo:

- Espera, se me olvidaba. Trae dos carretas: le llevaremos a Gólub alguna cosita de dote. Jo... jo... jo... El primer botín, como siempre, para el jefe, y la primera mujer, ja-ja-ja, para mí, para el ayudante. ¿Has comprendido, alcornoque?

Lo último se refería a Salomiga.

Este le miró fijamente con su ojo amarillento, que despedía chispas.

- Bastará para todos.

El ayudante y Salomiga marcharon carretera adelante, seguidos por la desordenada banda de los hombres de la escolta.

Se iba disipando la niebla de la mañana. Junto a una casa de dos pisos, con un rótulo herrumbroso en el que se leía: *Mercería de Fux*, Palianitsia tiró de las riendas.

Su yegua gris, de finos remos, golpeó nerviosa el empedrado.

- Vaya, con la ayuda de Dios comenzaremos por aquí -dijo Palianitsia, saltando del caballo.

- ¡Eh, muchachos, desmontad! -ordenó, volviéndose a los hombres de la escolta que le habían

rodeado-. Comienza la función -aclaró-. Muchachos, no saltéis los sesos a nadie: para ello habrá tiempo; si no tenéis muchas ganas, absteneos también, hasta la tarde, de meteros con las mujeres.

Uno de los hombres de la escolta protestó mostrando sus dientes fuertes:

- ¿Pero, cómo, alférez, y si es por mutuo acuerdo?

Los que le rodeaban relincharon. Palianitsia miró aprobador, con admiración, al que había hablado.

- Naturalmente, si es por mutuo acuerdo, ¡refocilaos! Nadie tiene derecho a prohibido.

Acercándose a la puerta de la tienda, Palianitsia le asestó un fuerte puntapié, pero las sólidas hojas de roble ni se estremecieron siquiera.

No debían haber empezado por allí. El ayudante dobló la esquina y, sujetando el sable, se dirigió hacia la puerta del piso de Fux. Salomiga le siguió.

En la casa oyeron en seguida el batir de los cascos de los caballos contra el pavimento; y cuando se hubo acallado junto a la tienda y a través de la pared llegaron a sus oídos las voces, los corazones se paralizaron y los cuerpos parecieron quedar yertos. En la casa había tres personas.

El acaudalado Fux había huido de la ciudad el día anterior, en unión de su mujer e hijas, dejando en la casa, para que cuidara de sus bienes, a la sirvienta Riva, muchacha apacible y tímida, de diecinueve años de edad. Para que no tuviera miedo en el piso vacío, Fux le propuso que se trajera a sus ancianos padres y que vivieran allí los tres hasta su regreso.

El astuto comerciante tranquilizó a Riva, que se oponía débilmente, diciéndole que quizás no hubiera pogromo pues ¿qué iban a quitarles a los pobres? Y cuando él volviese le regalaría un corte de vestido.

Los tres prestaban oído con la esperanza torturante de que quizás pasasen de largo; podía ser que se hubieran equivocado, podía también ocurrir que aquellos hombres no se hubiesen detenido junto a su casa y que, simplemente, fueran figuraciones suyas. Pero, como refutando tales esperanzas, unos golpes sordos resonaron en la puerta de la tienda.

El viejo Péisaj, llena de hebras de plata la cabeza y con ojos azules, infantiles y asustados, susurraba una oración junto a la puerta que conducía a la tienda. Rogaba al todopoderoso Jehová con toda la pasión de un fanático convencido. Le imploraba que impidiera la desgracia que se cernía sobre aquel hogar. La vieja, que se encontraba a su lado, no oyó al principio, por el susurro de la oración, el ruido de los pasos que se acercaban.

Riva se escondió tras el aparador de roble, en la habitación más apartada.

El golpe brusco y brutal en la puerta repercutió con temblor convulsivo en el cuerpo de los viejos.

- ¡Abrid! -Resonó un golpe más fuerte que el primero, en unión de las blasfemias de los enfurecidos hombres.

Pero los viejos no encontraban fuerzas para levantar la mano y descorrer el pestillo.

Desde el exterior comenzaron a golpear frecuentemente con las culatas de los fusiles, y la puerta saltaba en sus goznes, crujiendo al ceder.

La casa se llenó de hombres armados que registraban todos los rincones. La puerta de la tienda fue forzada de un culatazo. Entraron allí y descorrieron los cerrojos del portón de la calle.

Comenzó el saqueo.

Una vez que las carretas estuvieron cargadas hasta arriba de telas, calzado y demás objetos robados, Salomiga se dirigió a la casa en que se alojaba Gólub. Al regresar de nuevo a la tienda, oyó un grito salvaje.

Palianitsia, dejando a los suyos que saqueasen el establecimiento, había entrado en la habitación. Mirando de arriba a abajo con sus ojos verdosos de rata a los tres seres que allí se encontraban, se dirigió a los viejos:

- ¡Largo de aquí!

Mas, ni la madre ni el padre se movieron.

Palianitsia avanzó unos pasos y, lentamente, desenvainó el sable.

- ¡Mamá! -gritó la muchacha con voz que partía el alma.

Aquel grito fue el que oyó Salomiga.

Palianitsia se volvió a sus acompañantes que habían acudido al oír los alaridos, y les ordenó conciso, señalando a los viejos:

- ¡Echadlos de aquí! -y después que ambos ancianos fueron sacados de la habitación por la fuerza, dijo a Salomiga que se había acercado a él-: Aguarda detrás de la puerta, yo tengo que hablar dos palabritas con la muchacha.

Cuando el viejo Péisaj se lanzó hacia la puerta al oír los gritos de su hija, un pesado golpe en el pecho le arrojó contra la pared. A causa del dolor, el viejo quedó sin respiración, pero en aquel momento, la anciana Toiba, eternamente mansa, se aferró como una loba a Salo

- ¡Huy, déjeme! ¿Qué hace usted?

Hacía esfuerzos por llegar a la puerta, y Salomiga no podía arrancar aquellos dedos seniles aferrados convulsivamente a su capote.

Péisaj se recobró y abalanzóse en ayuda de su mujer.

-¡Déjeme, déjeme!.. ¡Ay, hija mía!

Entre los dos apartaron a Salomiga de la puerta. El bandido sacó colérico de su cinto el revólver y con la culata de hierro golpeó la cabeza cana del viejo. Péisaj cayó sin exhalar la más leve queja.

Y de la habitación llegaban los desgarradores gritos de Riva.

Cuando sacaron de la casa a Toiba, que se había vuelto loca, la calle se llenó de espantosos alaridos y voces de auxilio.

En la casa cesaron los gritos.

Al salir de la habitación, Palianitsia, sin mirar a Salomiga, que ya había empuñado la manija, le

detuvo:

- No vayas, se ha asfixiado: la tapé un poco con la almohada -y pasando por encima del cadáver de Péisaj, pisó el líquido oscuro y viscoso.

- Vaya, la cosa no ha empezado del todo bien - escupió dirigiéndose hacia la puerta.

En silencio le siguieron los restantes, y sus botas dejaban sangrientas huellas en el piso de la habitación y en los peldaños de la escalera.

En la ciudad ya se había desencadenado el saqueo. Estallaban breves peleas de lobos entre los bandidos, por el reparto del botín. En algunos sitios se elevaban los sables desenvainados con rapidez. Y casi en todas partes se reñía a brazo partido.

De la cervecería sacaron a la calle unas barricas de roble de diez cubos de capacidad.

Después comenzaron a meterse en las casas.

Nadie oponía resistencia. Corrían por los pequeños cuartuchos, registraban rápidamente los rincones y salían cargados como mulas, dejando a sus espaldas montones revueltos de trapos y las plumas de las almohadas y colchones destripados. En la primera tarde no hubo más que dos víctimas: Riva y su padre; pero la noche trajo consigo la inevitable catástrofe.

Hacia el anochecer, toda la abigarrada banda de chacales se emborrachó hasta perder el sentido. Ofuscados por los vapores del vino, los hombres de Petliura esperaban la oscuridad.

La oscuridad desata las manos. En las negras tinieblas es más fácil aplastar a un ser humano: incluso los chacales aman la noche, pues también ellos atacan sólo a los que no tienen salvación.

Muchos no olvidarán nunca aquellas dos noches y tres días terribles. ¡Cuántas vidas truncadas y destruidas, cuántas cabezas jóvenes se cubrieron de canas en aquellas horas sangrientas, cuántas lágrimas vertidas! Y no se sabe si fueron más felices los que quedaron vivos con el alma desgarrada, con la espantosa tortura de la vergüenza y de las mofas imborrables, con la pena, imposible de describir, con la amargura por la irreparable pérdida de los seres queridos. Indiferentes a todo, hacia atrás las engarfiadas manos, yacían en los angostos callejones jóvenes cuerpos de muchachas torturadas, maltrechas, destrozadas.

Tan sólo junto al río, en casa del herrero Naúm, los chacales, que se lanzaron sobre su joven mujer, Sara, encontraron una resistencia desesperada. El herrero, atlético, rebosante del vigor de los veinticuatro años y con músculos de acero, no entregó a su compañera.

En una pelea breve y terrible, en la casucha, volaron como dos sandías podridas las cabezas de dos hombres de Petliura. Imponente en su ira de hombre desesperado, el herrero defendió con furia su vida y la de Sara, y por largo rato restallaron los secos estampidos de los disparos junto al río, adonde habían acudido los hombres de Gólub al olfatear el peligro. Cuando se le acabaron las municiones, Naúm mató a Sara con la última bala y lanzóse al encuentro de la muerte con la bayoneta en ristre. Cayó, segado por la granizada de plomo, en el primer peldaño, aplastando la tierra con su cuerpo poderoso.

En caballos cebados aparecieron en la ciudad los kulaks de las aldeas cercanas, cargaron sus carros con aquello que más les gustó y, acompañados de sus hijos y de los familiares que tenían en el destacamento de Gólub, apresuráronse para hacer dos o tres viajes.

Seriozha Bruszhak, que en unión de su padre, había ocultado en el sótano y la buhardilla a la mitad de sus camaradas de la imprenta, regresaba a su patio, a través del huerto, cuando vio a un hombre que corría por la carretera.

Un viejo judío, vestido con levita remendada y de largos faldones, corría jadeante, con el rostro lívido por el terror, agitando las manos. Detrás, dándole alcance rápidamente, inclinándose para asestar el golpe, volaba un hombre de Petliura montado en caballo gris. Al oír a su espalda el resonar de los cascos del bruto, el viejo alzó las manos, como defendiéndose. Seriozha se lanzó impetuoso a la carretera, abalanzóse hacia el caballo y cubrió al viejo con su propio cuerpo.

- ¡No le toques, bandido, perro!

El jinete, no queriendo detener el sablazo, golpeó de plano la rubia cabeza del joven.

Capítulo quinto

Los rojos presionaban tenazmente a las unidades del "atamán supremo" Petliura. El regimiento de Gólub fue llamado al frente. En la ciudad no quedaron más que un pequeño destacamento de protección de la retaguardia y la comandancia.

La gente comenzó a recobrarse. La población judía, aprovechando la tregua temporal enterró sus muertos, y en las casuchas de los barrios judíos apareció de nuevo la vida.

En las tardes tranquilas se oía un tronar confuso. No lejos de allí se combatía.

Los ferroviarios se marchaban de la estación a las aldeas, en busca de trabajo.

El liceo se cerró.

En la ciudad fue declarado el estado de guerra.

La noche era desagradable y sombría.

En noches así, incluso pupilas dilatadas no pueden vencer la oscuridad, y la gente camina a tientas, a ciegas, con riesgo de romperse la cabeza en cualquier cuneta.

El pequeño burgués sabe que en tiempos tales hay que permanecer quietecito en casa y no encender la luz en vano. La luz puede atraer a algún importuno. En la oscuridad se está mejor, más tranquilo. Hay personas que nunca se están quietas. Bien, que vayan

de un lado para otro, él no tiene nada que ver con ello. El no irá. Pueden estar ustedes seguros, no irá.

Y en una de esas noches iba por la calle un hombre.

Al llegar a la casita de Korchaguin, dio unos golpecillos cautos en el marco de la ventana, y, al no recibir contestación, llamó con más fuerza e insistencia.

Pavka soñaba que un ser extraño, no parecido a un hombre, le apuntaba con una ametralladora; él trataba de huir, pero no había a dónde, y la ametralladora tableteaba terriblemente.

Tintineaba el cristal por los insistentes golpes.

Levantándose de un salto, Pável se acercó a la ventana, esforzándose por ver al que llamaba. Pero, a excepción de una silueta confusa y oscura, no distinguió nada.

Pável estaba solo. La madre había marchado a casa de su hija mayor, cuyo marido trabajaba de maquinista en la fábrica de azúcar. Y Artiom trabajaba de herrero en la aldea vecina, golpeando con el macho para ganarse el pan.

Sólo Artiom podía llamar.

Pável decidió abrir la ventana.

- ¿Quién es? -dijo en la oscuridad.

Tras la ventana se movió la figura, y una voz de bajo, áspera y sofocada, respondió:

- Yo, Zhujrái.

Dos manos descansaron sobre el alféizar, y al nivel del rostro de Pável surgió la cabeza de Fiódor.

- He venido a pasar la noche en tu casa. ¿Me admites, hermanito? -dijo muy quedo.

- Naturalmente -respondió cordial Pável-. No faltaba más. Entra por la ventana.

La corpulenta figura de Fiódor se metió por la ventana.

Después de cerrada, Fiódor no se apartó en seguida de ella.

Permaneció unos instantes escuchando, y cuando la luna asomó por entre las nubes y columbróse el camino, Fiódor lo observó atentamente y se volvió hacia Pável.

- ¿No despertaremos a tu madre? Seguramente, estará durmiendo.

Pável dijo a Fiódor que en la casa no había nadie más que él. El marino sintióse menos cohibido y comenzó a hablar más fuerte.

- Esos asesinos la han tomado conmigo en serio. Ajustan cuentas por los últimos hechos en la estación. Si los compañeros estuvieran más unidos, podríamos haber dispensado una buena acogida a los "pellizas grises", durante el pogromo. Pero, ¿comprendes?, la gente aún no se decide a lanzarse al fuego. Fracasó la cosa. Ahora me persiguen. Dos veces han dado batidas para cazarme. Hoy he estado a punto de caer. Me acerqué a la casa, ¿comprendes?, naturalmente por los huertos, y me detuve pegado al pajar. Vi que en el jardín había alguien arrimado a un árbol; la bayoneta le delató. Yo, como es de comprender, solté las amarras. Y he atracado en tu casa. Aquí, hermanito, echaré el ancla por unos días. ¿No tienes nada en contra? Muy bien.

Zhujrái, resoplando, se quitó las botas, salpicadas de barro.

Pável se alegró de la llegada de Zhujrái. En los últimos tiempos, la fábrica de electricidad no trabajaba y el muchacho, solo en la casa desierta, se aburría.

Se acostaron. Pável se quedó dormido en seguida, pero Fiódor pasó mucho tiempo aún fumando. Después, levantóse de la cama y, pisando silenciosamente con sus pies descalzos, se acercó a la ventana. Observó largo rato la calle; volvió a la cama y, vencido por el cansancio, se durmió. Su mano, metida debajo de la almohada, descansaba sobre el pesado *Colt*, transmitiéndole su calor.

La inesperada llegada nocturna de Zhujrái y la vida conjunta con él durante aquellos ocho días fueron muy importantes para Pável. Por vez primera oyó de labios del marino tantas cosas emocionantes, significativas, nuevas, y aquellos días fueron decisivos en la vida del joven fogonero.

El marino, forzado a la inactividad por dos emboscadas, aprovechaba el tiempo para transmitir a Pável toda la vehemencia de su furia y su ardiente odio a "los de la bandera azul y amarilla", que habían asolado la comarca. Y el muchacho le escuchaba ávidamente.

Zhujrái hablaba de un modo claro, preciso, comprensible y sencillo. Para él no había nada que no tuviese solución. El marino conocía firmemente su senda, y Pável comenzó a comprender que toda aquella madeja de diferentes partidos con bellos nombres -socialrevolucionarios, socialdemócratas, partido socialista polaco- eran feroces enemigos de los obreros, y que sólo un partido revolucionario e inconmovible luchaba contra todos los ricos: el Partido de los bolcheviques.

Antes, Pável se enredaba desesperadamente en aquella madeja.

Y aquel hombre fuerte, bolchevique convencido, curtido por los vientos del mar, miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique) desde el año 1915, el marinero del Báltico, Fiódor Zhujrái, hablaba de la cruel verdad de la vida al joven fogonero, que le escuchaba hechizado.

- Yo, hermanito, también era en mi infancia, sobre poco más o menos, como tú -decía-. No sabía qué hacer de mis fuerzas; mi naturaleza rebelde pugnaba por salir de mi interior. Vivía en la pobreza. Al mirar a los hijos ahítos y engalanados de los señores, sentíame embargado por el odio. Frecuentemente les golpeaba sin piedad, pero eso no traía más resultado que las palizas terribles que me propinaba mi padre. Luchando aisladamente es imposible cambiar la vida. Tú, Pavlusha, reúnes todas las condiciones para ser

un buen luchador de la causa obrera, pero eres muy joven y tienes una idea muy vaga de la lucha de clases. Yo, hermanito, te hablaré del verdadero camino, pues sé que tienes madera y de ti saldrá algo de provecho. A los mansos y a los currutacos no los puedo tragar. Ahora ha comenzado el incendio en toda la tierra. Se han rebelado los esclavos y hay que hundir la vida vieja. Pero para ello, hace falta gente temeraria, no niños mimados, sino gente fuerte, de la que cuando llega el momento de la pelea no se esconde en los agujeros, como las cucarachas de la luz, y pega implacablemente.

Zhujrái dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Luego se levantó; con las manos hundidas en los bolsillos y el ceño fruncido, comenzó a recorrer la habitación, de un extremo a otro.

A Fiódor le agobiaba la inacción. Sentía mucho el haberse quedado en aquella ciudad y, considerando inútil permanecer en ella por más tiempo, había decidido en firme cruzar el frente para reunirse con las unidades rojas.

En la ciudad quedaba un grupo de nueve miembros del Partido, que debería llevar el trabajo.

"Os arreglaréis también sin mí, no puedo permanecer por más tiempo con los brazos cruzados. Basta, así y todo he perdido ya diez meses", pensaba irritado Zhujrái.

- ¿Quién eres Fiódor? -le preguntó en una ocasión Pável.

Zhujrái se levantó, metió se las manos en los bolsillos. Al pronto, no había comprendido la pregunta.

- ¿Acaso no sabes quién soy?

- Pienso que eres bolchevique o comunista -respondió Pável en voz baja.

Zhujrái se echó a reír burlón, dándose una palmada en el ancho pecho enfundado en la camiseta de marino.

- Eso está claro, hermanito. Ello es tan cierto como que bolchevique y comunista son una misma cosa. -Y de pronto se puso serio-. Ya que comprendes esto, recuerda que no se debe hablar de ellos en ninguna parte, si no quieres que me saquen las tripas. ¿Has comprendido?

- Sí, lo he comprendido -respondió Pável con firmeza.

En el patio se oyeron voces, y la puerta abrióse, sin que nadie hubiese llamado previamente. La mano de Zhujrái, se deslizó rápida al bolsillo, pero al instante salió de él. En la habitación entró Seriozha Bruszhak con la cabeza vendada, delgado y pálido. Tras él entraron Valia y Klimka.

- ¡Salud, diablillo! -sonrió Seriozha, tendiendo la mano a Pável-. Hemos venido los tres a visitarte. Valia no me deja salir solo, tiene miedo. Y Klimka tampoco deja sola a Valia, también tiene miedo. A pesar de que es pelirrojo, comprende cuando es peligroso dejar salir a ciertas personas.

Valia, bromeando, le tapó la boca con la mano.

- Vaya un charlatán, hoy no deja vivir a Klimka.

Este rió bonachón, mostrando sus dientes blancos.

- ¿Qué se puede exigir de un enfermo? Tiene el puchero averiado, por eso desatina.

Todos estallaron en una carcajada unánime.

Seriozha, aún no repuesto del golpe, se acomodó en la cama de Pavka, y de pronto, entre los amigos, se entabló una conversación animada. Seriozha, siempre alegre y optimista y ahora quieto y abatido, contaba a Zhujrái cómo le golpeó el soldado de Pediura.

Zhujái conocía a todos los que habían venido a visitar a Pável. Más de una vez había estado en casa de los Bruszhak. Le gustaba aquella juventud que aún no había encontrado su camino en el torbellino de la lucha, pero que manifestaba ya claramente la tendencia de su clase. Y escuchaba atento los relatos de los jóvenes sobre cómo cada uno de ellos había ayudado a los judíos a ocultarse en su casa, salvándoles del pogrom. Aquella tarde, el marino habló mucho de los bolcheviques, de Lenin, ayudando a cada uno de los muchachos a comprender lo que sucedía.

Ya era bien avanzada la tarde cuando Pável acompañó a sus visitantes hasta la puerta.

Zhujrái se marchaba por las tardes y regresaba por la noche. Antes de partir, se ponía de acuerdo con los camaradas que iban a quedarse respecto al trabajo que éstos tendrían que realizar.

Aquella noche Zhujrái no regresó. Al despertarse por la mañana, Pável vio la cama vacía.

Embargado por cierto presentimiento vago, Korchaguin, vistióse con rapidez y salió de casa. Después de cerrar la puerta y de dejar la llave en el sitio convenido, se encaminó a casa de Klimka, con la esperanza de averiguar allí algo acerca de Fiódor. La madre de Klimka, mujer rechoncha y de rostro ancho, picado de viruelas, estaba lavando ropa. Al preguntarle Korchaguin si sabía dónde se encontraba Fiódor, la mujer respondió con voz alterada:

- ¿Qué, crees que no tengo otra cosa que hacer que preocuparme de tu Fiódor? Por su culpa, diablo asqueroso, le han puesto a Zozulija la casa patas arriba. ¿Qué falta te hacía a ti ese Fiódor? ¿Qué compañías son ésas? ¡Vaya unos amigos que os habéis juntado! Klimka, tú... - Y la mujer restregaba la ropa con encono.

La madre de Klimka tenía la lengua afilada, mordaz.

De casa de Klimka, Pável se dirigió a la de Seriozha.

Allí manifestó su inquietud. Valia terció en la conversación.

- ¿Por qué te preocupas? Quizá se haya quedado en casa de algún conocido. -Pero en su voz no había seguridad.

Pável permaneció poco tiempo en casa de los

Bruszhak. A pesar de que intentaron persuadirle para que se quedara a comer, se marchó.

Acercóse a casa con la esperanza de ver a Zhujrái.

La puerta tenía el candado puesto. Embargado por un sentimiento penoso, se detuvo: no sentía deseos de entrar en la casa vacía.

Estuvo algunos minutos reflexionando en el patio y, guiado por un impulso confuso, se dirigió al pajar. Luego de encaramarse a las vigas del techo y apartar con la mano los encajes de las telarañas, sacó de un rincón escondido la pesada pistola *Manlicher*, envuelta en el trapo.

Al salir del pajar, sintiendo en el bolsillo el emocionante peso de la pistola, se encaminó a la estación.

Allí no pudo saber nada de Zhujrái y, de regreso, al cruzar frente a la conocida finca del inspector forestal, aminoró el paso. Con vaga esperanza, miró a las ventanas, pero la casa y el jardín estaban desiertos. Cuando la finca quedó atrás, volvió la cabeza para mirar los senderos del jardín, cubiertos de hojas secas del año anterior. El jardín parecía abandonado y desierto. Se percibía que faltaba la mano cuidadosa del dueño, y la desolación y el silencio que reinaban en el viejo caserón aumentaron la tristeza de Pável.

Su último altercado con Tonia había sido más serio que todos los anteriores. Había ocurrido de modo inesperado, hacía casi un mes.

Mientras caminaba lentamente hacia la ciudad con las manos hundidas en los bolsillos, Pável iba recordando cómo había surgido el incidente.

En uno de sus encuentros casuales en el camino, Tonia le invitó a su casa.

- Mis padres se marchan a casa de los Bolshanski a celebrar el santo del dueño. Yo estaré sola en casa. Ven, Pavlusha, leeremos el interesante libro de Leonid Andréiev *Sashka Zhiguliov*. Ya lo he leído, pero con placer lo volveré a hacer contigo. Pasaremos la tarde muy bien. ¿Vendrás?

Debajo del gorrito blanco, que apresaba sus espesos cabellos castaños, sus ojazos miraban expectantes a Korchaguin.

- Iré.

Y se separaron.

Pável corrió a sus máquinas, y por el pensamiento de que le esperaba toda una tarde con Tonia, parecíale que los fogones ardían con luz más brillante y que los leños chisporroteaban con más alegría.

Aquella misma tarde, cuando llamó, fue Tonia quien le abrió la puerta principal. La muchacha le dijo un poco turbada:

Tengo visita. No les esperaba, Pavlusha, pero no debes marcharte.

Korchaguin se volvió hacia la entrada, disponiéndose a salir.

- Vamos -dijo Tonia, cogiéndole de la manga-. Les será útil conocerte. -Y, echándole el brazo por el hombro, le condujo, a través del comedor, a su cuarto.

Al entrar a la habitación, Tonia se dirigió a los jóvenes allí sentados y les dijo sonriendo:

- ¿No os conocéis? Mi amigo, Pável Korchaguin.

En tomo a la pequeña mesa del centro de la habitación se encontraban: Lisa Sujarko, estudiante del liceo, bonita, morena, con boca de trazo caprichoso y peinado coquetón, un joven larguirucho, con aseada chaqueta negra, cabellos alisados y brillantes por la gomina y ojos grises de mirada aburrida, al que Pável no conocía, y, entre ellos, Víctor Leschinski, luciendo su elegante cazadora de estudiante del liceo. Víctor fue la primera persona que Pável vio al abrir Tonia la puerta.

Leschinski reconoció en el acto a Korchaguin y sus cejas finas, en forma de flechas, se enarcaran en un gesto de asombro.

Pável permaneció unos segundos callado junto a la puerta, abrasando a Víctor con ojos que no prometían nada bueno. Tonia se apresuró a romper aquel embarazoso silencio, invitando a Pável a pasar. A continuación, dirigiéndose a Lisa, dijo:

- Voy a presentaros.

Lisa, examinando con curiosidad a Pável, se levantó.

Pável volvióse bruscamente y, por el comedor en penumbra, se dirigió rápido hacia la salida. Tonia le alcanzó ya en la terracilla y, cogiéndole de los hombros, le dijo con voz emocionada.

- ¿Por qué te marchas? Yo quería adrede que te conocieran.

Pero Pável retiró de sus hombros las manos de Tonia y repuso con aspereza:

- No hay por qué exhibirme ante mequetrefes. No me agrada su compañía. Quizás a ti te sean agradables, pero yo les odio. No sabía que tenías amistad con ellos; de lo contrario, no habría venido jamás a tu casa.

Tonia, conteniendo su indignación, le interrumpió:

- ¿Quién te ha dado derecho para hablarme así? Yo no te pregunta quiénes son tus amigos ni quién va a tu casa.

Pável, al descender los peldaños que conducían al jardín profirió en tono brusco:

- Bueno, que te visiten, pero ya no vendré más. – Y corrió hacia el portillo de la cerca.

Desde entonces no había vuelta a ver a Tonia. Durante el pogromo, cuando Pável y el mecánico ocultaban en la fábrica de electricidad a las familias judías que buscaban salvación, el disgusto con Tonia había sido relegado al olvido. Pera ahora sentía de nuevo deseos de verse con ella.

La desaparición de Zhujrái y la soledad que le esperaba en la casa le oprimían. La cinta gris de la calzada, en la que aún no se había secado el barro de la primavera, con los baches llenos de una especie de

gachas pardas, torcía a la derecha.

Detrás de una casa de desconchadas paredes, llenas de manchones, que sobresalían absurdamente hasta la misma carretera, se cruzaban dos calles.

En el cruce, junto a un quiosco destrozado, con la puerta hundida y el rótulo *Venta de aguas minerales* vuelta del revés, Víctor Leschinski se despedía de Lisa.

Reteniendo la mano de la muchacha entre la suya y mirándola expresivamente a los ojos le decía:

- ¿Irá usted? ¿No me engañará?

Lisa respondió coqueta:

- Sí, sí, espéreme.

Y, al marcharse, le sonrió con sus ojos castaños, prometedores y lánguidos.

Cuando hubo recorrido unos diez pasos, Lisa vio a dos hombres que salían a la carretera desde una curva. Delante, marchaba un obrero fornido, ancho de pecho, con chaqueta desabrochada que dejaba al descubierto su camiseta de marino, gorra negra, encasquetada hasta las cejas, y un ojo amoratado.

El obrero, calzado con botas marrón, de caña corta, caminaba con paso firme, combadas ligeramente las piernas.

A unos tres pasos de él, casi hincándole la bayoneta en la espalda, le seguía un soldado de Petliura, con capote, gris y dos cartucheras al cinto.

Por debajo del gorro peludo, dos ojos estrechos y vigilantes miraban a la nuca del detenido. Los bigotes del soldado, amarillos por el tabaco, se erizaban a ambos lados.

Lisa, aminorando un poco el paso, cruzó al otro lado de la carretera. Y detrás de ella, salió a ésta Pável.

Al torcer a la derecha, camino de casa, también había visto a aquellos dos hombres.

Sus piernas parecieran echar raíces en la tierra. En el que iba delante reconoció en el acto a Zhujrái.

"¡He aquí por qué no ha regresado!"

Zhujrái se acercaba. El corazón de Korchaguin latía con terrible fuerza. Sus pensamientos se sucedían con rapidez vertiginosa; no podía apresarlos y darles forma. El plazo para la decisión era demasiado breve. Pero una cosa aparecía clara: Zhujrái estaba perdido.

Y, al mirar a los que venían, Pável perdióse en el torbellino de sentimientos que le embargaban.

"¿Qué hacer?"

En el último instante se acordó de que llevaba la pistola en el bolsillo. Cuando pasaran, no tenía más que disparar contra la espalda del soldado, y Fiódor se vería libre. Y esta decisión instantánea puso fin a la danza de sus pensamientos. Apretó los dientes hasta sentir dolor. Apenas ayer, Fiódor le decía: "Y para esto hace falta una gente temeraria..."

Pável miró rápidamente hacia atrás. La calle que conducía a la ciudad estaba desierta. En ella no había un alma. Delante se apresuraba por pasar una figura femenina, envuelta en un abrigo corto de entretiempo, que no impediría nada. Pável no podía ver la otra calle, al lado del cruce. Sólo a lo lejos, en el camino de la estación, se vislumbraban siluetas humanas.

Pável se acercó al margen de la carretera, Zhujrái vio a Korchaguin cuando éste se encontraba a unos pasos de distancia.

Le miró de reojo. Las cejas espesas temblaron. Le reconoció y, de la sorpresa, acortó el paso. Su espalda tropezó con la punta de la bayoneta.

- ¡Eh, tú no te pares, si no quieres que te caliente con la culata! -gritó el soldado con áspera voz de falsete.

Zhujrái, apretó el paso. Quería decir algo a Pável, pero se contuvo y, como en señal de saludo, movió la mano.

Temiendo atraer la atención del soldado de bigotes amarillentos, Pável, dejando que pasara Zhujrái, se volvió hacia otro lado, como si le fuera indiferente lo que ocurría.

Pero un pensamiento angustioso le atravesó el cerebro: "Si disparo contra él y fallo, la bala puede darle a Zhujrái..."

- ¿Acaso se podía pensar cuando el soldado estaba ya junto a él?..

Los acontecimientos se desarrollaron como sigue: el soldado de amarillentos bigotes llegó a la altura de Pável; Korchaguin se lanzó inesperadamente contra él y, agarrando el fusil, lo inclinó hacia el suelo con brusco movimiento.

La bayoneta rechinó al rascar las piedras.

El soldado, que no esperaba aquella agresión, quedó un instante perplejo, pero inmediatamente tiró del fusil con todas sus fuerzas. Echando sobre el fusil todo el peso de su cuerpo, Pável retenía el arma. Sonó estruendoso un disparo. La bala dio en una piedra y, silbando, saltó de rechazo a la cuneta.

Al oír el disparo, Zhujrái apartóse de un salto y se volvió. El soldado trataba ferozmente de arrancar el fusil de las manos de Pável. Lo hacía girar retorciendo las muñecas del muchacho, pero Pável no soltaba el arma. Entonces, el soldado, enfurecido, derribó a Pável de un empujón. Pero esta tentativa de recuperar el arma tampoco dio resultado. Al caer sobre la calzada, Pável arrastró consigo al soldado, y no había fuerza capaz de hacer que el muchacho soltara el fusil en aquel momento.

En dos saltos, Zhujrái se plantó al lado. Su puño de hierro describió un arco y cayó sobre la cabeza del soldado, y un segundo después, éste, arrancado de Pavka, que yacía en el suelo, se desplomaba en la cuneta como un pesado fardo, luego de recibir en la cara un par de golpes que parecían haber sido asestados con una maza de plomo.

Aquellas mismas manos fuertes levantaron a Pável del suelo y le pusieron en pie.

Víctor, que se había alejado unos cien pasos del cruce, iba silbando La *donna e movile, qual piuma al vento*. Estaba aún bajo la influencia de la entrevista con Lisa y de la promesa hecha por la muchacha de acudir al día siguiente a la fábrica abandonada. Entre los conquistadores empedernidos del liceo se rumoreaba que Lisa Sujarko era una muchacha audaz en cuestiones de amor.

El insolente y presuntuoso Semión Saliivánov había dicho a Víctor, en cierta ocasión, que había poseído a Lisa. Y, aunque Leschinski no creía del todo a Semión, Lisa era de todas maneras, muy interesante y seductora, por lo que decidió convencerse, al día siguiente, de si Salivánov le había dicho la verdad.

"Si viene, seré audaz, pues ella permite que se la bese. Y si Semión no me ha mentido..." Sus pensamientos se interrumpieron. Se hizo a un lado, para dejar paso a dos soldados de Petliura. Uno de ellos, montado en un caballejo de cortada cola, balanceaba en su mano un cubo de lona: seguramente, iba a abrevar el caballo. El otro, con chaquetón y anchísimos pantalones azules, agarrado con una mano a la rodilla del jinete, le contaba algo alegremente.

Después de dejarles pasar, Víctor se disponía a seguir su camino, cuando el disparo que sonó en la carretera le detuvo. Al volver la cabeza, vio que el jinete, espoleando su caballo, se dirigía al galope hacia el lugar del disparo. El otro soldado le seguía a la carrera, sujetando el sable con la mano.

Leschinski corrió tras ellos, y cuando ya se encontraba cerca de la carretera, oyó otro disparo. De detrás de la esquina, el jinete se lanzó alocadamente sobre Víctor. Aguijoneando al caballo con los talones y golpeándole con el cubo de lona, metióse impetuoso en el primer portón y gritó a los que se encontraban en el patio:

- ¡Muchachos a las armas, ahí han matado a uno de los nuestros!

Un minuto más tarde, del patio salieron corriendo algunos hombres, cargando los fusiles.

Víctor fue detenido.

En la carretera se habían congregado varias personas. Entre ellas se encontraba Víctor y Lisa, a la que también detuvieron en calidad de testigo.

Cuando Zhujrái y Korchaguin pasaron corriendo por delante de ella, el susto dejó a la muchacha clavada en el sitio. Con asombro, reconoció en el atacante del soldado al muchacho que había querido presentarle Tonia.

Zhujrái y Korchaguin saltaron, uno tras otro, la cerca de una de las fincas e, inmediatamente, en la carretera entró raudo un jinete. Al ver a Zhujrái, que huía con el fusil, y al soldado que se esforzaba por levantarse del suelo, galopó hacia la cerca.

Zhujrái volvióse, se echó el fusil a la cara y disparó contra él. El jinete volvió grupas espantado.

Moviendo con dificultad sus labios sangrantes, el soldado relataba lo ocurrido.

- ¿Qué has hecho, idiota, dejar que en tus propias barbas se escape un detenido? Ahora recibirás veinticinco baquetazos en las posaderas.

El soldado, defendiéndose, repuso colérico:

- Veo que eres muy inteligente. ¡Lo has dejado escapar en tus propias barbas! ¿Quién podía adivinar que aquel maldito mocoso se lanzaría contra mí como un loco?

También Lisa fue interrogada. Dijo lo mismo que el soldado, pero ocultó que conocía al agresor. Sin embargo, a todos los que se hallaban en la carretera los llevaron a la comandancia.

A la caída de la tarde, fueron puestos en libertad, por orden del comandante.

Este propuso acompañar personalmente a Lisa a su domicilio, pero la muchacha no aceptó el ofrecimiento. El comandante olía a aguardiente y su proposición no predecía nada bueno.

Víctor acompañó a Lisa.

La estación estaba lejos y, al ir con Lisa, cogidos del brazo, Víctor se alegraba del incidente.

- ¿Sabe usted quién liberó al detenido? -le preguntó Lisa, cuando se acercaban a la casa.

- No, ¿cómo voy a saberlo?

- ¿Recuerda aquella tarde en que Tonia quiso presentamos a un joven?

Víctor se detuvo.

- ¿A Pável Korchaguin? -preguntó asombrado.

- Sí, parece que su apellido era Korchaguin. ¿Recuerda que se marcho de forma muy extraña? Pues él ha sido.

Víctor se quedó de piedra.

- ¿No se equivoca usted? -preguntó a Lisa.

- No, recuerdo perfectamente su fisonomía.

- ¿Y por qué no se lo ha dicho usted al comandante?

Lisa se indignó:

- ¿Piensa usted que yo puedo cometer semejante canallada?

- ¿Qué es lo que usted considera una canallada? ¿Cree usted que es una canallada decir quién atacó al soldado?

- ¿Y piensa usted que eso es honrado? Usted se olvida de lo que ellos hacen. ¿No sabe cuántos judíos huérfanos hay en el liceo? Y quiere usted que yo delate a Korchaguin. Se lo agradezco, no pensaba que era usted así.

Leschinski no esperaba semejante contestación. No entraba en sus cálculos el disgustarse con Lisa, y trató de desviar la conversación.

- No se enfade, Lisa, ha sido una broma. No sabía que era usted una mujer de principios tan rígidos.

- Su broma ha resultado pesada -respondió secamente Lisa.

Junto a la casa de los Sujarko, Víctor preguntó al

despedirse:

- ¿Acudirá usted, Lisa?

Y oyó su vaga respuesta:

- No sé.

Al dirigirse a la ciudad, Víctor reflexionaba: "Vaya, si mademoiselle lo considera deshonesto, yo mantengo una opinión completamente distinta. Naturalmente, a mí me da lo mismo quién libere a quién".

A él, a un Leschinski, noble polaco de abolengo, le eran repugnantes éstos y aquéllos. De todas formas, pronto llegarían las legiones polacas y entonces habría un poder verdadero, el poder noble de la República Polaca. Pero en aquel caso concreto existía la posibilidad de liquidar al canalla de Korchaguin. Le retorcerían el pescuezo en un dos por tres.

Víctor se había quedado solo en la ciudad. Vivía en casa de su tía, mujer del subdirector de la fábrica de azúcar. El padre, la madre y Nelly hacía tiempo que vivían en Varsovia, donde Segismundo Leschinski ocupaba una posición destacada.

Al llegar a la comandancia, Víctor atravesó la puerta, que se encontraba abierta.

Poco después, acompañado de cuatro soldados, salió en dirección a casa de los Korchaguin.

Señalando la iluminada ventana, dijo en voz baja:

- Aquí es -y, dirigiéndose al alférez que se encontraba a su lado, preguntó-: ¿Puedo marcharme?

- Cuando guste. Nos las arreglaremos solos. Gracias por el servicio.

Víctor echó a andar rápidamente por la acera.

Pável, después de recibir el último golpe en la espalda, tropezó, con los brazos extendidos contra la pared de la oscura habitación a la que le habían conducido. A tientas encontró una especie de camastro, donde se sentó, agotado, apaleado y deprimido.

Le habían detenido cuando menos se lo esperaba "¿Cómo pudieron saber los de Petliura que había sido él? Nadie le había visto. ¿Qué pasaría ahora? ¿Dónde estaría Zhujrái?"

Pável se había despedido del marino en casa de Klimka. Luego se dirigió a casa de Seriozha, y Zhujrái quedó esperando a que anocheciera, para salir de la ciudad.

"Que bien que haya escondido la pistola en el nido de los cuervos -pensaba Pável-. Pues si la hubieran encontrado, significaría mi fin. ¿Pero cómo habrán podido enterarse?" Y esta última pregunta le torturaba con su incertidumbre.

Los soldados de Petliura pudieron aprovecharse bien poco de los bienes de los Korchaguin. El traje y el acordeón se los había llevado su hermano a la aldea. La madre habíase llevado consigo el baulillo, y a los hombres que registraban los rincones les quedaron muy pocas cosas.

En cambio, Pável no olvidaría en la vida el camino de su casa a la comandancia. La noche era oscura como boca de lobo. El cielo estaba cubierto de nubes, y, empujado con puñetazos implacables por los costados y la espalda, caminaba inconscientemente, en cierto estado de sopor.

Tras la puerta se oyeron voces. En la habitación contigua se alojaba la guardia de la comandancia. Por debajo de la puerta penetraba una franja brillante de luz. Korchaguin se levantó y recorrió a tientas la habitación. Frente al camastro palpó una ventana con sólida reja dentada. La empujó con la mano: estaba fuertemente empotrada. Allí, al parecer, había habido antes una despensa.

Acercándose a la puerta, permaneció inmóvil, como cosa de un minuto, prestando atención. Después empujó ligeramente el picaporte. La puerta rechinó escandalosa.

- ¡No está engrasada la maldita! -barbotó Pável.

Por la estrecha rendija abierta vio, en el borde de un camastro, unas piernas bastas y con los dedos de los pies torcidos. Pável empujó un poco más el picaporte y la puerta chirrió desgarrando ya los oídos. Del camastro se levantó una figura soñolienta y desgreñada que, rascándose ferozmente con los cinco dedos la cabeza piojosa, comenzó a soltar por la boca sapos y culebras. Cuando la retahíla de palabrotas, pronunciadas en tono negligente y monótono, hubo terminado, la figura, tocando el fusil que tenía en la cabecera, sentenció con flema:

- Cierra esa puerta, y como vuelvas a asomarte te meteré todo el peine en los...

Pável cerró la puerta. En la habitación vecina reían a carcajadas.

Aquella noche pensó en muchas cosas. La primera tentativa de intervenir en la lucha había terminado muy desgraciadamente para él. De buenas a primeras le habían echado la zarpa y encerrado, como a un ratón en una ratonera.

Y cuando, sentado, quedó sumido en inquieto duermevela, surgió la imagen de la madre, su rostro delgado y cubierto de arrugas, con los ojos tan conocidos y amados. Un pensamiento cruzó su mente: "¡Qué bien que ella no esté!, ¡menos penas!"

De la ventana se proyectaba sobre el piso un cuadrado gris.

La oscuridad se iba desvaneciendo poco a poco. Llegaba la aurora.

Capítulo sexto

En el viejo caserón, una sola ventana, con la cortina corrida, tenía luz. En el patio ladraba con voz bronca e imponente Tesoro, sujeto con una cadena.

Entre las brumas de su adormecimiento, Tonia oyó la voz queda de la madre.

- No, aún no duerme; pase, Lisa.

Los pasos ligeros y el abrazo cariñoso e impulsivo de la amiga desvanecieron su ligero sueño.

Tonia sonrió con expresión de cansancio.

- Me alegro de que hayas venido, Lisa. Estamos muy contentas; ayer la enfermedad de papá hizo crisis, y hoy lleva todo el día durmiendo tranquilamente. Mamá y yo también hemos reposado de las noches de insomnio. Cuéntame todas las novedades, Lisa. -Y Tonia atrajo a su amiga hacia sí, al diván.

- ¡Oh, hay muchas novedades! Parte de ellas puedo contártelas sólo a ti -rió Lisa, mirando con picardía a Ekaterina Mijáilovna.

La madre de Tonia, dama de buen ver, y ágil como una muchacha, a pesar de sus treinta y seis años, dijo con una sonrisa animando sus ojos grises e inteligentes y su rostro que, sin ser hermoso, era de facciones enérgicas y agradables:

- Con gusto les dejaré solas dentro de unos minutos. Y ahora cuente las novedades que todos podemos saber -bromeó, acercando la silla al diván.

- La primera novedad es que no vamos a estudiar más. El consejo de la escuela ha acordado dar a los alumnos de la séptima clase el diploma. Estoy muy contenta -comentó Lisa animadamente-. ¡Estaba tan harta de geometría y álgebra! ¿Y para qué estudiar todo eso? Los muchachos es posible que continúen estudiando, aunque ellos mismos no saben dónde. Por todas partes hay frentes, combates. Un horror... Nosotras nos casaremos, y a las esposas no se les exige ninguna clase de álgebra. –Y, al decir esto, Lisa se echó a reír.

Después de permanecer un rato con las muchachas, Ekaterina Mijáilovna se retiró a su habitación.

Lisa se acercó más a Tonia y, abrazando a su amiga, le contó muy quedo lo ocurrido en el cruce de la carretera.

- Figúrate mi asombro, Tónechka, cuando en el que corría reconocí a. . . ¿a quién te figuras?

Tonia, que escuchaba con curiosidad a su amiga, se encogió, perpleja, de hombros.

- ¡A Kórchaguin! -soltó Lisa, como un cañonazo.

Tonia se estremeció angustiada.

- ¿A Korchaguin?

Lisa, satisfecha del efecto producido, describía ya su disputa con Víctor.

Absorta en su relato, Lisa no se dio cuenta de la palidez que cubría el rostro de Tumánova, ni de que sus dedos finos estrujaban nerviosos la blusa azul. No sabía Lisa con cuánta inquietud se oprimía el corazón de Tonia, no sabía por qué temblaban tan intranquilas las tupidas pestañas de aquellos bellos ojos.

Tonia ya no oía el relato sobre el alférez borracho; en su cabeza había un solo pensamiento: "Víctor Leschinski sabe quién atacó al soldado. ¿Por qué Lisa se lo habrá dicho?" Y, sin darse cuenta, pronunció esta frase en voz alta.

- ¿Qué he dicho yo? -preguntó Lisa, sin comprenderla.

- ¿Por qué le hablaste a Leschinski de Pavlusha, es decir, de Korchaguin? El le delatará...

Lisa objetó:

- ¡Qué va! No creo. ¿Para qué va a hacer eso, en fin de cuentas?

Tonia se sentó con ímpetu, apretándose las rodillas hasta hacerse daño.

- ¡No comprendes nada, Lisa! El y Korchaguin son enemigos; a esto se añade aún otra circunstancia... Y has cometido un error grande al hablar a Víctor de Pavlusha.

Sólo entonces diose cuenta Lisa de la emoción de Tonia, y aquel "de Pavlusha", dejado escapar por casualidad, le abrió los ojos, haciéndole ver lo que hasta ese momento habían sido únicamente vagas suposiciones.

Sintiéndose involuntariamente culpable, guardó confuso silencio.

"Luego es verdad", pensó. "Es extraño que Tonia se sienta atraída de pronto ¿y por quién? Por un simple obrero..." Grandes eran sus deseos de hablar de aquel tema, pero, impulsada por un sentimiento de delicadeza, se contenía. Tratando de borrar de algún modo su culpa, cogió las manos de Tonia.

- ¿Te preocupa mucho, Tónechka?

Tonia respondió distraída:

- No, quizás sea Víctor más honrado de lo que yo me figuro.

Poco después llegó Demiánov, un muchacho modesto y desgalichado que estudiaba con ellas en el mismo curso.

Hasta su llegada, las dos muchachas no habían podido ligar la conversación.

Después de acompañar hasta la puerta a sus camaradas, Tonia permaneció mucho rato sola, de pie. Apoyada en el portillo, miraba a la oscura franja del camino que conducía a la ciudad. El viento, eterno vagabundo, la envolvía con su hálito saturado de humedad fría y del olor primaveral de la podrida hierba del año anterior. Malignas, con pupilas de un color rojo turbio, guiñaban a lo lejos las ventanas de las fincas de la ciudad. Allí estaba, extraña. En ella, bajo uno de los techos, sin saber lo que le amenazaba, se encontraba él, su turbulento camarada. Y, posiblemente, la habría olvidado ya. ¿Cuántos días habían transcurrido desde su última entrevista? Entonces, él no tenía tazón, pero, de todas formas, Tonia hacía tiempo que había olvidado aquello. Al día siguiente le volvería a ver, de nuevo se reanudaría la amistad emocionante y buena. Se reanudaría. Tonia estaba segura. Lo que hacía falta era que no le traicionase la noche. Era una noche mala, parecía esconderse y acechar… Hacía frío.

Lanzando una última mirada a la carretera, Tonia entró en casa. En la cama, arrebujándose en la manta, comenzó a dormirse con el pensamiento: ¡con tal de que no le traicionase la noche!...

Por la mañana temprano, cuando en la casa todos dormían aún, Tonia se levantó y vistióse rápidamente. En silencio, para no despertar a nadie, salió al patio, desató a Tesoro, perro grande y lanudo, y se dirigió con él a la ciudad. Frente a la casa de los Korchaguin se detuvo indecisa unos segundos. Después, empujando el portillo, entró en el patio. Tesoro corría delante, agitando el rabo...

Aquella misma mañana Artiom había regresado de la aldea. Llegó en carro con el herrero en cuya fragua trabajaba. Cargándose al hombro el saco con la harina que se había ganado, cruzó el patio. El herrero le siguió, llevando el resto del equipaje. Junto a la puerta abierta, Artiom dejó caer el saco y llamó:

- ¡Pavka!

Nadie le respondió:

- Mete el saco en la casa, ¿qué esperas? -le dijo el herrero.

Dejando los bultos en la cocina, Artiom entró en la habitación y se quedó de una pieza. Todo estaba revuelto, volcado, los trapos viejos estaban esparcidos por el suelo.

- ¡Qué diablos es esto! -gruñó Artiom asombrado, volviéndose hacia el herrero.

- Sí, todo está en desorden -asintió éste.

- ¿Dónde se habrá metido el muchacho? -dijo Artiom, comenzando a irritarse.

Pero la casa estaba desierta y no había a quién preguntar.

El herrero se despidió y marchóse.

Artiom salió al patio y se puso a mirar alrededor.

"¡No comprendo qué escándalo es éste! La casa está abierta y Pavka no se encuentra aquí".

A sus espaldas se oyeron unos pasos Artiom volvió la cabeza. Ante él, con las orejas tiesas, se encontraba un enorme perrazo. Desde el portillo, una muchacha desconocida venía hacia la casa.

- Necesito ver a Pável Korchaguin -dijo la muchacha en voz baja, mirando a Artiom.

- Yo también. ¡El diablo sabe en dónde se habrá metido! He llegado y me encuentro con la casa abierta y con que él no está. ¿Viene usted a verle? -preguntó a la muchacha.

En respuesta oyó otra pregunta:

- ¿Es usted Artiom, el hermano de Korchaguin?

- Sí, ¿qué pasa?

Pero la muchacha sin contestarle, dirigió una mirada de alarma a la puerta abierta. "¿Por qué no vine ayer? ¿Será posible, será posible?.." Y sintió aumentar la opresión de su pecho.

- ¿Se ha encontrado con la casa abierta y con Pável ausente? -preguntó la muchacha a Artiom, que le miraba asombrado.

- ¿Qué es lo que quiere usted de Pável?

Tonia se acercó más a él y, mirando a su alrededor, dijo con ímpetu:

- No lo sé con exactitud, pero si Pável no está en casa es que le han detenido.

- ¿Por qué? -dijo Artiom, estremeciéndose nervioso.

- Entremos en la habitación -contestó Tonia.

Artiom la escuchaba en silencio. Cuando Tonia le dijo todo lo que sabía, la desesperación apoderóse de él.

- ¡Ay, maldita sea tres veces! ¡Eramos pocos y parió la abuela!... -murmuró abatido-. Ahora comprendo por qué hay este desorden en la habitación. El diablo arrastró al muchacho a esta historia... ¿Dónde voy a buscarlo ahora? ¿Y usted, señorita, quién es?

- Soy la hija del inspector forestal Tumánov. Conozco a Pável.

- ¡A-ah! -profirió con tono indefinido Artiom-. Vaya, había traído harina para reforzar la alimentación del muchacho y he aquí con lo que me he encontrado...

Tonia y Artiom se miraron en silencio.

- Me marcho. Es posible que le encuentre usted –dijo Tonia en voz queda al despedirse de Artiom-. Por la tarde vendré y ya me dirá.

Artiom, sin pronunciar palabra, asintió con la cabeza.

En el ángulo de la ventana zumbaba una mosca escuálida, que se había despertado del letargo invernal. En el borde del viejo y rozado diván, ambas manos apoyadas en las rodillas, estaba sentada una joven campesina, fija la mirada vaga en el sucio suelo.

El comandante, con un cigarrillo en la comisura de los labios, terminó de escribir a grandes trazos una cuartilla y, bajo la antefirma "Comandante de la ciudad de Shepetovka, alférez...", garrapateó con placer una rúbrica alambicada con un complicado gancho al final. En la puerta se oyó un sonar de espuelas. El comandante levantó la cabeza.

Ante él se encontraba Salomiga, con un brazo vendado...

- ¿Qué vientos te traen por aquí? -le saludó el comandante.

- Sí, buenos vientos, uno de los hombres del regimiento de Bogún* me ha sacudido un sablazo que me ha calado hasta el hueso.

Salomiga, sin consideración a la presencia de la mujer, soltó un terno rotundo.

- ¿Qué, has venido a reponerte?

- Nos repondremos en el otro mundo. En el frente nos aprietan hasta hacemos sudar sangre.

El comandante le interrumpió, indicando con la cabeza a la mujer:

- Luego hablaremos,

---

* Regimiento del Ejército Rojo, denominado así en honor del héroe de la guerra nacional liberadora del pueblo ucraniano, en el siglo XVII. (N. de la Edit.)

Salomiga dejóse caer pesadamente en un taburete y se quitó la gorra con escarapela y un tridente grabado en esmalte, emblema estatal de la República Popular Ucraniana.

- Me envía Gólub -comenzó a decir en voz baja-. Pronto se trasladará aquí la división *Siech*. En general, habrá jaleo, y yo debo poner todo en orden. Es posible que venga el "atamán supremo" con algún ganso extranjero, así es que nadie debe hablar del "alivio". ¿Y tú, qué escribes?

El comandante se pasó el cigarrillo a la otra comisura de los labios.

- Aquí tengo detenido a un hijo de perra, a un muchacho. ¿Sabes?, en la estación cayó aquel tipo de Zhujrái, ¿recuerdas?, el que azuzaba a los ferroviarios contra nosotros...

- ¡Di, di! -profirió interesado Salomiga, acercándose.

- Pues... que el babieca de Omélchenko, el comandante de la estación, lo mandó para acá sólo con un cosaco, y este chico que tengo aquí encerrado libertó a Zhujrái en pleno día. Desarmaron al cosaco, le saltaron los dientes y se largaron sin dejar rastro. La pista de Zhujiái se ha desvanecido, pero éste ha caído en la ratonera. Toma, lee el material -dijo, acercando a Salomiga una carpeta con papeles escritos.

Salomiga los leyó rápidamente, hojeándolos con la mano izquierda sana. Después de dar fin a la lectura, clavó su mirada en el comandante.

- ¿Y no has podido sacarle nada?

El comandante se tiró nervioso de la visera de la gorra.

- Llevo cinco días luchando con él. Calla: "No sé nada -dice-, yo no lo liberté". Es un engendro bandidesco. ¿Comprendes?, el soldado le ha reconocido, faltó un pelo para que estrangulase aquí al muy canalla. A duras penas se lo arranqué de las manos. En la estación, Omélchenko propinó al cosaco veinticinco baquetazos por haber dejado escapar al detenido, así es que puedes imaginarte cómo le zurraría. No hay por qué tenerlo más tiempo encerrado; envío el material al Estado Mayor para que me autoricen a darle el pasaporte para el otro mundo.

Salomiga escupió despectivamente.

- Si estuviera en mis manos cantaría. El hacer interrogatorios no es cosa para ti, curato. ¿Qué comandante puede salir de un seminarista? ¿Le has dado de baquetazos?

El comandante se indignó.

- Te tomas demasiadas libertades. Puedes guardarte tus burlas. Aquí el comandante soy yo, te ruego que no te entrometas.

Salomiga miró al comandante engallado y explotó en carcajadas:

- Ja-ja... Curato, no te hinches tanto, que puedes reventar. El diablo sea contigo y con tus asuntos; más vale que me digas dónde conseguir un par de botellas de aguardiente.

El comandante se sonrió:

- Eso se puede hacer.

- Y a éste -Salomiga señaló con el dedo el papel-, si quieres que lo piquen, ponle dieciocho años en vez de los dieciséis. Tuerce este gancho, de lo contrario pueden negarte el visto bueno.

En la despensa había tres personas. Un viejo barbudo, con caftán muy usado, yacía en el camastro, encogidas las delgadas piernas cubiertas por anchos pantalones de burda tela. Le habían detenido porque, del sotechado de su casa, había desaparecido el caballo de uno de los hombres de Petliura, que se alojaba en ella. En el suelo estaba sentada una mujer de ojos astutos de pícara y barbilla rapaz. Era una traficante clandestina en vodka, acusada de haber robado un reloj y otros objetos de valor. En el rincón, debajo de la ventana, yacía Korchaguin semiinconsciente, con la cabeza sobre la arrugada gorra.

En la despensa metieron a una joven de ojos asustados y grandes, tocada, como las campesinas, con un pañuelo de colores.

La joven permaneció de pie unos segundos y se sentó al lado de la traficante clandestina en vodka.

La tarasca, examinando curiosa a la joven, se apresuró a inquirir:

- ¿Estás detenida, muchacha?

Al no recibir contestación, insistió en sus preguntas:

- ¿Por qué te han traído aquí? ¿No será, por un casual, debido a la vodka casera?

La campesina se levantó y, mirando a la impertinente mujer, respondió en voz queda:

- No, me han detenido por mi hermano.

- ¿Y qué ha hecho? -insistió la mujer.

El viejo terció:

- ¿Por qué la molestas? Es posible que esté desesperada, y tú hablas como una cotorra.

La tarasca volvióse rápida hacia el camastro.

- ¿Tú, qué, te has creído que vas a mandarme? ¿Hablo contigo acaso?

El viejo escupió.

- No la importunes, te digo.

En la despensa se hizo el silencio. La joven extendió un mantón en el suelo y se acostó, reclinando la cabeza sobre el brazo.

La traficante se puso a comer. El viejo se sentó en el borde del camastro, lió calmoso un cigarrillo y lo encendió. Por la despensa se extendieron volutas de humo apestoso.

Chasqueando con la boca llena, la arpía gruñó:

- Deberías dejarme comer tranquila, sin ese pestazo. No paras de fumar.

El viejo carcajeó sarcástico:

- ¿Te da miedo adelgazar? Pronto la puerta será

pequeña para ti. Más te valdría dar de comer al muchacho, en vez de zampártelo tú todo.

La mujer replicó ofendida:

- Le digo que coma y no quiere. Y no me vengas con letanías, que no me como lo tuyo.

La joven se volvió hacia la tarasca y, señalando con la cabeza a Korchaguin, preguntó:

- ¿No sabe usted por qué está detenido el muchacho?

La traficante se alegró de que hubiera pegado la hebra con ella y comunicó gustosa:

- Ese muchacho es de aquí, el hijo menor de la Korchaguina, una cocinera.

Inclinándose hacia el oído de la otra, añadió en un susurro:

- Libertó a un bolchevique. A un marino que había aquí y que paraba en casa de la Zozulija, mi vecina.

La joven recordó: "Envío el material al Estado Mayor para que me autoricen a darle el pasaporte para el otro mundo..."

Uno tras otro, los trenes iban llenando la estación. En muchedumbre desordenada se volcaban de ellos los batallones de la división *Siech*. Por la vía se arrastraba lentamente, con su caparazón de acero, el tren blindado *Zaporózhiets*, con sus cuatro vagones. De las plataformas descargaban los cañones; de los vagones de mercancías, los caballos. Allí mismo los ensillaban, montaban en ellos y, empujando a las informes muchedumbres de soldados de infantería, se abrían paso hacia el patio de la estación, donde formaba el destacamento de caballería.

Los oficiales iban de un lado para otro, gritando los números de sus unidades.

La estación zumbaba como un avispero. De los montones amorfos de hombres alocados, que vociferaban en todos los tonos, se formaban poco a poco los cuadrados de las secciones, y pronto un torrente de hombres armados afluía a la ciudad. Hasta bien entrada la noche, traquetearon por la carretera los carros y se arrastraron los servicios de retaguardia de la división *Siech*, llegada a la ciudad.

Y, por fin, cerraba marcha la compañía de Estado Mayor, berreando con sus ciento veinte gargantas:

¿Qué ruido, qué bullicio es ése que se ha armado?
Petliura ha aparecido en Ucrania...

Korchaguin se levantó hacia la ventana. A través de la oscuridad del anochecer oyó un traqueteo de ruedas en la calle, pisadas de miles de pies, canciones entonadas por muchas voces.

A su espalda, alguien dijo en voz baja:

- Por lo que se ve, están entrando tropas en la ciudad.

Korchaguin volvió la cabeza.

Hablaba la muchacha que habían traído el día anterior.

Pável escuchó su relato. La traficante se había salido con la suya. La muchacha era de una aldea, que se encontraba a unas siete verstas de la ciudad. Su hermano mayor, Gritskó, era un guerrillero rojo que bajo los Soviets había dirigido el Comité de campesinos pobres.

Cuando se marcharon los rojos, se fue también Gritskó con una cinta de ametralladora enrollada a la cintura. Y ahora no dejaban vivir a la familia. No tenían más que un caballo, y se lo quitaron. Al padre se lo habían llevado a la ciudad, donde padecía recluido. El alcalde, uno de aquellos a quienes Gritskó había apretado las clavijas, ahora les llevaba a casa, en venganza, toda clase de gente para que la alojaran y dieran de comer. La familia cayó en la más completa miseria. El día anterior, el comandante se había presentado en la aldea para efectuar una "razzia". El alcalde le llevó a casa de la muchacha. El comandante le echó el ojo y por la mañana se la llevó a la ciudad, "para someterla a interrogatorio".

Korchaguin no podía conciliar el sueño; su tranquilidad se había desvanecido, y por un pensamiento fijo -"¿qué va a pasar?"-, del que no podía desprenderse, se agitaba en su mente.

En su apaleado cuerpo sentía dolorosos pinchazos. El soldado le había dado de golpes con furia bestial.

Para distraerse de aquellos odiosos pensamientos, Pável comenzó a prestar oído a la conversación de sus vecinas.

La muchacha refería muy queda que el comandante, en su afán de poseerla, había recurrido a las amenazas y a los halagos. Finalmente, enfurecido por su resistencia, le había dicho: "Te encerraré en el sótano, y no volverás a ver la luz del sol".

La impenetrable oscuridad envolvía todos los rincones. En perspectiva estaba la noche, sofocante e inquieta. De nuevo los pensamientos sobre el mañana desconocido. Era la séptima noche y parecía que habían pasado ya meses. La dureza del lecho acentuaba el dolor de los golpes. En la despensa sólo quedaban tres personas. El abuelo roncaba en el camastro, como si estuviera tumbado sobre el horno de su casa. Tenía una tranquilidad filosófica y dormía a pierna suelta. La traficante había sido puesta en libertad por el alférez, para que le consiguiera aguardiente. Jristina y Pável estaban sentados en el suelo, casi juntos. El día anterior, Pável había visto a Seriozha por la ventana. El amigo permaneció largo rato en la calle, mirando tristemente las ventanas de la casa.

"Debe saber que estoy aquí".

Hacía ya tres días que le entregaban unos pedazos de pan negro y ácido. No le decían quién se los enviaba. Durante las últimas cuarenta y ocho horas, el comandante le inquietaba de continuo con sus

interrogatorios.

¿Qué podía significar aquello?

En los interrogatorios no dijo nada, lo negaba todo. El mismo no sabía por qué callaba. Quería ser audaz, quería ser fuerte como aquellos a quienes había conocido en los libros. Sólo tuvo miedo cuando le llevaban detenido por la noche y, al pasar junto a la mole informe del molino, oyó decir a uno de los que le conducían:

"¿Para qué vamos a llevarle, alférez? Un tiro en la espalda, y se acabó". ¡Sí, daba miedo morir a los dieciséis años! ¡Pues la muerte era no vivir más!

Jristina también pensaba. Ella sabía más que aquel muchacho. El, seguramente, no sabía aún... Y ella lo había oído.

El muchacho no dormía, se pasaba las noches removiéndose. Inspiraba compasión, ¡qué lástima le daba a Jristina!, pero ella también tenía su pena: no podía olvidar las palabras terribles del comandante: "Mañana te ajustaré las cuentas. Ya que no quieres conmigo, te entregaré a los del cuerpo de guardia. Los cosacos no se negarán. Elige".

"¡Qué espanto, y no hay de dónde esperar clemencia! ¿Qué culpa tengo yo de que Gritskó sea rojo? ¡Ay, qué penoso es vivir en el mundo!"

Un dolor sordo le oprimía la garganta, la impotente desesperación y el terror la invadían y Jristina rompió a llorar ahogadamente.

Su cuerpo joven se estremecía agitado por la pena y la desesperación.

En el rincón, junto a la pared, se movió una sombra.

- ¿Qué te pasa?

En un ardiente susurro, Jristina vertió su pena en el corazón del vecino silencioso. El muchacho la escuchaba callado; únicamente su mano descansaba sobre las de Jristina.

- Me atormentarán, los malditos -murmuraba la muchacha, tragándose las lágrimas, y, presa de un terror subconsciente, añadió con angustia-: Estoy perdida, ellos son los fuertes...

¿Qué podía él, Pável, decir a la muchacha? No encontraba palabras. Nada podía decir. La vida oprimía como un dogal de hierro.

¿No dejar que se la llevaran al día siguiente?, ¿luchar? Le matarían de una paliza o le asestarían un sablazo en la cabeza, y asunto concluido. Y para aliviar, aunque fuera un poco, a aquella muchacha atormentada por el dolor, le acarició tiernamente la mano. El llanto de la muchacha se acalló. De tarde en tarde, el centinela que había en la entrada gritaba a los transeúntes el habitual "¿Quién vive?", y de nuevo se hacía el silencio. El abuelo dormía profundamente. Los minutos imperceptibles se arrastraban con lentitud. Y, cuando unos brazos se ciñeron con fuerza en torno a su cuerpo y le atrajeron, hacia sí, Pável no comprendió.

- Escucha, querido -susurraron los labios ardientes-, de todas maneras estoy perdida; si no es el oficial, me atormentarán los otros. Tómame, muchachín, querido, que no sea ese perro el que goce de mi virginidad.

- ¿Qué es lo que dices, Jristina?

Pero los fuertes brazos no le soltaban. Los labios eran ardientes y jugosos; era difícil apartarse de ellos. Las palabras eran sencillas, tiernas. Pável sabía el por qué de ellas.

Y de pronto huyó de su cabeza el presente. De su imaginación desaparecieron el candado de la puerta, el cosaco pelirrojo, el comandante, los golpes salvajes, las siete noches angustiosas de insomnio y, por un instante, quedaron sólo los labios ardientes y el rostro ligeramente humedecido por las lágrimas.

De súbito recordó a Tonia.

"¿Acaso era posible olvidarla?... Ojos maravillosos y queridos".

Encontró en sí suficientes fuerzas para apartarse. Se levantó como ebrio y agarróse con una mano a la reja. Los brazos de Jristina volvieron a encontrarle.

- ¿Qué te pasa?

¡Cuánto sentimiento había en aquella pregunta! Pável se inclinó hacia ella y, estrechándole con fuerza las manos, le dijo:

- No puedo, Jristina. Tú eres buena... -y añadió otras palabras que él mismo no comprendía.

Se irguió, para quebrar aquel silencio insufrible, dio unos pasos hacia los camastros, sentóse al borde de uno de ellos y zarandeó al viejo:

- Abuelo, dame un cigarrillo, por favor.

En un ángulo, envuelta en el pañolón, lloraba la muchacha.

Por la tarde se presentó el comandante; y los cosacos se llevaron a Jristina. La muchacha se despidió de Pável con los ojos en los que se leía el reproche. Y cuando la puerta se cerró ruidosa tras ella, el muchacho sintió aún mayor pena y mayor desesperanza.

Hasta la noche el abuelo no pudo conseguir que el muchacho pronunciara ni una sola palabra. Relevaron la guardia y el grupo de la comandancia. Por la tarde trajeron a un nuevo detenido. Pável reconoció en él a Dolínnik, el carpintero de la fábrica de azúcar. Era un hombre fornido, de fuerte complexión; bajo la chaqueta, muy usada, llevaba una descolorida camisa amarilla. Con mirada atenta recorrió la despensa.

Pável le había visto en el año 1917, en febrero, cuando la revolución llegó hasta la pequeña ciudad. En las manifestaciones ruidosas había escuchado sólo a un bolchevique: a Dolínnik. Pronunciaba un discurso a los soldados, subido en una valla, junto al camino. Recordaba sus palabras finales:

- ¡Seguid, soldados, a los bolcheviques, no os venderán!

Desde entonces no había vuelto a ver al carpintero.

Al viejo le alegró la llegada del nuevo vecino. Se veía que le era difícil permanecer sin hablar durante el día entero. Dolínnik se sentó a su lado en el camastro, fumóse con él un cigarrillo y le hizo mil preguntas.

Después se aproximó a Korchaguin.

- ¿Qué cuentas de bueno? -preguntó al muchacho-. ¿Cómo has venido a parar aquí?

Al no recibir más que monosílabos como respuesta, Dolínnik comprendió que su interlocutor era desconfiado y, por ello, tan parco en palabras. Pero cuando el carpintero supo de qué se acusaba al joven, fijó con asombro sus inteligentes ojos en Korchaguin y se sentó a su lado.

- ¿Así pues, dices que liberaste a Zhujrái? Vaya, hombre. Yo no sabía que te habían detenido.

Pável se incorporó sobresaltado, apoyándose en el codo.

- ¿Qué Zhujrái? No sé nada. ¡Cualquiera sabe lo que me pueden achacar!

Pero Dolínniki, sonriendo, se acercó más.

- Déjate, amiguito, de desconfiar de mí. Sé más que tú.

Y en voz baja, para que no lo oyera el viejo, añadió:

- Yo mismo he acompañado a Zhujrái; ya está en lugar seguro. Fiódor me contó todo lo relacionado con el caso.

Después de unos instantes, como obsesionado por un pensamiento, dijo:

- Has resultado ser un muchacho como se debe. Pero el que estés detenido y ellos lo sepan todo es mala cosa, malísima, se puede decir que una verdadera calamidad.

Se despojó de la chaqueta, la extendió sobre el suelo, se sentó, reclinó la espalda en la pared y volvió a liar un cigarrillo.

Las últimas palabras de Dolínnik dijeron todo a Pável. Estaba claro: Dolínnik era de los suyos. Si había acompañado a Zhujrái, significaba...

Al anochecer ya sabía que Dolínnik había sido detenido por realizar agitación entre los cosacos de Petliura. Fue cogido con las manos en la masa, cuando distribuía un llamamiento del Comité Revolucionario de la provincia invitando a entregarse y a pasarse a los rojos.

Dolínnik, cauto, dijo a Pável muy poco.

"¿Quién sabe? -pensaba-. Pueden pegar al muchacho de baquetazos. Es aún joven".

Avanzada la noche, al acostarse, expresó sus temores en una breve frase:

- Nuestra situación, Korchaguin, no puede ser peor. Veremos lo que resulta de esto.

Al día siguiente, en la despensa apareció un nuevo detenido, el peluquero Shlioma Séltser, conocido en toda la ciudad, hombre de enormes orejas y flaco pescuezo. Shlioma contaba a Dolínnnik. encendiéndose y gesticulando:

- La cosa fue así: Fux, Bluvshtéin y Trajtenberg iban a saludarle y a ofrecerle pan y sal. Yo entonces les dije: si queréis llevarlo, allá vosotros. ¿Pero quién va a firmar el pergamino en nombre de toda la población judía? Perdón, nadie. A ellos les trae cuenta. Fux tiene una tienda, Trajtenberg un molino, ¿pero yo qué? ¿Y el resto de los descamisados? Esos pobres no poseen nada; en fin, yo tengo la lengua larga. Y hoy, afeitando a uno de los oficiales de los nuevos, de los que han llegado hace poco, le pregunté: "Dígame, ¿el atamán Petliura, sabe, o no lo de los pogromos? ¿Recibirá a esa delegación?" ¡Ay, cuántos disgustos me ha ocasionado mi lengua! ¿Qué piensan ustedes que hizo el oficial cuando le afeité, le empolvé y se lo hice todo de primera? Se levantó y, en vez de pagarme, me detuvo por agitación contra el poder. -Séltser se golpeó el pecho con el puño-: ¿Qué agitación? ¿Qué de particular he dicho yo? No he hecho más que preguntar a una persona... Y por eso me meten en la cárcel...

Séltser, indignado, retorcía un botón de la camisa de Dolínnik o le tiraba ya de un brazo, ya del otro.

Dolínnik sonreía involuntariamente, escuchando al indignado Shlioma. Cuando el peluquero se calló, Dolínnik dijo en serio:

- ¡Ay, Shlioma, eres un muchacho inteligente, y has hecho el tonto! En mala ocasión se te ha ocurrido darle a la lengua. Yo no te hubiera aconsejado venir a parar aquí.

Séltser, comprensivo, le miró y dejó caer los brazos con desesperación. La puerta se abrió y, de un empujón, metieron en el recinto a la traficante de vodka, ya conocida de Pável. La mujer insultaba enfurecida al cosaco que la conducía.

- ¡Así os traguen las llamas a todos vosotros y a vuestro comandante! ¡Ojalá estire la pata a causa de mi aguardiente!

El centinela cerró tras ella la puerta, y se oyó el chasquido del cerrojo.

La mujer se sentó en el camastro; el viejo la saludó burlón:

- ¿Qué, cotilla, otra vez has venido a visitarnos? Toma asiento, acomódate como si estuvieras en tu casa.

La mujer miró hostil al viejo y, agarrando su fardillo, se sentó en el suelo, al lado de Dolínnik.

La habían vuelto a detener, después de recibir de ella varias botellas de vodka casero.

Tras la puerta se oyeron gritos y movimiento en el cuerpo de guardia. Una voz áspera daba órdenes. Todos los detenidos volvieron la cabeza hacia la puerta.

En la plaza, junto a la iglesia, de mediocre aspecto y antiguo campanario, tenía lugar un acontecimiento extraordinario para la ciudad. Abarcando la plaza desde tres lados, estaban formadas, en perfectos rectángulos, las unidades de la división *Siech* con

todos sus pertrechos de guerra.

Delante, a partir del atrio de la iglesia, en filas que terminaban junto a la cerca de la escuela, extendíase, en orden escaqueado, tres regimientos de infantería.

Formando una masa gris turbia, con los fusiles en posición de "descansen" y absurdos cascos rusos, parecidos a calabazas partidas por la mitad, se encontraban, cargados de cartuchos, los soldados de Petliura, la división más combativa con que contaba el "directorio".

Bien vestida y calzada a costa de las reservas del antiguo ejército zarista, esta división, integrada en su mayoría por kulaks que luchaban conscientemente contra los Soviets, había sido traída a la ciudad para defender el nudo ferroviario, de gran importancia estratégica, que se encontraba en ella.

Las cintas brillantes de los rieles partían de Shepetovka en cinco direcciones diferentes. Perder aquel punto significaba para Petliura perderlo todo. Y al "directorio" le quedaba ya un territorio bien mezquino. La modesta ciudad de Vínnitsa se había convertido en la capital de las bandas de Petliura.

El "atamán supremo" había decidido pasar revista, personalmente, a las unidades. Todo estaba preparado para recibirle.

En las últimas filas, en un rincón de la plaza, para que pasasen más desapercibidos, colocaron un regimiento de quintos. Eran jóvenes descalzos y vestidos cada cual de una manera. Ninguno de aquellos muchachos aldeanos, arrancados del horno por la "razzia" nocturna o cogidos en la calle, pensaba en ir a combatir.

- Ya no quedan tontos -decían.

Lo más que pudieron conseguir los oficiales de Petliura fue escoltar a los movilizados hasta la ciudad, repartirlos por compañías y batallones y entregarles las armas.

Pero, a la mañana siguiente, la tercera parte de los movilizados ya había desaparecido, y cada día quedaban menos.

El darles botas rebasaba los límites de la insensatez, y, además, no se estaba muy sobrante de ellas. Se dio la orden de presentarse a quintas calzado. Los resultados fueron maravillosos. ¿De dónde sacaba la gente aquellos pingajos increíbles que únicamente se sujetaban a la pantorrilla con ayuda de alambres y cuerdas?

A la parada los llevaron descalzos.

Tras los infantes extendíase el regimiento de caballería de Gólub.

Los jinetes contenían a la muchedumbre de curiosos. Todos querían ver la parada.

Venía el propio "atamán supremo". Semejantes acontecimientos eran raros en la ciudad, y nadie quería perderse aquel espectáculo gratuito.

En los peldaños del atrio de la iglesia habíanse congregado los coroneles, los capitanes, ambas hijas del pope, varios maestros ucranianos, el grupo de cosacos "libres" y el alcalde, hombre algo giboso. Eran todos gente selecta, representantes de la "sociedad", y entre ellos, envuelto en su capote circasiano, encontrábase el inspector general de infantería que mandaba la parada.

En la iglesia, el pope Vasili engalanábase con los ornamentos pascuales.

A Pediura se le preparaba un recibimiento solemne. Fue traída e izada la bandera amarilla y azul. Los movilizados debían jurarla.

El jefe de la división marchó a la estación, en un *Ford* viejo y destartalado, a recoger a Petliura.

El inspector de infantería llamó al coronel Cherniak, hombre apuesto, con bigotillo elegantemente retorcido.

- Llévese a alguien consigo y pase revista a la comandancia y a la retaguardia, para que todo esté limpio, y en orden. Mire a ver si hay detenidos, y a la morralla échela a la calle.

Cherniak dio un taconazo, tomó consigo al capitán que se encontraba más próximo y partió al galope.

El inspector se dirigió amablemente a la hija mayor del pope:

- ¿Qué, cómo anda la comida, todo está como es debido?

- ¡Oh, sí! Allí el comandante se esmera -respondió la hija del pope, clavando sus ojos en el gallardo inspector.

De pronto, todo se puso en movimiento: por la carretera, pegado al cuello del caballo, volaba un jinete. Agitando la mano, gritaba:

- ¡Ya vienen!

- ¡Cada uno a su puesto! -rugió el inspector.

Los oficiales corrieron a la formación.

Cuando el *Ford* estornudó junto al pórtico de la iglesia, la banda de música comenzó a tocar el *Aún no ha muerto Ucrania*.

Detrás del comandante de la división se apeó del automóvil el "propio atamán supremo, Petliura", hombre de estatura mediana y cabeza angulosa firmemente asentada en el cuello bermejo. Vestía capote azul, de fino paño, ceñido por un correaje amarillo del que colgaba una diminuta pistola con funda de ante. Llevaba gorra caqui, a lo Kerenski, con escarapela y tridente esmaltado.

La figura de Simón Petliura no tenía nada de marcial. No parecía un hombre de armas.

Escuchó con aire disgustado el parte breve del inspector. Después, el alcalde pronunció unas palabras de saludo.

Petliura le escuchaba distraído, mirando por encima de su cabeza a los regimientos formados.

- Comencemos la revista -dijo al inspector, haciendo un movimiento de cabeza.

Petliura subió a una pequeña tribuna, que se alzaba junto a la bandera, y dirigió a los soldados una alocución de diez minutos.

La arenga no era convincente. Petliura, al parecer cansado del viaje, la pronunció sin particular entusiasmo. Los reglamentarios gritos de los soldados, "¡gloria!, ¡gloria!", siguieron a sus últimas palabras. Petliura descendió de la tribuna y se enjugó la frente con el pañuelo. Después, acompañado del inspector y el jefe de la división, pasó revista a las tropas.

Al ver a los nuevos reclutas, entornó despectivo los ojos y se mordió nerviosamente los labios.

En los últimos momentos de la revista, cuando los reclutas, en desordenadas filas, sección tras sección, se acercaban a la bandera, junto a la que se hallaba el pope Vasili, con los evangelios, y besaban el libro y después la cinta de la enseña, ocurrió algo inesperado.

Sin que se supiera, una delegación entró en la plaza y acercóse a Petliura. Portando en sus manos el pan y la sal, adelantóse Bluvshtéin, rico negociante en maderas, seguido del mercero Fux y de otros acaudalados comerciantes.

Bluvshtéin, inclinándose servil, presentó a Petliura la bandeja. La tomó el oficial que se encontraba al lado del atamán.

- La población judía expresa su sincero reconocimiento y respeto a su persona, jefe del Estado. Dígnese aceptar este pergamino de saludo.

- Bien -barbotó Petliura, echando una rápida ojeada al papel.

Pero en aquel momento intervino Fux.

- Os rogamos, humildísimamente, que se nos dé la posibilidad de abrir las empresas y se nos defienda contra los pogromos -dijo Fux, expeliendo con trabajo la difícil palabra.

Petliura frunció colérico el entrecejo.

- Mi ejército no se ocupa de pogromos. Que no se les olvide.

Fux abrió los brazos en perplejo ademán.

Petliura se encogió nerviosamente de hombros, encolerizado por aquella delegación que tan inoportunamente se le acercara. Volvió la cabeza. A sus espaldas, mordisqueando su negro bigote, se encontraba Gólub.

- Aquí se quejan de sus cosacos, coronel. Averigüe qué pasa y tome medidas -dijo Petliura y, dirigiéndose al inspector, ordenó-: Comencemos la parada.

La infortunada delegación no esperaba, en modo alguno, tener que vérselas con Gólub y se apresuró a quitarse de en medio.

Toda la atención de los espectadores estaba concentrada en los preparativos del solemne desfile. Restallaron las voces de mando.

Gólub, acercándose a Bluvshtéin, con aparente tranquilidad, silabeó muy quedo:

- Largaos de aquí, almas sin bautizar; de lo contrario, voy a hacer albondiguillas de vosotros.

Tronó la banda de música y las primeras unidades comenzaron a desfilar por la plaza. Al llegar adonde se encontraba Petliura, los soldados rugían mecánicamente "gloria" y torcían por la carretera hacia las calles laterales. Al frente de las compañías, luciendo uniformes nuevos, de color caqui, marchaban con bizarría los oficiales, agitando sus fustas, como si fueran de paseo. Los de la división *Siech* habían sido los primeros en introducir aquella moda de desfilar con la fusta, así como la de que los soldados llevaran baqueta.

A la cola, marchaban los movilizados, en masa desordenada, perdiendo el paso y tropezando unos contra otros.

El pisar de los pies descalzos era quedo. Los oficiales trataban de imponer orden por todos los medios, pero era imposible. Cuando pasaba la segunda compañía, un muchacho vestido con camisa de burdo lienzo, que iba en el flanco derecho, se encandiló contemplando al "atamán supremo", abrió la boca asombrado y, metiendo el pie en un bache, desplomóse de bruces sobre la carretera.

El fusil rodó con estrépito por las piedras. El muchacho trataba de levantarse, pero era arrollado constantemente por los que venían detrás.

Entre los espectadores sonaron carcajadas. La sección rompió el orden de formación. Pasó por la plaza de cualquier manera. El desventurado muchacho se levantó, atrapó por fin el fusil y echó a correr en pos de su unidad.

Petliura volvió la cabeza para no ver aquel desagradable espectáculo: sin esperar a que terminara de desfilar la columna, se dirigió al automóvil. El inspector, siguiéndole, le preguntó cauteloso:

- ¿No se queda a comer el señor atamán?

- No -masculló Petliura.

Tras la alta verja de la iglesia, entre la multitud de espectadores, Seriozha Bruszhak, Valia y Klimka presenciaban el desfile.

Seriozha, fuertemente agarrado a las barras de la verja, escrutaba con mirada preñada de odio a los que se encontraban debajo.

- Vamos, Valía, se acabó lo que daban -dijo provocativo en voz alta, para que todos lo oyeran, al apartarse de la verja. La gente asombrada, volvió hacia él la cabeza.

Sin prestar atención a nadie, Seriozha se acercó al postigo. Su hermana y Klimka le siguieron.

Cuando llegaron al galope a la comandancia, el coronel Chemiak y el capitán desmontaron de un salto. Luego de entregar sus caballos al ordenanza, entraron en el cuerpo de guardia.

- ¿Dónde está el comandante? -preguntó bruscamente Chemiak al ordenanza.

- No sé -barbotó éste-. Ha salido.

Chemiak recorrió con la mirada el cuerpo de guardia. Estaba sucio y desordenado, en las camas sin hacer hallábanse tumbados, con descaro, los

cosacos de la comandancia, sin la menor intención de levantarse para saludar a los oficiales.

- ¿Qué establo es éste que habéis organizado aquí? -rugió Chemiak-. ¿Qué es eso de estar tumbados como cerdas preñadas? -gritó a los que estaban echados.

Uno de los cosacos sentóse y, regoldando satisfecho, gruñó:

- ¿Qué gritas tú? Nosotros tenemos nuestro propio gritón en casa.

- ¿Qué? -rugió Chemiak-. ¿Con quién hablas, jeta vacuna? ¡Soy el coronel Chemiak! ¿Has oído, hijo de perra? ¡Levantaos inmediatamente, si no queréis que os muela a todos a baquetazos! -y, corriendo por el cuerpo de guardia, gritaba enfurecido-: Tenéis un minuto de tiempo para barrer toda la basura, hacer las camas y dar un aspecto humano a vuestra jeta. ¿Qué trazas son ésas? En vez de cosacos, parecéis un atajo de salteadores de caminos.

Su furia no tenía límites. Con rabia, asestó un puntapié al cubo de la basura que se interponía en su camino.

El capitán no se quedaba a la zaga. Soltando ternos a granel y esgrimiendo su fusta de tres colas, echaba de las camas a los remolones.

- El atamán supremo está presenciando la parada; puede venir aquí. ¡Moveos, vivo!

Viendo que el asunto tomaba un giro serio y que realmente podían ganarse los baquetazos -el nombre de Cherniak era bien conocido por todos-, los cosacos corrieron como si les hubiera picado una avispa.

El trabajo bulló.

- Hay que echar un vistazo a los detenidos -propuso el capitán-. ¡El diablo sabe a quién tendrán aquí! Puede dejarse caer por aquí el atamán supremo y darnos un disgusto.

- ¿Quién tiene la llave? -preguntó Cherniak al centinela-. Abrid inmediatamente.

El suboficial se acercó de un salto y abrió el candado.

- ¿Dónde está el comandante? ¿Voy a tener que esperarle mucho rato? Encontradle en seguida y enviadle para acá -mandó Cherniak-. Que salga la guardia al patio y que forme en orden... ¿Por qué están los fusiles sin bayonetas?

- Llegamos ayer de relevo -se justificó el suboficial, y lanzóse hacia la salida, en busca del comandante.

El capitán dio una patada en la puerta de la despensa. Varias personas se levantaron; el resto de los ocupantes del recinto continuaron tumbados.

- Abrid de par en par la puerta -ordenó Cherniak-, aquí hay poca luz.

Escrutó los rostros de los detenidos.

- ¿Por qué estás detenido? -preguntó al viejo sentado en el camastro.

Este se incorporó, subióse los pantalones y, tartamudeando asustado por el brusco grito, masculló:

- Yo mismo no lo sé. Me encerraron, y aquí estoy. Desapareció de mi patio un caballejo, pero yo no tengo la culpa de ello.

- ¿Qué caballo? -le interrumpió el capitán.

- Del ejército. Se lo bebieron mis huéspedes, y me cargan la culpa a mí.

Cherniak midió al viejo, de pies a cabeza, con una rápida mirada y encogióse impaciente de hombros.

- ¡Agarra tus trapos, y largo de aquí! -gritó y volvióse hacia la traficante en vodka casero.

Al pronto, el viejo no creyó que le ponían en libertad y, dirigiéndose al capitán, inquirió, guiñando sus ojos me dio ciegos:

- ¿Quiere decir que se me permite marchar?

El capitán asintió con la cabeza: "¡Arrea, arrea, cuanto antes!"

El viejo desató con premura su hatillo del camastro y, de lado, atravesó de un salto el umbral de la puerta.

- ¿Y tú, por qué estás detenida? -dijo Cherniak, interrogando a la mujer.

Esta, terminando de comerse un pedazo de empanada, comenzó a cotorrear:

- A mí, señor jefe, me han encerrado injustamente. Soy viuda, se han bebido mi vodka, y después me han detenido.

- ¿De modo que comercias con aguardiente? -preguntó Cherniak.

- ¿Qué comercio es éste? -dijo ofendida la mujer-. El comandante me cogió cuatro botellas y no me ha pagado ni un kopek. Así hacen todos: se beben el aguardiente y no pagan. ¿Qué comercio es éste?

- Basta, vete inmediatamente al diablo.

La mujer no dio lugar a que le repitieran la orden. Cogió su cesta y, haciendo reverencias de agradecimiento, reculó diligente hacia la puerta.

- Que Dios les dé salud, señores jefes.

Dolínnik miraba aquella comedia con ojos dilatados por el asombro. Ninguno de los detenidos comprendía lo que allí pasaba. Sólo estaba clara una cosa: los recién llegados era gente que podía disponer de los presos.

- ¿Y tú, por qué? -dijo Cherniak dirigiéndose a Dolínnik.

- ¡Levántate cuando te habla el señor coronel! -rugió el capitán.

Dolínnik se levantó del suelo, lenta y pesadamente.

- ¿Por qué estás detenido?, te pregunto –repitió Cherniak.

Dolínnik miró por algunos segundos el bigotillo retorcido del coronel, su rostro limpiamente afeitado, la visera de la flamante gorra a lo Kerenski, con la escarapela esmaltada, y, de pronto, un pensamiento atrevido cruzó fugaz su mente: "¿Y qué, y si resulta?"

- Me han detenido por circular por la ciudad después de las ocho.

Y, dominado por una tensión nerviosa torturante, quedó esperando respuesta.

- ¿Y qué haces por ahí, vagando por la noche?

- No era muy de noche, fue a eso de las once.

Hablaba y no creía en la suerte loca.

Las rodillas le temblaron cuando oyó el breve:

- Lárgate.

Dolínnik olvidó su chaqueta y se dirigió hacia la puerta, mientras el capitán preguntaba al siguiente.

Korchaguin era el último. Estaba sentado en el suelo, completamente desorientado por todo lo que veía; incluso no había podido darse perfecta cuenta de que habían puesto en libertad a Dolínnik. No llegaba a comprender lo que pasaba. A todos los ponían en libertad. Pero Dolínnik, Dolínnik... El había dicho que lo detuvieron por circular por la noche... Por fin comprendió.

El coronel comenzó el interrogatorio del flaco Séltser con el habitual:

- ¿Por qué estás detenido?

El peluquero, pálido y emocionado, respondió impetuoso:

- Me dicen que llevo a cabo agitación, pero no comprendo en qué consiste ésta.

Cherniak se puso en guardia.

- ¿Qué? ¡¿Agitación?! ¿Y qué es lo que propagas?

Séltser se abrió de brazos con perplejidad:

- No sé, pues yo sólo he dicho que se recogían firmas para entregar al atamán supremo una petición de la población judía.

- ¿Qué petición? -El capitán y Cherniak se acercaron a Séltser.

- La de abolir los pogromos. Ustedes sabrán que aquí tuvo lugar un pogromo terrible. La población está atemorizada.

- Comprendido -le interrumpió Cherniak-, nosotros te daremos petición, judío maldito. -Y, volviéndose hacia el capitán, dijo-: A este pájaro hay que esconderlo bien. Llévelo al Estado Mayor. Allí hablaré yo con él personalmente. Conviene saber quién se dispone a entregar la petición.

Séltser trató de objetar, pero el capitán, descargando con fuerza el brazo, le azotó la espalda con la *nagaika*.

- ¡Cállate, carroña!

Retorciéndose por el dolor, Séltser se retiró a un rincón. Sus labios temblaban y a duras penas podía contener los sollozos que pugnaban por estallar.

Durante la última escena, Pável se había levantado. De todos los detenidos no quedaban en la despensa más que Séltser y él.

Cherniak se encontraba frente al joven y le escrutaba con sus ojos negros.

- ¿Y tú, qué haces aquí?

A su pregunta, el coronel oyó la rápida respuesta:

- He cortado el faldón de una silla, para suelas.

- ¿De qué silla? -dijo, sin comprender, el coronel.

- En mi casa se alojaban dos cosacos, yo corté el faldón de una silla vieja de montar, para hacer suelas, y por ello los cosacos me trajeron aquí. - Y embargado por la esperanza loca de verse libre, añadió-: Si hubiera sabido que no se podía...

El coronel miró despectivo a Korchaguin.

- ¡El diablo sabe de qué se ocupaba este comandante, vaya unos detenidos que ha reunido! - Y, volviéndose hacia la puerta, gritó-: Puedes irte a tu casa y dile a tu padre que te dé una tunda como corresponde. ¡Hala, a escape!

Sin poder dar crédito a aquello, con el corazón dispuesto a salírsele del pecho, Korchaguin tomó la chaqueta que Dolínnik se había dejado en el suelo y se lanzó hacia la puerta. Cruzó corriendo el cuerpo de guardia y, por detrás de Cherniak, que salía, saltó al patio, y de allí al postigo, y a la calle.

En la despensa quedó solo el desgraciado Séltser. Miró en derredor agobiado por la pena e, instintivamente, dio unos pasos hacia el umbral, pero en el cuerpo de guardia entró el centinela, cerró la puerta, echó el cerrojo y se sentó en un taburete.

En la terracilla, Cherniak se dirigió satisfecho al capitán:

- Hemos hecho bien en mirar aquí. ¡Cuánta morralla se había juntado! Arrestaremos al comandante por un par de semanas. ¿Qué, nos vamos?

En el patio, el suboficial formaba su destacamento. Al ver al coronel, se acercó corriendo e informó:

- Sin novedad, mi coronel.

Cherniak puso el pie en el estribo y saltó con agilidad a la silla. El capitán andaba atareado con su fogoso caballo. Tirando de las riendas, Cherniak dijo al suboficial:

- Dile al comandante que he puesto en libertad a toda la porquería que había metido aquí. Dile también que le arresto por dos semanas, por el desorden que existe. Y a ese que queda detenido trasladadle inmediatamente al Estado Mayor. La guardia que esté preparada.

- A sus órdenes, mi coronel -dijo el suboficial, llevándose la mano a la visera.

Espoleando sus caballos, el coronel y el capitán volaron al galope hacia la plaza, donde la parada tocaba ya su fin.

Después de saltar la séptima cerca, Korchaguin se detuvo. No tenía fuerzas para seguir corriendo.

Los días de hambre en el ambiente sofocante y enrarecido de la despensa le habían privado de sus energías. No podía ir a su casa, y si iba a la de los Bruszhak, podía reconocerle alguien y asesinarían a toda la familia. ¿A dónde dirigirse?

No sabía qué partido tomar, y echó a correr de nuevo, dejando atrás los huertos y corrales de las

fincas. Únicamente recobróse cuando su pecho tropezó con una empalizada.

Miró y quedóse de una pieza: tras la alta cerca de tablas comenzaba el jardín del inspector forestal. ¡A dónde le habían llevado por fin sus cansadas piernas! ¿Pensaba, acaso, llegar hasta allí? No.

- ¿Pero por qué había ido a parar precisamente allí, a la finca del inspector forestal?

No podía responder a esta pregunta.

Había que hacer alto en algún sitio y pensar luego a dónde dirigirse; en el jardín había un cenador de madera: allí no le vería nadie.

Korchaguin brincó, agarróse al borde de una tabla, se encaramó a la cerca y desplomóse en el jardín. Mirando a la casa que apenas se columbraba tras los árboles, se dirigió hacia el cenador. Este se hallaba al descubierto por casi todos los lados. En verano lo tapizaba una parra silvestre; ahora estaba desnudo.

Volvió se hacia la cerca, pero ya era tarde: a su espalda oyó un furioso ladrido. De la casa, por la senda cubierta de hojas secas, un enorme perrazo venía lanzado hacia él, ladrando terriblemente.

Pável se aprestó a la defensa.

La primera agresión fue rechazada de un puntapié. Pero el perro se disponía a volver a la carga. Quién sabe cómo habría terminado la lucha, si una voz sonora, que Pável conocía, no hubiese gritado:

- ¡Tesoro, atrás!

Por el sendero corría Tonia. Sujetando del collar a Tesoro, dijo a Pável, que se encontraba de pie junto a la cerca:

- ¿Cómo ha venido usted a parar aquí? El perro ha podido morderle. Menos mal que yo...

Tonia se quedó cortada. Sus ojos se dilataron. ¡Qué parecido a Korchaguin era aquel joven, llegado, no se sabía cómo, a su jardín!

La figura se movió junto a la cerca y dijo en voz baja:

- ¿Tú... me reconoce usted?

Tonia profirió un grito y avanzó impetuosa hacia Korchaguin:

- Pavlusha, ¿tú?

Tesoro interpretó el grito como una señal para el ataque y, de un potente salto, se abalanzó hacia el joven.

- ¡Vete de aquí!

Tesoro, después de recibir varios puntapiés de Tonia, agachó ofendido el rabo y se dirigió hacia la finca.

Tonia, estrechando las manos de Korchaguin, preguntó:

- ¿Estás libre?

- ¿Acaso tú sabes?

Tonia, sin poder dominar su emoción, respondió con ímpetu:

- Lo sé todo. Me lo contó Lisa. ¿Pero cómo te encuentras aquí? ¿Te han puesto en libertad?

Korchaguin respondió con voz cansada:

- Me han puesto en libertad por equivocación, y lo he aprovechado para huir. Seguramente, ya me estarán buscando. He venido a parar aquí casualmente. Quería descansar en el cenador. -Y, como pidiendo perdón, añadió-: Estoy muy cansado.

Tonia le miró unos instantes, embargada por un acceso de condolencia, de ardiente ternura, de alarma y de júbilo, oprimía sus manos.

- Pavlusha, querido, querido Pavka, querido mío, bonito. .. Te quiero... ¿Me oyes?... Testarudo chiquillo mío, ¿por qué te marchaste entonces? Ahora vendrás a nuestra casa, a mi habitación. No te dejaré marchar por nada del mundo. Aquí estarás tranquilo todo el tiempo que sea preciso.

Korchaguin movió negativamente la cabeza.

- ¿Y qué pasará si me encuentran en vuestra casa? No puedo refugiarme en ella.

Las manos de Tonia oprimieron sus dedos con mayor fuerza, las pestañas le temblaron, sus ojos comenzaron a brillar.

- Si no te quedas, no me verás más. Artiom no está en casa, se lo han llevado, conducido, a una locomotora. Movilizan a todos los ferroviarios. ¿A dónde vas a ir?

Korchaguin comprendía su alarma, pero el temor a exponer al peligro a la muchacha amada le frenaba. Todo lo sufrido le había agotado, quería descansar, le torturaba el hambre, y se entregó.

Mientras Pavka permanecía sentado en el diván de la habitación de Tonia, en la cocina, la hija y la madre sostenían la siguiente conversación:

- Escucha, mamá. En este momento se encuentra en mi cuarto Korchaguin, mi discípulo, ¿le recuerdas? No te ocultaré nada. Fue detenido por libertar a un marino bolchevique. Ha huido y no tiene dónde refugiarse. -Su voz tembló-. Te ruego, mamá, que accedas a que se quede ahora en casa. Los ojos de la hija se posaron suplicantes en la madre.

Esta miró escrutadora a las pupilas de Tonia.

- Está bien, no me opongo. ¿Y dónde vas a alojarle?

Tonia se sonrojó y, turbada, emocionándose, respondió:

- En mi habitación, en el diván. Por ahora, se puede no decir nada a papá.

La madre miró a Tonia al fondo de los ojos.

- ¿Esta era la causa de tus lágrimas?

- Sí.

- Es todavía un niño.

Tonia estiraba nerviosamente la manga de su blusa.

- Sí, pero si no hubiera huido, le habrían fusilado como a un mayor.

Ekaterina Mijáilovna estaba alarmada por la presencia de Korchaguin en la casa. Le inquietaba su detención, la indudable simpatía de Tonia por aquel muchacho, a quien no conocía.

Pero Tonia ya era arrastrada por un torbellino de preocupaciones domésticas.

- Debe bañarse, mamá. Ahora mismo le preparo todo. Está sucio como un verdadero fogonero. ¡Hace tanto que no se ha lavado!...

Corría, se agitaba de un lado para otro, calentaba el agua, preparaba la ropa interior. Y, por asalto, rehuyendo explicaciones, cogió a Pável de una manga y le arrastró a bañarse.

- Debes quitarte todo lo que llevas encima. Aquí tienes un traje. Hay que lavar tu ropa. Ponte esto -dijo, señalando a una silla donde, doblados cuidadosamente, había unos pantalones acampanados y una blusa marinera azul con cuello blanco, a rayas.

Pável miró con asombro a su alrededor. Tonia sonreía.

- Es mi traje de carnaval. Te vendrá bien. En fin, dispón como si estuvieras en tu casa, te dejo. Mientras tú te bañas yo prepararé la comida.

Cerró de un portazo. No había forma de resistirse. Korchaguin se desnudó rápidamente y metióse en la bañera.

Una hora más tarde, los tres -la madre, la hija y Korchaguin- comían en la cocina.

Pável, que tenía hambre atrasada, se había zampado ya, sin darse cuenta, tres platos. Al principio, sentíase cohibido por la presencia de Ekaterina Mijáilovna, pero después, al ser su trato cordial, se tranquilizó.

Cuando, terminada la comida, se reunieron en la habitación de Tonia, Pável, a ruegos de Ekaterina Mijáilovna, relató sus penalidades.

- ¿Qué piensa usted hacer? -le preguntó Ekaterina Mijáilovna.

Pável quedó pensativo.

- Quiero ver a Artiom y luego marcharme de aquí.

- ¿A dónde?

- Pienso marcharme a Umañ o a Kíev. Yo mismo no lo sé, pero hay que irse de aquí sin falta.

Pável no podía dar crédito a que todo hubiese cambiado tan rápidamente. Aún por la mañana, el calabozo, y ahora Tonia se encontraba a su lado, él vestía ropa limpia y, lo más importante, estaba en libertad.

¡Qué giros tomaba a veces la vida: tan pronto reinaba una oscuridad sin esperanza, como volvía a sonreír el sol! De no ser por la amenaza de nueva detención que se cernía sobre él, Pável habría sido en aquellos instantes un muchacho feliz.

Pero, precisamente ahora, mientras se encontraba en aquel apacible caserón, podían atraparle.

Había que marchar adonde fuera, antes que quedarse allí.

Mas no sentía el menor deseo de marcharse, ¡qué diablos! ¡Qué interesante era leer acerca del héroe Garibaldi! ¡Cómo le envidiaba! Pero la vida de Garibaldi había sido dura, le perseguían por todo el mundo. El, Pável, tan sólo había vivido siete días en tormentos horribles, y parecíale que había pasado un año.

Era evidente que de él, de Pavka, saldría un mal héroe.

- ¿En qué piensas? -le preguntó Tonia, inclinándose hacia él. El azul oscuro de sus ojos pareció a Pável un lago insondable,

- Tonia, si quieres, te hablaré de Jristina...

- Sí -respondió animadamente Tonia.

- ...y no volvió más. -Las últimas palabras las pronunció Pável con esfuerzo.

En la habitación se oía el tic-tac acompasado del reloj. Tonia, cabizbaja y dispuesta a estallar en sollozos se mordía los labios hasta hacerse daño.

Pável la miró.

- Debo marcharme de aquí, hoy mismo -dijo con tono decidido.

- ¡No, no, hoy no te vas a ninguna parte!

Los dedos finos y cálidos se metieron entre sus rebeldes cabellos, enredándolos cariñosamente...

- Tonia, debes ayudarme. Hay que enterarse en el depósito de máquinas qué ha sido de Artiom y llevar una nota a Seriozha. En un nido de cuervos tengo la pistola. Yo no puedo ir, y Seriozha debe sacarla de allí. ¿Puedes hacer esto?

Tonia se levantó.

- Ahora mismo voy a casa de Lisa Sujarko. Iré con ella al depósito. Escribe la nota, se la llevaré a Seriozha. ¿Dónde vive? Y si quiere venir, ¿le digo dónde estás?

Luego de pensarlo un poco, Pável respondió:

- Que él mismo la traiga al jardín, por la noche.

Tonia regresó tarde a casa. Pável dormía profundamente. Al sentir el contacto de las manos de la muchacha, se despertó. Tonia sonreía jubilosa.

- Artiom vendrá ahora mismo. Acaba de llegar. Bajo la responsabilidad del padre de Lisa, le darán una hora de permiso. La locomotora se encuentra en el depósito. No podía decirle que estabas aquí. Le dije que le tenía que comunicar algo muy importante. ¡Ahí lo tienes!

Tonia corrió hacia la puerta. Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, Artiom se detuvo en el umbral, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo. Tonia cerró tras él la puerta, para que no les oyera su padre, que estaba en su alcoba, enfermo de tifus.

Cuando los brazos de Artiom se estrecharon en torno al cuerpo de su hermano, a Pavka le crujieron los huesos.

- ¡Pavka! ¡Hermanito!

Decidióse que Pável se iría a la mañana siguiente. Artiom arreglaría para que marchase en la locomotora de Bruszhak, que se dirigía a Kasatin.

Artiom, adusto de ordinario, había perdido su calma habitual, angustiado por la suerte de su hermano, sin saber qué había sido de él. En aquel momento sentíase infinitamente feliz.

- Así pues, a las cinco de la mañana ven al

depósito de material. Cargarán la leña en la locomotora y tú subirás a ella. Quisiera hablar más contigo, pero ya es hora de volver. Mañana iré a despedirte. De nosotros forman un batallón ferroviario. Vamos escoltados, como en tiempos de los alemanes.

Artiom se marchó.

Pronto llegó la noche. Seriozha debía acudir a la cerca del jardín. Mientras le esperaba, Korchaguin recorría el cuarto de rincón a rincón. Tonia y Ekaterina Mijáilovna estaban en la alcoba del padre.

Pável y Seriozha se encontraron en la oscuridad y estrecháronse la mano con fuerza. Valia había venido con su hermano. Hablaban en voz baja.

- No he traído la pistola. Tu patio está lleno de soldados de Petliura. Allí hay carros, han encendido hogueras. No hubo manera de trepar al árbol. ¡Qué mala suerte! -se justificaba Seriozha.

- ¡Que el diablo se la lleve! -le tranquilizaba Pável-. Quizás sea mejor así. En el camino me podrían cachear y, de encontrarme la pistola, me arrancarían la cabeza. Pero tú no dejes de cogerla.

Valia se acercó a él.

- ¿Cuándo te marchas?

- Mañana, Valia, en cuanto amanezca.

- ¿Pero cómo te escapaste? Cuenta.

Pável relató rápido y en voz baja sus peripecias.

Se despidieron cordialmente. Seriozha, emocionado, no bromeaba como siempre.

- Buen viaje, Pável, no nos olvides -dijo Valia, pronunciando las palabras con dificultad.

Se marcharon, desvaneciéndose al instante en la oscuridad.

En la casa reinaba el silencio. Tan sólo el reloj marchaba con paso preciso e incansable. A ninguno de los dos se les ocurrió dormir: sabían que, al cabo de seis horas, debían separarse y que quizás no se volverían a ver más. ¿Acaso era posible decirse en tan breve plazo los millones de pensamientos y palabras que se encerraban en cada uno de ellos?

¡Juventud, hermosa juventud, cuando la pasión, aún incomprensible, tan sólo se siente con vaguedad en el latir acelerado del corazón; cuando la mano tiembla medrosa y se aparta al rozar involuntariamente el pecho de la amada, y la amistad de la juventud impide dar el último paso! ¿Puede haber algo más querido que los brazos de la amada en torno al cuello y el beso abrasador, como una descarga eléctrica?

Desde que se hicieron amigos, era aquél el segundo beso. A Korchaguin, a excepción de su madre, no le había acariciado nadie, pero, en cambio, le habían pegado muchos. Y por ello sentía la caricia con mayor intensidad.

No sabía que existiese tal gozo en la vida oscura y terrible. Y aquella muchacha era una gran felicidad en su camino.

Sentía el aroma de sus cabellos y le parecía ver sus ojos.

- Te quiero tanto, Tonia. No puedo expresarlo, no sé.

Se interrumpían sus pensamientos. Qué dócil era el cuerpo flexible... Pero la amistad de la juventud era superior a todo.

- Tonia, cuando termine todo este jaleo, seré, sin falta, mecánico. Si tú no renuncias a mí, si me quieres en serio, y no como un juguete, entonces seré para ti un buen marido. Nunca te pegaré, que me muera si te ofendo en algo.

Y temiendo dormirse abrazados, por si los veía la madre y pensaba algo malo, se separaron.

Despertábase ya la mañana cuando ellos se durmieron, después de haber concertado el pacto de no olvidarse.

Muy temprano, Ekaterina Mijáilovna llamó a Korchaguin.

Pável se levantó de un salto.

Mientras en el cuarto de baño se vestía, poniéndose sus botas altas y la chaqueta de Dolínnik, la madre despertó a Tonia.

Rápidos, marcharon a la estación por entre la húmeda niebla matinal. Dando un rodeo, llegaron a las leñeras. Artiom les esperaba impaciente, junto a la locomotora cargada de leña.

Lentamente se acercó la poderosa máquina, envuelta en nubes de silbante vapor.

Por la ventana de la cabina asomaba Bruszhak.

Se despidieron rápidamente. Agarrándose con fuerza al pasamanos metálico del estribo de la máquina, Pável subió. Volvió la cabeza. En el cruce había dos figuras conocidas: una alta, la de Artiom y, a su lado, otra esbelta y menuda, la de Tonia.

El viento sacudía iracundo el cuello de la blusa y los bucles castaños de Tonia, que agitaba la mano en pos de su amigo.

Artiom miró de reojo a la muchacha, que contenía el llanto, v suspiró:

- O yo soy tonto perdido o a éstos les falta un tornillo. ¡Vaya un Pavka! ¡Vaya un chico!

Cuando el tren se hubo ocultado tras una curva, Artiom volvióse hacia Tonia:

- ¡Bueno, seamos amigos! -y en su mano enorme se perdió la diminuta de Tonia.

A lo lejos se oía el traqueteo del tren, que tomaba velocidad.

Capítulo séptimo

Durante toda una semana, el pueblo, rodeado de trincheras y envuelto por la telaraña de las alambradas, se despertaba y dormíase bajo el tronar de los cañones y el estrépito de la fusilería. Tan sólo a altas horas de la noche hacíase el silencio, turbado de tarde en tarde por asustadas descargas; ¡eran los escuchas, que se tanteaban unos a otros! Pero, al amanecer, junto a las baterías, en la estación,

comenzaban a agitarse los hombres. La negra boca del cañón tosía colérica, espantosamente. Los hombres se apresuraban a alimentada con una nueva ración de plomo. El artillero tiraba del cordón; la tierra retemblaba. A unas tres verstas del pueblo, sobre la aldea, ocupada por los rojos, volaban los obuses aullando y silbando, ahogándolo todo con su estruendo; y al caer, lanzaban al aire montones de tierra destrozada.

En el patio de un antiguo monasterio polaco estaba emplazada la batería de los rojos. El monasterio se encontraba en un cerro alto, en el centro de la aldea.

El comisario militar de la batería, camarada Samostin, que dormía con la cabeza descansando en la trompa del cañón, se levantó de un salto. Apretándose el cinto, del que colgaba un pesado máuser, prestó oído al vuelo del proyectil, esperando la explosión. Su voz sonora llenó el patio:

- Mañana dormiremos más, camaradas. ¡De pie!

Los servidores de la batería dormían allí mismo, junto a los cañones. Se levantaron con la misma rapidez con que lo había hecho el comisario. Sólo Sidorchuk remoloneaba, alzando desganado la soñolienta cabeza.

- ¡Vaya unos perros!, apenas ha amanecido y va están ladrando. ¡Qué gente más ruin!

Samostin soltó la carcajada:

- Son elementos inconscientes, Sidorchuk. No tienen en cuenta que tú quieres dormir.

El artillero se levantó, gruñendo enojado.

Unos minutos más tarde, en el patio del monasterio tronaban los cañones, y los proyectiles explotaban en la ciudad. En la altísima chimenea de la fábrica de azúcar se habían instalado, sobre unas tablas extendidas, un oficial de Petliura y un telefonista.

Habían subido hasta allí por los peldaños de hierro del interior de la chimenea.

Veíase todo el pueblo, como si se le tuviera en la palma de la mano. Desde allí, aquellos hombres corregían el tiro de la artillería. Oteaban cada movimiento de los rojos que asediaban la ciudad. Aquel día, en el campo de los bolcheviques la animación era grande. A través de los prismáticos se veía el movimiento de sus unidades. Siguiendo la línea del ferrocarril, un tren blindado arrastrábase lentamente hacia la estación de Podolsk, sin cesar de hacer fuego con sus piezas artilleras. Tras el tren se divisaban las guerrillas de la infantería. Los rojos se habían lanzado varias veces al ataque, tratando de tomar la ciudad, pero la división *Siech* se había hecho fuerte en los accesos. Y las trincheras bullían con fuego huracanado. Por doquier todo lo ensordecía el loco restallar de los disparos, el cual iba convirtiéndose en un rugido continuo que llegaba a su máxima intensidad durante los ataques. Y rociados por la lluvia de plomo, sin poder resistir aquella tensión inhumana, los bolcheviques se replegaban, dejando en el campo cuerpos inmóviles.

Aquel día, los ataques contra la ciudad eran cada vez más tenaces y frecuentes. El aire vibraba estremecido por el tronar de los cañones. Desde la altura de la chimenea de la fábrica se veía cómo, haciendo cuerpo a tierra, tropezando, avanzaban incontenibles los bolcheviques. Casi habían ocupado ya la estación. Los cosacos lanzaron al combate todas las reservas, pero no podían tapar aquella brecha abierta en la estación. Rebosantes de furioso empeño, los bolcheviques irrumpían en las calles adyacentes al centro ferroviario. Desalojados por un ataque breve y terrible de su última posición -los jardines de las afueras y los huertos-, los soldados del tercer regimiento de infantería cosaca del ejército de Petliura, que defendían la estación, retrocedieron hacia la ciudad desordenadamente, en pequeños y dispersos grupos. Sin dejar que se rehicieran, los soldados rojos llenaron las calles, barriendo con las bayonetas los grupos de contención.

No había fuerza capaz de retener a Seriozha Bruszhak en el sótano donde se había refugiado su familia en unión de los vecinos más cercanos. La calle le atraía. A pesar de las protestas de su madre, salió del fresco sótano. Por delante de la casa, chirriando y disparando en todas direcciones, pasó veloz el carro blindado *Sagaidachni*. Tras él, dominados por el pánico, huían a la desbandada los soldados de Petliura. En el patio de Seriozha entró corriendo uno de los soldados de la división de cosacos. Con apresuramiento febril despojóse de la cartuchera, del casco y del fusil, saltó la cerca y se ocultó en los huertos. Seriozha decidió asomarse a la calle. Por el camino, hacia la estación Sur-Oeste, huían los soldados del "atamán supremo". Su retirada era protegida por un auto blindado. La carretera que conducía a la ciudad estaba desierta. Pero, de pronto, un soldado rojo apareció en el camino. Echó cuerpo a tierra y disparó a lo largo de la carretera. Tras él surgió un segundo soldado, y un tercero... Seriozha los veía: se agachaban y tiraban sobre la marcha. A pecho descubierto, corría un chino bronceado y de inflamados ojos; venía en mangas de camisa, ceñido el cuerpo por unas cintas de ametralladora y con una granada en cada mano. En cabeza, adelantando su fusil ametrallador, avanzaba veloz un soldado rojo muy joven. Era la primera guerrilla de los rojos que había irrumpido en la ciudad. Y un sentimiento de júbilo embargó a Seriozha. Se lanzó a la carretera y gritó a voz en cuello:

- ¡Vivan los camaradas!

El chino, sorprendido, estuvo a punto de derribarlo. Se disponía ya a lanzarse ferozmente sobre Seriozha, pero el aspecto entusiasmado del joven le contuvo.

- ¿A dónde se han marchado los de Petliura? -le gritó el chino, jadeante.

Pero Seriozha no le escuchaba. Entró en el patio, raudo como el viento, cogió la cartuchera y el fusil abandonados por el soldado de la división cosaca y se lanzó a alcanzar a la guerrilla. Los soldados rojos únicamente se dieron cuenta de su presencia cuando irrumpieron en la estación Sur-Oeste. Después de interceptar el camino a varios trenes cargados de pertrechos y municiones y de obligar al enemigo a retirarse a un bosque, se detuvieron para descansar y reagruparse. El joven ametrallador se acercó a Seriozha y le preguntó asombrado:

- ¿Tú de dónde eres, camarada?

- Soy de aquí, de la ciudad; vivía sólo esperando a que llegarais.

Los soldados rojos rodearon a Seriozha.

- Yo lo conozco -sonrió alegre el chino-. Gritaba: "¡Vivan los camaradas!" Es bolchevique, nuestro, joven, bono -añadió admirado, dando palmadas a Seriozha en el hombro.

Y a Seriozha le latía gozoso el corazón. Le habían acogido en seguida como a uno de los suyos. Con ellos conquistó la estación, en ataque a la bayoneta.

La ciudad revivió. Los atormentados vecinos salían de los sótanos y de las bodegas y corrían a los portales para ver las unidades rojas que habían entrado en la ciudad. Antonina Vasílievna y Valia vieron en las filas de los soldados rojos a Seriozha, que marchaba con todos los demás. El muchacho iba sin gorra, la cartuchera a la cintura y el fusil a la espalda.

Antonina Vasílievna juntó las manos indignada. Seriozha, su hijo, se había entrometido en la lucha. ¡Aquello no quedaría impune! ¡Había que ver: marchar con un fusil a la vista de toda la ciudad! ¿Y qué pasaría luego?

Y dominada por tales pensamientos, ya sin poderse contener, gritó:

- ¡Seriozha, anda para casa ahora mismo! ¡Ya te arreglaré las cuentas, canalla! ¡Yo te enseñaré a combatir! -y se dirigió hacia su hijo con intención de detenerle.

Pero Seriozha, su Seriozha, al que más de una vez había tirado de las orejas, miró adusto a la madre y, sonrojándose por la vergüenza y el ultraje, le cortó:

- ¡No grites! No me iré de aquí. -Y, sin detenerse, pasó de largo.

Antonina Vasílievna estalló:

- ¡Ah! ¿Así hablas a tu madre? Bien, no te atrevas a volver a casa después de esto.

- ¡Y no volveré! -gritó en respuesta Seriozha, sin mirar hacia atrás.

Antonina Vasílievna, desconcertada, quedó inmóvil al margen de la carretera. Y, por delante, continuaban pasando las filas de combatientes tostados por el sol y polvorientos.

- ¡No llores, madrecita! Elegiremos comisario a tu hijo -se oyó una voz fuerte y burlona.

Una risa alegre recortó la sección. A la cabeza de la compañía, voces potentes entonaron, acordes, la canción:

Marcad el paso con audacia, camaradas,
Nuestro espíritu se fortalecerá en el pelear,
Con nuestro pecho
Nos abriremos camino al reino de la libertad...

Las filas secundaron con fuerza la canción, y en el coro general se elevaba también la voz sonora de Seriozha. Había encontrado una nueva familia. Y en ella, una bayoneta era suya, de Seriozha.

En el portal de la finca de Leschinski había un cartón blanco. Y en éste, dos palabras escritas: *Comité Revolucionario*.

Al lado había un cartel de colores vivos. En él, un soldado rojo dirigía su dedo y sus ojos al pecho del que leía la siguiente inscripción, que se encontraba al pie del cartel:

¿Has ingresado ya en el Ejército Rojo?

Por la noche, los trabajadores de la sección política de la división habían pegado aquellos agitadores mudos. Allí mismo se hallaba también el primer llamamiento del Comité Revolucionario a los trabajadores de la ciudad de Shepetovka:

"¡Camaradas! Las tropas proletarias han tomado la ciudad. Ha sido restablecido el Poder soviético. Llamamos a la población a conservar la calma. Los pogromistas sangrientos han sido arrojados, pero para que no vuelvan nunca, para aniquilarles definitivamente, ingresad en las filas del Ejército Rojo. Apoyad con todas vuestras fuerzas al Poder de los trabajadores. El Poder militar en la ciudad lo ejerce el jefe de la guarnición; el Poder civil, el Comité Revolucionario.

El presidente del Comité Revolucionario
Dolínnik".

En la finca de los Leschinski aparecieron nuevas gentes. La palabra "camarada" -por la que ayer se pagaba con la vida-, sonaba ahora a cada paso. ¡"Camarada", palabra indescriptible y emocionante!

Dolínnik olvidóse del sueño y del descanso.

El carpintero organizaba el Poder revolucionario.

En la puerta de una de las habitaciones del chalet había un pedazo de papel. En él estaba escrito con lápiz: *Comité del Partido*. Allí se encontraba la camarada Ignátieva, mujer tranquila y mesurada. La sección política de la división había encomendado a ella y a Dolínnik organizar el Poder soviético en la ciudad.

Había transcurrido un solo día, y tras las mesas encontrábanse ya los empleados, tecleaba la máquina de escribir y se había constituido el Comisariado de Abastos. El comisario era Tizhitski, hombre nervioso y vivaz. Tizhitski trabajaba de ayudante de mecánico

en la fábrica de azúcar. En cuanto fue instaurado el Poder soviético, comenzó a atacar con extraordinaria tenacidad a los aristocráticos altos jefes de la administración de la fábrica, que procuraban pasar desapercibidos, ocultando el odio a los bolcheviques albergado en su interior.

En la asamblea de la fábrica, descargando violentos puñetazos sobre la baranda de la tribuna, lanzaba a los obreros que le rodeaban palabras duras e intransigentes, en polaco.

- Se acabó -afirmaba-, lo que fue ya no existirá más. Bastante han trabajado nuestros padres, y nosotros mismos, durante toda la vida, para Pototski. Nosotros le hemos construido palacios y, por ello, el ilustrísimo señor conde nos daba exactamente lo justo para que no nos muriéramos de hambre en el trabajo.

- ¿Cuántos años llevan los condes Pototski y los príncipes Sangushko cabalgando sobre nuestras espaldas? ¿Acaso entre nosotros hay pocos obreros polacos a los que Pototski mantenía en el yugo, lo mismo que a los rusos y ucranianos? Bien, entre estos obreros circulan rumores, difundidos por los lacayos del conde, de que el Poder soviético oprimirá a todos ellos con mano de hierro.

- Esto es una vil calumnia, camaradas. Nunca los trabajadores de las diferentes nacionalidades han tenido las libertades que poseen ahora.

- Todos los proletarios son hermanos, pero a los *panis* les apretaremos las clavijas, estad seguros. -Su mano describió un semicírculo, y de nuevo se desplomó sobre la barrera de la tribuna-. ¿Y quién obliga a los hermanos a verter sangre hermana? Desde los siglos más remotos, los reyes y los nobles enviaban a los campesinos polacos a luchar contra los turcos, y siempre un pueblo agredía y aplastaba a otro. ¡Cuánta gente ha sido aniquilada, cuántas desgracias han ocurrido! ¿Y quién necesita esto?, ¿nosotros? Pero todo esto se acabará pronto. A esas víboras les ha llegado la hora. Los bolcheviques han lanzado a todo el mundo unas palabras terribles para los burgueses: ¡*Proletarios de todos los países, uníos*! He aquí donde está nuestra salvación, nuestra esperanza de una vida feliz, en la que los trabajadores sean hermanos. Ingresad, camaradas, en el Partido Comunista.

- Habrá también una República polaca, sólo que soviética, sin Pototskis, a los que extirparemos de raíz, y en la Polonia Soviética nosotros mismos seremos los dueños. ¿Quién de vosotros no conoce a Brónik Ptashinski? Ha sido nombrado, por el Comité Revolucionario, comisario de nuestra fábrica. "Los nada de hoy, todo han de ser". Habrá también fiesta para nosotros, camaradas, ¡pero no prestéis oído a esas serpientes ocultas! ¡Y si nuestra confianza obrera ayuda, organizaremos la fraternidad de los pueblos en todo el mundo!

A Vatslav Tizhitski estas palabras nuevas le salieron de lo más profundo de su sencillo corazón de obrero.

Cuando descendió de la tribuna, la juventud le acompañó con exclamaciones de simpatía.

Tan sólo los más viejos tenían miedo a manifestarse. ¿Quién sabía? Quizás al día siguiente los bolcheviques retrocediesen y entonces habría que responder por cada palabra pronunciada. Si no iba uno a parar a la horca, con toda seguridad le despedirían de la fábrica.

El comisario de Instrucción Pública era el enjuto y apuesto maestro Chernopizhski. De momento, era, entre todos los maestros locales, el único hombre afecto a los bolcheviques. Frente al Comité Revolucionario se alojaba una compañía especial. Sus soldados rojos hacían guardia en el Comité Revolucionario. Por la tarde, en el jardín, frente a la entrada, había emplazada una Maxim dispuesta a funcionar, con la serpiente de la cinta deslizándose en la recámara. Junto a la máquina había dos hombres armados de fusiles.

La camarada Ignátieva se dirigió al Comité Revolucionario. Al pasar, atrajo su atención un soldado rojo muy joven, y le preguntó:

- ¿Cuántos años tiene, camarada?

- Dieciséis cumplidos.

- ¿Es, usted de aquí?

El soldado rojo sonrió.

- Sí, ingresé en el ejército anteayer, durante el combate.

Ignátieva lo miró atentamente.

- ¿Qué es su padre?

- Ayudante de maquinista.

Por el postigo entró Dolínnik acompañado de un militar. Ignátieva, dirigiéndose a él, le dijo:

- He encontrado un dirigente para el Comité de distrito de la Juventud Comunista; es de aquí.

Dolínnik miró rápidamente a Seriozha.

- ¿Quién es? ¡Ah, el hijo de Zajar! Bien, anda, organiza a los muchachos.

Seriozha les miró sorprendido.

- ¿Cómo? ¿Y la compañía?

Subiendo ya los escalones, Dolínnik dijo rápidamente:

- Eso ya lo arreglaremos nosotros.

Dos días después, por la tarde, fue creado el Comité local de la Juventud Comunista de Ucrania.

La vida nueva irrumpió inesperada e impetuosamente, llenándolo todo, envolviéndolo en su torbellino. Y Seriozha se olvidó de su familia, aunque la tenía muy cerca.

El, Seriozha Bruszhak, era bolchevique. Y por décima vez sacaba del bolsillo una tirita de papel blanco, donde, bajo el membrete del Comité del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania, se decía que él. Seriozha, era joven comunista y secretario de Comité. Y por si alguien lo ponía en duda, de la correa que entallaba su camisa pendía la

imponente *Manlicher*, regalo del querido Pavka, metida en una funda de lona, hecha por él mismo. Era la credencial más convincente. ¡Ah, qué pena que Pavlushka no estuviese allí!

Seriozha se pasaba el día corriendo de un lado para otro, con comisiones del Comité Revolucionario. En aquel momento, Ignátieva le estaba esperando. Debían ir a la estación, a la sección política de la división, donde tenían que darles literatura y periódicos. Seriozha salió corriendo a la calle. Un colaborador de la sección política les esperaba en un auto, junto a la puerta del Comité Revolucionario.

La estación estaba lejos. En ella, instalados en vagones, se encontraban el Estado Mayor y la sección política de la primera división ucraniana soviética. Ignátieva aprovechaba el viaje para hacer preguntas a Seriozha.

- ¿Qué has hecho en tu ramo? ¿Has creado la organización? Debes agitar a tus amigos, a los hijos de los obreros. En estos días hay que formar un grupo de la Juventud Comunista. Mañana redactaremos y publicaremos el llamamiento de la Juventud Comunista. Después reuniremos en el teatro a los jóvenes y organizaremos un mitin; en cuanto lleguemos a la sección política de la división, te presentaré a Ustinóvich. Me parece que ella es quien lleva el trabajo entre la juventud.

Ustinóvich resultó ser una muchachita de dieciocho años, de pelo oscuro, cortado a lo chico, y vestía con flamante guerrera caqui ceñida a su cuerpo por un estrecho cinturón. Seriozha supo por ella muchas novedades y recibió la promesa de ser ayudado en el trabajo. Al despedirse, la muchacha le cargó con un fardo de literatura y, particularmente, le recomendó un librito pequeño: el programa y los estatutos de la Juventud Comunista.

Avanzada la noche, volvieron al Comité Revolucionario. En el jardín esperaba Valia. Con reproche arremetió contra Seriozha.

- ¿Cómo no te da vergüenza? ¿Es que has renunciado por completo a la casa? La madre llora por ti cada día, el padre se enfada. Habrá escándalo.

- No pasará nada, Valía. No tengo tiempo para ir a casa. Palabra de honor, no lo tengo. Y hoy tampoco iré. Pero necesito hablar contigo. Ven a mi despacho.

Valía no reconocía a su hermano. Había cambiado por completo. Daba la impresión de que alguien le hubiese cargado de electricidad.

Luego de hacer tomar asiento a Valía en una silla, Seriozha comenzó de golpe y porrazo, sin andarse con rodeos:

- Bien, al grano, ingresa en el Komsomol. ¿No comprendes? En la Juventud Comunista. Yo soy el presidente de ella. ¿No lo crees? ¡Toma, lee!

Valia leyó la credencial y miró turbada a su hermano.

- ¿Y qué voy a hacer yo en el Komsomol?

Seriozha abrió los brazos con asombro.

- ¿Qué? ¿Crees que hay poco trabajo? ¡Pero mujer! ¿No ves que yo me paso las noches sin dormir? Hay que atizar el fuego de la agitación. Ignátieva dice que reuniremos a todos en el teatro y hablaremos del Poder soviético; insiste en que yo pronuncie un discurso. Pienso que esto es tonto, pues yo no sé hablar. Y fracasaré rotundamente. Bueno, al grano. ¿Qué piensas de lo del Komsomol?

- No sé. Entonces a la madre no habrá quién la aguante.

- No hagas caso a la madre, Valia -objetó Seriozha- Ella no entiende de esto. Sólo quiere que sus hijos estén con ella. No tiene nada contra el Poder soviético. Por el contrario, le tiene simpatía. Pero en el frente, que luchen otros, no sus hijos. ¿Acaso es esto justo? ¿Recuerdas lo que nos decía Zhujrái? Fíjate en Pavka, él sí que no reparaba en lo que pudiera pensar su madre. Y ahora tenemos derecho a vivir en el mundo como es debido. ¿Qué, Valia, es posible que te niegues? ¡Qué formidable sería! Tú trabajarías entre las muchachas, y yo entre los chicos. Al diablo pelirrojo de Klimka, voy a trabajarle hoy mismo. ¿Qué, Valía, te adhieres a nosotros o no? Mira, aquí tengo un libro que habla de este asunto.

Sacó del bolsillo el librito que le había dado Ustinóvich y se lo entregó a Valia. Esta, sin apartar los ojos de su hermano, le preguntó en voz baja:

- ¿Y qué pasará si vuelven los de Petliura?

Seriozha no había pensado aún en eso.

- Yo, naturalmente, me marcharé con todos. ¿Pero tú, qué? Es verdad, la madre sería muy desgraciada. – Y callóse.

- Apúntame, Seriozha, de forma que ni la madre ni nadie lo sepa; sólo lo sabremos tú y yo. Ayudaré en todo, así será mejor.

- Tienes razón, Valia.

En la habitación entró Ignátieva.

- Esta es mi hermanita Valia, camarada Ignátieva. He tenido una conversación con ella respecto a la idea. Es una muchacha muy apropiada, pero ¿comprende?, nuestra madre es rigurosa. ¿Se la puede admitir de forma que nadie lo sepa? Si por casualidad tuviéramos que retroceder, yo, naturalmente, cogería el fusil y me marcharía, pero a ella le da lástima de la madre.

Ignátieva, sentada en el borde de la mesa, le escuchaba atenta.

- Bien. Así será mejor -dijo, cuando Seriozha hubo terminado de hablar.

El teatro estaba abarrotado de una juventud bulliciosa atraída por los carteles anunciadores del mitin, pegados por toda la ciudad. Tocaba la banda de música de los obreros de la fábrica de azúcar. Lo que más abundaba en el salón eran los estudiantes del liceo y de la escuela preparatoria.

Todos ellos habían sido atraídos no tanto por el mitin como por el espectáculo.

Por fin se levantó el telón y en el escenario apareció la figura del secretario del Comité comarcal, camarada Rasin, que acababa de llegar a la ciudad.

Era un joven bajo, delgaducho y de nariz puntiaguda, que atrajo inmediatamente la atención general. Su discurso fue escuchado con gran interés. Habló de la lucha que abarcaba todo el país e invitó a la juventud a unirse en torno al Partido Comunista. Habló como un verdadero orador, en su discurso había demasiadas palabras como "marxistas ortodoxos", "socialchovinistas" y otras por el estilo, que los oyentes, como era natural, no comprendieron.

Cuando terminó, le recompensaron con estruendosos aplausos. Cedió la palabra a Seriozha y se marchó.

Ocurrió aquello que tanto temía Seriozha. El discurso no le salía. "¿Qué decir, de qué hablar?", se atormentaba buscando las palabras, sin encontrarlas.

Ignátieva le ayudó, susurrándole desde la mesa:

- Habla de la organización de la célula.

Seriozha pasó inmediatamente a las medidas prácticas.

- Ya todos lo habéis oído, camaradas, ahora debemos crear una célula. ¿Quién de vosotros apoya esta idea?

En el salón se hizo el silencio.

Ustinóvich acudió en su ayuda. Comenzó a hablar a los reunidos de la organización de la juventud en Moscú. Seriozha, lleno de turbación, permanecía en pie, a un lado.

Le inquietaba aquella actitud frente a la organización de la célula y lanzaba al público miradas hostiles. A Ustinóvich la escucharon distraídamente. Salivánov cuchicheaba algo a Lisa Sujarko, mirando despectivo a Ustinóvich. En primera fila, las estudiantes de las clases superiores del liceo; con la naricilla empolvada y ojos pícaros que disparaban flechazos, hablaban entre sí. En un rincón, junto a la entrada a escena, había un grupo de jóvenes soldados rojos. Entre ellos Seriozha divisó al joven ametrallador que ya conocía. Sentado en el borde de la rampa, movíase nervioso y miraba con odio a las emperifolladas Lisa Sujarko y Anna Admóvskaya, quienes coqueteaban descaradamente con sus galanes.

Comprendiendo que no la escuchaban, Ustinóvich terminó rápidamente y cedió el puesto a Ignátieva. El tranquilo discurso de esta última apaciguó a los oyentes.

- Camaradas jóvenes -dijo-, cada uno de vosotros puede pensar en lo que ha oído aquí, y estoy segura de que entre vosotros habrá camaradas que se incorporarán a la revolución, como participantes activos y no como simples espectadores. Las puertas las tenéis abiertas, todo depende de vosotros. Queremos que os manifestéis vosotros mismos. Invitamos a quienes lo deseen a que lo hagan.

En la sala volvió a hacerse el silencio. Pero, de pronto, en las últimas filas se alzó una voz:

- ¡Pido la palabra!

Y un joven parecido a un osezno, con los ojos ligeramente bizcos; se abrió paso hasta el escenario. Era Misha Levchukov.

- Si es así la cosa, hay que ayudar a los bolcheviques, yo no me niego. Seriozha me conoce. Me apunto en el Komsomol.

Seriozha sonrió alegremente.

- ¡Ya lo veis, camaradas! -dijo, saliendo impetuoso al centro del escenario-. Ya lo decía yo, ahí tenéis a Mishka, un muchacho de los nuestros: no ha recibido instrucción porque su padre, que era guardagujas, fue aplastado por un vagón. Pero en nuestra causa ha visto claro en seguida, aunque no ha cursado el liceo.

En la sala oyéronse gritos y ruido. Pidió la palabra Okushev, hijo del farmacéutico, muchacho con el pelo cuidadosamente rizado. Tirándose de la blusa, comenzó:

- Excusadme, camaradas. No comprendo lo que quieren de nosotros. ¿Quieren que nos ocupemos de política? ¿Y cuándo vamos a estudiar? Nosotros necesitamos terminar los estudios. Otra cosa sería si crearan cualquier sociedad deportiva, un club, donde fuera posible reunirse, leer. Pero se nos propone que nos ocupemos de política, y luego, le ahorcan a uno por ello. Perdón. Pienso que nadie estará de acuerdo.

En la sala se oyeron risas. Okushev saltó del escenario y tomó asiento. Su puesto lo ocupó el joven ametrallador. Con rabia se echó la gorra sobre la frente, lanzó una mirada colérica a las filas y gritó con fuerza:

- ¿Os reís, víboras?

Sus ojos ardían como dos ascuas. Aspirando profundamente y temblando todo él de coraje, dijo:

- Mi apellido es Zharki, me llamo Iván. No conocí ni a mi padre ni a mi madre; vivía sin amparo de nadie; como un mendigo, dormía tumbado junto a las vallas. Pasaba hambre y nadie me daba albergue. Vivía como un perro, no como vosotros, señoritos mimados. Y cuando llegó el Poder soviético, los soldados rojos me recogieron. Una sección entera me prohijó, me vistieron, me calzaron, me enseñaron a leer y escribir y, lo que es lo fundamental, hicieron que me sintiese un ser humano. Por ellos me hice bolchevique y lo seguiré siendo hasta la muerte. Sé bien por qué se lucha: por nosotros, por los pobres, por el Poder de los obreros. Vosotros relincháis como potros y no sabéis que cerca de la ciudad cayeron doscientos camaradas, perecieron para siempre... -La voz de Zharki vibró como una cuerda tensa-. Sin vacilar entregaron la vida por nuestra felicidad, por nuestra causa... Así están pereciendo en todo el país, en todos los frentes; y vosotros, mientras tanto, pasáis el tiempo en devaneos. -Volviéndose de

pronto hacia la mesa presidencial, añadió-: Vosotros, camaradas, os dirigís a éstos -señaló a los oyentes con el dedo-. ¿Acaso pueden comprenderos? ¡No! El harto no es compañero del hambriento. Sólo uno ha respondido a vuestra llamada, porque es pobre y huérfano. Nos arreglaremos sin vosotros -dijo agresivo a los reunidos-, no vamos a rogaros. ¿Para qué diablos nos podéis servir? ¡A gente como vosotros lo que se debe hacer es coserla con la ametralladora! -terminó jadeante y, retirándose del escenario corriendo, sin mirar a nadie, se dirigió hacia la salida.

Nadie de la presidencia se quedó a la velada. Cuando se encaminaban al Comité Revolucionario, Seriozha dijo amargado:

- ¡Vaya un jaleo que nos ha resultado! Zharki tiene razón. No hemos conseguido nada de esos estudiantes. ¡Qué rabia da!

- No hay por qué asombrarse -le interrumpió Ignátieva-. Aquí casi no hay juventud proletaria. La mayoría son pequeños burgueses, hijos de intelectuales, gente comodona. Hay que trabajar entre los obreros. Apóyate en la serrería y en la fábrica de azúcar. Pero, a pesar de todo, el mitin no ha sido inútil. Entre los estudiantes hay buenos camaradas.

Ustinóvich apoyó a Ignátieva:

- Nuestra tarea, Seriozha, es inculcar incansablemente en la conciencia de cada uno nuestras ideas y nuestras consignas. El Partido llamará la atención de los trabajadores sobre cada nuevo acontecimiento. Organizaremos mítines, reuniones y congresos. La sección política de la división abrirá en la estación un teatro de verano. Dé aquí a unos días llegará un tren de agitación y desarrollaremos el trabajo a toda marcha. Recordad que Lenin ha dicho que no venceremos si no atraemos a la lucha a las masas, a millones de trabajadores.

Bien entrada la noche, Serguéi acompañó a Ustinóvich a la estación. Al despedirse, le estrechó con fuerza la mano, reteniéndola por un segundo en la suya. Ustinóvich sonrió de una manera casi imperceptible.

Al regresar a la ciudad, Seriozha pasó por su casa.

En silencio, sin objetar nada, aguantaba Seriozha los reproches de su madre. Pero cuando su padre intervino, el propio Seriozha pasó a la ofensiva e inmediatamente metió a Zajar Vasílievich en un callejón sin salida:

- Escucha, padre, cuando durante la ocupación alemana os declarasteis en huelga y matasteis al centinela en la locomotora, ¿pensabas en la familia? Sí, pensabas. Y, sin embargo, lo hiciste, porque te obligaba tu conciencia obrera. Yo también he pensado en la familia. Comprendo que, si retrocedemos, os perseguirán por mí. Pero, en cambio, si vencemos, seremos los dueños. Yo no puedo permanecer quieto en casa. Padre, tú comprendes bien esto, sin que yo te lo tenga que decir. Entonces, ¿para qué armar jaleo? Yo he emprendido una buena obra, tú debes apoyarme y prestarme ayuda, y lo que haces es escandalizar. Vamos a hacer las paces, padre, y, entonces, también la madre dejará de gritarme. -Miró al padre con sus ojos azules y límpidos, sonriendo cariñosamente, seguro de su razón.

Zajar Vasílievich se removió inquieto en el banco y, por entre la pelambrera de sus tupidos bigotes y de su barbilla sin afeitar, mostró, sonriendo, sus dientes amarillos.

- ¿Me aprietas el resorte de la conciencia, granuja? ¿Piensas que, porque te has colgado una pistola al cinto, no puedo hacerte probar la correa?

Pero en su voz no había amenaza. Luego de unos instantes de embarazoso silencio, añadió, tendiendo decididamente a su hijo su nudosa mano:

- Adelante, Seriozha: ya estás embalado, no te frenaré, pero te pido que no te desligues de nosotros, ven por casa.

Era de noche. La franja de luz que salía por la entornada puerta caía sobre los peldaños. En la gran habitación, amueblada con mullidos divanes, tapizados de felpa, cinco personas estaban sentadas en tomo a la mesa del abogado. Celebraba sesión el Comité Revolucionario, compuesto por Dolínnik, Ignátieva, el presidente de la Cheka, Timoshenko, parecido a un kirguiz y tocado de gorro circasiano, el ferroviario Shúdik, un gigantón, y Ostapchuk, obrero del depósito de máquinas, hombre de nariz aplastada.

Dolínnik, inclinándose hacia Ignátieva por encima de la mesa y clavando en ella su mirada tenaz, pronunciaba trabajosamente, con voz ronca, una palabra tras otra:

- El frente necesita provisiones. Los obreros necesitan comer. Apenas llegamos, los comerciantes y los especuladores de los mercados aumentaron enormemente los precios. El dinero soviético no lo aceptan. Venden por dinero viejo, por el de Nicolás o por el de Kerenski. Hoy mismo estableceremos precios fijos. Comprendemos perfectamente que ninguno de los especuladores venderá a precio fijo. Esconderán la mercancía. Pero entonces llevaremos a cabo registros y requisaremos a las sanguijuelas todo el género. No podemos ser de mantequilla. No podemos consentir que los obreros continúen pasando hambre. La camarada Ignátieva advierte que no tiremos demasiado de la cuerda. Tengo que decirle que sus palabras obedecen a una blandura de intelectual. No te ofendas, Zoya, digo las cosas como son. Además, yo no hablo de los pequeños comerciantes. Hoy he recibido informes de que en casa del posadero Bods Son hay un sótano secreto. En él, antes de que llegaran los de Petliura, los grandes comerciantes almacenaron enormes cantidades de mercancías -concluyó Dolínnik, mirando expresivamente y con mordacidad a

Timoshenko.

- ¿Cómo lo has sabido? -preguntó este último desconcertado. Le daba rabia que Dolínnik recibiera todos los informes antes que él, Tirnoshenko, que era quien debía saber las cosas antes que nadie.

- Je-je -rió Dolínnik-. Yo, hermano, lo veo todo. Y no sólo sé lo del sótano -continuó-; también sé que ayer, en compañía del chofer del jefe de la división, te metiste entre pecho y espalda media botella de vodka.

Timoshenko se revolvió en la silla. Su rostro amarillento tiñóse de rubor.

- ¡Qué peste! -exclamó maravillado. Pero al mirar a Ignátieva, que había fruncido el ceño, se calló. "¡Vaya un carpintero del diablo! Tiene su Cheka particular", pensaba Timoshenko, mirando al presidente del Comité Revolucionario.

- Lo del sótano lo he sabido por Seriozha Bruszhak -continuó Dolínnik-. El muchacho tiene un amigo que trabajaba en la fonda. Este se enteró por los cocineros de que Son les abastecía antes de todo lo necesario, en cantidad ilimitada. Y ayer Seriozha consiguió informes concretos: existe el sótano, pero hay que encontrarlo. Así pues, Timoshenko, coge unos cuantos muchachos, y llévate también a Seriozha. ¡Hay que encontrarlo hoy sin falta! En caso de éxito, abasteceremos a los obreros y a la división.

Media hora más tarde, ocho hombres armados entraban en casa del posadero; otros dos quedaron en la calle, junto a la entrada.

El dueño, rechoncho y panzudo como un tonel y con las mejillas cubiertas de rojizo pelambre, haciendo resonar su pierna de palo, comenzó a hacer reverencias a los que habían entrado. Con voz de bajo, ronca y gutural, preguntó:

- ¿Qué pasa, camaradas?, ¿por qué vienen ustedes a tan altas horas de la noche?

Detrás de Son, con sus quimonos echados sobre los hombros y entornando los ojos, heridos por la luz de la linterna eléctrica de Timoshenko, se encontraban sus hijas. En la habitación contigua, suspirando, se vestía la pandorga de su mujer.

Timoshenko explicó en dos palabras el objeto de la visita:

- Vamos a hacer un registro.

Cada baldosa del piso fue examinada. La espaciosa leñera abarrotada de troncos aserrados, las despensas, la cocina y el inmenso sótano, todo fue sometido a la inspección más minuciosa. Sin embargo, no se descubrió la menor huella del escondrijo secreto.

En un cuartucho, junto a la cocina, dormía profundamente la sirvienta del posadero. Dormía tan a gusto, que no les oyó entrar. Seriozha la despertó con cuidado.

- ¿Di, tú sirves aquí? -preguntó a la soñolienta muchacha.

Cubriéndose los hombros con la manta, resguardando con las manos sus ojos de la luz y sin comprender nada, respondió plena de asombro:

- Sí. ¿Y quiénes son ustedes?

Seriozha se lo explicó e, invitándola a que se vistiera; salió de la habitación.

En el espacioso comedor, Timoshenko interrogaba al dueño. El posadero resoplaba, hablaba excitadamente, expeliendo saliva al hacerlo:

- ¿Qué quiere usted? No tengo otro sótano. Están perdiendo el tiempo en vano. Se lo aseguro, en vano. Yo tenía una posada, pero ahora soy un pobre. Los soldados de Petliura me saquearon, a poco me matan. Estoy muy contento del Poder soviético, pero ustedes ya ven lo que tengo -decía abriendo sus brazos, de manos gruesas y cortas. Y sus ojos, veteados de venillas rojas, pasaban del rostro del presidente de la Cheka al de Seriozha, y del de éste a un rincón y al techo.

Timoshenko se mordía nerviosamente los labios.

- ¿Qué, continúa usted ocultándolo? Por última vez le invito a decimos dónde se encuentra el sótano.

- ¡Ay! ¿Pero qué dice usted, camarada militar? – se entrometió la esposa del posadero-. ¡Nosotros mismos estamos, francamente, pasando hambre! Nos lo han quitado todo. Quiso romper a llorar, pero no le salió.

- ¿Pasan ustedes hambre, y tienen sirvienta? -terció Seriozha.

- ¿Qué sirvienta? Es, simplemente, una pobre muchacha que vive con nosotros. No tiene adonde ir. Pregúntele a la propia Jristina.

- Está bien -gritó Timoshenko, perdiendo la paciencia-, ¡venga, manos a la obra!

Había ya amanecido y aún continuaba el tenaz registro en la posada. Enfurecido por trece horas de búsqueda infructuosa, había ya resuelto Timoshenko suspender el registro, cuando en la pequeña habitación de la sirvienta, Seriozha, que se disponía a marcharse, oyó de pronto el susurro quedo de la muchacha:

- Seguramente, en la cocina, en el horno.

Al cabo de diez minutos, bajo el horno ruso, desmontado, descubrióse la puerta metálica de una escotilla. Y una hora más tarde, un camión de dos toneladas, cargado de barriles y de sacos, partía de la posada, rodeada de una multitud de mirones.

Un caluroso día de verano, María Yákovlevna llegó de la estación con su hatillo. Al enterarse por boca de Artiom de la suerte de Pável, la mujer lloró amargamente. Siguieron unos días sombríos para la madre. No tenía de qué vivir y se puso a lavar la ropa a los militares, por lo que éstos le consiguieron una ración de soldado.

Una tarde, Artiom pasó por delante de la ventana, pisando más de prisa que de ordinario, y, al empujar la puerta, gritó desde el umbral:

- Noticias de Pavka.

"Querido hermano Artiom -escribía Pavka-: Te comunico, querido hermano, que estoy vivo, aunque no en muy buen estado de salud. Una bala me dio en la cadera, pero ya me voy poniendo bien. El doctor dice que no está interesado el hueso. No te preocupes por mí, todo pasará. Quizás reciba permiso y vaya a casa, cuando me den de alta en el hospital. No fui a parar donde estaba la madre, y resulta que ahora soy un soldado rojo de la brigada de caballería que lleva el nombre del camarada Kotovski, de cuyo heroísmo, seguramente, habréis oído hablar. Hasta la fecha yo no había visto nunca hombres como él, y siento gran estima por el jefe de la brigada. ¿Ha llegado nuestra madrecita? Si está en casa, transmítele un ardiente saludo de su hijo menor. Y le pido perdón por la inquietud causada. Tu hermano.

Artiom, ve a casa del inspector forestal y háblales de la carta".

María Yákovlevna vertió muchas lágrimas. El bala perdida del hijo ni siquiera le había escrito la dirección del hospital donde se encontraba.

Con frecuencia, Seriozha visitaba en la estación el vagón verde de pasajeros en el que destacaba el siguiente cartel: "Agitación y Propaganda de la Sección Política de la División". Allí, en un pequeño departamento, trabajaban Ustinóvich e Ignátieva. Esta última, siempre con un cigarrillo entre los dientes, sonreía con picardía, frunciendo las comisuras de los labios.

El secretario del Comité de distrito del Komsomol, sin apercibirse de ello, había intimado con Ustinóvich, y, además de los paquetes de literatura y de los periódicos, llevábase consigo de la estación un vago sentimiento de alegría, producido por las breves entrevistas.

El teatro abierto por la sección política de la división se llenaba cada día de obreros y de soldados rojos. En las vías, cubierto de llamativos carteles, encontrábase el tren de agitación del 12° ejército. En él bullía la vida durante toda la jornada. Trabajaba allí la imprenta y publicábanse periódicos, octavillas y proclamas. El frente estaba cerca. Seriozha, casualmente, fue a parar una tarde al teatro. Entre los soldados rojos, encontró a Ustinóvich.

Ya de madrugada, acompañándola a la estación, donde vivían los trabajadores de la sección política de la división, Seriozha, inesperadamente para él mismo, preguntó:

- ¿Por qué, camarada Rita, tengo siempre deseos de verte? -y añadió-: ¡Contigo se está tan bien! Después de cada entrevista se sienten más ánimos, y se desea trabajar sin fin.

Ustinóvich se detuvo.

- Mira, camarada Bruszhak -dijo-, vamos a ponernos de acuerdo: a partir de hoy, no te dedicarás más a hacer lírica. No me gusta.

Seriozha enrojeció como un escolar al que se le ha llamado la atención.

- Te lo he dicho como amigo -respondió-, y tú me... ¿Qué de contrarrevolucionario he dicho? ¡Como es natural, camarada Ustinóvich, no volveré a hablar más!

Y tendiéndole rápidamente la mano, dirigióse a la ciudad, casi corriendo.

Durante varios días consecutivos, Seriozha no volvió a aparecer por la estación. Cuando Ignátieva le llamaba, excusábase diciendo que tenía mucho trabajo. Y en efecto, estaba muy ocupado.

Una noche, alguien disparó contra Shúdik, que regresaba a casa por una calle en la que vivían preferentemente los altos empleados polacos de la fábrica de azúcar. Ello fue causa de registros en los que se encontraron armas y documentos de la organización de Pilsudski *El Tirador*.

A la reunión del Comité Revolucionario asistió Ustinóvich. Llamando aparte a Seriozha, le preguntó tranquilamente:

- ¿Qué, te ha entrado el amor propio pequeñoburgués? ¿Dejas que influencie en el trabajo una conversación personal? Eso, camarada, no está bien.

Y Seriozha volvió a aprovechar toda ocasión para visitar el vagón verde.

El muchacho asistió a una conferencia comarcal. Durante dos días sostuvo acaloradas disputas. Al tercer día, junto con todo el Pleno, armóse y, durante un día entero, persiguió por los bosques a la banda de Sarudni, un oficial de Petliura que no había sido rematado aún. De regreso, encontró, en casa de Ignátieva, a Ustinóvich. La acompañó a la estación y, al despedirse, le apretó la mano con fuerza.

La muchacha retiró enfadada la mano. Y de nuevo Seriozha pasóse mucho tiempo sin asomar por el vagón de agitación y propaganda. Evitaba adrede el encontrarse con Rita incluso cuando era necesario. Y cuando ella le exigió con insistencia que explicara su conducta, la interrumpió bruscamente:

- ¿Qué voy a hablar contigo? De nuevo me imputarás alguna desviación pequeñoburguesa o alguna traición a la clase obrera.

A la estación llegaron trenes militares con la división del Cáucaso, condecorada con la Orden de la Bandera Roja. En el Comité Revolucionario se presentaron tres jefes de tez cetrina. Uno de ellos, alto, delgado, con la guerrera entallada por un cinturón labrado, arremetió contra Dolínnik.

- No me digas nada. Dame cien carretas de heno. Los caballos se mueren.

Seriozha fue enviado con dos soldados rojos a conseguir heno. En una aldea se dieron de narices con una banda de kulaks. Estos desarmaron a los soldados rojos y les propinaron una paliza de muerte. Seriozha escapó mejor que los demás, porque, debido

a su juventud, se compadecieron de él. Los del Comité de campesinos pobres los trajeron a la ciudad.

A la aldea fue enviado un destacamento que consig-uió el heno al día sig-uiente.

No deseando alarmar a su familia, Seriozha se reponía en la habitación de Ignátieva. Ustinóvich iba a visitarle. Aquella tarde sintió por vez primera el apretón de manos de la muchacha, tan cariñosa y fuerte como él nunca se hubiera atrevido a darle.

Un caluroso mediodía, Seriozha entró corriendo en el vagón, leyó a Rita una carta de Korchaguin y le habló de su amigo. Al salir, dijo, como por casualidad:

- Voy al bosque, a bañarme en el lago.

Ustinóvich, dejando el trabajo, le detuvo:

- Espera, vamos juntos.

Detuviéronse en la orilla del tranquilo lago de cristal. El frescor del agua tibia y transparente les atraía.

- Ve a la salida, al camino y espera. Yo voy a bañarme -ordenó Ustinóvich al muchacho.

Seriozha sentóse sobre una piedra junto al puentecillo, de cara al sol.

A su espalda chapoteaba el agua.

Por entre los árboles, vio en el camino a Tonia Tumánova y al comisario político del tren de agitación, Chuzhanin. Este era guapo, vestía elegante guerrera, ceñida por un biricú con multitud de correas, y calzaba botas altas de fino cuero; iba del brazo de Tonia y le contaba algo.

Seriozha reconoció a la muchacha. Era la misma que le había llevado la nota de Pável. Tonia también le miró con fijeza: al parecer, le había reconocido. Cuando los paseantes llegaron a la altura de Seriozha, éste sacó la carta del bolsillo y detuvo a Tonia.

- Un momento, camarada. Tengo una carta que, parcialmente, se refiere a usted.

Y le tendió la hoja escrita. Desprendiendo su brazo de Chuzhanin, Tonia leyó la carta. La hoja de papel temblaba en su mano, casi imperceptiblemente. Devolviéndola a Seriozha, le preguntó:

- ¿No sabe usted nada más de él?

- No -respondió Seriozha.

Crujieron detrás los guijarros, bajo los pies de Ustinóvich. Chuzhanin vio a Rita y, dirigiéndose a Tonia, cuchicheó:

- Vamos.

La voz de Ustinóvich, burlona y despectiva, le detuvo:

- ¡Camarada Chuzhanin! En el tren le están buscando todo el día.

Chuzhanin la miró de soslayo, con hostilidad:

- No importa. Se las arreglarán sin mí.

Rita, siguiendo con los ojos a Tonia y al comisario, dijo:

- ¿Cuándo enviarán al cuerno a este bribón?

Susurraba el bosque, inclinando las poderosas copas de los robles. El lago atraía con su frescor. Seriozha sintió deseos de bañarse.

Después del baño encontró a Ustinóvich cerca de la vereda del bosque, sentada en un roble derribado.

Conversando, se adentraron en el bosque. En un pequeño calvero lleno de hierba fresca y lozana, decidieron descansar. Reinaba la quietud en el bosque; los robles cuchicheaban entre sí. Ustinóvich echóse sobre la hierba y reclinó la cabeza en el doblado brazo. Sus piernas, bien formadas, con zapatos viejos y remendados, se escondían en la crecida hierba. La mirada de Seriozha fue a parar casualmente a los zapatitos con cuidadosos remiendos; después, pasó a su bota, con un imponente agujero por el que asomaba el dedo pulgar, y rompió a reír.

- ¿Por qué te ríes?

Seriozha le mostró la bota:

- ¿Cómo vamos a luchar con botas como éstas?

Rita no le contestó. Mordisqueaba una brizna de hierba y pensaba en otra cosa.

- Chuzhanin es un mal comunista -dijo, al fin-. Todos nuestros trabajadores políticos van cubiertos de harapos, y él no se cuida más que de su propia persona. Es un hombre casual en nuestro Partido... Y en el frente las cosas son realmente serias. Nuestro país tendrá que mantener enconados combates por mucho tiempo. -Callóse, y luego de unos instantes de silencio, añadió-: Serguéi, tendremos que actuar con la palabra y el fusil. ¿Conoces la disposición del Comité Central de movilizar y enviar al frente a la cuarta parte de los miembros del Komsomol? Creo, Serguéi, que no permaneceremos aquí mucho tiempo.

Serguéi la escuchaba; con asombro percibía en su voz inflexiones no habituales. Sus ojos negros, húmedos y brillantes, estaban fijos en él.

Serguéi estuvo a punto de olvidarse y de decirle que sus ojos eran como un espejo, que en ellos se reflejaba todo, pero se contuvo a tiempo.

Apoyándose en el codo, Rita se incorporó.

- ¿Dónde tienes la pistola?

Serguéi tanteó con amargura su cinto.

Me la quitó en la aldea la banda de kulaks.

Rita metió la mano en el bolsillo de la guerrera y sacó una pistola reluciente.

- ¿Ves aquel roble, Seriozha? -y señaló con el cañón del arma hacia un tronco surcado de resquebrajaduras, que se encontraba a unos veinticinco pasos. Luego, levantó la mano al nivel del ojo y disparó casi sin apuntar. Del árbol se desprendió la corteza, arrancada por la bala.

- ¿Ves? -dijo con satisfacción la muchacha, y volvió a disparar. La corteza susurró de nuevo al caer en la hierba.

- Toma -dijo Rita burlona, dándole la pistola-, veamos cómo tiras.

De tres disparos, Seriozha falló un solo tiro. Rita sonrió.

- Pensaba que lo harías peor.

Dejó la pistola en el suelo y se volvió a echar sobre la hierba. Bajo el paño de la guerrera se destacaban sus pechos firmes.

- Serguéi, ven aquí -dijo en voz baja.

El muchacho se acercó.

- ¿Ves el cielo? Es azul. Y tú tienes los ojos del mismo color. No está bien. Tus ojos deben ser grises, de acero. El azul es un color demasiado tierno.

Y abrazando de pronto su rubia cabeza, le besó ardientemente en los labios.

Transcurrieron dos meses. Se acercaba el otoño.

La noche llegó furtiva, envolviendo los árboles en su negro manto. El telegrafista del Estado Mayor de la división, inclinado sobre el aparato que disparaba los signos del *Morse*, cogía la estrecha cinta serpenteante entre sus dedos. Rápidamente escribía en un impreso las frases compuestas por él con las rayas y puntos.

"Al jefe del Estado Mayor de la 1ª división, copia al presidente del Comité Revolucionario de la ciudad de Shepdovka. Ordeno evacuar todas las instituciones de la ciudad diez horas después de recibido el presente telegrama. Dejen en la ciudad un batallón que se pondrá a las órdenes del jefe del regimiento X que manda el sector. El Estado Mayor de la división, la sección política y demás instituciones militares se replegarán a la estación de Baránchev. Del cumplimiento se informará al jefe de la división.

Firma".

Diez minutos más tarde, por las silenciosas calles de la ciudad corría rauda una motocicleta; el ojo de su faro de acetileno brillaba en la noche. Jadeando, se detuvo junto a la puerta del Comité Revolucionario. El motorista entregó el telegrama a Dolínnik, presidente del mismo. La gente se puso en movimiento. Formaba la compañía especial. Al cabo de una hora, por la ciudad traqueteaban las carretas con los enseres del Comité Revolucionario. En la estación de Podolsk fueron cargados en los vagones.

Después de escuchar la lectura del telegrama, Seriozha corrió en pos del motorista.

- Camarada, ¿se puede ir con usted hasta la estación? -preguntó.

- Siéntate atrás, pero agárrate bien.

A unos diez pasos del vagón, ya enganchado al tren, Seriozha ciñó el brazo a los hombros de Rita y, sintiendo que perdía algo querido e inapreciable, balbuceó:

- ¡Adiós, Rita, querida camarada mía! Nos volveremos a ver; sólo te pido que no me olvides.

Sintió con espanto que estaba a punto de romper a llorar. Había que marcharse. Sin fuerzas para continuar hablando, apretaba las manos de Rita, hasta hacerle daño.

La mañana sorprendió a la ciudad y a la estación desiertas y huérfanas. Silbaron, como despidiéndose, las locomotoras del último tren, y más allá de la estación, a ambos lados de la vía, cuerpo a tierra, se extendía una guerrilla del batallón que quedaba en la ciudad.

Caían las amarillentas hojas, dejando desnudos los árboles. El viento las recogía y arrastraba dulcemente por el camino.

Seriozha, envuelto en su capote de soldado, ceñido todo el cuerpo por cartucheras de lona, ocupaba con una decena de combatientes el cruce junto a la fábrica de azúcar. Esperaban a los polacos.

Avtonom Petróvich llamó a la puerta de su vecino Guerásim Leóntievich. Este, aún a medio vestir, miró por el hueco de la puerta.

- ¿Qué pasa?

Avtonom Petróvich señalando a los soldados rojos que pasaban fusil en mano, guiñó el ojo a su amigo:

- Se marchan.

Guerásim Leóntievich le miró preocupado.

¿Usted no sabe qué distintivos llevan los polacos?

Me parece que un águila monocéfala.

- ¿Y en dónde conseguirlos?

Avtonom Petróvich se rascó encarnizadamente el cogote.

- A ellos les da igual -dijo después de unos instantes de reflexión-, lían sus bártulos y se van. Y tú quédate aquí y rómpete la cabeza pensando en cómo adaptarte al nuevo poder.

El tableteo convulsivo de una ametralladora rasgó el silencio. Junto a la estación silbó inesperadamente una locomotora, y de allí llegó el estampido de un cañonazo. El proyectil perforó aullando el aire. Calló en el camino, más allá de la fábrica, y envolvió en humo azulado los arbustos cercanos a la cuneta. Por la calle, mirando sin cesar a los lados, en silencio, se retiraban guerrillas de sombríos soldados rojos.

Seriozha sintió el frescor de una lágrima que le rodaba por la mejilla. Apresuróse a borrar su huella y miró hacia sus camaradas. No, nadie le había visto.

Junto a él, con los dedos apretados sobre el gatillo del fusil, marchaba el alto y enjuto Antek Klopotovski, de la serrería mecánica. Antek estaba triste y preocupado; su mirada tropezó con la de Seriozha, y le descubrió sus recónditos pensamientos:

- Perseguirán a los nuestros, en particular a los míos. "Es polaco -dirán- y ha marchado a luchar contra las legiones polacas". Echarán al viejo de la serrería y le azotarán. Le dije que se viniera con nosotros, pero al padre le faltaron fuerzas para abandonar la familia. ¡Ah, malditos, quisiera pelear con ellos cuanto antes! –Y Antek, nervioso, se echó hacia atrás el casco, que había resbalado sobre sus ojos.

...¡Adiós, querida ciudad destartalada, sucia, de feas casitas y carretera llena de baches! ¡Adiós, seres queridos, adiós, Valia, adiós, camaradas que quedáis en el trabajo ilegal! Avanzan las legiones blancas polacas, extrañas, feroces, despiadadas.

Los obreros del depósito de máquinas, de camisas manchadas por el petróleo, acompañaban con triste mirada a los soldados rojos.

- ¡Volveremos, camaradas! -gritó emocionado Seriozha.

Capítulo octavo

El río brillaba con pálido fulgor en la bruma que precede a la amanecida; murmuraba susurrante al rozar los guijarros de la orilla. Cerca de las riberas, sus aguas eran mansas, su superficie parecía inmóvil, y su color gris, centelleante. En el centro era oscuro y turbulento; veíase a simple vista que se precipitaba cauce abajo. El río era bello, imponente. Sobre él había escrito Gógol su insuperable "Maravilloso es el Dniéper..." La alta orilla derecha descendía hasta el agua formando un abrupto declive. Parecía una montaña que hubiera avanzado sobre el Dniéper y se hubiese detenido impresionada por su anchura. La orilla izquierda estaba cubierta de arenosas playas dejadas por el río al reintegrarse a su lecho después de las crecidas de primavera.

Junto al agua, metidos en una estrecha trinchera, había cinco hombres. Cuerpo a tierra, formando un apretado haz, permanecían al lado de una *Maxim* de hocico chato. Eran los escuchas avanzados de la 7a división de infantería. Junto a la ametralladora, cara al río, yacía Seriozha Bruszhak.

El día anterior, agotados en los interminables combates, batidos por el fuego huracanado de los cañones polacos, los soldados rojos habían abandonado Kíev. Pasaron a la orilla izquierda y se fortificaron.

Pero la retirada, las grandes pérdidas y, por último, la caída de Kíev habían influido con dureza en el ánimo de los combatientes. Abriéndose paso heroicamente a través del anillo del cerco, la 7a división marchó por los bosques y, al salir al ferrocarril junto a la estación de Malín, barrió en un ataque furioso a las unidades polacas que la ocupaban, las arrojó al bosque y dejó libre el camino a Kíev.

Ahora, cuando la bella ciudad había sido abandonada, los soldados rojos estaban sombríos.

Los polacos habían ocupado en la orilla izquierda una pequeña posición, junto al puente del ferrocarril, desalojando de Dárnitsa a las unidades rojas.

Pero, recibidos con encarnizados contraataques, no pudieron continuar avanzando, a pesar de todos sus esfuerzos.

Seriozha contemplaba el correr de las aguas del río y no podía dejar de pensar en la víspera.

La víspera, al mediodía, lleno de la furia que dominaba a todos los soldados rojos, había contraatacado a los guardias blancos polacos. La víspera, por vez primera, había luchado cuerpo a cuerpo con un legionario imberbe. Este le atacó con el fusil en ristre, que terminaba en una bayoneta francesa, larga como un sable, corriendo con saltos de liebre y gritando algo incoherente. Por una fracción de segundo, Seriozha vio sus ojos dilatados por la rabia. Un instante después, Serguéi golpeaba con la punta de su bayoneta la del polaco. La brillante hoja francesa fue rechazada.

El polaco cayó...

A Serguéi no le tembló la mano. Estaba seguro de que él, Serguéi, que con tanta ternura sabía amar y ser tan fiel a la amistad, mataría a más. No era un muchacho malo ni cruel, pero tenía conciencia de que aquellos enviados de los parásitos mundiales, aquellos soldados a quienes azuzaban el engaño y la maldad, arremetían contra la querida República con un odio bestial.

Y él, Serguéi, mataba para que llegara antes el día en que el hombre dejase de matar al hombre en la Tierra.

Paramónov le dio un golpecito en el hombro:

- Vamos a retiramos, Serguéi, pronto nos localizarán.

Hacía ya un año que Pável Korchaguin recorría su querida Patria en *tachanka*[*], en el avantrén de un cañón, en un caballo gris con la oreja cortada. Se había hecho más fuerte y viril. Había crecido en los sufrimientos y adversidades.

Su piel, rozada por las pesadas cartucheras hasta sangrar, había tenido tiempo de cicatrizarse, y ya no se borraba la firme señal de los callos producidos por la correa del fusil.

Muchas cosas terribles había visto Pável durante aquel año. Con otros miles de combatientes, harapientos y desnudos como él, pero encendidos por la inextinguible llama de la lucha por el poder de su clase, había recorrido a pie su Patria, hacia adelante y hacia atrás, y tan sólo dos veces se había apartado del huracán.

La primera fue por causa de la herida en la cadera; la segunda, durante el frío mes de febrero del año 20 cuando cayó enfermo del tifus pegajoso y abrasador.

De manera más terrible que las ametralladoras polacas, segaba el tifus las divisiones y regimientos del 12° Ejército. Extendíase éste en un inmenso territorio que abarcaba casi toda la Ucrania del Norte, cerrando el paso a nuevos avances de los polacos. Apenas repuesto, Pável se incorporó a su unidad.

El regimiento ocupaba posiciones junto a la estación de Fróntovka, en el ramal del ferrocarril que unía a Kasatin con Umán.

[*] Carro ligero tirado por caballos y armado de una ametralladora. (N. de la Edit.)

La estación se encontraba en el bosque. En torno al pequeño edificio de la misma se acogían unas casitas derruidas y abandonadas. La vida en aquellos lugares se había hecho imposible. Hacía ya tres años que tan pronto amainaban como se desencadenaban de nuevo las matanzas. ¿A quiénes no habría visto Fróntovka durante aquel tiempo?

De nuevo maduraban grandes acontecimientos. Mientras el 12° Ejército, terriblemente diezmado y desorganizado en parte, se retiraba bajo la presión de los ejércitos polacos en dirección a Kíev, la República proletaria preparaba a los guardias blancos de Polonia, ebrios por su marcha triunfal, un golpe demoledor.

Desde el lejano Cáucaso del Norte, en una marcha sin precedentes en la historia de las guerras, se desplazaban a Ucrania las divisiones del 1er Ejército de Caballería, templadas en los combates. Las divisiones 4ª, 6ª, 11ª y 14ª de caballería llegaban una tras otra a la región de Umán, agrupándose en la retaguardia de nuestro frente, y, camino hacia los combates decisivos, barrían a las bandas de Majnó que encontraban a su paso.

Dieciséis mil quinientos sables, dieciséis mil quinientos combatientes abrasados por el sofocante calor de la estepa.

Toda la atención del alto mando rojo y del mando del frente Sur-Occidental estaba concentrada en evitar que los bandidos de Pilsudski se adelantasen a aquel golpe decisivo que se preparaba. El Estado Mayor de la República y los de los frentes guardaban con celo aquella agrupación de caballería.

En el sector de Umán fueron suspendidas las operaciones activas. Continuamente repiqueteaban los manipuladores, enviando telegramas directos de Moscú al Estado Mayor del frente, a Járkov, y de allí a los Estados Mayores de los Ejércitos 12° y 14°. En las estrechas cintas telegráficas, tecleaban los *Morse*, las órdenes cifradas: "No dejar atención polacos sea atraída agrupación Ejército Caballería". Y si se entablaban combates activos, era sólo en aquellos sectores donde el avance de los polacos amenazaba con arrastrar a la lucha a las divisiones de la caballería de Budionny.

Agitábanse las lenguas rojizas de una hoguera. El humo ascendía en espiral, formando pardos anillos. A los mosquitos no les gustaba el humo, y, en enjambre, revoloteaban impetuosos e inquietos. Un poco apartados de la hoguera, los combatientes estaban echados en abanico. El fuego daba a sus rostros un tono cobrizo.

Junto a la hoguera, sobre la azulada ceniza, se calentaban las calderetas.

En ellas burbujeaba el agua. De debajo de un tronco ardiendo salió furtiva una lengua de llama que lamió la rizada cabellera de uno de los allí sentados. La cabeza se apartó, y su dueño bufó irritado:

- ¡Uf, diablo!

Alrededor rieron.

Un soldado rojo, ya de edad, con guerrera de paño y bigote recortado, que acababa de mirar al fuego el cañón de su fusil, dijo con voz bronca:

- El muchacho la ha tomado con la ciencia y no huele el fuego.

- Oye, Korchaguin, cuéntanos lo que has leído.

El joven soldado rojo, palpando el mechón chamuscado, sonrió:

- Es un libro verdaderamente magnífico, camarada Androschuk. Desde que me puse a leerlo no puedo apartarme de él.

El vecino de Korchaguin -un muchacho chato que, arreglando una cartuchera, intentaba cortar con los dientes el fuerte hilo- preguntó curioso:

- ¿De qué trata? -Y, enrollando la hebra a la aguja clavada en el pasamontañas, añadió-: Si es de amor, me interesa mucho.

Los que le rodeaban estallaron en carcajadas. Matveichuk alzó la cabeza, con el pelo cortado a lo erizo, y, cáustico, guiñando uno de sus maliciosos ojos, se dirigió al joven:

- Sí, el amor es una buena cosa, Seredá. Eres un chaval guapo, ¡un cromo! Dondequiera que llegamos, las muchachas se vuelven locas al verte. Sólo tienes un pequeño defecto: tu nariz es como la de un lechoncillo. Pero eso se puede corregir. Si te atas a la punta una Novitski*, en una noche te la estirará hacia abajo.

Fue tan estruendosa la carcajada que, asustados, bufaron los caballos sujetos a las tachankas de las ametralladoras.

Seredá volvióse displicente.

- Lo importante no es la belleza, sino el puchero -dijo, y se golpeó significativamente la frente-. Por ejemplo, tu lengua es como las ortigas, pero eres tonto de capirote, y tienes las orejas frías, como los burros.

El cabo de la escuadra, Tatárinov, separó a los camaradas dispuestos a enzarzarse.

- Ea, muchachos, ¿para qué os soltáis alfilerazos? Mejor será que Korchaguin nos lea, si la cosa vale la pena.

- ¡Venga, Pavlusha, venga! -se oyó decir en todos lados.

Korchaguin acercó al fuego la silla de montar, se sentó en ella y abrió sobre sus rodillas un libro pequeño y grueso.

- Este libro, camaradas, se llama *El Tábano*. Me lo ha prestado el comisario del batallón. Me ha impresionado enormemente. Si permanecéis callados, leeré.

- ¡Venga! ¿Qué esperas? Nadie te molestará.

Cuando el jefe del regimiento, el camarada

---

* Granadas de mano Novitski, de unos cuatro kilogramos de peso, empleadas para volar alambradas. (N. de la Edit.)

Puzyrievski, se acercó inadvertidamente a la hoguera, en unión del comisario, vio once pares de ojos que miraban sin pestañear al lector.

Puzyrievski volvió la cabeza hacia el comisario y señaló con la mano hacia el grupo.

- Aquí está la mitad del grupo de exploración del regimiento. Tengo ahí cuatro komsomoles que son aún poco duchos, pero, cada uno de ellos vale por un buen combatiente. Mira a ése que lee, y aquel otro, ¿le ves?, el que tiene ojos de lobezno: son Korchaguin y Zharki. Son amigos. Sin embargo, entre ellos nunca se extinguen unos celos ocultos. Antes, Korchaguin era mi primer explorador. Ahora tiene un competidor muy peligroso. Fíjate, en este momento están llevando a cabo, sin que se note, un trabajo político y ejercen una influencia muy grande. Para ellos se ha pensado una buena denominación: *La joven guardia*.

- ¿Ese que lee es el comisario del grupo de exploración?

- No, el comisario es Krámer.

Puzyrievski adelantó el caballo.

- ¡Salud, camaradas! -dijo en voz alta.

Todos se volvieron. El jefe saltó ágilmente de la silla y se acercó a los sentados en torno al fuego.

- ¿Nos calentamos, amigos? -preguntó con una ancha sonrisa que hacía perder la severidad a su rostro varonil, de ojos ligeramente oblicuos, como los de un mongol.

La gente acogió al jefe con cordialidad y afecto, como se recibe a un buen camarada. El comisario siguió montado, dispuesto a continuar su recorrido.

Puzyrievski echó hacia atrás la funda con el máuser, sentóse junto a la silla de montar, al lado de Korchaguin, y propuso:

- ¿Qué, echamos un cigarro? Tengo un tabaquillo decente.

Después de encender el cigarrillo, se dirigió al comisario:

- Ve, Doronin, yo me quedo aquí. Si hiciera falta en el Estado Mayor, me lo haces saber.

Cuando Doronin se hubo marchado, Puzyrievski dijo a Korchaguin:

- Continúa leyendo, yo también te escucharé.

...Al terminar de leer las últimas páginas, Pável dejó el libro sobre sus rodillas y se quedó mirando pensativo a las llamas.

Durante varios minutos, nadie pronunció palabra. Todos estaban impresionados por la muerte del *Tábano*.

Puzyrievski, fumando, esperaba el intercambio de opiniones.

- Es una historia trágica -rompió el silencio Seredá-. Luego, en el mundo, hay gente semejante. El hombre, de por sí, no resistiría; pero impulsado por la idea, es capaz de hacer todo eso.

Hablaba con emoción manifiesta. El libro le había impresionado mucho.

Andriusha Fomichov, aprendiz de zapatero de Biélaya Tsérkov, gritó indignado:

- ¡De caer en mis manos ese cura, que le metía la cruz por los dientes, habría matado al maldito, sin pensarlo!

Androschuk, acercando con un palo la caldereta al fuego, pronunció con convencimiento:

- Morir, cuando se sabe por qué, es cosa distinta. El hombre encuentra fuerzas para ello. Hasta es obligatorio morir con entereza, si sientes que la razón está contigo. De aquí nace el heroísmo. Yo conocí a un muchacho. Se llamaba Poraika. Cuando los blancos le sorprendieron en Odesa, aturdido, dio de manos a boca con una sección entera. Antes de que pudieran matarle de un bayonetazo, arrojó una granada a sus propios pies. El mismo saltó en pedazos, y a su alrededor cayeron muchos blancos. Y si le mirabas, parecía que no valía para nada. De él no ha escrito nadie, y valdría la pena. Hay mucha gente notable entre nosotros.

Después de remover con la cuchara el contenido de la caldereta, estiró los labios, probó el té y continuó:

- A veces, la muerte es también perra. Muerte turbia, sin honor. En una ocasión, combatíamos en las cercanías de Isiaslavl, ciudad antigua, construida en tiempos de los príncipes. Está situada junto al río Goriñ. Allí hay una iglesia polaca, inexpugnable, como una fortaleza. Entramos en la ciudad. Marchábamos desplegados en guerrilla por las callejas. Nuestro flanco derecho se componía de letones. Desembocamos en la carretera y vimos tres caballos ensillados, que se encontraban cerca de un jardín, atados a una empalizada.

Nosotros, como es natural, pensamos: vamos a zurrarles a los polacos. Unos diez camaradas nos lanzamos hacia la casita. Delante, empuñando el máuser, avanzaba corriendo el jefe de la compañía letona.

Llegamos hasta la casa; la puerta estaba abierta, y nos metimos dentro. Pensábamos que eran los polacos, pero resultó lo contrario. Allí operaba una patrulla nuestra que había llegado antes que nosotros. Nos dimos cuenta de que allí estaba ocurriendo algo que no tenía nada de alegre. Era un hecho claro que estaban violando a una mujer. Vivía en la casa un oficialillo polaco, y nuestra patrulla, apenas entró allí, tumbó a su mujer en el suelo... Cuando el letón vio todo aquello, gritó algo en su lengua. Los hombres agarraron a los tres de la patrulla y los sacaron al patio a empujones. Rusos no éramos más que dos; el resto eran letones. El jefe se apellidaba Bredis. Aunque yo no comprendía su idioma, veía claro que les iban a dar el pasaporte. Estos letones son un pueblo fuerte, de pedernal. Arrastraron a aquellos tres hasta una cuadra de piedra. Vaya, pensé, ni Cristo los libra de un par de tiros. Uno de los que habían sido cogidos con las manos en la

masa, un mocetón fornido y jetudo, no se dejaba llevar, forcejeaba. Se metía hasta con nuestra séptima generación. ¡Por una mujer, decía, arrimarnos a la pared! Los demás también clamaban piedad.

Todo esto me hizo sentir escalofríos. Me acerqué corriendo a Bredis y le dije: "Camarada jefe de compañía, deja que los juzgue el tribunal. ¿Para qué vas a mancharte las manos en su sangre? En la ciudad no ha terminado aún el combate, y nosotros estamos aquí ajustando las cuentas a éstos". Se volvió hacia mí con tal aspecto que sentí haber proferido aquellas palabras. Los ojos te brillaban como a un tigre, me puso el máuser en la boca. Llevo siete años combatiendo, y, aunque da vergüenza decirlo, me acobardé. Vi que me mataría sin reflexionar. Me gritó en ruso, de forma que apenas se podía comprender: "La bandera está teñida en sangre, y éstos son la vergüenza de todo el ejército. A los bandidos se les paga con la muerte".

No pude resistir, salí corriendo a la calle, y a mis espaldas resonó una descarga. Asunto concluido, pensé. Cuando volvimos a formar en guerrilla, la ciudad ya era nuestra. He aquí lo que quería contaros... Recibieron una muerte perra. La patrulla era de los que se juntaron a nosotros en las cercanías de Melitópol. Antes actuaban con Majnó. Eran unos bandidos.

Dejando la caldereta junto a sus piernas, Androschuk se puso a desatar el macuto para sacar el pan.

- A veces se mezcla entre nosotros semejante canalla. Es imposible conocerlos a todos. Aparentemente, se esfuerzan por la revolución. Son tipos que nos manchan a todos. Sin embargo, daba pena ver aquello. Hasta hoy no he podido olvidado -terminó, emprendiéndola con el té.

Era ya avanzada la noche cuando se durmieron los combatientes de la patrulla de exploración a caballo. Seredá roncaba que en un primor. Puzyrievski dormía, con la cabeza apoyada en la silla, y Krámer, comisario del grupo, escribía algo en una libreta de notas.

Al día siguiente, al regresar del servicio de exploración, Pável ató el caballo a un árbol y llamó aparte a Krámer, que acababa de tomar su té.

- Oye, comisario, ¿qué te parece esto? Me dispongo a pasar al 1er Ejército de Caballería. A ellos les esperan duros combates. ¡Pues tantos no se habrán reunido para pasear! Y nosotros aquí tendremos que removernos siempre en el mismo sitio.

Krámer le miró con asombro.

- ¿Qué quiere decir eso de pasar? ¿Es que para ti el Ejército Rojo es un cine? ¿Qué es eso? ¡Habrá que ver cómo irán las cosas, si todos nosotros comenzamos a correr de una unidad a otra!

- ¿Acaso no es lo mismo dónde combatir? -le interrumpió Pável-. Aquí, allí, allá... Yo no deserto a la retaguardia.

Krámer protestó categóricamente:

- ¿Y qué piensas tú de la disciplina? Tienes muy buenas condiciones, Pável, pero eres anárquico. En cuanto se te antoja algo, lo haces. Pero el Partido y el Komsomol están organizados sobre la base de una disciplina férrea. El Partido ante todo. Y uno no debe estar allí donde él quiere, sino donde es más necesario. ¿No te ha denegado Puzyrievski el traslado? Pues, punto final.

Krámer -alto y flaco, de rostro amarillento-rompió a toser irritado. El polvillo del plomo de la imprenta se había incrustado en sus pulmones; frecuentemente, sus mejillas se encendían con enfermizo arrebol.

Cuando Krámer se hubo calmado, Pável dijo quedo, pero firmemente:

- Todo eso es justo, pero yo me iré con los de Budionny. Es cosa decidida.

A la noche siguiente, Pável ya no se encontraba junto a la hoguera.

En la aldehuela vecina, en un montículo cercano a la escuela, estaban reunidos los combatientes de caballería, formando un ancho corro. En la trasera de una *tachanka*, con la gorra echada sobre la misma nuca, un hombretón de los de Budionny atormentaba al acordeón. Y el instrumento rugía en sus manos, perdiendo el ritmo, y en el círculo, un bizarro combatiente de caballería, con inmensos pantalones rojos de montar, perdía también el compás de la loca danza ucraniana, el *gopak*.

Los mozos y muchachas de la aldehuela se habían encaramado curiosos a la *tachanka* y las empalizadas cercanas para mirar a los bravos danzarines de la brigada de caballería, que acababa de llegar al lugarejo.

- ¡Aprieta, Toptalo! ¡Machaca la tierra! ¡Venga, vivo, hermanito! ¡Acordeonista, más brío!

Pero los enormes dedos del acordeonista, capaces de doblar una herradura, se movían torpones sobre las teclas.

- Majnó mató a Afanasi Kuliabko -dijo apenado un combatiente de bronceada tez-; era un acordeonista de primera. Marchaba en el flanco derecho del escuadrón. ¡Lástima de muchacho! Era buen combatiente y mejor acordeonista.

En el corro se encontraba Pável. Al oír las últimas palabras, abrióse paso hasta la *tachanka* y puso la mano sobre el fuelle. El acordeón calló.

- ¿Qué quieres? -le dijo el acordeonista, mirándole de reojo.

Toptalo se detuvo. Alrededor sonaron voces descontentas:

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué has parado la música?

Pável tendió la mano hacia la correa:

- Dame, tocaré un poco.

El hombretón miró con recelo al desconocido

soldado rojo e, indeciso, desprendióse del hombro la correa.

Con habitual movimiento, descansó Pável sobre una rodilla el acordeón. Abrió en abanico el ondeado fuelle y rompió a tocar con enorme brío:

¡Ay! manzanita,
¿A dónde ruedas?
Si a la Cheka vas a parar,
No volverás.

Toptalo cazó al instante la conocida música. Y, abriendo los brazos, cual pájaro que despliega las alas, voló por el círculo, dibujando con sus pies inverosímiles arabescos, dándose golpes con arrogancia en las cañas de las botas, en las rodillas, en el cogote, en la frente, palmoteando ensordecedor sobre la suela y, finalmente, sobre su boca abierta.

Y el acordeón le aguijoneaba, empujándole con ritmo loco y embriagador, y Toptalo giraba por el círculo como una peonza levantando las piernas, jadeando.

- ¡Up, ah, up, ah!

El 5 de junio de 1920, después de varios choques breves y encarnizados, el 1er Ejército de Caballería, mandado por Budionny, rompió el frente polaco en el sector de enlace de los ejércitos enemigos 3° y 4°, derrotó a la brigada de caballería del general Savitski, que intentaba cerrarle el paso, y avanzó en dirección a Ruzhin.

Con apresuramiento febril, el mando polaco organizó un grupo de choque, que tenía como misión liquidar la brecha. Cinco tanques, que acababan de ser descargados de las plataformas en la estación de Pogrebische, dirigiéronse a toda marcha al lugar del combate.

Pero el Ejército de Caballería, dando un rodeo, dejó atrás Sarudnitsi, desde donde se preparaba el golpe, y apareció en la retaguardia de los ejércitos polacos.

En pos del ejército de Budionny se lanzó la división de caballería del general Kornitski. A esta unidad, se le había ordenado atacar la retaguardia del 1er Ejército de Caballería, que, según opinión del mando enemigo, debía dirigirse a Kasatin, punto de enorme importancia estratégica en la retaguardia polaca. Pero ello no alivió la situación de los guardias blancos polacos. Aunque al día siguiente taponaron la brecha abierta en el frente, y éste se cerró tras el Ejército de Caballería, en su retaguardia se encontraba un poderoso contingente de fuerzas montadas que, después de arrasar las bases de la retaguardia enemiga, debía desplomarse sobre la agrupación polaca de Kíev. Las divisiones de caballería destruían a su paso los pequeños puentes de ferrocarril y destrozaban las vías, para privar a los polacos de caminos de retirada.

Al saber por los prisioneros que en Zhitómir se encontraba el Estado Mayor del ejército -en realidad, allí se hallaba incluso el Estado Mayor del frente-, el jefe del Ejército de Caballería decidió tomar Zhitómir y Berdíchev, importantes nudos ferroviarios y centros administrativos. En el amanecer del 7 de junio, la 4ª división de caballería galopaba ya rauda hacia Zhitómir.

En uno de los escuadrones, en sustitución de Kuliabko, caído en el combate, marchaba en el flanco derecho Korchaguin. Había sido aceptado en el escuadrón a petición colectiva de los combatientes, que no deseaban quedarse sin un acordeonista tan notable.

Sin frenar sus fogosos brutos, desplegaron en abanico junto a Zhitómir; fulguraron los sables al sol, lanzando argentados destellos.

Gimió la tierra, relincharon los caballos, se alzaron sobre los estribos los combatientes.

La tierra escapaba bajo los cascos, rápida, rápida. Y la gran ciudad, con sus jardines, venía presurosa al encuentro de la división. Pasaron los primeros huertos, irrumpieron en el centro, y su "¡adelante!", terrible y horrendo como la muerte, hizo estremecer el aire.

Los polacos, atónitos, casi no opusieron resistencia. La guarnición local fue aplastada.

Inclinado sobre el cuello del caballo, volaba Korchaguin. A su lado, en un corcel negro de finos remos, galopaba Toptalo.

Ante los ojos de Pável, el bravo jinete de Budionny segó de un sablazo implacable a un legionario, sin darle tiempo de echarse el fusil a la cara.

Chirriaban los herrados cascos al golpear los guijarros. Y, de pronto, en el cruce, en el mismo centro de la carretera, aparecieron una ametralladora y tres figuras de uniforme azul y gorra cuadrangular polaca, inclinadas sobre ella. Una cuarta figura, con un galón dorado en el cuello de la guerrera, al ver a los que galopaban, adelantó rápida la mano que empuñaba el máuser.

Ni Toptalo ni Pável pudieron detener sus caballos, y se lanzaron directamente a las garras de la muerte, hacia la ametralladora. El oficial disparó contra Korchaguin... Falló... La bala pasó silbando como un gorrión junto a la mejilla, y el teniente, derribado por el pecho del caballo, cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra las piedras.

En aquel mismo instante, la ametralladora rompió en carcajadas salvajes, apresuradas, febriles. Y Toptalo, picado por decenas de abejorros, cayó a tierra con el caballo moro.

Encabritase el caballo de Pável y, relinchando asustado, llevó de un salto a su jinete, por encima de los caídos sobre la gente que había junto a la ametralladora; y el sable, describiendo un arco fulgurante, se incrustó en el cuadrado azul de la

gorra.

El acero elevóse de nuevo en el aire, dispuesto a caer sobre otra cabeza. Pero el fogoso bruto saltó a un lado.

Como un furioso torrente de montaña, afluyó al cruce el escuadrón y decenas de sables cortaron el aire.

Los largos y estrechos pasillos de la cárcel llenáronse de gritos.

En las celdas, abarrotadas de reclusos demacrados y exhaustos, reinaba la agitación. En la ciudad se combatía. ¿Acaso se podía creer que aquello era la libertad y eran los suyos, que habían irrumpido no se sabía de dónde?

Los disparos resonaban ya en el patio. Por los pasillos corria gente. Y, de pronto, las palabras queridas e indescriptiblemente emocionantes: "Camaradas, salid".

Pável corrió hacia una puerta con pequeño ventano a la que se dirigían decenas de ojos. Asestó un furioso culatazo a la cerradura. Y otro, y otro...

- Espera, le voy a largar un bombazo -dijo Mirónov, deteniendo a Pável, y sacó del bolsillo una granada.

Tsigarchenko, el jefe de la sección, se la arrancó de las manos.

- ¡Alto, loco!, ¿has perdido la cabeza? Ahora traerán las llaves. Donde no podamos saltar la cerradura, abriremos con ellas.

Empujándolos con los revólveres, conducían ya a los guardianes. Y el pasillo se llenó de gente harapienta y sucia, embargada de loca alegría.

Pável abrió de par en par la ancha puerta y entró corriendo en la celda.

- Camaradas, estáis libres. Somos los hombres de Budionny, nuestra división ha tomado la ciudad.

Una mujer con los ojos anegados en lágrimas se lanzó hacia Pável y, abrazándolo como si fuera de su familia, estalló en sollozos.

Más preciada que los trofeos, más que la victoria, era para los combatientes la liberación de los cinco mil setenta y un bolcheviques y de los mil trabajadores políticos del Ejército Rojo, encerrados por los guardias blancos polacos en aquellas pétreas mazmorras donde aguardaban el fusilamiento o la horca. Para siete mil revolucionarios, la noche tenebrosa transformóse de pronto en el sol brillante de un caluroso día de junio.

Uno de los reclusos, de faz amarilla como la corteza de un limón, lanzóse jubiloso hacia Pável. Era Samuíl Léjer, cajista de la imprenta de Shepetovka.

Pável escuchaba el relato de Samuíl. Su rostro se ensombreció, tomándose gris. Samuíl hablaba de la sangrienta tragedia en la ciudad que le viera nacer, y sus palabras caían en el corazón como gotas de metal fundido.

- Nos detuvieron a todos simultáneamente, durante la noche, por la traición de un canalla provocador. Estábamos, pues, en las garras de los gendarmes: Nos pegaban terriblemente, Pável. Sin embargo, yo fui menos atormentado que los demás, a consecuencia de que, a los primeros golpes, me desplomé al suelo, como muerto. Pero otros eran más fuertes... Era inútil intentar ocultar nuestras actividades. Los gendarmes lo sabían todo mejor que nosotros. Conocían cada uno de nuestros pasos.

¿Cómo no iban a saberlo, si entre nosotros había un traidor? Me faltan palabras para describir los horrores de aquellos días. Tú, Pável, conocías a muchos: a Valia Bruszhak, a Rosa Gritsman, la de la cabeza del distrito, magnífica muchacha de ojos confiados. Era casi una niña, sólo tenía diecisiete años... También detuvieron a Sasha Bunshaft, cajista de nuestra imprenta, muchacho alegre que siempre dibujaba caricaturas del patrono, ¿lo recuerdas? Tú conocías, además, a Novosielski y Tuzhits, estudiante del liceo. El resto eran todos de la cabeza del distrito y de un pueblecillo. En total, fueron detenidas veintinueve personas, entre ellas seis mujeres. A todos los torturaron ferozmente. A Valia y a Rosa las violaron ya el primer día. Los muy canallas se mofaban cada uno a su antojo. Las arrastraron a la celda medio muertas. Después de esto, Rosa comenzó a desvariar, y unos días después perdió por completo la razón.

No creían en su locura, consideraban que simulaba y le pegaban en cada interrogatorio. Cuando la fusilaron, daba miedo verla. Su rostro estaba ennegrecido por los golpes, sus ojos tenían una expresión salvaje, de demencia, parecía una vieja.

Valia Bruszhak se mantuvo firme hasta el último minuto. Murieron como verdaderos combatientes. No sé de dónde sacaron las fuerzas, pero, ¿acaso, Pável, es posible describir todo el horror de su muerte? No, no se puede. No encuentra uno palabras... Bruszhak estaba complicada en lo más peligroso: era ella quien mantenía contacto con los radiotelegrafistas del Estado Mayor polaco y la habían enviado a la comarca para establecer enlace; y, al hacerle un registro, le encontraron dos granadas y una pistola. Las granadas se las había dado aquel mismo provocador. Todo se había preparado para acusarla de querer volar el Estado Mayor.

¡Ay, Pável!, no puedo hablar de los últimos días, pero, ya que me lo pides, haré un esfuerzo. El consejo de guerra condenó a la horca a Valia y a dos más; a los restantes, al fusilamiento.

Los soldados polacos entre los que nosotros llevábamos a cabo la agitación habían sido juzgados dos días antes.

El joven cabo radiotelegrafista Snegurko, que antes de la guerra trabajaba de mecánico electricista en Lodz, acusado de traición a la patria y de hacer propaganda comunista entre las fuerzas, fue

condenado al fusilamiento. El muchacho no solicitó el indulto y fue fusilado veinticuatro horas después del fallo del consejo de guerra.

Durante el consejo llamaron a Valia como testigo en la causa contra Snegurko. Valía nos contó que el muchacho había confesado que llevaba a cabo propaganda comunista, pero rechazó rotundamente la acusación de traición a la patria. "Mi patria -dijo- es la República Socialista Soviética Polaca. Sí, soy miembro del Partido Comunista de Polonia, y me han hecho soldado a la fuerza. Abría los ojos a soldados como yo, a quienes habéis arrastrado al frente. Podéis ahorcarme por esto, pero no he traicionado ni traicionaré a mi patria. Lo que pasa es que nuestras patrias son diferentes. La vuestra es la de los *panis*, y la mía, la de los obreros y campesinos. Y en esa patria mía que ha de venir, de ello estoy completamente seguro, nadie me llamará traidor".

Después de la sentencia, nos tuvieron a todos juntos. Antes de la ejecución, nos llevaron a la cárcel. Por la noche prepararon la horca enfrente de la prisión, al lado del hospital; junto al mismo bosque, un poco más lejos, en las proximidades de la carretera, donde está la quebrada, eligieron el lugar del fusilamiento; allí mismo cavaron la fosa común para nosotros.

La sentencia había sido pegada por las calles, todos la conocían, y los polacos decidieron terminar con nosotros en pleno día, para que la gente pudiera verlo y se atemorizase. Y desde por la mañana comenzaron a echar a la gente de la ciudad, obligándola a que fuera al lugar donde se alzaba la horca. Algunos iban por curiosidad, aunque les daba miedo. En tomo a la horca había un enorme gentío. En todo lo que alcanzaba la vista no se veía más que cabezas humanas. Como sabes, la cárcel está rodeada de un vallado de troncos; y como las horcas estaban tan próximas a nosotros, oíamos el rumor de las voces. En la calle de atrás emplazaron ametralladoras: trajeron la gendarmería de a pie y montada de toda la comarca. Un batallón entero acordonaba los huertos y las calles. Para los condenados a la horca habían preparado una fosa especial, allí mismo, junto al cadalso. Esperábamos el fin en silencio, cambiando pocas palabras. De todo habíamos hablado la víspera, cuando nos despedimos. Sólo Rosa balbuceaba incoherentemente en un rincón de la celda, hablando consigo misma. Valía, destrozada por la violación y los golpes, no podía andar, y se pasaba casi todo el tiempo tendida. Las comunistas del pueblecillo -dos hermanas- se abrazaron y, sin poder contenerse, rompieron a llorar. Stepánov, un joven de la cabeza del distrito, fuerte como un luchador que, resistiéndose al ser detenido, había herido a dos gendarmes, exigía insistentemente de las hermanas: "¡Sin lágrimas, camaradas! ¡Llorad aquí, para no hacerlo allá! No hay por qué alegrar a esos perros sanguinarios. De todas maneras no habrá piedad para con nosotros; y ya que tenemos que morir, vamos, pues, a morir como es debido. Que ninguno de nosotros se arrastre de rodillas. ¡Camaradas, recordadlo, hay que saber morir!"

Y vinieron por nosotros. Delante iba Shvarkovski, jefe del servicio de contraespionaje, un sadista, un perro rabioso que, cuando no violaba personalmente a las mujeres, las entregaba a los gendarmes para que lo hicieran ellos, mientras él les contemplaba. De la cárcel a la horca, dos filas de gendarmes formaban un corredor que cruzaba el camino. Y estos "canarios" -les llamábamos así por sus charreteras amarillas-empuñaban los desenvainados sables.

Nos empujaron a culatazo limpio hasta el patio de la cárcel, nos formaron de a cuatro y, luego de abrir la puerta, nos sacaron a la calle. Nos situaron frente a la horca, para que viéramos la muerte de los camaradas, y después llegó nuestro turno. La horca era alta, hecha de gruesas vigas. En ella había tres lazos de soga gruesa, el tablado con gradas apoyábase en un postecillo. Ondulábase el mar humano con susurro apenas perceptible. Todos los ojos estaban clavados en nosotros. Reconocimos a los nuestros.

En una terracilla un poco alejada habíase congregado toda la nobleza polaca, entre la que había algunos oficiales, y nos miraban con prismáticos. Querían ver cómo ahorcaban a los bolcheviques.

La nieve que pisábamos era blanda, el bosque estaba blanco, los árboles parecían cubiertos de algodón; los copos, revoloteando, caían lentamente y se derretían en nuestros rostros ardientes, y hasta el tablado estaba cubierto de nieve. Todos nosotros estábamos casi desnudos, pero nadie sentía el frío, y Stepánov ni siquiera se daba cuenta de que no llevaba en los pies más que los calcetines.

Junto a la horca se encontraban el auditor de guerra y los altos jefes militares. Por fin, sacaron conducidos de la cárcel a Valia y a los dos camaradas que habían sido condenados a la horca. Los tres se cogieron del brazo. Valia iba en el centro; no tenía fuerzas para andar y los camaradas la sostenían, pero ella hacía esfuerzos sobrehumanos para marchar erguida, recordando las palabras de Stepánoy: "Hay que saber morir". Iba sin abrigo, con un jersey de punto.

A Shvarkovski no debió gustarle que fueran cogidos del brazo, y les empujó. Valia dijo algo, y por aquellas palabras uno de los gendarmes de a caballo le descargó la *nagaika* en la cara, con todas sus fuerzas.

En la multitud gritó terriblemente una mujer. Debatiéndose entre espantosos alaridos, trataba de romper la cadena de gendarmes y llegar hasta los condenados, pero la agarraron y se la llevaron de allí. Seguramente, era la madre de Valia. Cuando se encontraban cerca de la horca, Valia comenzó a cantar. Nunca he oído una voz semejante: tan sólo

quien va a la muerte puede cantar con tal pasión. Valia entonó la *Varshavianka*, sus camaradas la secundaron. Los gendarmes de a caballo les azotaban con las *nagaikas*; les pegaban con rabia ciega. Pero ellos parecían no sentir los golpes. Los derribaron y los arrastraron hasta la horca, como si fueran sacos. Leyeron rápidamente la sentencia y comenzaron a ceñirles los lazos al cuello. Entonces nosotros rompimos a cantar:

Arriba, parias de la Tierra...

De todas partes se abalanzaron sobre nosotros, y únicamente pude ver que uno de los soldados derribaba de un culatazo el postecillo que soportaba el tablado, y los tres se estremecieron convulsivamente, colgando de las sogas....

Ya junto al paredón, a diez de nosotros nos leyeron la sentencia; en ella, por gracia del general, se nos conmutaba la pena de muerte por veinte años de trabajos forzados. A los dieciséis restantes los fusilaron...

Samuíl desgarróse de un tirón el cuello de la camisa, como si le asfixiara.

- Durante tres días no descolgaron a los ahorcados. Junto a la horca permanecía día y noche una patrulla. Después trajeron a la cárcel nuevos detenidos. Ellos nos dijeron: "Al cuarto día se desprendió el camarada Toboldin, el más pesado, y entonces descolgaron a los demás y los enterraron allí mismo".

Pero la horca quedó en pie. Y cuando nos condujeron aquí, la vimos. Elevábase con sus lazos, esperando nuevas víctimas...

Samuíl se calló, fijando su mirada inmóvil en la lejanía. Pável no se dio cuenta de que había terminado el relato.

Ante sus ojos surgían nítidamente tres cuerpos humanos que se balanceaban en silencio, ladeadas las espantosas cabezas.

En la calle tocaron de pronto a generala. Pável volvió en sí. En voz baja, apenas perceptible, dijo:

¡Vámonos de aquí, Samuíl!

Por la calle, escoltados por la caballería, marchaban los prisioneros polacos. Junto a la puerta de la cárcel se encontraba el comisario del regimiento, terminando de escribir una orden en la libreta de campaña.

- Tome, camarada Antípov -dijo, tendiendo la orden a un fornido jefe de escuadrón-. Prepare una patrulla y envíe todos los prisioneros a Novograd-Volinski. Que curen a los heridos, móntelos en carretas y envíelos en la misma dirección. Sáquelos a unas veinte verstas de la ciudad, y que arreen. No tenemos tiempo que perder con ellos. Cuídese de que no se cometa grosería alguna con ninguno de los prisioneros.

Al montar, Pável volvióse hacia Samuíl:

- ¿Has oído? ¡Ellos ahorcan a los nuestros, y luego hay que conducirles a donde están los suyos, sin ser groseros! ¿De dónde sacar fuerzas para ello?

El jefe del regimiento volvió hacia él la cabeza y le miró fijamente. Pável oyó las palabras firmes y secas que el jefe del regimiento pronunciaba como para sí:

- La crueldad con los prisioneros desarmados será castigada con el fusilamiento. ¡Nosotros no somos blancos!

Y al alejarse de la puerta de la cárcel, Pável recordó las últimas palabras de la orden del Comité Militar Revolucionario, leída ante todo el regimiento:

"El país obrero y campesino ama a su Ejército Rojo. Se enorgullece de él. Exige que en su bandera no haya ni una sola mancha".

- Ni una sola mancha -susurraron los labios de Pável.

Mientras la 4ª división de caballería tomaba Zhitómir, en las cercanías de la aldea Okunínovo pasó el Dniéper la 20ª brigada de la 7ª división de infantería, que formaba parte de la agrupación de choque del camarada Gólikov.

A la agrupación integrada por la 25ª división de infantería y la brigada de caballería de Bashkiria se le había ordenado cruzar el Dniéper y cortar el ferrocarril Kíev-Kórosteñ junto a la estación de Irsha. Esta maniobra privaba a los polacos del único camino de retirada de Kíev. Allí, al cruzar el río, pereció Misha Levchukov, miembro de la organización del Komsomol en Shepetovka.

Cuando corrían por el vacilante pontón, un proyectil salido de allá, de detrás del cerro, pasó con furioso silbido sobre sus cabezas y desgarró el agua. Y en aquel mismo instante, Misha cayó bajo el pontón. El agua se lo tragó y no lo devolvió a la superficie; sólo un soldado rojo, el rubio Yakimenko, que cubría su cabeza con una gorra sin visera, gritó asombrado:

- ¡Que me traguen las llamas! ¡Pues si es Mishka quien ha caído al agua! ¡Pobre muchacho, no ha quedado ni rastro de él! -y se detuvo, clavando sus asustados ojos en las oscuras aguas; pero los que venían corriendo detrás le empujaron.

- ¿Qué haces ahí con la boca abierta, tontaina? ¡Sigue adelante!

No había tiempo para ponerse a pensar en el compañero: la brigada había quedado a la zaga de las otras unidades, que ya habían ocupado la orilla derecha.

Y Seriozha se enteró de la muerte de Misha al cabo de cuatro días, cuando la brigada, luego de tomar combatiendo la estación de Bucha y de volver el frente hacia Kíev, resistía los encarnizados ataques de los polacos que trataban de abrirse paso hacia Kórosteñ.

Yakimenko se tumbó en la línea de fuego junto a

Seriozha. Suspendiendo el furioso tiroteo, descorrió con trabajo el cerrojo del fusil recalentado y, pegando la cabeza al suelo, volvióse hacia Seriozha:

- ¡El fusil pide descanso, está al rojo!

Entre el estruendo de los disparos, Serguéi apenas le oía. Cuando amainó un poco el fragor del combate, Yakimenko, como de paso, le comunicó:

- Tu camarada se hundió en el Dniéper; yo no me di cuenta de cómo se zambulló -y dichas estas palabras, palpó el cerrojo, sacó de la cartuchera un peine y, expeditivo, lo metió en el fusil.

La 11ª división, enviada a la toma de Berdíchev, encontró en la ciudad una resistencia enconada por parte de los polacos.

En las calles se entabló un sangriento combate. Tableteaban las ametralladoras, obstaculizando el paso a la caballería. Pero la ciudad fue tomada, y los restos de las derrotadas tropas polacas huyeron. En la estación fueron cogidos los trenes. Pero el golpe más terrible para el adversario fue la voladura de un millón de obuses: la base de amunicionamiento del frente polaco. En la ciudad, a causa de las explosiones, saltaban los cristales, hechos añicos, y estremecíanse las casas, como si fueran de cartón.

El golpe sobre Zhitómir y Berdíchev fue para los polacos un golpe desde la retaguardia, y en dos torrentes se retiraron de Kíev a toda prisa, abriéndose paso con desesperación para salir del anillo de hierro.

Pável perdió la sensación de individualidad. Todos aquellos días estaban saturados de cruentos combates. Korchaguin se fundió en la masa y, como cada uno de los combatientes, pareció haber olvidado la palabra "yo", quedando únicamente "nosotros": nuestro regimiento, nuestro escuadrón, nuestra brigada.

Y los acontecimientos se sucedían con velocidad huracanada; cada día traía cosas nuevas.

La avalancha de la caballería de Budionny asestaba sin cesar golpe tras golpe, destrozando y desorganizando toda la retaguardia polaca. Embriagadas por el vino de la victoria, las divisiones de caballería se lanzaron con furia apasionada al ataque de Novograd-Volinski, corazón de la retaguardia polaca.

Refluyendo como las olas de una orilla escarpada, retrocedían para lanzarse de nuevo al avance con el terrible: "¡Adelante!"

Nada pudo salvar a los polacos: ni las redes de alambradas ni la desesperada resistencia de la guarnición que se había hecho fuerte en la ciudad. El 27 de junio, por la mañana, las unidades de Budionny, después de pasar el río Sluch a caballo irrumpieron en Novograd-Volinski, persiguiendo a los polacos en dirección al pueblecillo de Koriets. Mientras tanto, la 45ª división pasaba el Sluch junto a Novi Míropol, y la brigada de caballería de Kotovski caía sobre el pueblecillo de Liubar.

La estación de radio del ler Ejército de Caballería recibió la orden del jefe del frente de enviar toda la caballería a la toma de Rovno. La ofensiva incontenible de las divisiones rojas perseguían a los polacos, que, dispersos y desmoralizados, buscaban la salvación en grupos.

Un día, Pável, que había sido enviado por el jefe de la brigada a la estación en que se hallaba el tren blindado, se encontró allí con quien menos esperaba encontrarse. El caballo saltó el terraplén a la carrera. Pável tiró de las riendas junto al primer vagón, pintado de gris. El tren blindado se alzaba imponente, inexpugnable, mostrando las negras bocas de los cañones escondidos en las torretas. Cerca de él movíanse atareadas varias figuras, sucias de grasa, que levantaban una pesada plancha de hierro del blindaje de las ruedas.

- ¿Dónde se puede encontrar al jefe del tren blindado? -preguntó Pável a un soldado rojo, con cazadora de cuero, que llevaba un cubo de agua.

- Allí -respondió el soldado, señalando con la mano en dirección a la máquina.

Deteniéndose junto a la locomotora, Korcháguin preguntó:

- ¿Quién es el jefe?

Un hombre enfundado en cuero de pies a cabeza, y con la cara picada de viruelas, volvióse hacia él:

- ¡Yo!

Pável sacó del bolsillo el sobre.

- Aquí tiene la orden del jefe de la brigada. Firme en el sobre.

El jefe del tren blindado, apoyando el sobre en su rodilla, firmó. Junto a la rueda motriz de la locomotora estaba trabajando una figura, con la aceitera en la mano. Pável no veía de ella más que la ancha espalda; por el bolsillo de los pantalones de cuero asomaba la culata de un revólver.

- Toma el recibí -dijo a Pável el hombre del traje de cuero tendiéndole el sobre.

Pável recogió las riendas, dispuesto a emprender el regreso. El hombre que había junto a la locomotora se irguió por completo y volvióse. En aquel mismo instante, Pável saltó del caballo, como impulsado por el viento.

- ¡Artiom, hermanito!

El maquinista, todo manchado de mazut, dejó rápidamente la aceitera y estrechó entre sus brazos de oso al joven soldado rojo.

- ¡Pávka! ¡Granuja! ¡Pero si eres tú! -gritó sin dar crédito a sus ojos.

El jefe del tren blindado miraba sorprendido la escena. Los artilleros se echaron a reír:

- Fíjate, se han encontrado dos hermanos.

El 19 de agosto, Pável perdió la gorra en el combate, en la región de Lvov. Detuvo el caballo, pero, delante, los escuadrones se incrustaban ya en las líneas polacas. Por entre los avellanos volaba

Demídov. Galopaba cuesta abajo, hacia el río, gritando sobre la marcha:

- ¡Han matado al jefe de la división!

Pável estremecióse. Había caído Letunov, el heroico jefe de la división, el camarada de abnegada audacia. Una furia salvaje se apoderó de Korchaguin.

Golpeando con la parte roma del sable al agotado Gnedkó, cuyo freno estaba tinto en sangre, lanzóse veloz a lo más arduo del combate.

- ¡Segad a los canallas! ¡Segadles! ¡Duro con los señoritos polacos! ¡Han matado a Letunov! -y ciego, sin ver a su víctima, asestó un sablazo a una figura con guerrera verde. Enloquecidos de coraje por la muerte del jefe, los hombres del escuadrón aniquilaron a sablazos a una sección entera de legionarios.

Salieron al campo al galope, dando alcance a los que huían, pero contra ellos disparaba ya una batería que desgarraba el aire y sembraba la muerte con su metralla.

Ante los ojos de Pável surgió una llamarada verde, como magnesio: el trueno retumbó en sus oídos; un hierro candente le quemó la cabeza. La tierra vaciló de un modo extraño, espantoso y comenzó a dar la vuelta, inclinándose...

Pável fue arrancado de la silla, como si fuera una pajita. Salió volando por las orejas del caballo y cayó pesadamente al suelo.

Y al instante, se hizo la noche.

Capítulo noveno

El pulpo tenía un ojo saltón, del tamaño de una cabeza de gato; era rojo oscuro, verde en el centro, y ardía con una luz viva de cambiantes tonalidades. El pulpo removía sus decenas de tentáculos; y éstos, como una madeja de escamosas serpientes, se retorcían con repugnante susurro. El pulpo se movió. Lo veía casi junto a sus ojos. Los tentáculos se deslizaban por su cuerpo; eran fríos y picaban como las ortigas. El pulpo alargó uno de sus tentáculos y lo pegó a su cabeza, como una sanguijuela; y, comprimiéndose convulsivamente, absorbía su sangre. Sentía cómo su sangre iba pasando de su cuerpo al tronco inflado del pulpo. Y el tentáculo, como una ventosa, chupaba y chupaba sin interrupción, y allí, donde se había pegado, en la cabeza, sentía Pável un dolor insoportable.

Lejos, muy lejos, se oyeron voces humanas:

- ¿Cuál es ahora su pulso?

Y aún más quedo, otra voz femenina, respondió:

- Ciento treinta y ocho pulsaciones. Tiene treinta y nueve y cinco de temperatura. Delira sin cesar.

El pulpo desapareció, pero quedó el dolor producido por el tentáculo. Pável sentía que unos dedos rozaban su antebrazo. Trató de abrir los ojos, pero sus párpados pesaban tanto que no pudo despegados. ¿Por qué hacía tanto calor? Seguramente, la madre había encendido la estufa. Y de nuevo, sin que pudiera precisar en dónde, hablaba la gente:

- Ahora tiene ciento veintidos pulsaciones.

Trató de separar los párpados. En su interior ardía el fuego. El ambiente era sofocante.

¡Beber, cómo quería beber! Ahora se levantaría y bebería cuanta agua quisiera. Pero, ¿por qué no se levantaba? Había intentado moverse, pero su cuerpo, extraño, no obedecía, no era su cuerpo. Ahora la madre le traería agua. El le diría: "Quiero agua". Alguien se movía cerca de él. ¿No sería que se arrastraba el pulpo? Sí, sí, allí estaba la luz roja de su ojo...

A lo lejos se oyó una voz queda:

- ¡Frosia, traiga agua!

"¿Quién se llama así?", se esforzaba por recordar Pável, pero el esfuerzo le sumió en la oscuridad. Surgió de ella y volvió a recordar: "Quiero beber".

Oyó voces:

- Parece que vuelve en sí.

Y ya más cerca y más distintamente, oyó una voz cariñosa:

- ¿Quiere usted beber, enfermo?

"¿Es posible que esté enfermo, o es que no me hablan a mí? ¡Ah, es que estoy enfermo del tifus!" Y por tercera vez trató de abrir los ojos. Por fin lo consiguió. Lo primero que percibió por la estrecha rendija de sus párpados fue un globo rojo sobre su cabeza, pero lo tapó algo oscuro, que se inclinó hacia él, y sus labios sintieron el borde del vaso y el líquido, el líquido vivificante. El fuego en su interior se apagó.

Pável balbuceó satisfecho:

- ¡Ah, qué bien!

- Enfermo, ¿me ve usted?

Esta pregunta se la hacía aquello oscuro que se encontraba inclinado sobre él, y ya durmiéndose, pudo aún contestar:

- No veo, pero oigo...

- ¿Quién iba a decir que viviría? Y, fíjese, se ha agarrado a la vida con las uñas. Tiene un organismo asombrosamente fuerte. Puede usted sentirse orgullosa, Nina Vladímirovna. Literalmente, lo ha salvado usted.

Y la voz femenina dijo emocionada:

- ¡Oh, estoy muy contenta!

Después de trece días de inconsciencia, Korchaguin había vuelto en sí.

Su cuerpo joven no había querido morir, y las fuerzas volvían a él lentamente. Era como si naciese por segunda vez; todo parecía nuevo, extraordinario. Tan sólo la cabeza, con pesadez insuperable, yacía inmóvil en su caparazón de escayola, y no tenía fuerzas para moverla. Pero su cuerpo recobró la facultad de sentir, y ya se cerraba y distendían los dedos de las manos.

Nina Vladímirovna, médica del hospital clínico

militar, sentada a una pequeña mesita, en su habitación cuadrada, hojeaba un grueso cuaderno de tapas violeta. En el cuaderno, con letra menuda e inclinada, había breves anotaciones:

26 de agosto de 1920

Hoy nos han traído del tren sanitario un grupo de heridos graves. En la cama del rincón, junto a la ventana, hemos colocado a un soldado rojo, con la cabeza partida. Sólo tiene diecisiete años. Me han entregado un paquete de documentos encontrados en sus bolsillos y metidos en un sobre junto con las anotaciones de los médicos. Se llama Pável Andréievich Korchaguin. En el sobre había un manoseado carnet del Komsomol de Ucrania, con el número 967, una cartilla militar, destrozada, y un papel con un párrafo de una orden del regimiento. En ésta se dice que, por el buen cumplimiento del servicio de exploración, se menciona al soldado rojo Korchaguin. Además, he encontrado una nota, por lo visto escrita de puño y letra del dueño:

"Ruego a los camaradas que, en caso de mi muerte, escriban a mis parientes: Shepetovka, depósito de máquinas, tornero Artiom Korchaguin".

El paciente está sin conocimiento desde que fue herido por la metralla el 19 de agosto. Mañana le reconocerá Anatoli Stepánovich.

27 de agosto

Hoy hemos examinado la herida de Korchaguin. Es muy profunda, tiene fracturado el cráneo, por lo que toda la parte derecha de su cabeza está paralizada. En el ojo derecho tiene un derrame interno. El ojo se le ha hinchado.

Anatoli Stepánovich quería sacarle el ojo para evitar la inflamación, pero le he persuadido de que no lo hiciera mientras haya esperanzas de que disminuya la tumefacción. Ha accedido.

Me ha movido a esto un sentimiento puramente estético. Si el joven escapa con vida, ¿para qué desfigurarle, sacándole el ojo?

El herido se agita, delira, sin cesar; hay que permanecer constantemente a su lado. Le dedico mucho tiempo. Me da mucha lástima su juventud, y quiero arrebatárselo, si puedo, a la muerte.

Ayer he pasado varias horas en la sala después de mi turno; es el herido más grave. Presto atención a su delirio. A veces delira como si estuviera relatando algo. Me he enterado de mucho de su vida, pero hay momentos en que blasfema atrozmente. Sus juramentos son terribles. No sé por qué me duele oír de sus labios palabrotas tan horrorosas. Anatoli Stepánovich dice que no vivirá. El viejo gruñe: "No comprendo cómo se puede admitir en el ejército a muchachos que son casi unos niños. Es indignante".

30 de agosto

Korchaguin no ha recobrado aún el conocimiento. Yace en una sala especial, donde se coloca a los moribundos. A su lado, casi sin apartarse de él ni un instante, permanece la enfermera Frosia. Resulta que le conoce. Hace mucho tiempo, trabajaron juntos. ¡Con qué cariñosa solicitud cuida a este enfermo! Ahora, yo también me doy cuenta de que su estado es desesperado.

2 de septiembre

Son las once de la noche. El día de hoy ha sido para mí magnífico. Mi enfermo, Korchaguin, ha recobrado el conocimiento, ha vuelto a la vida. Ha pasado la crisis. Durante estos dos últimos días no he ido a casa.

No puedo aún describir mi alegría: se ha salvado uno más. En mi sala habrá una muerte menos. En nuestro trabajo agotador lo más grato es el restablecimiento de los enfermos. Me toman afecto, como si fueran niños.

Su amistad es sencilla y sincera, y, cuando nos separamos, a veces, hasta lloro. Podrá parecer un poco ridículo, pero es verdad.

10 de septiembre

Hoy he escrito la primera carta de Korchaguin a sus familiares. Les dice que está levemente herido, que pronto se restablecerá e irá a visitarles.

Korchaguin ha perdido mucha sangre; está pálido, como el algodón en rama, y aún muy débil.

14 de septiembre

Korchaguin ha sonreído por primera vez. Tiene una sonrisa simpática. Habitualmente, es de una seriedad impropia de sus pocos años. Se repone con asombrosa rapidez. Es amigo de Frosia. Con frecuencia la veo junto a su cama. Se ve que ella le ha hablado de mí, que, naturalmente, me ha ensalzado más de la cuenta, y el herido me recibe con sonrisa apenas perceptible. Ayer me preguntó:

- ¿Qué manchas negras son ésas que tiene usted en la mano, doctor?

No le dije que eran las huellas de sus dedos, que, durante el delirio, apretaban mi mano, haciéndome ver las estrellas

17 de septiembre

La herida en la frente de Korchaguin tiene buen aspecto. A los médicos nos asombra la paciencia, verdaderamente infinita, con que el herido soporta las curas.

De ordinario, en casos semejantes, la gente prorrumpe en quejidos y se pone caprichosa. Este calla, y cuando le untan con yodo la desgarrada herida, se pone en tensión como una cuerda de guitarra. Con frecuencia, pierde el sentido, pero en todo el período de cura no ha dejado escapar ni un solo lamento.

Ya todos saben que cuando Korchaguin gime, es

que ha perdido el conocimiento. ¿De dónde saca su tenacidad? No lo sé.

21 de septiembre

Por primera vez han sacado a Korchaguin, en el sillón con ruedas, a la terraza grande del hospital. ¡Cómo miraba el jardín!, ¡con qué avidez aspiraba el aire fresco! En su cabeza, vendada, únicamente quedaba al descubierto un ojo, que, brillante e inquietó, contemplaba el mundo como si lo viese por vez primera.

26 de septiembre

Hoy me han llamado abajo, a la sala de visitas, donde me esperaban dos muchachas. Una de ellas es muy guapa. Me pidieron que les permitiera ver a Korchaguin. Se llaman Tonia Tumánova y Tatiana Buranóvskaya. El nombre de Tonia me era conocido. A veces, Korchaguin lo repetía en su delirio. Permití la entrevista.

8 de octubre

Por primera vez, Korchaguin pasea ya por el jardín, sin ayuda de nadie. Continuamente me pregunta cuándo se le dará de alta. Le he contestado que pronto. Ambas amigas vienen a ver al herido todos los días de visita. Ya sé por qué no gemía y por qué no acostumbra a quejarse. A mi pregunta, respondió:

- Lea la novela *El Tábano*; entonces lo sabrá.

14 de octubre

Korchaguin ha sido dado de alta. Nos despedimos muy afectuosamente. Le han quitado la gasa del ojo, dejándole sólo vendada la frente. El ojo ha quedado inútil, pero su aspecto exterior es normal. Me ha dolido mucho separarme de este buen camarada.

Así ocurre siempre: se curan y se marchan de nosotros, para, posiblemente, no volver a vemos más. Al despedirse, Korchaguin dijo:

- Mejor hubiera sido perder la vista del ojo izquierdo. ¿Cómo voy a tirar ahora?

Aún continúa pensando en el frente.

El primer tiempo, después de haber sido dado de alta en el hospital, Pável vivió en casa de Buranovski, donde se había alojado Tonia.

Pável intentó en seguida atraer a Tonia al trabajo general. La invitó a una asamblea del Komsomol de la ciudad. Tonia accedió, pero cuando salió de la habitación donde se había vestido, Pável se mordió los labios. Se había ataviado elegantemente, con una exquisitez deliberada, y Pável no se decidía a llevada consigo adonde se reunían sus camaradas.

Entonces se produjo el primer choque. Cuando Korchaguin le preguntó por qué se había vestido así, la muchacha se ofendió.

- Yo nunca me adapto al tono general; si te es violento ir conmigo, me quedaré.

Aquel día, a Pável le causó dolor verla tan compuesta entre las descoloridas guerreras y las blusitas. Los muchachos recibieron a Tonia como a una extraña. Ella, sintiendo esto, miraba a todos desdeñosa y provocativa.

El cargador Pankrátov, secretario del Komsomol en el embarcadero comercial, muchacho de anchas espaldas, vestido con burda camisa de lienzo, llamó aparte a Pável, fijó en él sus ojos hostiles y, mirando de soslayo a Tonia, le dijo:

- ¿Has sido tú quien ha traído a esa muñeca aquí?

- Sí -le respondió ásperamente Korchaguin.

- Hum... -profirió Pankrátov-. Tiene un aspecto poco adecuado para nosotros, parece de la burguesía. ¿Cómo la han dejado entrar?

Pável sintió el latir del pulso en las sienes.

- Es mi camarada, la he traído yo, ¿comprendes? No es una persona hostil a nosotros; si bien es verdad lo que dices respecto a su vestimenta, pero, en este caso, el hábito no hace al monje. Yo sé muy bien a quién se puede traer aquí, y no hay por qué buscar tres pies al gato, camarada.

Quería añadir algo grosero, pero, comprendiendo que Pankrátov expresaba la opinión general, se contuvo y dirigió toda su indignación contra Tonia.

"¡Ya se lo decía! ¿Para qué diablos esta ostentación?"

Aquella tarde comenzó a desmoronarse su amistad. Con un sentimiento de amargura y de asombro observaba Pável cómo se rompía aquella amistad, al parecer tan sólida.

Transcurrieron unos días y cada entrevista, cada conversación iba introduciendo más frialdad y sordo desagrado en sus relaciones. El individualismo barato de Tonia se le hacía insoportable a Pável.

Ambos comprendían la necesidad de la ruptura.

Aquel día habían ido al Jardín Kupécheski, alfombrado de pardas hojas secas, para decirse mutuamente la última palabra. Estaban de pie, junto a la balaustrada, en la abrupta orilla; abajo, espejeaba la masa gris del Dniéper; río arriba de la mole del puente, venía despacio un remolcador, chapoteando cansino el agua con las paletas de sus ruedas y arrastrando dos panzudas barcazas. El sol poniente pintaba de oro la isla Trujánov y, del brillante color de las ascuas, los cristales de las casitas.

Tonia miró a los dorados rayos y dijo con profunda tristeza:

- ¿Es posible que nuestra amistad se extinga como se apaga ahora ese sol?

Pável la miró fijamente, arrugó el entrecejo y respondió en voz queda:

- Tonia, ya hemos hablado de eso. Tú, como es natural, sabes que te he querido, y mi amor puede renacer aún; pero, para ello, tú debes estar con nosotros. Yo no soy ahora el Pavlusha de antes. Y seré un mal esposo si tú consideras que debo

pertenecerte a ti antes que al Partido. Yo perteneceré ante todo al Partido, y después a ti, a los demás seres queridos.

Tonia miró apenada el azul del río, y sus ojos se anegaron de lágrimas.

Pável contempló su conocido perfil, sus espesos cabellos castaños, y una oleada de compasión por la muchacha querida e íntima en otro tiempo afluyó a su corazón.

Con cuidado, le puso la mano en el hombro.

- Arroja todo lo que te ata. Ven a nosotros. Remataremos juntos a los señores. Tenemos muchas buenas muchachas, que con nosotros llevan todo el peso de la cruenta lucha y que con nosotros soportan todas las privaciones. Ellas, quizás, no sean tan cultas como tú, pero, ¿por qué no quieres estar a nuestro lado? Dices que Chuzhanin te quiso poseer por la fuerza, pero ese tipo es un degenerado, y no un combatiente. Dices que te han recibido con hostilidad, pero, ¿por qué te vestiste como si fueras a un baile burgués? Te cegó el orgullo, pensaste: "No me adaptaré al ambiente de las guerras sucias". Encontraste en ti audacia para amar a un obrero; pero no puedes amar la idea. Me da pena separarme de ti, y quisiera conservar un buen recuerdo de tu persona.

Pável calló...

Al día siguiente, Korchaguin vio en la calle una orden firmada por el presidente de la Cheka provincial, Zhujrái. Su corazón se estremeció. A duras penas logró llegar hasta el marino, pues no le dejaban. Armó tal "jaleo” que los centinelas se disponían ya a arrestarle. Pero, con todo, se salió con la suya.

Fiódor le recibió bien. Un obús le había arrancado un brazo. Inmediatamente se pusieron de acuerdo respecto al trabajo.

- Juntos aplastaremos aquí a la contrarrevolución, hasta que te encuentres con fuerzas para volver al frente. Ven mañana mismo -le dijo Zhujrái.

La lucha con los guardias blancos polacos había terminado. Los ejércitos rojos, que se encontraban casi junto a los muros de Varsovia, agotadas todas sus fuerzas materiales y físicas, lejos de sus bases, no pudieron tomar la última línea y retrocedieron. Ocurrió el "milagro del Vístula", como los polacos llamaban a la retirada de los rojos de Varsovia. La Polonia blanca de los *panis* continuó en pie. De momento, no se logró realizar el sueño de la República Socialista Soviética Polaca.

El país, inundado en sangre, exigía una tregua.

Pável no pudo verse con los suyos, ya que la pequeña ciudad de Shepetovka fue ocupada de nuevo por los guardias blancos polacos y se convirtió en la frontera temporal del frente. Se entablaron negociaciones de paz. Pável se pasaba día y noche en la Cheka cumpliendo diferentes misiones. Vivía en la habitación de Fiódor. Al enterarse de la ocupación de su ciudad natal por los polacos, Pável entristecióse.

- ¿Qué, Fiódor, será posible que mi madre quede al otro lado de la frontera, si el armisticio termina en esto?

Fiódor le tranquilizó:

- Seguramente, la frontera pasará por el Goriñ, a lo largo del rió. De manera que la ciudad quedará con nosotros. Pronto lo sabremos.

Las divisiones se trasladaban del frente polaco al Sur. Aprovechando la tregua, Wrangel había avanzado desde Crimea. Y mientras la República ponía en tensión todas sus fuerzas en el frente polaco, las hordas de Wrangel, siguiendo el curso del Dniéper, avanzaban de Sur a Norte, abriéndose paso hacia la provincia de Ekaterinoslav.

El país lanzó sus tropas a Crimea, aprovechando el fin de la guerra contra los polacos, para aplastar aquel último nido de la contrarrevolución.

Por Kíev, en dirección al Sur, pasaban los trenes cargados de hombres, de carretas, de cocinas de campaña, de cañones. En la Cheka del sector ferroviario se desarrollaba un trabajo febril. Todo aquel torrente de trenes abarrotaba las estaciones, originando "taponamientos", y, por carencia de vías libres, el tráfico quedaba interrumpido. Los aparatos escupían tirillas de papel con imperiosos telegramas. En ellos se ordenaba dejar paso a esta o aquella división. Se arrastraban las cintas sin fin, salpicadas de rayitas, y en cada una de ellas se decía: "fuera de todo turno... como orden militar... inmediatamente, dejar vía libre..." y casi todos los telegramas recordaban que, en caso de incumplimiento, los culpables serían juzgados por el consejo de guerra revolucionario.

Y la responsabilidad de los "taponamientos" recaía sobre la Cheka del sector ferroviario.

En ella irrumpían, agitando sus revólveres, los jefes de las unidades, exigiendo que se diera salida inmediata a sus trenes, de acuerdo con este o aquel telegrama del jefe del ejército, número tal y tal.

Ninguno de ellos quería escuchar que era imposible satisfacerles. "¡Revienta, pero danos salida!" Y comenzaba un torneo de terribles blasfemias. En los casos extraordinariamente graves, llamaban con urgencia a Zhujrái. Y entonces, los hombres, acalorados, dispuestos a matarse a tiros unos a otros, se calmaban.

La figura férrea de Zhujrái, serena y tranquila, y la voz dura, que no admitía objeciones, obligaban a meter en las fundas los revólveres empuñados.

Pável salía de la habitación al andén con un dolor punzante en la cabeza. El trabajo de la Cheka le destrozaba los nervios.

Un día, en una plataforma cargada de carros de municiones, Pável vio a Seriozha. Bruszhak se desplomó sobre él, casi le tiró al suelo y le abrazó con fuerza.

- ¡Pavka! ¡Diablo, te he reconocido en seguida!

Los amigos no sabían qué preguntarse ni qué decirse. ¡Les habían ocurrido tantas peripecias durante aquel tiempo! Se preguntaban, y sin esperar contestación, se respondían ellos mismos. Y no oyeron los silbidos de la locomotora. Deshicieron el abrazo cuando ya el tren se arrastraba lentamente.

¿Qué le iban a hacer? El encuentro se interrumpía por la marcha creciente del tren; Seriozha gritó algo a su amigo y corrió por el andén, agarrándose a la puerta abierta del vagón de mercancías; varias manos le cogieron y tiraron de él para adentro. Y Pável, plantado en el andén, le vio alejarse, y sólo entonces recordó que Seriozha, por hallarse ausente de la ciudad natal, no sabía nada de la muerte de Valia, y que él, aturdido por el encuentro, no se lo había dicho.

"Que marche tranquilo; es mejor que no lo sepa", pensó Pável. Ignoraba que veía a su amigo por vez postrera. Seriozha, de pie en el techo del vagón y exponiendo su pecho al viento de otoño, tampoco sabía que marchaba al encuentro de la muerte.

- Siéntate, Seriozha -trataba de persuadirle Doroshenko, un soldado rojo con el capote quemado por la parte de la espalda.

- No te preocupes; el viento y yo somos amigos. Deja que sople -le respondía riendo Seriozha.

Y una semana más tarde, en la otoñal estepa ucraniana, cayó en el primer combate.

Desde lejos, una bala perdida vino rauda a su encuentro.

Seriozha se estremeció del golpe. Dio unos pasos bajo el dolor ardiente que le desgarraba los pulmones, se tambaleó, sin un grito abrazó el aire, después apretó con fuerza sus manos contra el pecho e, inclinándose, como si se dispusiera a saltar, se desplomó pesadamente. Y sus ojos azules se clavaron en la inmensidad de la estepa.

La tensión nerviosa que requería el trabajo en la Cheka repercutió en la débil salud de Pável. Los dolores que le producía la contusión se hicieron cada vez más frecuentes y, por fin, después de dos noches de insomnio, perdió el conocimiento.

Entonces se dirigió a Zhujrái:

- ¿Qué piensas, Fiódor, seria justo que yo pasara a otro trabajo? Siento grandes deseos de ir a los talleres principales, a trabajar en mi profesión, pues me doy cuenta de que para aquí soy una tuerca floja. En la comisión me han dicho que no soy útil para el servicio militar. Pero esto es peor que el frente. Los dos días que hemos pasado exterminando a la banda de Sutir han acabado de hacerme trizas. Debo descansar de los tiroteos. Comprenderás, Fiódor, que no puedo ser un buen chekista, cuando apenas si me tengo en pie.

Zhujrái miró preocupado a Pável.

- Si, tienes, mal aspecto. Habría que haberte sacado de aquí antes. La culpa la tengo yo, que, absorbido por el trabajo, no he prestado la atención debida a tu estado de salud.

Como resultado de esta conversación, Pável se encontró en el Comité provincial de la Juventud Comunista con un papel en el que se decía que él, Korchaguin, era puesto a disposición de dicho Comité.

Un chaval vivaracho, con la gorra bizarramente echada sobre la nariz, recorrió el papel de un vistazo y guiñó el ojo a Pável con picardía:

- ¿De la Cheka, eh? Agradable institución. No te preocupes, nosotros te encontraremos un trabajillo en un dos por tres. Estamos muy necesitados de muchachos. ¿A dónde quieres ir? ¿Quieres trabajar en el Comité provincial de abastos? ¿No? Como quieras. ¿Quieres ir a la base de agitación del embarcadero? ¿No? Es una lástima. Se trata de un buen puesto: dan ración de choque.

Pável interrumpió al muchacho.

- Quiero ir al ferrocarril, a los talleres principales.

El chaval le miró asombrado.

- ¿A los talleres principales? -le dijo-. Hum... Allí no nos hace falta gente. Bueno, ve a Ustinóvich. Ella te dará trabajo en algún sitio.

Después de una breve conversación con la joven de tez morena, se decidió que Pável fuera a los talleres como obrero y secretario de la Juventud Comunista.

Y mientras tanto, a las puertas de Crimea, en la estrecha garganta de la península, junto a la vieja frontera que en un tiempo separaron a los tártaros de Crimea de los cosacos de Zaporozhie, se elevaba con sus imponentes fortificaciones la recia fortaleza de Perekop, restaurada por los guardias blancos.

Tras Perekop, en Crimea, sintiéndose en completa seguridad, se ahogaba en los vapores del vino el viejo mundo condenado a muerte, arrojado allí desde todos los confines del país.

Y una húmeda noche de otoño, decenas de millares de hijos del pueblo trabajador entraron en las frías aguas del estrecho para pasar el Sivash durante la noche y atacar por la espalda al enemigo, metido en sus fortificaciones. Entre aquellos miles de combatientes iba también Iván Zharki, llevando cuidadosamente su ametralladora sobre la cabeza.

Y cuando al amanecer se agitó Perekop, como estremecido por una fiebre loca, cuando, a través de las alambradas, miles de hombres se lanzaron en ataque frontal, en la retaguardia de los blancos, en la península Litóvskaya escalaban la costa las primeras columnas que habían cruzado el Sivash.Y uno de los primeros en salir a la rocosa orilla fue Iván Zharki.

Se entabló un combate sin precedentes por su encono. La caballería de los blancos se lanzaba con ímpetu salvaje y bestial contra los hombres que salían del agua. La ametralladora de Zharki vomitaba

la muerte, sin detener ni una vez su tableteo. Y bajo la lluvia de plomo caían montones de hombres y de caballos. Y con rapidez febril, Zharki metía nuevos y nuevos discos en el arma.

Perekop tronaba con sus centenares de cañones. Parecía que la propia tierra se desplomaba en un abismo sin fondo; y, surcando con alarido salvaje el cielo, volaban, portadores de la muerte, millares de proyectiles, que estallaban en pequeñísimos fragmentos. La tierra removida, ulcerada, saltaba hacía arriba, ocultando el sol con sus negros surtidores.

La cabeza del reptil fue aplastada, y en Crimea entró el torrente rojo; entraron, terribles en su último golpe, las divisiones del 1er Ejército de Caballería. Presa de un terror convulsivo y dominados por el pánico, los guardias blancos asaltaban los barcos dispuestos a hacerse a la mar.

La República prendía en las destrozadas guerreras, allí donde late el corazón, los áureos circulillos de las Ordenes de la Bandera Roja, y entre aquellas guerreras estaba la del joven comunista ametrallador Iván Zharki.

La paz con los polacos fue firmada, y la ciudad, como esperaba Zhujrái, quedó en poder de la Ucrania Soviética. El río, que corría a unos treinta y cinco kilómetros de la ciudad, convirtióse en frontera. Una memorable mañana de diciembre de 1920, Pável llegó a los lugares conocidos.

Salió al andén cubierto de nieve, miró rápidamente al rótulo *Shepetovka 1* y torció inmediatamente a la izquierda, hacia el depósito de máquinas. Preguntó por Artiom, pero él no estaba allí. Ciñóse bien el capote y, a través del bosque, se dirigió de prisa hacia la ciudad.

Al oír llamar a la puerta, María Yákovlevna, volvió la cabeza e invitó a pasar. Y cuando asomó un hombre cubierto de nieve, en el que reconoció a su amado hijo, se llevó las manos al corazón, y enmudeció de alegría.

Se apretó con toda la fuerza de su cuerpo delgadito al pecho del hijo y, cubriendo su rostro de una lluvia de besos, lloró lágrimas de felicidad.

Y Pável, abrazándola, miraba el rostro de la madre, surcado de arrugas, torturado por la pena y por la espera, y, sin decir palabra, aguardó a que se calmase.

La felicidad volvió a brillar en los ojos de la anciana, que tanto había sufrido. Durante algunos días, la madre no hacía más que hablar y mirar al hijo, al que ya no esperara. Y su alegría no tuvo límites cuando, al cabo de unos tres días, Artiom irrumpió por la noche en la habitacioncilla, con la mochila a la espalda.

A la pequeña casita de los Korchaguin regresaban los ausentes. Después de duras pruebas y vicisitudes reuníanse los hermanos, que habían escapado de las garras de la muerte...

- ¿Qué vais a hacer ahora? -preguntó María Yákovlevna a sus hijos.

- ¡La emprenderemos otra vez con los cojinetes, madrecita! -respondió Artiom.

Y Pável, después de pasar dos semanas en casa, regresó a Kíev, donde le esperaba el trabajo.

SEGUNDA PARTE

Capítulo primero

Medianoche. Hacía ya tiempo que el último tranvía había pasado, arrastrando su ruinoso cuerpo. La luna inundaba de luz mortecina el alféizar de la ventana. Sus rayos cubrían de una colcha azulada la cama, dejando en la penumbra el resto de la estancia. En la mesa del rincón, bajo la pantalla de la lámpara de despacho, brillaba un pequeño círculo de luz. Rita se inclinó sobre un voluminoso cuaderno, sobre su diario.

"*24 de mayo*", trazó la afilada punta de su lápiz.

"De nuevo trato de escribir mis impresiones. De nuevo un espacio en blanco. Ha pasado mes y medio y no he escrito ni una sola palabra. Tendré que conformarme con estas pocas líneas.

¿Cómo encontrar tiempo para escribir mi diario? Ahora es de noche y escribo. El sueño huye. El camarada Segal pasa a trabajar en el CC. La noticia nos ha apenado a todos. Nuestro Lázar Alexándrovich es un hombre formidable. Sólo ahora comprendo qué gran tesoro constituía para todos su amistad. Como es natural, con la marcha de Segal se deshace el círculo de estudio del materialismo dialéctico. Ayer estuvimos en su habitación hasta bien avanzada la noche y comprobamos los éxitos de nuestros "ahijados". Asistió también Akim, secretario del Comité provincial de la Juventud Comunista, como asimismo el antipático Tufta, responsable del registro de militantes. ¡No puedo soportar a este sabelotodo! Segal estaba radiante. Su discípulo, Korchaguin, dio un baño enorme a Tufta en Historia del Partido. Sí, estos dos meses no han pasado en vano. No da pena gastar energías cuando se obtienen tales resultados. Según se rumorea, Zhujrái pasa a trabajar a la Sección Especial de la zona militar. No sé la causa.

Lázar Alexándrovich me ha confiado a su alumno.

- Termine lo empezado -dijo-, no se detenga a mitad de camino. Usted, Rita, y él podrán aprender uno de otro. El muchacho no ha roto aún del todo con la indisciplina. Vive de sentimientos que se agitan en su interior, y los torbellinos de estos sentimientos le desvían. Por lo que conozco de usted, Rita, creo que será para él el maestro más apropiado. Le deseo éxito. No se olvide de escribirme a Moscú -añadió Segal al despedimos.

Hoy, han enviado del CC a Zharki, nuevo secretario del Comité del distrito de Solómenka. Le conozco del ejército.

Mañana Dmitri traerá a Korchaguin. Voy a describir a Dubava. Talla media. Fuerte y musculoso. Miembro del Komsomol desde el año 18, y del Partido desde el 20. Es uno de los tres excluidos del Comité provincial de la Juventud Comunista, por pertenecer a la "oposición obrera"*. El estudio con él no ha sido fácil. Cada día daba al traste con el plan, agobiándome a preguntas, apartándome del tema. Entre Yuriénieva, mi segunda alumna, y Dubava tenían lugar frecuentes altercados. Ya la primera tarde, mirando a Olga de pies a cabeza, observó:

- No llevas el equipo completo, vieja. Te faltan pantalones guarnecidos de cuero, espuelas, gorra a lo Budionny y sable, pues, de lo contrario, no hay forma de saber lo que eres.

Olga tampoco se quedó corta en sus epítetos, y tuve que separados. Me parece que Dubava es amigo de Korchaguin... Por hoy basta. A dormir".

Un calor sofocante abrasaba la tierra, caldeando -hasta hacer que quemasen- las férreas barandillas del puente sobre la estación. La gente subía a él jadeante, extenuada por el calor. El puente era utilizado, sobre todo, por los que venían a la ciudad desde la barriada ferroviaria.

Desde el último peldaño, Pável vio a Rita. La muchacha había llegado a la estación antes que él y miraba a la gente que descendía por la escalera.

Pável se detuvo a unos tres pasos de Ustinóvich. Rita no se había dado cuenta de su presencia. Pável la examinaba con curiosidad extraña; llevaba una blusa a rayas, corta falda azul, de tejido barato, y una cazadora de cuero sobre los hombros. Una mata de cabellos rebeldes enmarcaba su bronceado rostro. Tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos entornados a causa de la cegadora luz del sol. Por primera vez miraba Korchaguin de tal manera a su amiga y maestra, y por primera vez pensó que Rita no era solamente un miembro del buró del Comité provincial, sino que... E irritado al sorprenderse en tan "pecaminosos" pensamientos, la llamó:

- Hace una hora entera que te estoy mirando, y tú no me ves. Ya es hora de marchar; el tren está a punto de partir.

Se acercaron al andén por la entrada para los ferroviarios.

El día anterior, el Comité provincial había designado a Rita su representante en una de las conferencias comarcales. Para que la ayudase, enviaron con ella a Korchaguin. Era imprescindible tomar el tren, empresa nada fácil. La estación en las horas de salida de los escasos trenes, se encontraba en poder de los cinco de la omnipotente comisión de embarque, sin un pase de la cual nadie tenía derecho a entrar en el andén. Todos los accesos y salidas los ocupaban los soldados de un destacamento, a las órdenes de la comisión. El tren, abarrotado por completo, sólo podía llevarse a una décima parte de los que querían marchar. Nadie deseaba quedarse y esperar, durante días y más días, la casual llegada de un nuevo tren. Miles de personas asaltaban los pasillos, tratando de abrirse paso hacia los inaccesibles vagones verdes. En aquellos días, la estación sufría un verdadero asedio, que a veces degeneraba en una lucha a brazo partido.

Pável y Rita se afanaban en vano por llegar al andén.

Pável, que conocía todas, las entradas y salidas, llevó a su compañera a través de la sala de equipajes. Con trabajo, llegaron hasta el vagón Nº 4. Junto al estribo del mismo, conteniendo a la compacta multitud, había un chekista, derretido de calor, que repetía por centésima vez:

- Les digo que el vagón está abarrotado, y a los topes y al techo, de acuerdo con las órdenes recibidas, no dejamos subir a nadie.

La gente, enfurecida, le presionaba, metiéndole en las narices los billetes entregados por la comisión de embarque para el vagón Nº 4. Ante cada vagón restallaban, entre los empujones, injurias atroces y gritos coléricos. Pável se daba cuenta de que tomar aquel tren de la manera habitual no era posible, sin embargo, había que marchar, so pena de perderse la conferencia.

Llamó a Rita aparte y le comunicó su plan de acción: él se metería en el vagón, abriría la ventanilla y metería por ella a Rita. De otro modo, tendrían que quedarse en el andén.

- Dame tu cazadora, es mejor que cualquier credencial.

Pável cogió la cazadora de cuero y se la puso. Metió su revólver en el bolsillo de la misma, dejando deliberadamente al descubierto la culata con el cordón. Después de depositar la mochila con las provisiones a los pies de Rita, se dirigió al vagón. Empujando a los pasajeros sin la menor ceremonia, se agarró al pasamanos.

- ¿Eh, camarada, a dónde vas?

Pável volvió la cabeza hacia el fornido chekista.

- Soy de la Sección Especial de la zona militar. Ahora comprobaremos si todos los que están en el vagón tienen billetes de la comisión de embarque -dijo Pável en tono que no dejaba lugar a duda acerca de sus atribuciones.

El chekista miró el bolsillo del que sobresalía el revólver, se enjugo con la manga el sudor de la frente y dijo con tono hastiado:

- Bueno, comprueba, si es que puedes meterte.

Trabajando con los codos, con los hombros y, en

* Grupo anarco-sindicalista. antipartido, en el seno del Partido Comunista (Bolchevique) de Rusia. Surgió en 1920 y activó su labor antipartido en el período de la discusión acerca de los sindicatos (1920-1921). Recibió una réplica resuelta en el X Congreso del Partido. (N. de la Edit.)

algunos sitios, con los puños, encaramándose de los hombros de los pasajeros, subiéndose a pulso a las literas superiores y soportando una granizada de insultos, Pável llegó por fin al centro del vagón.

- ¿A dónde, diablos, vas? ¡Maldito seas tres veces! -le gritó una mujer muy gorda, cuando, al bajar, le pisó la rodilla. La mujer se había incrustado con su mole de siete puds en el borde de la litera inferior y tenía entre sus piernas un bidón de aceite. En todas las literas había bidones semejantes, cajones, sacos y cestos. En el vagón no se podía respirar.

A las imprecaciones de la mujer, Pável respondió con la pregunta:

- ¿Dónde está su billete de embarque, ciudadana?

- ¿Qué? -respondió la mujer, mostrando los dientes al revisor inesperado.

De la litera superior asomó una cabezota de hampón que rugió con voz de contrabajo:

- Vaska, ¿qué tipo es ese que se ha presentado aquí? Dale una hoja de ruta para el cementerio.

Sobre la cabeza de Korchaguin apareció algo informe, que, seguramente, era Vaska. Un mocetón de velludo pecho clavó en Korchaguin sus ojos bovinos.

- ¿Por qué te metes con la mujer? ¿Qué billete te hace falta?

De la litera lateral pendían cuatro pares de piernas. Sus dueños estaban sentados abrazados, comiendo animada y ruidosamente pepitas de girasol. Allí, al parecer, viajaba una unida cuadrilla de especuladores empedernidos, de bandidos de ferrocarril con mucha escuela. No había tiempo para liarse con ellos. Era preciso meter a Rlta en el vagón.

- ¿De quién es este cajón? -preguntó Korchaguin a un ferroviario de edad madura, señalando hacia una caja de madera que había junto a la ventanilla.

- De esa joven -dijo el ferroviario, señalando a unas gruesas piernas, enfundadas en medias marrón, que pendían de la litera.

Era preciso abrir la ventanilla. El cajón lo impedía. No había dónde dejarlo. Pável lo cogió y se lo entregó a su dueña, que estaba sentada en la litera superior.

- Sosténgalo por un minuto, ciudadana, voy a abrir la ventanilla.

-.¿Quién te manda tocar las cosas de los demás? -comenzó a chillar la muchacha de nariz aplastada, cuando Korchaguin dejó el cajón sobre sus rodillas.

- Motka, ¿por qué ese ciudadano arma tanto jaleo? -agregó, pidiendo ayuda a su vecino. Este, sin bajar de la litera, empujó a Pável en la espalda con el pie, calzado con sandalia.

- ¡Eh, tú, cucaracha, lárgate de aquí, si no quieres que te ponga un ojo a la funerala!

Pável aguantó en silencio el puntapié en la espalda. Y, mordiéndose los labios, abrió la ventanilla.

- Camarada, apártate un poco -rogó al ferroviario.

Dejando sitio libre, Pável retiró uno de los bidones y se pegó a la ventanilla. Rita se encontraba junto al vagón y le dio rápidamente la mochila. Pável la dejó caer sobre las rodillas de la mujer del bidón, se inclinó y, cogiendo a Rita de los brazos, tiró de ella hacia sí. Antes de que el soldado rojo del grupo de protección se diese cuenta de aquel quebrantamiento de las ordenanzas y pudiera impedirlo, ya se encontraba Rita en el vagón. El soldado rojo, torpón de movimientos, no pudo hacer nada, y, tras de soltar un terno, se apartó de la ventanilla. Al ver aparecer a Rita en el vagón toda la cuadrilla de especuladores promovió tal alboroto, que la muchacha se turbó y llenóse de alarma. No tenía dónde permanecer de pie y se tenía en el borde de la litera inferior, sujetándose con las manos a la barra de la superior. De todas partes llovían las injurias. Arriba, la voz de contrabajo rugió:

- ¡Vaya un canalla! El mismo se ha colado y arrastra a la fulana consigo.

Alguien, oculto también arriba, gritó con voz chillona:

- Motka, dale en la cara...

La chavalota quería dejar caer el cajón sobre la cabeza de Pável. Alrededor no había más que rostros ajenos y rufianescos. Pável sintió que Rita se encontrara allí, pero era preciso instalarse como fuera.

- Ciudadano, quita tus sacos del pasillo; aquí se pondrá la camarada -dijo, dirigiéndose a aquel a quien llamaban Motka; pero en respuesta oyó una frase tan cínica, que todo se sublevó en su interior. Sobre la ceja derecha sintió unas punzadas frecuentes y dolorosas-. Espera, canalla, que ya me las pagarás -dijo al bribón, conteniéndose con dificultad; pero inmediatamente, desde arriba, le dieron una patada en la cabeza.

- ¡Vaska, dale más mecha! -azuzaban desde todos lados.

Todo lo que durante tanto rato había contenido en sí Pável, estalló, y, como siempre en tales ocasiones, sus movimientos se hicieron impetuosos y bruscos.

- ¿Qué os habéis creído, atajo de especuladores, pensáis que vais a burlaros? -y alzándose a pulso, como sobre muelles, Pável alcanzó la segunda litera y asestó un terrible puñetazo en la jeta insolente de Motka. Le golpeó con tal fuerza que el especulador cayó sobre las cabezas de los que se encontraban en el pasillo.

- ¡Bajad de la litera, víboras, que os voy a matar como a perros! -gritó furioso Korchaguin, agitando el revólver ante las narices de los cuatro tipos.

La cosa tomaba un giro completamente distinto. Rita lo observaba todo con atención, dispuesta a disparar contra quien intentase agarrar a Korchaguin. La litera superior quedó libre en un instante. La rufianesca "cofradía" evacuó presurosa al

departamento contiguo.

Después de acomodar a Rita en la litera libre, le susurró:

- Espera aquí, voy a terminar de ajustar las cuentas a ésos.

Rita le detuvo:

- ¿Acaso vas a pelearte con ellos?

- No, ahora vengo -la tranquilizó Korchaguin.

Pável volvió a abrir la ventanilla y por ella saltó al andén. Unos minutos más tarde, se encontraba en la oficina de la Cheka de transportes, junto a la mesa de Burmeister, su antiguo jefe. El letón, después de escucharle, dio la orden de desalojar el vagón y comprobar los documentos de todos los viajeros.

- ¡No os decía yo que los trenes salían ya al andén cargados de especuladores! -gruñía Burmeister.

Un destacamento compuesto de diez chekistas desalojó el vagón. Pável, recordando sus viejos tiempos, ayudó a comprobar la documentación de todos los viajeros. Al marchar de la Cheka, no había perdido el contacto con sus amigos, y como secretario de un colectivo de la juventud, había enviado a trabajar a la Cheka de transportes a muchos de los mejores jóvenes comunistas. Después de terminar la comprobación, Pável volvió a donde se encontraba Rita. El vagón lo llenaron nuevos pasajeros: gente que iba en comisión de servicio y soldados rojos.

En el rincón de la tercera litera sólo quedaba sitio para Rita; todo lo demás estaba abarrotado de paquetes de periódicos.

- No tiene importancia, nos arreglaremos como sea -dijo Rita.

El tren se puso en marcha.

Tras la ventanilla apareció por un instante la tía gordinflona, entronizada en un montón de sacos.

Se la oyó gritar:

- Mañka, ¿dónde está mi bidón?

Sentados en el estrecho espacio, separados de los vecinos por los bultos, Rita y Pável comían a dos carrillos pan y manzanas, recordando alegremente el episodio recién ocurrido, aunque no era del todo regocijante.

El tren se arrastraba lentamente. Los desvencijados vagones, con más carga de la que podían soportar, retemblaban, haciendo crujir y chirriar sus carrocerías resecas. El atardecer envolvió al vagón en su azur. Tras él, la noche cubrió de negro las ventanillas. Y el vagón se hundió en las tinieblas.

Rita; muerta de cansancio, se quedó dormida, reclinada la cabeza sobre la mochila. Pável, sentado en el borde de la litera con las piernas colgando, fumaba. También él estaba cansado, pero no había dónde acostarse. Desde la ventana, le acariciaba el frescor de la noche. Una brusca sacudida del tren despertó a Rita. La muchacha vio el fuego del cigarrillo de Pável. "Es capaz de estarse sentado así hasta la mañana. No quiere molestarme", pensó.

- ¡Camarada Korchaguin! Deje a un lado el convencionalismo burgués y acuéstese a descansar -le dijo en tono de broma.

Pável se echó a su lado, y, con deleite, estiró las entumecidas piernas.

- Mañana tendremos un montón de trabajo. Duerme, pendenciero -aconsejó Rita, y su brazo se ciñó confiado al cuerpo del amigo. Pável sintió en la mejilla el suave roce de sus cabellos.

Para él, Rita era intangible. Era su amiga y camarada de lucha por un mismo objetivo, su comisario; pero, con todo, era también mujer. Esto lo había sentido Pável por vez primera junto al puente, y por ello le emocionaba tanto aquel abrazo. Sentía la respiración profunda y acompasada y, muy cerca, sus labios. La proximidad engendró un deseo irresistible de encontrarlos. Con un esfuerzo de voluntad, estranguló el deseo.

Rita, como si adivinara sus sentimientos, se sonrió en la oscuridad. Ella ya había vivido la alegría de la pasión y el horror de la pérdida. A dos bolcheviques había dado su amor; y ambos le habían sido arrebatados por las balas de los guardias blancos. Uno de ellos era un gigante valeroso, jefe de brigada; el otro, un muchacho de ojos claros.

Pronto el traqueteo de las ruedas arrulló a Pável. Y durmió hasta la mañana, hasta que le despertó el rugido de la locomotora.

Rita comenzó a regresar tarde a su habitación. En su cuaderno, que abría rara vez, aparecieron algunas nuevas y breves anotaciones:

11 de agosto

Hemos terminado la conferencia provincial. Akim, Mijailo y otros se han marchado a Járkov, a la conferencia de Ucrania. Sobre mí ha recaído todo el trabajo administrativo. Dubava y Pável han recibido el nombramiento de miembros del Comité provincial. Desde que le enviaron de secretario al Comité del Komsomol del distrito Pecherski, Dmitri ya no viene por las tardes a las clases. Le han recargado de trabajo. Pável aún se esfuerza por estudiar, pero unas veces yo no tengo tiempo, y otras, le envían a él a algún sitio. A causa de haberse agudizado la situación en el ferrocarril, se moviliza constantemente a los camaradas. Zharki vino ayer a verme; está descontento porque le hemos quitado a los muchachos, dice que a él mismo le hacen muchísima falta.

23 de agosto

Hoy, cuando iba por el corredor, vi que en la puerta de la administración se encontraban Pankrátov, Korchaguin y un desconocido. Me acerqué y oí que Pável decía:

"Sí, hay allí unos tipos que no me daría pena el gastar una bala con ellos. "Usted -me han dicho- no

tiene derecho a inmiscuirse en nuestras disposiciones. Aquí el dueño es el Comité ferroviario forestal y no su Komsomol". Y tiene una jeta, hermanos... ¡Ahí es donde se han emboscado los parásitos!..." Y oí un terno escogido. Pankrátov, al darse cuenta de mi presencia, dio un codazo a Pável. Este se volvió y, al verme, mudó de color. Sin mirarme a la cara, se marchó inmediatamente. Ahora pasaré mucho tiempo sin verle por mi despacho. El sabe bien que yo no perdono a nadie las blasfemias.

27 de agosto

Ha habido reunión cerrada del buró. La situación se complica. Por ahora no puedo escribirlo todo: no se puede. Akim ha llegado sombrío de la comarca. Ayer, junto a Téterev, de nuevo hicieron descarrilar un tren de víveres. Me parece que voy a tener que abandonar mi diario. Todo me sale como a retazos. Espero a Korchaguin. Le he visto. El y Zharki crean una comuna de cinco".

Durante el día, cuando Pável estaba en el taller, le llamaron por teléfono. Rita le comunicó que tenía la tarde libre y que no había acabado de estudiar las causas de la derrota de la Comuna de París.

Por la tarde, al acercarse al portal de la casa en la calle Kruglo-Universitétskaya, Pável miró hacia arriba. La ventana de Rita estaba iluminada. Luego de subir corriendo la escalera, como siempre, dio un puñetazo a la puerta y entró sin esperar contestación.

En la cama, donde ninguno de los muchachos ni siquiera tenía derecho a sentarse, yacía un hombre con uniforme militar. Su pistola, cartera de campaña y gorra con la estrella se hallaban sobre la mesa. A su lado, abrazándole estrechamente, estaba sentada Rita. Hablaban con animación... Rita volvió hacia Pável su rostro radiante.

Soltándose del abrazo, el militar se levantó.

- ¿No os conocéis? -preguntó Rita, saludando a Pável-. Es...

- David Ustinóvich -dijo simplemente, por ella, el militar, estrechando con fuerza la mano de Korchaguin.

- Su llegada ha sido una gran sorpresa -rió Rita.

El apretón de manos de Korchaguin fue frío. Como una chispa de pedernal, fulguró en sus ojos la profunda ofensa. Tuvo tiempo de ver cuatro cuadrados en la bocamanga de David.

Rita quería hablar, pero Korchaguin la interrumpió:

- Me he acercado en un vuelo para decirte que hoy trabajo en la descarga de leña en los muelles, así que no me esperes... De todos modos, viene bien, ya que tienes visita. Bueno, me voy, los muchachos me están esperando abajo.

Pável desapareció tras la puerta tan súbitamente como había aparecido. En la escalera resonaron sus rápidas pisadas. Abajo oyóse un sordo portazo. Se hizo el silencio.

- Algo le pasa -respondió Rita, insegura, a la interrogante mirada de David.

...Bajo el puente una locomotora lanzó un profundo suspiro, soltando de su pecho poderoso un enjambre de luciérnagas de oro. Su torbellino caprichoso voló hacia arriba y se apagó en el humo.

Apoyado en la barandilla, Pável contemplaba las titilantes luces multicolores de los farolillos de señales. Cerró los ojos.

"No comprendo, camarada Korchaguin, ¿por qué le duele a usted tanto que Rita tenga marido? ¿Acaso ha dicho ella alguna vez que no lo tenía? ¿Y si lo hubiera dicho, qué? ¿Por qué de repente se ha afectado tanto? Y usted, querido amigo, consideraba que no existía nada, a excepción de la amistad basada en la idea… ¿Cómo es que no vio usted eso? ¿Eh? -se interrogaba Korchaguin con ironía-. ¿Y si no es su marido? David Ustinóvich puede ser su hermano, su tío... Entonces tú, monstruo, en vano te has enfurecido contra ella. Se ve que eres un canalla, como cualquier otro. Se puede saber si es su hermano. Supongamos que es su hermano o su tio, ¿qué le dirás entonces? ¡No, no irás más a verla!"

El rugido de una sirena cortó sus pensamientos. "Ya es tarde, hay que ir a casa. Basta de pensar en tonterías"

En Solómenka (así se llamaba el distrito obrero ferroviario), cinco camaradas habían creado una pequeña comuna. Los componentes eran: Zharki, Pável, un checo rubio y alegre apellidado Klavichek, Nikolái Okunev, secretario del Komsomol del depósito de máquinas, y Stiopa Artiujin, agente de la Cheka del ferrocarril, que hacía poco era aún calderero de los talleres de reparación media.

Consiguieron una habitación. Durante tres días, después del trabajo, estuvieron pintando, blanqueando y fregando. Armaron tal alboroto con los cubos, que los vecinos se figuraron que había estallado un incendio. Ellos mismos hicieron las camas, rellenaron de hojas de arce, en el parque, los colchones de crin y, al cuarto día, adornada con un retrato de Petrovski y un enorme mapa, la habitación resplandecía de blancura aún inmaculada.

Entre las dos ventanas había un estante con libros. Dos cajones tapizados con cartón hacían las veces de sillas, y un cajón más grande, de armario. El centro de la habitación la ocupaba una enorme mesa de billar sin paño, traída a hombros desde la sección de servicios comunales del Soviet. Durante el día servía de mesa, y por la noche, de cama para Klavichek. Todos aportaron cuanto tenían. El ordenado Klavichek hizo un inventario de todo lo que poseía la comuna y quiso clavario en la pared, pero, ante la unánime protesta de los demás, renunció a ello. En la habitación, todo era de todos. El salario, la ración y los casuales paquetes de víveres recibidos, todo se repartía por igual. Como propiedad personal quedaron únicamente las armas. Los comuneros

decidieron unánimemente que el miembro de la comuna que infringiera la ley sobre la anulación de la propiedad y defraudara la confianza de los camaradas, sería excluido. Okunev y Klavichek insistieron en que se añadiera que también sería desahuciado.

El día de la apertura de la comuna se congregó allí todo el activo del Komsomol del distrito. En el patio vecino se pidió prestado un samovar enorme; gastaron en el té todas sus reservas de sacarina, y, después de terminar con el contenido del enorme recipiente, tronaron a coro:

El mundo está lleno de lágrimas,
La vida llena de dolor,
Hasta que empuñemos las armas. . .

Talia, la de la fábrica de tabaco, dirigía. Un pañuelo rojo, ligeramente ladeado, ceñía sus cabellos. Sus ojos eran pícaros como los de un chiquillo travieso. Nadie había podido conseguir aún mirarse de cerca en ellos. Talia Lagútina tenía una risa contagiosa. A través de su juventud en flor, la joven empaquetadora miraba al mundo desde la radiante cima de sus dieciocho abriles. Su mano alzóse, y el estribillo estalló, vibrante como un toque de clarines:

Nuestro canto rebelde será
La roja bandera que nos guiará
Por la senda del trabajador,
Hasta el Soviet redentor...

Se fueron tarde a sus casas, despertando con sus voces las calles silenciosas.

Zharki tendió la mano hacia el teléfono.

- ¡Más bajo, muchachos, no se oye nada! -gritó a los bulliciosos jóvenes que se habían reunido en la habitación del secretario general.

Las voces bajaron dos tonos.

- Al aparato. ¡Ah! ¿Eres tú? Sí, sí, ahora. ¿El orden del día? El mismo: transporte de la leña desde los muelles. ¿Qué? No, no ha sido enviado a ningún sitio. Aquí está. ¿Le llamo? Bien.

Zharki hizo una señal a Pável para que se acercara, y le dijo, al pasarle el auricular:

- La camarada Ustinóvich quiere hablar contigo.

Korchaguin oyó la voz de Rita:

- Creí que no estabas. Casualmente tengo la tarde libre. Ven. Mi hermano estuvo aquí de paso; hacía dos años que no nos veíamos.

¡Su hermano!

Pável no escuchaba sus palabras. Recordaba aquella tarde y lo que había decidido por la noche en el puente. Sí, había que ir hoy mismo a verla y quemar las naves. El amor traía muchas inquietudes y pesares. ¿Acaso era tiempo para hablar de él?

La voz en el auricular exclamó:

- ¿Es que no me oves?

- Sí, sí, te escucho. Bien. Después de la reunión del buró.

Y colgó el auricular.

La miró directamente a los ojos, y apretando el borde de la mesa de roble, dijo:

- Seguramente, no podré venir más.

Lo dijo y vio cómo se levantaron asombradas las tupidas pestañas. El lápiz detuvo su carrera por la hoja de papel y cayó inmóvil sobre el cuaderno.

- ¿Por qué?

- Cada vez es más difícil encontrar tiempo. Tú misma sabes que ahora los días son duros para nosotros. Es una lástima, pero habrá que dejarlo estar...

Prestó oído a sus últimas palabras y sintió su falta de consistencia.

"¿Para qué te andas por las ramas? ¡No tienes valor para decir con franqueza la verdadera razón!"

Y Pável continuó pertinaz:

- Además, hace tiempo que quería decirte que te comprendo mal. Mira, cuando estudiaba con Segal, todo lo retenía en la cabeza, pero contigo no puedo de ninguna manera. Cada vez iba desde aquí a ver a Tókariev, para que me explicara las cosas. Mi caldero no funciona. Debes buscar un alumno de más mollera.

Y volvió la cabeza, rehuyendo la mirada atenta de Rita. Luego concluyó testarudo:

- Por lo tanto, nosotros no podemos gastar tiempo en vano.

Se levantó, apartó cuidadoso la silla con el pie y miró detenidamente la cabeza inclinada, el rostro lívido, iluminado por la pequeña lámpara. Luego, se encasquetó la gorra.

- Bueno, ¡salud, camarada Rita! Es una lástima que te haya importunado tantos días. Mejor hubiera sido decírtelo en seguida. Me reconozco culpable.

Rita le tendió maquinalmente la mano y, llena de estupor por su frialdad inesperada, tan sólo pudo decir:

- No te echo la culpa, Pável. Me he merecido lo de hoy, pues no he sabido tratarte ni hacerme comprender.

Pável sintió que las piernas le obedecían con dificultad. Cerró la puerta sin ruido. Junto al portal, se detuvo: aún podía volver y explicarle... Mas ¿para qué? ¿para recibir en la cara el trallazo de una palabra despectiva y verse de nuevo allí, junto al umbral? ¡Jamás!

En las vías muertas crecían los cementerios de vagones desvencijados y de locomotoras frías. El viento arremolinaba el serrín menudo en los depósitos de leña vacíos.

Y en tomo a la ciudad, por las sendas del bosque y

por los profundos barrancos, rondaba, con paso felino, la banda de Orlik. Durante el día permanecía escondida en los caseríos cercanos, en los ricos colmenares del bosque, y por las noches se arrastraba hasta las vías, las destruía con sus garras y, después de realizar su espantoso trabajo, volvía a arrastrarse a su guarida.

Y, frecuentemente, descarrilaban los corceles de acero. Saltaban hechas astillas las cajas de los vagones, moría aplastada la gente, que dormía, y el cereal precioso se mezclaba con la sangre y la tierra.

La banda caía sobre los apacibles pueblecillos. Las gallinas huían de la calle, a la desbandada, cacareando medrosas. Restallaba una bala perdida. Crujía, como ramiza pisoteada, el breve tiroteo junto a la casita blanca del Soviet local. Los bandidos corrían por las calles sobre sus caballos cebados y mataban a sablazos a quienes caían en sus manos. Descargaban los sablazos acompañando el golpe de un jadeo, como cuando se parte leña. Tiraban rara vez. Economizaban los cartuchos.

Desaparecían con la misma rapidez con que se habían presentado. La banda tenía en todas partes sus ojos y oídos. Estos ojos perforaban la casita blanca del Soviet local, observándola desde el patio de la morada del pope o desde la ventana de la espaciosa y confortable mansión de algún kulak. Y de allí a los matorrales del bosque se tendían hilos invisibles. Al bosque afluían cartuchos, carne de cerdo fresca, botellas de azulado aguardiente y, además, todo aquello que se transmitía en voz baja al oído de los atamanes pequeños y, después, por una red complicadísima, al del propio Orlik.

La banda contaba en total con unos doscientos o trescientos matones, pero no se podía conseguir cazarla. Dividida en varios grupos, operaba simultáneamente en dos o tres distritos. Era imposible encontrar a todos. El bandido nocturno era, durante el día, pacífico campesino que andaba ajetreado en su hacienda, daba forraje a su caballo y, con la sonrisa en los labios, chupaba su pipa junto a la puerta, acompañando con torva mirada a las patrullas de caballería.

Perdida la tranquilidad y el sueño, Alexandr Puzyrievski galopaba raudo con su regimiento por tres distritos. Infatigable y tenaz en la persecución, a veces alcanzaba la cola de la banda de Orlik.

Y un mes más tarde, Orlik retiró su cuadrilla de dos de las comarcas. El bandido se agitaba ya en un cerco estrecho.

La vida en la ciudad proseguía su marcha cotidiana. En los cinco mercados bullía un indescriptible hormiguero humano. Allí, imperaban dos tendencias: una sacar todo lo que se pudiera; la otra, dar lo menos posible. Allí operaban, poniendo en juego todas sus marrullerías y habilidades, granujas y rufianes de todos los pelajes. Como pulgas, saltaba de un lado para otro una gentuza ágil, en cuyos ojos se reflejaba todo, menos conciencia. Allí, como en un estercolero se reunía toda la inmundicia de la ciudad, con la única aspiración de "desplumar" a algún novato. Los escasos trenes vomitaban de sus entrañas montones de gente cargada con sacos. Y toda aquella plaga se dirigía a los mercados.

Por la tarde, éstos quedaban desiertos y las callejas y las filas negras de los puestos y tiendas tomaban un aspecto desolado.

No todos los valientes se arriesgaban a adentrarse por la noche en aquel barrio muerto, donde detrás de cada tienda se escondía, mudo, el peligro. Y, frecuentemente, por la noche resonaba, un disparo de revólver, como un martillazo sobre hojalata, y alguna garganta se ahogaba en su propia sangre. Y cuando llegaba el grupo de milicianos de los puestos vecinos -aisladamente no iban-, ya no encontraban a nadie, salvo el retorcido cadáver. Los granujas ya estaban lejos del lugar del crimen, y el ruido había barrido, como el viento el polvo, a todos los moradores nocturnos del barrio del mercado.

Allí en frente se encontraba el cine *Orión*. La calle y la acera, llena de gente, estaban inundadas de luz eléctrica.

En el salón zumbaba la máquina de cine. En la pantalla, amantes desgraciados se mataban mutuamente, y los espectadores prorrumpían en alaridos salvajes cuando se cortaba la cinta. En el centro y en los suburbios parecía que la vida no había salido de su cauce habitual, e incluso allí donde se encontraba el cerebro del poder revolucionario -en el Comité provincial- todo marchaba como de costumbre. Pero esta tranquilidad era aparente.

Sobre la ciudad se cernía la tormenta.

Su proximidad era conocida por muchos de los que, desde todas partes, entraban en ella disimulando trabajosamente el fusil bajo la zamarra campesina. Tampoco era un secreto para quienes, disfrazados de especuladores, llegaban en los techos de los vagones y, en lugar de dirigirse al mercado, llevaban sus sacos a las calles y casas grabadas en su memoria.

Sí, ellos lo sabían. En cambio, en los barrios obreros, ni siquiera los bolcheviques, recelaban la proximidad de la tormenta.

En la ciudad, únicamente cinco bolcheviques estaban enterados de estos preparativos.

Los restos de las bandas de Petliura, obligados por el Ejército Rojo a internarse en la Polonia blanca, se disponían, en estrecha colaboración con las misiones extranjeras de Varsovia, a tomar parte en la sublevación que se preparaba.

Con los restos de los regimientos de Petliura se formaba, en secreto, un grupo de incursión.

El comité central de los facciosos también tenía su organización en Shepetovka. La constituían cuarenta y siete personas -la mayoría contrarrevolucionarios

activos en el pasado-, a quienes la Cheka local había dejado confiadamente en libertad.

La organización era dirigida por el pope Vasili, el teniente Vínnik y el oficial de Petliura, Kusmenko. Las hijas del pope, el hermano y el padre de Vínnik, y Samotinia, que se había infiltrado en las oficinas del Comité Ejecutivo, se encargaban del espionaje.

Se había decidido que en la noche de la sublevación se arrojarían granadas en la Sección Especial fronteriza, se libertaría a los detenidos y, a ser posible, se ocuparía la estación.

En la gran ciudad -centro de la futura sublevación- se verificaba con el mayor secreto la concentración de oficiales, y en los bosques de las afueras se reunían las cuadrillas de bandidos. De allí, gente ducha y de confianza era enviada a Rumania y al mismo Petliura.

Hacía seis noches que el marino de la Sección Especial de la Zona no dormía ni un solo minuto. Era uno de los bolcheviques que lo sabían todo. Fiódor Zhujrái experimentaba la sensación del hombre que sigue la pista a una fiera dispuesta asaltar.

No se podía gritar, ni dar la señal de alarma. La alimaña sangrienta debía ser muerta. Sólo entonces sería posible el trabajo pacífico, sin tener que volver constantemente la cabeza hacia cada arbusto. No se debía espantar a la fiera. En esta lucha mortal, próxima a entablarse, sólo la sangre fría del combatiente y su firmeza al asestar el golpe darían la victoria.

Llegaba la hora.

En la ciudad, en el laberinto de la conspiración, decidieron: "Mañana por la noche".

Aquellos cinco bolcheviques que lo sabían todo se adelantaron: "No, *hoy* por la noche".

Al anochecer, mudo, sin silbidos, salió del depósito de máquinas un tren blindado, y con el mismo silencio se cerraron tras él los enormes portones.

Los aparatos se apresuraban a transmitir telegramas cifrados, y, allí a donde éstos llegaban, los guardianes de la República, olvidando el sueño, destrozaban los avisperos.

Akim llamó por teléfono a Zharki.

- ¿Se ha asegurado las reuniones de las células? ¿Sí? Bien. Vente ahora mismo a la reunión con el secretario del Comité del Partido. El problema de la leña está peor de lo que pensábamos. Cuando llegues, hablaremos –dijo Akim a Zharki con voz rápida y firme.

- Vaya, si continuamos así, muy pronto el problema de la leña acabará por volvemos locos a todos -gruñó Zharki, colgando el auricular.

Ambos secretarios salieron del automóvil en que Litke les había llevado rápidamente. Al subir al segundo piso, comprendieron en seguida que la reunión no la motivaba la leña.

En la mesa del administrador había una *Maxim*, en tomo a la cual estaban atareados los ametralladores de la unidad especial. En los pasillos se encontraban, silenciosos, los centinelas del activo del Partido y del Komsomol de la ciudad. Tras la ancha puerta del despacho del secretario general terminaba la reunión extraordinaria del buró del Comité provincial del Partido.

Por el ventanillo entraban los cables de dos teléfonos de campaña.

Se hablaba en voz baja. Zharki encontró a Rita y a Mijailo en la habitación de Akim. Rita, como cuando era comisario de compañía, llevaba gorro de soldado rojo, falda caqui y, por encima de la cazadora de cuero, un correaje del que colgaba un pesado máuser.

- ¿A qué viene todo eso? -preguntó asombrado Zharki.

- Es una alarma de ensayo, Vania. Ahora iremos a vuestro distrito. La concentración, a la señal de alarma, será en la 5ª Escuela de Infantería. Los muchachos acudirán allí directamente, desde las reuniones de célula. Lo fundamental es hacer las cosas sin que nadie se aperciba -le explicó Rita.

En el bosque de los *Cadetes* todo estaba en silencio.

Los robles, gigantes centenarios, se elevaban altos y silenciosos. Dormía el estanque, cubierto de bardana y de ortigas acuáticas. Callaban las anchas y descuidadas alamedas. En el centro del bosque, tras la alta tapia blanca, se alzaba el edificio de la Escuela de Cadetes. En él estaba ahora instalada la 5ª Escuela de Oficiales de Infantería del Ejército Rojo. Era a altas horas de la noche. El piso superior del pabellón estaba a oscuras. Aparentemente, todo se hallaba en calma. Daba la impresión de que, detrás de la tapia, todos dormían. Pero, entonces, ¿por qué estaban abiertas las puertas metálicas, y qué era aquello, parecido a dos enormes ranas, que se encontraba junto a ellas? No obstante, la gente que se dirigía allí desde los diferentes rincones del distrito ferroviario sabía que en la escuela nadie dormía, pues se había dado la señal de alarma nocturna. Llegaban allí directamente de las reuniones de célula, después de una breve información. Marchaban sin conversar, de uno en uno o por parejas, pero no en grupos superiores a tres hombres. Y en el bolsillo de todos ellos se encontraba, sin falta, el camet con el encabezamiento "Partido Comunista (bolchevique)" o "Juventud Comunista de Ucrania". Sólo, mostrando tales camets se podía pasar por las puertas de hierro.

En el salón de actos había ya mucha gente. Todas las luces estaban encendidas. Las ventanas habían sido tapadas con lonas de tiendas de campaña. Los bolcheviques allí reunidos fumaban tranquilamente, bromeando acerca de lo convencional de la alarma, pues nadie la sentía. Pensaban que los reunían simplemente, por si acaso, para mantener la

disciplina de las unidades especiales. Pero los combatientes fogueados, al entrar en el patio de la escuela, percibieron que aquello no se parecía en absoluto a una alarma de ensayo. Todo se hacía con demasiado sigilo. Se oyeron quedas voces de mando y las secciones de alumnos formaron en el parque en completo silencio. Las ametralladoras eran llevadas a brazo. Desde fuera no se veía ni una sola luz en los pabellones.

- ¿Se espera algo serio, Mitiay? -preguntó Korchaguin a Dubava en voz baja.

Mitiay estaba sentado en la repisa de la ventana, al lado de una muchacha desconocida. Korchaguin la había visto fugazmente, hacía tres días, en el despacho de Zharki.

Dubava, bromeando, dio a Pável unas palmaditas en el hombro:

- ¿Cómo, dices que se te ha subido el corazón a la garganta? No te preocupes, ya os enseñaremos a pelear. ¿No la conoces? -dijo, señalando con la cabeza a la muchacha-. Se llama Anna, no sé su apellido, pero puedo decirte que es la responsable de la base de agitación.

Escuchando la irónica presentación de Dubava, la muchacha examinaba a Korchaguin, mientras arreglaba un rizo rebelde que había escapado de debajo del pañuelo color lila.

Sus ojos se encontraron con los de Korchaguin, y el duelo mudo duró unos segundos. Sus ojos, negros azulencos, chispeaban provocativos. La muchacha tenía tupidas pestañas. Pável pasó su mirada a Dubava. Y sintiendo que se le subían los colores, frunció descontento el ceño.

- ¿Quién de vosotros agita a quién? -preguntó Pável con sonrisa forzada.

En la sala se oyó ruido. El jefe de la compañía, subiéndose a una silla, gritó:

- ¡Comunistas de 1ª la compañía, a formar en esta sala! ¡Vivo, vivo, camaradas!

En la sala entraron Zhujrái, el presidente del Comité Ejecutivo provincial y Akim, que acababan de llegar. La sala estaba abarrotada de gente, formada en filas.

El presidente del Comité Ejecutivo provincial se subió a la tarima en la que se encontraba la ametralladora de estudio y, levantando la mano, dijo:

- Camaradas, os hemos reunido aquí para una misión seria y responsable. Ahora se puede decir lo que ayer no se podía comunicar aún, pues se trataba de un secreto militar. Para mañana por la noche, en nuestra ciudad y en otras ciudades de Ucrania, se prevé el estallido de una sublevación contrarrevolucionaria. La ciudad está plagada de oficiales. En torno a ella se concentran las partidas de bandidos. Algunos de los facciosos han logrado infiltrarse en el grupo blindado, donde trabajan de chóferes. Pero la Cheka ha descubierto el complot y, para hacerle frente, hemos movilizado a toda la organización del Partido y de la Juventud. En colaboración con las unidades probadas de los alumnos de la Escuela de Infantería Nº 5 y con los destacamentos de la Cheka, actuarán el 1er y 2º batallones comunistas. Los alumnos ya han salido, ahora os ha llegado el turno a vosotros, camaradas. Se dan quince minutos para recibir las armas y formar. El camarada Zhujrái dirigirá la operación. Los jefes recibirán de él instrucciones concretas. Huelga indicar al batallón comunista la seriedad del momento presente. Nosotros debemos hacer abortar hoy el movimiento sedicioso preparado para mañana.

Un cuarto de hora más tarde, el batallón, ya armado, formaba en el patio de la escuela.

Zhujrái recorrió con la mirada las filas inmóviles.

Tres pasos delante de la formación había dos hombres con correaje: el jefe del batallón, Meniailo, fundidor de los Urales, de talla gigantesca y, a su lado, el comisario Akim. A la izquierda estaban alineadas las secciones de la 1ª compañía. Delante de ella se encontraban el jefe y el comisario de la misma. A su espalda, hallábanse las filas silenciosas del batallón comunista. En total, trescientas bayonetas.

Fiódor dio la señal.

- ¡En marcha!

Trescientos hombres marchaban por las calles desiertas.

La ciudad dormía.

En la calle Lvóvskaya, frente a la Díkaya*, el batallón hizo alto. Allí debían comenzar sus operaciones.

Silenciosamente eran acordonadas las manzanas de casas. El Estado Mayor se instaló en el soportal de una tienda.

Por la calle Lvóvskaya, alumbrando la carretera con su faro pirata, bajaba desde el centro de la ciudad un automóvil. Se detuvo junto al Estado Mayor.

Esta vez, Litke traía en el coche a su padre. El comandante saltó del auto, y, en letón, lanzó a su hijo varias frases entrecortadas. El coche salió disparado y, en un santiamén, desapareció tras la curva de la calle Dmítrievskaya. Hugo Litke era todo ojos. Sus manos se habían fundido con el volante, que viraba de continuo, bien a la derecha, bien a la izquierda.

¡Ajajá, allí sí que era necesaria su velocidad endiablada! A nadie se le ocurría meterle dos noches de arresto por sus virajes locos.

Hugo volaba por las calles como un meteoro.

Zhujrái, a quien el joven Litke había trasladado en un periquete de un extremo al otro de la ciudad, no pudo por menos de expresar su aprobación:

- Si hoy, Hugo, a la velocidad que vas, no matas a nadie, mañana serás dueño de un reloj de oro.

Hugo no cabía en sí de gozo.

---

* *Díkaya*: En ruso, salvaje. (N. de la Edit.)

- Y yo que pensaba pasarme diez días arrestado por el viraje.

Los primeros golpes fueron dirigidos contra la casa en que se encontraba el Estado Mayor de los conspiradores. Los primeros detenidos y los documentos incautados fueron entregados a la Sección Especial.

En la calle Díkaya, en la casa N° 11 del callejón que llevaba el mismo nombre extraño, vivía un tal Tsiurbert. Según los datos de la Cheka, dicho individuo desempeñaba un importante papel en el complot de los blancos. En manos del tal Tsiurbert obraban las listas de los grupos de oficiales que debían actuar en el distrito de Podol.

Litke había ido en persona a la calle Díkaya para detener a Tsiurbert, pero no lo encontró en su vivienda, cuyas ventanas daban a un jardín, separado del antiguo convento de monjas por una tapia. Según los vecinos, Tsiurbert no había estado en casa aquel día. Se realizó un registro, y, como resultado de él, fue encontrado un cajón de granadas de mano, junto con las listas y direcciones de los encartados en el complot. Después de ordenar que se preparara una emboscada, Litke se detuvo por un instante junto a la mesa, examinando los documentos hallados.

En el jardín estaba de centinela un joven alumno de la Escuela de Infantería. Desde su puesto veía la iluminada ventana. Era desagradable permanecer solo en aquel rincón. Tenía un poco de miedo. Habíasele ordenado vigilar la tapia que rodeaba el jardín. Pero la luz tranquilizadora de la ventana estaba lejos. Además, aquella luna del diablo alumbraba muy de tarde en tarde. En la oscuridad, los arbustos parecían seres vivos. El alumno tanteaba con la bayoneta en torno a su persona: el acero pinchaba en el vacío.

"¿Para qué me habrán puesto aquí? De todas formas nadie va a escalar una tapia tan alta. ¿No será mejor que me acerque a la ventana a echar un vistazo?", pensaba el centinela. Después de lanzar una última ojeada a lo alto de la tapia, salió del rincón, que olía a moho. Se detuvo por un momento junto a la ventana. Litke estaba recogiendo rápidamente los papeles y se disponía a salir de la habitación. En aquel preciso momento, en lo alto de la tapia apareció una sombra. Su dueño veía al centinela junto a la ventana y al otro hombre, que había en la habitación. Con agilidad felina, saltó la sombra a un árbol y después a tierra. Luego, se acercó sigilosamente a su víctima, levantó impetuosa el brazo y el centinela se desplomó. La daga marina le había penetrado en el cuello hasta la empuñadura.

El disparo en el jardín produjo entre la gente que acordonaba el barrio el efecto de una descarga eléctrica.

Seis hombres corrieron hacia la casa, atronando la calle con el pisar de sus botas.

Litke yacía muerto en el sillón. Su cabeza, bañada en sangre, había caído sobre la mesa. El cristal de la ventana estaba roto. Pero el enemigo no había conseguido recuperar los documentos.

Junto a la pared del convento resonaron precipitados disparos. Era el asesino, que, al saltar a la calle, había emprendido la huida, disparando su pistola, hacia los descampados de Lukiánovskie. Pero no logró escapar: una bala cortó su desesperada carrera.

Durante toda la noche tuvieron lugar registros generales. Centenares de personas no inscritas en los libros registro de las casas, y a las que se ocuparon documentos sospechosos y armas, fueron conducidas a la Cheka. Allí trabajaba una comisión seleccionadora, que clasificaba a los detenidos.

En algunos lugares, los conjurados opusieron resistencia armada. En la calle Zhiliánskaya, durante el registro de una de las casas, fue muerto, en el acto, Antosha Lébedev.

Aquella noche, el batallón de Solómenka perdió cinco hombres, y la Cheka se quedó sin Yan Litke, viejo bolchevique y fiel guardián de la República.

La sublevación había sido aplastada antes de estallar.

Aquella misma noche, en Shepetovka detuvieron al pope Vasili, a sus hijas y al resto de la pandilla.

Pasó la alarma.

Pero un nuevo enemigo amenazaba a la ciudad: la paralización en los ferrocarriles y, tras ella, el frío y el hambre.

El pan y la leña lo decidían todo.

Capítulo segundo

Fiódor pensativo, retiró de su boca la corta pipa y, cuidadosamente, tanteó el montoncillo de ceniza. La pipa se había apagado.

Las volutas de humo gris de una decena de cigarrillos formaban una nube bajo el cristal mate de las pantallas del techo, sobre el sillón del presidente del Comité Ejecutivo provincial. Como a través de una tenue neblina se veían los rostros de los hombres sentados junto a la mesa o en los rincones del despacho.

Junto al presidente, reclinado sobre la mesa, se encontraba Tókariev. El viejo se pellizcaba irritado la barbita. De tarde en tarde miraba de soslayo al hombre bajito y calvo, cuya voz alta de tenor continuaba trenzando frases interminables y hueras, como la cáscara de un huevo sorbido.

Akim cazó la mirada oblicua del viejo y recordó su infancia: en su casa tenía un gallo reñidor, llamado *Salta ojos*. El animalillo también miraba así antes de atacar.

La reunión del Comité provincial del Partido duraba ya dos horas. El hombre calvo era el presidente del Comité ferroviario encargado del acopio de leña.

Hojeando con dedos ágiles un montón de papeles,

el calvo disparaba como una ametralladora:

- ...Y, precisamente, estas causas objetivas imposibilitan el cumplimiento de la decisión del Comité provincial y de la Dirección del ferrocarril. Lo repito: tampoco dentro de un mes podremos dar más de cuatrocientos metros cúbicos de leña. Y la tarea consiste en traer ciento ochenta mil. ¡Esto... -el calvo se detuvo por un instante, buscando la palabreja- es una utopia! -y acto seguido cerró su boca pequeñita, frunciendo los labios con gesto de disgusto.

El silencio parecía prolongarse mucho.

Fiódor golpeaba la pipa con la uña, sacando la ceniza. Tókariev rompió el silencio con su voz de bajo, gutural y bronca:

- Aquí no hay nada que rumiar. En el Comité ferroviario forestal no ha habido leña, no la hay, y no cuenten ustedes con ella en adelante... ¿No es así?

El calvo se encogió de hombros.

- Perdón, camarada, nosotros hemos preparado la leña, pero la falta de transporte... -El hombre se atragantó, se enjugó la pulida calva con un pañuelo a cuadros y, luego, sin aceptar durante largo rato a meterlo en el bolsillo, lo escondió nervioso bajo la cartera.

- ¿Qué es lo que han hecho ustedes para traer la leña? Pues desde que fueron detenidos los especialistas dirigentes, mezclados en el complot, han pasado ya muchos días -dijo Denekko desde el ángulo que ocupaba.

El calvo se volvió hacia él.

- Yo he comunicado tres veces a la dirección del ferrocarril que sin transporte no se podía...

Tókariev le cortó.

- Ya hemos oído eso -sonrió mordaz el viejo ajustador, fulminando al calvo con su mirada hostil-. ¿Es que nos toma usted por tontos?

Su pregunta provocó escalofríos en el cuerpo del hombrecillo...

- Yo no respondo de las acciones de los elementos contrarrevolucionarios -se apresuró a decir, esta vez ya en voz baja.

- Pero, ¿sabía usted que el trabajo se estaba realizando lejos del ferrocarril? -preguntó Akim.

- Algo había oído de ello, pero yo no podía indicar a la Dirección las anormalidades en un sector que no era el mío.

- ¿Cuántos empleados tienen ustedes? -preguntó al calvo el presidente del Consejo de los Sindicatos.

- Cerca de doscientos.

- ¡Al año, un metro cúbico por zángano! –escupió rabioso Tókariev.

- Damos a todo el Comité ferroviario forestal ración de obrero de choque, quitándosela a los trabajadores, ¿y qué es lo que hacen ustedes? ¿Dónde han metido los dos vagones de harina que les fueron entregados para los obreros? -continuó el presidente del Consejo de los Sindicatos.

De todas partes llovían sobre el calvo preguntas escabrosas, pero él se desembarazaba de ellas como de acreedores importunos que exigiesen el pago de sus letras.

Se escurría como una anguila, para no dar respuestas concretas, pero sus ojos se agitaban inquietos. En su interior presentía la proximidad del peligro. Lleno de un nerviosismo cobarde, deseaba sólo una cosa: marcharse cuanto antes de la reunión a su casa, donde, además de la cena sólida, le esperaba su mujer, aún no vieja, matando las horas de la tarde con la lectura de una novela de Paul de Kock.

Sin dejar de prestar atención a las réplicas del calvo, Fiódor escribía en el bloc de notas: "Pienso que hay que comprobar mejor el trabajo de este hombre: no se trata de una simple torpeza. Poseo algunos datos acerca de su persona. .. Ya hemos hablado bastante con él, que se marche, y pongamos manos a la obra".

El presidente del Comité Ejecutivo leyó la nota que le había pasado Fiódor y asintió con la cabeza.

Zhujrai se levantó y salió al recibimiento a llamar por teléfono. Cuando regresó, el presidente del Comité Ejecutivo estaba ya leyendo el final de la resolución:

". . .destituir a los dirigentes del Comité ferroviario forestal por su evidente sabotaje. Poner en manos de los órganos de investigación el asunto de la tala".

El calvo esperaba algo peor. Cierto que la destitución por sabotaje ponía en duda su lealtad, pero eso era una bagatela, y en cuanto al asunto de Boyarka... bueno, aquello no le inquietaba, no había ocurrido en su sector. "Diablo, me había parecido que éstos se habían enterado de algo..."

Metiendo los papeles en la cartera, ya casi tranquilizado, dijo:

- En fin, yo soy un especialista sin partido, están ustedes en su derecho al desconfiar de mí. Pero tengo la conciencia limpia. Si no lo he hecho, es porque no he podido.

Nadie le respondió. El calvo salió, bajó apresuradamente las escaleras y, dejando escapar un suspiro de alivio, abrió la puerta de la calle.

- ¿Cómo se apellida usted, ciudadano? -le pregunto un hombre con capote.

Con el corazón encogido, el calvo tartamudeó:

- Cher... vinski...

En el despacho del presidente del Comité Ejecutivo provincial, cuando se hubo marchado aquella persona extraña, los trece hombres se agruparon estrechamente en tomo a la mesa.

- ¿Veis?.. -dijo Zhujrái, apretando con el dedo en un punto del desplegado mapa-. Aquí está la estación de Boyarka, a seis verstas del lugar donde se ha verificado la tala. Aquí hay apilados doscientos diez

mil metros cúbicos de leña. El ejército de trabajo* se ha esforzado durante ocho meses, se ha gastado un montón de energías, y, como resultado, la traición; el ferrocarril y la ciudad se encuentran sin leña. Hay que transportarla a la estación, haciendo un recorrido de seis verstas. Para ello se precisan, por lo menos, cinco mil carros durante todo un mes, y esto, a condición de que hagan dos viajes diarios. La aldea más cercana se encuentra a quince verstas. Además, por estos lugares merodea Orlik con su banda. ¿Comprendéis lo que eso significa?.. Mirad en el plano: la tala debía comenzar aquí, en dirección a la estación, y estos canallas la han realizado en dirección contraria, hacia el interior del bosque. El cálculo era infalible: no podremos trasladar la leña preparada al ferrocarril. Y, en realidad, es imposible conseguir ni siquiera cien carros. ¡He aquí de dónde nos ha venido el golpe!... Nos han hecho tanto daño como el comité de la sublevación.

El puño crispado de Zhujrái cayó pesadamente sobre el papel satinado del plano.

Cada uno de los trece hombres se representaba claramente todo el horror de lo que se acercaba, aquello que Zhujrái no había dicho. El invierno estaba a las puertas. Los hospitales, las escuelas, las instituciones y centenares de miles de personas quedarían a merced del frío, y en las estaciones... un hormiguero humano y un solo tren a la semana.

Los trece se sumieron en sus meditaciones.

Fiódor abrió el puño.

- Hay una sola salida, camaradas: construir en tres meses un ferrocarril de vía estrecha que vaya desde la estación al lugar en donde se encuentra la leña preparada -siete verstas-, haciéndolo de forma que, al cabo de un mes y medio, llegue donde comienza el talado del bosque. Hace ya una semana que vengo ocupándome de esto. Para la obra se requieren -la voz de Zhujrái chirrió en su garganta reseca- trescientos cincuenta obreros y dos ingenieros. En Puscha-Voditsa hay rieles y siete locomotoras. La Juventud Comunista local los ha encontrado en los depósitos. Antes de la guerra querían construir un ferrocarril, de vía estrecha, de allí a la ciudad. Pero en Boyarka los obreros no tienen en dónde vivir; allí no hay más que las ruinas de la escuela forestal. Habrá que enviar a los obreros por grupos, para dos semanas; no podrán resistir más. ¿Mandamos allí a los jóvenes comunistas, Akim?

Y, sin aguardar respuesta, continuó:

- La Juventud Comunista enviará allí todo lo que pueda: en primer lugar, la organización de Solómenka y parte de los jóvenes de la ciudad. La tarea es muy difícil, pero si se explica a los muchachos que de ellos depende la salvación de la ciudad y del ferrocarril, la cumplirán.

El jefe del ferrocarril movió incrédulo la cabeza.

- Difícilmente saldrá algo de esto, ¿Cómo se va a tender siete verstas de vía férrea en un lugar despoblado, en otoño, con lluvias, con los fríos a la puerta? -dijo cansadamente.

Zhujrái, sin volver hacia él la cabeza, le interrumpió:

- Debías haberte cuidado más de la tala, Andréi Vasílievich. Construiremos la vía hasta el bosque. No vamos a morirnos de frió, cruzados de brazos.

Se cargaron los últimos cajones con herramientas. El equipo del tren ocupó sus puestos. Lloviznaba. Las gotas de agua rodaban, como cuentas de vidrio, por el reluciente cuero de la cazadora de Rita.

Al despedirse de Tókariev, Rita le estrechó con fuerza la mano y dijo en voz baja:

- Os deseamos éxito.

El viejo la miró cariñosamente, bajo la línea nívea de sus cejas.

- Menudo quebradero de cabeza nos han buscado, ¡maldita sea su alma! -gruñó, respondiendo en voz alta a sus propios pensamientos-. Vosotros, aquí, estad al tanto. Si algo nos frena, apretad donde sea necesario, pues esa canalla no sabe trabajar sin liar las cosas. Bien, ya es hora de marchar, hijita.

El viejo se abrochó cuidadosamente la chaqueta. En el último momento, Rita le preguntó, como por azar:

- ¿Es que Korchaguin no va con ustedes? No se le ve entre los muchachos.

- Marchó ayer por la tarde en la vagoneta, con el director técnico, a preparar algunas cosas para cuando lleguemos nosotros.

Zharki, Dubava y Anna Borjart, esta última con la chaquetilla negligentemente echada sobre los hombros y un cigarrillo apagado entre sus finos dedos, se acercaban presurosos a ellos por el andén.

Mirando fijamente a los que se aproximaban, Rita hizo al viejo la última pregunta:

- ¿Cómo va Korchaguin con el estudio?

Tókariev la miró asombrado.

- ¿Qué estudio?, ¿no está el muchacho bajo tu tutela? Más de una vez me ha hablado de ti. No sabe ya cómo alabarte.

Rita, incrédula, escuchaba atenta las palabras del viejo.

- ¿Es cierto, camarada Tókariev? ¿Cómo se explica, entonces, que de mi casa fuera a que tú le volvieses a explicar los problemas?

El viejo soltó una risotada:

- ¿Que venía a mí?.. Ni tan siquiera le veía el pelo.

La locomotora rugió. Klavichek gritó desde el vagón:

- ¡Camarada Ustinóvich, deja que el padre venga con nosotros, no seas egoísta! ¿Qué vamos a hacer

* En 1920-1921, una vez terminada la guerra civil, algunas unidades del Ejército Rojo constituyeron ejércitos de trabajo. (N. de la Edit.)

sin él?

El checo quería decir algo más, pero al ver a los tres que se acercaban, se calló. Por un instante, sus ojos tropezaron con el fulgor inquieto de los de Anna; con pena percibió la sonrisa despedida que la muchacha dedicaba a Dubava e, impetuosamente, se apartó de la ventanilla.

La lluvia de otoño flagelaba el rostro. A ras de tierra se arrastraban las nubes, de un color gris oscuro, esponjadas por la humedad. El tardío otoño desnudaba el ejército de árboles; alzábanse sombríos los añosos carpes, escondiendo las arrugas de su corteza bajo el musgo pardusco. El despiadado otoño les había despojado de su suntuoso ropaje, y ahora estaban desnudos y tristes.

Solitaria, al abrigo de los árboles, se hallaba la pequeña estación. De su muelle de piedra partía una línea de tierra removida que iba a perderse en el bosque. Un hormiguero humano la cubría.

La pegajosa arcilla chapoteaba repugnantemente bajo las botas. La gente trabajaba con furia, junto al terraplén. Golpeaban sordamente las barras; las palas arañaban las piedras.

La lluvia caía, como cernida por un tamiz fino, y sus gotas, frías, calaban la ropa. El agua barría el trabajo de los hombres. La arcilla, formando una pasta espesa, resbalaba del terraplén.

La ropa, empapada por completo, tomábase pesada y fría, pero la gente no abandonaba el trabajo hasta bien entrada la noche.

Y cada día, la línea de tierra cavada y removida se adentraba más y más en el bosque.

No lejos de la estación se elevaba sombrío el esqueleto de un edificio de piedra. Hacía ya tiempo que los merodeadores habían arramblado con todo lo que se podía arrancar o destrozar. En vez de ventanas y puertas había grandes agujeros; en lugar de portezuelas de estufa, negras bocas. Por las aberturas del tejado roto asomaba el costillaje de las vigas.

El piso de hormigón de las cuatro espaciosas habitaciones era lo único que había quedado intacto. Sobre él se acostaban por la noche cuatrocientos hombres, con la ropa empapada y llena de barro. Escurríanla junto a las puertas y de ella caían chorros de agua sucia. Maldecían, con blasfemias terribles, de la lluvia y el barro. Se tendían en apretadas hileras sobre el piso de cemento, ligeramente cubierto de paja. Trataban de calentarse unos con otros. La ropa despedía vapor, pero no se secaba. Y a través de los sacos clavados en los marcos de las ventanas, el agua penetraba en las habitaciones. La lluvia batía los restos de la techumbre de hierro, y el viento soplaba por la puerta, llena de rendijas.

Por la mañana bebían té en la vetusta barraca donde se encontraba la cocina y se marchaban al terraplén. Para almorzar comían lentejas sin carne, odiosas por su monotonía, y libra y media de pan, negro como la hulla.

Esto era todo lo que podía darles la ciudad.

El director técnico, Valerián Nikodímovich Patoshkin, viejo enjuto y alto, con dos profundas arrugas en las mejillas, y el técnico Vakulenko, fornido y con nariz carnosa en su rostro burdamente tallado, se alojaban en casa del jefe de la estación.

Tókariev dormía en el cuartucho de Joliava, el chekista de la estación, hombre de piernas cortas y móvil como el azogue.

El destacamento de construcción soportaba las privaciones con furiosa tenacidad.

Cada día, el terraplén se iba adentrando más en el bosque.

En el destacamento ya se habían producido nueve casos de deserción. Unos días más tarde, huyeron otros cinco hombres.

Las obras recibieron el primer golpe en la segunda semana: el tren de la tarde no trajo de la ciudad el pan.

Dubava despertó a Tókariev y se lo comunicó.

El secretario de la organización del Partido, sacando fuera de la cama sus velludas piernas, se rascó furiosamente el sobaco.

- ¡Comienzan las bromitas! -gruñó entre dientes, mientras se vestía con rapidez.

En la habitación entró el rechoncho Joliava, parecido a un globo.

- Corre al teléfono y ponte en comunicación con la Sección Especial -le ordenó Tókariev-. Y tú no digas a nadie ni una palabra acerca del pan -advirtió a Dubava.

Después de media hora de regañar con las telefonistas de la línea, el pertinaz Joliava consiguió comunicar con el suplente del jefe de la Sección Especial, con Zhujrái. Escuchando sus disputas, Tókariev, impaciente, se apoyaba ya en un pie ya en el otro.

- ¿Qué? ¿No han llevado el pan? Ahora mismo me enteraré de quién tiene la culpa -tronó amenazante en el auricular la voz de Zhujrái.

- Tú dime qué le vamos a dar de comer a la gente mañana -gritaba irritado Tókariev en el aparato.

Zhujrái, al parecer, ideaba algo. Después de una larga pausa, el secretario del Partido oyó:

- El pan lo llevaremos por la noche. Enviaré a Litke con un camión, él conoce el camino. Al amanecer tendréis el pan ahí.

Apenas despuntó el día, llegó a la estación un camión salpicado de barro y cargado de sacos de pan. De la cabina, pálido por la noche en vela, descendió Litke hijo.

La lucha por la construcción adquiría graves caracteres. De la Dirección del ferrocarril comunicaban que no tenían traviesas. En la ciudad no encontraban medios para trasladar los rieles y las pequeñas locomotoras a las obras, y, además, resultó que las propias locomotoras requerían una reparación considerable. El primer grupo terminaba el trabajo, aún no había relevo y no se podía retener allí a la

gente, que había agotado todas sus fuerzas.

A la luz de una lamparilla de aceite, el activo estuvo deliberando en la vieja barraca, hasta altas horas de la noche.

Por la mañana, Tókariev, Dubava, Klavichek y seis más marcharon a la ciudad, para reparar las locomotoras y traer los rieles. A Klavichek, como panadero de profesión, se le enviaba de control a la sección de abastos; los demás iban a Puscha-Voditsa.

Y continuaba lloviendo a cántaros.

Korchaguin sacó con trabajo un pie de la pegajosa arcilla y, por el frío agudo que sintió en el talón, comprendió que la suela podrida se había desprendido por completo. Desde que habían llegado, sufría a causa de sus deterioradas botas, siempre húmedas y llenas de barro; ahora una de las suelas se había desprendido, y el pie descalzo pisaba la helada pasta arcillosa. La bota le dejó fuera de combate. Sacando del barro el resto de la suela, Pável la miró desesperado y faltó a la palabra de no blasfemar, que se había dado a sí mismo. Con la suela en la mano, se dirigió a la barraca. Se sentó junto a la cocina de campaña, deslió su peal, todo embarrado, y acercó al fogón el pie entumecido por el frío.

Junto a la mesa de cocina, cortando remolacha en pedazos, estaba Odarka, mujer del guardavías, que había sido tomada por el cocinero en calidad de pinche. La naturaleza se había mostrado pródiga con la mujer del guardián, que distaba mucho de ser vieja. Tenía Odarka anchas espaldas hombrunas, exuberantes senos y caderas poderosas y pronunciadas. La mujer manejaba hábilmente el cuchillo, y sobre la mesa aumentaba con rapidez la montaña de hortalizas cortadas.

Odarka miró fríamente a Pável y le preguntó hostil:

- ¿Qué, ya te vas preparando para la comida? Es un poco temprano. Se ve que rehuyes el trabajo, muchacho. ¿Dónde metes el pie? Esto es una cocina, no un baño.

Entró el viejo cocinero.

- Se me ha hecho polvo la bota -dijo Pável, explicando su presencia en la cocina.

El cocinero miró la destrozada bota y señaló hacia Odarka con la cabeza:

- Su marido es medio zapatero -dijo-, y puede ayudarte, pues sin calzado estás perdido.

Escuchando al cocinero, Odarka se fijó en Pável y se turbó un poco.

- Le había tomado por un gandul -confesó la mujer.

Pável sonrió. Odarka, con ojos de persona entendida en la materia, examinó la bota.

- Mi marido no la remendará, no vale la pena; y para que no se le estropee el pie, yo le traeré de mi casa un chanclo que tenemos tirado en el desván. ¿Dónde se ha visto que la gente se torture así? Si no hoy, mañana, comenzarán las heladas; va usted a pasarlas negras -dijo, ya compasiva, y, dejando el cuchillo sobre la mesa, salió.

Pronto regresó con un chanclo alto y un pedazo de arpillera. Cuando el pie, envuelto en la arpillera, ya caliente, se hubo aposentado en el chanclo, Pável miró a la mujer del guardián con mudo agradecimiento.

Tókariev llegó de la ciudad irritado, reunió en la habitación de Joliava al activo y le comunicó noticias poco gratas.

- En todas partes hay atascos. Adondequiera que te diriges no hacen más que dar vueltas, pero sin moverse del sitio. Se ve que hemos cazado pocos gansos blancos; aún nos darán mucho que hacer -informaba el viejo a los reunidos-. Os digo con franqueza, muchachos, que la cosa no puede estar peor. Aún no han reunido el relevo, y no se sabe cuánta gente enviarán. El frío está en puertas. Antes de que llegue, hay que pasar el pantano, aunque reventemos, pues, de lo contrario, luego no se podrá arrancar la tierra ni con los dientes. Estad seguros, muchachos, de que en la ciudad les apretarán las clavijas a todos los que allí enredan, pero nosotros, aquí, debemos duplicar la rapidez. Aunque reventemos cinco veces, hay que construir el ramal. ¿Qué bolcheviques seremos si no? Gente sin espíritu -dijo Tókariev con voz metálica, en lugar de la ronca voz de bajo, habitual en él. Sus ojos, que brillaban bajo las fruncidas cejas, hablaban de decisión y tenacidad.

- Hoy celebraremos una reunión cerrada, les explicaremos a los nuestros lo que hay, y mañana saldremos todos al trabajo. Por la mañana, dejaremos marchar a los sin partido, y nosotros nos quedaremos. He aquí la decisión del Comité provincial -dijo, y tendió a Pankrátov una hoja de papel doblada.

Por encima del hombro del cargador, Korchaguin leyó: "Se considera necesario dejar en la construcción a todos los miembros de la Juventud Comunista, no permitiendo su relevo antes de la entrega de la primera partida de leña. Por el secretario de Comité provincial de la Juventud Comunista, R. Ustinóvich"

Por la estrecha barraca no se podía dar un paso. Ciento veinte hombres la llenaban. Permanecían de pie junto a las paredes, encima de las mesas, e incluso sobre la cocina.

Abrió la reunión Pankrátov. Tókariev habló poco tiempo, pero el final de su discurso produjo el efecto de una bomba.

- Mañana los comunistas y los komsomoles no marcharán a la ciudad.

La mano del viejo subrayó en el aire toda la inmutabilidad de la decisión. El ademán barrió todas las esperanzas de regresar a la ciudad, a casa, de salir de aquel barrizal. En los primeros momentos, no se podía entender nada, a causa de los gritos. El vaivén

de los cuerpos hizo oscilar intranquila la llama pálida de la lamparilla. La oscuridad ocultaba los rostros. El ruido de las voces iba en aumento. Unos hablaban, soñadores, de "la comodidad del hogar"; otros, indignados, gritaban que estaban rendidos. Muchos guardaban silencio. Y sólo uno manifestó que desertaba. Su voz colérica vomitaba desde el rincón, entre blasfemias:

- ¡Al diablo! ¡No me quedo aquí ni un día más! ¡A la gente se la envía a los trabajos forzados por algún crimen! ¿Y a nosotros, por qué? Nos han tenido aquí dos semanas, y basta. Ya está bien de hacer el tonto. El que ha dado la disposición, que venga y que construya él mismo. El que quiera, que se revuelva en este fangal, pero yo no tengo más que una vida. Mañana me marcho.

Okunev, a cuya espalda se encontraba el que daba las voces, encendió una cerilla para ver el rostro del desertor. Por un instante, la débil llama destacó de la oscuridad un rostro crispado por una mueca colérica, la boca abierta. Okunev le reconoció: era el hijo del contable del Comité provincial de Abastos.

- ¿Qué miras? No me oculto, no soy ningún ladrón. La cerilla se apagó. Pankrátov levantóse.

- ¿Quién es ése que ladra? ¿Para quién la tarea del Partido es igual que los trabajos forzados? -pronunció sordamente recorriendo con mirada grave los rostros de los que se encontraban cerca-. Hermanos, no podemos marchar a la ciudad de ninguna manera, nuestro puesto está aquí. Si nosotros nos largamos, la gente se morirá de frío. Camaradas, cuanto más pronto terminemos, antes volveremos a casa; y huir, como quiere aquí un llorón, no nos lo permiten ni nuestra idea ni la disciplina.

Al cargador no le gustaban los discursos largos, pero incluso éste, que era breve, lo interrumpió la misma voz.

- ¿Los sin partido se marchan?

- Sí -dijo Pankrátov con voz tajante como un hachazo.

Hacia la mesa abrióse paso un muchacho con abrigo corto de ciudad. Como un murciélago voló sobre la mesa, dando vueltas, el pequeño carnet, golpeó a Pankrátov en el pecho y, rebotando, fue a caer sobre la mesa, donde quedó de canto.

- Ahí tenéis el camet, tomadlo, por favor, por ese pedacito de cartón no estoy dispuesto a sacrificar mi salud.

El final de la frase fue ahogado por las indignadas voces que se alzaron en toda la barraca:

- ¿Qué es lo que tiras?

- ¡Ah, traidor!

- ¡Te infiltraste en la Juventud Comunista para hacer carrera!

- ¡Echadle de aquí!

- ¡Ya te daremos la carrera nosotros, piojo apestoso!

El que había tirado el carnet se dirigió hacia la puerta, con la cabeza gacha. Le abrían paso, apartándose de él como si tuviera la peste. Chirrió la puerta al cerrarse tras el desertor.

Pankrátov cogió con las puntas de los dedos el carnet que estaba sobre la mesa y lo acercó al fuego de la lamparilla.

El cartón, envuelto por las llamas, comenzó a retorcerse y a transformarse en cenizas.

En el bosque restalló un disparo. Un hombre a caballo alejóse raudo de la vetusta barraca y se perdió en la oscuridad del bosque. De la escuela y de la barraca salió corriendo la gente. Por azar, alguien se dio de narices con una tablilla de madera, metida en una rendija de la puerta. Encendieron una cerilla. Protegiendo del viento con los faldones de la ropa la llamita vacilante, leyeron: "Marchaos todos de la estación al lugar de donde habéis venido. El que se quede, recibirá un balazo en la frente. Mataremos a todos, hasta el último; no habrá piedad para nadie. Os doy de plazo hasta mañana por la noche. El atamán Chesnok"

Chesnok era de la banda de Orlik.

En la mesa de la habitación de Rita se encontraba abierto el diario.

2 de diciembre

Esta mañana ha caído la primera nevada. Hacía mucho frío. En la escalera me he encontrado con Viacheslav Olshinski. Hemos salido juntos.

- Siempre me entusiasma la primera nieve. ¡Qué frío! Es un encanto, ¿no es cierto? -me dijo Olshinski.

Me acordé de Boyarka, y le dije que el frío y la nieve no me causaban la menor alegría y que, por el contrario, me afligían. Le conté por qué.

- Eso es subjetivo. Siguiendo el curso de sus pensamientos será necesario reconocer la inadmisibilidad de la risa y, en general, de la jovialidad durante la guerra, por ejemplo. Pero en la vida no ocurre así. La tragedia se desarrolla, allí donde se encuentra la zona del frente. En ella, la sensación de la vida está aplastada, por la proximidad de la muerte. Pero incluso allí la gente ríe. Y lejos de la línea de fuego, la vida continúa siendo la misma: risas, lágrimas, penas y alegrías, sed de espectáculos y de placeres, emoción, amor...

En las palabras de Olshinski es difícil percibir la ironía. Olshinski es el representante del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros. Milita en el Partido desde el año 1917. Viste a la europea, siempre va perfectamente afeitado y huele ligeramente a perfume. Vive en nuestra casa, en el piso de Segal. Por las tardes suele venir a mi habitación. Es interesante hablar con él, conoce el Occidente, ha vivido mucho tiempo en París, pero no pienso que lleguemos a ser buenos amigos. La causa

es que, en mí ve, ante todo, a la mujer, y en segundo lugar a la camarada de Partido. Por cierto, no enmascara sus deseos y pensamientos; es lo bastante valiente para decir la verdad, y sus inclinaciones no son groseras. Sabe embellecerlas. Pero no me gusta.

Me agrada mucho más la ruda sencillez de Zhujrái que el brillo europeo de Olshinski.

De Boyarka recibimos partes breves. Cada día se tienden cien *sazhenes*[*] de vía. Colocan las traviesas sobre la tierra helada, en unos lechos abiertos especialmente. Hay allí doscientos cuarenta hombres en total. La mitad del segundo relevo se ha escapado. Las condiciones son verdaderamente duras. ¿Cómo van a trabajar con el intenso frío reinante?... Hace ya una semana que Dubava está allí. En Puscha-Voditsa montaron cinco locomotoras de las ocho que hay. Para las restantes faltan piezas.

La Dirección de Tranvías ha denunciado a Dmitri por delito común: el muchacho, con su brigada, detuvo por la fuerza todas las plataformas que iban de Puscha-Voditsa a la ciudad. Después de hacer apearse a los pasajeros, cargó las plataformas de rieles para el tren de vía estrecha. Por la línea de la ciudad trajeron a la estación diecinueve plataformas. Los tranviarios ayudaron cuanto pudieron.

En la estación, los restos de la Juventud Comunista de Solómenka cargaron los rieles por la noche, y Dmitri y sus muchachos los llevaron a Boyarka.

Akim se negó a plantear en el buró la cuestión de Dubava. Dmitri nos ha hablado de la rutina asquerosa y del burocratismo reinantes en la Dirección de Tranvías. Allí se negaron rotundamente a dar más de dos plataformas. Tufta le echó a Dubava un buen sermón:

- Ya es hora de dejar a un lado las guerrilleradas; por ellas se puede ir a parar a la cárcel. ¿Acaso no es posible llegar a entenderse por las buenas?

Yo nunca había visto a Dubava tan enfurecido.

- ¿Por qué tú, papelero, no te pusiste de acuerdo con ellos? ¡Tú estás aquí, chupatintas, y no haces más que ladrar! ¡Si yo voy sin los rieles a Boyarka, me romperán la cara! ¡Y a ti, para que no estorbes a los demás, habría que mandarte a la construcción, a disposición de Tókariev, para que te quite el moho! - rugía Dmitri, atronando todo el Comité provincial.

Tufta escribió una queja contra Dubava, pero Akim me rogó que les dejara solos y estuvo hablando con él unos diez minutos. Tufta salió del despacho de Akim disparado, rojo y enfurecido.

3 de diciembre

Ante el Comité provincial se ha planteado un nuevo asunto, denunciado por la Cheka de transportes. Pankrátov, Okunev y algunos camaradas más se presentaron en la estación de Motovílovka y quitaron las puertas y los marcos de las ventanas de las construcciones vacías. Cuando cargaban todo esto en el tren obrero, trató de detenerlos el chekista de la estación. Los muchachos le desarmaron, y solamente al arrancar el tren le devolvieron el revólver, después de haberle sacado los cartuchos. Se llevaron las puertas y las ventanas. La sección de material del ferrocarril acusa a Tókariev de haber cogido, por su propia cuenta, veinte puds de clavos del depósito de Boyarka. Tókariev los ha dado a los campesinos que trabajan transportando, desde el lugar donde la leña está preparada, los maderos largos que se colocan en lugar de traviesas.

He hablado de estas cosas con el camarada Zhujrái. El ríe: "Echaremos tierra sobre todos estos asuntos".

En las obras, la situación es extremadamente tirante, y cada día es precioso. Por las más simples nimiedades hay que presionar. Con frecuencia hacemos presentarse en el Comité provincial a los saboteadores. Los muchachos de la construcción se salen cada vez más a menudo del marco del "formalismo".

Olshinski me ha traído una pequeña estufa eléctrica. Olga Yurienieva y yo nos calentamos las manos con ella. Pero la estufa no es suficiente para caldear la habitación. ¿Cómo pasarán esta noche en las obras del ferrocarril? Olga cuenta que en el hospital hace mucho frío, los enfermos no salen de debajo de la manta. Encienden la calefacción cada dos días.

¡No, camarada Olshinski, la tragedia en el frente es también la tragedia en la retaguardia!

4 de diciembre

Ha nevado durante toda la noche. En Boyarka, escriben, la nieve lo ha cubierto todo. Los trabajos se han interrumpido. Limpian la vía. Hoy, el Comité provincial ha aprobado la siguiente resolución: "... terminar la construcción del primer ramal, hasta el límite del bosque talado, no más tarde del 1º de enero de 1922". Cuando la resolución fue comunicada a los de Boyarka, dicen que Tókariev exclamó: "Si no reventamos, lo haremos".

De Korchaguin no se oye nada. Es asombroso que no haya "causas" contra él, como la de Pankrátov. Hasta ahora, no sé por qué no quiere verse conmigo.

5 de diciembre

Ayer, una banda tiroteó el ferrocarril en construcción.

Los caballos pisaban con precaución la nieve blanda y dúctil. De tarde en tarde, bajo su sudario, se movía una rama, apretada contra la tierra por el casco del caballo; crujía, y entonces el animal relinchaba, asustado, apartándose de un salto. Pero el jinete

[*] *Sazhen*: antigua medida rusa de longitud equivalente a 2.13 metros. (N. de la Edit.)

golpeándole en las orejas con el fusil de cañón aserrado, le hacía pasar al galope, alcanzando a los que iban en cabeza.

Unos diez jinetes cruzaron la cadena de colinas en que terminaba la franja de tierra negra, aún no cubierta por la nieve.

Allí frenaron los caballos. Resonaron los estribos, al chocar unos con otros. Ruidosamente, estremecióse el potro del que iba en cabeza, empapado en sudor por la larga carrera.

- Ha caído aquí toda una plaga -dijo el que iba en cabeza-. Vamos a dejarlos fríos. El atamán ha dicho que mañana esta langosta no esté ya aquí, pues se ve que esa canalla de los talleres se va a hacer con la leña...

Se acercaban a la estación en fila india, por ambas márgenes del ferrocarril de vía estrecha. Al paso, llegaron al calvero que había junto a la vieja escuela y se ocultaron tras los árboles.

La descarga rompió el silencio de la noche oscura. Como una ardilla, desde la rama de un abedul argentado por la luz de la luna, se deslizó hacia el suelo un montoncillo de nieve. Y entre los árboles despidieron chispas los fusiles de cañón aserrado; las balas hurgaron el enlucido inconsistente; con sonido plañidero saltaron los cristales de las ventanas traídas por Pankrátov.

La descarga arranco a la gente del piso de cemento; la levantó, pero cuando por las habitaciones comenzaron a bordonear las balas, el miedo la derribó de nuevo.

Caían unos sobre otros.

- ¿A dónde vas? -exclamó Dubava, cogiendo a Pável del capote.

- Afuera.

- ¡Túmbate, idiota! Te dejarán seco en cuanto te asomes -le susurró impetuosamente Dmitri.

Estaban tendidos juntos en la habitación, al lado de la puerta. Dubava se apretaba contra el piso, extendiendo hacia el umbral la mano que empuñaba el revólver. Korchaguin estaba sentado en cuclillas, tanteando nerviosamente con los dedos los orificios para los cartuchos en el tambor del revólver. En éste había cinco cartuchos. Al palpar una cavidad vacía, hizo girar un poco más el tambor.

El tiroteo cesó. El súbito silencio asombró a todos.

- Muchachos, los que tengan armas, que se reúnan aquí -ordenó Dubava en voz queda.

Korchaguin abrió la puerta cauteloso. En el claro del bosque no había nadie. Los copos de nieve caían revoloteando lentamente.

En el bosque, diez jinetes fustigaban sus caballos.

A la hora de comer llegó de la ciudad la vagoneta automóvil. De ella descendieron Zhujrái y Akim. Les recibieron Tókariev y Joliava. De la vagoneta descargaron y dejaron sobre el andén una ametralladora *Maxim*, varias cajas con cintas y veinte fusiles.

Se dirigieron apresuradamente al lugar de las obras. Los bordes del capote de Fiódor dibujaban zigzágs en la nieve. Andaba como un oso, balanceándose; aún no había perdido la costumbre de combar las piernas, como si pisara la oscilante cubierta del torpedero. Con frecuencia, Tókariev tenía que correr para no quedarse rezagado de sus compañeros: el larguirucho Akim caminaba al paso de Fiódor.

- La incursión de la banda es el mal menor. Pues aquí hemos topado con el monte, ¡maldita sea su estampa! Habrá que quitar mucha tierra.

El viejo se detuvo, volvióse de espaldas al viento, encendió un cigarrillo, juntando las manos para proteger la cerilla, y, luego de un par de chupadas, alcanzó a los que iban delante. Akim se había parado a esperarle. Zhujrái, sin acortar el paso, seguía avanzando.

Akim preguntó a Tókariev:

- ¿Os alcanzarán las fuerzas para construir el ramal en el plazo fijado?

Tókariev, después de una breve pausa, respondió:

Sabes, hijito, hablando en general, no se puede construir, pero tampoco se puede no construirlo. Y ése es el problema.

Ambos dieron alcance a Fiódor y marcharon a su paso. El cerrajero decía excitado:

- Precisamente aquí comienza ese mismo "pero". Aquí nadie, aparte de dos -Patoshkin y yo-, sabe que, en condiciones tan perras, con este material y esta cantidad de mano de obra, es imposible construirlo. Pero, en cambio, todos, desde el primero hasta el último, saben que no se puede no construirlo. Y ello me permitió afirmar: "Si no reventamos, lo haremos". ¡Fijaos! hace ya dos meses que estamos aquí atascados, hemos empalmado ya cuatro turnos y el equipo, sin descanso, se mantiene únicamente por su juventud. La mitad de los muchachos están resfriados. Cuando uno mira a estos chicos, le sangra el corazón. No tienen precio... Este maldito hoyo enviará a la tumba a más de uno.

A un kilómetro de la estación terminaba la vía estrecha completamente dispuesta para funcionar.

Más allá, a kilómetro y medio, yacían sobre el terraplén nivelado unos leños largos incrustados en la tierra, como una empalizada derribada por el viento. Eran las traviesas. Más adelante, hasta el montecillo, tan sólo había un camino llano.

Allí trabajaba el primer grupo de construcción, dirigido por Pankrátov. Cuarenta hombres colocaban las traviesas. Un campesino de barba roja, con *laptis* nuevos, sin apresurarse descargaba del trineo los leños y los dejaba caer sobre la vía. Algunos trineos más descargaban a lo lejos. Sobre el suelo yacían dos largas vigas de hierro. Era el patrón de los rieles, con

el que se nivelaban las traviesas. Para apisonar la tierra, se empleaban hachas, barras y palas.

Colocar las traviesas era labor minuciosa y lenta. Las traviesas debían yacer sobre la tierra de modo sólido y firme y, además, de manera que el riel se apoyara por igual en cada una de ellas.

Sólo el capataz ferroviario Lagutin, el padre de Talia, viejo de cincuenta y cuatro años, sin una sola cana y con negra barba partida, conocía la técnica de la colocación de las traviesas. Por propia voluntad, llevaba trabajando dos meses sin relevo, soportando con la juventud todas las penalidades, y se había granjeado la estimación del destacamento entero. Aquel hombre sin partido ocupaba siempre el puesto de honor en las reuniones de los bolcheviques. Enorgullecido por ello, el viejo dio palabra de no abandonar las obras del ferrocarril.

- Decid, por favor, ¿cómo voy a abandonaros? Sin mí, os armaréis un lío al colocar las traviesas; para ello hace falta golpe de vista, práctica. Y yo; ¡he incrustado tantísimas traviesas de éstas por las tierras de Rusia, durante mi vida!... -decía bonachón cada vez que expiraba un nuevo plazo, y se quedaba.

Patoshkin tenía confianza en aquel viejo magnífico, y rara vez iba por su sector. Cuando Zhujrái, Akim y Tókariev llegaron a donde se encontraban los obreros, Pankrátov, sudoroso y congestionado, abría con el hacha un nido para una traviesa.

Akim apenas reconoció al cargador. Pankrátov había adelgazado, sus anchos pómulos se destacaban más que antes, y su rostro, mal lavado y enjuto, parecía haber ennegrecido.

- ¿Ah, han venido las autoridades? -dijo Pankrátov, y tendió a Akim su mano cálida y húmeda.

Cesó el golpear de las palas. Akim vio alrededor rostros pálidos. Las zamarras y capotes que se habían quitado los que trabajaban estaban tirados allí mismo, sobre la nieve.

Después de hablar con Lagutin, Tókariev se llevó a Pankrátov consigo y condujo a los recién llegados hacia el cerro. El cargador iba al lado de Fiódor.

- Dime, Pankrátov, ¿cómo ocurrió aquello con el chekista en Motovílovka? ¿No te parece que exagerasteis un poco la nota al desarmarle? -preguntó seriamente Fiódor al poco locuaz cargador.

Pankrátov sonrió turbado:

- Le desarmamos de mutuo acuerdo, él mismo nos lo pidió. Es un muchacho de los nuestros. Nosotros le explicamos todo tal y como era, y él dijo: "Muchachos, yo no tengo derecho a dejar que os llevéis las puertas y ventanas. Hay una orden del camarada Dzerzhinski de terminar radicalmente con el robo de los materiales ferroviarios. Aquí, el jefe de la estación está conmigo a matar; el canalla roba, y yo le estorbo. Si dejo que os marchéis, me denunciará sin falta por conducto regular, y daré con mis huesos en el Tribunal Revolucionario. Vosotros desarmadme y largaos. Y si el jefe de la estación no denuncia el hecho, la cosa terminará aquí". Así lo hicimos. ¡En fin de cuentas, las puertas y las ventanas no las hemos traído para nuestro provecho particular!

Y al percibir una chispa de risa en los ojos de Zhujrái, Pankrátov añadió:

- En fin, que lo paguemos nosotros solos; al muchacho aquel no le apriete las clavijas, camarada Zhujrái.

- Todo queda olvidado. Pero en el futuro no se puede continuar obrando de esta suerte; así se rompe la disciplina. Somos lo bastante fuertes para destrozar el burocratismo en forma organizada. Bueno, hablemos de cosas más importantes. - Y Fiódor comenzó a preguntar detalles acerca de la incursión.

A cuatro kilómetros y medio de la estación, las palas se hincaban furiosamente en la tierra. La gente cortaba el montecillo que se había atravesado en su camino.

Y a ambos lados había siete hombres, armados con la carabina de Joliava y las pistolas de Korchaguin, Pankrátov, Dubava y Jomutov. Estas, eran todas las armas del destacamento.

Patoshkin estaba sentado en la pendiente, haciendo números en su libreta. El ingeniero había quedado solo. Vakulenko, prefiriendo que se le juzgara por deserción, a morir del balazo de un bandido, se había fugado por la mañana a la ciudad.

- En hacer la excavación tardaremos medio mes, la tierra está helada -dijo en voz baja Patoshkin a Jomutov, torpe de movimientos, siempre sombrío y parco en palabras, que se encontraba de pie ante él.

- En total, nos dan para la construcción de todo el ferrocarril veinticinco días, y usted echa quince para cavar la hondonada -le respondió irritado Jomutov, apresando entre sus labios las guías de su bigote.

- Este plazo no es real, si bien es cierto que en mi vida nunca he construido en tales condiciones y con tal gente. Puedo equivocarme, como me ha ocurrido ya dos veces.

En aquel momento, Zhujrái, Akim y Pankrátov llegaban a la excavación. Desde el montecillo les vieron.

- Mira, ¿quiénes son ésos? -dijo el bizco Petka Trofímov, tornero de los talleres, vestido con un sweater viejo, roto por las mangas, señalando con el dedo hacia abajo y dando un codazo a Korchaguin.

Korchaguin, sin soltar la pala, se lanzó al instante montículo abajo. Sus ojos sonreían cariñosamente bajo la viserilla del gorro militar. Y Fiódor estrechó su mano más tiempo que los otros.

- ¡Salud, Pável! ¡Cualquiera te conoce con ese uniforme tan abigarrado!

Pankrátov torció los labios en una sonrisa:

- Sí, ahí le tienes con las botas pidiéndole pan. Además, los desertores le han robado el capote. El y Okunev forman comuna; éste le ha dado a Pável su chaqueta. No tiene importancia, Pavlusha es un muchacho ardoroso. Se calentará una semanita sobre el cemento -la paja casi no da calor- y después estirará la pata -dijo tristemente el cargador a Akim.

Okunev, un muchacho de negras cejas y ligeramente chato, entornando sus ojos maliciosos, objetó:

- No dejaremos que Pavlushka se muera. Votaremos y lo enviaremos de pinche a la cocina, de reserva de Odarka. Allí, si no es tonto, comerá y se calentará, bien junto a la estufa, bien con Odarka.

Una carcajada unánime acogió sus palabras.

El día aquel reían por vez primera.

Fiódor examinó el montecillo, fue en trineo con Tókariev y Patoshkin adonde se encontraba la leña y regresó. En el montecillo cavaban la tierra con la misma tenacidad de antes. Fiódor miró las palas que se movían rápidas y las espaldas dobladas en un esfuerzo tenso, y dijo en voz baja a Akim:

- No hace falta ningún mitin. Aquí no hay a quién agitar. Tenías razón, Tókariev, al afirmar que no tienen precio. He aquí dónde se templa el acero.

Los ojos de Zhújrái, con admiración y orgullo grave y cariñoso, se fijaron en los que cavaban la tierra. Aún hacía poco, parte de aquellos muchachos habíase erizado, con el acero de sus bayonetas, en la noche de la víspera de la sublevación. Y ahora les dominaba un único afán: el de llevar las arterias de acero de los rieles hasta las ansiadas riquezas de la leña, fuente de calor y de vida.

Patoshkin, cortés, pero convencidamente, trataba de demostrar a Fiódor la imposibilidad de cavar la hondonada antes de dos semanas. Fiódor escuchaba sus cálculos matemáticos y decidía algo para sus adentros.

- Quite la gente del montecillo, siga tendiendo la vía más allá y el cerro lo tomaremos de otra manera.

En la estación, Zhujrái estuvo largo rato hablando por teléfono. Joliava hacía guardia a la puerta y oía a sus espaldas la ronca voz de bajo de Fiódor:

- Telefonea inmediatamente en mi nombre al jefe de Estado Mayor de la región militar, que envíen sin tardanza el regimiento de Puzyrievski al sector de la construcción. Es imprescindible limpiar el distrito de bandas. Enviad de la base un tren blindado con dinamiteros. El resto lo dispondré yo mismo. Volveré a la noche. A eso de las doce, mandad a la estación a Litke con el coche.

En la barraca, después del corto discurso de Akim, habló Zhujrái. En aquella charla cordial transcurrió fugaz una hora. Fiódor hablaba a los constructores de la imposibilidad de alterar el plazo de terminación del tendido de la vía, señalado para el 1º de enero.

- Pondremos las obras en estado de guerra. Los comunistas formarán una compañía especial. El camarada Dubava queda nombrado jefe de ésta. Los seis grupos de trabajo recibirán tareas concretas. Los restantes trabajos de tendido se dividirán en seis partes iguales. A cada grupo se le encomendará un sector. El 1º de enero debe estar terminado todo. El grupo que acabe antes tendrá derecho al descanso y a marchar a la ciudad. Además, el Presídium del Comité Ejecutivo provincial solicitará del Comité Ejecutivo Central de Ucrania que se condecore con la Orden de la Bandera Roja al mejor obrero de este grupo.

El camarada Pankrátov fue nombrado jefe del primer grupo; el camarada Dubava, del segundo; el camarada Jomutov, del tercero, el camarada Lagutin, del cuarto; el camarada Korchaguin, del quinto, y el camarada Okunev, del sexto.

- El jefe de la construcción del ferrocarril -terminó su discurso Zhujrái-, su dirigente ideológico y organizador continúa siendo, invariablemente, Antón Nikíforovich Tókariev.

Como si hubiera levantado el vuelo una bandada de pájaros, aplaudieron las manos, sonrieron los rostros graves, y la última frase del hombre serio, pronunciada en tono amistoso y festivo, descargó la prolongada tensión en un estallido de risas.

Unos veinte hombres acompañaron a Akim y a Fiador hasta la vagoneta automóvil.

Al despedirse de Korchaguin y ver su chanclo lleno de nieve, Fiódor le dijo en voz baja:

- Te enviaré unas botas. ¿Aún no se te han helado los pies?

- Algo de eso hay, han comenzado a hincharse -respondió Pável, y, recordando su ruego formulado ya hacía tiempo, cogió de la manga a Fiódor-. ¿No me darás unos cuantos cartuchos para el revólver? No me quedan más que tres seguros.

Zhujrái de negó rotundamente con la cabeza, pero al ver la amargura reflejada en los ojos de Pável, se descolgó sin vacilar el máuser.

- Toma, te lo regalo.

Pável, en el primer momento, no podía creer que le regalaban aquello con lo que venía soñando hacía tanto tiempo, pero Zhujrái se la colgó del hombro.

- ¡Toma, toma! ¡Ya sé que hace tiempo que se te van los ojos detrás de ella! Pero ten cuidado, no vayas a darles a los tuyos. Toma, además, tres peines completos.

Todas las miradas se fijaron en Pável con manifiesta envidia. Alguien gritó:

- Pavka, vamos a cambiar por unas botas y una pelliza de cuero, por añadidura.

Pankrátov, bromeando, empujó a Pavka por la espalda:

- Cámbiala, diablo, por unas botas de fieltro. De todas formas, con el chanclo no vivirás hasta la

Nochebuena.

Apoyando una pierna en el estribo de la vagoneta, Zhujrái escribió la licencia de uso de la pistola regalada al muchacho.

Por la mañana temprano, traqueteando sordamente en las agujas, llegó a la estación el tren blindado. El vapor, blanco como las plumas de un cisne, salía de su chimenea en suntuosos penachos, que desaparecían al instante en el aire, transparente y gélido. De las cajas blindadas saltaron unos hombres enfundados en cuero. Unas horas más tarde, tres dinamiteros del tren blindado enterraron profundamente en el cerro dos enormes calabazas pavonadas, fijaron a ellas largas mechas e hicieron los disparos de señal. Entonces, del cerro, ahora terrible, huyó veloz la gente en todas direcciones. Al aplicarle la cerilla, la punta de la mecha se inflamó con una llamita fosforescente.

El corazón de centenares de hombres se encogió por un instante. Pasaron uno o dos minutos de expectación angustiosa y... el suelo se estremeció, una fuerza terrible barrió la cima del cerro, lanzando al cielo enormes bloques de tierra. La segunda explosión fue más fuerte aún que la primera. Un trueno espantoso retumbó por el bosque espeso, llenándolo del caos de sonidos procedentes del cerro desgarrado en pedazos.

Allí donde hacía un instante se encontraba el cerro, veíase ahora un hoyo profundo; y a su alrededor, en decenas de metros la nieve, blanca como el azúcar, aparecía salpicada por la tierra removida.

La gente se lanzó con las barras y los picos a la hondonada producida por la explosión.

Después de la marcha de Zhujrái, en la construcción de la vía comenzó una contienda empeñada: la lucha por el primer puesto.

Mucho antes del alba, Korchaguin, en silencio, sin despertar a nadie, se levantó y, arrastrando trabajosamente las piernas entumecidas a causa del piso helado, dirigióse a la cocina. Después de hervir agua para el té, regresó y levantó a todo su grupo.

Cuando se despertó el resto del destacamento, era ya de día.

En la barraca, durante la hora del té de la mañana, Pankrátov se abrió paso hacia la mesa donde estaba sentado Dubava con sus compañeros del arsenal.

- ¿Has visto, Mitiay? Pavka ha puesto en pie a su cuadrilla apenas despuntó el día. De seguro que ya han tendido unos diez *sazhenes*. Los muchachos dicen que ha enardecido de tal forma a sus compañeros de los talleres, que éstos han resuelto terminar su sector para el día veinticinco. Quiere dejamos a todos con un palmo de narices. Pero, eso yo no lo tolero, ¡veremos aún! -decía indignado a Dubava.

Mitiay torció los labios en una sonrisa. Comprendía perfectamente por qué la conducta del grupo de los talleres principales le había llegado tan a lo vivo al secretario de los komsomoles del puerto fluvial. Sí, y a él, a Dubava, el amigo de Pavlushka, también le habla hecho el efecto de un latigazo: sin decir palabra, Korchaguin había lanzado el guante a todo el destacamento.

- La amistad es la amistad, pero cada uno fuma de su petaca; aquí se trata de "quién vencerá a quién" - dijo Pankrátov.

Cerca del mediodía, el enérgico trabajo del grupo de Korchaguin se interrumpió de modo inesperado. El que estaba de guardia junto a los fusiles colocados en pirámide divisó entre los árboles un grupo de jinetes y disparó el tiro de alarma.

- ¡A las armas, hermanos! ¡La banda! -gritó Pável, y, arrojando la pala, se lanzó hacia el árbol del que colgaba su máuser.

Cogiendo apresuradamente las armas, el grupo se tumbó sobre la nieve, junto a la margen de la vía. Los jinetes que galopaban en cabeza agitaron los gorros. Uno de ellos gritó:

-¡Alto, camaradas! ¡Somos de los vuestros!

Unos cincuenta jinetes, con gorros a lo Budionny y la estrella roja prendida en ellos, se acercaban por el camino.

Resultó que una sección del regimiento de Puzyrievski había venido a visitar el sector de las obras. Pável se fijó en la oreja cortada de la cabalgadura del jefe. La hermosa yegua gris, lucera, no se estaba quieta y jugueteaba retozona bajo su jinete. Y cuando Pável, abalanzándose hacia ella, la cogió del freno, la bestia retrocedió asustada.

- ¡Lyska, traviesa, mira dónde nos hemos ido a encontrar de nuevo! ¡Te has salvado de las balas, bonita mía, desorejada!

Abrazó cariñosamente el fino pescuezo del animal y acarició sus temblorosas narices. El jefe miró atentamente a Pável y, al reconocerle, exclamó asombrado:

- ¡Pero si es Korchaguin!... Ha reconocido a la yegua, y a Seredá no. ¡Salud hermanito!

En la ciudad "apretaban todos los resortes". Ello repercutió inmediatamente en las obras del ferrocarril. Zharki dejó vacío el Comité de distrito, enviando el resto de la organización a Boyarka. En Solómenka no quedaron más que las muchachas. En la Escuela Técnica de Ferrocarriles, Zharki consiguió que un nuevo grupo de estudiantes fuese enviado a la construcción del ramal.

Al comunicar todo esto a Akim, Zharki decía, medio en broma:

- Me he quedado yo sólo con el proletariado femenino. Voy a dejar a la Lagútina en mi sitio. En la puerta escribiremos: Sección femenina, y me largaré a Boyarka. Me da vergüenza, ¿sabes? ser el único

hombre entre tanta mujer. Las muchachas me miran con recelo. Seguramente, entre sí dicen las urracas: "Este patoso ha enviado a todos, y él se ha quedado aquí", o algo más ultrajante aún. Te ruego que me permitas marchar.

Akim riéndose denegó.

A Boyarka llegaba gente. Llegaron también sesenta estudiantes de la Escuela Técnica de Ferrocarriles.

Zhujrái había conseguido de la Dirección de Ferrocarriles el envío a Boyarka de cuatro vagones de pasajeros, para alojar en ellos a los refuerzos.

El grupo de Dubava fue retirado de las obras y trasladado a Puscha-Voditsa. Se le ordenó que trajese las pequeñas locomotoras y sesenta y cinco plataformas de vía estrecha. Este trabajo se consideraba como una tarea en el sector de construcción.

Antes de marchar, Dubava aconsejó a Tókariev que llamara a Klavichek al ferrocarril en construcción y le diese el grupo recién organizado. Tókariev dio esta orden sin sospechar el verdadero motivo que había impulsado al muchacho del arsenal a acordarse de la existencia del checo. Y el motivo era una esquela de Anna que le habían entregado los muchachos del radio de Solómenka, que acababan de llegar.

"Dmitri: -escribía Anna-. Klavichek y yo hemos elegido para vosotros, un montón de literatura. Te enviamos a ti y a todos los obreros de choque de Boyarka nuestro ardiente saludo. ¡Qué muchachos tan formidables sois todos! Os deseamos fuerzas y energías. Ayer entregaron las últimas reservas de leña que quedaban en los depósitos. Klavichek me ha pedido que os transmita un saludo de su parte. Es un muchacho magnífico. El mismo cuece el pan para vosotros. En el horno no se fía de nadie. El mismo tamiza la harina. El mismo amasa la pasta con la máquina. Ha conseguido no sé de dónde harina buena, y le sale un pan soberbio, incomparablemente mejor que el que yo recibo. Por la tarde, en mi casa se reúnen los nuestros: Lagútina, Artiujin, Klavichek y, a veces, Zharki. Avanzamos poco a poco en el estudio, pero lo que más hacemos es hablar de todo y de todos, en especial de vosotros. Las muchachas están indignadas porque Tókariev se ha negado a admitirlas en la construcción. Aseguran que soportarán las privaciones igual que los demás. Talia dice: "Me vestiré de pies a cabeza con ropa de mi padre y me presentaré a el, ¡que pruebe a echarme de allí!"

Es posible que lo haga tal y como dice. Saluda de mi parte al muchacho de ojos negros. Anna".

La tormenta de nieve llegó de pronto. El cielo cubrióse de nubes grises que flotaban bajas. Comenzó a nevar copiosamente. Por la tarde, el viento aullaba en las chimeneas, zumbaba entre los árboles, persiguiendo al esquivo torbellino de nieve, e inquietaba el bosque con su amenazante silbido.

La ventisca desencadenó sus furias, y estuvo haciendo destrozos durante toda la noche. El frío penetraba hasta los huesos, a pesar de que las estufas estuvieron encendidas hasta el amanecer. El calor no se mantenía en aquel edificio ruinoso.

Por la mañana, el destacamento que salió a trabajar atascóse en la profunda nieve, y sobre los árboles, en el cielo azul, limpio de nubes, lucía brillante el sol.

El grupo de Korchaguin limpiaba de nieve su sector. Era ahora cuando Pável se daba cuenta, por vez primera, de cuán torturantes eran los sufrimientos producidos por el frío. La chaqueta vieja de Okunev no le calentaba, y su chanclo llenábase de nieve. Más de una vez lo perdió en los montones de nieve. La bota que cubría su otro pie amenazaba con destrozarse por completo. De dormir en el suelo, le habían salido en el cuello dos enormes diviesos. Tókariev le había dado su toalla para que le sirviera de bufanda.

Delgado, con los ojos inflamados, Pável manejaba con furia la ancha pala de madera, quitando la nieve.

En aquellos momentos llegó a la estación un tren de pasajeros. A duras penas le había arrastrado hasta allí una locomotora jadeante; en el ténder no quedaba ni un solo leño, y en la caldera ardían las últimas ascuas.

- ¡Deme leña, y partiremos; y si no, pase el tren a vía muerta, antes de que se apague la locomotora! -gritaba el maquinista al jefe de la estación.

El tren fue conducido a una vía muerta. Se comunicó a los consternados pasajeros el motivo de la parada. En los repletos vagones, la gente prorrumpió en quejas y juramentos.

- Hablen con aquel viejo que va por allí, por el andén. Es el jefe de la construcción. El puede ordenar que se traiga leña a la locomotora en trineos. Ellos colocan leños en lugar de traviesas -aconsejó el jefe de la estación a los mozos de tren. Estos se dirigieron a Tókariev.

- Os daré leña, pero no gratis. Pues es nuestro material de construcción. La nieve lo ha enterrado todo. En el tren hay de seiscientos a setecientos pasajeros. Las mujeres y los niños pueden quedarse en los vagones y los demás que empuñen las palas y que quiten nieve hasta la tarde. Por ello recibirán leña. Si se niegan, que se estén aquí hasta el Año Nuevo -dijo Tókariev a los mozos de tren.

- ¡Mirad, muchachos, cuánta gente viene-! ¡Mirad, también mujeres! -profirió una voz asombrada detrás de Korchaguin.

Pável volvió la cabeza.

- Aquí tienes cien personas, dales trabajo y vigila que no holgazaneen -le dijo Tókariev, acercándose.

Korchaguin distribuyó el trabajo a los recién llegados. Un hombre de elevada estatura que vestía

capote de ferroviario, con cuello de piel, y cubría su cabeza con un cálido gorro de astracán, daba entre sus manos vueltas y más vueltas a la pala y, dirigiéndose a una mujer joven que se encontraba a su lado y llevaba gorrito de nutria rematado por una borla, protestaba indignado:

- Yo no quito nieve, nadie tiene derecho a obligarme. Si me lo ruegan, como ingeniero de caminos puedo dirigir el trabajo, pero ni tú ni yo debemos remover nieve. En las instrucciones no consta que debamos hacerlo. El viejo obra en contra de la ley. Le haré responder ante los tribunales. ¿Quién es aquí el jefe de grupo? -preguntó al obrero que estaba más cerca.

Se acercó Korchaguin.

- ¿Por qué no trabaja usted, ciudadano?

El hombre midió a Pável, de pies a cabeza, con una despectiva mirada.

- ¿Quién es usted?

- Un obrero.

- Entonces no tengo nada que hablar con usted.

Dígale al jefe de grupo o a quien mande aquí que venga... Korchaguin le miró de reojo.

- ¿No quiere trabajar? Bueno. Sin nuestro visado en el billete no le dejarán montar en el tren. Tal es la orden del jefe de las obras.

- ¿Y usted, ciudadana, también se niega? -Pável se volvió hacia la mujer y, por un instante, quedó de una pieza: ante él se encontraba Tonía Tumánova.

Tonia reconoció con dificultad, en aquel hombre andrajoso, a Korchaguin. Pável se encontraba ante ella con la ropa rota, un calzado fantástico por lo diverso y destrozado, una toalla sucia al cuello y la cara sin lavar desde hacía mucho. Solamente los ojos, ardiendo como antes, con fuego inextinguible continuaban siendo los mismos. Y hacía relativamente poco, ella había amado a aquel hombre harapiento, que parecía un vagabundo. ¡Cómo había cambiado todo!

Tonia, después de su reciente boda, se dirigía con su marido a la gran ciudad, donde él desempeñaba un cargo importante en la Dirección de Ferrocarriles. Y he aquí dónde se había ido a encontrar con el objeto de su pasión juvenil. Incluso sentía reparo en darle la mano. ¿Qué pensaría Vasili? Qué desagradable era que Korchaguin hubiese caído tan bajo. Al parecer, el fogonero no había logrado llegar a más que a cavar la tierra.

Tonia permanecía indecisa, y sus mejillas se arrebolaron de turbación. Al ingeniero de caminos le enfurecía la conducta, que consideraba insolente, de aquel tipo harapiento que no apartaba los ojos de su mujer. Tiró la pala al suelo y se acercó a Tonia.

- Vamos, Tonia, no puedo mirar tranquilo a este *lazzarone*.

Korchaguin sabía, por la novela *Giuseppe Garibaldi*, lo que significaba aquella palabra.

- Si yo soy un *lazzarone*, tú eres simplemente un burgués que ha escapado del cuchillo -respondió, con voz sorda, al ingeniero; y, pasando su mirada a Tonia, dijo secamente, recalcando las palabras-: Coja la pala, camarada Tumánova, e incorpórese a la fila. No tome ejemplo de ese búfalo cebado. Perdone, no sé qué relaciones tiene con usted.

Pável sonrió hostil, mirando a las botas de piel que calzaba Tonia, y añadió como de paso:

- No le aconsejo quedarse. Hace unos días nos ha visitado una banda.

Y volviéndoles la espalda, marchó hacia los suyos, arrastrando ruidosamente su chanclo.

Sus últimas palabras surtieron también efecto en el ingeniero de caminos.

Tonia le persuadió de que se quedara a trabajar.

Por la tarde, después de terminar el trabajo, los viajeros regresaban a la estación. El marido de Tonia, se adelantó apresurándose para ocupar sus sitios en el vagón. Tonia se detuvo y dejó pasar a los obreros. Detrás de todos, cansado, apoyándose en la pala, marchaba Korchaguin.

- Salud, Pavlusha. Te confieso que no esperaba verte así. ¿Es posible que no hayas merecido del Poder nada mejor que cavar la tierra? Pensaba que, desde hacía tiempo, eras ya comisario o algo por el estilo. ¡Qué rumbo más adverso ha tomado tu vida!... -dijo Tonia, marchando a su lado.

Pável se detuvo y la miró con asombro.

- Yo tampoco esperaba verte así, tan... aliñada -dijo por fin Pável, después de encontrar una palabra apropiada y suave.

A Tonia se le encendieron los lóbulos de las orejas.

- ¡Continúas tan grosero como siempre!

Korchaguin se echó la pala al hombro y comenzó a andar. Cuando ya había dado unos pasos, respondió:

- Mi grosería es mucho más fina, que vuestra urbanidad, dicho sea con su permiso, camarada Tumánova. Y en cuanto a mi vida, no tiene usted por qué preocuparse de ella, todo está en orden. Pero la suya ha tomado un rumbo peor del que yo esperaba. Hace unos dos años, eras mejor, no te avergonzabas de dar la mano a un obrero. Pero ahora, ya hueles a naftalina. Y te digo, en conciencia, que no tengo de qué hablar contigo.

Pável recibió carta de Artiom. El hermano escribía que iba a casarse pronto, y le rogaba que, a toda costa, asistiese a la boda.

El viento le arrancó de las manos la blanca hoja de papel, que alzó el vuelo como una paloma. No estaría presente a la boda. ¿Acaso podía pensar en marcharse? El día anterior, el oso de Pankrátov había adelantado a su grupo, y avanzaba con una velocidad que causaba el asombro de todos. El cargador iba derechito a la conquista del primer puesto, y, perdida su tranquilidad habitual, azuzaba a los muchachos del

embarcadero, haciéndoles trabajar a ritmo de locura.

Patoshkin observaba el mudo encono de los constructores. Asombrado, frotábase las sienes y se preguntaba: "¿Qué gente es ésta? ¿Qué fuerza incomprensible les impulsa?... Si el tiempo se mantiene así, aunque no sea más que unos ocho días, llegaremos adonde se encuentra la leña. Como dice el refrán, un siglo vivirás, un siglo aprenderás y, a la vejez, tonto te quedarás. Esta gente, con su trabajo, bate todos los cálculos y normas".

De la ciudad llegó Klavichek con la última hornada de pan, cocido por él mismo. Después de ver a Tókariev, buscó a Korchaguin, que estaba trabajando. Se saludaron cordialmente. Klavichek, sonriendo, sacó de la mochila una magnífica cazadora sueca de piel marrón y, dando unas palmadas sobre el flexible cuero, dijo:

- Es para ti. ¿No sabes de quién?... ¡Oh! ¡Que tonto eres, muchacho! Te la envía la camarada Ustinóvich, para que no te hieles, pasmado. La cazadora se la regaló a ella el camarada Olshinski; Rita la tomó de sus manos y me la dio a mí, diciéndome: "Llévasela a Korchaguin". Akim le había dicho que trabajabas con chaqueta, a pesar del frío que hace. Olshinski puso mala cara: "A ese camarada -dijo- puedo enviarle un capote". Pero Rita rió: "¡No hace falta, con la cazadora podrá trabajar mejor!" ¡Anda, tómala!

Pável, estupefacto, sostuvo en su mano por un momento la valiosa prenda y se la puso indeciso, cubriendo su aterido cuerpo. La suave piel pronto calentó sus hombros y pecho.

Rita escribía:

20 de diciembre

Hay una racha de tormentas de nieve. Nieve y viento. Los de Boyarka casi han llegado ya a su meta, pero los fríos y la ventisca les han detenido. Se hunden en la nieve. Es difícil cavar la tierra helada. Quedan unos setecientos cincuenta metros pero son los más duros.

Tókariev comunica que el tifus ha hecho su aparición entre la gente. Ya han enfermado tres muchachos.

22 de diciembre

Al Pleno de la Juventud Comunista de la provincia no ha venido nadie de Boyarka. Los bandidos han hecho descarrilar un tren con cereal, a unos diecisiete kilómetros de Boyarka. Por orden del delegado del Comisariado del Pueblo de Abastos, todo el destacamento de la construcción ha sido enviado allí.

28 de diciembre

De Boyarka han traído a la ciudad otros siete enfermos de tifus. Entre ellos, Okunev. He estado en la estación. Del tren llegado de Járkov descargaban rígidos cadáveres. En los hospitales hace frío. ¡Maldita tormenta de nieve! ¿Cuándo terminará?

24 de diciembre

Acabo de ver a Zhujrái. Ha resultado ser cierto que Orlik, con toda su banda, atacó ayer Boyarka. Durante dos horas, los nuestros combatieron contra los bandidos. Estos cortaron las comunicaciones, y hasta hoy por la mañana Zhujrái no ha podido recibir noticias exactas. La banda ha sido rechazada. Tókariev ha recibido un balazo que le atraviesa el pecho. Le traerán hoy. Ha sido muerto a sablazos Franz Klavichek, que anoche era jefe de la guardia. El fue quien descubrió la presencia de la banda y quien dio la señal de alarma, pero, aunque se retiró disparando contra los atacantes, no pudo llegar hasta la escuela, y fue muerto a sablazos. En el destacamento de construcción hay once heridos. Ahora se encuentran allí un tren blindado y dos escuadrones de caballería.

Pankrátov ha sido nombrado jefe de las obras. Por la mañana, Puzyrievski alcanzó a una parte de la banda en el caserío Gluboki y pasó a cuchillo a todos sus componentes. Parte de los obreros sin partido se marchó a pie siguiendo la vía, sin esperar la llegada del tren.

25 de diciembre

Han traído a Tókariev ya los demás heridos. Los han alojado en el hospital clínico. Los médicos han prometido salvar al viejo. Está sin conocimiento. La vida de los demás no ofrece peligro.

El Comité provincial del Partido y nosotros hemos recibido un telegrama de Boyarka que dice: "En réplica a las agresiones de los bandidos, nosotros, los constructores del ferrocarril de vía estrecha, reunidos en el presente mitin con el equipo del tren blindado "Por el Poder de los Soviets" y los soldados rojos del regimiento de caballería, os aseguramos que, a pesar de todos los obstáculos, daremos leña a la ciudad para el 1º de enero. Poniendo en tensión todas nuestras fuerzas, reanudamos el trabajo. ¡Viva el Partido Comunista, que nos ha enviado! El presidente del mitin, *Korchaguin*. El secretario, *Bersin*".

En Solómenka han enterrado a Klavichek, con honores militares.

La leña ansiada estaba ya cerca, pero se aproximaban a ella con angustiosa lentitud: cada día, el tifus arrancaba de las filas del destacamento decenas de manos imprescindibles.

Tambaleándose como un borracho y arrastrando trabajosamente las piernas, que se le doblaban, Korchaguin regresaba a la estación. Hacía ya tiempo que tenía elevada temperatura, pero la fiebre que le había acometido hoy se dejaba sentir con más fuerza

que de ordinario.

El tifus, que había diezmado el destacamento, atacaba también a Pável. Pero su cuerpo, fuerte, se resistía, y durante cinco días encontró en sí suficientes energías para levantarse del piso de cemento cubierto de paja y salir al trabajo con todos los demás. No le salvaron ni la cálida cazadora ni las botas de fieltro, enviadas por Fiódor, que calzaban sus pies ya helados.

A cada paso que daba, sentía dolorosos pinchazos en el pecho, los dientes le castañeteaban convulsivamente, se le nublaba la vista, y los árboles parecían girar en diabólica zarabanda.

A duras penas llegó a la estación. Le asombró un ruido extraordinario. Se fijó: un tren de muchas unidades se extendía a lo largo de todo el andén. Había sobre sus plataformas pequeñas locomotoras, traviesas y rieles, que eran descargados por la gente llegada en el tren. Pável dio unos pasos más y perdió el equilibrio. Sintió débilmente, el golpe de su cabeza contra el suelo. Y la nieve quemó su ardiente mejilla, con suave y agradable frescor.

Tropezáronse con él al cabo de algunas horas y le llevaron a la barraca. Korchaguin respiraba con dificultad y no reconocía a los que le rodeaban. El practicante del tren blindado, a quien se llamó para que le viera, hizo el siguiente diagnóstico: "Pulmonía doble y tifus. Temperatura: 41 grados y cinco décimas. De las articulaciones inflamadas y de los diviesos en el cuello no vale la pena hablar, es cosa insignificante. Las dos primeras enfermedades son más que suficientes para enviarle al otro mundo".

Pankrátov y Dubava, que habían llegado en el tren, hicieron todo lo posible por salvar a Pável.

A Aliosha Kojanski, paisano de Korchaguin, se le encomendó que llevara al enfermo a su ciudad natal.

Sólo gracias a la ayuda de todo el grupo de Korchaguin y, en primer término, a la presión ejercida por Joliava, Pankrátov y Dubava consiguieron meter a Korchaguin -que continuaba sin sentido- y a Aliosha en un vagón abarrotado hasta los topes. No les dejaban subir, por miedo a la epidemia de tifus; se resistían y amenazaban con tirar al enfermo por el camino.

Joliava, agitando el revólver ante las narices de quienes trataban de impedir la entrada del enfermo en el vagón, gritaba:

- ¡El enfermo no es contagioso! Irá en el tren hasta el lugar de destino, aunque para ello tengamos que echaros a todos vosotros del vagón. Recordad, pancistas, que si alguien se atreve siquiera a tocarlo, os haremos bajar a todos del tren y os meteremos en la cárcel: así voy a comunicarlo a todas las estaciones de la línea. Aquí tienes, Aliosha, el máuser de Pável, dispara a bocajarro contra todo el que intente haceros apear -concluyó Joliava, para meter miedo.

El tren se puso en marcha. En el andén desierto, Pankrátov se acercó a Dubava.

- ¿Qué opinas, escapará con vida?

Y al no recibir respuesta, dijo:

- Vamos Mitiay, lo que haya de ser, será. Ahora nosotros respondemos de todo. Tendremos que descargar las locomotoras durante la noche, y por la mañana probaremos a encenderlas.

Joliava telefoneó a sus amigos chekistas de todas las estaciones del trayecto. Les rogó ardientemente que no permitieran que los pasajeros bajasen del tren al enfermo Korchaguin y tan sólo se acostó a dormir, cuando hubo recibido la firme promesa: "No se permitirá".

En una de las estaciones de empalme, de un tren de pasajeros sacaron al andén el cadáver de un joven rubio que había muerto en uno de los vagones. Nadie sabía quién era ni de qué había muerto. Los chekistas, recordando él ruego de Joliava, corrieron hacia el vagón para impedir que se le bajara, pero, al cerciorarse de la muerte del muchacho, dispusieron que se llevara el cuerpo al depósito de cadáveres de la estación.

Inmediatamente telefonearon a Boyarka, comunicándole a Joliava la muerte del amigo por cuya vida se había preocupado tanto.

Un breve telegrama, enviado desde Boyarka, puso en conocimiento del Comité provincial la muerte de Korchaguin.

Aliosha Kojanski llevó a Korchaguin a casa de sus familiares, y él mismo cayó enfermo, atacado por el tifus abrasador.

9 de enero

¿Por qué siento tanta pena? Antes de sentarme a escribir, he estado llorando. ¿Quién podía pensar que también Rita era capaz de llorar, y tan dolorosamente? ¿Acaso son siempre las lágrimas indicio de una voluntad débil? Hoy, su causa es una pena intensísima. ¿Por qué? ¿Por qué me ha invadido esta pena precisamente hoy, en el día de la gran victoria, cuando el horror del frío ha sido vencido, cuando las estaciones de ferrocarril están abarrotadas del precioso combustible, cuando acabo de llegar de la celebración solemne de la victoria, del pleno ampliado del Soviet de la ciudad, donde se ha honrado a los héroes constructores? Ha sido una gran victoria, pero por ella han dado la vida dos hombres: Klavichek y Korchaguin.

La muerte de Pável me ha descubierto la verdad: me era más querido de lo que yo misma pensaba.

Aquí interrumpo mis anotaciones. No sé si alguna vez las reanudaré. Mañana escribiré a Járkov, accediendo a trabajar en el CC de la Juventud Comunista de Ucrania.

Capítulo tercero

La juventud venció. El tifus no mató a Korchaguin. Pável había escapado por cuarta vez de las garras de la muerte y regresaba a la vida. Un mes

más tarde, delgado y pálido, se levantó con piernas vacilantes y, agarrándose a la pared, trató de dar unos pasos por la habitación. Apoyándose en su madre, llegó hasta la ventana y estuvo largo rato contemplando el camino. Brillaban los pequeños charcos de nieve derretida. En la calle comenzaba el deshielo, anunciando la primavera.

Ante la misma ventana, sobre una rama de cerezo, alborotaba un gorrión de buche gris, mirando intranquilo a Pável con ojillos de granuja.

- ¿Qué, amigo, hemos escapado con vida del invierno? -profirió Pável en voz queda, mientras su dedo golpeaba suavemente en el cristal de la ventana.

La madre le miró asustada:

- ¿Con quién hablas?

- Hablaba a un gorrión... Ha levantado el vuelo, el picarillo -y sonrió débilmente.

La primavera estaba en pleno apogeo. Korchaguin comenzó a pensar en su regreso a la ciudad. Se había repuesto lo suficiente para poder andar; sin embargo, en su organismo ocurría algo anormal. Un día, mientras paseaba por el jardín, se vio derribado al suelo por un agudo dolor en la columna vertebral. Con enorme dificultad, llegó a rastras hasta la casa. Al día siguiente, el médico le reconoció a fondo. Tanteando una profunda cavidad en la espina dorsal de Pável, hizo un gesto de asombro.

- ¿Desde cuándo tiene usted esto?

- Es la huella de un adoquín. Cuando combatíamos por la ciudad de Rovno, dispararon desde atrás sobre la carretera con un cañón de tres pulgadas...

- ¿Y cómo podía usted andar? ¿No le molestaba?

- No. Entonces permanecí tumbado unas dos horas y volví a montar a caballo. Esta es la primera vez que se ha dejado sentir.

El médico examinaba la cavidad con el ceño fruncido.

- Sí, querido, es una cosa muy desagradable. A la columna vertebral no le gustan semejantes conmociones. Confiemos en que no se dejará sentir más. Vístase, camarada Korchaguin.

Compasivo, el médico miró a su paciente con amargura mal disimulada.

Artiom vivía con la familia de su mujer, Stesha, joven desprovista de todo atractivo. Era una familia campesina pobre. Una vez, Pável fue a ver a Artiom. Por el patio, pequeño y sucio, correteaba un chicuelo mugriento y bizco. Al ver a Pável, clavó descaradamente en él sus ojillos y, hurgándose a conciencia la nariz, le preguntó:

- ¿Qué quieres? ¿Has venido a robar? ¡Mejor será que te marches, porque nuestra madre tiene mal genio!

En la isba, vetusta y achaparrada, se abrió un ventanuco, y Artiom llamó:

- ¡Pasa, Pavlusha!

Junto al horno, una vieja de rostro apergaminado andaba ajetreada con la horqueta. Por un instante, lanzó a Pável una mirada hostil y, luego de dejarle pasar, comenzó a remover ruidosamente los pucheros.

Dos muchachitas de cortas trenzas se encaramaron rápidamente al horno y desde allí arriba miraban con curiosidad de salvajes.

Artiom, un poco confuso, estaba sentado a la mesa. Ni la madre ni el hermano aprobaban su matrimonio. Artiom, proletario de estirpe, había roto inexplicablemente sus relaciones de tres años con la bella Galia, hija del cantero y obrera modista, y se fue a vivir con la pobretona Stesha, que tenía una familia de cinco bocas y sin nadie capaz de atender la hacienda. Aquí, después de su trabajo en el depósito de máquinas, Artiom se dejaba todas sus fuerzas en el arado, renovando la hacienda arruinada.

Artiom sabía que Pável no aprobaba su retirada, como solía decir, hacia "el elemento pequeñoburgués", y ahora observaba qué impresión ejercía en su hermano todo cuanto le rodeaba.

Permanecieron sentados unos minutos, cambiaron las frases de rigor en casos tales, y Pável se dispuso a marcharse. Artiom le detuvo.

- Espera, comerás con nosotros, Stesha traerá ahora leche. Entonces, ¿te marchas mañana? Estás aún débil, Pavka.

Stesha entró en la habitación, saludó a Pável y llamó a Artiom para que le ayudara a trasladar algo al pajar. Pável se quedó solo con la vieja, nada pródiga en palabras. Por la ventana entró el sonido de las campanas de la iglesia. La vieja dejó en el suelo la horqueta y gruñó descontenta:

- ¡Señor mío Jesucristo, por culpa de este trabajo del diablo no tiene una tiempo ni para rezar! - Y quitándose el pañuelo del cuello, mirando de reojo a Pável, se acercó al rincón abarrotado de melancólicas imágenes, ennegrecidas por el tiempo. Juntando tres de sus huesudos dedos, la mujer comenzó a santiguarse.

- Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre... -musitaba la vieja con sus labios resecos.

En el patio, el chicuelo montó a horcajadas sobre un cerdo negro de colgantes orejas. Espoleándole furiosamente con sus pies descalzos y aferrándose con sus manecitas al pelambre, gritaba al animal, que se revolvía entre gruñidos:

- ¡Arre, arre, arre! ¡So-o, quieto!

El cerdo corría alocado por el patio, con el chiquillo sobre sus lomos, tratando de derribarle, pero el granujilla bizco se mantenía con firmeza.

La vieja interrumpió su oración y se asomó a la ventana:

- ¡Yo te daré paseos a caballo, maldito sea tu padre! ¡Bájate del cerdo ahora mismo, así te coma el cólera y te trague el infierno, condenado!

El cerdo logró por fin derribar al jinete, y la vieja, satisfecha, volvió otra vez a sus iconos. Componiendo un semblante de beatitud, continuó:

- Y venga a nos el tu reino...

El niño apareció lloroso en el umbral. Enjugándose con la manga la aporreada nariz y sollozando de dolor, pidió:

- ¡Madre, dame un pastelillo!

La vieja se volvió hacia él, colérica.

- No me deja ni rezar, el bizco del diablo. ¡Ahora te daré de comer, hijo de perra!... - Y echó mano al látigo que estaba sobre el banco. El muchacho desapareció al instante. Tras el horno, se oyeron las sofocadas risas de las niñas.

La vieja emprendió su oración por tercera vez.

Pável levantóse y salió sin esperar a su hermano. Al cerrar el postigo, vio en la ventana del extremo la cabeza de la vieja. Le observaba.

"¿Qué diablos habrán arrastrado aquí a Artiom? Ahora no escapará en toda su vida. Stesha le parirá un hijo cada año. Se enterrará en la tierra, como el escarabajo en el estiércol. Y es posible que abandone el trabajo en el depósito -pensaba consternado Pável, mientras iba por la desierta calle de la pequeña ciudad-. ¡Y yo que había pensado atraerle a la vida política!".

Alegrábase de marchar al día siguiente a la gran ciudad, donde habían quedado sus amigos y camaradas. La gran ciudad le atraía por su vida pujante, por la agitación de los grandes torrentes humanos, por el estruendo de los tranvías y el sonido de las bocinas de los automóviles. Y, fundamentalmente, sentíase atraído por las enormes naves de piedra, por los ahumados talleres, por las máquinas, por el susurro quedo de las poleas. Se sentía atraído allí, donde, en carrera impetuosa, giraban los volantes gigantescos y olía a lubrificante; le atraía aquello a que estaba acostumbrado. Aquí, en el apacible villorrio, deambulando por las calles, Pável sentía cierta depresión. No le asombraba que la pequeña ciudad le pareciera ahora extraña y aburrida. Incluso le era desagradable salir a pasear durante el día. Al pasar de largo por delante de las terracillas en donde, cotilleando, estaban sentadas las comadres, Pável oía su interminable cháchara.

- Mirad, mujeres, ¿de dónde habrá salido ese espantapájaros?

- Se ve que tiene "berculosis", está tísico perdido.

- Y lleva una cazadora muy buena, debe de haberla robado...

Y otras muchas cosas que le causaban repugnancia.

Hacía ya tiempo que había arrancado de aquí sus raíces. La gran ciudad le era más querida y entrañable. Allí le esperaba el trabajo, le aguardaban los camaradas, fuertes y joviales.

Sin apercibirse de ello, Korchaguin llegó al pinar y se detuvo en el cruce de caminos. A la derecha, separada del bosque por una alta empalizada de puntiagudas estacas, se alzaba sombría la vieja cárcel; tras ella aparecían los blancos pabellones del hospital.

Allí, en aquella anchurosa plaza, habían sido ahorcados Valia y sus camaradas. Pável permaneció unos minutos en silencio en el lugar donde en un tiempo se alzara la horca; después se dirigió hacia el escarpe. Descendió y salió a la explanada donde estaban las tumbas de los asesinados.

Manos solícitas habían adornado con coronas de abeto la hilera de tumbas y cercado el pequeño cementerio con un seto vivo. Sobre el escarpe se elevaban esbeltos pinos. La seda esmeralda de la hierba joven cubría las laderas del barranco.

Allí terminaba la ciudad. Calma y tristeza por doquier. Tenue susurrar del bosque y primaverales olores de la tierra que renacía. Allí habían muerto valerosamente sus camaradas para que fuera más bella la vida de quienes nacieran en la pobreza, de aquellos para los que el propio nacimiento era ya el comienzo de la esclavitud.

Pável se quitó lentamente la gorra, y una inmensa tristeza embargó su corazón.

"Lo más preciado que posee el hombre es la vida. Se le otorga una sola vez, y hay que vivirla de forma que no se sienta un dolor torturante por los años pasados en vano, para que no queme la vergüenza por el ayer vil y mezquino, y para que al morir se pueda exclamar: ¡toda la vida y todas las fuerzas han sido entregadas a lo más hermoso del mundo, a la lucha por la liberación de la humanidad! Y hay que apresurarse a vivir. Pues una enfermedad estúpida o cualquier casualidad trágica pueden cortar el hilo de la existencia".

Sumido en estos pensamientos, Korchaguin abandonó la explanada.

En casa, la madre preparaba, entristecida, el hatillo del hijo. Al observada, Pável reparó en que le ocultaba sus lágrimas.

- ¿No te quedarás, Pavlusha? Me causa amargura tener que vivir sola en la vejez. Con tantos hijos como he tenido, y todos, apenas os hacéis hombres, levantáis el vuelo. ¿Qué es lo que te atrae a la ciudad? Aquí también se puede vivir. ¿O es que tú también le has echado el ojo a alguna codorniz con el pelo corto? Pues a mí, a la vieja, nadie me dice nada. Artiom se casó sin decir palabra, y tú, con mayor motivo. No os veo más que cuando estáis descalabrados -decía en voz baja la madre, mientras colocaba en la bolsa limpia la modesta ropilla del hijo.

Pável la cogió de los hombros y la atrajo hacia sí.

- ¡No hay ninguna codorniz por medio, madre! ¿No sabes tú, viejecilla mía, que los pájaros se buscan la compañera de su misma especie? ¿Tu crees, acaso, que soy una codorniz?

Pável obligó a su madre a sonreír y continuó:

- He dado palabra, madre, de no arrullar a las muchachas hasta que no terminemos con los burgueses en todo el mundo. ¿Dices que habrá que esperar mucho? No, mamá, los burgueses no se sostendrán mucho tiempo... Habrá una sola república para todos los hombres, y a vosotros, a las viejas y viejos trabajadores, os enviaremos a Italia, país muy cálido, situado a orillas del mar. Allí, mamá, nunca hay invierno. Os instalaremos en los palacios de los burgueses y calentaréis al sol vuestros viejos huesecillos. Y nosotros nos marcharemos a acabar con los burgueses de América.

- No viviré, hijo mío, hasta ver realizadas tus fantasías... Tan vehemente como tú, era tu abuelo, el marino. ¡Un verdadero pirata, y que Dios me perdone! En la guerra de Sebastopol combatió tanto, que volvió a casa con un brazo y una pierna de menos. Le prendieron dos cruces en el pecho y un par de medallucas como dos piezas de cincuenta kopeks colgando de unas cintas. Murió el viejo en medio de una miseria espantosa. Era muy rebelde; golpeó en la cabeza, con la cayada, a un representante de la autoridad y estuvo casi un año en la cárcel. Lo encerraron allí y no le sirvieron de nada las cruces... y cuando te miro veo que eres el vivo retrato de tu abuelo.

- Pero, mamá, ¿qué despedida tan triste es ésta? Dame el acordeón, hace tiempo que no lo he tenido en las manos.

Inclinó la cabeza sobre las filas de nácar de las teclas. La madre asombróse, de los nuevos tonos de su música.

No tocaba como antes. No había ya en sus notas la despreocupada bizarría, ni los gritos retadores, ni los vibrantes acordes, aquella alegría ebria y arrebatadora que había hecho famoso en toda la ciudad al joven acordeonista Pavka. Su música sonaba melodiosamente; sin perder fuerza se había hecho más profunda.

Llegó solo a la estación.

Había convencido a la madre para que se quedase en casa: no quería ver sus lágrimas de despedida.

Todos se metían en el tren a codazos y empujones. Pável ocupó una litera libre, arriba del todo, y desde allí observaba a la gente vocinglera y excitada que llenaba los pasillos.

Igual que antes, todos continuaban arrastrando sacos y metiéndolos debajo de los asientos.

Cuando arrancó el tren la gente se apaciguó, y, como ocurre en tales casos, empezó a comer con avidez.

Pável no tardó en dormirse.

La primera casa que quería visitar se encontraba en el centro de la ciudad, en el Kreschátik. Subía lentamente los peldaños. Alrededor todo era conocido, nada había cambiado. Pasó por el puente, deslizando su mano por la pulida barandilla. Llegó a la escalera que llevaba abajo. Se detuvo, y vio que en el puente no había un alma. En la altura infinita, la noche presentaba ante los hechizados ojos un espectáculo majestuoso. La oscuridad cubría de terciopelo negro el horizonte; lanzando destellos, se encendían y titilaban con luz fosforescente los enjambres de estrellas. Y más abajo, allí donde el firmamento fundíase con la tierra en el invisible confín, la ciudad tachonaba las tinieblas con sus millares de luces...

En dirección contraria a Korchaguin subieron por la escalera unas cuantas personas. Las bruscas voces de la gente, absorta en una disputa, rompieron el silencio de la noche, y Pável, apartando sus ojos de las luces de la ciudad, comenzó a descender los escalones.

En Kreschátik, el comandante de guardia de la oficina de pases de la Sección Especial comunicó a Korchaguin que hacía ya tiempo que Zhujrái no se encontraba en la ciudad.

El comandante estuvo largo rato sondeando con sus preguntas a Pável, y, sólo cuando se hubo convencido de que el muchacho conocía personalmente a Zhujrái, le dijo que hacía ya dos meses que Fiódor había sido enviado a trabajar a Tashkent, al frente del Turkestán. La amargura de Pável fue tan grande, que incluso no preguntó más pormenores, y, en silencio, volvióse de espaldas y salió a la calle. El cansancio le acometió, obligándole a sentarse en los peldaños de la entrada.

Pasó un tranvía, atronando la calle con su estrépito y chirridos. Por las aceras discurría un torrente humano interminable. Ciudad bulliciosa. Tan pronto se oía la risa feliz de una mujer o la voz de bajo de un hombre, como la atenorada de un joven o el ronco barbotar de un viejo. El torrente humano era infinito; su paso, siempre apresurado. Los tranvías estaban brillantemente iluminados; surgían las ráfagas de luz de los faros de los automóviles y alrededor lucían las bombillas eléctricas del anuncio del cine cercano. Y en todas partes, gente que llenaba la calle con sus voces continuas. Noche de gran ciudad.

El bullicio y la agitación de la avenida atenuaron un poco la amargura causada por la noticia de la marcha de Fiódor. ¿A dónde ir? Podía regresar a Solómenka, donde se hallaban sus amigos, pero estaba lejos. Y espontáneamente surgió en su memoria la casa que se encontraba cerca, en la calle Kruglo-Universitétskaya. Naturalmente, ahora iría allí. Pues, después de Fiódor, al primer camarada que desearía ver era a Rita. En la misma casa vivía también Akim, y se podría pasar allí la noche.

Aún lejos de la casa vio la luz en la ventana que hacía esquina. Tratando de permanecer tranquilo, tiró hacia sí de la puerta de roble. Permaneció en el

descansillo durante algunos segundos. Tras la puerta, en la habitación de Rita, se oían voces, alguien tocaba la guitarra.

"¡Ah, por lo visto, se permite ya hasta tocar la guitarra! Se ha suavizado el régimen", dedujo Korchaguin, y golpeó la puerta ligeramente con el puño. Sintiendo que se emocionaba, se mordió el labio.

Abrió la puerta una joven desconocida, con rizos sobre las sienes, que miró interrogativa a Korchaguin.

- ¿A quién busca usted?

La joven no había cerrado la puerta, y la rápida mirada a los muebles desconocidos ya había dado a Pável la respuesta.

- ¿Se puede ver a Ustinóvich?

- No está, en enero se marchó a Járkov, y de allí a Moscú, según he oído decir.

- ¿Y el camarada Akim, vive aquí o también se ha marchado?

- El camarada Akim tampoco está. Ahora es el secretario del Comité provincial de la Juventud de Odesa.

A Pável no le quedaba más que volverse atrás. La alegría del regreso a la ciudad se había marchitado.

Ahora debía pensar seriamente en dónde pasar la noche.

- ¡Si va uno a recorrer así las casas de los amigos, se quedará sin piernas y no verá a nadie! -gruñó sombrío Korchaguin, esforzándose por vencer su amargura. Pero, a pesar de todo, decidió volver a probar fortuna y dirigióse en busca de Pankrátov. El cargador vivía cerca del embarcadero, y su casa estaba más cerca que Solómenka.

Muerto de cansancio, llegó Pável por fin a casa de Pankrátov y, llamando a la puerta, en un tiempo pintada de color ocre, decidió: "Si éste tampoco está, no voy a deambular más. Me meteré debajo de una barca y pasaré allí la noche".

Se abrió la puerta, y la madre de Pankrátov, una viejecita con sencillo pañuelo anudado bajo la barbilla, apareció en el umbral.

- ¿Está Ignat en casa, madrecita?

- Acaba de llegar. ¿Viene usted a verle?

La mujer no había reconocido a Korchaguin, y, volviendo la cabeza, gritó:

- ¡Ignat, aquí vienen a verte!

Pável entró con ella en la habitación y dejó el saco en el suelo. Pankrátov se volvió hacia él con la boca llena, sin levantarse de la mesa.

- Si has venido a hablar conmigo, siéntate y empieza; mientras, yo me zamparé una olla de sopa, pues desde esta mañana estoy con un vaso de agua. - Y empuñó una enorme cuchara de madera.

Pável se sentó a su lado, en una silla con el asiento hundido. Se quitó la gorra y, siguiendo su vieja costumbre, se enjugó con ella el sudor de la frente.

"¿Es posible que haya cambiado tanto que ni siquiera Ignat me ha reconocido?"

Pankrátov se llevó a la boca varias cucharadas de sopa y, al no recibir respuesta de su visitante, se volvió hacia él.

- Venga, ¿qué tienes que decirme?

La mano con el pedazo de pan se detuvo a mitad del camino a la boca. Pankrátov pestañeó desconcertado.

- ¡Eh... aguarda!... ¡Puf, vaya una tontería!

Al ver su rostro congestionado por la tensión, Korchaguin no pudo aguantarse y soltó la carcajada.

- ¡Pavka! ¡Pero si nosotros te dábamos por muerto!... ¡Espera! ¿Cómo te llaman?

A los gritos de Pankrátov salieron corriendo de la habitación contigua su hermana mayor y la madre. Los tres se convencieron por fin de que ante ellos se encontraba Korchaguin en persona.

Hacía ya tiempo que en la casa dormían, y Pankrátov continuaba aún relatando los acontecimientos ocurridos en aquellos cuatro meses.

- Ya en el invierno, Zharki y Mitiay se marcharon a Járkov. No pienses que los canallas fueron a cualquier parte, fueron a la Universidad Comunista, al curso preparatorio. Nos reunimos unos quince. También yo, en un momento de arrebato, había garrapeteado una solicitud. Pensé que era necesario condensar el relleno del cerebro, pues lo tengo un poco líquido. Pero ¿comprendes?, en la comisión me hicieron encallar.

Después de resoplar enojado, Pankrátov continuó:

- Al principio, la cosa marchó como sobre ruedas. Tenía todas las condiciones apropiadas: carnet del Partido, suficiente antigüedad en la Juventud, y no se podía poner peros en cuanto a mi posición y procedencia. Pero cuando la cosa llegó a la comprobación de los conocimientos políticos, sufrí un tropezón.

Tuve una agarrada con un camarada de la comisión. Me largó la siguiente preguntilla: "Diga, camarada Pankrátov, ¿qué sabe usted de filosofía?" Y yo, como comprenderás, no sabía ni papa. Pero en aquel instante me acordé de que entre nosotros había estado un estudiante del liceo, un golfo que se había hecho cargador por extravagancia. En una ocasión, nos contó que, el diablo sabe cuándo, había en Grecia unos sabios muy presumidos, a los que llamaban filósofos. Uno de esos tipos, de cuyo apellido no me acuerdo, me parece que se llamaba Ideógenes, vivió toda su vida en un tonel, y cosas así por el estilo... El mejor especialista entre ellos era considerado aquel que demostrara cuarenta veces que lo negro era blanco y lo blanco negro. En una palabra, eran unos embusteros. Pues bien, yo me acordé del relato del estudiante y pensé: "Este miembro de la comisión me quiere tender una celada". El me miraba con ojos astutos. Y yo entonces le solté... "La filosofía -dije- es charlatanería y falsedad. Yo, camaradas, no siento

el menor deseo de estudiar semejante estupidez. En lo que respecta a la historia del Partido, me alegraría con toda mi alma". Y ellos comenzaron a marearme, preguntándome de dónde había sacado semejantes novedades respecto a la filosofía. Entonces añadí algo más de las palabras del estudiante, y toda la comisión estalló en carcajadas. Me enfurecí y dije: "¿Se han figurado ustedes que van a burlarse de mí?" Y tomé el gorro y me largué a casa.

Más tarde, aquel mismo miembro de la comisión me encontró en el Comité provincial y se pasó unas tres horas conversando conmigo. Me explicó que el estudiante se había hecho un lío y que la filosofía es una cosa grande y sabia.

Dubava y Zharki pasaron. Mitiay, por lo menos, estudiaba en serio, pero Zharki no estuvo mucho más brillante que yo. Seguramente habrá sido la Orden lo que ha ayudado a Vañka. En una palabra, yo me quedé con un palmo de narices. Aquí me han designado para administrar el embarcadero. Soy el suplente del jefe del muelle de mercancías. Antes solía ocurrir con frecuencia que yo regañaba con los jefes por asuntos de la Juventud, y ahora yo mismo tengo que hacer de administrador. A veces, ocurre que te encuentras con algún gandul o con algún calamidad poco expeditivo y, como jefe y como secretario, le aprietas bien las clavijas. A mí, que no me vengan con ésas, no me hacen ver lo blanco negro. Luego te hablaré de mí. ¿Qué novedades quedan aún por contarte? Ya sabes lo de Akim; de los viejos, en el Comité provincial no queda más que Tufta, que continúa encastillado en el mismo sitio. Tókariev es el secretario del Comité de distrito del Partido en Solómenka. El dirigente del Comité de distrito de la Juventud es allí Okunev, tu compañero de comuna. Talia es el secretario de masas. Tu puesto en los talleres lo ocupa ahora Tsvetáev, al que conozco poco; nos vemos a veces en el Comité provincial; me parece que el muchacho no es tonto, pero tiene demasiado amor propio. ¿Recuerdas a Anna Borjart? También está en Solómenka, de dirigente de la sección femenina del Comité del Partido. De los restantes ya te he contado. Sí, Pavlusha, el Partido ha enviado mucha gente a estudiar. En la Escuela política provincial se encuentra ahora agarrado a los libros todo el viejo activo. A mí, prometen enviarme el año que viene.

Se durmieron ya de madrugada. Por la mañana, cuando Korchaguin se despertó, Ignat no estaba ya en casa, se había marchado al embarcadero. Su hermana Dusia, muchacha fuerte, de rostro parecido al del hermano, agasajó con té al huésped, charlando alegremente de toda clase de nimiedades. El padre de Pankrátov, maquinista de un barco, estaba de viaje.

Korchaguin se dispuso a salir. Al despedirle, Dusia le recordó:

- No se olvide de que le esperamos a comer.

En el Comité provincial reinaba la animación cotidiana. La puerta de entrada no conocía el descanso. Habitaciones y pasillos estaban llenos de gente; a través de la puerta de la administración llegaba, amortiguado, el teclear de las máquinas de escribir.

Pável permaneció unos instantes en el pasillo, escrutando para encontrar algún rostro conocido, y, al no hallar a ninguno, entró en el despacho del secretario del Comité provincial. Sentado a una gran mesa estaba éste, con azul camisa rusa. Recibió a Korchaguin lanzándole una breve mirada y, sin alzar la cabeza, continuó escribiendo.

Pável tomó asiento frente a él y observó con atención al substituto de Akim.

- ¿Qué desea usted? -preguntó el secretario, poniendo un punto al final de lo escrito en la hoja de papel.

Pável le contó su historia.

- Es necesario, camarada, resucitarme en el registro de militantes y enviarme a los talleres. Dispón que lo hagan así.

El secretario recostóse en el respaldo de la silla y respondió indeciso:

- En cuanto a restablecerte como miembro de la organización, naturalmente, huelga hablar. Pero enviarte a los talleres, no creo que sea conveniente. Allí trabaja ya Tsvetáev, recientemente elegido miembro del Comité provincial. Te utilizaremos en otro sitio.

Los ojos de Korchaguin se contrajeron.

- No voy a los talleres para molestar en su labor a Tsvetáev. Voy a trabajar en mi oficio, no a ser secretario del colectivo, y por estar aún débil físicamente, ruego que no se me envíe a otro trabajo.

El secretario accedió y garrapateó unas letras en un papel.

- Entréguelo al camarada Tufta, él lo arreglará todo.

En la oficina de distribución y control de cuadros, Tufta andaba a la greña con su ayudante, el encargado del fichero. Durante cosa de medio minuto, Pável estuvo escuchando cómo se ponían verdes mutuamente, pero al ver que el altercado amenazaba con prolongarse interrumpió al desbocado jefe de oficina.

- Luego terminarás de regañar con él, Tufta. Aquí tienes esta nota, vamos a formalizar mis documentos.

Tufta estuvo largo rato mirando, ya al papel, ya a Pável. Por fin comprendió.

- ¡Ah! ¿Quiere decir que no has muerto? ¿Y qué vamos a hacer ahora? Has sido excluido de las listas, yo mismo he enviado al CC la ficha. Además, no has pasado el censo que ha tenido lugar en toda Rusia. De acuerdo con una circular del CC de la Juventud, todos aquellos que no lo hayan pasado quedan excluidos. Por eso no vas a tener más remedio que ingresar de nuevo, en las condiciones generales -dijo

Tufta con tono inapelable.

Korchaguin frunció el entrecejo.

- No has cambiado. A pesar de ser un muchacho joven, eres peor que una rata vieja del archivo provincial. ¿Cuándo te convertirás en una persona, Volodia?

Tufta se levantó de un salto, como si le hubiera picado una pulga.

- Te ruego que no me vengas con letanías, yo respondo de mi trabajo. Las circulares no se escriben para que uno las infrinja. Y en cuanto a eso de "rata" te haré responder de la ofensa.

Tufta pronunció las últimas palabras con tono de amenaza y acercó hacia sí, demostrativamente, un montón de sobres de correspondencia sin examinar, indicando con toda su actitud que la conversación había terminado.

Pável se dirigió despacio hacia la puerta, pero, al recordar algo, volvió hacia la mesa y cogió la nota del secretario, que se encontraba delante de Tufta. Este observaba a Pável. Tufta era un joven viejo de grandes orejas asoplilladas, irascible y quisquilloso, desagradable y, al mismo tiempo, ridículo.

- Bien -dijo Korchaguin con una tranquilidad llena de sarcasmo-. Naturalmente, se me puede acusar de "desorganización de la estadística", pero dime, ¿Cómo te las ingenias para castigar a los que, de buenas a primeras se mueren sin comunicado con anterioridad? Pues cada uno, si le viene en gana, puede enfermar; si quiere, puede morirse. Y, seguramente, a este respecto no existe circular alguna.

- ¡Jo-jo-jo! -relinchó alegremente el ayudante de Tufta, sin poder mantener la neutralidad.

Tufta rompió la punta del lápiz y lo arrojó furioso al suelo, pero no alcanzó a contestar a su enemigo. En la habitación irrumpió un grupo de varias personas, hablando en voz alta y riendo. -Entre ellas se encontraba Okunev. El jubiloso asombro y las preguntas no tenían fin. Unos minutos después, invadió la habitación otro grupo de jóvenes entre los que se hallaba Yuriénieva. Desconcertada, la joven estrechó la mano de Pável largamente, con efusión.

De nuevo obligaron a Pável a contarlo todo desde un principio. La alegría franca de sus camaradas, la amistad veraz y la simpatía, los fuertes apretones de manos y las palmadas en la espalda, pesadas y cordiales, obligaron a Pável a olvidarse de Tufta.

Al terminar su relato, Korchaguin contó a sus camaradas la conversación sostenida con Tufta. Se oyeron exclamaciones de indignación. Olga, lanzando a Tufta una mirada fulminante, se dirigió a la habitación del secretario.

- ¡Vamos a ver a Nezhdánov! El le bajará los humos -dijo Okunev, echando su brazo sobre los hombros de Pável. Y todos salieron en tropel, en pos de Olga.

- Hay que destituirle y enviárselo a Pankrátov para que trabaje un año como cargador en el embarcadero. ¡Ese Tufta es burócrata hasta la médula! -decía Olga, toda indignada.

Al escuchar las exigencias de Okunev, Olga y los demás, de que se quitase a Tufta de la sección, el secretario del Comité provincial sonrió indulgentemente.

- Sobre la restitución de Korchaguin no hay ni que hablar, ahora mismo le extenderán el carnet -prometió Nezhdánov tranquilizando a Olga-. Estoy de acuerdo con vosotros en que Tufta es un formalista -continuó-. Es su defecto fundamental. Pero hay que reconocer que lleva muy bien el asunto. Dondequiera que he trabajado, el registro y la estadística en los comités de la Juventud son bosques inextricables, y no se puede creer en la veracidad de una sola cifra. Y en nuestra oficina de distribución y control la estadística está bien organizada. Vosotros mismos sabéis que, a veces, Tufta se queda trabajando en su sección hasta la media noche. Yo pienso así: para quitarle, siempre estamos a tiempo, pero si en su lugar ponemos a un muchacho bonachón, pero luego en cuestiones de estadística, entonces no habrá burocratismo, pero tampoco existirá control. Dejad que trabaje. Le meteré un buen rapapolvo. Esto surtirá su efecto por cierto tiempo, y luego ya veremos.

- ¡Bueno, que el diablo se lo lleve! -accedió Okunev-. Vamos a Solómenka, Pavlusha. En nuestro club hay hoy asamblea del activo. Nadie sabe nada de ti, y de pronto: "¡Korchaguin tiene la palabra!" ¡Eres formidable, Pavlusha, por no haber muerto! ¿Qué utilidad habrías reportado entonces al proletariado? -resumió bromeando Okunev, mientras abrazaba a Korchaguin y le sacaba al corredor a empujones.

- Olga, ¿vendrás?

- Sin falta.

En casa de los Pankrátov, se quedaron esperando a Korchaguin a comer, pero Pável tampoco regresó por la noche. Okunev llevó a su amigo a su vivienda. En la casa del Soviet tenía una habitación independiente. Le dio de comer lo que tenía, y, poniendo en la mesa delante de Pável una pila de periódicos y dos gruesos libros de actas de las reuniones del buró de la Juventud del distrito le aconsejó:

- Echa una mirada a toda esta producción. Mientras tú gastabas el tiempo en vano con el tifus, aquí ha corrido mucha agua. Lee, ponte al corriente de lo que ha habido y de lo que hay. Yo vendré al anochecer y nos marcharemos al club: si te cansas, túmbate y duerme un rato.

Metiéndose en los bolsillos un montón de documentos, certificados y solicitudes (Okunev, por cuestión de principio, prescindía de la cartera y la tenía debajo de la cama), el secretario de la Juventud

Comunista dio una última vuelta de despedida por su habitación y salió.

Cuando regresó por la tarde, el piso del cuarto estaba lleno de periódicos abiertos, de debajo de la cama había sido sacado un montón de libros. Parte de ellos se alzaba en columnas sobre la mesa. Pável estaba sentado en la cama leyendo las últimas cartas del Comité Central, que había encontrado bajo la almohada de su amigo.

- ¿Qué es lo que has hecho de mi habitación, bandido? -gritó Okunev con indignación fingida-. ¡Eh, espera, espera, camarada! ¡Estás leyendo documentos secretos! ¡Vaya, mete a un tipo así en tu casa!

Pável, sonriendo, dejó la carta a un lado.

- Precisamente aquí no hay ningún secreto, pero en vez de pantalla, tenías en la lámpara un documento que efectivamente no debe darse a conocer. Hasta se ha quemado por los bordes. ¿Ves?

Okunev cogió la hoja de papel quemado, miró el encabezamiento y se dio una palmada en la frente.

- ¡Y yo que he estado tres días buscando al maldito! Desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Ahora recuerdo que, hace tres días, Volíntsev hizo de él una pantalla, y luego lo ha buscado también hasta sudar la gota gorda. -Okunev plegó cuidadosamente la hoja de papel y la metió debajo del colchón-. Después lo pondremos todo en orden -dijo tranquilizador-; ahora comeremos un poco, y al club. Siéntate aquí, Pavlusha.

Okunev sacó de un bolsillo un largo cecial, envuelto en un periódico, y extrajo de otro dos pedazos de pan. Apartó los papeles, cubrió el espacio libre con el periódico, cogió el cecial por la cabeza y se puso a darle golpes contra la mesa.

Sentado sobre la mesa y masticando enérgicamente, el alegre Okunev comunicaba a Pável las novedades, salpicando de bromas la conversación seria.

En el club, Okunev llevó a Pável a los bastidores por la puerta de servicio. En un rincón de la espaciosa sala, a la derecha del escenario, junto al piano, en el estrecho corrillo de los jóvenes comunistas del ferrocarril, estaban sentadas Talia Lagútina y Borjart. Frente a Anna, meciéndose en la silla, se encontraba Volíntsev, el secretario de la Juventud Comunista del depósito de máquinas, muchacho sonrosado como una manzana en agosto y vestido con una cazadora de cuero, tan usada, que era difícil conjeturar cuándo había sido negra. Sus cejas y pelo eran trigueños.

Cerca de él, acodado negligentemente sobre la tapa del piano, se hallaba Tsvetáev, guapo muchacho de pelo castaño y labios de trazo preciso. Tenía desabrochado el cuello de la camisa.

Al acercarse al grupo, Okunev oyó el final de una frase de Anna:

- Algunos quieren complicar todo lo posible la admisión de nuevos camaradas. Tsvetáev padece evidentemente de ese mal.

- La Juventud Comunista no es patio de tránsito - replicó terco Tsvetáev, con brusco desdén.

- ¡Mirad, mirad! ¡Nikolái está hoy resplandeciente, como un samovar recién pulido! - exclamó Talia al ver a Okunev.

Arrastraron a Okunev hasta el corrillo y comenzaron a asediarle a preguntas:

- ¿Dónde has estado?

- Vamos a comenzar.

Okunev extendió la mano tranquilizador:

- No seáis impacientes, hermanitos. Ahora vendrá Tókariev y empezaremos.

- Ahí está, señaló Anna..

Efectivamente, el secretario del Comité de distrito del Partido se dirigía hacia ellos. Okunev corrió a su encuentro.

- Vamos, padre, a los bastidores, te mostraré a un conocido tuyo. ¡Te vas a asombrar!

- ¡Déjate de tonterías! -gruñó el viejo, con el cigarrillo en los labios, pero Okunev ya le había agarrado del brazo y tiraba de él.

...La campanilla en la mano de Okunev repicó con tanta furia, que incluso los charlatanes sempiternos se apresuraron a interrumpir sus conversaciones.

Detrás de Tókariev, en un suntuoso marco de verdes ramas de pino, se veía la cabeza de león del genial creador del *Manifiesto Comunista*. Mientras Okunev abría la asamblea, Tókariev miraba a Korchaguin, que se encontraba entre bastidores.

- Camaradas, antes de pasar a discutir las tareas inmediatas de la organización, aquí, un camarada ha pedido la palabra fuera de turno, y Tókariev y yo creemos que se le debe conceder.

En la sala sonaron voces de aprobación, y Okunev disparó, como un cañonazo.

- ¡El camarada Pavka Korchaguin tiene la palabra para saludar a los reunidos!

De las cien personas que había en la sala, no menos de ochenta conocían a Korchaguin; y cuando junto a las candilejas apareció la figura conocida, y el joven alto y pálido comenzó a hablar, el salón estalló en exclamaciones de alegría y ovaciones tempestuosas.

- ¡Queridos camaradas!

Aunque la voz de Korchaguin sonaba tranquila, el joven no podía ocultar su emoción.

- Como veis, amigos, he vuelto a vosotros y ocupo mi puesto en las filas. Soy feliz por haber regresado. Aquí veo a muchos de mis amigos. En los papeles de Okunev he leído que en Solómenka ha aumentado en un tercio el número de nuevos hermanitos, que en los talleres y el depósito de locomotoras se ha terminado con los "fabricantes de encendedores" y que desde el cementerio de

locomotoras se arrastran los "muertos" a la reparación total. Esto significa que nuestro país renace y acumula fuerzas. ¡Hay por qué vivir en el mundo! ¿Acaso podía yo morir en semejantes tiempos? -y los ojos de Korchaguin centellearon felices.

Acompañado por los gritos de saludo, Pável bajó al salón, dirigiéndose adonde estaban sentadas Borjart y Talia. Estrechó rápidamente la mano a varios de los compañeros. Sus amigos le hicieron sitio y Korchaguin se sentó. La mano de Talia descansó en la suya y se la apretó fuerte, muy fuerte.

Anna tenía los ojos muy abiertos; sus pestañas temblaban ligeramente, y había en su mirada asombro y cordialidad.

Pasaban los días. No se los podía calificar de ordinarios. Cada uno de ellos traía algo nuevo, y al distribuir por la mañana su tiempo, Korchaguin veía con amargura que el día tenía pocas horas y que algo de lo planeado quedaría por hacer. Pável se instaló en casa de Okunev. Trabajaba en los talleres de ayudante de mecánico electricista.

Pável tuvo que discutir largo rato con Nikolái hasta convencerle de que accediera a dejarle retirarse, por algún tiempo, del trabajo de dirección.

- No tenemos bastante gente y tú quieres refrescarte en el taller. No me hables de la enfermedad; yo mismo, después de pasar el tifus, estuve un mes entero yendo al Comité de distrito apoyado en un bastón. Ya sabes que te conozco, Pavka, no es ése el motivo. Dime cuál es el verdadero origen de la decisión -le acosó Okunev.

- El origen, Kolia, es que quiero estudiar.

Okunev rugió triunfante:

- ¡Ah!... ¿Conque éstas tenemos? Tú quieres, ¿y te crees que yo no? Eso, hermano, es egoísmo puro. Quiere decir que mientras nosotros arrimemos el hombro, tú estarás estudiando. No, querido, mañana mismo irás a la sección de instructores de organización.

Pero después de una prolongada discusión, Okunev se entregó.

- Durante dos meses no te tocaré. Para que veas cuán bueno soy. Pero no vas a hacer buenas migas con Tsvetáev; es muy fatuo.

Tsvetáev acogió con reservas la vuelta de Korchaguin a los talleres. Estaba seguro de que con la llegada de Pável comenzaría la lucha por la dirección, y como era de una ambición morbosa, se preparaba para la lucha. Pero ya en los primeros días se convenció de lo erróneo de sus suposiciones. Al enterarse de que el buró del colectivo tenía la intención de incluirle en él, Korchaguin se presentó, sin que le hubieran llamado, en el despacho del secretario general y, basándose en su acuerdo con Okunev, le convenció de que quitase esta cuestión del orden del día. En la célula de taller de la Juventud Comunista, Korchaguin se hizo cargo del círculo de preparación política, pero no trataba de trabajar en el buró. Sin embargo, a pesar de la retirada oficial de Pável de la dirección, su influencia se dejaba sentir en todo el trabajo del colectivo. Más de una vez, amistosamente y sin que el otro se diera cuenta, había sacado a Tsvetáev de algún atolladero.

En una ocasión, al entrar en el taller, Tsvetáev vio con asombro que toda la célula de la Juventud y unos treinta muchachos sin partido fregaban las ventanas, limpiaban las máquinas, rascando la porquería acumulada durante largos años, y sacaban al patio la chatarra y los desperdicios. Pável frotaba enconadamente, con un enorme cepillo, el piso de cemento manchado de mazut y de grasa.

- ¿A santo de qué estáis poniendo esto tan bonito? -preguntó extrañado Tsvetáev a Pável.

- No queremos trabajar en la suciedad. Aquí, hace veinte años que nadie ha fregado, y nosotros, en una semana, dejaremos el taller como nuevo -le respondió conciso Korchaguin.

Tsvetáev se encogió de hombros y salió.

Los mecánicos electricistas no se conformaron con esto y la emprendieron con el patio grande, que hacía tiempo se había convertido en un basurero. ¡Qué no habría allí! Centenares de ejes y ruedas de vagones, montañas enteras de hierro mohoso, rieles, topes, bujes: varios miles de toneladas de metal se oxidaban al aire libre. Pero la administración detuvo la ofensiva contra el basurero.

- Hay tareas de más importancia, y lo del patio no es para nosotros tan apremiante.

Entonces los electricistas pavimentaron con ladrillos la entrada de su taller, fijaron en ella una tela metálica para limpiarse el calzado del barro, y allí se detuvieron. Pero dentro del taller la limpieza continuaba por las tardes, después del trabajo. Cuando al cabo de una semana entró el ingeniero jefe Strizh, todo el recinto estaba inundado de luz. Las enormes ventanas, de marcos de hierro, limpias del polvo secular mezclado con mazut, daban paso a los rayos de sol, que, al penetrar en la sala de máquinas, reverberaban cegadores en las bruñidas piezas de cobre de los motores Diesel. Las piezas pesadas de las máquinas habían sido pintadas de verde, e incluso alguien había trazado cuidadosamente flechas amarillas en los radios de los volantes.

- Hum... -se asombró Strizh.

En el extremo del taller, algunos hombres terminaban el trabajo. Strizh se dirigió hacia allí. En dirección contraria venía Korchaguin con un bote lleno de pintura.

- Espere, amigo -le detuvo el ingeniero-. Apruebo lo que llevan a cabo. ¿Pero quién le ha dado la pintura? ¿Sabe usted que he prohibido gastarla sin mi autorización, porque es un material que escasea? La pintura de las piezas de las locomotoras es más importante que lo que están haciendo ustedes.

- Sí, pero hemos conseguido la pintura de los botes tirados. Hemos estado rascando en todos los botes viejos durante dos días, hasta conseguir unas veinticinco libras. Aquí todo se ha hecho con arreglo a la ley, camarada dirigente técnico.

El ingeniero volvió a carraspear, pero esta vez turbado.

- Entonces, naturalmente, obren. Bien... Sin embargo, es interesante... ¿cómo explicar este... cómo decirlo... afán voluntario de limpieza en el taller? Pues, según tengo entendido, todo esto lo han hecho ustedes después del trabajo.

Korchaguin percibió en la voz del ingeniero un dejillo de sincero asombro.

- Naturalmente. ¿Y cómo creía usted?

- Sí, pero...

- Aquí tiene usted el "pero", camarada Strizh. ¿Quién le ha dicho que los bolcheviques íbamos a dejar en paz a la suciedad? Y esto no es todo: daremos a este movimiento más envergadura. Aún tendrá usted qué mirar y de qué asombrarse.

Y apartándose con cuidado, para no manchar al ingeniero, Korchaguin se dirigió hacia la puerta.

Pável se quedaba por las tardes, hasta muy entrada la noche, en la biblioteca pública. Había entablado sólida amistad con las tres bibliotecarias y, poniendo en juego todos los medios de propaganda, recibió por fin el deseado derecho a mirar libremente todos los libros. Después de apoyar la escalera en las enormes estanterías, Pável se pasaba las horas muertas sentado en ella, hojeando un libro tras otro, en busca de lo interesante y necesario. La mayoría de los libros eran viejos. La literatura nueva se alojaba modestamente en un pequeño armario. Habían ido a parar allí, casualmente, folletos editados durante la guerra civil, *El Capital* de Marx, *El talón de hierro** y unos cuantos libros más. Entre los libros viejos, Korchaguin encontró la novela *Espartaco***. Luego de leerla en dos noches pasadas en claro, Pável trasladó la novela al armario y la colocó junto a las obras de M. Gorki. El traslado de los libros más interesantes, más de su gusto, continuaba sin cesar.

Las bibliotecarias no se metían en ello, les tenía sin cuidado.

La tranquilidad monótona del colectivo de komsomoles fue bruscamente alterada por un incidente que, al principio, pareció insignificante: el miembro del buró de la célula del taller de reparación media, Kostia Fidin -joven chato, picado de viruelas y cachazudo-, al perforar una plancha de hierro, rompió un taladro americano de mucho precio. Lo rompió por su negligencia indignante. Incluso peor, lo hizo casi adrede. El hecho ocurrió por la mañana. Jódorov, maestro del taller de reparación media, ordenó a Kostia que hiciera varios orificios en una plancha de hierro. Al principio, Kostia se negó, pero presionado por el maestro, cogió la plancha y comenzó a taladrarla. En el taller no querían a Jódorov, debido a lo exigente y quisquilloso que era en el trabajo. En un tiempo había sido menchevique. No tomaba parte en la vida social y miraba de soslayo a los komsomoles, pero conocía magníficamente su profesión y cumplía a conciencia sus deberes. El maestro se dio cuenta de que Kostia perforaba "en seco", sin engrasar el taladro. Jódorov se acercó rápidamente a la taladradora y la paró.

- ¿Te has quedado ciego, o es que llegaste ayer al taller? -gritó a Kostia, sabiendo que, de trabajar así, el taladro se rompería inevitablemente.

Pero Kostia contestó una grosería al maestro y de nuevo puso en marcha la máquina. Jódorov fue a quejarse al jefe del taller, y Kostia, sin detener la máquina, corrió por la aceitera, para que, cuando llegara alguien de la administración, todo estuviera en orden. Pero mientras buscaba la aceitera y regresaba, el taladro ya se había roto. El jefe del taller dio un parte por escrito, pidiendo la expulsión de Fidin. El buró de la célula de la juventud intervino en defensa de Kostia, basándose en que Jódorov cortaba la iniciativa del activo de la juventud. La administración insistía y el asunto pasó, para su esclarecimiento, a manos del buró del colectivo. Así comenzó la cosa.

De los cinco miembros del buró, tres opinaban que había que llamar la atención a Kostia y trasladarle a otro trabajo. Entre éstos se encontraba Tsvetáev. Los dos restantes no consideraban a Kostia culpable en absoluto.

La reunión del buró se celebraba en el despacho de Tsvetáev. Había allí una mesa grande, cubierta por un paño rojo, varios banquillos largos y taburetes, hechos por los muchachos del taller de carpintería; en las paredes, retratos de los jefes del proletariado, y detrás de la mesa, cubriendo toda la pared, la bandera del colectivo.

Tsvetáev, por su cargo, había sido liberado del trabajo en el taller. Herrero de profesión, gracias a su capacidad se había convertido, durante los últimos cuatro meses, en dirigente del colectivo de jóvenes. Llegó a ser miembro del buró del Comité de distrito de la Juventud Comunista y del Comité provincial. Había trabajado de herrero en los talleres mecánicos, pero en los ferroviarios, era novato. Desde los primeros días empuñó las riendas con firmeza. Fatuo y decidido, inmediatamente estranguló la iniciativa personal de los muchachos; todo quería hacerlo él mismo y, al no poder abarcar todo el trabajo, arremetía contra sus ayudantes, acusándoles de inactividad.

Incluso el despacho había sido decorado bajo su dirección personal.

* Novela del escritor norteamericano Jack London. (N. de la Edit.)

** Novela del escritor italiano R. Giovagnoli. (N. de la Edit.)

Tsvetáev dirigía la reunión, repanchigado en el único sillón de muelles, traído del Rincón Rojo. La reunión tenía carácter cerrado. Cuando Jomutov, el responsable del grupo de Partido, pidió la palabra, alguien llamó a la puerta cerrada con pasador. Tsvetáev frunció disgustado el entrecejo. La llamada se repitió. Katiusha Zelenova levantóse y descorrió el pestillo. En el umbral se encontraba Korchaguin. Katiusha le dejó pasar.

Se dirigía ya Pável a uno de los bancos desocupados, cuando Tsvetáev le llamó:

- Korchaguin, el buró está reunido con carácter cerrado. A Pável se le subieron los colores, y se volvió lentamente hacia la mesa.

- Lo sé. Me interesa vuestro parecer sobre el asunto de Kostia. Quiero plantear una nueva cuestión relacionada con ello... ¿Es que estás en contra de mi presencia?

- No estoy en contra, pero tú sabes que a las reuniones con carácter cerrado asisten únicamente los miembros del buró. Cuando hay gente es más difícil discutir. Pero, ya que has venido, toma asiento.

Era la primera vez que Korchaguin recibía semejante bofetada. Una arruga surcó su entrecejo.

- ¿A qué viene tanto formalismo? -dijo Jomutov, expresando su desaprobación, pero Korchaguin le detuvo con un gesto y tomó asiento en un taburete-. He aquí lo que quería decir -profirió Jomutov-. Cierto es que Jódorov es un hombre que vive al margen del colectivo, pero nuestra disciplina no es buena. Si todos los komsomoles comienzan a romper taladros, no tendremos con qué trabajar. Y es un ejemplo muy malo para los sin partido. Pienso que hay que llamar la atención al muchacho.

Tsvetáev no le dejó acabar y comenzó a hacer objeciones. Después de estar escuchando unos diez minutos, Korchaguin comprendió la posición del buró. Cuando iban ya a pasar a la votación, pidió la palabra. Tsvetáev, forzándose, se la concedió.

- Quiero comunicaros, camaradas, mi opinión respecto al asunto de Kostia.

La voz de Korchaguin sonaba más brusca de lo que él hubiera querido.

- El asunto de Kostia es sólo un aviso, pero lo fundamental no reside en Kostia. Ayer reuní unas cuantas cifras. -Pável sacó del bolsillo una libretita de notas-. Son datos facilitados por el control de entrada al trabajo. Escuchad con atención: el 23% de los jóvenes comunistas llega diariamente al trabajo con un retraso de cinco a quince minutos. Esto se ha convertido ya en una ley. El 17% de los komsomoles no acude al trabajo, sistemáticamente, uno o dos días al mes, mientras que entre la juventud sin partido estos casos constituyen el 14%. Estas cifras son peor que un latigazo. De paso, he anotado algo más: entre los obreros miembros del Partido, el porcentaje de los que no acuden al trabajo un día al mes y llegan tarde diariamente es de un 4%. Entre los adultos sin partido, un 11 % falta al trabajo un día al mes, y un 13% llega tarde al taller. El 90% de los casos de rotura de herramientas recae sobre los jóvenes, entre los que sólo un 7% son nuevos en el trabajo. De aquí llegamos a la conclusión de que trabajamos mucho peor que los miembros del Partido y los viejos obreros en general. Pero esta situación no es igual en todas partes. La de la forja es digna de ser envidiada, la de los electricistas es satisfactoria, y la de los restantes es, sobre poco más o menos, igual. El camarada Jomutov, según mi opinión, ha dicho sólo la cuarta parte de lo que se debe decir en cuanto a la disciplina. Ante nosotros está planteada la tarea de acabar con estos zigzágs. No voy a hacer aquí agitación ni a dar un mitin, pero debemos arremeter con toda nuestra furia contra el desorden y la desidia. Los viejos obreros dicen con franqueza: "para el amo se trabajaba mejor, para el capitalista se trabajaba con más esmero, y ahora, cuando nosotros somos los dueños, esto no tiene justificación". Y en primer lugar la culpa no es tanto de Kostia o de cualquier otro, como nuestra, porque no solamente no hemos luchado como se debe contra este mal, sino que, por el contrario, con uno u otro pretexto hemos defendido a veces a gentes como Kostia.

Hace un momento, Samojin y Butiliak han dicho que Fidin es un muchacho de los nuestros. Lo que se dice nuestro en cuerpo y alma: es activista, realiza trabajo social. Si ha roto un taladro, eso no es cosa del otro mundo, puede ocurrirle a cualquiera. En cambio, el muchacho es nuestro, y el maestro es ajeno a nosotros... Aunque nadie se toma la molestia de atraerlo a nuestro lado... ¡Ese quisquilloso lleva treinta años de obrero! No vamos a hablar de su posición política. En este momento tiene razón: él, que es un extraño, cuida de los bienes del Estado, y nosotros destrozamos herramientas extranjeras. ¿Cómo calificar este cariz que toman las cosas? Creo que ahora asestaremos el primer golpe y emprenderemos la ofensiva en ese sector.

Propongo que se expulse a Fidin de la Juventud Comunista por desidioso, holgazán y desorganizador de la producción. Hay que tratar de su asunto en el periódico mural y, abiertamente sin miedo a las posibles opiniones, insertar estas cifras en el artículo de fondo. Tenemos fuerzas, tenemos en quién apoyamos. La masa fundamental de los komsomoles son buenos obreros. Sesenta de ellos han pasado por Boyarka, y esta escuela es la mejor. Con su ayuda y participación pondremos fin a este zigzag. Pero hay que desechar, de una vez para siempre, la actitud actual respecto al trabajo.

Korchaguin, tranquilo y silencioso de ordinario, hablaba ahora con calor y crudeza. Por vez primera, Tsvetáev veía al electricista tal como era. Reconocía la razón de las palabras de Pável, pero el recelo que abrigaba respecto a Korchaguin le impedía manifestarse de acuerdo. Interpretó la intervención

de Korchaguin como una áspera crítica del estado general de la organización, como una tentativa de minar su autoridad personal, y decidió aplastar al mecánico electricista. Comenzó sus objeciones acusando directamente a Korchaguin de defender al menchevique Jódorov.

La apasionada discusión se prolongó cerca de tres horas. Bien entrada la noche, se hizo el balance de ella: derrotado por la lógica inexorable de los hechos y habiendo perdido la mayoría, que se puso al lado de Korchaguin, Tsvetáev dio un paso en falso: rompió la democracia. Antes de la votación decisiva, propuso a Korchaguin que saliera de la habitación.

- Está bien, saldré, aunque esto no te hace ningún honor, Tsvetáev. Únicamente te quiero advertir que, si continúas en tus trece, mañana intervendré en la asamblea general, y estoy seguro de que allí no te harás con la mayoría. No tienes razón Tsvetáev. Pienso, camarada Jomutov, que estás obligado a plantear esta cuestión al colectivo del Partido antes de la asamblea general.

Tsvetáev gritó provocativo:

- ¿Te crees que me asustas? Sin necesidad de que tú me lo indiques conozco el camino que conduce allí; de ti también hablaremos. Si tú mismo no trabajas, deja que lo hagan los demás.

Después de cerrar la puerta, Pável se pasó la mano por la frente, que le ardía, y, atravesando la oficina, se dirigió a la salida. En la calle aspiró el aire a pleno pulmón. Encendió un cigarrillo y encaminó sus pasos hacia la casita situada en Batíeva Gorá, donde vivía Tókariev.

Korchaguin sorprendió al cerrajero cenando.

- Cuenta, te escucho, ¿qué hay por allí de nuevo? Daria, tráele una cazuela de gachas -dijo Tókariev, invitando a Pável a que se sentara a la mesa.

Daria Fomínishna -mujer de Tókariev, que en contraste con su marido era alta y gruesa-, colocó ante Pável un plato de gachas de mijo y, enjugándose con la punta del delantal blanco sus labios húmedos, le dijo:

- Come, querido.

Antes, cuando Tókariev trabajaba en los talleres, Korchaguin solía visitar con frecuencia esta casita y permanecía en ella hasta tarde, pero desde que había regresado a la ciudad, era la primera vez que visitaba al viejo.

El cerrajero escuchaba atento a Pável. No decía nada y trabajaba celosamente con la cuchara, rumiando algo para sus adentros. Cuando hubo dado fin a las gachas, se limpió los bigotes con el pañuelo y carraspeó.

- Naturalmente, tienes razón. Ya hace tiempo que debíamos haber planteado esta cuestión con toda seriedad. Los talleres son el colectivo fundamental del distrito; por allí hay que empezar. Entonces, ¿tú y Tsvetáev os habéis enzarzado? Malo. Es un muchacho muy fatuo, pero, ¿tú has sabido trabajar entre los muchachos? A propósito, ¿qué es lo que haces en los talleres?

- Trabajo de electricista. En general, me muevo un poquillo por todas partes. En mi célula dirijo un círculo de preparación política.

- ¿Y qué haces en el buró?

Korchaguin se turbó.

- En los primeros tiempos, mientras tenía pocas fuerzas, no participaba oficialmente en la dirección, y además, tenía pensado ponerme a estudiar un poco.

- ¡Vaya, hombre! -exclamó disgustado Tókariev-. Sabes, hijito, lo único que te salva de que te eche un buen rapapolvo es tu poca salud. ¿Y cómo te encuentras ahora?, ¿te has repuesto un tanto?

- Sí.

- Pues bien, entonces emprende de verdad el trabajo. No pierdas más tiempo. ¿Quién ha visto que, manteniéndose al margen, se pueda hacer algo bueno? Y además, cualquiera te puede decir que rehuyes la responsabilidad, y no podrás taparle la boca. Mañana, enmienda allí todo esto, y a Okunev ya le tiraré yo de las greñas -terminó Tókariev con tono de disgusto.

- No te metas con él, padre -intervino Pável en defensa de su amigo-, yo mismo le pedí que no me recargara de trabajo.

Tókariev silbó despectivamente.

- Lo pediste, y él accedió. Bueno, bien, ¿qué va a hacer uno con vosotros, komsomoles?:.. Anda, hijito, léeme el periódico como en los viejos tiempos... Mis ojos cojean un poco.

El buró del colectivo del Partido aprobó la opinión de la mayoría del buró de la Juventud. Ante ambos colectivos se planteó la importante y difícil tarea de dar, con el trabajo personal, ejemplo de disciplina en el trabajo. En el buró reprendieron severamente a Tsvetáev. Al principio se engalló, pero acorralado por la intervención del secretario general, Lopajin -hombre de edad madura y rostro amarillento, a causa de la tuberculosis que le consumía-, tuvo que rendirse y reconoció a medias su error.

Al día siguiente, en los periódicos murales de los talleres aparecieron artículos que atrajeron la atención de los obreros. Los leían en voz alta y los discutían con calor. Por la tarde, en la asamblea de la Juventud, a la que había acudido extraordinario número de personas, sólo se hablaba de ellos.

A Kostia le expulsaron, y eligieron miembro del buró a un nuevo camarada, a un nuevo secretario de masas, a Korchaguin.

Con silencio y paciencia poco habituales, los presentes escuchaban a Nezhdánov. Este hablaba de las nuevas tareas, de la nueva etapa en que entraban los talleres del ferrocarril.

Después de la reunión, Korchaguin esperó a Tsvetáev en la calle.

- Vamos juntos, tenemos que hablar -dijo Pável,

acercándose al secretario general.

- ¿De qué? -preguntó Tsvetáev con voz sorda.

Pável le cogió del brazo y, dando con él unos pasos, se detuvo junto a un banco.

- Sentémonos un momento -y fue el primero en dejarse caer en el banco.

El fuego del cigarrillo de Tsvetáev se encendía y apagaba alternativamente.

- Di, Tsvetáev, ¿por qué me tienes hincha?

Luego de unos minutos de silencio, Tsvetáev repuso:

- ¡Vaya con la que me has salido! Yo creí que ibas a hablarme del trabajo. -Pero su voz no era firme y en ella había un dejo de asombro fingido.

Pável le puso, con fuerza, la mano en la rodilla.

- Déjate, Dimka, de salirte por la tangente. Así sólo se escabullen los diplomáticos. Tú respóndeme con franqueza. ¿Por qué no me puedes tragar?

Tsvetáev se removió impaciente.

- ¡No me des la tabarra! ¡Qué voy a tenerte hincha! Yo mismo te proponía que trabajaras. Te negaste, y ahora parece que quien te aparta soy yo.

Pável no percibió en su voz franqueza y, sin quitar la mano de su rodilla, le dijo, emocionándose:

- Ya que no quieres responder, yo te lo diré. Tú crees que yo quiero atravesarme en tu camino, que sueño con ocupar el puesto de secretario general. De no ser por esto, no habría tenido lugar entre nosotros la agarrada por lo de Kostia. Tales relaciones estropean todo el trabajo. Si esto nos molestara sólo a los dos, ¡al diablo!, entonces podrías pensar lo que te viniera en gana. Pero mañana tendremos que trabajar juntos. ¿Qué va a salir de esto? Entonces, escucha. No tenemos nada que repartirnos. Los dos somos obreros. Si nuestra causa te es querida por encima de todo, estrecharás mi mano, y desde mañana comenzaremos a trabajar como amigos. Y si no te quitas de la cabeza todas esas tonterías y sigues el camino de las intrigas, por cada tropezón en el trabajo, que ello traiga por consecuencia, lucharemos cruelmente. Aquí tienes mi mano, estréchala mientras es la mano de un camarada.

Y con gran satisfacción, Korchaguin sintió en su mano el contacto de los nudosos dedos de Tsvetáev.

Pasó una semana. En el Comité de distrito del Partido había terminado el trabajo. El silencio reinaba en las secciones. Pero Tókariev continuaba aún en su despacho. El viejo, sentado en su sillón, leía atentamente los materiales nuevos. Llamaron a la puerta.

- ¡Adelante! -respondió Tókariev.

Entró Korchaguin y depositó ante el secretario dos cuestionarios ya llenos.

- ¿Qué es esto?

- Es la liquidación de la irresponsabilidad, padre. Pienso que ya es hora. Si compartes mi opinión, te ruego que me apoyes.

Tókariev echó una ojeada al encabezamiento y, después de mirar durante unos segundos al joven, tomó en silencio la pluma y, en el lugar donde se indicaba el tiempo que llevaban en el Partido los que recomendaban como candidato al Partido Comunista (bolchevique) de Rusia al camarada Pável Andréievich Korchaguin, escribió, con mano firme, "desde el año 1903", y al lado puso su firma, de trazo sencillo.

- Toma, hijito. Estoy seguro de que nunca cubrirás de vergüenza mi cabeza cana.

La atmósfera en la habitación era sofocante y el pensamiento uno: marchar lo antes posible de allí, a la alameda de castaños de Solómenka, cercana a la estación.

- Termina, Pavka, no puedo aguantar más -rogó Tsvetáev, sudando a chorros. Katiusha, y tras ella los otros, le apoyaron.

Korchaguin cerró el libro. El círculo había terminado su trabajo.

Cuando simultáneamente se levantaban todos, en la pared sonó el timbre del viejo *Eriesson*. Tratando de dominar con su voz las de los que conversaban en el cuarto, Tsvetáev hablaba por teléfono.

Después de colgar el auricular, se volvió hacia Korchaguin.

- En la estación hay dos vagones diplomáticos del consulado polaco. Se les ha apagado la luz, el tren sale dentro de una hora, y hay que arreglar la avería. Coge la caja de la herramienta y vete para allá, Pável. La cosa es urgente.

Los dos brillantes vagones internacionales se encontraban junto al primer andén. El coche-salón, de anchas ventanillas, estaba profusamente iluminado; pero el vagón vecino hallábase sumido en la oscuridad.

Pável se acercó al suntuoso *pullman* y se agarró al pasamanos, disponiéndose a entrar en el vagón.

De la pared de la estación se desgajó rápidamente un hombre y le sujetó por el hombro.

- ¿A dónde va usted, ciudadano?

La voz era conocida. Pável volvió la cabeza y vio una cazadora de cuero, la ancha visera de una gorra, una nariz fina y aguileña y una mirada vigilante y desconfiada.

En aquel momento Artiujin reconoció a Pável, la mano cayó del hombro y la expresión del rostro perdió su sequedad, pero la mirada interrogante quedó fija en la caja de la herramienta.

- ¿A dónde ibas?

Pável le explicó brevemente. Por detrás del vagón apareció otra figura.

- Ahora llamaré a su mozo de vagón.

En el coche-salón, adonde entró Korchaguin siguiendo al mozo, había sentadas varias personas, vestidas con elegantes trajes de viaje. Tras una mesa, cubierta por un mantel de seda con rosas bordadas,

una mujer estaba sentada de espaldas a la puerta. Cuando entró Korchaguin, conversaba con un oficial de elevada estatura que se hallaba de pie frente a ella. Apenas entró el electricista, la conversación cesó.

Después de mirar rápidamente los cables que iban de la última bombilla al corredor y encontrarlos en orden, Korchaguin salió del coche-salón, buscando el lugar de la avería. Sin alejarse de él ni un paso, le seguía el mozo de vagón, grueso, con cuello de boxeador y uniforme que abundaba en grandes botones dorados con el águila monocéfala.

- Pasemos al vagón contiguo; aquí todo está en orden, el acumulador funciona. La avería, seguramente, es allí.

El mozo de vagón dio la vuelta a la llave, y ambos entraron en el oscuro pasillo. Alumbrando el cable con su linterna, Pável encontró pronto el lugar del cortocircuito. Unos minutos más tarde, lucía la primera lámpara en el corredor, inundándolo de una luz mate.

- Hay que abrir el departamento, es necesario cambiar en él las bombillas que se han fundido -dijo Korchaguin, dirigiéndose a su acompañante.

- Entonces habrá que llamar a la *pani*, ella tiene la llave. Y el mozo, no queriendo dejar solo a Korchaguin, hizo que le acompañara.

La mujer fue la primera en entrar en el departamento. Korchaguin la siguió. El mozo de vagón quedó de pie en la puerta, tapándola con su cuerpo. Ante los ojos de Pável aparecieron dos elegantes maletas de cuero colocadas en las redecillas, un abrigo de seda, negligentemente arrojado sobre el diván, un frasquito de perfume y una diminuta polvera de malaquita sobre la pequeña mesa junto a la ventanilla. La mujer se sentó en el extremo del diván y, pasándose los dedos por sus cabellos, del color del lino, observaba el trabajo del electricista.

- Ruego a la *pani* que me permita retirarme por un instante: el *pan* mayor desea cerveza fresca -dijo obsequioso el mozo de vagón, doblando con trabajo su cuello de toro, al inclinarse.

La mujer respondió con voz cantarina y amanerada:

- Puede retirarse.

Hablaban en polaco.

La franja de luz del corredor caía sobre el hombro de la mujer. El elegantísimo traje de la *pani*, de la más fina seda de Lyón y confeccionado por los mejores modistos de París, dejaba al descubierto sus hombros y brazos. En su orejita, fulgurando y despidiendo destellos, oscilaba un brillante como una gota de agua. Korchaguin no veía más que un hombro y un brazo de la mujer, que parecían de marfil tallado. El rostro quedaba en la sombra. Trabajando rápidamente con el destornillador, Pável cambió el casquillo en el techo, y un minuto más tarde en el departamento apareció la luz. Faltaba únicamente por examinar la lámpara eléctrica que había sobre el diván en el que estaba sentada la mujer.

- Necesito comprobar esa bombilla -dijo Korchaguin deteniéndose ante ella.

- ¡Ah, sí!, le estorbo -dijo la *pani* en correcto ruso, y se levantó ágilmente del diván, poniéndose casi al lado de Korchaguin. Ahora se la veía toda. Las conocidas líneas de las cejas, como flechas, y los labios apretados altaneramente no dejaban lugar a dudas: ante él se encontraba Nelly Leschínskaya. La hija del abogado no pudo por menos de darse cuenta de su mirada de asombro. Pero si Korchaguin la había reconocido, en cambio Leschínskaya no se había dado cuenta de que el electricista, que tanto había crecido en aquellos cuatro años, era precisamente su turbulento vecino.

Funciendo despectivamente las cejas en respuesta al asombro de Pável, se dirigió hacia la puerta y se detuvo en ella, golpeando impaciente el piso con la puntita de su zapato de charol. Pável la emprendió con la segunda bombilla. La desenroscó y la miró al trasluz, e inesperadamente para sí mismo, y mucho más aún para Leschínskaya, preguntó en polaco:

- ¿Víctor está también aquí?

Al preguntar, Korchaguin no volvió la cabeza. No veía el rostro de Nelly, pero su prolongado silencio hablaba de su confusión.

- ¿Acaso le conoce usted?

- Sí, mucho. Eramos vecinos -y Pável se volvió hacia Nelly.

- ¿Es usted Pável, el hijo...? -Nelly quedó cortada.

- De la cocinera -le apuntó Pável.

- ¡Cómo ha crecido usted! Le recuerdo cuando era un muchacho salvaje.

Nelly le examinaba descaradamente, de pies a cabeza.

- ¿Y por qué le interesa Víctor? Me parece recordar que no hacían ustedes muy buenas migas -dijo Nelly con su cantarina voz de soprano, esperanzada en dispersar el aburrimiento con aquel encuentro inesperado.

El destornillador incrustaba rápidamente un tornillo en la pared.

- Víctor quedó sin pagarme una deuda. Cuando le vea usted, dígale de mi parte que no pierdo la esperanza de que ajustemos las cuentas.

- Dígame cuánto le debe y yo le pagaré por él.

Nelly comprendía de qué "ajuste de cuentas" hablaba Korchaguin. Conocía toda la historia ocurrida cuando la ciudad se encontraba en poder de los hombres de Petliura, pero el deseo de irritar a aquel "siervo" le impulsaba a la burla.

Korchaguin guardó silencio.

- Diga, ¿es cierto que nuestra finca ha sido saqueada y que la están destruyendo? Seguramente, el cenador y los macizos estarán destrozados -profirió con tristeza Nelly.

- La casa ahora es nuestra, no de ustedes, y no nos trae cuenta destruirla.

Nelly sonrió sarcástica.

- ¡Ah, se ve que a usted también le han instruido! Pero he de decirle que éste es el vagón de la misión polaca, y en este departamento yo soy la señora, y usted, como antes, continúa siendo un esclavo. Usted también ahora trabaja para que yo tenga luz, para que pueda leer cómodamente en este diván. Antes su madre nos lavaba la ropa y usted nos traía el agua. Ahora nos hemos vuelto a encontrar en la misma situación.

Nelly decía estas palabras con maldad triunfante. Pável, limpiando con la navaja la punta del cable, miró a la polaca con burla no disimulada.

- Para usted, ciudadanilla, no habría clavado ni un clavo roñoso, pero, ya que los burgueses han inventado a los diplomáticos, nosotros guardamos las buenas formas y no les cortamos la cabeza, incluso no decimos groserías, como lo hace usted.

A Nelly se le colorearon las mejillas.

- ¿Qué haría usted conmigo si pudieran tomar Varsovia? ¿También me haría picadillo o me tomaría como concubina?

Nelly continuaba de pie en la puerta, recostada graciosamente en el marco; las sensuales aletas de su nariz, acostumbradas a la cocaína, temblaban. Encendióse la luz sobre el diván, y Pável se irguió.

- ¿A quién le hace falta usted? La cocaína la matará sin necesidad de que lo hagan nuestros sables. Y yo... ¡ni siquiera para la cama escogería a una tipa como tú!

Pável tomó la caja de la herramienta y dio dos pasos hacia la puerta. Nelly se apartó, dejándole paso, y, ya al final del corredor, oyó él su ahogado:

"Maldito bolchevique", dicho en polaco.

Al día siguiente, cuando Pável se dirigía por la tarde a la biblioteca, se encontró en la calle con Katiusha. Apretando en su pequeño puño la manga de la blusa de Pável, Zelenova le cerró el paso bromeando:

- ¿A dónde vas tan de prisa, política e instrucción?

- A la biblioteca, madrecita, déjame libre el camino -le respondió Korchaguin en el mismo tono, asiéndola cuidadosamente de los hombros y apartándola hacia la calzada. Desprendiéndose de sus manos, Katiusha echó a andar a su lado.

- ¡Escucha, Pavlusha! No todo va a ser estudiar… ¿Sabes una cosa? Ven conmigo a una fiestecilla, los muchachos se reúnen hoy en casa de Zina Gládish. Y hace tiempo que las chicas me han pedido que te lleve. Tú te has ofuscado con la política; ¿es posible que no quieras alegrarte y divertirte un rato? Anda, si no lees hoy, tendrás más despejada la cabeza -le persuadía, insistente, Kabusha.

- ¿Qué fiestecilla es ésa? ¿Qué van a hacer allí?

Katiusha repitió burlona:

- ¿Qué van a hacer? No rezarle a Dios, sino pasar alegremente el tiempo y nada más. ¿Tú tocas el acordeón? Pues yo no te he oído ni una sola vez. Anda, hazme ese favor. El tío de Zina tiene un acordeón, pero toca mal. Las muchachas se interesan por ti, y tú te marchitas leyendo libros. ¿Dónde está escrito que los komsomoles no puedan divertirse? Vamos antes de que me canse de persuadirte; de lo contrario, me enfadaré contigo por un mes entero.

La pintora Katia, muchacha de ojos grandes, era una buena camarada, y no mala como joven comunista. Korchaguin no quiso hacerle un feo y accedió, aunque no tenía costumbre de asistir a tales reuniones.

En la casa del maquinista Gládish había mucha gente y gran bullicio. Los adultos, para no molestar a los jóvenes, pasaron a la pieza interior, y en la habitación grande y en la terracilla, que daba a un pequeño jardín, se habían reunido una quincena de muchachos y muchachas. Cuando Katiusha llevó a Pável por el jardín hacia la terracilla, allí estaban ya jugando a "dar de comer a las palomas". En medio de la pequeña terraza había dos sillas con los respaldos pegados. En ellas, a la llamada de la dueña, que dirigía el juego, se sentaban un joven y una muchacha. La dueña gritaba: "¡Dad de comer a las palomas!", y los jóvenes que estaban sentados de espaldas volvían la cabeza y sus labios se encontraban, besándose públicamente. Después jugaron al "anillo" y al "cartero". Cada uno de estos juegos iba acompañado de besos. En el juego del "cartero", para evitar la vigilancia general, los que debían besarse pasaban de la terracilla iluminada a la habitación, donde se había apagado previamente la luz. Para aquellos a quienes estos juegos no satisfacían, sobre un velador, que se encontraba en el rincón, había un montoncillo de tarjetas del "flirt de las flores". La vecina de Pável, una muchacha de unos dieciséis años, llamada Mura, coqueteando con sus ojillos azules tendióle una tarjeta y le dijo en voz baja:

- Violeta.

Hacía algunos años, Pável había visto fiestecillas semejantes, y aunque no tomaba en ellas participación directa, las consideraba, sin embargo, como cosa natural. Pero ahora, cuando se había apartado para siempre de la vida pueblerina del villorrio, esta fiestecilla le parecía algo monstruoso y un poco ridículo.

Fuera como fuere, la tarjeta del "flirt" ya se encontraba en su mano.

Frente a la "violeta" leyó: "Usted me gusta mucho".

Pável miró a la muchacha. Esta, sin turbarse, aguantó su mirada.

- ¿Por qué?

La pregunta era algo embarazosa. Mura había preparado su respuesta con anticipación.

- Rosa -profirió y le tendió una segunda tarjeta.

Frente a la "rosa" estaba escrito: "Usted es mi ideal" Korchaguin se volvió hacia la muchacha y, procurando suavizar su tono, le preguntó:

- ¿Por qué te ocupas de estas tonterías?

Mura, confusa, dijo frunciendo caprichosamente los labios:

- ¿Acaso le desagrada mi confesión?

Korchaguin dejó la pregunta sin contestar. Pero sintió deseos de saber con quién hablaba. Y comenzó a hacer preguntas, a las que la muchacha respondía de buen grado. Al cabo de unos minutos, sabía ya que la joven estudiaba en la escuela media, que su padre era revisor de vagones, que ella le conocía hacía tiempo y quería ser amiga suya.

- ¿Cuál es tu apellido? -preguntó Korchaguin.

- Volíntseva.

- ¿Tu hermano es el secretario de la célula del depósito de máquinas?

- Sí.

Ahora Korchaguin sabía con quién trataba. Era evidente que Volíntsev, uno de los komsomoles más activos del distrito, no había prestado la menor atención a su hermana, y la muchacha se iba convirtiendo en una burguesita gris. Durante el último año había comenzado a frecuentar las fiestecillas, en casa de sus amigas, donde se besuqueaban hasta atontarse. La muchacha había visto varias veces a Korchaguin en la habitación de su hermano.

Ahora Mura sintió que su vecino no aprobaba su conducta, y cuando la llamaron para "dar de comer a las palomas", al percibir la desaprobatoria sonrisa de Korchaguin, se negó rotundamente. Permanecieron allí unos minutos más. Mura le hablaba de su vida. A ellos se acercó Zelenova.

- ¿Qué, si traigo el acordeón tocarás un poco? -Y, entornando los ojos, miró a Mura-. ¿Ya sois amigos?

Pável invitó a Katiusha a sentarse a su lado y, aprovechando que alrededor todos reían y gritaban, le dijo:

- No voy a tocar; Mura y yo nos vamos en seguida de aquí.

- ¡Ah! Parece que has mordido el anzuelo –dijo insinuante Zelenova.

- Sí, he picado. Di, ¿hay aquí komsomoles, además de nosotros dos? ¿O somos los únicos que nos hemos convertido en "palomeros"?

Katiusha comunicó conciliadora:

- Ya han dejado de hacer tonterías; ahora bailaremos.

Korchaguin se levantó.

- Bien, vieja, baila si quieres; pero Volíntseva y yo nos marchamos.

En una ocasión, Anna Borjart entró por la tarde en la habitación de Okunev. Allí se encontraba, solo, Korchaguin.

- ¿Estás muy ocupado, Pável? ¿Quieres venir al Pleno del Soviet urbano? Juntos, se hará más corto el camino: además, tendremos que regresar tarde.

Korchaguin se preparó rápidamente. En la pared, sobre su cama, estaba colgado el máuser, pero era demasiado pesado. Sacó de la mesa la pistola de Okunev y la deslizó en su bolsillo. Dejó una nota a Nikolái y escondió la llave en el lugar convenido.

En el teatro se encontraron con Pankrátov y Olga. Sentáronse todos juntos y durante los descansos paseaban por la plaza. La reunión, como esperaba Anna, se prolongó hasta altas horas de la noche.

- ¿Queréis venir a dormir a mi casa? Ya es tarde y tenéis que ir lejos -propuso Yuriénieva.

- No, ya nos hemos puesto de acuerdo para volver a casa juntos -dijo Anna, rechazando la invitación.

Pankrátov y Olga marcharon avenida abajo y los de Solómenka, cuesta arriba.

La noche era sofocante y oscura. La ciudad dormía. Por las calles silenciosas se dispersaban, en distintas direcciones, los asistentes al Pleno. El rumor de sus pasos y voces se iba apagando poco a poco. Pável y Anna se alejaban rápidamente de las calles del centro. En el mercado desierto les detuvo una patrulla. Después de comprobar sus documentos, les dejó continuar su camino. Cruzaron el bulevar y salieron a una calle oscura y desierta que atravesaba un descampado. Torcieron a la izquierda y marcharon por la carretera que se extendía paralela a los depósitos centrales del ferrocarril. Eran edificios de cemento, largos, sombríos y tristes. Subconscientemente, Anna comenzó a intranquilizarse. La joven escrutaba inquieta la oscuridad y respondía a las preguntas de Pável entrecortada y desatinadamente. Cuando la sombra sospechosa resultó ser tan sólo un poste telefónico, la Borjart se echó a reír y habló a Pável de su estado de nervios. Anna le tomó del brazo y, apretando su hombro contra el de él, se tranquilizó.

- Tengo veintidós años y una neurastenia como si fuera ya vieja. Puedes tomarme por una cobarde. No sería justo. Pero hoy tengo los nervios de punta. Ahora, cuando siento que tú estás a mi lado, desaparece mi inquietud, e incluso me avergüenzo de mis temores.

La tranquilidad de Pável, el fuego del cigarrillo que por un instante iluminó parte de su rostro, el trazo viril de sus cejas, todo aquello desvanecía el temor infundido por la noche oscura como boca de lobo, por el descampado inhóspito y la conversación oída en el teatro sobre el horroroso asesinato cometido en Podol el día anterior.

Los depósitos quedaron atrás. Pasaron el puentecillo, tendido a través del riachuelo, e iban por la carretera cercana a la estación, hacia el túnel de paso, situado bajo las líneas férreas, que unía aquella parte de la ciudad con el distrito ferroviario.

La estación quedó lejos, a la derecha. Un tren

pasó hacia la vía muerta cercana al depósito de máquinas. Aquel lugar era bien conocido. Arriba, donde se encontraban los rieles, fulguraban las luces de colores de las agujas y los semáforos, y junto al depósito resollaba fatigosamente una locomotora de maniobras que se retiraba al descanso nocturno.

Pendiente de un gancho oxidado, sobre la boca del túnel, había un farol. El suave viento le hacía oscilar con balanceo casi imperceptible, y su luz amarillenta y turbia danzaba de una a otra pared del túnel.

A unos diez pasos de la boca del túnel, pegada a la carretera, se alzaba una casita solitaria. Hacía dos años, había caído en ella mi proyectil pesado que, destrozando sus entrañas, arruinó la fachada, cuarteada ahora por una enorme brecha. La casita era como un mendigo que expusiera sus lacerias junto al camino. Por arriba, pasó veloz un tren.

- Casi estamos ya en casa -dijo Anna, y había en su voz un dejo de alivio.

Sin que ella se diera cuenta, Pável trató de liberar su brazo. Pero Anna no le soltó. Pasaron por delante de la casita derruida.

De pronto, algo pareció desgajarse detrás de ellos. Se oyeron pisadas impetuosas, entrecortados jadeos. Alguien les daba alcance.

Korchaguin tiró de su brazo, pero Anna, horrorizada, le apretó contra sí. Y cuando, a pesar de ello, Pável logró desasirse de un tirón más fuerte, ya era tarde: unos dedos fríos, de hierro, atenazaban su cuello. Con brusco movimiento, el agresor hizo girar en redondo a Pável. La mano se deslizó a su garganta y, retorciéndole el cuello de la guerrera, mantenía su rostro frente al cañón del revólver, que describía lentamente un arco.

Los alucinados ojos del electricista seguían este arco con tensión sobrehumana. Desde la boca del cañón la muerte le miraba a los ojos, y él no tenía fuerzas para apartarlos, aunque no fuera más que por un segundo, del punto de mira del arma. Esperaba el golpe. Peró el disparo no se producía y los dilatados ojos de Pável percibieron el rostro del bandido: el enorme cráneo, la poderosa mandíbula, la negrura de los bigotes y de la barba sin afeitar; sólo los ojos quedaban en la sombra proyectada por la ancha visera de la gorra.

Con el rabillo del ojo, Korchaguin vio a Anna, blanca como el papel, a la que en aquel mismo momento arrastraba a la brecha de la casa uno de los tres asaltantes. Retorciéndole las manos, el bandido la derribó al suelo. Otra sombra se lanzó hacia Pável, quien no vio más que su reflejo en la pared del túnel. Detrás, en la brecha de la casa, luchaban. Anna se resistía desesperadamente, y el grito ahogado de su garganta lo cortó la gorra que le tapó la boca. El hombre de la cabeza grande, en cuyas manos estaba Korchaguin, no deseaba quedar como espectador inactivo de la violación; al igual que una fiera, sentíase atraído por la presa. Al parecer, era el cabecilla, y aquella distribución de papeles no le agradaba. El joven que tenía delante era aún un chiquillo, seguramente un "mocoso del depósito de máquinas". Aquel muchacho no representaba peligro alguno.

"Si le pongo dos o tres veces el revólver en la frente y le señalo hacia el camino del descampado, pondrá pies en polvorosa, sin volver la cabeza hasta llegar a la ciudad". Y abrió el puño.

- Arrea corriendo... Lárgate por donde has venido; si abres el pico, te meteré un tiro en la garganta. - Y el cabezudo empujó a Korchaguin en la frente con el cañón del arma-. ¡Arrea! -profirió con voz ronca, y bajó la *Parabellum* para que el muchacho no se asustara, creyendo que le iba a matar por la espalda.

Korchaguin se echó hacia atrás y dio dos pasos de lado, sin perder de vista al bandido. Este comprendió que el joven aún temía recibir un tiro, y volvió se hacia la casa.

La mano de Korchaguin se lanzó al bolsillo "¡Disparar a tiempo, disparar a tiempo!" Se volvió con ímpetu y, alargando el brazo izquierdo, captó por un instante en el punto de mira la figura del cabezudo y disparó.

El bandido comprendió tarde su error. Antes de que pudiera levantar la mano, la bala se le clavó en el costado.

El golpe le hizo tambalearse hacia la pared del túnel y, profiriendo sordos gemidos y agarrándose a la pared, se desplomó lentamente. Desde la brecha de la casa, una sombra se deslizó hacia abajo, hacia el barranco. En su seguimiento restalló el segundo disparo de Korchaguin. Otra sombra, agachándose y a saltos, se alejaba hacia la oscuridad del túnel. Sonó otro disparo. Salpicada del polvo del cemento desconchado por la bala, la sombra se apartó veloz a un lado y sumergióse en la oscuridad. Tras ella, la pistola rompió por tres veces el silencio de la noche. Junto a la pared, retorciéndose como un gusano, agonizaba el cabezudo.

Horrorizada por lo ocurrido, Anna, a la que Korchaguin había levantado del suelo, miraba, sin creer en su salvación, al bandido que se retorcía.

Korchaguin la arrastró por la fuerza a las tinieblas, atrás, hacia la ciudad, sacándola del círculo iluminado. Ambos corrieron hacia la estación. Y junto al túnel, sobre el terraplén, unas luces lanzaban ya destellos, y, pesadamente, resonó en las vías un disparo de fusil, dando la señal de alarma.

Cuando llegaron por fin a la habitación de Anna, en Batíeva Gorá, cantaban ya los gallos. Anna se dejó caer sobre la cama. Korchaguin sentóse junto a la mesa. El joven fumaba, observando concentradamente cómo se elevaban las volutas de humo gris... Hacía unos instantes, por cuarta vez en su vida, había matado a un hombre.

¿Existía, en general, el valor manifestado siempre en su forma perfecta? Recordando todas sus sensaciones e impresiones, se confesaba que en los primeros segundos el ojo negro de la pistola había helado su corazón. ¿Acaso la ceguera del ojo y la necesidad de tirar con la mano izquierda eran la única causa de que las dos sombras hubiesen escapado impunemente? No. A una distancia de algunos pasos hubiera podido tirar con mejor fortuna, pero aquella misma tensión de nervios y el apresuramiento, indicio indudable de desconcierto, lo habían impedido.

La luz de la lámpara de mesa iluminaba su cabeza, y Anna le observaba sin perder de vista ni un solo movimiento de los músculos de su rostro. Sus ojos estaban tranquilos; tan sólo la arruga de su frente hablaba de la tensión de su trabajo mental.

- ¿En qué piensas, Pável?

Sus pensamientos, asustados por la pregunta, se desvanecieron, como el humo del cigarrillo tras el semicírculo iluminado, y dijo lo primero que le vino a la cabeza:

- Necesito ir a la comandancia. Hay que dar cuenta de todo esto.

Y con desgana, venciendo el cansancio, se levantó.

Anna retuvo un momento su mano; no quería quedarse sola. Le acompañó hasta la puerta, y solamente la cerró cuando Korchaguin, que ahora le era tan querido y entrañable, se perdió en la noche.

La llegada de Pável a la comandancia explicó lo ocurrido, incomprensible hasta entonces para la guardia del ferrocarril. El cadáver fue identificado al instante: se trataba del salteador y asesino reincidente, Fimka Chérep, bien conocido por los organismos de investigación criminal.

Al día siguiente todos sabían lo acaecido junto al túnel. Esta circunstancia provocó un choque inesperado entre Pável y Tsvetáev.

Cuando el trabajo se encontraba en todo su apogeo, Tsvetáev entró en el taller y llamó a Pável. Le hizo salir al pasillo y, deteniéndose en un rincón apartado, turbándose y sin saber cómo empezar, dijo por fin:

- Cuéntame lo que pasó ayer.

- Pero si ya lo sabes.

Tsvetáev se encogió nervioso de hombros. El mecánico electricista no sabía que el lance junto al túnel afectaba a Tsvetáev más de cerca que al resto de los compañeros. Pável ignoraba que, a pesar de su indiferencia aparente, el herrero sentía inclinación por la Borjart. No era él el único en quien la muchacha despertaba un sentimiento de simpatía, pero en Tsvetáev éste era más complejo. El suceso ocurrido junto al túnel, del que acababa de enterarse por Lagútina, había dejado en su conciencia una pregunta torturante y sin resolver. Pregunta que no podía plantear a Korchaguin con toda franqueza, pero cuya respuesta deseaba conocer. En lo recóndito de su conciencia comprendía la mezquindad egoísta de su inquietud, pero en la lucha discorde de sus sentimientos, venció esta vez lo primitivo, lo animal.

- Escucha, Korchaguin -dijo con voz ahogada-. La conversación quedará entre nosotros. Comprendo que tú no lo cuentes para no torturar a Anna, pero a mí me lo puedes confiar. Dime, ¿mientras te retenía aquel bandido, los demás violaron a Anna? -Al fin de la frase, Tsvetáev no pudo resistir y apartó los ojos a un lado.

Korchaguin empezaba a comprenderle de un modo confuso. "Si Anna le fuera indiferente, Tsvetáev no se emocionaría así. Y si la quiere, entonces..." Pável sintió como propia la ofensa inferida a Anna.

- ¿Para qué lo preguntas?

Tsvetáev balbuceó algo incoherente y, sintiendo que Pável le había comprendido, se enfureció.

- ¿Por qué te sales por la tangente? Te ruego que me respondas, y tú comienzas a interrogarme.

- ¿Quieres a Anna?

Siguió el silencio. Después se oyó la palabra pronunciada difícilmente por Tsvetáev.

- Sí.

Korchaguin, conteniendo su cólera a duras penas, le dio la espalda y se alejó por el corredor, sin volver la cabeza.

Una tarde, Okunev, luego de ir y venir, turbado, junto a la cama de su amigo, se sentó en el borde de ésta y puso la mano sobre el libro que leía Pável.

- ¿Sabes, Pavlusha? Voy a tener que contarte una historia. Por una parte, es una tontería; por otra, todo lo contrario. Con Talia Lagútina me ha ocurrido algo inesperado. Al principio, ¿sabes?, me enamoré yo. -Okunev, con aire de culpa, se rascó la sien, pero al ver que su amigo no reía, se animó-. Y después, a Talia... le sucedió algo parecido. En una palabra, no vaya contártelo todo, se ve sin necesidad de un farol. Ayer decidimos probar suerte, construir nuestra vida conjuntamente. He cumplido ya los veintidós años, ambos tenemos derecho a votar. Quiero hacer vida familiar con Talia sobre principios de igualdad. ¿Cómo miras tú esto?

Korchaguin quedó pensativo.

- ¿Qué puedo responderte, Kolia? Ambos sois amigos míos, astillas de un mismo palo. Lo restante también os es común, y Talia es una muchacha muy buena... Todo es comprensible.

Al día siguiente, Korchaguin trasladó sus cosas a la vivienda comunal de los jóvenes del depósito de máquinas, y algunos días más tarde, en casa de Anna, una velada comunista, una velada amistosa sin comida ni bebida, consagró la vida en común de Talia y Nikolái. Fue una fiesta de recuerdos, de lectura de párrafos de los libros más emocionantes. Cantaron a coro mucho y bien. Desde lejos se oían

las canciones de lucha, y después, Katiusha Zelenova y Volíntseva trajeron un acordeón, y el rugido de las profundas notas bajas y el repicar argentino de los acordes llenaron la habitación. Aquella tarde, Pável tocó extraordinariamente bien, y cuando, asombrando a todos, el gigantón de Pankrátov comenzó a danzar, Pável enardecióse, y el instrumento, perdiendo su nuevo estilo, despidió fuego:

¡Eh, calle, calle!
El canalla de Denikin pone cara de vinagre,
Porque la Cheka de Siberia
A Kolchak le dio boleta...

Tocaba el acordeón cantando el pasado, los años de fuego y la amistad actual, la lucha y la alegría. Pero cuando le pasó el instrumento a Volíntsev y el cerrajero hizo vibrar sus fuelles con las ardientes notas de *Manzanita*, el propio electricista se lanzó a bailar. Korchaguin danzó una *Chechotka* loca, por tercera y última vez en su vida.

Capítulo cuarto

Dos postes constituyen la frontera. Callados y hostiles, encarnando dos mundos, se alzan el uno frente al otro. Uno de ellos está acepillado y pulido, pintado de negro y blanco, como la garita de un centinela. Arriba, con grandes clavos, está sujeta el ave de rapiña monocéfala. Desplegadas las alas, como si clavara sus garras en el poste a rayas, el ave de rapiña, con su pico curvado en tensión, escruta malévola el escudo metálico que hay frente a ella. A una distancia de seis pasos, hay otro poste redondo de brillante roble, profundamente hincado en tierra. Sobre éste destaca un escudo de hierro fundido, y en él, el martillo y la hoz. Aunque los postes están empotrados en la tierra llana, entre los dos mundos existe un abismo. Nadie puede atravesar esos seis pasos, si no es a trueque de arriesgar la vida.

Allí está la frontera.

Desde el Mar Negro hasta el Extremo Norte, hasta el mismo Océano Glacial, en una distancia de miles de kilómetros, se extiende la línea inmóvil de los silenciosos centinelas de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, con el grandioso emblema del trabajo en sus escudos. Al Este y al Oeste de aquel poste con el águila monocéfala comienzan, respectivamente, las tierras de la Ucrania Soviética y las de la Polonia de los *panis*. El pequeño pueblecito de Beresdov se pierde en un espeso bosque. A diez kilómetros de él, frente a la aldea polaca de Koriets, está la frontera. Desde el pueblecillo de Slavuta hasta el de Anápol se extiende el sector del batallón X de guardafronteras.

Los postes fronterizos corren a través de campos nevados, pasan por el bosque, bajan hasta los barrancos, destácanse en las crestas de los cerros y, al llegar al río, otean desde la elevada orilla la llanura nevada de la tierra extraña...

Hace frío. La nieve cruje bajo las botas de fieltro. Del poste con el martillo y la hoz se desprende una figura gigantesca, tocada de yelmo, como los héroes legendarios. Andando pesadamente, comienza a recorrer su sector. El corpulento soldado rojo viste capote gris, con distintivos verdes, y botas de fieltro. Encima del capote lleva un enorme abrigo de piel de oveja con anchísimo cuello, y un cálido casco de paño cubre su cabeza. Sus manos están protegidas por manoplas de piel. El abrigo le llega hasta los talones; con él no se tiene frío ni siquiera durante las más terribles ventiscas. Sobre su hombro descansa el fusil. El soldado rojo, barriendo la nieve con el abrigo, va por la línea de vigilancia, aspirando con satisfacción el humo de su cigarrillo. En la frontera soviética, en campo abierto, los centinelas se encuentran a un kilómetro el uno del otro, a fin de poder verse mutuamente a simple vista. En la frontera polaca hay dos hombres por cada kilómetro.

En dirección contraria al soldado rojo, por su senderillo de la línea de vigilancia se mueve un soldado polaco. Lleva burdos zapatones de soldado, guerrera y pantalones de un color verde grisáceo y, encima de éstos, un capote negro con dos hileras de botones relucientes. Cubre su cabeza con una gorra de cuatro picos. El águila monocéfala brilla en muchas partes de su uniforme: en la gorra, en las hombreras y en el cuello del capote, pero esto no hace que sienta más calor. El frío cruel le ha calado hasta los huesos. Se frota sus orejas insensibles, se golpea los tacones sobre la marcha; sus manos, enfundadas en delgados guantes, están ateridas. No puede detenerse ni un minuto: el frío paraliza al instante sus articulaciones, y el soldado se mueve continuamente, a veces al trote. Los centinelas se nivelan, y el polaco da la vuelta y echa a andar paralelamente al soldado rojo.

En la frontera no se puede conversar, pero cuando alrededor todo está desierto y los seres humanos más próximos se encuentran a un kilómetro de distancia, ¿quién sabe si estos dos centinelas que marchan paralelamente guardan silencio o infringen las leyes internacionales?

El polaco quiere fumar, pero ha olvidado las cerillas en el cuartel, y el vientecillo, como si pretendiera hacerle rabiar, trae de la parte soviética el aroma tentador del tabaco. El polaco deja de frotarse las orejas y mira hacia atrás: a veces, una patrulla montada, con el suboficial a la cabeza, y en ocasiones incluso con el teniente, recorre la frontera para comprobar los puestos y surge de detrás de algún montículo cuando menos se la espera. Pero alrededor todo está desierto. La nívea sábana brilla cegadora al sol. En el cielo no hay ni una sola estrellita de nieve.

- Camarada, dame cerillas -dice el polaco, infringiendo el primero la ley sagrada y, echándose a

la espalda su fusil francés de larga bayoneta, saca del bolsillo del capote, con dedos ateridos, un paquete de cigarrillos baratos.

El soldado rojo ha oído la petición del polaco, pero el reglamento del servicio de guarda fronteras prohíbe al combatiente entablar conversación con cualquier extranjero, y además no ha comprendido bien lo dicho por el soldado. Y continúa su camino, pisando fuerte la crujiente nieve con sus pies enfundados en las cálidas botas de fieltro.

- Camarada bolchevique, dame fuego, tírame la caja de cerillas -dice el polaco, esta vez en ruso.

El soldado rojo escruta a su vecino. "Se ve que el frío se le ha metido hasta los hígados al *pan*. Aunque es un soldadillo burgués, su vida es perra. Lo han arrojado a este frío, sólo con el capotillo, salta como una liebre, y sin poder fumar las está pasando negras". Y el soldado rojo, sin volverse, tira la caja de cerillas. El polaco la coge al vuelo y, rompiendo muchas cerillas, enciende por fin. La caja vuelve a pasar de la misma forma la frontera y, entonces, el soldado rojo infringe sin querer la ley.

- Quédatelas, yo tengo.

Pero del otro lado de la frontera se oye decir:

- Gracias, por esa caja de cerillas tendría que pasar me un par de añitos en la cárcel.

El soldado rojo mira la caja. En ella hay un avión. En vez de la hélice, se ve un puño poderoso y la inscripción: "Ultimátum".

"Sí, efectivamente, para ellos no son apropiadas".

El soldado polaco continúa marchando paralelamente al combatiente soviético. Se aburre solo en el campo desierto.

Las sillas crujían de modo rítmico, el trote de los caballos era de una uniformidad tranquilizadora. El morro del potro negro, sus belfos y crines estaban cubiertos de escarcha; la respiración del caballo se desvanecía en el aire, formando vapor blanco. La yegua pía del jefe de batallón braceaba con gracia, jugueteaba con las riendas, doblando en arco su fino cuello. Ambos jinetes llevaban capotes grises, ceñidos por el correaje, y con tres cuadrados rojos en la bocamanga; pero los galones que llevaba Gavrílov, el jefe del batallón, en las puntas del cuello del capote eran verdes, y los de su acompañante, rojos. Gavrílov era guardafronteras. Su batallón extendía sus puestos en una longitud de setenta kilómetros. Aquí él era el "dueño". Su acompañante y huésped, llegado de Beresdov, era Korchaguin, comisario del batallón de instrucción premilitar.

Por la noche había nevado mucho y, ahora, la nieve yacía esponjosa y blanda, no hollada aún por los cascos de los caballos ni por la planta del hombre. Los jinetes salieron del bosquecillo y cruzaron al trote el campo. A un lado, a unos cuarenta pasos, de nuevo vieron dos postes.

- ¡Sooo!

Gavrílov tiró con fuerza de las riendas. Korchaguin hizo volver grupas a su potro negro, para saber la causa de la parada. Gavrílov, inclinándose, examinaba atentamente una extraña cadena de huellas marcadas en la nieve y que daban la impresión de que alguien hubiera pasado una rueda dentada. Sí, por allí había pasado una alimaña astuta, que, para desfigurar sus huellas, había ido poniendo sus patas traseras sobre las huellas de las delanteras, enredando su pista con un complejo trenzado. Era difícil discernir de dónde venían las huellas, pero no eran las pisadas de la alimaña lo que había obligado a Gavrílov a detenerse. A dos pasos de la cadenita de huellas, había otras, cubiertas de nieve. Por allí había pasado un hombre. No había intentado ocultar sus huellas, que se encaminaban directamente al bosque, y su dirección demostraba claramente que el hombre había venido de Polonia. El jefe de batallón fustigó al caballo, y las huellas le llevaron hasta la línea de vigilancia. En una distancia de varios metros se veían señales de pisadas en el territorio polaco.

- Alguien ha pasado la frontera por la noche -gruñó el jefe de batallón-. De nuevo en la 3ª sección se han dormido, y en el parte de la mañana no dicen ni palabra. ¡Diablos! -Gavrílov tenía hebras de plata en los bigotes. El aliento, al helarse, los había argentado, haciendo que pendieran severos, sobre su boca.

Al encuentro de los jinetes avanzaban dos figuras: una pequeña y negra, con la hoja de la bayoneta francesa despidiendo destellos al sol, y otra enorme, con un abrigo amarillo de piel de oveja. La yegua pía sintió la presión de las piernas de su dueño y aceleró la marcha, y los jinetes se acercaron rápidamente hacia los que venían en dirección contraria. El soldado rojo enderezó en el hombro la correa del fusil y escupió a la nieve la colilla de su cigarrillo.

- ¡Salud, camarada! ¿Qué hay por su sector? - Y el jefe de batallón, casi sin tener que inclinarse, por la talla gigantesca del soldado rojo, le tendió la mano. El gigantón se quitó precipitadamente el guante y estrechó la mano de su jefe.

El polaco observaba desde lejos. Los oficiales rojos saludaban al soldado como si fuera un amigo íntimo. Por un instante se figuró cómo podía dar la mano a su mayor Sakrzhewsky, y este pensamiento absurdo le obligó a volver involuntariamente la cabeza.

- Acabo de hacerme cargo del puesto, camarada jefe de batallón -informó el soldado rojo.

- ¿Ha visto usted las huellas que hay allí?

- No, aún no.

- ¿Quién ha estado de puesto por la noche desde las dos hasta las seis?

- Surotenko, camarada jefe de batallón.

- Bien, esté alerta.

Y, cuando ya se disponía a partir, advirtió severo:

- Menos paseos con ésos.

Mientras los caballos marchaban al trote por el ancho camino que llevaba de la frontera al pueblecillo de Beresdov, el jefe de batallón decía:

- En, la frontera hay que estar siempre alerta. Si uno se duerme, lo lamenta luego amargamente. Nuestro servicio no conoce el sueño. De día no es tan fácil atravesar la frontera, pero por la noche hay que aguzar el oído. Juzga tú mismo, camarada Korchaguin. En el sector hay cuatro aldeas divididas por la mitad. Aquí es muy difícil. Pongas como pongas los puestos, cuando hay boda o alguna fiesta asiste toda la familia del otro lado de la frontera. ¿Y cómo no van a cruzarla cuando hay veinte pasos de casa a casa y el río lo puede pasar una gallina? También se dan casos de contrabando. Cierto que son pequeñeces. Una mujer que trae un par de botellas de aguardiente polaco de cuarenta grados, pero también hay no pocos grandes contrabandistas, con los que trabaja gente que maneja mucho dinero. ¿Y sabes lo que hacen los polacos? En todas las aldeas fronterizas han abierto grandes almacenes, donde se puede comprar todo lo que se quiera. Naturalmente, no lo han hecho para sus pobres campesinos.

Korchaguin escuchaba con interés al jefe de batallón. La vida de la frontera se parecía a un servicio de exploración continuo.

- Dime, camarada Gavrílov, ¿la cosa queda limitada al paso de contrabando?

El jefe de batallón respondió sombrío:

- No, y ése es el mal...

Beresdov era un pequeño pueblo, un apartado rinconcillo provinciano, antigua zona de residencia judía, donde había cerca de trescientas casas dispuestas sin orden ni concierto. La plaza del mercado, en cuyo centro se alzaban unas veinte tiendas, era enorme, pero extraordinariamente sucia, y estaba llena de estiércol. El pueblecillo estaba rodeado por las fincas de los campesinos. En el centro, en el barrio judío, una sinagoga situada en el camino del matadero. El vetusto edificio infundía tristeza. Cierto que la sinagoga no podía quejarse de estar vacía los sábados, pero ya no era lo de antes, y la vida del rabino no era tampoco la que él hubiera querido llevar. Por lo visto, en el año 17 debía haber ocurrido algo muy malo, cuando incluso allí, en lugar tan apartado, la juventud miraba al rabino sin el debido respeto. Cierto que los viejos aún no comían nada prohibido por la religión, ¿pero cuántos muchachos se zampaban la salchicha de cerdo, maldecida por Dios? ¡Puaf!, incluso de pensarlo daba asco. El rabino Bóruj, irritado, dio un puntapié al cerdo que con su hocico rebuscaba algo comestible en el montón de estiércol. En verdad, el rabino estaba muy descontento de que Beresdov se hubiera convertido en cabeza de distrito. ¡Había venido, el diablo sabría de dónde, una multitud de comunistas que no hacían más que enredar y enredar, y cada día traía nuevos disgustos! El día anterior había visto en los portales de la finca del pope un nuevo rótulo: "Juventud Comunista de Ucrania. Comité de distrito de Beresdov".

No se podía esperar nada bueno de aquel rótulo. Y embargado por tales pensamientos, el rabino no advirtió que se había dado de narices con un cartel pegado en la puerta de la sinagoga.

"Hoy, en el club, se celebrará asamblea abierta de la juventud trabajadora. Informarán el presidente del Comité Ejecutivo Lisitsin, y el secretario interino del Comité de distrito de la Juventud Comunista, camarada Korchagin. Después de la reunión, los estudiantes de la escuela media darán un concierto".

El rabino arrancó furioso el cartel pegado en la puerta.

"¡Ya comienza!"

La pequeña iglesia del lugar estaba enmarcada, a ambos lados, por el gran jardín de la finca del pope. En el jardín había una espaciosa casa de construcción antigua. Triste era el aspecto de las habitaciones sin ventilar en las que vivían el pope y su mujer, tan viejos y aburridos como el caserón, y hartos hacía tiempo el uno del otro. La tristeza desapareció cuando entraron allí los nuevos dueños. En la gran sala, donde los piadosos dueños recibían a sus invitados los días de gran solemnidad, reinaba ahora de continuo la animación. La casa del pope se había convertido en el local del Comité del Partido en Beresdov. En la puerta de una pequeña habitación, a la derecha de la entrada principal, estaba escrito con tiza: "Comité de distrito de la Juventud Comunista". Aquí pasaba parte de su día Korchaguin, que, además de sus funciones de comisario del 2º batallón de instrucción premilitar, desempeñaba las de secretario del Comité de distrito de la Juventud, recién creado.

Habían transcurrido ocho meses desde la fiesta con sus camaradas, en casa de Anna. ¡Y parecía que había sido ayer! Korchaguin apartó la montaña de papeles a un lado y, recostándose en el respaldo del sillón, se sumió en sus meditaciones...

En la casa reinaba el silencio. Era ya avanzada la noche y el Comité del Partido había quedado desierto. Hacía poco que había salido el último, Trofímov, secretario general del Comité del Partido, y ahora Korchaguin se encontraba solo en la casa. El frío había bordado en la ventana fantásticos arabescos de hielo. Sobre la mesa lucía el quinqué, y la estufa caldeaba la habitación. Korchaguin recordaba algo no muy lejano. En agosto, el colectivo de los talleres le había enviado como organizador de la juventud a Ekaterinoslav, con un tren de reparación. Y hasta avanzado el otoño, ciento cincuenta hombres fueron de estación en estación, liberándolas de la herencia dejada por la guerra y el desbarajuste: los vagones quemados y destrozados. Su camino extendióse desde Siniélnikovo hasta Pologui. Allí, en el antiguo reino del bandido Majnó,

había a cada paso huellas de destrucción y saqueo. En Guliai Polie estuvieron una semana restaurando la torre de piedra del depósito de agua y poniendo remiendos de hierro en los costados del depósito, desgarrado por la dinamita. El electricista no conocía el arte y las dificultades del trabajo de los ajustadores, pero sus manos, armadas de la llave, apretaron millares de tuercas oxidadas.

Ya avanzado el otoño, regresó el tren a los talleres. Estos recibieron de nuevo en sus pabellones ciento cincuenta pares de manos...

Cada vez con mayor frecuencia veían al electricista en casa de Anna. Había desaparecido la arruga de su frente, y más de una vez se oía su risa contagiosa.

De nuevo la muchachada, sucia de mazut, escuchaba en los círculos sus relatos sobre los lejanos años de lucha, sobre las tentativas de la turbulenta Rusia esclava y vestida de arpillera por derrocar al monstruo coronado, sobre las revueltas de Stepán Ruin y Pugachov.

Una tarde, en la que en casa de Anna se había reunido mucha gente joven, el electricista se liberó inesperadamente de una herencia vieja e insana. Pável, acostumbrado al tabaco casi desde la infancia, dijo áspera e irrevocablemente:

- No volveré a fumar.

Ello ocurrió de manera inesperada. Alguien había entablado una discusión, diciendo que la costumbre era más fuerte que el hombre, y, como ejemplo, citó el tabaco. Las opiniones eran diversas. El electricista no tomaba parte en la conversación, pero le arrastró a ella Talia, obligándole a manifestarse. Korchaguin dijo lo que pensaba:

- El hombre domina las costumbres, y no al contrario. ¿A dónde iríamos a parar si no fuera así?

Tsvetáev gritó desde el rincón:

- Palabras altisonantes. Korchaguin es muy aficionado a eso. Sin embargo, todo es oropel. ¿Fuma? Fuma. ¿Sabe que el tabaco le perjudica? Lo sabe. Pero no tiene coraje para dejado. No hace mucho "sembraba cultura" en los círculos. -Y cambiando de tono, Tsvetáev dijo con frío sarcasmo-: Que nos diga qué tal va con los ternos. Quien conozca a Pável, dirá que blasfema rara vez, pero con tino. Es más fácil echar sermones que ser santo.

Se hizo el silencio. La aspereza del tono de Tsvetáev causó a todos una sensación desagradable. El electricista tardó unos instantes en contestar. Después, retirando lentamente de la boca el cigarrillo, lo aplastó y dijo en voz baja:

- No volveré a fumar.

Y luego de permanecer callado unos segundos, añadió:

- Lo hago por mí, y un poco por Dimka. El hombre que no puede romper con una mala costumbre no vale para nada. Me queda aún la de blasfemar. No he podido todavía acabar definitivamente con esa vergüenza, hermanos, pero incluso Dimka reconoce que rara vez oye mis ternos. Más fácil es que se le escape a uno una mala palabra que fumarse un cigarrillo; he aquí por qué no digo que he terminado con ello. Pero, sin embargo, enterraré también las blasfemias.

Poco antes del invierno, las armadías rotas por la crecida de aguas de otoño, interceptaron el río. El combustible se perdía escapándose río abajo. Solómenka envió de nuevo a sus muchachos a salvar la riqueza forestal.

El deseo de no quedar a la zaga de sus camaradas obligó a Korchaguin a ocultarles su fuerte catarro, y, cuando una semana más tarde en la orilla del embarcadero se alzaban ya las pilas de leña, el agua helada y la humedad otoñal despertaron al enemigo que dormía en la sangre, y la fiebre abrasó a Korchaguin. Durante dos semanas, un reumatismo agudo quemó su cuerpo, y cuando regresó del hospital, trabajaba a horcajadas en el banco. El maestro no hacía más que mover la cabeza. Unos días después, una comisión médica le declaró inútil para el trabajo, y Pável recibió la cuenta y el derecho a una pensión, que, encolerizado, se negó a aceptar.

Con angustia en el corazón, abandonó sus talleres. Apoyándose en una cayada, andaba despacio y con dolor torturante. La madre le había escrito más de una vez, rogándole que la visitara, y ahora Pável recordó a su vieja y las palabras pronunciadas por ella al despedirse:

- No os veo más que cuando estáis descalabrados.

En el Comité provincial recibió las fichas de la Juventud y del Partido, y casi sin despedirse de nadie, para no aumentar su pena, se marchó a casa de su madre. La vieja se pasó dos semanas dándole baños de vapor y frotándole las piernas hinchadas. Al cabo de un mes Pável andaba ya sin bastón y en su pecho latía la alegría: las tinieblas se habían convertido de nuevo en amanecer. El tren le llevó a la capital de la provincia. Tres días después, en la sección de organización le entregaron un documento por el que se le enviaba a la comandancia militar de la provincia para que fuera utilizado como trabajador político en las formaciones de instrucción premilitar.

Y una semana más tarde llegó a este pueblecillo cubierto de nieve, como comisario del 2º batallón. En el Comité comarcal de la Juventud recibió la tarea de agrupar a los komsomoles dispersos y crear la organización en el nuevo distrito. He aquí el nuevo giro que había tomado su vida.

En la calle hacía un calor sofocante. Una rama de guindo asomaba por la ventana del despacho del presidente del Comité Ejecutivo. El sol hacía brillar la cruz dorada en el campanario gótico de la iglesia católica que se encontraba frente al Comité Ejecutivo, al otro lado de la carretera. En el jardín,

ante la ventana, los pequeños gansos de la guardesa del Comité, de plumas suaves y verdosas, como la hierba que les rodeaba, buscaban algo que picotear.

El presidente del Comité Ejecutivo estaba terminando de leer un telegrama, acabado de recibir. Su rostro se ensombreció. Su mano grande y nudosa se deslizó a su cabellera, abundante y rizada, y quedó inmóvil.

El presidente del Comité Ejecutivo de Beresdov, Nikolái Nikoláievich Lisitsin, sólo tenía veinticuatro años, pero esto no lo sabía ninguno de sus colaboradores y camaradas de Partido. Era un hombre fuerte, grave y a veces temible. Fornido de cuerpo, de cabeza grande, asentada sobre un cuello poderoso, ojos castaños, penetrantes y fríos, y barbilla de trazo acusado y enérgico, aparentaba unos treinta y cinco años. Vestía pantalones de montar azules y una guerrera gris, que "había visto mucho mundo". En el bolsillo izquierdo del pecho llevaba prendida la Orden de la Bandera Roja.

Hasta Octubre, Lisitsin "mandaba" un torno en una fábrica de armas de Tula, donde su abuelo, su padre y él, casi desde la infancia, cortaban y torneaban el hierro.

Y desde aquella noche de otoño en que empuñó las armas, que hasta entonces solamente produjera, Lisitsin fue arrastrado por la tormenta. La revolución y el Partido le lanzaban de un incendio a otro. El armero de Tula había recorrido un camino glorioso, desde soldado rojo hasta jefe militar y comisario de regimiento.

Los incendios y el tronar de los cañones quedaron sumidos en el pasado. Ahora Nikolái Lisitsin se encontraba allí, en el distrito fronterizo. Su vida transcurría apaciblemente. Hasta entrada la noche estudiaba los partes sobre la cosecha, y he aquí el mensaje recibido resucitaba por un instante el pasado. El mensaje advertía con el lenguaje parco del telégrafo:

"Absolutamente secreto. Presidente Comité Ejecutivo Beresdov Lisitsin.

Frontera obsérvase movimiento banda numerosa enviada polacos, capaz aterrorizar distritos fronterizos. Tome medidas precaución. Proponemos trasladar valores sección finanzas centro, sin retener sumas recaudadas".

Por la ventana del despacho veía Lisitsin a todos los que entraban en el Comité Ejecutivo del distrito. Korchaguin apareció en la entrada. Al cabo de un minuto se oyó llamar a la puerta.

- Siéntate y hablaremos -y Lisitsin estrechó la mano de Korchaguin.

Durante una hora el presidente del Comité Ejecutivo no recibió a nadie.

Cuando Korchaguin salió del despacho, ya era mediodía. Por el jardín apareció corriendo Niura, la hermanita pequeña de Lisitsin. Pável la llamaba Aniutka. La niña era tímida y de una seriedad impropia de sus años. Al ver a Korchaguin, siempre le sonreía cordial, y ahora le saludó con pueril timidez, al tiempo que apartaba de su frente un mechón de rebeldes cabellos.

- ¿No hay nadie en el despacho de Kolia? Hace ya tiempo que María Mijáilovna le espera para comer - dijo Niura.

- Ve, Aniutka, está solo.

Al día siguiente, mucho antes del amanecer, llegaron al Comité Ejecutivo tres carros tirados por caballos bien cebados. Sus ocupantes conversaban en voz baja. De la sección de finanzas sacaron varios sacos precintados y los cargaron en uno de los carros; unos minutos más tarde, las ruedas traqueteaban por la carretera. Un destacamento al mando de Korchaguin rodeaba los carros. Los cuarenta kilómetros que les separaban del centro comarcal (de ellos veinticinco a través de bosque) fueron recorridos sin novedad, y los valores pasaron a la caja de caudales de la sección de finanzas de la comarca. Unos días después, desde la frontera, llegó a Beresdov, a galope tendido, un jinete montado en un caballo cubierto de espuma, al que acompañaban las miradas perplejas de los ociosos del lugar.

Junto a la puerta del Comité Ejecutivo, el jinete se dejó caer pesadamente del caballo y, sujetando el sable, subió los escalones armando un estrépito espantoso con sus enormes botas. Lisitsin, frunciendo el ceño, tomó de sus manos el sobre lacrado, lo abrió y lo devolvió vacío después de firmarlo. Sin dejar reposar a su caballo, el guardafronteras saltó a la silla y emprendió el regreso al galope.

Nadie, a excepción del presidente del Comité Ejecutivo, que acababa de leerlo, conocía el contenido del sobre. Pero los vecinos de los lugarejos tienen un olfato canino. En estos lugares, de cada tres pequeños comerciantes, dos eran obligatoriamente pequeños contrabandistas, y este oficio desarrollaba en ellos la intuición del peligro.

Dos hombres se dirigían rápidamente por la acera al Estado Mayor del batallón de instrucción premilitar. Uno de ellos era Korchaguin. Los vecinos le conocían: siempre iba armado. Pero el que el secretario del Partido, Trofímov, llevara el correaje y el revólver era mala señal.

Unos minutos más tarde, del Estado Mayor salieron corriendo unos quince hombres y, en ristre los fusiles con las bayonetas caladas, corrieron hacia el molino que se encontraba en el cruce de la carretera. Los restantes comunistas y komsomoles se armaban en el Comité del Partido. Pasó al galope, con su gorro cosaco y su inseparable máuser al costado, el presidente del Comité Ejecutivo. Estaba claro que ocurría algo anormal, y la plaza grande y las sordas callejuelas parecían haber muerto: en ellas no había un alma. En un instante, en las puertas de

las tiendecillas aparecieron enormes candados medioevales, y se cerraron con estrépito los postigos. Sólo las temerarias gallinas y los cerdos, anonadados por el calor, rebuscaban cuidadosamente en los montones de basura.

En el extremo de la aldea, en los huertos, se montó un puesto de vigilancia. Allí comenzaba el campo, y se veía, hasta muy lejos, la línea recta de la carretera.

El comunicado recibido por Lisitsin era parco en palabras.

"La noche pasada, en la zona de Poddubtsi, ha irrumpido en el territorio soviético, combatiendo, una banda de caballería con cien sables aproximadamente y dos fusiles ametralladores. Tome medidas. La pista de la banda se pierde en los bosques de Slavuta. Advierto que durante el día pasará por Beresdov, en persecución de la banda, un escuadrón de cosacos rojos. No se confundan.

El jefe del batallón especial de guardafronteras, Gavrílov"

Al cabo de una hora, en la carretera que conducía al lugar, aparecieron un jinete y, un kilómetro más atrás, un grupo de gente a caballo. Korchaguin escrutó la carretera. El jinete se acercaba cauteloso, pero no vio el puesto emboscado en los jardines. Era un joven soldado del 7° regimiento de cosacos rojos. Iba de reconocimiento la primera vez, y cuando de repente le rodearon los hombres que salieron de los huertos a la carretera y vio en sus guerreras las insignias de la IJC, sonrió turbado. Luego de una breve conversación, volvió grupas y galopó hacia el escuadrón que se acercaba al trote. Los hombres del puesto dejaron pasar al escuadrón y de nuevo se ocultaron en los jardines.

Transcurrieron unos cuantos días de inquietud. Lisitsin recibió un parte en el que le decían que los bandidos no habían logrado desarrollar actos de diversión: la banda, perseguida por la caballería roja, se había visto obligada a retirarse precipitadamente al otro lado de la frontera.

Un grupito insignificante de bolcheviques -19 hombres- trabajaba intensamente en todo el distrito, organizando las instituciones soviéticas. El distrito era nuevo y en él había que crearlo todo, empezando por lo más fundamental. La proximidad de la frontera mantenía a todos en continua vigilancia.

Las reelecciones a los Soviets, la lucha contra los bandidos, la labor cultural, la lucha contra el contrabando, el trabajo militar, el de la Juventud y el del Partido, éste era el circuito por el que giraba rauda, desde el amanecer hasta altas horas de la noche, la vida de Lisitsin, de Trofímov, de Korchaguin y del reducido grupo de activistas reunido por ellos.

Del caballo a la mesa del despacho, de ésta a la plaza, por donde marchaban las secciones de jóvenes que hacían la instrucción, el club, la escuela, dos o tres reuniones, y por la noche el caballo, el máuser junto a la cadera y el brusco: "Alto, ¿quién vive?", seguido del traqueteo del carro que huía con el contrabando; tales eran los días y muchas de las noches del comisario del 2° batallón.

El Comité de la Juventud del distrito de Beresdov lo componían Korchaguin, Lida Polievij, muchacha de ojos mongólicos, oriunda de la región del Volga, dirigente de la sección femenina, y Zheñka Rasvalijin. Zheñka era un chico "joven, pero avispado", alto y guapo, que hacía poco aún estudiaba en el liceo. Amaba las aventuras peligrosas y conocía muy bien a Sherlock Holmes y a Luis Boussenard. Trabajaba Rasvalijin en la sección administrativa del Comité de distrito del Partido; hacía cuatro meses que había ingresado en la Juventud Comunista, pero entre los komsomoles se comportaba como un "viejo bolchevique". No teniendo a nadie para enviar a Beresdov, el Comité comarcal de la Juventud, después de pensarlo mucho, designó a Rasvalijin secretario de masas.

El sol se hallaba en su cenit. El calor sofocante penetraba hasta los rincones más recónditos; todo lo vivo habíase escondido bajo techo; hasta los perros se habían refugiado en los pajares, y yacían allí, agobiados por el calor, perezosos y soñolientos. Parecía como si todo lo vivo hubiera abandonado la aldea; tan sólo en el charco, junto al pozo, gruñía beatíficamente un cerdo, enterrado en el fango.

Korchaguin desató el caballo y, mordiéndose los labios, por el dolor que sentía en la rodilla, montó. La maestra se encontraba en los peldaños de la entrada de la escuela, con la mano sobre sus ojos para protegerlos del sol.

- Hasta la vista, camarada comisario -dijo sonriendo.

El caballo piafó impaciente y, combando el cuello, tiró de las riendas.

- Hasta la vista, camarada Rakítina. Quedamos en eso: mañana dará usted la primera lección.

El caballo sintió las riendas sueltas, e inmediatamente emprendió el trote. En aquel momento, Korchaguin oyó unos alaridos salvajes, que llegaban de lejos. Así solían gritar las aldeanas cuando ocurría un incendio en el lugar. El duro bocado hizo volver grupas al caballo bruscamente, y el comisario vio que del lindero de la aldea venía corriendo, jadeante, una campesina joven. Rakítina salió al centro de la calle y la detuvo. En los umbrales de las casas vecinas apareció gente, viejos y viejas en su mayoría. Todos los aptos para el trabajo encontrábanse en el campo.

- ¡Ay, buenas gentes, lo que está ocurriendo allí! ¡Ay, qué espanto, qué espanto!

Cuando Korchaguin galopó hacia las mujeres, la gente acudía corriendo de todos lados. Rodearon a la mujer, le tiraban de la manga de su blusa blanca,

hacían llover sobre ella preguntas asustadas, pero de sus palabras incoherentes era imposible comprender nada. "¡Lo han matado! ¡Se están matando!", gritaba sin cesar. Un abuelo de enmarañadas barbas, sosteniéndose con la mano los pantalones de burda tela y brincando torpemente, acosó a la joven mujer:

- ¡No grites como una loca! ¿Dónde se matan? ¿Por qué se matan? ¡Deja ya de aullar! ¡Puaf, diablo!

- ¡Los de nuestra aldea se están pegando con los de Poddubtsi... por lo de las lindes! ¡Los de Poddubtsi están matando a los nuestros!

Todos comprendieron la desgracia. En la calle, las mujeres comenzaron a proferir alaridos, gritaban furiosamente los viejos. Y un clamor de llamada recorrió la aldea, metiéndose por las casuchas, como un toque de rebato: "¡Los de Poddubtsi siegan con sus guadañas a los nuestros, por lo de las lindes!" De las casas se lanzaban corriendo a la calle todos los que podían andar y, armándose de horquillas, de hachas o, simplemente, de una estaca de cercado, salían veloces en dirección al campo, donde, en sangrienta carnicería, dos aldeas decidían su pleito anual de las lindes.

Korchaguin fustigó con tal fuerza su caballo, que el bruto emprendió súbitamente el galope. Incitado por los gritos del jinete, adelantando a la gente que corría, el caballo moro avanzaba a saltos impetuosos. Con las orejas pegadas a la cabeza y levantando mucho las patas, aumentaba de continuo su velocidad. En el montículo, como si quisiera cerrar el paso, el molino de viento extendía a ambos lados los brazos de sus aspas. A la derecha de éste, en la hondonada junto al río, había una pradera. A la izquierda, en cuanto abarcaba la vista, ya elevándose en cerrillos, ya descendiendo en barrancos, se extendía un campo de centeno. El viento corría por el centeno maduro, como si lo acariciara con la mano. Junto a la carretera se destacaba el rojo vivo de las amapolas. Allí reinaba el silencio y hacía un calor insoportable. Sólo a lo lejos, abajo, donde como una serpiente argentada se calentaba al sol el río, sonaban los gritos.

El caballo, a una velocidad terrible, volaba hacia abajo, en dirección a la pradera. "Si se le engancha una pata, nos iremos los dos al otro barrio", pensó fugazmente Pável. Pero ya no podía detener al bruto, y pegándose a él, Korchaguin escuchaba el silbar del viento en sus oídos.

Galopando como un loco, entró en la pradera. Allí, la gente se aporreaba con furor estúpido y bestial. Varios hombres yacían en tierra, manando sangre.

El caballo derribó a un hombre barbudo que, empuñando un cacho de mango de su guadaña, corría tras un muchacho con el rostro sangrante. Un campesinote tostado por el sol pisoteaba con sus botazas a su enemigo, tendido en tierra, tratando celosamente de darle en la boca del estómago.

Korchaguin cayó sobre el montón de gente con todo el peso del caballo y dispersó en distintas direcciones a los que luchaban. Sin dejarles reponerse, hizo volver grupas furiosamente a su caballo y lo lanzó de nuevo contra la gente enfurecida; comprendiendo que aquella sanguinolenta masa humana sólo podía ser separada por un salvajismo igual al suyo y por el terror, gritó rabioso:

- ¡Disolveos, canallas! ¡Os voy a matar a tiros, bandidos!

Y sacando violentamente su máuser de la funda, disparó por encima de uno de los rostros crispados de coraje. Lanzó de nuevo el caballo y volvió a disparar. Algunos, arrojando las guadañas, echaron a correr. Así, galopando furiosamente por los prados sin dar punto de reposo al máuser, el comisario consiguió su objetivo. La gente huyó de la pradera en distintas direcciones, intentando escapar de la responsabilidad y de aquel hombre, terrible en su furor y surgido no se sabía de dónde, que empuñaba "una máquina maldita" que disparaba sin cesar.

Pronto llegó a Poddubtsi el juzgado del distrito. El juez popular estuvo mucho tiempo interrogando con obstinación a los testigos, pero no pudo descubrir a los instigadores. Nadie murió en aquella refriega; los heridos escaparon con vida. Tenazmente y con paciencia bolchevique, trataba el juez de aclarar a los sombríos campesinos que le escuchaban, cuán bárbaro e inadmisible era lo que habían hecho.

- Tienen la culpa las lindes, camarada juez, las lindes se han confundido. Por ellas nos pegamos todos los años.

Con todo, algunos tuvieron que responder, y una semana más tarde, una comisión clavaba por la pradera jalones en los lugares objeto de disputa. Un viejo agrimensor, sudando a mares y agotado por el bochorno y la larga caminata, decía a Korchaguin mientras enrollaba la cinta métrica:

- Llevo treinta años midiendo tierra, y en todas partes las lindes son motivo de discordia. Mira la línea de división de los prados, ¡es algo increíble! ¡Incluso un borracho anda más derecho! ¿Y qué ocurre en los campos? Las parcelas tienen una anchura de tres pasos, unas se meten en las otras; medirlas, es como para volverse loco. Y cada año se fraccionan y se fraccionan más. El hijo se separa del padre y dividen la parcela por la mitad. Le aseguro que dentro de veinte años los campos serán una masa compacta de lindes y no habrá dónde sembrar. Ahora el diez por ciento de la tierra está ya ocioso, bajo las lindes.

Korchaguin sonrió:

- Dentro de veinte años no quedará en nuestro país una sola linde, camarada agrimensor.

El viejo miró indulgentemente a su interlocutor.

- ¿Habla usted de la sociedad comunista? Bueno, pero eso va para largo.

- ¿Ha oído usted hablar del koljós de Budánovka?
- ¡Ah! ¿A eso se refiere usted?
- Sí.
- He estado en Budánovka... Pero ésa es una excepción, camarada Korchaguin.

La comisión medía. Dos muchachos hincaban los jalones. Y a ambos lados del prado encontrábanse los campesinos, cuidando vigilantes de que cada jaloncillo se clavara en el lugar donde estaba la linde anterior, apenas perceptible por las estacas medio podridas que, en algunos sitios, sobresalían de la hierba.

Fustigando con el palo del látigo al caballo de varas, el carretero se volvió hacia los pasajeros y, locuaz, comenzó a contar:

- ¡Vaya usted a saber cómo esos komsomoles han podido aparecer aquí! Antes no los había. Y es de suponer que todo ha partido de la maestra. Se llama Rakítina. ¿No la conocen? Es una mujer aún joven, pero puede decirse que dañina. Trae revueltas a todas las mujeres de la aldea, las reúne y les llena la cabeza de tonterías, y de esto no salen más que disgustos. Antes, en los momentos de cólera, le dabas a la parienta en los hocicos, cosa imprescindible, y ella se enjugaba la cara y callaba, pero hoy, en cuanto las tocas, arman un griterío de mil diablos. A las primeras de cambio te mencionan el tribunal popular, y las más jóvenes hasta te hablan del divorcio y te largan una letanía con todas las leyes. Y mi Ganka, que era callada de nacimiento, se ha metido ahora a delegada. Esto es algo así como jefe de las mujeres, o cosa por el estilo. Y vienen a verla todas las de la aldea. En un principio quise acariciarla con las riendas, pero después envié al cuerno esta idea. ¡Al diablo con ellas! Que cotorreen. Es buena mujer, tanto en lo referente a la hacienda como en lo demás.

El carretero se rascó el pelambre que asomaba por entre la camisa de burdo lienzo, y, por costumbre, dio un latigazo en los ijares a su caballejo. En el carro iban Rasvalijin y Lida. Cada uno de ellos tenía su quehacer en Poddubtsi: Lida quería celebrar una reunión con las delegadas, y Rasvalijin debía orientar el trabajo de la célula.

- ¿Acaso no le gustan a usted los komsomoles? -preguntó Lida al carretero en tono burlón.

El hombre se rascó la barba y respondió sin apresurarse:

- Sí, por qué no... En la mocedad se puede juguetear un poco. Organizar un espectáculo o algo por el estilo; a mí mismo me agrada ver una comedia, si vale la pena. Al principio, pensabamos que los muchachos se pondrían a hacer travesuras, pero resultó lo contrario. Hemos sabido por la gente que, en cuanto a las borracheras, la golfería y demás, son muy severos. Son más amigos de la instrucción. Lo único malo es que llegan hasta a meterse con Dios y no hacen más que dar vueltas para ver cómo convertir la iglesia en club. Eso ya no está bien, los viejos les miran de reojo y están enfadados con los komsomoles. ¿Y por lo demás, qué? El desorden en ellos consiste en que admiten a todos los que no tienen dónde caerse muertos, a los jornaleros y a los dueños de haciendas que no valen un pimiento. No admiten a los hijos de las familias pudientes.

La carreta descendió por la cuesta y se detuvo frente a la escuela.

La conserje preparó en su propio cuarto unos lechos para los recién llegados, y ella se fue a dormir al pajar. Lida y Rasvalijin acababan de llegar de una reunión que se había prolongado. La casa estaba a oscuras. Después de quitarse los zapatos, Lida se metió en la cama y quedóse dormida al instante. La despertó el rudo contacto de las manos de Rasvalijin, que no dejaba lugar a dudas respecto a sus intenciones.

- ¿Qué haces?
- Más bajo, Lida, ¿por qué chillas? Me aburro solo en la cama, ¿comprendes? ¿Acaso no encuentras nada más interesante que dormir?
- ¡No me toques y lárgate de mi cama inmediatamente, al infierno! -Lida le empujó. Ya antes no podía soportar la sonrisa lasciva de Rasvalijin. En aquel momento sentía deseos de decirle algo ofensivo y burlón, pero la dominó el sueño y cerró los ojos.
- ¿A qué vienen esos remilgos? ¡Vaya una conducta más intelectual! ¿No es usted por casualidad del Instituto de señoritas nobles? ¿Piensas que te creo? No te hagas la tonta. Si eres una persona consciente, satisface primero mi necesidad y duerme luego cuanto te venga en gana.

Creyendo innecesario gastar palabras, pasó nuevamente del banco a la cama e, imperioso, puso su mano en el hombro de Lida.

- ¡Vete al diablo! -dijo la muchacha, despertándose bruscamente-. Te juro que mañana se lo contaré todo a Korchaguin.

Rasvalijin la agarró del brazo y susurró con rabia:

- Me importa un bledo tu Korchaguin, y tú no des coces, pues, de lo contrario, te poseeré por la fuerza.

Entre él y Lida tuvo lugar un breve forcejeo, y en el silencio de la isbas resonó atronadora una bofetada, seguida de otra, y de una tercera... Rasvalijin salió despedido a un lado. Lida corrió en la oscuridad hacia la puerta y, abriéndola de un empujón, salió al corral. Allí permaneció, bañada por la luz de la luna, fuera de sí, a causa de la indignación.

- Entra en la casa, tonta -le gritó colérico Rasvalijin.

El muchacho sacó su cama al sotechado y se quedó a pasar la noche en el corral. Y Lida, después de correr el cerrojo, se durmió acurrucada en la cama.

Por la mañana, cuando regresaban a casa, Zheñka

iba sentado junto al viejo carretero, fumando un cigarrillo tras otro.

"¡Esta sensitiva es capaz de contárselo todo a Korchaguín! ¡Vaya una tipa más avinagrada! Si al menos fuera guapa, pero es más fea que un pecado mortal. Hay que hacer las paces con ella, no vaya a ser que surja algún lío. Korchaguin ya me mira de reojo".

Rasvalijin pasó atrás y se sentó al lado de Lida. Fingiendo turbación y tristeza, balbuceó unas disculpas, confesó su arrepentimiento.

Rasvalijin se salió con la suya: cuando llegaban al lindero del pueblo, Lida le prometió no hablar a nadie de lo ocurrido anoche.

Una tras otra, nacían las células de la Juventud en las aldeas fronterizas. Los miembros del Comité del distrito prestaban mucha atención a estos primeros brotes del movimiento comunista. Korchaguin y Lida Polievij se pasaban los días enteros por aquellas aldeas.

A Rasvalijin no le gustaba ir a los pueblecillos. No sabía acercarse a los muchachos aldeanos, ganarse su confianza, y únicamente estropeaba las cosas. En cambio la Polievij y Korchaguin realizaban el trabajo con naturalidad y sencillez. Lida reunía en torno a su persona a las muchachas, se hacía su amiga y ya no perdía el contacto con ellas, interesándolas, sin que se dieran cuenta, en la vida y en el trabajo del Komsomol. Todos los jóvenes del distrito conocían a Korchaguin. Mil seiscientos muchachos aún no llamados a quintas se instruían en su batallón. El acordeón no había jugado nunca un papel tan grande en la propaganda como el que desempañaba allí, en las veladas aldeanas, en plena calle. El acordeón hacía que consideraran a Korchaguin como a uno "de los suyos". Más de una senda hacia la Juventud comenzaba para los muchachos aldeanos precisamente en aquel acordeón, encantador y cantarín, que unas veces agitaba apasionadamente el corazón con el impetuoso ritmo de la marcha y otras, acariciaba amoroso con los tristes acordes de las canciones ucranianas. Escuchaban el acordeón y escuchaban al acordeonista, muchacho obrero que era comisario y secretario de la Juventud. Armónicamente se entrelazaban en los corazones las canciones del acordeón y las palabras del joven comisario. En las aldeas comenzaron a oírse nuevas canciones; en las isbas, además de los salmos y de los oráculos, aparecieron otros libros.

Los contrabandistas comenzaron a pasarlas estrechas: ya no tenían que vérselas solamente con los guardafronteras, pues el Poder soviético había adquirido amigos jóvenes y celosos ayudantes. A veces, llevados por el ansia de cazar ellos mismos al enemigo, las células fronterizas extremaban la nota, y entonces Korchaguin tenía que salir en defensa de sus patrocinados. En una ocasión. Grishutka Jorovodko, muchacho de ojos azules, siempre presto a pegarse, enconado disputador y propagandista antirreligioso, que era el secretario de la célula de Poddubtsi, recibió por conducto particular la noticia de que, durante la noche, el molinero recibiría una partida de contrabando, y puso en pie a toda la célula. Armada de un fusil de estudio y de dos bayonetas, la célula, con Grishutka a la cabeza, cercó cautelosa por la noche el molino, acechando a la fiera. Un puesto de guardafronteras de la Dirección Política General del Estado (GPU) supo también del intento de contrabando y llamó a su gente. Por la noche chocaron ambos grupos, y sólo gracias a su serenidad, los guardafronteras no acribillaron a balazos a los komsomoles en la refriega que se produjo. Se limitaron a desarmar a los muchachos y a conducidos a cuatro kilómetros de allí, al pueblo vecino, donde los encerraron bajo llave.

Korchaguin se encontraba en aquel momento visitando a Gavrílov. Por la mañana, el jefe de batallón le comunicó el parte recibido, y el secretario del Comité de la Juventud galopó en socorro de los muchachos.

El representante de la GPU, riéndose, le contó el incidente nocturno.

- Mira lo que vamos a hacer, camarada Korchaguin. Como son buenos chicos, no vamos a empapelados. Mas, para evitar que en lo sucesivo intenten cumplir nuestras funciones, mételes un poco de miedo.

El centinela abrió la puerta del corral, y los once muchachos se levantaron del suelo, avergonzados y confusos.

- Aquí los tiene -dijo el representante de la GPU, abriendo los brazos en ademán de disgusto-. Han hecho de las suyas, y ahora tengo que enviados al centro.

Entonces Grishutka comenzó a hablar emocionado.

- Camarada Sájarov, ¿qué es lo que hemos hecho? Nosotros queríamos esforzamos en bien del Poder soviético. Hace ya tiempo que veníamos vigilando a ese kulak, y usted nos ha encerrado como a bandoleros. - Y se volvió de espaldas, ofendido.

Después de serias negociaciones, Korchaguin y Sájarov, manteniendo con dificultad el tono, cesaron de "meter miedo" a los muchachos.

- Si los llevas bajo tu garantía y nos prometes que no vendrán más a la frontera y prestarán su ayuda de otra forma, los pondré en libertad -dijo Sájarov a Korchaguin.

- Bien, respondo por ellos. Confío en que no me dejarán en mal lugar.

La célula regresó a Poddubtsi cantando. El incidente quedó en secreto. Pero, sin embargo, pronto cazaron al molinero, y esta vez con todas las de la ley.

Los colonos alemanes vivían con holgura en los caseríos del bosque, en Maidan-Villa. A medio kilómetro unas de otras, se extendían las ricas fincas de los kulaks, con sus casas, cuadras y graneros. Eran como pequeñas fortalezas. En Maidan-Villa perdíanse las huellas de la banda de Antoniuk. Este suboficial del ejército zarista había formado con otros de su calaña una cuadrilla de siete bandoleros y, pistola en mano, comenzó a buscarse la vida por los caminos del contorno, sin detenerse ante el derramamiento de sangre, no perdonando a los especuladores, pero sin dejar escapar tampoco a los funcionarios soviéticos. Antoniuk se movía con rapidez. Hoy liquidaba a dos encargados de las cooperativas rurales y al día siguiente, a unos veinte kilómetros, desarmaba al cartero y le quitaba hasta el último kopek. Antoniuk competía con su colega Gordi. Eran dignos el uno del otro, y los dos juntos hacían perder a las milicias y a la GPU de la comarca bastante tiempo. Antoniuk operaba en los alrededores de Beresdov. Se hizo peligroso el tránsito por la carretera que llevaba a la ciudad. Era difícil cazar al forajido: cuando las cosas se le ponían muy mal, se retiraba al otro lado de la frontera, permanecía allí algún tiempo y volvía después a hacer su aparición cuando menos se le esperaba. Lisitsin se mordía nerviosamente los labios cada vez que recibía noticias de las sangrientas correrías de aquella fiera peligrosa e inatrapable.

- ¿Hasta cuándo va a mordernos esta víbora? El hijo de perra va a conseguir que yo mismo me ocupe de él -mascullaba indignado. Y en dos ocasiones el presidente del Comité Ejecutivo se lanzó sobre la pista fresca del bandido, llevando consigo a Korchaguin y tres comunistas más, pero Antoniuk escapó.

Del centro comarcal enviaron a Beresdov un destacamento para la lucha contra el bandolerismo. Mandaba estas fuerzas el gomoso Filátov. Arrogante como un gallo joven, no creyó necesario registrarse en el Comité Ejecutivo, según exigían los reglamentos de la frontera, y condujo su destacamento a la cercana aldea de Semaki. Llegó a ella de noche y alojóse con su fuerza en la primera isba del lindero del poblado. La aparición de aquellos hombres armados y desconocidos, que actuaban con tanto sigilo, despertó las sospechas de un vecino komsomol, el cual corrió a poner el hecho en conocimiento del presidente del Soviet local. Este, no sabiendo nada acerca del destacamento, le tomó por la banda, y un joven comunista, enviado como mensajero, partió veloz a caballo hacia el centro del distrito. La estupidez de Filátov estuvo a punto de costar la vida a muchos. Al enterarse por la noche de la aparición de la "banda", Lisitsin puso en pie inmediatamente a la milicia y, con unos diez hombres, galopó hacia Semaki. Llegaron a la isba, desmontaron y, saltando la cerca, lanzáronse hacia la puerta. El centinela que había en el umbral se desplomó pesadamente en tierra al recibir en la cabeza un culatazo asestado con el máuser. Lisitsin abrió violentamente la puerta de un fuerte empujón, y él y sus hombres irrumpieron en el cuarto, alumbrado débilmente por la lámpara que colgaba del techo. Echando hacia atrás una mano, dispuesta a lanzar una granada, y empuñando el máuser con la otra, Lisitsin gritó con voz de trueno, que hizo retemblar los cristales:

- ¡Entregaos, u os hago pedazos!

Un segundo más, y los que habían irrumpido acribillarían a balazos a los hombres soñolientos que se levantaban rápidamente del suelo. Pero el aspecto terrible del que empuñaba la granada hizo que se alzasen decenas de manos. Y un minuto más tarde, cuando los componentes del destacamento fueron sacados al patio en paños menores, la Orden que se destacaba en la guerrera de Lisitsin desató la lengua de Filátov.

Lisitsin escupió rabiosamente y, con desprecio fulminante, exclamó:

- ¡Guiñapo!

El eco de la revolución en Alemania rodó hasta el distrito. Llegó hasta allí el estruendo de las descargas de fusilería en las barricadas de Hamburgo. En la frontera comenzó a reinar la intranquilidad. Con expectación tensa se leían los periódicos; desde Occidente soplaban vientos de Octubre. Sobre el Comité de distrito de la Juventud llovían las peticiones de ingreso voluntario en el Ejército Rojo. Korchaguin veíase obligado a gastar no poca saliva para convencer a los enviados de las células de que la política del País Soviético era de paz y de que la República no se disponía a combatir contra ninguno de sus vecinos. Pero esto surtía poco efecto. Cada domingo se reunían en Beresdov los komsomoles de todas las células, y en el gran jardín del pope se celebraban asambleas de distrito. En una ocasión, a mediodía, llegó al espacioso patio de la casa del Comité de la Juventud la célula completa de Poddubtsi, en orden de marcha y guardando la formación. Korchaguin los vio por la ventana y salió al patio. Once muchachos con botas y voluminosas mochilas a la espalda, capitaneados por Jorovodko, se detuvieron junto a la entrada.

- ¿Qué pasa, Grisha? -le preguntó asombrado Korchaguin.

Pero Jorovodko le hizo un guiño y entró con él en la casa. Cuando Lida, Rasvalijin y dos komsomoles más rodearon a Jorovodko, éste cerró la puerta y, con seriedad, frunciendo sus cejas descoloridas por el sol, dijo:

- Es que he realizado, camaradas, una prueba de preparación militar. Hoy he dicho a los míos: "He recibido un telegrama del distrito; como es natural, completamente secreto. Ha comenzado la guerra

contra los burgueses alemanes y pronto empezará también contra los *panis*. Así, pues de Moscú se ha dado la orden de que todos los komsomoles vayan al frente. Quien tenga miedo que escriba una petición, y se le dejará en casa". Les ordené que de la guerra no dijeran ni una sola palabra, que cogieran un pan y un pedazo de tocino, y que los que no tuvieran tocino, tomaran consigo ajos o cebollas. Les dije también que al cabo de una hora se reunieran secretamente fuera de la aldea, de donde iríamos a la cabeza de distrito y de allí a la de la comarca, para recibir armas. Esto impresionó enormemente a los muchachos. Comenzaron a agobiarme a preguntas, y yo les contesté que no había nada que discutir: eso era todo. Y si alguno pensaba negarse a cumplir la orden debía hacerlo por escrito. La campaña era voluntaria. Los muchachos se dispersaron y mi corazón comenzó a latir presa de inquietud: temía que no viniera nadie. Entonces no me quedaría más remedio que disolver la célula y marcharme a otro sitio. Salí de la aldea, me senté en el lugar convenido y me puse a esperar. Acudían de uno en uno. Algunos se veía que habían llorado, pero no querían darlo a entender. Se presentaron los diez, no hubo ni una sola deserción. ¡Así es la célula de Poddubtsi! -concluyó entusiasmado Grishutka, dándose un puñetazo en el pecho con aire orgulloso.

Y cuando la Polievij, indignada, empezó a reprocharle su proceder, Grishutka la miró atónito.

- ¿Pero qué dices? Esta es la comprobación más adecuada. ¡Así se puede ver, sin trampa ni cartón, lo que cada uno es! Para mayor solemnidad, quería llevarlos al centro comarcal, pero los muchachos se han cansado. Que vayan a casa. Sólo que tú, Korchaguin, pronúnciales sin falta un discurso, pues si no, ¿qué? Sin discurso la cosa no vale... Diles que la movilización ha sido anulada, y que su heroísmo les hace honor y gloria.

Korchaguin iba rara vez al Comité comarcal. Aquellos viajes le hacían perder varios días, y el trabajo exigía su presencia diaria en el distrito. En cambio, Rasvalijin marchaba a la ciudad siempre que se presentaba ocasión para ello. Armado de pies a cabeza, se comparaba mentalmente con uno de los héroes de Cooper y realizaba complacido el viaje. En el bosque abría fuego contra los cuervos o alguna que otra traviesa ardilla, detenía a los transeúntes solitarios y, como un verdadero agente de investigación, les preguntaba quiénes eran, de dónde venían y a dónde se encaminaban. En las cercanías de la ciudad, Rasvalijin escondía el fusil bajo el heno del carro, se metía el revólver en el bolsillo y entraba la mar de tranquilo en el Comité comarcal de la Juventud.

- ¿Qué, qué hay de nuevo por Beresdov?

El despacho de Fedótov, secretario del Comité comarcal de la Juventud, siempre estaba lleno de gente. Todos hablaban a un tiempo. Era necesario saber trabajar en tales condiciones, escuchar al mismo tiempo a cuatro, escribir y contestar a una quinta persona. Fedótov era muy joven, pero tenía el camet del Partido desde el año 1919. Sólo en aquellos tiempos turbulentos un muchacho de quince años podía haber llegado a miembro del Partido.

A la pregunta de Fedótov, Rasvalijin respondió negligentemente:

- Son tantas las novedades que es imposible contarlas todas. Está uno dando vueltas desde la mañana hasta la noche. Hay que tapar mil agujeros, pues hay que hacerlo todo desde el principio, comenzando por los cimientos. He organizado dos células más. ¿Para qué me habéis llamado? -Y, diligente, tomó asiento en el sillón.

Krimski, responsable de la sección económica, se apartó por un momento del montón de papeles y le miró.

- Hemos llamado a Korchaguin, no a ti.

Rasvalijin expelió por la boca una espesa bocanada de humo.

- A Korchaguin no le gusta venir aquí. Incluso esto tengo que hacerlo yo... En general, algunos secretarios viven bien: no dan ni golpe y todo lo echan sobre burros de carga como yo. Korchaguin, en cuanto se marcha a la frontera, está dos o tres semanas sin venir, y yo tengo que apechar con todo el trabajo.

Rasvalijin daba a entender con claridad que él sería precisamente el secretario adecuado para el Comité de distrito de la Juventud.

- No sé por qué, no me gusta ese ganso -confesó francamente Fedótov a los que le rodeaban, cuando salió Rasvalijin.

Las insidias de Rasvalijin fueron descubiertas casualmente. En una ocasión, Lisitsin entró en el despacho de Fedótov a recoger el correo, pues era costumbre que cualquiera que llegara del distrito recogiese las cartas para los demás. Fedótov mantuvo una larga conversación con Lisitsin y Rasvalijin fue desenmascarado.

- No obstante, envíame a Korchaguin, pues casi no nos conocemos -dijo Fedótov al despedirse del presidente del Comité Ejecutivo.

- Está bien. Pero con la condición de que no penséis quitárnosle. Nos opondríamos categóricamente.

Aquel año, las fiestas de Octubre se celebraron en la frontera con extraordinario entusiasmo. Korchaguin fue elegido presidente de la comisión organizadora de las fiestas en las aldeas fronterizas. Después del mitin celebrado en Poddubtsi, una masa de cinco mil campesinos y campesinas de tres aldeas vecinas, desplegadas al viento las banderas rojas y formada en una columna que se extendía en medio kilómetro, con la banda de música y el batallón de instrucción premilitar en cabeza, salió de la aldea en

dirección a la frontera. Manteniendo un orden severísimo, perfectamente organizada, la columna comenzó su desfile por la tierra soviética, a lo largo de los postes, dirigiéndose a las aldeas, divididas por los límites de ambos países. Los polacos nunca habían visto semejante espectáculo en la frontera. Delante de la columna iban, a caballo, el jefe de batallón Gavrílov y Korchaguin, y detrás, el tronar de los instrumentos, el susurro de las banderas, y canciones, ¡canciones!... La juventud campesina vestía de fiesta; reinaba la alegría; la risa de las mozas parecía el tintineo de millares de campanillas de plata; marchaban con rostro grave los adultos, y, con expresión solemne, los ancianos. Lejos, en todo lo que abarcaba la vista, discurría aquel río humano cuya orilla era la frontera, y ni un solo pie salió de la tierra soviética ni pisó un centímetro de la tierra que se extendía más allá de la línea prohibida. Korchaguin dejó pasar por delante el torrente humano. La canción de los komsomoles:

¡Desde la taigá hasta los mares británicos,
El Ejército Rojo es el más fuerte de todos!

fue alternada por el coro de las muchachas:

¡Ay! en los oteros cosechan las segadoras...

Con sonrisa alegre saludaban a la columna los centinelas soviéticos, y, con desconcierto y turbación, la miraban los polacos. El desfile por la frontera, aunque se había advertido con anticipación al mando polaco, provocó alarma en la otra parte. Iban y venían apresuradamente las patrullas de la gendarmería, se reforzaron en cinco veces los puestos de la frontera y, por lo que pudiera ocurrir, en los barrancos había dispuestas reservas. Pero la columna marchaba por su tierra, bulliciosa y alegre, llenando el aire con los sonidos de sus canciones.

Sobre un montículo se encontraba un centinela polaco. La columna marchaba a paso moderado. Resonaron los primeros acordes de la marcha. El polaco bajó el fusil de su hombro y presentó armas. Korchaguin oyó distintamente:

- ¡Viva la comuna!

Los ojos del soldado decían que era él quien había pronunciado aquellas palabras. Pável le miraba fijamente.

¡Era un amigo! Bajo el capote de soldado latía un corazón al unísono de la columna, y Korchaguin respondió en voz baja, en polaco:

- ¡Salud, camarada!

El centinela quedó atrás. Dejaba pasar a la columna por delante, manteniendo el fusil en la misma posición. Pável volvió varias veces la cabeza para mirar a aquella figura negra y pequeña. Llegaron a donde se encontraba otro polaco, de bigotes canosos. Bajo el canto brillante de la visera de la gorra, miraban dos ojos inmóviles y descoloridos. Korchaguin, aún bajo la influencia de lo que acababa de escuchar, fue el primero en decir en polaco, como para sí:

- ¡Salud, camarada!

Y no recibió respuesta.

Gavrílov sonrió. Lo había oído todo.

- Tú quieres demasiado -dijo-. Además de los soldados de infantería, hay aquí gendarmes de a pie. ¿No has visto que lleva un galón en la bocamanga? Es un gendarme.

La cabeza de la columna descendía del cerro a la aldea, dividida en dos por la frontera. La mitad soviética preparaba a sus invitados un recibimiento triunfal. Junto al puente fronterizo, en la orilla del pequeño río, se había reunido toda la población soviética. Las muchachas y los muchachos habían formado a ambos lados del camino. En la mitad polaca, los tejados de las isbas y de los pajares estaban abarrotados de gente que miraba atenta lo que ocurría en la orilla opuesta del río. En los umbrales de las casas y junto a los vallados había multitud de campesinos. Cuando la columna entró en aquel pasillo humano, la orquesta rompió a tocar *La Internacional*. En la tribuna, construida por la gente de la aldea y adornada con ramas verdes, pronunciaron emocionados discursos jóvenes imberbes y viejos de cabeza nevada. También habló Korchaguin en su idioma natal, en ucraniano. Sus palabras cruzaban el río y se oían en la orilla opuesta. Allí decidieron no consentir que este discurso inflamara los corazones. Por la aldea comenzó a correr una patrulla de gendarmes montados, metiendo a la gente en casa a latigazos. Restallaron disparos dirigidos contra los tejados.

Las calles quedaron desiertas. Desapareció de los tejados la juventud, arrojada de allí por las balas, y desde la orilla soviética miraban todo esto y fruncían el ceño. Ayudado por los muchachos, se encaramó a la tribuna un viejo pastor y, agitado por una oleada de indignación, dijo emocionado:

- ¡Bien! ¡Mirad, hijos míos! También en un tiempo a nosotros nos pegaban así, y ahora nadie ve en la aldea que el Poder descargue el látigo sobre los campesinos. Terminaron los *panis* y terminaron los latigazos sobre nuestras espaldas. Hijos míos, mantened firmemente este Poder. Soy viejo, no sé hablar. Quisiera decir mucho de la vida que arrastrábamos bajo el zar, como el buey arrastra la carreta, además, ¡me dan tanta lástima aquéllos!... - Y señalando con su mano huesuda hacia la otra orilla, rompió a llorar, como sólo saben hacerlo los niños y los viejos.

El viejo fue seguido en el uso de la palabra por Grishutka Jorovodko. Y, al escuchar su discurso colérico, Gavrílov hizo volver grupas a su caballo, mirando a ver si alguien lo anotaba en la orilla opuesta. Pero allí no se encontraba nadie; incluso

habían retirado el centinela de junto al puente.

- Al parecer, esta vez nos pasaremos sin la consabida nota al Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros -dijo bromeando.

En una lluviosa noche otoñal de fines de noviembre terminaron de ensangrentar la tierra las huellas del bandido Antoniuk y de sus siete satélites. Aquel engendro de lobo fue cazado en la boda de un rico colono de Maidan-Villa. Allí, los comunistas de Jrolin acabaron con él y con su banda.

Comentaban las comadres la presencia de estos invitados en la boda del colono, y en un abrir y cerrar de ojos, se reunieron los doce miembros de la célula, armados cada uno de lo que pudo. En carros marcharon presurosos hacia Maidan-Villa, mientras un mensajero galopaba a toda velocidad en dirección a Beresdov. El mensajero se tropezó en Semaki con el destacamento de Filátov, que se lanzó en pos de la pista fresca. Los comunistas de Jrolin cercaron el caserío y sus fusiles comenzaron a conversar con los de Antoniuk y compañía. El bandido y los suyos se habían hecho fuertes en un pequeño pabellón desde donde batían con rociadas de plomo a todo el que se ponía a tiro. Trató de romper el cerco, pero los de Jrolin le obligaron a refugiarse de nuevo en el pabellón, derribando de un balazo a uno de los siete forajidos. No era la primera vez que Antoniuk se veía en tal trance, y siempre había salido con vida: le salvaban las granadas y la noche. Quizás también hubiera logrado escapar en esta ocasión, pues los comunistas ya habían perdido dos hombres en el tiroteo, pero Filátov llegó al caserío. Antoniuk comprendió que había caído en una ratonera, y esta vez sin salida. Hasta la mañana estuvo haciendo fuego por todas las ventanas del pabellón, pero al amanecer terminó su resistencia. Ninguno de los siete se entregó. El fin del engendro de lobo costó cuatro vidas. De ellas, tres las había dado la célula de la Juventud Comunista de Jrolin.

El batallón de Korchaguin fue llamado a las maniobras de otoño de las unidades territoriales. Bajo un aguacero espantoso, el batallón recorrió en un solo día los cuarenta kilómetros que le separaban del campamento de la división territorial. Comenzó su marcha por la mañana temprano y la terminó a altas horas de la noche. El jefe del batallón, Gúsiev, y su comisario hicieron el recorrido a caballo. Apenas llegaron a los cuarteles, los ochocientos muchachos del batallón se echaron a dormir. El Estado Mayor de la división territorial había enviado con retraso al batallón la orden de presentarse a las maniobras que se pensaba comenzar a la mañana siguiente. El batallón recién llegado debía pasar revista. Formó en la plaza. Pronto llegaron varios jinetes del Estado Mayor de la división. El batallón ya había recibido uniformes y fusiles, y parecía otro. Tanto Gúsiev como Korchaguin habían dedicado a su batallón muchas energías y tiempo y estaban tranquilos en cuanto a la unidad a ellos confiada. Cuando la revista oficial terminó y el batallón hubo demostrado su capacidad de maniobra, uno de los jefes, de rostro agradable, pero ajado, preguntó a Korchaguin con aspereza:

- ¿Por qué va usted a caballo? En nuestras unidades los jefes y comisarios de los batallones de instrucción premilitar no tienen derecho a caballo. Le ordeno entregar el caballo en la cuadra y participar en las maniobras a pie.

Korchaguin sabía, que, si desmontaba, le sería imposible tomar parte en las maniobras, pues no podría andar ni tan siquiera un kilómetro. ¿Pero cómo decírselo a aquel gomoso vocinglero con cerca de una decena de correajes?

- Sin caballo yo no puedo tomar parte en las maniobras.

-¿Porqué?

Y comprendiendo que sólo así podía explicar su negativa, Korchaguin respondió sordamente:

- Tengo las piernas hinchadas y no puedo correr y andar durante una semana. Además, camarada, no sé quién es usted.

- En primer lugar, soy el jefe de Estado Mayor de su regimiento. En segundo, le vuelvo a ordenar que desmonte; y si es usted inválido, yo no tengo la culpa de que se encuentre en el servicio militar.

A Korchaguin le pareció que le habían dado un latigazo. Tiró de las riendas, pero la mano firme de Gúsiev, le detuvo. Durante unos instantes lucharon en Pável dos sentimientos: el ultraje y la serenidad. Pero Pável Korchaguin ya no era aquel soldado rojo que podía pasar de una unidad a otra sin reflexionar. Korchaguin era comisario de un batallón, que se encontraba a sus espaldas. ¿Qué ejemplo de disciplina mostraría con su conducta? ¡No había él instruido a su batallón para aquel lechuguino! Sacó los pies de los estribos, bajó del caballo y, venciendo el agudo dolor que senda en las articulaciones, se dirigió hada el flanco derecho de la formación.

Desde hacía unos días, el tiempo era verdaderamente espléndido. Las maniobras tocaban a su fin. Al quinto día se desarrollaban ya en tomo a Shepetovka, en donde habían de concluir. Al batallón de Beresdov se le encomendó ocupar la estación, atacando desde la aldea de Klimentóvichi.

Korchaguin, que conocía perfectamente el terreno, indicó a Gúsiev todos los accesos. El batallón, dividido en dos columnas, dando un profundo rodeo, desapercibido para el "enemigo", penetró en su retaguardia e irrumpió en la estación al grito de "hurra". El jurado reconoció en su fallo que la operación había sido ejecutada con brillantez. El centro ferroviario quedó en poder del batallón de Beresdov, y la unidad que lo defendía se retiró al

bosque después de haber perdido, convencionalmente, el 50% de sus efectivos.

Korchaguin tomó el mando de medio batallón. En el centro de la calle, acompañado del jefe y del comisario de la tercera compañía, daba las órdenes para el establecimiento de las líneas.

- Camarada comisario -le dijo jadeante un soldado rojo que llegó corriendo-, el jefe de batallón pregunta si los ametralladores han ocupado los pasos a nivel. Pues la comisión está al llegar.

Pável se dirigió hacia el paso a nivel con los jefes de las compañías.

Allí se reunió el mando del regimiento. Felicitaron a Gúsiev por la brillante operación. Los representantes del batallón derrotado estaban nerviosos y ni siquiera trataron de justificarse.

- El mérito no es mío, sino de Korchaguin, que es de aquí y nos ha guiado.

El jefe de Estado Mayor se acercó a Pável y le dijo con sorna:

- Resulta que usted, camarada, puede correr como un gamo y, al parecer, vino a caballo para presumir. - Quiso aún añadir algo, pero la mirada de Korchaguin le hizo enmudecer.

Cuando se hubieron marchado los mandos, Korchaguin preguntó en voz baja a Gúsiev:

- ¿No sabes su apellido?

Gúsiev le dio unas palmadas en el hombro.

- Déjale, no hagas caso de ese mamarracho. Se llama Chuzhanin, me parece que era teniente en el viejo ejército.

Aquel día, Korchaguin trató varias veces de recordar dónde había oído aquel apellido, pero no lo consiguió.

Terminaron las maniobras. Después de ser muy bien calificado, el batallón regresó a Beresdov, y Korchaguin, deshecho físicamente, se quedó por un par de días en casa de su madre. El caballo lo dejó en la cuadra de Artiom. Pável durmió doce horas de un tirón en los dos primeros días, y al tercero fue a ver a Artiom al depósito de máquinas. Allí, en el ahumado edificio, se sintió en su ambiente. Aspiró con avidez el humo del carbón. Aquello que conocía desde la infancia, entre lo que había crecido y con lo que se había entrañado, le atraía con fuerza irresistible. Era como si hubiese perdido algo muy amado. Llevaba muchos meses sin oír el silbido de las locomotoras, y lo mismo que el azul turquesa del mar infinito emociona al marino después de cada larga separación, así aquel medio querido llamaba al fogonero y mecánico. Durante largo rato no pudo vencer en sí este sentimiento. Con Artiom habló poco. Notó una nueva arruga en la frente de su hermano. Artiom trabajaba en el horno móvil. Tenía ya dos hijos. Se veía que su vida era dura. De ello Artiom no dijo nada, pero saltaba a la vista sin necesidad de palabras.

Trabajaron juntos durante unas horas. Se despidieron. En el paso a nivel, Pável detuvo su caballo y permaneció un buen rato mirando a la estación; después, fustigó al caballo moro y, al galope tendido, lo lanzó por el camino del bosque.

Los caminos forestales no ofrecían ya peligro. Los bolcheviques habían terminado con los bandidos grandes y pequeños, habían destruido sus nidos, y la vida en las aldeas del distrito era más tranquila.

Korchaguin llegó a Beresdov al mediodía. Lida Polievij le recibió alegremente en la entrada del local del Comité de distrito.

- ¡Por fin has llegado! No te puedes figurar cómo te echábamos de menos. - Y pasando el brazo por sus hombros, Lida entró con él en la casa.

- ¿Dónde está Rasvalijin? -le preguntó Korchaguin mientras se quitaba el capote.

Lida le contestó con desgana:

- No sé dónde estará. ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Esta mañana ha dicho que iría a la escuela a dar por ti la clase de ciencias sociales. "Esto -dijo- es mi función directa, y no la de Korchaguin".

La noticia produjo en Pável contrariedad y asombro. Rasvalijin nunca había sido de su agrado. "¿De qué les habrá llenado la cabeza?", pensó con disgusto Korchaguin.

- Bueno, bien. Cuéntame, ¿qué hay por aquí de bueno? ¿Has estado en Grushovka? ¿Cómo les van las cosas a los muchachos de allí?

Lida se lo contó todo. Korchaguin reposaba en el diván, desentumeciendo sus cansadas piernas.

- ...Anteayer admitimos como candidato al Partido a Rakítina. Esto refuerza aún más nuestra célula de Poddubtsi. Rakítina es una muchacha excelente; a mí me gusta mucho. Como verás, entre los maestros ya comienza el viraje; algunos de ellos se pasan a nuestro lado en cuerpo y alma.

A veces, tres hombres permanecían hasta bien entrada la noche en torno a la gran mesa de Lisitsin. Eran éstos el propio Lisitsin, Korchaguin y Líchikov, nuevo secretario del Comité de distrito del Partido.

La puerta que conducía al dormitorio estaba cerrada. Aniutka y la mujer del presidente del Comité Ejecutivo dormían, y los tres hombres, sentados en torno a la mesa, se inclinaban sobre un pequeño libro. Únicamente por las noches encontraba Lisitsin tiempo para estudiar. Los días que regresaba de las aldeas, Pável pasaba las tardes en casa de Lisitsin y veía con amargura que Líchikov y Nikolái le habían tomado la delantera.

De Poddubtsi llegó rauda la noticia: por la noche, unos desconocidos habían asesinado a Grishutka Jorovodko. Al enterarse, Korchaguin se lanzó hacia la cuadra del Comité Ejecutivo y, olvidándose de los dolores de sus piernas, llegó a ella en unos minutos. Con apresuramiento febril, ensilló el caballo y, azotándole ambos ijares con la fusta, galopó raudo hacia la frontera.

Adornado con ramas verdes y cubierto con la bandera del Soviet, el cuerpo de Grishutka yacía sobre una mesa, en la espaciosa isba del Soviet local. Hasta que llegaron las autoridades, no dejaron que nadie se le acercara; un guardafronteras rojo y un komsomol estaban de centinelas junto al umbral. Korchaguin entró en la isba, se acercó a la mesa y apartó la bandera.

Grishutka, pálido como la cera, con los ojos muy abiertos, en los que había quedado impresa la tortura de la agonía, yacía con la cabeza inclinada a un lado. Una rama de abeto cubría su nuca, hendida por un instrumento cortante.

¿Qué mano se había levantado contra aquel joven, hijo único de la viuda Jorovodko, que había perdido en la revolución a su marido, jornalero del molino y después miembro del Comité de campesinos pobres de la aldea?

La noticia del asesinato del hijo había derribado a su anciana madre, y ésta, casi sin vida, recibía los solícitos cuidados de las vecinas, mientras el hijo yacía mudo, guardando el secreto de su muerte.

El asesinato de Grishutka agitó la aldea. El joven dirigente de la juventud local y defensor de los jornaleros tenía en la aldea más amigos que enemigos.

Conmovida por esta muerte, Rakítina lloraba en su habitación; cuando Korchaguin entró a verla, ni siquiera levantó la cabeza.

- ¿Quién piensas que puede haberle asesinado, Rakítina? -preguntó con voz sorda Korchaguin, dejándose caer pesadamente en una silla.

- ¿Quién, de no ser esa pandilla del molino? A esos contrabandistas se les había atragantado Grishutka.

Los vecinos de dos aldeas acudieron en pleno al entierro de Grishutka. Korchaguin trajo su batallón. Toda la organización de la Juventud acudió a rendir los últimos honores a su camarada. Gavrílov formó en la plaza del Soviet local las doscientas cincuenta bayonetas de una compañía de guardafronteras. A los tristes acordes de la marcha fúnebre, sacaron el ataúd forrado de paño rojo y lo colocaron en la plaza donde se había cavado una fosa, junto a las de los guerrilleros bolcheviques enterrados durante la guerra civil.

La sangre de Grishutka unió estrechamente a todos aquellos por quienes él había luchado siempre, entregando todo su ser. Los jóvenes jornaleros y los campesinos pobres prometieron ayuda a la célula; y todos los que hablaron, ardiendo de ira, exigieron la muerte de los asesinos, exigieron que se les hallara y juzgase allí mismo, en la plaza, junto a aquella tumba, para que todos pudieran ver la cara al enemigo.

Resonaron tres salvas, y sobre la tumba, recién cubierta de tierra, cayeron ramas de pino. Aquella misma tarde, la célula eligió un nuevo secretario general: la camarada Rakítina. Del puesto fronterizo de la GPU comunicaron a Korchaguin que habían dado con la pista de los asesinos.

Una semana más tarde, en el teatro local, comenzó el segundo Congreso de los Soviets del distrito. Grave y solemnemente, Lisitsin dio principio a su informe:

- Camaradas, tengo la satisfacción de poder informar al Congreso de que en el año transcurrido todos nosotros hemos realizado un gran trabajo. Hemos fortalecido enormemente el Poder soviético en el distrito, hemos destruido de raíz el bandolerismo y dado un golpe de muerte al contrabando. En las aldeas han surgido fuertes organizaciones de campesinos pobres, han aumentado en diez veces las de la Juventud y han engrosado también las del Partido. La última fechoría de los kulaks en Poddubtsi, víctima de la cual cayó nuestro camarada Jorovodko, ha sido descubierta; los asesinos, el molinero y su yerno, han sido detenidos y dentro de unos días serán juzgados aquí mismo, por el tribunal de la provincia. La presidencia ha recibido de numerosas delegaciones de las aldeas la petición de que el Congreso acuerde exigir la última pena para los criminales terroristas...

La sala se venía abajo de los gritos:

- ¡La apoyamos! ¡Mueran los enemigos del Poder soviético!

Polievij apareció en una de las puertas laterales y llamó a Pável con el dedo.

En el corredor, Lida le entregó un sobre lacrado con la inscripción de "urgente". Korchaguin lo abrió.

"Al Comité de distrito de la Juventud Comunista de Beresdov. Copia al Comité de distrito del Partido. Por decisión del buró del Comité provincial, se llama del distrito al camarada Korchaguin, a disposición del Comité provincial, para enviarle a un trabajo responsable de la Juventud Comunista".

Korchaguin se despidió del distrito en donde había trabajado un año. En la última reunión del Comité del Partido se discutieron dos cuestiones: primera, pasar al camarada Korchaguin a miembro del Partido Comunista; segunda, aprobar su característica y liberarle del trabajo de secretario del Comité de distrito de la Juventud.

Con fuerza, hasta hacerle daño, estrecharon Lisitsin y Lida la mano de Pável, le abrazaron fraternalmente y, cuando a lomos de su caballo, salió del patio y torció hacia la carretera, diez revólveres dispararon una salva en su honor.

Capítulo quinto

Acompañado del intenso zumbido de su motor eléctrico, el tranvía subía penosamente por la calle Fundukléievskaya. Se detuvo junto a la Opera. De él

se apeó un grupo de jóvenes, y el tranvía continuó su marcha.

Pankrátov animaba a los demás:

- Más de prisa, muchachos. No os dais cuenta de que llegamos tarde.

Okunev le alcanzó en la misma entrada del teatro.

- Recuerdas, Gueñka, que hace tres años, llegamos aquí de la misma manera. Entonces Dubava volvió a nosotros de la "oposición obrera". Fue una buena tarde. Y hoy de nuevo vamos a luchar con Dubava.

Pankrátov respondió a Okunev ya en la sala, adonde acababan de entrar después de haber mostrado sus credenciales al grupo de control que había en la puerta.

- Sí, con Mitiay se repite otra vez la misma historia.

Les sisearon reclamando silencio. Tuvieron que ocupar los asientos más próximos a la entrada. La sesión vespertina de la conferencia ya había comenzado. En la tribuna se veía una figura femenina.

- Hemos llegado a propósito. Siéntate y escucha lo que va a decir tu mujercita -susurró Pankrátov, dando un codazo a Okunev en el costado.

- ...Cierto que hemos gastado muchas energías en la discusión, pero en cambio la juventud que ha participado en ella ha aprendido mucho. Señalamos con gran satisfacción el hecho de que la derrota de los partidarios de Trotski en nuestra organización es evidente. No pueden quejarse de que no se les ha dejado manifestar sus opiniones, exponer por completo sus puntos de vista. Ha ocurrido todo lo contrario. Esta libertad de acción, que les hemos dado, ha traído como consecuencia, por su parte, toda una serie de graves infracciones de la disciplina del Partido.

Talia se emocionaba; un mechón de cabellos caía sobre su rostro y le molestaba al hablar. Con un movimiento brusco, echó la cabeza hacia atrás.

- Hemos oído aquí a muchos camaradas de los distritos y todos ellos han hablado de los métodos utilizados por los trotskistas. Aquí, en la conferencia, tienen una representación no pequeña. Los distritos les dieron conscientemente credenciales para que se les escuchara una vez más en la conferencia local del Partido. No es culpa nuestra si ellos intervienen poco. Su completa derrota en las células y en los distritos les ha enseñado algo. Ahora es difícil intervenir desde esta tribuna y repetir lo que ayer mismo decían.

Desde el ángulo derecho del patio de butacas, una voz brusca interrumpió a Talia:

- ¡Aún hablaremos!

Lagútina se volvió.

- Bien, Dubava, sal y habla, nosotros escucharemos.

Dubava detuvo en la joven su mirada confusa y sus labios se crisparon nerviosamente.

- ¡Cuando llegue el momento, hablaremos! -gritó, y recordó la dura derrota sufrida el día anterior en su distrito, donde todos le conocían.

Un rumor de protesta recorrió la sala. Pankrátov no pudo contenerse:

- ¿Qué, pensáis sacudir otra vez el Partido?

Dubava reconoció su voz, pero ni siquiera se volvió; se limitó a morderse dolorosamente los labios, y bajó la cabeza.

Talia continuó:

- El propio camarada Dubava puede servir de ejemplo evidente de cómo los trotskistas infringen la disciplina del Partido. Es un viejo trabajador de la Juventud, muchos le conocen, particularmente los del *Arsenal*. Dubava es estudiante de la Universidad Comunista de Járkov, pero todos sabemos que desde hace ya tres semanas se encuentra aquí con Shumski. ¿Qué es lo que les ha traído aquí, cuando los estudios se encuentran en todo su apogeo? No hay un solo distrito en la ciudad en el que no hayan intervenido. Verdad es que a Mijailo, en los últimos días, ha comenzado a despejársele la cabeza. ¿Quién les ha enviado aquí? Además de ellos, tenemos numerosos trotskistas de diferentes organizaciones. Todos han trabajado aquí en un tiempo y han venido ahora para atizar el fuego de la lucha en el seno del Partido. ¿Sabe su organización del Partido dónde se encuentra? Naturalmente que no.

La conferencia esperaba de los trotskistas que intervinieran reconociendo sus errores. Talia trataba de empujarles al camino de la confesión y hablaba como si, en vez de hallarse en una tribuna, se encontrara en una charla entre camaradas:

- Recordad que hace tres años, en este mismo teatro, Dubava volvió a nosotros con el antiguo grupo de "oposición obrera". Recordad sus palabras: "Nunca dejaremos caer de nuestras manos la bandera del Partido", y no han pasado aún tres años cuando Dubava la ha dejado caer. Yo afirmo que ha sido así. Pues sus palabras "aún hablaremos" dicen que él y sus compinches, los trotskistas, seguirán su camino.

Desde las butacas traseras se oyó decir:

- Que hable Tufta del barómetro, es su meteorólogo.

Se alzaron voces agitadas:

- ¡Basta de bromas!

- Que respondan: ¿cesan de luchar contra el Partido o no?

- ¡Que digan quién ha escrito la declaración contra el Partido!

La efervescencia iba en aumento; el presidente agitó largo rato la campanilla.

En el ruido de las voces se perdieron las palabras de Talia, pero pronto se calmó la tormenta y de nuevo se oyó a Lagútina:

- Recibimos cartas de nuestros camaradas de la periferia; están con nosotros, y esto nos anima.

Permitidme que os lea un párrafo de una de las cartas. Es de Olga Yuriénieva; muchos de vosotros la conocéis; ahora es la dirigente de la sección de organización del Comité comarcal de la Juventud.

Talia sacó la carta de un paquete de documentos y, recorriéndola de una rápida mirada, leyó:

- "El trabajo práctico está abandonado; hace ya cuatro días que todo el buró está en los distritos. Los trotskistas han desarrollado la lucha con extraordinaria fuerza. Ayer ocurrió un caso que ha indignado a toda la organización. Los oposicionistas, al no obtener mayoría en ninguna de las células de la ciudad, decidieron dar la batalla con sus fuerzas unidas en la célula del Comisariado Militar de la comarca, de la que forman parte los comunistas de la oficina del Plan del Estado y los funcionarios de Instrucción Pública. La célula cuenta con cuarenta y dos personas, pero allí acudieron todos los trotskistas. Nunca habíamos escuchado discursos tan contrarios al Partido como los pronunciados en esa reunión. Uno de los del Comisariado Militar intervino y dijo con todo descaro: "Si el aparato del Partido no se entrega, lo romperemos por la fuerza". Los oposicionistas recibieron con aplausos esta manifestación. Entonces tomó la palabra Korchaguin y dijo: "¿Cómo, siendo miembros del Partido, habéis podido aplaudir a este fascista?" No le dejaron continuar hablando, hacían ruido con las sillas, gritaban. Los miembros de la célula, indignados por este comportamiento propio de golfos, exigieron que se escuchara a Korchaguin, pero, cuando Pável comenzó a hablar, de nuevo organizaron la obstrucción. Pável les gritó: "¡Buena es vuestra democracia! ¡De todas maneras hablaré!" Entonces le agarraron entre unos cuantos y trataron de echarle de la tribuna. Fue algo salvaje. Pável les rechazaba y continuaba hablando, pero le sacaron a rastras del escenario y, abriendo la puerta lateral, lo tiraron a la escalera. Un canalla le dio un golpe que le bañó la cara en sangre. Casi toda la célula se retiró de la reunión. Este caso ha abierto los ojos a muchos..."

Talia abandonó la tribuna.

Hacía ya dos meses que Segal trabajaba como secretario de agitación y propaganda del Comité provincial del Partido. Ahora se encontraba en la presidencia, al lado de Tókariev, y escuchaba atentamente las intervenciones de los delegados a la conferencia local del Partido. Por el momento, sólo hacían uso de la palabra los que militaban aún en la juventud.

"¡Cómo han crecido en estos años!", pensaba Segal.

- Los oposicionistas ya las están pasando moradas -dijo a Tókariev-, y la artillería pesada aún no ha sido puesta en juego: es la juventud quien aplasta a los trotskistas.

Tufta subió de un salto a la tribuna. En la sala recibieron su aparición con un murmullo desaprobador y una breve explosión de risa. Tufta se volvió hacia la presidencia para manifestar su protesta contra aquella acogida, pero en la sala ya se había hecho el silencio.

- Alguien me ha llamado aquí meteorólogo. ¡Así, camaradas de la mayoría, os burláis de mis concepciones políticas! -dijo de un resuello.

Una carcajada unánime siguió a sus palabras. Tufta, indignado, volvió la cabeza hacia la presidencia, señalando a la sala.

- Por mucho que os riáis, volveré a decir que la juventud es el barómetro. Lenin lo ha escrito varias veces.

En la sala todos se callaron al instante.

- ¿Qué ha escrito? -preguntó una voz. Tufta se animó.

- Cuando se preparaba la insurrección de Octubre, Lenin daba la directiva de reunir a la juventud obrera decidida, armarla y lanzarla con los marinos a los sectores más peligrosos. ¿Queréis que os lo lea? Tengo todas las citas escritas en fichas. - Y Tufta comenzó a registrar en su cartera.

- ¡Eso ya lo sabemos!

- ¿Y qué escribía Lenin sobre la unidad?

- ¿Y qué sobre la disciplina del Partido?

- ¿Dónde Lenin oponía la juventud a la vieja guardia?

Tufta perdió el hilo y pasó a otro tema:

- Aquí Lagútina ha leído una carta de Yuriénieva. Nosotros no podemos responder de ciertas anormalidades en la discusión.

Tsvetáev, que estaba sentado al lado de Shumski, susurró rabioso:

- ¡Manda a un tonto por lana, y saldrá trasquilado!

Shumski respondió, también con un hilillo de voz:

- Sí, este papanatas nos va a hundir definitivamente.

La voz aguda y chillona de Tufta continuaba perforando los tímpanos:

- ¡Si vosotros habéis organizado la fracción de la mayoría, también nosotros tenemos derecho a organizar la fracción de la minoría!

En la sala estalló la tormenta.

Tufta fue aturdido por una granizada de exclamaciones de indignación.

- ¿Qué es eso? ¿De nuevo bolcheviques y mencheviques?

- ¡El Partido Comunista no es un parlamento!

- ¡Ellos se esmeran por todos, desde Miasnikov hasta Mártov!

Tufta abrió los brazos, como si fuera a lanzarse a nadar, y comenzó a disparar palabras, desbocado:

- Sí, es necesaria la libertad de grupos. De lo contrario, ¿cómo los que pensamos diferentemente podremos luchar por nuestras concepciones con una mayoría tan organizada y unida por la disciplina?

El rumor en la sala iba en aumento. Pankrátov se

levantó y gritó:

- ¡Dejad que se manifieste, es útil conocerlo todo! ¡A Tufta se le escapa lo que los otros callan!

Se hizo el silencio. Tufta comprendió que había dicho más de la cuenta. En verdad, no valía la pena hacer semejantes manifestaciones en momentos tales. Cambió de tema y al terminar su intervención lanzó a los oyentes un chaparrón de palabras:

- Naturalmente, podéis expulsamos y arrinconamos. Esto ya ha comenzado. A mí ya me han echado del Comité provincial del Komsomol. No tiene importancia, pronto veremos quién tiene razón. - Y abandonó el escenario, bajando a la sala.

Dubava recibió una nota de Tsvetáev en la que se decía:

"Mitiay, habla ahora. Cierto, eso no cambiará el giro, tomado por las cosas, nuestra derrota aquí es evidente, pero es imprescindible rectificar a Tufta. Es un idiota y un charlatán".

Dubava pidió la palabra, que le fue concedida inmediatamente.

Cuando subió a la escena, en la sala se hizo un silencio expectante. Este silencio, habitual antes de los discursos, hizo sentir a Dubava el frío del aislamiento. Ya no tenía el ardor con que había intervenido en las células. Un día tras otro se iba apagando su fuego, y ahora, como una hoguera rociada con agua, se cubría de humo acre, humo que era su orgullo mórbido afectado por la franca derrota y la réplica severa de sus viejos camaradas. A ello había que añadir la terquedad de no querer reconocerse equivocado. Decidió barrerlo todo, aunque sabía que esto le apartaría aún más de la mayoría. Y con voz sorda, pero clara, comenzó a hablar:

- Ruego que no se me interrumpa y que no se me hostigue con réplicas. Quiero exponer completamente nuestra posición, aunque sé, de antemano, que es inútil: sois la mayoría.

Cuando terminó, pareció como si en la sala hubiera estallado una granada. Sobre Dubava se desplomó un huracán de gritos. Como los golpes de una fusta en el rostro, flagelaron a Dmitri las exclamaciones coléricas:

- ¡Es una vergüenza!

- ¡Abajo los escisionistas!

- ¡Basta! ¡Basta de verter lodo!

Una carcajada burlona acompañó a Dmitri, cuando bajó de la escena, y esta carcajada le partió el alma. Si hubieran gritado indignadamente, con furia, se habría sentido satisfecho. Pero se burlaban de él, como de un artista que, queriendo dar una nota alta, suelta un gallo.

- Shumski tiene la palabra -dijo el presidente.

Mijailo se levantó.

- Renuncio a intervenir.

Desde las filas traseras retumbó la voz de Pankrátov:

- ¡Pido la palabra!

Por el timbre de aquella voz, Dubava conoció el estado de ánimo de Pankrátov. El cargador hablaba así cuando alguien le ofendía gravemente, y al acompañar con mirada sombría la figura alta y un poco encorvada de Ignat, que se dirigía rápido a la tribuna, Dubava sintió una inquietud angustiosa. Sabía lo que iba a decir lgnat. Recordó su encuentro del día anterior en Solómenka, con los viejos amigos, cuando los muchachos, en una conversación cordial, trataban de hacerle romper con la oposición. Con él habían estado Tsvetáe y y Shumski. Se habían reunido en casa de Tókariev. Allí se encontraban Ignat, Okunev, Talia, Volíntsev, Zelenova, Staroviérov y Artiujin. Dubava se mantuvo mudo y sordo ante aquella tentativa de restablecer la unidad. En lo más álgido de la charla se marchó con Tsvetáev, subrayando con ello su falta de deseo de reconocer lo falso de su punto de vista. Shumski se había quedado. Ahora renunciaba a intervenir. "¡Intelectual de mantequilla! Se lo han ganado con su propaganda, naturalmente", pensó colérico Dubava. En aquella lucha descabellada había perdido todos sus amigos. En la Escuela Superior Comunista se produjo la ruptura de su antigua amistad con Zharki, que había intervenido duramente en el buró contra la declaración de los "cuarenta y seis"*. Más tarde, cuando las divergencias se agudizaron, dejó de hablar con él. Varias veces había visto a Zharki en su casa, en la habitación de Anna. Anna Borjart hacía ya un año que era su mujer. Tenían ambos habitaciones independientes. Dubava consideraba que sus relaciones tirantes con Anna, que no compartía sus puntos de vista, empeoraban aún más, de día en día, porque Zharki había comenzado a visitarla con frecuencia. No sentía celos, pero la amistad de Anna y Zharki, con quien Dubava no se hablaba, le producía irritación. Así se lo dijo a Anna. Tuvieron un altercado, y sus relaciones se hicieron aún más tirantes. Había acudido a la conferencia sin decírselo a su mujer.

Ignat interrumpió la rápida carrera de sus pensamientos. El cargador comenzaba su discurso.

¡Camaradas! -dijo Pankrátov, pronunciando firmemente esta palabra; se subió a la tribuna y se situó junto a las candilejas-. ¡Camaradas! Durante nueve días hemos estado escuchando las intervenciones de los oposicionistas. ¡Digo abiertamente que no han intervenido como compañeros de idea, como combatientes por la

* ...de los "cuarenta y seis": acción conjunta de los restos oposicionistas en el Partido, agrupados en torno a Trotski. Exigían la libertad de fracción y grupos. Esa acción lo mismo que todas las acciones antipartido de Trotski, recibió una réplica contundente en la XIII Conferencia del Partido, celebrada en enero de 1924. (N. de la Edit.)

revolución, como nuestros amigos de clase y de lucha! Sus intervenciones han sido profundamente hostiles, irreconciliables, malvadas y calumniosas. ¡Sí, camaradas, calumniosas! A nosotros, los bolcheviques, han intentado presentamos como partidarios del régimen de disciplina del palo en el Partido, como gente que traiciona a los intereses de su clase y de la revolución. Han tratado de hacer pasar por representantes del burocratismo en el Partido a los hombres del mejor y más probado de sus destacamentos, a la gloriosa vieja guardia bolchevique, a aquellos que forjaron y educaron al Partido Comunista de Rusia, a aquellos a los que el despotismo zarista atormentaba, en las cárceles, a aquellos que, con el camarada Lenin a la cabeza, lucharon implacablemente contra el menchevismo mundial y contra Trotski. ¿Quién, no siendo un enemigo, podría decir semejantes cosas? ¿Acaso el Partido y su aparato no son un todo único? ¿A qué se parece esto?, decid. ¿Cómo llamaríamos a quienes azuzasen a los jóvenes soldados rojos contra los jefes, los comisarios y el Estado Mayor, cuando el destacamento estuviera rodeado de enemigos? ¡Si hoy soy cerrajero, según la opinión de los trotskistas aún puedo considerarme "decente", pero si mañana llego a secretario de un comité, ya soy un "burócrata" y "uno del aparato"! ¿No os parece extraño, camaradas, que entre los oposicionistas, que luchan por la democracia, contra el burocratismo, haya, por ejemplo, personas como Tufta, destituido hace poco de su cargo por burócrata; como Tsvetáev, bien conocido por los de Solómenka por su "democracia", o como Afanásiev, al que el Comité provincial ha destituido de puestos de dirección tres veces por su autocracia y despotismo en el radio de Podol? Es un hecho que en la lucha contra el Partido se han unido todos aquellos a quienes el Partido ha fustigado. Que hablen los viejos bolchevique del "bolchevismo" de Trotski. Es necesario que la juventud conozca la historia de la lucha de Trotski contra los bolcheviques, su continuo ir y venir de un campo a otro. La lucha contra la oposición ha aglutinado nuestras filas, ha fortalecido ideológicamente a la juventud. El Partido Bolchevique y la Juventud Comunista se han templado en la lucha contra las tendencias pequeñoburguesas. Los histéricos alarmistas de la oposición nos auguran una catástrofe económica y política completa. Nuestro mañana demostrará el valor del augurio. Exigen que enviemos a nuestros viejos, como, por ejemplo, Tókariev, a trabajar en una máquina y que coloquemos en su sitio a un barómetro estropeado como Dubava, que quiere hacer pasar por heroísmo la lucha contra el Partido. No, camaradas, no lo consentiremos. Los viejos serán relevados, pero no por aquellos que a la menor dificultad atacan rabiosamente la línea del Partido. ¡No permitiremos que se rompa la unidad de nuestro gran Partido! ¡Nunca se escindirán la vieja guardia y la joven! ¡En lucha irreconciliable contra las tendencias pequeñoburguesas, bajo la bandera de Lenin, obtendremos la victoria!

Pankrátov bajó de la tribuna. Sus palabras provocaron una tempestad de aplausos.

Al día siguiente, unas diez personas se reunieron en casa de Tufta. Dubava decía:

- Shumski y yo partimos hoy para Járkov. Aquí no tenemos ya nada que hacer. Procurad no disgregaros. Esperemos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Sin duda alguna, la Conferencia de toda Rusia nos condenará, pero me parece que es aún pronto para esperar represalias. La mayoría ha decidido probarnos una vez más en el trabajo. Continuar ahora la lucha abierta, particularmente después de la conferencia, significaría salir lanzados del Partido, y eso no entra en nuestro plan de acción. Es difícil adivinar qué puede ocurrir. Pienso, que, por el momento, no tenemos nada más que hablar. –Y Dubava se levantó, disponiéndose a marcharse.

Staroviérov, muchacho enjuto y de labios finos, también se levantó.

- No te comprendo, Mitiay -dijo tartajeando ligeramente-. ¿Acaso las decisiones de la conferencia no son obligatorias para nosotros?

Tsvetáev le interrumpió bruscamente:

- Formalmente, sí; de lo contrario, te quitarán el carnet del Partido. Ya veremos qué viento sopla, pero ahora debemos dispersarnos:

Tufta se revolvió inquieto en su silla. Shumski, sombrío y pálido, con ojeras amoratadas a causa de las noches de insomnio, estaba sentado junto a la ventana, mordiéndose las uñas. Al oír las últimas palabras de Tsvetáev, se apartó de su torturante ocupación y se volvió hacia los reunidos.

- Estoy contra tales combinaciones -dijo con voz sorda, dominado por una cólera repentina-. Personalmente, considero que los acuerdos de la conferencia son obligatorios para nosotros. Hemos defendido nuestras convicciones, pero debemos someternos a la decisión de la conferencia.

Staroviérov le dirigió una mirada de aprobación y tartamudeó:

- Yo quería decir eso mismo.

Dubava clavó sus ojos en los de Shumski y profirió con tono deliberadamente burlón:

- En general, nadie te propone nada. Aún tienes la posibilidad de "arrepentirte" en la conferencia provincial.

Shumski se levantó como si le hubieran pinchado:

- ¿Qué tono es ése, Dmitri? Te digo francamente que tus palabras me apartan de ti y me obligan a meditar bien acerca de mi posición anterior.

Dubava se limitó a decirle:

- No te queda más que eso. Ve y arrepiéntete, mientras no sea tarde.

Y, al despedirse, dio la mano a Tufta y a los demás.

Poco después, se marchaban Shumski y Staroviérov.

El año 1924 señaló su entrada en la historia con un frío glacial. Se enfureció enero en el país cubierto de níveo manto, y, en su segunda mitad, aullaron las tempestades y prolongadas ventiscas.

En los ferrocarriles del Suroeste, la nieve interceptó las vías. La gente luchaba contra los elementos desencadenados. Las hélices de acero de los limpianieves hendían los albos montones abriendo paso a los trenes. El frío y la tempestad rompían los cables del telégrafo. De doce líneas, trabajaban nada más que tres: el telégrafo indoeuropeo y dos líneas de cable directo.

En la sección de telégrafos de la estación de Shepetovka, tres aparatos *Morse* no cesaban por un momento su incansable conversación, tan sólo comprensible para un oído avezado.

Las telegrafistas eran jóvenes; la longitud de la cinta inscrita por ellas, desde el primer día de servicio, no pasaba de los veinte kilómetros, mientras que el viejo, su compañero de trabajo, iba ya por los trescientos. No leía, como ellas, las cintas, ni arrugaba el ceño al componer las palabras y frases difíciles. Escribía en el papel palabra tras palabra, escuchando atento los golpecitos del aparato. Cogía al oído: "¡A todos, a todos, a todos!"

Al tiempo que escribía, el telegrafista pensó: "Seguramente, una nueva circular sobre la lucha contra la obstrucción de las vías por la nieve". Tras la ventana, el viento, huracanado, lanzaba contra el cristal copos de nieve. Al telegrafista le pareció que alguien llamaba en la ventana: volvió la cabeza y, sin querer, se quedó contemplando con admiración los bellos dibujos hechos por el frío en los cristales. No hay mano humana capaz de trazar estos finísimos grabados de caprichosas hojas y tallos.

Atraído por este espectáculo, dejó de escuchar el aparato, y, cuando hubo retirado la vista de la ventana, tomó sobre la palma de la mano la cinta, para leer las palabras que habían pasado inadvertidas.

El aparato había transmitido:

"El veintiuno de enero, seis horas cincuenta minutos..."

El telegrafista anotó rápidamente lo leído y, dejando la cinta, apoyando la cabeza en la mano, se puso a escuchar.

"Ayer, en Gorki, falleció…" El telegrafista anotó lentamente. ¡Cuántos comunicados alegres y trágicos había escuchado en su vida! El era el primero en conocer la felicidad y el dolor ajenos. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de pensar en el sentido de las frases sobrias y truncadas; las cazaba al oído y las pasaba mecánicamente al papel, sin reflexionar en su contenido.

Ahora alguien había muerto, a alguien se le comunicaba esto. El telegrafista había olvidado el título: "¡A todos, a todos, a todos!". El aparato tecleaba: "V l a d í m i r I l i c h"; el viejo telegrafista tradujo en letras los golpes del aparato. Seguía sentado tranquilamente, un poco fatigado. En alguna parte había muerto un tal Vladímir Ilich, y él estaba escribiendo hoy, para alguien, estas palabras trágicas; alguien estallaría en sollozos de desesperación y pena, pero todo esto le era ajeno, él era un testigo al margen. El aparato marcaba puntos, rayas, de nuevo puntos, otra vez rayas, y él, de los signos ya conocidos, formó la primera letra y la escribió en el papel: era la "L". Tras ella, escribió la segunda: la "E". A su lado agregó celoso una "N", marcando dos veces la rayita entre los palos. A continuación, unió a ella la "I" y, de una manera ya automática, anotó la última letra: "N".

El aparato marcó pausa y, durante una décima de segundo, el telegrafista detuvo su mirada en la palabra que acababa de escribir: "LENIN".

El aparato continuaba tecleando, pero el pensamiento, que había tropezado casualmente con este nombre conocido, volvió de nuevo a concentrarse en él. El telegrafista miró una vez más la última palabra: "LENIN". ¿Qué?... ¿Lenin? El cristalino del ojo reflejó en perspectiva todo el texto del telegrama: Durante unos instantes el telegrafista miró la hoja de papel, y, por primera vez en treinta y dos años de trabajo, no creyó en lo que había escrito.

Por tres veces, recorrió rápido las líneas, pero las palabras se repetían insistentes: "Falleció Vladímir Ilich Lenin", El viejo se puso en pie de un salto, levantó la serpentina de papel blanco y clavó en ella sus ojos. ¡Dos metros de cinta confirmaban lo que él no podía creer! Volvió el rostro, lívido como el de un cadáver, hacia sus camaradas, y éstos oyeron su asustada exclamación:

- ¡Lenin ha muerto!

La noticia de la gran pérdida salió del cuarto de aparatos por las puertas abiertas de par en par y, con la rapidez del viento de la tempestad, cruzó rauda la estación, metióse en la ventisca, recorrió como un torbellino las vías y las agujas, y, con la corriente de aire frío, irrumpió por la puerta entreabierta del depósito de máquinas.

En el depósito, sobre el primer foso, había una locomotora, que estaba arreglando la brigada de reparaciones ligeras. El viejo Polentovski se hallaba en el foso bajo la máquina y señalaba a los ajustadores las piezas estropeadas. Zajar Bruszhak enderezaba con Artiom la rejilla torcida. El la sostenía en el yunque, y Artiom descargaba sobre ella los golpes de su martillo.

Zajar había envejecido en los últimos años; las durezas de la vida habían impreso en su frente profundas arrugas. Y las sienes se habían cubierto de

hebras de plata. Sus espaldas se había encorvado, y sus ojos, hundidos, miraban sombríos.

En la puerta del depósito apareció, por un instante, una figura humana, y las sombras del crepúsculo la absorbieron. Los golpes contra el hierro ahogaron el primer grito, pero cuando el hombre llegó corriendo a donde estaban reparando la locomotora, Artiom, que había levantado el martillo, no descargó el golpe.

- ¡Camaradas! ¡Lenin ha muerto!

El martillo resbaló lentamente por el hombro, y la mano de Artiom lo dejó sin ruido sobre el suelo de cemento.

- ¿Qué es lo que has dicho? -las manos de Artiom asieron como tenazas la piel de la zamarra del que había traído la terrible noticia.

Y éste, cubierto de nieve, jadeante, repitió, ya con voz sorda y entrecortada:

- Sí, camaradas, Lenin ha muerto.

Y por el hecho de que el hombre ya no gritaba, Artiom comprendió toda la espantosa verdad, y reconoció el rostro del que había hablado: era el secretario de la organización del Partido.

Los hombres salieron de los fosos y escucharon en silencio la noticia de la muerte de aquel cuyo nombre era conocido en todo el mundo.

Y junto a las puertas, obligando a todos a estremecerse, resonaron los rugidos de una locomotora. En el extremo opuesto de la estación, le replicaron las pitadas de una segunda, de una tercera... A su poderoso llamamiento, impregnado de alarma, se unió el aullido de la sirena de la central eléctrica, agudo y penetrante como el del vuelo de un obús. Con el limpio sonido del bronce cubrió estas llamadas la bella locomotora de marcha rápida, tipo "S", dispuesta a salir hacia Kíev conduciendo un tren de pasajeros.

El agente de la GPU se estremeció sorprendido cuando el maquinista de la locomotora polaca del tren directo Shepetovka-Varsovia, al conocer la causa de las pitadas de alarma, luego de prestar atención un instante, levantó lentamente la mano y tiró hacia abajo de la cadena que abría la válvula del pito. Sabía que hacía resonar el pito por última vez, que no prestaría ya más servicio en aquella máquina, pero su mano no se separó de la cadena y el mugido de la locomotora alzó de sus blandos divanes a los asustados correos y diplomáticos polacos.

El depósito se llenaba de gente, que afluía por todas sus puertas. Cuando el gran edificio estuvo abarrotado, en el fúnebre silencio resonaron las primeras palabras.

Habló el viejo bolchevique Sharabrin, secretario del Comité comarcal de Shepetovka.

- ¡Camaradas! Ha muerto el jefe del proletariado mundial, Lenin. El Partido ha sufrido una pérdida irreparable, ha muerto aquel que creó y educó al Partido Bolchevique en el odio irreconciliable a los enemigos... La muerte del jefe del Partido y de la clase obrera llama a los mejores hijos del proletariado a nuestras filas...

Los acordes de la marcha fúnebre; centenares de cabezas descubiertas; y Artiom, que en los últimos quince años no había llorado, sentía cómo la angustia le subía a la garganta y cómo se estremecían sus hombros poderosos.

Parecía que los muros del club ferroviario no iban a poder resistir el aflujo de las masas humanas. En la calle, el frío era muy intenso; los dos frondosos abetos que se alzaban a la entrada estaban cubiertos de nieve y de finos carámbanos; pero en la sala el ambiente estaba muy cargado a causa de la estufa y el aliento de seiscientas personas que deseaban asistir a la velada necrológica organizada por el colectivo del Partido.

En la sala no había el ruido habitual ni rumor de conversaciones. Una gran pena ahogaba las voces; la gente hablaba en voz baja, y en centenares de ojos se percibía una dolorida alarma. Era como si allí se hubiera congregado la tripulación de un barco que hubiese perdido a su experto timonel, arrastrado por un golpe de mar.

Con igual silencio los miembros del buró ocuparon sus puestos tras la mesa presidencial. El fornido Sirotenko levantó con cuidado la campanilla, la agitó apenas y de nuevo la dejó sobre la mesa. Ello fue suficiente para que, poco a poco, un silencio angustioso se extendiera por el salón.

Inmediatamente después del informe, se levantó Sirotenko, secretario general del colectivo. Lo que dijo no sorprendió a nadie, aunque era extraordinario en una reunión fúnebre. Sus palabras fueron éstas:

- Varios obreros piden a la reunión que examine una solicitud suya; la firman treinta y siete camaradas. -Y leyó el documento:

"Al colectivo del Partido Comunista Bolchevique de la estación de Shepetovka, ferrocarril del Suroeste.

La muerte del Jefe nos ha llamado a las filas de los bolcheviques y rogamos que se examine nuestra solicitud en la reunión de hoy y se nos admita en el Partido de Lenin".

Bajo estas breves palabras había dos columnas de firmas.

Sirotenko las leyó, haciendo una pausa de unos segundos después de cada una de ellas, para que los congregados pudieran recordar los nombres conocidos.

- Stanislav Sigmúndovich Polentovski, maquinista, treinta y seis años de trabajo.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala.

- Artiom Andréievich Korchaguin, cerrajero, diecisiete años de trabajo.

- Zajar Vasílievich Bruszhak, maquinista, veintiún

años de trabajo.

El murmullo iba en aumento, y el hombre junto a la mesa continuaba leyendo, mientras la gente escuchaba los nombres de los viejos obreros ferroviarios.

Cuando el primero que había estampado su firma se acercó a la mesa, en la sala se hizo un profundo silencio.

El viejo Polentovski no podía contener su emoción, al relatar la historia de su vida:

- ... ¿Qué más deciros, camaradas? Todos sabéis cuál era la vida del trabajador en los viejos tiempos. Vivía esclavo, y en la vejez arrastraba una vida de mendigo. Reconozco que, cuando estalló la revolución, me consideré viejo. La familia pesaba sobre mis espaldas y no vi el camino al Partido. Y aunque en la lucha nunca ayudé al enemigo, rara vez entraba en combate. En el año 1905 formé parte del comité de huelga en los talleres de la estación de Varsovia, y marchaba al paso de los bolcheviques. Entonces era joven y ardoroso. ¿Para qué recordar lo viejo? La muerte de Ilich me ha herido en lo más profundo del corazón, hemos perdido para siempre al amigo y protector, ¡y no volveré a hablar más de mi vejez!... Que alguien lo diga con palabras más bonitas, yo no soy maestro de la oratoria. Sólo afirmo que mi camino es el de los bolcheviques, y no otro.

La cabeza cana del maquinista se movió terca, y, bajo las blancas cejas, sus ojos se clavaron en los que llenaban el local, como si esperara su fallo.

Y cuando el buró pidió a los obreros sin partido que se manifestaran, ni una sola mano se levantó en contra, y nadie se abstuvo de votar en favor de aquel hombre bajito, de cabeza cana.

Polentovski se retiro de la mesa, ya comunista.

En la sala todos comprendían que estaba ocurriendo algo extraordinario. Allí donde hacía un instante se encontraba el maquinista, se alzaba ahora la enorme figura de Artiom. El cerrajero no sabía qué hacer de sus manazas y estrujaba el gorro con orejeras. La abierta zamarra de piel de oveja, rozada por los bordes, y el cuello de la guerrera militar gris, cuidadosamente cerrado con dos botones de cobre, daban a la figura del cerrajero un aspecto aseado, de fiesta. Artiom volvió la cabeza hacia la sala y, por un instante, percibió un rostro femenino conocido. Galina, la hija del cantero, se encontraba entre sus compañeras del taller de costura, sonriendo indulgente. Y en su sonrisa había aprobación y algo, que quedaba por decir, oculto en las comisuras de los labios.

- ¡Relata tu biografía, Artioml -dijo la voz de Sirotenko.

Al mayor de los Korchaguin le fue difícil comenzar a referir su vida: no estaba acostumbrado a hablar en grandes reuniones. Hasta aquel momento no había sentido la imposibilidad de expresar todo lo acumulado en su existencia. Las palabras salían con dificultad y, por añadidura, la emoción no le dejaba hablar. Nunca había experimentado cosa semejante. Comprendía claramente que en su vida se estaba produciendo un brusco viraje y que él, Artiom, daba ahora el último paso hacia lo que habría de dar calor y contenido a su dura y áspera existencia.

- Mi madre tenía cuatro hijos -comenzó Artiom.

La sala callaba. Seiscientas personas escuchaban atentas al obrero alto, de nariz aguileña y ojos ocultos bajo el fleco negro de sus cejas.

- Mi madre servía de cocinera en las casas de los señores. A mi padre apenas lo recuerdo, se llevaba mal con la madre. Empinaba el codo más de la cuenta. Vivíamos con la madre. La pobre no podía dar de comer a tantas bocas. Los señores le pagaban cuatro rublos al mes, y la comida, y tenía que doblar el espinazo desde el amanecer hasta la noche. Tuve la suerte de ir dos inviernos a la escuela primaria, donde me enseñaron a leer y escribir, pero, cuando cumplí los nueve años, mi madre no tuvo más remedio que llevarme de aprendiz a un taller de cerrajería. Sin salario, tres años, por la comida... El dueño del taller era un alemán apellidado Ferster. No quería admitirme por mi poca edad, pero yo era un muchacho fuerte, y mi madre me había añadido dos años. Trabajé tres años en casa de aquel alemán. No me enseñaban el oficio, y me hacían ir de un lado para otro, de recados y por vodka. El alemán bebía hasta caerse de espaldas... Me enviaban por carbón y por hierro... La dueña me convirtió en su esclavo, me hacía sacar los orinales y pelar las patatas. Todo el mundo trataba de darme puntapiés, con frecuencia sin motivo alguno, porque sí, por costumbre; cuando algo de lo que hacía no era del gusto de la dueña -que siempre estaba de un humor de perros por las borracheras del marido-, ella me sacudía en los hocicos un par de mamporros. Yo escapaba a la calle, ¿pero a dónde iba a ir, a quién iba a quejarme? Mi madre se encontraba a cuarenta verstas y, además, no podía darme amparo... En el taller no era mejor mi vida. Allí mandaba en todo el hermano del dueño. A aquel canalla le complacía gastarme bromas. "Dame -me decía- aquella arandela", y señalaba al suelo, al rincón donde se encontraba la fragua. Yo echaba mano a la arandela, acabada de forjar, recién sacada de la fragua. En el suelo estaba negra, pero, cuando la cogía uno, se quemaba los dedos hasta saltársele la piel. Yo gritaba de dolor, y él relinchaba, retorciéndose de risa. No pudiendo resistir todo aquel tormento, huí a casa de mi madre. Pero ésta no tenía dónde meterme. Me llevó otra vez al alemán; por el camino lloraba. Al tercer año comenzaron a enseñarme algo del oficio, pero continuaron pegándome bofetadas. Volví a escaparme y fui a parar a Starokonstantínov. En esta ciudad me puse a trabajar en una salchichería, y allí estuve lavando tripas durante más de año y medio. Nuestro amo perdió a las cartas su negocio, no nos pagó ni un

kopek por cuatro meses de trabajo y desapareció sin dejar rastro. Así salí de aquel agujero. Monté en el tren, me apeé en Zhmérinka y marché en busca de trabajo. Gracias a que un obrero del depósito de locomotoras se compadeció de mi situación y, al enterarse de que yo sabía algo del oficio de cerrajero, me hizo pasar por su sobrino, para solicitar de los jefes que me admitieran. Por mi estatura me echaron diecisiete años, y comencé a trabajar de ayudante de cerrajero. Aquí ya hace más de ocho años que trabajo. Esto, en lo que respecta a la vida anterior, y en cuanto a lo de aquí, ya lo sabéis todo.

Artiom se pasó el gorro por la frente y exhaló un profundo suspiro. Había que decir aún lo fundamental, lo más duro para él, sin esperar a que nadie se lo preguntara. Y frunciendo sus pobladas cejas, continuó el relato:

- Cada uno de vosotros puede preguntarme por qué no me encuentro entre los bolcheviques desde que se encendió la llama. ¿Qué puedo decir a esto? Aún me falta mucho para ser viejo, y sólo hoy he encontrado mi camino aquí. ¿Qué voy a ocultar? No vimos aún este camino en el año dieciocho, cuando nos declaramos en huelga contra los alemanes. Entonces había que haber comenzado. Zhujrái, el marino, más de una vez había hablado con nosotros. Fue ya en el año veinte cuando empuñé el fusil. Terminó el lío, arrojamos a los blancos al Mar Negro y regresamos. Luego, la familia, los chicos... Me encerré en mi casa. Pero cuando ha muerto nuestro camarada Lenin y el Partido ha lanzado el llamamiento, me he puesto a recapacitar acerca de mi vida y he comprendido lo que falta en ella. Es poco defender nuestro Poder; hay que levantarse todos juntos, como una familia unida, para ocupar el lugar de Lenin, para que el Poder soviético se eleve como una montaña de acero. Debemos ser bolcheviques, pues el Partido es nuestro.

Con sencillez, pero con profunda franqueza, turbándose por el defectuoso estilo de su discurso, el cerrajero terminó y, como si se hubiese quitado un enorme peso de encima, se irguió y quedó esperando las preguntas.

- ¿Alguien desea hacer alguna pregunta? -inquirió Sirotenko, rompiendo el silencio.

Las filas humanas se movieron, pero tardaban en responder. Un fogonero, negro como un escarabajo, que había llegado a la reunión directamente de su locomotora, dijo con firmeza:

- ¿Qué se le va a preguntar? ¿Acaso no le conocemos? ¡Hay que admitirle, y asunto concluido!

El fornido herrero Guiliaka, rojo por el calor y la tensión de nervios, afirmó con catarrosa voz:

- Este no descarrilará, será un camarada firme. ¡Pasa a la votación, Sirotenko!

En las filas traseras, donde estaban sentados los komsomoles, se levantó alguien, cuyo rostro no se veía en la semi oscuridad, y requirió:

- Que el camarada Korchaguin diga por qué se ha asentado en la tierra y si la vida campesina no le aparta de la psicología proletaria.

Un ligero murmullo de desaprobación recorrió la sala, y una voz protestó:

- ¡Habla más sencillamente! ¡Has encontrado dónde emplear la retórica!

Pero Artiom ya respondía:

- Está bien, camarada. El muchacho tiene razón cuando dice que me he asentado en la tierra. Es cierto, pero por ello no he perdido la conciencia obrera. Y eso queda liquidado desde hoy. Me trasladaré con la familia más cerca del depósito y estaré más seguro, ya que la tierra no me deja respirar.

El corazón de Artiom volvió a estremecerse cuando miró el bosque de manos levantadas, y sin sentir ya el peso de su cuerpo, sin doblar la espalda, se dirigió a su sitio. Detrás oyó la voz de Sirotenko:

- Por unanimidad.

El tercero en detenerse junto a la mesa presidencial fue Zajar Bruszhak El silencioso ex ayudante de Polentovski, que ya hacía tiempo había llegado a maquinista, acababa el relato de su vida de trabajador, y cuando llegó los últimos días, dijo en voz baja, pero de manera que todos le oyeron:

- Estoy obligado a terminar la obra de mis hijos. Ellos no murieron para que yo me quedara arrinconado en casa con mi pena. No supe rellenar el hueco que dejó su muerte, pero la del Jefe me ha abierto los ojos. No me preguntéis por lo viejo, nuestra verdadera vida comienza ahora.

Zajar, emocionado por los recuerdos, frunció sombrío el ceño, pero cuando, sin herirle con ninguna pregunta áspera, le admitieron en el Partido levantando unánimemente las manos, sus ojos se iluminaron y su cabeza canosa ya no se inclinó más.

Hasta avanzada la noche continuó en el depósito de máquinas el examen de los que iban a constituir el relevo. Se admitía en el Partido sólo a los mejores, a quienes conocían bien, a los que durante toda su vida habían demostrado ser dignos de ello.

La muerte de Lenin convirtió en bolcheviques a centenares de miles de obreros. La muerte del Jefe no desorganizó las filas del Partido, de la misma manera que el árbol, cuyas poderosas raíces han penetrado profundamente en la tierra, no muere si se le corta la copa.

Capítulo sexto

Junto a la entrada de la sala de conciertos del hotel había dos hombres. Uno de ellos, alto y con lentes, llevaba en la manga un brazalete rojo con la inscripción "comandante".

- ¿Es aquí la reunión de la delegación ucraniana? -preguntó Rita.

El hombre alto respondió oficialmente:

- ¡Sí! ¿Qué desea?

- Permítame pasar.

El hombre alto cubría a medias la entrada. Miró a Rita y dijo:

- ¿Su credencial? Sólo se permite la entrada a los delegados provistos de credenciales con derecho a voz y voto y con derecho a voz.

Rita sacó del bolso un carnet impreso con letras doradas. El alto leyó: "Miembro del Comité Central". El tono oficial del hombre desapareció como si se lo hubiese llevado el viento y, repentinamente, se hizo amable y afectuoso:

- Tenga la bondad, pase usted, allí a la izquierda hay asientos libres.

Rita paso por entre las filas de sillas y, al ver un sitio vacío, se sentó.

Por lo visto, la reunión de delegados tocaba ya a su fin. Rita prestó atención al discurso del presidente. Su voz le pareció conocida.

- Bueno, camaradas, los representantes de las delegaciones a la Convención del Congreso de toda Rusia* y al Consejo de las delegaciones han sido elegidos. Hasta el comienzo quedan dos horas. Permitidme comprobar otra vez la relación de delegados que han llegado al Congreso.

Rita reconoció a Akim en el que leía rápidamente la relación de apellidos.

En respuesta, se levantaban manos con credenciales rojas o blancas.

Rita escuchaba con enorme atención.

Sonó un apellido conocido:

- Pankrátov.

Rita miró hacia la mano levantada, pero entre las filas de la gente sentada no pudo distinguir el rostro conocido del cargador. Corrían los nombres, y entre ellos volvió a oír uno conocido: "Okunev", al que siguió otro: "Zharki".

Rita vio a Zharki. Estaba sentado cerca, medio vuelto hacia ella. Vio su perfil olvidado... Sí, era él. Hacía varios años que no le había visto.

Seguía la rápida enumeración de apellidos y uno de ellos hizo estremecerse a Rita.

- Korchaguin.

Lejos, delante, se levantó y bajó una mano, y, cosa extraña, Rita Ustinóvich sintió deseos imperiosos de ver al que llevaba el mismo apellido que su difunto amigo. No apartaba sus ojos del lugar en donde se había levantado la mano, pero todas las cabezas parecían iguales. Rita se levantó y por el pasillo, arrimada a la pared, dirigióse hacia las filas delanteras. Akim se calló. Se arrastraron con estrépito las sillas; los delegados comenzaron a conversar en voz alta; sonaron risas juveniles, y Akim, tratando de dominar con su voz el ruido de la sala gritó:

- ¡No lleguéis tarde!... ¡En el Gran Teatro... a las siete!...

La gente se aglomeró en la puerta, y Rita comprendió que en aquel torrente humano no encontraría a ninguno de los camaradas que acababa de oír nombrar. Lo que debía hacer era no perder de vista a Akim; por él, podría encontrar a los demás. Se dirigió hacia Akim, dejando pasar al último grupo de delegados.

- ¡Ea, Korchaguin, vámonos, viejo! -oyó decir a su espalda.

Y una voz, tan conocida y memorable, respondió:

- Vamos. .

Rita volvió rápidamente la cabeza. Ante ella se encontraba un joven alto y moreno, vestido con guerrera caqui, ceñida por un estrecho cinturón caucasiano, y pantalones azules de montar.

Rita le miró con ojos dilatados por el asombro, y cuando unos brazos la enlazaron cariñosamente y una voz temblorosa le dijo muy quedo: "Rita", comprendió que era Pável Korchaguin.

- ¿Estás vivo?

Estas palabras dijeron todo a Pável, Rita no sabía que la noticia de su muerte había sido falsa.

El salón había quedado vacío; por la ventana abierta penetraba el ruido de la calle Tverskaya, de aquella poderosa arteria de la ciudad. El reloj dio sonoramente las seis, y a ambos les pareció haberse encontrado hacía tan sólo unos minutos. Pero el reloj llamaba al Gran Teatro. Cuando bajaban por la escalinata hacia la salida, Rita miró de nuevo a Pável. Ahora, el joven le llevaba media cabeza. Era el mismo de antes, sólo que más varonil y reposado.

- ¿Ves?, ni siquiera te he preguntado dónde trabajas.

- Soy el secretario de un Comité comarcal de la Juventud o, como dice Dubava, "un burócrata" -y Pável sonrió.

- ¿Le has visto?

- Sí, le he visto, y el encuentro con él me ha dejado un recuerdo desagradable.

Salieron a la calle. Por todas partes, el sonido de las bocinas de los automóviles que pasaban raudos, el movimiento y el bullicio de la multitud. Fueron hasta el Gran Teatro casi sin hablar, pensando ambos en lo mismo. Y el teatro era asediado por un mar humano, turbulento, acosador. Fluía: hacia la mole pétrea del teatro, trataba de irrumpir en las deseadas puertas, protegidas por soldados rojos, pero los inexorables centinelas dejaban entrar únicamente a los delegados, y éstos pasaban por entre la cadena de contención, mostrando orgullosos sus credenciales.

El mar que rodeaba el teatro era komsomol. Lo constituían militantes de la Juventud que no habían podido conseguir invitaciones y deseaban, costara lo que costase, asistir a la apertura del Congreso. Los avispados komsomoles se colaban en medio de los grupos de delegados y también mostraban un papel

* Reunión de los representantes de las delegaciones (de los grupos de delegados de las regiones, distritos y organizaciones) en el Congreso. (N. de la Edit.)

rojo, que debía representar la credencial, logrando, a veces, llegar hasta la propia puerta. Algunos hasta conseguían meterse dentro. Pero allí daban de manos a boca con el miembro del CC que estaba de guardia o con el comandante, quienes enviaban a los invitados a los anfiteatros, a los delegados al patio de butacas y, con gran placer para el resto de los "sin billete", hacían salir a los que se habían colado.

El teatro no podía alojar ni la vigésima parte de los que deseaban asistir.

Rita y Pável se abrieron paso hasta la puerta con gran dificultad. Los delegados llegaban de continuo: en tranvías y automóviles. Junto a la puerta se empujaba la muchedumbre. Los soldados rojos, también komsomoles, se veían apurados; los apretaban contra la pared, y desde el portal llegaba el poderoso grito:

- ¡Apretad, los del radio de Bauman, apretad!

- ¡Apretad, hermanos, que son nuestros!

- ¡A-a-a-a-upl... .

Junto con Korchaguin y Rita se coló por la puerta, como una anguila, un muchacho de ojos vivarachos con una insignia de la IJC, y, escapando del comandante se lanzó precipitadamente hacia el foyer. Un instante después, había desaparecido en el torrente de delegados.

- Sentémonos aquí -dijo Rita, señalando a las últimas filas, cuando hubieron entrado en el patio de butacas.

Se sentaron en un rincón.

- Quiero que me contestes a una pregunta –dijo Rita-. Aunque es cosa del pasado, creo que me lo dirás: ¿por qué rompiste entonces nuestros estudios y nuestra amistad?

Korchaguin esperaba esta pregunta desde el primer instante, pero, con todo, se turbó. Sus ojos se encontraron, y Pável comprendió que Rita lo sabía.

- Pienso que lo sabes todo, Rita. Ocurrió hace tres años, y ahora yo únicamente puedo condenar a Pavka por ello... En general, Korchaguin ha cometido en su vida errores pequeños y grandes, y uno de ellos fue ése sobre el que preguntas.

Rita sonrió.

- Es un buen preámbulo. ¡Pero aguardo la respuesta! Pável dijo en voz baja:

- De ello, no toda la culpa es mía, parte es de *El Tábano*, de su romanticismo revolucionario. Los libros, en los que se describía brillantemente a los revolucionarios valientes y fuertes de espíritu y de voluntad, temerarios e infinitamente abnegados por nuestra causa, dejaban en mí, a la par que una impresión indeleble, el deseo de ser como ellos. Y mi cariño por ti lo abordé a lo *Tábano*. Ahora me da risa, pero aún más, pena.

- ¿Quiere esto decir que hoy has cambiado de opinión acerca de *El Tábano*?

- ¡No, Rita, en lo fundamental no! Ha sido descartada únicamente la tragedia innecesaria de la operación torturante, para poner a prueba la voluntad. Pero, me quedo con lo principal en *El Tábano*, con su valentía, con su resistencia ilimitada, con ese tipo de hombre que sabe soportar los sufrimientos sin mostrárselos a todos y a cada uno. Estoy por ese tipo de revolucionario para el que lo personal no es nada en comparación con lo común.

- No nos queda más que lamentar, Pável, que esta conversación la mantengamos tres años después de cuando debía haberse sostenido -dijo Rita, sonriendo pensativa.

- ¿No sería eso lástima, Rita, porque yo nunca hubiera podido ser para ti más que un camarada?

- No, Pável, hubieras podido ser más.

- Aún estamos a tiempo.

- Es un poco tarde, camarada *Tábano*.

Y Rita, sonriendo, explicó sus palabras:

- Tengo una hijita pequeña. La nena tiene padre, que es un gran amigo mío. Los tres vivimos en buena armonía, y este trío es, por ahora, indestructible.

Sus dedos rozaron la mano de Pável. Era un movimiento de inquietud por él, pero Rita comprendió al instante que era vano. Sí, Pável había crecido en aquellos tres años no sólo físicamente. Rita sabia que estaba sintiendo dolor -lo decían sus ojos-, pero Korchaguin afirmó sin gestos, con franqueza:

- A pesar de todo, me queda incomparablemente más de lo que acabo de perder.

Pável y Rita se levantaron. Ya era hora de ocupar localidades más próximas a la escena. Se dirigieron hacia las butacas en donde se encontraba la delegación ucraniana. La orquesta rompió a tocar. Ardían con llama roja los enormes lienzos, y las letras luminosas gritaban: "El futuro es nuestro". Miles de personas llenaban el patio de butacas, los palcos y los anfiteatros. Aquellos miles de seres se fundían allí en un poderoso transformador único de energía inextinguible. El gigantesco teatro albergaba dentro de sus muros a la flor de la joven guardia, de la gran familia industrial. Millares de ojos, y en cada par de éstos se reflejaba, despidiendo destellos, lo que lucía sobre las pesadas cortinas del escenario: “El futuro es nuestro". Y la marea continuaba; unos minutos más, y las pesadas cortinas se descorrerían lentamente, y el secretario del Comité Central de la Juventud Comunista de Rusia, emocionándose y perdiendo por un instante el dominio de sí mismo, ante la solemnidad indescriptible del momento, comenzada:

- Declaro abierto el VI Congreso de la Juventud Comunista de Rusia.

Jamás Korchaguin había sentido con tanta brillantez y profundidad la grandeza y el poderío de la revolución, el orgullo inefable y la sin igual alegría que su vida le había deparado al llevarle, como combatiente y constructor, allí, a aquella fiesta triunfante de la joven guardia del bolchevismo.

El Congreso ocupaba a sus participantes todo el tiempo, desde la mañana temprano hasta bien avanzada la noche, y Pável sólo volvió a ver a Rita en una de las últimas sesiones. La joven se encontraba entre un grupo de ucranianos.

- Mañana me marcharé en cuanto termine el Congreso -dijo Rita-. No sé si tendremos oportunidad de hablar antes de marchamos. Por eso, te he preparado hoy dos cuadernos con mis memorias del pasado y una pequeña carta. Léelos y devuélvemelos por correo. Por lo escrito te enterarás de todo lo que no te he contado.

Pável le estrechó la mano y la miró fijamente, como deseando grabar sus facciones en la memoria.

Se encontraron al siguiente día, junto a la puerta principal, como habían convenido, y Rita le entregó un paquete y una carta cerrada. Alrededor había gente, por eso se despidieron como simples conocidos, y tan sólo en los ojos de Rita, ligeramente nublados, vio Pável un gran cariño y una leve tristeza.

Un día más tarde, el tren les llevaba en distintas direcciones.

Los ucranianos iban en varios vagones. Korchaguin se encontraba entre los de Kíev. Por la noche, cuando todos se hubieron acostado y Okunev resoplaba soñoliento en la litera vecina, Korchaguin se acercó a la luz y abrió la carta.

"¡Pavlusha, querido!

Podía habértelo dicho personalmente, pero así será mejor. Sólo quiero que lo que te dije antes del comienzo del Congreso no deje una huella penosa en tu vida. Sé que tienes muchas fuerzas y por ello creo en lo dicho por ti. No miro la vida formalmente, a veces se puede hacer excepción en las relaciones personales -por cierto que en muy raras ocasiones-, si está motivada por un sentimiento profundo. Tú lo mereces, pero yo rechacé el primer impulso de rendir el tributo debido a nuestra juventud. Siento que no nos hubiera proporcionado gran alegría. Pável, no hay que ser tan severo consigo mismo. En nuestra vida no todo es lucha, existe también la alegría de un sentimiento grande.

Por lo restante de tu vida, es decir, por el contenido fundamental, no siento la menor inquietud. Con un fuerte apretón de manos

Rita"

Pável rompió meditabundo la carta, sacó la mano por la ventanilla y sintió cómo el viento arrancaba de entre sus dedos los pedacitos de papel.

Al amanecer, los cuadernos, ya leídos, habían sido envueltos y atados. Parte de los ucranianos se apeó del tren en Járkov, y entre ellos Okunev, Pankrátov y Korchaguin. Nikolái debía ir a Kíev a recoger a Talia, que había quedado en casa de Anna. Pankrátov, elegido miembro del CC de la Juventud Comunista de Ucrania, tenía asuntos que resolver. Korchaguin decidió ir con ellos hasta Kíev y, de paso, visitar a Zharki y a Anna. Se entretuvo en la estafeta de correos de la estación, para enviar a Rita los cuadernos, y cuando salió al tren, ya no estaba allí ninguno de sus amigos.

Una vez llegado a Kíev, el tranvía le llevó a la casa donde vivían Anna y Dubava. Pável subió hasta el segundo piso y llamó en la puerta de la izquierda, en la de Anna. Nadie respondió a su llamada. Era muy temprano y Anna no podía haber marchado aún al trabajo. "Debe estar durmiendo", pensó. La puerta contigua entreabrióse y Dubava salió soñoliento al descansillo. Su rostro tenía un color grisáceo y grandes ojeras. Mitiay apestaba a cebolla y a vino, cosa que percibió al punto el fino olfato de Korchaguin. Por la rendija de la puerta vio Korchaguin en la cama a una mujer gruesa, mejor dicho, su pierna carnosa y sus hombros.

Al percibir su mirada, Dubava cerró la puerta, empujándola con el pie.

- ¿Qué, vienes a ver a la camarada Borjart? -preguntó con voz ronca, sin mirarle a la cara-. Ya no vive aquí. ¿Es que no lo sabes?

La mirada sombría de Korchaguin escrutó su rostro.

- No lo sabía. ¿A dónde se ha trasladado? -preguntó.

Dubava se enfureció repentinamente.

- No me interesa. -Y, regoldando, añadió con reprimida cólera-: ¿Es que has venido a consolarla? Vaya, es el momento más oportuno. Está vacante, actúa. Y sobre todo tú no serás rechazado. En más de una ocasión me dijo que le gustabas… o de otra manera, como suelen decir eso las mujeres. Aprovecha la ocasión, entre vosotros habrá unidad de alma y de cuerpo.

Pável sintió que le ardían las mejillas. Conteniéndose, dijo en voz baja:

- ¿A dónde has llegado, Mitiay? No esperaba verte convertido en semejante canalla. Pues en un tiempo fuiste un buen muchacho. ¿Por qué te embruteces?

Dubava se reclinó contra la pared y se estremeció: por lo visto le daba frío permanecer descalzo sobre el piso de cemento. Se abrió la puerta, y asomó, adormilada, una mujer mofletuda.

- Gatito, ven aquí, ¿qué haces ahí?...

Dubava no la dejó terminar, cerró la puerta violentamente y se apoyó contra ella.

- Buen principio... -dijo Pável-. ¿A quién metes en tu casa? ¿A dónde vas a ir a parar?

Dubava, al parecer hastiado de aquella conversación, gritó:

- ¡Aún vais a indicarme con quién debo dormir! ¡Basta ya de sermones! ¡Puedes largarte por donde has venido! ¡Ve y di que Dubava bebe y que duerme con una prostituta!

Pável se acercó a él y le dijo emocionado:

- Mitiay, echa de aquí a esa fulana. Quiero hablar contigo otra vez, la última...

Dubava, ensombrecido, volvió la espalda y se metió en la habitación.

- ¡Canalla! -susurró Korchaguin al bajar lentamente la escalera.

Pasaron dos años. El tiempo, imparcial, descontaba días, meses, y la vida, impetuosa y policromada, llenaba esos días -al parecer monótonos- siempre con algo nuevo, no semejante a lo anterior. Los ciento sesenta millones que componían el gran pueblo -primero en el mundo en hacerse dueño de su tierra inmensa y de sus incalculables riquezas naturales- hacían renacer con su trabajo heroico e intenso la economía nacional arruinada por la guerra. El país se fortalecía, llenábase de savia vital, y ya no se veían las chimeneas sin humo en las fábricas, aún hacía poco muertas y sombrías en su abandono.

Estos dos años los pasó Korchaguin en vertiginoso movimiento, y ni siquiera se apercibió de ellos. Pável no sabía vivir tranquilamente, recibir la mañana con un bostezo lento y perezoso y dormirse a las diez en punto. Se apresuraba a vivir. Y no sólo se apresuraba él, sino que aguijaba a los demás.

Al sueño se le administraba el tiempo con parquedad. Más de una vez, hasta avanzada la noche, se podía ver luz en la ventana de su habitación y gente inclinada sobre la mesa. Se estudiaba. En dos años habían estudiado el tercer tomo de El Capital. Se hizo comprensible el finísimo mecanismo de la explotación capitalista.

Rasvalijin se presentó en la comarca en donde trabajaba Korchaguin. Le había enviado el Comité provincial con la proposición de que se le utilizara como secretario de un Comité de distrito de la Juventud. Korchaguin se encontraba de viaje, y, en su ausencia, el buró envió a Rasvalijin a uno de los distritos. Korchaguin regresó, enteró se de esto y no dijo nada.

Pasó un mes, y Korchaguin se presentó de improviso en el distrito de Rasvalijin. Encontró no muchos hechos, pero entre ellos ya había los siguientes: borracheras, reunión de los tiralevitas en torno a Rasvalijin y anulación de los buenos muchachos. Korchaguin planteó todo esto en el buró y, cuando todos se pronunciaron por que se llamara severamente la atención a Rasvalijin, dijo inesperadamente:

- Expulsarle sin derecho al reingreso.

Todos se asombraron, les pareció demasiado fuerte, pero Korchaguin repitió:

- Expulsar al canalla. A ese estudiantillo se le han dado posibilidades de convertirse en un hombre, pero no ha hecho más que enchufarse. -Pável contó lo ocurrido en Beresdov.

- Protesto categóricamente contra las manifestaciones de Korchaguin. Son rencillas personales, todo el que se le antoje puede hablar mal de mí. Que Korchaguin presente documentos, datos, hechos. También yo puedo inventar que él se dedicaba al contrabando, ¿quiere decir esto que habría que expulsarle? ¡Que presente documentos! -gritaba Rasvalijin.

- Espera, también escribiremos un documento -le repuso Korchaguin.

Rasvalijin salió. Media hora más tarde, Korchaguin consiguió que se tomara la resolución siguiente: "Expulsarle, como elemento ajeno, de las filas de la Juventud Comunista".

Durante el verano, los amigos se marchaban de vacaciones, uno tras otro. Los que estaban peor de salud se dirigían al mar. En el verano los sueños sobre las vacaciones dominaban a todos, y Korchaguin, al enviar al descanso a sus compañeros, les conseguía plazas en los sanatorios y ayuda económica. Los muchachos partían pálidos y agotados, pero alegres. Su trabajo recaía sobre las espaldas de Pável, y éste lo arrastraba, como un buen caballo arrastra el carro cuesta arriba. Volvían tostados por el sol y joviales, rebosantes de energías. Entonces se marchaban otros. Pero durante todo el verano siempre faltó alguien, y la vida no detenía su paso, y era inconcebible un día de ausencia de Korchaguin en el despacho.

Así transcurría el verano.

Pável no amaba el otoño ni el invierno: le traían muchos sufrimientos físicos.

Esperaba aquel verano con particular impaciencia. Le causaba enorme pena confesarse a sí mismo que sus fuerzas disminuían cada año. Había dos salidas: o reconocerse incapaz para soportar las dificultades del trabajo intenso, reconocerse inválido, o permanecer en su puesto mientras le fuera posible. Y Korchaguin eligió la segunda.

Una vez, en la reunión del Buró del Comité comarcal del Partido, se sentó a su lado un viejo militante de los tiempos de la ilegalidad, el doctor Bartélik, jefe de Sanidad en la comarca.

- Tienes mal aspecto, Korchaguin. ¿Has estado en la comisión médica? ¿Cómo va esa salud? ¿No has estado? Ya me parecía no haberte visto, y hay que examinarte, amiguito. Ven el jueves por la tarde.

Pável no se presentó a la comisión, porque estuvo ocupado, pero Bartélik no se olvidó de él, y una vez lo llevó a su clínica. Como resultado de un minucioso reconocimiento médico (en el que Bartélik participó personalmente como neuropatólogo) fue dado el siguiente dictamen:

"La comisión médica considera imprescindible vacaciones inmediatas, con curación prolongada en Crimea, y un serio tratamiento ulterior; en caso contrario, son inevitables graves consecuencias".

Precedía una larga enumeración de enfermedades, en latín, de la que Korchaguin comprendió únicamente que el mal principal no estaba en las piernas, sino en una grave afección del sistema nervioso central.

Bartélik presentó al Buró el dictamen, y nadie objetó nada en contra de la inmediata liberación de Korchaguin del trabajo; pero el propio Pável propuso esperar hasta el regreso del secretario de organización del Comité comarcal de la Juventud, Sbítnev, quien se encontraba de vacaciones. Korchaguin temía que el Comité quedase sin nadie. A pesar de las objeciones de Bartélik, el Buró accedió.

Faltaban tres semanas hasta las primeras vacaciones de toda su vida. En la mesa se encontraba ya el documento que le aseguraba la plaza en un sanatorio de Eupatoria.

Korchaguin apretó durante aquellos días en el trabajo, celebró el Pleno comarcal de la Juventud y, sin regatear fuerzas, lo puso todo al corriente, para marcharse tranquilo.

Y he aquí que la víspera del descanso y del encuentro con el mar, que no había visto nunca, ocurrió algo estúpido y repelente, algo que no esperaba.

Después de terminar sus ocupaciones, Pável llegó al despacho del secretario de agitación y propaganda del Partido y sentóse en el antepecho de la abierta ventana, tras el armario de los libros, en espera de la reunión de agitación y propaganda que debía celebrarse allí. Cuando entró, aún no había nadie en la habitación. Pronto llegaron varias personas. Pavel no las veía, a causa del mueble, pero reconoció la voz de una de ellas. Era Failo, jefe de la sección de economía de la comarca, hombre alto, guapo y de aspecto marcial. Pável había oído decir más de una vez que era aficionado al vino y a cortejar a todas las muchachas bonitas.

Failo había sido guerrillero y, en cuanto se presentaba una ocasión para ello, relataba riendo cómo cortaba la cabeza a los bandidos de Majnó, a razón de una decena por día. Korchaguin no le podía soportar. Una vez, llegó a Pável una joven comunista, rompió a llorar y le contó que Failo le había prometido casarse con ella, pero que, después de una semana de vida en común, incluso había dejado de saludarla. En la Comisión de Control, Failo se escabulló; la muchacha no tenía pruebas, pero Pável la creía. Korchaguin prestó atención. Los que habían entrado en el despacho no sospechaban su presencia.

- ¿Qué, Failo, cómo van tus asuntillos? ¿Has cometido alguna nueva locura?

Preguntaba Gríbov, uno de los amigotes de Failo, lobo de la misma camada. A pesar de su extraordinario atraso político y de ser muy torpe y corto de alcances, Gríbov era considerado como propagandista, sin que hubiera motivo para ello; pero él se daba tono con este título y, viniese o no a cuento, lo recordaba en todo instante.

Failo contestó:

- Puedes felicitarme: ayer cayó la Korotáieva. Y tú decías que no saldría nada. No, hermano, cuando yo la emprendo con una, estad seguros de que... -y añadió una frase obscena.

Korchaguin sintió un escalofrío nervioso, indicio de profunda irritación. Korotáieva era la secretaria femenina del Comité comarcal. Había llegado allí al mismo tiempo que Pável, y éste, en el trabajo conjunto, había hecho amistad con aquella simpática camarada del Partido, solícita y atenta con las mujeres y con todo el que acudía a ella en busca de defensa o consejo. Korotáieva gozaba del aprecio de los trabajadores del Comité. No era casada y, seguramente, Failo hablaba de ella.

- ¿No mientes, Failo? No me parece propio de ella...

- ¿Miento? ¿Por quién me tomas, entonces? Nueces más duras he partido. Lo que pasa es que hay que saber hacerlo. Cada mujer requiere que se le aborde de forma particular. Unas se entregan al segundo día, pero hay que confesar que ésas son unos pingos. Y detrás de otras hay que correr un mes entero. Lo fundamental es conocer su psicología. En todas partes se precisa el empleo de una táctica especial. Es, hermano, toda una ciencia, pero en esa materia soy académico. ¡Jo-jo-jo-jo!...

Failo no cabía en sí de presunción. El grupo de oyentes le incitaba al relato. Todos ardían de impaciencia por conocer los detalles.

Korchaguin se levantó, con los puños crispados, sintiendo el inquieto latir de su corazón.

- No había ni que pensar en conquistar a Korotáieva así como así, "confiando en Dios", y yo no quería dejarla escapar, máxime cuando había apostado con Gríbov una docena de botellas de vino. Así, pues, decidí comenzar el acto de diversión. Entré a verla una y otra vez. Observé que me miraba con malos ojos. Como por ahí se habla mal de mí, pensé que tal vez hubiese llegado algo a sus oídos... En una palabra, en la maniobra de flanco sufrí un revés. Entonces emprendí un movimiento envolvente. ¡Ja-ja!... "¿Comprendes? -le dije-, he combatido, matado un montón de gente, deambulado por el mundo y pasado muchas penas, pero no he podido encontrar una mujer buena para mí; vivo como un perro solitario, sin caricias, sin cariño". Y venga cuentos y más cuentos, todos por el estilo. En una palabra, toqué los puntos débiles. Perdí mucho tiempo con ella. Hubo un momento en que pensé enviarlo todo al diablo y terminar la comedia. Pero era una cuestión de principio, por ello no la dejé en paz... Por fin se entregó. Mi paciencia fue recompensada: en vez de una mujer iniciada, cacé una virgen. ¡Ja-ja!... ¡Ay, qué risa!

Y Failo continuó su asqueroso relato.

Posteriormente, Korchaguin recordaba mal cómo fue a parar entonces al lado de Failo.

- ¡Cerdo! -rugió Pável.

- ¿Soy yo el cerdo, o tú, que escuchas conversaciones ajenas?

Pável debió decir algo más, ya que Failo le agarró del pecho.

- ¿A mí, vas a insultarme a mí?

Y asestó un puñetazo a Korchaguin. Estaba aún bajo los efectos del vino.

Korchaguin agarró un taburete de roble y de un solo golpe derribó a Failo. Pável no llevaba el revólver consigo, y esto fue lo único que salvó la vida a Failo.

Pero, de todas maneras, había ya ocurrido algo estúpido: el día señalado para su marcha a Crimea, Korchaguin se encontraba ante el tribunal de Partido.

En el teatro de la ciudad se había congregado toda la organización del Partido. Lo ocurrido en la secretaría de agitación y propaganda había emocionado a todos, y el juicio se convirtió en una aguda polémica sobre la vida privada. Las cuestiones sobre la conducta personal, las relaciones mutuas y la ética del Partido eclipsaron el asunto a dilucidar. Este se convirtió en una señal de advertencia para todos. En el juicio, Failo mantuvo una actitud provocativa e insolente; sonreía y manifestaba que la causa la dilucidaría el tribunal popular y que Korchaguin, por haberle partido la cabeza, iría a parar a presidio. Se negó categóricamente a responder a las preguntas.

- ¿Qué, queréis darle a la lengua a cuenta mía? Yo no me presto a eso. Podéis achacarme lo que os dé la gana, y si aquí las mujeres se han enfurecido contra mí, es porque no les hago caso. Y el asunto no vale un pepino podrido. Si esto hubiera sido en el año dieciocho, le habría ajustado las cuentas a mi manera a ese loco de Korchaguin. Y ahora, aquí os podéis pasar sin mí. - Y se marchó.

Cuando el presidente propuso a Korchaguin que relatara cómo había ocurrido el choque, Pável comenzó a hablar con calma, pero se notaba que se contenía a duras penas.

- Todo ocurrió porque yo no supe contenerme. Hace mucho que pasaron los tiempos en que yo trabajaba más con los puños que con la cabeza. Tuvo lugar una avería y, antes de que me diera cuenta, Failo recibió un banquetazo en el cráneo. En los últimos años, ésta ha sido la única guerrillerada que he cometido, y la condeno, aunque el golpe ha sido, en el fondo, justo. Failo es un fenómeno repugnante en nuestra vida comunista. No puedo comprender, ni aceptaré nunca, que un revolucionario, un comunista pueda ser al mismo tiempo un cerdo obsceno y un miserable. Este hecho nos ha obligado a hablar de la vida privada, y esto ha sido lo único positivo de todo el asunto.

La mayoría aplastante de la organización del Partido votó por la expulsión de Failo. Gríbov fue severamente amonestado por sus declaraciones falsas. Los demás participantes de la conversación confesaron su culpa. Su conducta fue reprochada.

Bartélik habló del estado de los nervios de Korchaguin. Los reunidos protestaron airados, cuando el miembro del Partido que actuaba como juez instructor de la causa, propuso que se amonestase a Korchaguin. El juez instructor retiró la proposición. Pável fue absuelto.

Unos días después, el tren llevaba a Korchaguin a Járkov. El Comité comarcal del Partido había accedido a su insistente petición de que se le dejase a disposición del Comité Central de la Juventud Comunista de Ucrania. Le dieron una buena característica y se marchó. Uno de los secretarios del CC de la Juventud era Akim. Pável fue a verle y le relató todo lo sucedido.

En la característica, a continuación de las palabras "fiel sin reservas al Partido", Akim leyó: "Posee la mesura y entereza propias de un miembro del Partido; tan sólo en contadas ocasiones es arrebatado hasta perder el dominio de sí mismo. La causa de ello es una grave afección al sistema nervioso".

- A pesar de todo, Pavlusha, te han escrito este hecho en un buen documento. No te amargues, incluso a la gente fuerte le suelen ocurrir cosas semejantes. Ve al Sur y acumula energías. Cuando vuelvas, ya hablaremos de dónde vas a trabajar.

Y Akim le estrechó fuertemente la mano.

Sanatorio *Kommunar*, del CC. Unos macizos de rosas; los surtidores de una fuente despedían fulgurantes destellos; verdes parras cubrían las paredes de los pabellones situados en un jardín. Por doquier se veían las chaquetas blancas y los trajes de baño de quienes allí reposaban. Una médica joven anotó su nombre y apellido. El cuarto, situado en el pabellón que hacía esquina, era muy espacioso, y la cama, de cegadora blancura; reinaba allí la limpieza y nada alteraba el silencio. Luego de cambiar de traje, refrescado por un baño, Korchaguin se dirigió con ansia hacia el mar.

En todo cuanto podía abarcar la vista, extendíase la majestuosa quietud negro-azulada, como mármol pulido, de la marina inmensidad. Sus fronteras se perdían allá lejos, en la neblina azul, y el ígneo sol reflejaba en las aguas sus rayos de fuego. A través de la niebla matinal, se columbraban en la lejanía las macizas moles de una cordillera. El pecho aspiraba el vivificante frescor de la brisa, y la mirada no podía apartarse de la grandiosa tranquilidad de azul.

Cariñosa, se acercaba a los pies la ola indolente, lamiendo las doradas arenas de la orilla.

Capítulo séptimo

Junto al sanatorio del CC se encontraba el gran

jardín de la policlínica central. Por él, los del sanatorio se dirigían a sus habitaciones cuando regresaban del mar. Allí, junto a un alto muro de piedra caliza gris, a la sombra de un frondoso platanero, gustaba de reposar Korchaguin. Poca gente se acercaba a aquel sitio. Desde allí se podía observar el animado movimiento de la gente por las avenidas y los senderos del jardín, escuchar la música por las tardes, lejos del irritante ajetreo del gran sanatorio.

Aquel día, como de costumbre, Korchaguin se había refugiado allí. Con placer recostó se en la mecedora de mimbre y, extenuado por el baño de mar y el calor, se durmió. La toalla afelpada y la novela *El Motín*, de Fúrmanov, aún no acabada de leer, yacían en la mecedora vecina. En los primeros días pasados en el sanatorio no le abandonaba el estado de tirante nerviosismo ni cesaban los dolores de cabeza. Los profesores continuaban estudiando su enfermedad, compleja y rara. Los interminables reconocimientos y auscultaciones fastidiaban y dejaban rendido a Pável. A la médica -simpática camarada del Partido, con el extraño apellido de Jerusalímchik- le costaba trabajo encontrar a su enfermo, al que persuadía pacientemente para que fuera con ella a uno u otro especialista.

- Palabra de honor que estoy harto de todo esto -decía Pável-. Hay que contar lo mismo cinco veces al día: ¿No estaba loca su abuelita? ¿No padecía de reumatismo su bisabuelo? ¡Y el diablo sabe de qué padecía, cuando ni tan siquiera le vi la cara! Luego, cada uno trata de convencerme para que confiese que he padecido de blenorragia y de algo peor, y le digo francamente que, por ello, me entran ganas de sacudirle un golpe a alguno en mitad de la calva. ¡Denme la posibilidad de descansar! De lo contrario, si van a estudiarme durante todo el mes y medio, me convertiré en un elemento socialmente peligroso.

Jerusalímchik se reía, le contestaba con una broma, pero unos minutos más tarde, cogiéndole del brazo y contándole algo entretenido por el camino, le llevaba al cirujano.

El día aquel, no se preveía reconocimiento. Faltaba una hora para la comida. Entre la somnolencia, Pável percibió unos pasos. No abrió los ojos: "Pensará que duermo y se marchará". Esperanza vana: crujió la mecedora, alguien se había sentado. El fino olor a perfume le apuntó que a su lado se hallaba una mujer.

Abrió los ojos. Lo primero que vio fue un vestido de deslumbrante blancura y unas bronceadas piernas, cuyos pies calzaban chinelas de tafilete; después, una cabeza con el pelo a lo chico, dos ojos enormes y una hilera de dientes agudos como los de un ratón. La mujer sonreía turbada.

- Perdone, parece que le he molestado.

Korchaguin guardó silencio. Esto no era del todo cortés, pero aún tenía la esperanza de que su vecina se marcharía.

- ¿Es de usted este libro?

La mujer hojeaba *El Motín*.

- Sí, mío.

Siguió un minuto de silencio.

- Diga, camarada, ¿es usted del sanatorio *Kommunar*?

Korchaguin hizo un movimiento de impaciencia. "¿Qué vientos la habrán traído por aquí? ¡A esto le llaman reposar! Ahora, seguramente, me preguntará de qué padezco. Tendré que marcharme". Y dijo secamente:

-No.

- Pues me parece haberle visto allí.

Pável se disponía ya a levantarse, cuando, a su espalda, sonó una profunda voz femenina:

- ¿Cómo es que has venido aquí, Dora?

Una rubia gruesa y tostada por el sol, con traje de playa del sanatorio, se sentó en el brazo de la mecedora y lanzó una fugaz mirada a Korchaguin.

- Yo le he visto a usted en alguna parte, camarada. ¿No trabaja en Járkov?

- Sí, en Járkov.

- ¿En qué clase de trabajo?

Korchaguin decidió terminar la larga conversación.

- ¡En el carro de la basura! -y la explosión de risa de las mujeres le hizo estremecerse involuntariamente.

- No se puede decir que sea usted muy cortés, camarada.

Así comenzó su amistad; y Dora Ródkina, miembro del buró del Comité local del Partido en Járkov, más de una vez recordaba el cómico comienzo de ella.

En el jardín del sanatorio *Talassa* -adonde Korchaguin había ido a uno de los conciertos vespertinos-, se encontró inesperadamente con Zharki. Y, por extraño que parezca, les reunió un foxtrot.

Después de una cantante gordota, que interpretó con gesticulación furiosa "Ardía la noche en el frenesí de la voluptuosidad", salió al escenario una pareja. El, con chistera roja, semi desnudo, con unas hebillas de colores en las caderas, pero con corbata y pechera de cegadora blancura. En una palabra, una mala parodia de salvaje. Ella era bonita y llevaba gran cantidad de tela sobre el cuerpo. Entre los aprobatorios murmullos de los numerosos *népmanes*, con morrillos de toro, que se agolpaban tras los sillones y las camas de los enfermos del sanatorio, la parejita se retorcía en las tablas en un movido foxtrot. Era imposible imaginarse un cuadro más repugnante. El hombre cebado, con la estúpida chistera, y la mujer se retorcían en poses obscenas, pegados el uno al otro. Detrás de Pável resoplaba un gordinflón. Korchaguin ya se había vuelto para marcharse, cuando en la primera fila, junto al mismo escenario,

alguien se levantó y gritó furiosamente:

- ¡Basta de marranadas! ¡Al diablo!

Pável reconoció a Zharki.

El piano enmudeció, el violín lanzó un último grito y se calló. La pareja dejó de retorcerse sobre las tablas. Desde detrás de las sillas sisearon al que había gritado.

- ¡Qué poca vergüenza, interrumpir el número!

- ¡Toda Europa baila!

- ¡Es indignante!

Pero Seriozha Zhbánov, secretario de la Juventud del distrito de Cherepovets, que se encontraba en el grupo de los del sanatorio *Kommunar*, silbó con ayuda de cuatro dedos, a lo bandolero. Le apoyaron otros, y la parejita desapareció de las tablas como si se la hubiera llevado el viento. El charlatán, anunciador, parecido a un lacayo avispado, anunció al público que la troupe se marchaba.

- ¡Arreando, que vienen pegando! ¡Dile al abuelo que a Moscú vuelo! -le gritó en señal de despedida un muchacho, con bata del sanatorio, apoyado por la risa general.

Korchaguin buscó en las primeras filas a Zharki. Los amigos pasaron largo rato en la habitación de Pável. Vania trabajaba de secretario de agitación y propaganda en uno de los comités comarcales del Partido.

- ¿No sabes que me he casado? Pronto tendremos una hija o un hijo -le comunicó Zharki.

- ¡Vaya, hombre! ¿Y quién es tu mujer? – preguntó asombrado Korchaguin.

Zharki sacó del bolsillo interior de la chaqueta una fotografía y se la mostró a Pável.

- ¿La conoces?

En la foto estaban Vania y Anna Borjart.

- ¿Y dónde está Dubava? -preguntó Pável, más asombrado aún.

- Dubava está en Moscú. Después de su expulsión del Partido, salió de la Universidad Comunista, y ahora estudia en el Instituto Técnico Superior. Según rumores, le han vuelto a admitir. ¡En vano! Es un hombre envenenado... ¿Sabes dónde está Ignat? Ahora es el subdirector de unos astilleros. De los restantes sé poco. Hemos perdido el contacto. Trabajamos en diferentes confines del país, pero, sin embargo, ¡qué agradable es encontrarse y recordar lo viejo! -dijo Zharki.

En la habitación entró Dora, y con ella unas cuantas personas más. Un camarada de Tambov, hombre de gran estatura, cerró la puerta. Dora miró la Orden de Zharki y preguntó a Pável.

- ¿Tu camarada es miembro del Partido? ¿Dónde trabaja?

Sin comprender de qué se trataba, Korchaguin relató brevemente quién era Zharki.

- Entonces, que se quede. Los camaradas acaban de llegar de Moscú. Nos contarán las últimas novedades del Partido. Hemos decidido celebrar en tu cuarto una especie de reunión cerrada -explicó Dora.

A excepción de Pável y Zharki, casi todos los reunidos eran viejos bolcheviques. Bartashov, miembro de la Comisión de Control de Moscú, habló de la nueva oposición encabezada por Trotski, Zinóviev y Kámenev.

- En un momento tan crítico, nuestra presencia en nuestros puestos es indispensable -terminó Bartashov-. Yo parto mañana.

Unos tres días después de la reunión celebrada en el cuarto de Pável, el sanatorio quedó vacío antes de la fecha prevista. También Pável se marchó sin haber terminado su tratamiento.

En el CC de la Juventud no le retuvieron mucho tiempo. Korchaguin fue nombrado secretario del Comité de la Juventud de una de las comarcas industriales, y, una semana más tarde, los activistas de la organización local escuchaban su primer discurso.

Avanzado el otoño, el automóvil del Comité comarcal del Partido, en el que Pável y otros dos camaradas se dirigían a uno de los distritos alejados de la ciudad, se metió en una cuneta y dio la vuelta de campana.

Todos resultaron heridos. Korchaguin se aplastó la rodilla en la pierna derecha. Unos días más tarde, fue llevado al Instituto Quirúrgico de Járkov. La consulta de médicos, después de examinar la rodilla hinchada y de ver las radiografías, se manifestó por la operación inmediata.

Korchaguin no objetó nada.

- Entonces, mañana por la mañana -dijo como conclusión el obeso profesor que encabezaba la consulta, y se levantó. Tras él, salieron los demás.

Era una pequeña sala individual. En ella había una limpieza irreprochable y flotaba el olor específico a hospital, olvidado hacía tiempo por Pável. Korchaguin miró a su alrededor. Una mesita cubierta con tapete de nívea albura y un taburete blanco fue cuanto vieron sus ojos.

Una enfermera le trajo la cena.

Pável no quiso comer nada. Recostado en la cama, escribía unas cartas. El dolor en la pierna le dificultaba el pensar; no sentía apetito.

Al terminar la cuarta carta, la puerta de la sala se abrió silenciosamente, y Korchaguin vio junto a su cama a una mujer joven con bata y gorrito blancos.

En la penumbra vespertina percibió solamente sus cejas de fino trazo y sus grandes ojos, que parecían negros. En una mano sostenía una cartera y en la otra una hoja de papel y un lápiz.

- Soy su médico -dijo-; hoy estoy de guardia. Ahora me ocuparé de su interrogatorio y, quiera o no, tendrá que contarme todo acerca de su persona.

La mujer sonrió cordialmente. La sonrisa hizo el "interrogatorio" menos desagradable. Durante una hora entera Korchaguin habló no sólo de sí mismo,

sino también de sus bisabuelos.

En la sala de operaciones había varias personas cuya nariz estaba cubierta con gasas.

El níquel de los instrumentos quirúrgicos despedía destellos; en el centro de la sala había una mesa estrecha y, debajo de ella, una enorme jofaina. Cuando Korchaguin se acostó en la mesa, el profesor estaba terminando de lavarse las manos. Detrás preparaban con premura la operación. Korchaguin volvió la cabeza. La enfermera ponía en orden los bisturíes y las pinzas. La doctora Bazhánova, le quitaba la venda de la pierna.

- No mire allí, camarada Korchaguin, eso repercute desagradablemente en los nervios -le aconsejó la mujer en voz baja.

- ¿A qué nervios se refiere usted, doctor? –sonrió Korchaguin burlón.

Unos minutos más tarde, una compacta mascarilla le tapaba el rostro. El profesor dijo:

- No se inquiete, ahora le daremos el cloroformo. Respire profundamente por la nariz, y cuente.

Pável respondió con voz ahogada y tranquila, bajo la mascarilla:

- Está bien. Pido anticipadamente perdón por las posibles expresiones que no se presten a publicación.

El profesor no pudo evitar una sonrisa.

Siguieron las primeras gotas de cloroformo, y el olor asfixiante y repulsivo.

Korchaguin aspiró profundamente y, tratando de pronunciar con claridad, comenzó a contar. Así inició Pável el primer acto de su tragedia.

Artiom rompió el sobre casi por la mitad y emocionándose sin saber por qué, desdobló la carta. Sus ojos cayeron sobre las primeras líneas y corrieron por los renglones sin apartarse de ellos.

"Artiom: Nos escribimos muy de tarde en tarde. ¡Una vez o, a lo sumo, dos al año! ¿Acaso el asunto consiste en la cantidad? Dices que te has marchado de Shepetovka, con la familia, al depósito de locomotoras de Kasatin, para arrancar las raíces. Comprendo que esas raíces son la atrasada psicología de pequeño propietario de Stesha, sus parientes y demás. Es muy difícil transformar a la gente del tipo de Stesha, incluso me temo que no puedas conseguirlo. Dices que "a la vejez, es difícil estudiar", pero he de comunicarte, que no vas mal. No estás en lo justo cuando te niegas tercamente a pasar de la producción al trabajo de presidente del Soviet de la ciudad. ¿Has luchado por el Poder? Entonces, tómalo. Mañana mismo hazte cargo del Soviet y comienza el trabajo.

Ahora, de mí. Me ocurre algo anormal. He comenzado a visitar con frecuencia los hospitales. Ya me han operado dos veces; he vertido mucha sangre y gastado no pocas fuerzas, pero hasta ahora nadie me ha dicho cuándo terminará todo esto.

Me he apartado del trabajo y he encontrado una nueva profesión, la de "enfermo"; soporto un montón de sufrimientos y, como resultado de todo ello, tengo paralizada la rodilla de la pierna derecha, varios costurones en el cuerpo y, por fin, el último descubrimiento médico: hace siete años recibí un golpe en la columna vertebral, y ahora me dicen que me puede costar caro. Estoy dispuesto a soportarlo todo, con tal de volver a filas.

Para mí no existe en la vida nada más terrible que quedar fuera de combate. No puedo ni pensar en ello. He aquí por qué estoy dispuesto a todo, pero no existe mejoría, y las nubes se hacen cada vez más densas. Después de la primera operación, en cuanto comencé a andar, volví al trabajo, pero pronto me trajeron aquí de nuevo. Ahora he recibido una plaza en el sanatorio Mainak, en Eupatoria. Parto mañana. No te desanimes, Artiom, pues es difícil enterrarme. En mí, hay vida más que suficiente para tres. Aún trabajaremos, hermanito. Cuida tu salud, y no te cargues de golpe diez puds. Luego, al Partido le cuesta cara la reparación. Los años nos dan experiencia; el estudio, conocimientos; y todo ello no es para que holguemos en los hospitales. Te estrecha la mano.

Pável Korchaguin".

Mientras Artiom, frunciendo sus tupidas cejas, leía la carta de su hermano, Pável se despedía de Irina Bazhánova en el hospital. Al darle la mano, la mujer le preguntó:

- ¿Se marcha mañana a Crimea? ¿Dónde va a pasar el día de hoy?

Korchaguin respondió:

- Ahora vendrá la camarada Ródkina. Hoy pasaré el día y la noche en casa de su familia, y mañana ella me acompañará a la estación.

Bazhánova conocía a Dora, que visitaba con frecuencia a Pável.

- ¿Recuerda, camarada Korchaguin, que una vez hablamos de que antes de partir debería ir a ver a mi padre? Le he contado, con todo detalle, cuál es su estado de salud. Quisiera que él le reconociese. Esto se podría hacer hoy por la tarde.

Korchaguin accedió inmediatamente.

Aquella misma tarde, Irina Vasílievna introdujo a Pável en el espacioso despacho de su padre.

El célebre cirujano reconoció atentamente a Korchaguin, en presencia de su hija. Irina trajo de la clínica las radiografías y todos los análisis. Pável no pudo por menos de notar la súbita palidez que cubrió el rostro de Irina Vasílievna después de una extensa réplica de su padre, pronunciada en latín. Korchaguin miró la gran cabeza calva del profesor y trató de leer algo en sus ojos de aguda mirada, pero Bazhánov era impenetrable.

Cuando Pável se vistió, Bazhánov despidióse de él amablemente, pues tenía que marchar a una

reunión, y encargó a su hija que comunicara a Korchaguin su diagnóstico.

En la habitación de Irina Vasílievna, amueblada con gusto refinado, Korchaguin se recostó en el diván, esperando que Bazhánova comenzara a hablar, pero ella no sabía cómo empezar, no sabía qué decir. Su padre le había comunicado que la medicina no contaba aún con medios capaces de detener la funesta labor del proceso de inflamación que se desarrollaba en el organismo de Korchaguin. El profesor se manifestó en contra de las intervenciones quirúrgicas. "A este joven le espera la tragedia de la inmovilidad, y nosotros somos impotentes para evitarla".

Como doctora y amiga, lrina no creyó posible decirlo todo y, con frases cautelosas, transmitió a Korchaguin nada más que una pequeña parte de la verdad.

- Estoy segura, camarada Korchaguin, de que los barros de Eupatoria provocarán un cambio, y en otoño podrá usted reintegrarse al trabajo.

Al decir esto, se olvidó de que todo el tiempo la observaban dos ojos penetrantes.

- Por sus palabras, mejor dicho, por todo lo que usted se calla, veo la gravedad de la situación. Recuerde que le pedí que me hablara siempre con franqueza. No hay por qué ocultarme nada, no me voy a desmayar ni intentaré degollarme. Pero siento enormes deseos de saber qué me espera en el futuro -dijo Pável.

Bazhánova eludió la respuesta con una broma.

Así, pues, aquella tarde Pável no logró saber la verdad sobre su futuro. Cuando se despidieron, Bazhánova le dijo en voz baja:

- No olvide mi amistad, camarada Korchaguin. En su vida toda situación es posible. Si necesita mi ayuda o consejo, escríbame. Haré todo lo que esté a mi alcance.

Irina miró por la ventana y vio la alta figura con cazadora de cuero que, apoyándose pesadamente en el bastón, salía del portal y se dirigía a un coche de alquiler.

De nuevo Eupatoria. Calor meridional. Gente vocinglera y bronceada, con gorritos bordados de oro. En diez minutos el automóvil llevó a los pasajeros al sanatorio Mainak, edificio de dos pisos, de piedra caliza gris.

El médico de guardia distribuía por habitaciones a los recién llegados.

- ¿Quién le envía, camarada? -preguntó a Korchaguin, deteniéndose frente a la habitación N° 11.

- El Comité Central del Partido Comunista Bolchevique de Ucrania.

- Entonces, le alojaremos aquí, con el camarada Ebner. Es alemán y ha rogado que le demos un vecino ruso -replicó el médico y llamó a la puerta. De la habitación respondieron en mal ruso:

- Adelante.

Al entrar en la habitación, Korchaguin dejó la maleta en el suelo y se volvió hacia un hombre rubio y de ojos azules, bellos, y muy vivos, que yacía en cama. El alemán le recibió con sonrisa cordial.

- *Gut Morgen, Genossen* -pero corrigiéndose, al tiempo que tendía a Pável su mano pálida de largos dedos, añadió-: Quise decir salud.

Unos minutos más tarde, Korchaguin estaba sentado junto a su cama, y entre ellos se desarrollaba una animada conversación en esa "lengua internacional" donde las palabras desempeñan un papel auxiliar y la frase incomprendida la completan la imaginación, los ademanes, la mímica: en general, todos los medios del esperanto no escrito. Pável sabía ya que Ebner era un obrero alemán.

En la insurrección de Hamburgo, en 1923, Ebner había recibido un balazo en la cadera, y ahora la vieja herida se había abierto y le tenía postrado en cama. A pesar de sus sufrimientos, no había perdido el ánimo, y con ello se ganó inmediatamente el aprecio de Pável.

Korchaguin no podía soñar con tener mejor vecino. Este no hablaría de sus enfermedades, desde por la mañana hasta por la noche, ni se lamentaría. Por el contrario, con él se olvidaría de sus propios sinsabores.

"Únicamente es una lástima que yo no sepa ni una sola palabra de alemán", pensó.

En un rincón del jardín había varias mecedoras, una mesa de bambú y dos sillones con ruedas. Allí, después de las curas, pasaban todo el día cinco personas, a las que los enfermos habían denominado "Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista".

En los sillones permanecían recostados Ebner y Korchaguin, a quien habían prohibido andar. Los otros tres eran: el fornido estoniano Vaiman, funcionario del Comisariado del Pueblo de Comercio de una República; Marta Laurin, letona, mujer joven de ojos castaños, que parecía una muchacha de dieciocho abriles, y Ledenev, gigantón siberiano de sienes plateadas. En efecto, se habían reunido cinco nacionalidades diferentes: un alemán, un estoniano, una letona, un ruso y un ucraniano. Marta y Vaiman dominaban el alemán, y Ebner les utilizaba como intérpretes. A Pável y Ebner les hacía intimar la habitación común; en cuanto a Marta y Vaiman, les acercaba a Ebner el conocimiento de su idioma, y a Ledenev y Korchaguin les unía el ajedrez.

Hasta que llegó Innokenti Pávlovich Ledenev, Korchaguin fue el campeón de ajedrez del sanatorio. Había arrebatado el título a Vaiman, después de una empeñada lucha por la supremacía. Vaiman fue vencido, cosa que desconcertó al flemático estoniano. Durante mucho tiempo no pudo perdonar a Korchaguin la derrota. Pero pronto en el sanatorio hizo su aparición un cincuentón alto, de aspecto

extremadamente joven, y propuso a Korchaguin jugar una partida. Pável, sin sospechar el peligro, comenzó tranquilamente con un gambito de reina. Y Ledenev respondió debutando con los peones centrales. Como "campeón", Pável tenía que jugar con cada ajedrecista recién llegado. Siempre se congregaban muchos mirones para presenciar estas partidas. Ya desde la novena jugada, Korchaguin vio cómo le presionaban los peones de Ledenev, que avanzaban mesuradamente. Pável comprendió que tenía ante sí un adversario peligroso: en vano había adoptado una actitud tan despreocupada en la partida.

Después de una contienda de tres horas, a pesar de todos los esfuerzos y de toda la tensión, Pável se vio obligado a entregarse. Vio que había perdido antes de que lo advirtieran los que les rodeaban. Miró a su contendiente. Ledenev le sonrió con bondad paternal. Estaba claro que también él veía la derrota de Korchaguin. El estoniano, emocionado y con el deseo manifiesto de que Korchaguin fuese derrotado, aún no se había dado cuenta de nada.

- Siempre aguanto hasta el último peón -dijo Pável, y Ledenev asintió aprobador con un movimiento de cabeza, respondiendo así a la frase que sólo él había comprendido.

En el transcurso de cinco días, Pável jugó con Innokenti Pávlovich diez partidas, de las que perdió siete, ganó dos e hizo tablas en una.

Vaiman estaba entusiasmado.

-¡Ay, gracias, camarada Ledenev! ¡Cómo le ha zurrado usted! ¡Buena falta le hacía! A nosotros, a los viejos ajedrecistas, nos ganó a todos, pero él mismo se ha estrellado contra un viejo. ¡Ja, ja, ja!...

- ¿Qué, es desagradable perder? -preguntaba, para hacer rabiar a su vencedor vencido.

Korchaguin perdió el título de campeón, pero, en vez de este honor de oropel, encontró en Innokenti Pávlovich un hombre que llegó a serle querido y entrañable. La derrota de Korchaguin no fue casual. Había dominado solamente la estrategia superficial del ajedrez, y el ajedrecista perdió frente al maestro que conocía todos los secretos del juego.

Korchaguin y Ledenev tenían en su vida una fecha común: Pável nació el mismo año en que ingresó Ledenev en el Partido. Ambos eran típicos representantes de la joven y de la vieja guardia de los bolcheviques. El uno tenía gran experiencia de la vida y la política, años de trabajo ilegal, de cárceles zaristas, y más tarde, de importante trabajo en los órganos del Estado; el otro poseía una juventud llena de fuego, y, en total, ocho años de lucha capaces de consumir más de una vida. Y ambos, el viejo y el joven, tenían corazones ardientes y la salud quebrantada.

Por las tardes, en la habitación de Ebner y Korchaguin, se reunían en tertulia. Allí salían a relucir todas las novedades políticas. Por las tardes, reinaba el bullicio en la habitación N° 11. Habitualmente, Vaiman trataba de contar algún cuento verde, a los que era muy aficionado, pero inmediatamente caía bajo el fuego cruzado de Marta y de Korchaguin. Marta sabía dejarle cortado con una burla fina y mordaz; cuando esto no surtía efecto, intervenía Korchaguin.

- Vaiman, deberías preguntarnos, pues es posible que tu "agudeza" no sea en absoluto de nuestro agrado...

- En general, no comprendo cómo cabe en ti ese... -comenzaba en tono irritado Korchaguin.

Vaiman entreabría sus labios gruesos, mientras sus ojos estrechos resbalaban burlones por los rostros de los demás.

- Habrá que crear la inspección de moral, aneja a la Dirección General de Educación Política de las masas, y recomendar a Korchaguin como inspector-jefe. Comprendo a Marta, ella ejerce una oposición femenina profesional, pero Korchaguin quiere parecer un muchachito inocente, algo así como un bebé komsomol... Y, además, no me gusta cuando los cachorros quieren enseñar al perro viejo.

Después de una de aquellas agitadas discusiones sobre la ética comunista, la cuestión de los cuentos verdes fue objeto de una discusión de principio. Marta tradujo a Ebner los diferentes puntos de vista.

- Eso de contar cuentos eróticos no está muy bien; me solidarizo con Pavlusha -manifestó Adam.

Vaiman tuvo que recoger velas. Como pudo se defendió con bromas, pero no volvió a contar más cuentos verdes.

Korchaguin creía que Marta era del Komsomol. A simple vista le echó unos diecinueve años. Cuál no sería su asombro cuando, conversando con ella en una ocasión, se enteró de que era miembro del Partido desde el año 17, de que tenía treinta y un años y de que era uno de los trabajadores activos del Partido Comunista de Letonia. En el año 18, los blancos la habían condenado al fusilamiento, pero ella y otros camaradas fueron canjeados por el Gobierno soviético. Ahora trabajaba en *Pravda* y al mismo tiempo terminaba sus estudios en la escuela superior. Korchaguin no se dio cuenta de cómo empezó su amistad, pero la pequeña letona, que visitaba frecuentemente a Ebner, se hizo inseparable del "quinteto".

Eglit, un militante de los tiempos de la ilegalidad, también letón, bromeaba malicioso:

- Mártochka, ¿qué va a hacer el pobre Ozol en Moscú? ¡No está bien!

Por las mañanas, un minuto antes de que tocara el timbre en el sanatorio cantaba vocinglero un gallo. Ebner le imitaba maravillosamente. Todos los esfuerzos del personal por encontrar al gallo, que nadie sabía cómo se había metido en el sanatorio, no dieron el menor resultado. Esto causaba gran placer al alemán.

A fines de mes, Korchaguin comenzó a sentirse

mal. Los médicos le obligaron a guardar cama. Esto amargó mucho a Ebner. El alemán había tomado cariño a aquel joven bolchevique que nunca se desanimaba, siempre jovial, de energía tan pujante, y que tan prematuramente había perdido la salud. Cuando Marta le dijo que los médicos predecían a Korchaguin un futuro trágico, Adam se emocionó.

Hasta que partió del sanatorio, a Korchaguin no le permitieron andar.

Pável consiguió ocultar sus sufrimientos a cuantos le rodeaban. Marta era la única que los adivinaba, por la palidez de su rostro. Una semana antes del día señalado para la marcha, Pável recibió una carta del Comité Central del Partido Bolchevique de Ucrania en la que se le comunicaba que sus vacaciones habían sido prolongadas por dos meses y que, de acuerdo con el dictamen facultativo del sanatorio, era imposible que se reincorporase al trabajo, en sus condiciones de salud. Con la carta le fue enviado dinero.

Pável encajó este primer golpe como en un tiempo encajara los de Zhujrái, cuando el marino le enseñaba boxeo: entonces también caía, pero se levantaba inmediatamente.

Cuando menos lo esperaba, recibió carta de su madre. La vieja le escribía que, no lejos de Eupatoria, en una ciudad portuaria, vivía su vieja amiga Albina Kiutsam, a la que no veía desde hacía ya quince años, y le rogaba encarecidamente que fuera a visitarla. Esta carta casual desempeñó un gran papel en la vida de Pável.

Una semana más tarde, los amigos del sanatorio acompañaron cariñosamente a Pável al muelle. Al despedirse, Ebner abrazó y besó emocionado a Pável, como a un hermano. Marta había desaparecido, y Pável se marchó sin verla.

A la mañana siguiente, el coche de caballos que había tomado Pável en el embarcadero se detuvo frente a una casita con pequeño jardín, y Korchaguin envió a su acompañante a preguntar si vivían allí los Kiutsam.

La familia Kiutsam se componía de cinco personas: Albina Kiutsam, la madre, mujer gruesa, de edad madura, ojos negros, triste mirada y huellas de pasada belleza en su ajado rostro; sus dos hijas, Liolia y Taia; el hijito de Liolia, y el viejo Kiutsam, desagradable gordiflón, parecido a un cerdo.

El viejo trabajaba en una cooperativa; la hija menor, Taia, de peón; la mayor, Liolia, que antes había sido mecanógrafa, se había separado recientemente del marido, borracho y golfo, y estaba sin trabajo. Pasábase el día en casa, ajetreada con su hijito y ayudando a la madre en los quehaceres domésticos.

Además de las dos hijas, los Kiutsam tenían también un hijo, llamado George, pero éste se encontraba a la sazón en Leningrado.

La familia Kiutsam recibió a Korchaguin con gran cordialidad. Tan sólo el viejo miró al recién llegado con ojos malévolos y recelosos.

Pável relató pacientemente a Albina todo lo que sabía de la crónica familiar de los Korchaguin y, de paso, preguntó cómo vivían ellos.

Liolia tenía veintidós años. Era una joven sencilla, de pelo castaño, cortado, y rostro franco, que inmediatamente intimó con Pável y le inició en todos los secretos familiares. Por ella, Korchaguin supo que el viejo era un déspota grosero, que oprimía a su familia, matando toda iniciativa y la menor manifestación de voluntad. Limitado, corto de alcances y quisquilloso hasta ser mezquino, mantenía a los suyos en eterno terror, ganándose con ello la enemistad acérrima de los hijos y el profundo odio de su mujer, que llevaba veinticinco años luchando contra su despotismo. Las hijas tomaban constantemente el partido de la madre, y estas continuas querellas familiares les envenenaban la existencia. Así pasaban los días, llenos de infinitos ultrajes, grandes y pequeños.

El segundo monstruo de la familia era George. A juzgar por los relatos de Liolia, se trataba de un típico botarate, engreído y fanfarrón, aficionado a comer bien, a vestir con elegancia y a empinar el codo. Después de terminar el bachillerato, George, que era el favorito de la madre, pidió dinero a la vieja para marcharse a la capital.

- Me voy a la Universidad. Que Liolia venda su anillo, y tú, tus cosas. Necesito dinero, y me importa un comino de dónde lo sacáis.

George sabía bien que la madre no podía negarle nada y se aprovechaba de ello de la manera más desvergonzada. Trataba a sus hermanas con desdén, dándose tono y considerándolas inferiores. Cuantos fondos se podían arrancar al viejo y el dinero ganado por Taia, la madre los enviaba al hijo, que, después de fracasar estrepitosamente en los exámenes, vivía alegremente en casa de un tío suyo, aterrorizando a la vieja con telegramas en los que pedía el envío de dinero.

A la hija menor, Taia, tan sólo pudo veda Korchaguin ya avanzada la noche. En el zaguán, la madre le comunicó en voz baja la llegada del visitante. Al saludar a Pável, le dio la mano con turbación y, ante aquel joven desconocido, enrojeció hasta las orejas. Pável no soltó inmediatamente sus dedos fuertes, en los que se percibían los callos.

Taia tenía dieciocho años cumplidos. No era bella, pero sus grandes ojos castaños, las finas cejas, de trazo mongol, la hermosa línea de la nariz y los labios frescos y tenaces la hacían atractiva; los senos, jóvenes y firmes, sentíanse estrechos bajo la rayada blusa de trabajo que los aprisionaba.

Ambas hermanas vivían en dos diminutas habitaciones. En la de Taia había una estrecha cama metálica, una cómoda con diferentes bagatelas y un pequeño espejo sobre ella, y en la pared unas treinta

fotografías y postales. En el antepecho de la ventana descansaban dos macetas con geranios rojos y ásteres rosa pálido. El visillo de muselina estaba recogido con una cinta azul.

- A Taia no le gusta dejar entrar en su habitación a representantes del sexo masculino, y con usted, como ve, se hace una excepción -dijo Liolia, bromeando con su hermana.

Al día siguiente, por la tarde, la familia bebía té en la habitación de los viejos. Taia se encontraba en su cuartito y desde allí prestaba oído a la conversación. El viejo Kiutsam, mientras removía pensativo el azúcar en el vaso, miraba malévolo, por encima de los lentes, al visitante, qué estaba sentado frente a él.

- Condeno las leyes familiares actuales -decía-. Se casan cuando quieren y se deseasan cuando les viene en gana. Libertad completa.

El viejo se atragantó y tosió. Cuando recobró el aliento, señaló a Liolia.

- Esta se juntó con un chulo, sin preguntar, y sin preguntar se separó. Y ahora, tenga a bien alegrarse y dé usted de comer a ella y a un niño de un cualquiera. ¡Qué escándalo!

Liolia se sonrojó dolorida y ocultó a Pável sus ojos anegados en lágrimas.

- ¿Y qué opina usted?, ¿que debería vivir con ese parásito? -preguntó Pável, sin apartar del viejo su centelleante y furiosa mirada.

- Debía haberse fijado con quién se casaba.

Albina terció en el diálogo. Conteniendo a duras penas su indignación, dijo con entrecortada voz:

- Escucha, viejo, ¿para qué sacas a relucir estas conversaciones delante de una persona extraña? Se puede hablar de cualquier otra cosa, y no de eso.

El viejo volvió se bruscamente hacia ella.

- ¡Yo sé lo que me digo! ¿De cuándo acá os permitís hacerme indicaciones?

Por la noche, Pável estuvo largo rato pensando en la familia Kiutsam. Llevado allí por el azar, se había convertido involuntariamente en participante de un drama de familia. Pensaba en cómo ayudar a la madre y a las hijas a liberarse de aquella esclavitud. Pero su propia vida iba perdiendo impulso, él mismo tenía problemas aún no resueltos, y le era más difícil que nunca emprender acciones decisivas.

No había más que una salida: escindir la familia; que la madre y las hijas se separaran para siempre del viejo. Pero eso no era tan sencillo. Pável no estaba en situación de ocuparse de esta revolución familiar, dentro de unos días tenía que marchar y quizás no volvería a ver a aquellas gentes. ¿No sería mejor dejar que todo siguiese por su cauce y no levantar el polvo en aquella casita baja y estrecha? Pero la imagen repugnante del viejo no le dejaba tranquilo. Pável ideó varios planes, pero todos ellos parecían irrealizables.

El día siguiente fue domingo; y cuando Korchaguin regresó de la ciudad, encontró a Taia sola en la casa. Los demás habían ido a visitar a unos parientes.

Pável entró en la habitación de la muchacha y, cansado, tomó asiento en una silla.

- ¿Por qué no vas a pasear, a divertirte un poco? – le preguntó.

- No tengo ganas de ir a ninguna parte –respondió quedamente la muchacha.

Korchaguin recordó sus planes nocturnos y decidió ponerlos a prueba.

Apresurándose, para que nadie les estorbara, comenzó sin rodeos:

- Oye, Taia, vamos a tuteamos, ¿qué necesidad tenemos de andar con estas ceremonias chinas? Pronto me iré. Nos hemos encontrado en mala hora, cuando yo mismo estoy metido en un atolladero; de lo contrario, la cosa tomaría otro giro. De haber sido hace un año, nos habríamos marchado de aquí todos juntos. ¡Para manos como las tuyas y las de Liolia se habría encontrado trabajo! ¡Hay que romper con el viejo, a ése no hay quien le convenza! Pero ahora no es posible hacerlo. Yo mismo no sé lo que va a ser de mí; he aquí por qué, digámoslo así, estoy desarmado. ¿Qué hacer ahora? Voy a tratar de volver al trabajo. El diablo sabe lo que los médicos habrán escrito allí de mí, y los camaradas me obligan a curarme eternamente. Pero esto lo haremos cambiar... Escribiré a mi madre y veremos cómo poner fin a este lío. Sin embargo, así no voy a abandonaros. Pero, mira, Taiusha, vuestra vida, y en particular la tuya, habrá que cambiarla de raíz. ¿Tienes para ello fuerzas y deseo?

Taia levantó la cabeza y respondió en voz baja:

- Deseos tengo; fuerzas, no sé.

Esta falta de firmeza en la respuesta era comprensible para Korchaguin.

- ¡No te preocupes, Taiusha! Eso lo arreglaremos, con tal de que tengas deseo de ello. Y dime, ¿tienes mucho apego a la familia?

Taia, cogida por sorpresa, no respondió en seguida.

- Me da mucha pena de mi madre -dijo por fin-. Mi padre la ha torturado toda la vida; ahora George le saca hasta el último kopek, y me da mucha pena..., aunque no me quiere tanto como a George...

Aquel día hablaron mucho, y poco antes de que llegaran los demás, Pável le dijo en broma:

- Es asombroso que el carácter del viejo no te haya impulsado a casarte con cualquiera.

Taia agitó asustada las manos:

- ¡No me casaré! He tenido bastante con ver cómo le ha salido a Liolia. ¡No me casaré por nada del mundo!

Pável sonrió.

- Es decir, ¿juramento por toda la vida? ¿Y si te hace la corte un muchacho templado, en una palabra, un buen chico, entonces que?

- ¡No me casaré! Todos son buenos mientras rondan las ventanas.

Pável, conciliador, le puso la mano en el hombro.

- Bueno. Sin marido también se puede vivir bien. Sólo que tú eres muy arisca con los muchachos. Menos mal que no sospechas en mí intenciones matrimoniales. De lo contrario, ¡pobre de mí! -y, amistosamente, pasó por la mano de la turbada muchacha sus fríos dedos.

- Los hombres como tú se buscan otras mujeres. ¿Qué falta les hacemos nosotras? -repuso Taia en voz baja.

Unos días más tarde, el tren se llevaba a Korchaguin a Járkov. Taia, Liolia, Albina y su hermana Rosa le acompañaron a la estación. Al despedirse, Albina le exigió palabra de que no olvidaría a las jóvenes y las ayudaría a salir del hoyo. Se despidieron de él como de uno de la familia, y Taia lo hizo con lágrimas en los ojos. Por la ventanilla, vio Pável durante largo rato el pañuelo blanco en las manos de Liolia y la blusa rayada de Taia.

En Járkov se detuvo en casa de su amigo Petia Nóvikov, pues no deseaba molestar a Dora. Descansó y fue al Comité Central. Esperó a Akim y, cuando quedaron solos, le pidió que le enviara inmediatamente a trabajar. Akim movió negativamente la cabeza.

- ¡No se puede hacer eso, Pável! En nuestro poder obra una orden de la comisión médica y del Comité Central del Partido, en la que se dice: "En vista de su grave estado de salud, enviarle al Instituto Neuropatológico para su curación, no permitiéndole que se reintegre al trabajo".

- ¿Qué importa lo que ellos hayan escrito, Akim? Te ruego que me des la posibilidad de trabajar. Este deambular por las clínicas es inútil.

Akim se negó.

- No podemos infringir las decisiones. Comprendes, Pavlusha, que se hace por tu bien.

Pero Korchaguin insistió con tanto ardor, que Akim no pudo resistir y acabó por acceder.

Al día siguiente, Korchaguin ya trabajaba en la sección secreta del secretariado del Comité Central. Había pensado que bastaría con ponerse a trabajar, para que le volvieran las fuerzas perdidas. Pero desde el primer día vio que se equivocaba. Se pasaba ocho horas seguidas en su sección sin probar bocado, pues bajar desde el tercer piso a desayunar y comer, en el comedor vecino, resultó ser superior a sus fuerzas: se le entumecían ya el brazo, ya la pierna. A veces, todo su cuerpo perdía la facultad de movimiento y tenía fiebre. Cuando había que ir al trabajo, se encontraba, de pronto, sin fuerzas para levantarse de la cama. Mientras le pasaba esto, convencíase, desesperado, de que llegaba con una hora de retraso. Al fin y a la postre le llamaron la atención por llegar tarde y comprendió que aquello era el comienzo de lo más terrible en su vida: la salida de filas.

Akim le ayudó dos veces más, pasándole a otros trabajos, pero sucedió lo inevitable: al segundo mes, Pável cayó en cama. Entonces recordó las palabras de despedida de Bazhánova y le escribió una carta. La mujer acudió aquel mismo día, y de ella supo lo fundamental: que no era obligatorio que permaneciera en una clínica.

- Quiere decir que todo marcha tan bien, que ni siquiera vale la pena de curarme -dijo Pável, tratando de bromear, pero sin conseguido.

Apenas recuperó parcialmente las fuerzas, presentóse de nuevo en el Comité Central. Esta vez Akim fue inexorable. A su proposición categórica de ingresar en la clínica, Korchaguin respondió sordamente:

- No iré a ninguna parte. Es inútil. Lo sé de fuente autorizada. Me queda una salida: recibir la pensión y retirarme. Pero no será así. No podéis apartarme del trabajo. Tengo, en total, veinticuatro años y no puedo terminar mis días con el carnet de inválido del trabajo, yendo de hospital en hospital, cuando ya sé que es en vano. Debéis darme un trabajo en concordancia con mi estado físico. Puedo trabajar en casa o vivir en alguna de las instituciones..., sólo que no como oficinista de los que ponen el número de salida en los documentos. El trabajo debe producirme cierta satisfacción para que no me sienta al margen de la vida.

La voz de Pável resonaba cada vez más emocionada y fuerte.

Akim comprendía qué sentimientos impulsaban al muchacho, aún hacía poco lleno de fuego. Comprendía la tragedia de Pável. Sabía que para Korchaguin, que había dado su corta vida al Partido, el apartarse de la lucha y pasar a la profunda retaguardia era horroroso, y decidió hacer todo cuanto estuviese a su alcance.

- Está bien, Pável, no te alteres. Mañana tenemos reunión del secretariado. Plantearé tu problema. Te doy palabra de que haré todo lo que pueda.

Korchaguin se levantó con dificultad y le dio la mano.

- ¿Acaso puedes pensar, Akim, que la vida me arrinconará y me aplastará? Mientras lata aquí mi corazón -con fuerza llevó a su pecho la mano de Akim, y éste sintió distintamente los latidos sordos y rápidos- no se me podrá apartar del Partido. Sólo la muerte me arrancará de las filas. Recuérdalo, hermanito.

Akim guardó silencio. Sabía que lo dicho no era una frase brillante, sino el grito de un combatiente herido de gravedad. Comprendía que un hombre como Korchaguin no podía hablar ni sentir de otra manera.

Dos días más tarde, Akim comunicó a Pável que se le daba la posibilidad de un trabajo responsable en

la redacción del órgano central, pero que para ello era necesario comprobar si se le podía utilizar en el frente literario. En la redacción recibieron a Pável muy afablemente. La subdirectora, vieja militante de los tiempos de la ilegalidad y miembro del Presídium de la Comisión Central de Control de Ucrania, le hizo varias preguntas.

- ¿Cuál es su instrucción, camarada?

- Tres años de escuela primaria.

- ¿Ha estado usted en las escuelas políticas del Partido?

- No.

- No importa; a veces, sin esto salen también buenos periodistas. El camarada Akim nos ha hablado de usted. Podemos darle trabajo, no para que venga obligatoriamente aquí, sino para que lo haga en casa, y en general, crearle condiciones adecuadas. Pero este trabajo requiere amplios conocimientos. En particular, en la esfera de la literatura y de la lengua.

Todo aquello auguraba a Pável la derrota. En la media hora de conversación púsose de manifiesto su falta de conocimientos; y en el artículo, escrito por él, la mujer subrayó con lápiz rojo más de treinta faltas de estilo y no pocas ortográficas.

- ¡Camarada Korchaguin! Tiene usted grandes condiciones. Si se preocupa de profundizar sus conocimientos, en el futuro podrá convertirse en un trabajador literario, pero ahora escribe usted mal. Por su artículo se ve que no conoce la lengua rusa. No es extraño, no ha tenido tiempo para estudiar. Pero, sintiéndolo mucho, no podemos utilizarle. Le repito de nuevo que tiene usted grandes condiciones. Si se corrigiese su artículo sin cambiarle de contenido, sería magnífico. Pero nosotros necesitamos, precisamente, personas que sepan corregir los artículos de otros.

Korchaguin se levantó, apoyándose en el bastón. Un temblor convulsivo estremecía su ceja derecha.

- ¡Qué le vamos a hacer!, tiene usted razón. ¿Qué literato puede salir de mí? He sido un buen fogonero, un mecánico no malo. Montaba bien a caballo, sabía agitar a los komsomoles; pero en el frente de ustedes, no soy un combatiente.

Despidióse y salió.

En el recodo del pasillo estuvo a punto de caerse. Le sostuvo una mujer que llevaba una cartera.

- ¿Qué le pasa, camarada? ¡Está usted pálido como un muerto!

Korchaguin tardó unos segundos en recobrarse. Después, apartó suavemente a la mujer y siguió andando, apoyándose en el bastón.

A partir de aquel día, la vida de Korchaguin se deslizó cuesta abajo. De trabajar en algo no se podía ni hablar. Cada vez con mayor frecuencia se pasaba el día en la cama. El Comité Central le eximió del trabajo y pidió a la Dirección General de Seguros Sociales que le designara una pensión. Esta le fue dada junto con el carnet de inválido del trabajo. El Comité Central le entregó dinero y sus fichas, con el derecho a marchar donde quisiera. Recibió una carta de Marta. Esta le llamaba para que fuera a verla y reposara en su casa. De todas formas, Pável se disponía a ir a Moscú, con la esperanza vaga de tener más suerte en el Comité Central de la Unión, es decir, con la esperanza de encontrar un trabajo sedentario. Pero en Moscú también le propusieron que se curase y prometiéronle una plaza en un buen hospital. Pável lo rechazó.

Sin que se diera cuenta, pasaron volando los diez y nueve días vividos en casa de Marta y de su amiga Nadia Péterson. Pável se quedaba solo todo el día. Marta y Nadia se marchaban por la mañana y volvían por la noche. Pável leía con verdadera ansia -Marta tenía muchos libros-, y por las tardes venían amigas y amigos.

Llegaban cartas de la ciudad portuaria. La familia Kiutsam le llamaba. La vida apretaba su nudo. Allí esperaban su ayuda.

Una buena mañana, Korchaguin desapareció del apacible pisito de la travesía Gusiátnikov. El tren le llevaba raudo al Sur, hacia el mar, alejándole del otuño húmedo y lluvioso, hacia las cálidas orillas meridionales de Crimea. Korchaguin, fruncido apretadamente el ceño, observaba la veloz carrera de los postes tras la ventanilla, y en lo más profundo de sus oscuros ojos se ocultaba la obstinación.

Capítulo octavo

Las olas se rompían allá abajo, contra las rocas amontonadas desordenadamente. El seco viento marino, que llegaba de la lejana Turquía, acariciaba el rostro. Formando una media luna quebrada, penetraba en la orilla el puerto, separado del mar por el dique de hormigón. La cadena montañosa se cortaba junto a las aguas. Y las albas casitas de los suburbios de la ciudad, que parecían de juguete, ascendían hacia lo alto de las montañas.

En el viejo parque de las afueras todo estaba en calma. La hierba había invadido sus senderos, no limpiados desde hacía mucho, y las amarillas hojas de arce, muertas por el otoño, caían lentamente sobre ellos.

A Korchaguin lo había traído desde la ciudad un viejo cochero persa que, cuando vio descender al extraño viajero, no pudo contenerse y le dijo:

- ¿Por qué viene? *Mochacha* no hay, teatro no hay. Sólo chacal anda... ¿Qué vas hacer aquí? No entiendo. ¡Vamos de *vuelda*, señor camarada!

Korchaguin le pagó, y el viejo emprendió el regreso.

El parque estaba desierto. Pável encontró un banco, en un promontorio que se adentraba en el mar, sentóse y expuso su rostro a los rayos del sol, que ya no calentaba.

Había llegado a aquel silencio para pensar en el giro que tomaba la vida y en cómo orientada. Ya era

hora de hacer el balance y tomar una decisión.

Con su segunda arribada a aquellos lugares, las contradicciones en la familia Kiutsam se habían exacerbado. El viejo, al enterarse de su llegada, se enfureció y armó un escándalo inenarrable. La dirección de la resistencia recayó de por sí en Korchaguin. El viejo encontró inesperadamente una posición enérgica por parte de las hijas y de la madre, y desde el primer día de la llegada de Korchaguin, la casa se dividió en dos sectores hostiles, que se odiaban entre sí. La entrada a la mitad de la casa en que vivían los viejos fue condenada con tablas, y una de las habitacioncillas laterales le fue alquilada a Korchaguin. El viejo recibió por adelantado el importe del alquiler y, al pronto, hasta pareció tranquilizarse, porque las hijas, que se habían separado de él, no le pedirían dinero para vivir.

Albina, por razones diplomáticas, se quedó a vivir en la mitad de la casa perteneciente al viejo. Este no asomaba por las habitaciones de las jóvenes, para no verse con el hombre a quien odiaba; en cambio, en el patio resoplaba como una locomotora, deseando demostrar que allí no había más amo que él.

Antes de trabajar en la cooperativa, el viejo conocía dos oficios -el de zapatero y el de ebanista- y, para ganar más, había montado un taller en un cobertizo, donde trabajaba en las horas libres. Pronto, para hacer rabiar al inquilino, trasladó su banco de trabajo junto a la propia ventana de Pável. Se deleitaba martilleando furiosamente los clavos. Sabía bien que con esto molestaba a Korchaguin cuando leía.

"Espera, ya te haré salir de tu cubil...", gruñía para sus adentros.

Lejos, casi en el horizonte, se extendía, como una nube oscura, la humeante estela de un barco. Una bandada de gaviotas lanzaba penetrantes graznidos, arrojándose al mar.

Korchaguin apoyó la cabeza en ambas manos y se sumió en penosas meditaciones. Ante sus ojos discurrió toda su vida, desde la infancia hasta los últimos días. ¿Cómo había vivido sus veinticuatro años, bien o mal? Analizando en su memoria un año tras otro, como un juez ecuánime, comprobó con profunda satisfacción que no había vivido tan mal. Pero había también no pocos errores, cometidos por torpeza, por su juventud, y, más que nada, por ignorancia. Lo fundamental era que no se había dormido en los días de mayor tensión, que había sabido encontrar su puesto en los encarnizados combates por el Poder, y que en la purpúrea bandera de la revolución había también algunas gotas de su sangre.

No había salido de filas hasta no haber agotado todas sus fuerzas. Ahora, derribado, no podía mantenerse en el frente y tan sólo le quedaban los hospitales de retaguardia. Recordó que una vez, cuando marchaban en avalancha sobre Varsovia, una bala derribó a un combatiente. Y éste cayó en tierra, bajo los cascos del caballo. Los camaradas vendaron de prisa y corriendo al herido, lo entregaron a los sanitarios y siguieron veloces en persecución del enemigo. El escuadrón no detuvo su carrera por la pérdida de un combatiente. En la lucha por la gran causa, así era y así debía ser. Cierto que se daban excepciones. También había visto, en las *tachankas*, ametralladores sin piernas, gente terrible para el enemigo, cuyas máquinas sembraban la muerte y la destrucción. Por su férrea resistencia y ojo certero, aquellos hombres constituían el orgullo de los regimientos. Pero eran casos contados.

¿Qué debía hacer con su persona, ahora, después de la derrota, cuando ya no había esperanzas de volver a las filas de combate? Pues había conseguido de Bazhánova la confesión de que en el futuro debía esperar algo aún más terrible. ¿Qué hacer? Esta interrogante sin respuesta se abría ante él, como un precipicio negro y amenazador.

¿Para qué vivir cuando ya había perdido lo más preciado, la capacidad de luchar? ¿Con qué justificar su vida ahora, y en el triste mañana? ¿Con qué llenarla? ¿Simplemente con comer, beber y respirar? ¿Quedar como un espectador impotente ante los camaradas que avanzarían combatiendo? ¿Convertirse en una carga para el destacamento? ¿Y si enviaba al otro mundo el cuerpo que le había traicionado? Una bala en el corazón, y... ¡fuera penas! Había sabido vivir no mal y había que saber acabar a tiempo. ¿Quién iba a condenar al combatiente que no deseaba agonizar?

Su mano palpó en el bolsillo el cuerpo plano de la pistola, y los dedos, con movimiento acostumbrado, empuñaron la culata. Lentamente sacó el arma.

"¿Quién iba a pensar que llegarías a este día?"

El cañón le miró despectivamente alojo. Pável dejó la pistola sobre sus rodillas y blasfemó colérico.

"¡Todo esto es heroísmo novelesco, hermanito! Siempre y en todo tiempo, cualquier idiota puede pegarse un tiro. Es la salida más cobarde y fácil de la situación. ¡Si te es difícil vivir, pégate un tiro! ¿Pero has probado tú a vencer esta vida? ¿Has hecho todo para romper el cerco de hierro? ¿Te has olvidado acaso de cómo en Novograd-Volinski os lanzasteis al ataque diecisiete veces en un día y, a pesar de todo, lo tomasteis? Guarda la pistola y no se lo cuentes nunca a nadie. Aprende también a vivir cuando la vida se hace insoportable. Hazla útil".

Se levantó y dirigióse hacia el camino. Un montañés que pasaba le llevó en su carreta hasta la ciudad. Una vez allí, en uno de los cruces, compró un periódico local. En éste se comunicaba que en el club Demián Bedni se celebraría una reunión de activistas de la organización del Partido. Pável regresó a casa ya avanzada la noche. Había hablado en la reunión, sin saber él mismo que era aquél su último discurso ante un público numeroso.

Taia no dormía. Estaba inquieta por la prolongada ausencia de Korchaguin. ¿Qué le habría pasado? ¿Dónde estaría? Aquella mañana, ella había visto en sus ojos, antes siempre vivos, un brillo duro y frío. Korchaguin solía hablar poco de sí mismo, pero Taia notaba que alguna desgracia le ocurría.

El reloj de la habitación de la madre daba las dos cuando se oyó cerrar el portillo del jardín, y Taia, echándose la chaquetilla sobre los hombros, fue a abrir la puerta. Liolia dormía en su habitación, balbuceando algo entre sueños.

- Ya estaba intranquila por ti -susurró cuando Korchaguin entró en la casa, contenta de que hubiera llegado.

- A mí no me ocurrirá nada hasta la misma muerte, Taiusha. ¿Qué, Liolia duerme? ¿Sabes?, no tengo ningunas ganas de dormir. Quiero contarte algunas cosas del día de hoy. Vamos a tu habitación, si no, despertaremos a Liolia -respondió Pável también muy quedo.

Taia vaciló. ¿Cómo iba a conversar con Pável por la noche? ¿Qué podría pensar su madre si se enteraba? Pero a él no se le podía decir, se ofendería. ¿Y de qué querría hablarle? Y mientras pensaba esto, se dirigía ya a su habitación.

- Bien, mira lo que pasa, Taia -comenzó Pável con voz ahogada, una vez que se hubieron sentado en el oscuro cuarto, el uno frente al otro, y tan cerca, que ella sentía su respiración-. La vida toma un giro que incluso me parece un poco extraño. He pasado todos estos días no del todo bien. No veía claro cómo continuar viviendo en el mundo. En toda mi existencia jamás he sentido la desesperación que me ha embargado en estos días. Pero hoy he organizado una reunión del "buró político" y he adoptado una decisión de enorme importancia. No te asombres de que te inicie en ello.

Le habló de todo lo sufrido en los últimos meses y de mucho de lo pensado en el parque suburbano.

- Tal es la situación. Paso a lo fundamental. El lío en la familia no ha hecho más que iniciarse. De aquí hay que escapar al aire libre, lo más lejos posible de este nido. Hay que dar comienzo a una vida nueva. Ya que me he enzarzado en esta pelea, la llevaremos hasta el fin. Tanto tu vida personal, como la mía, son tristes ahora. He decidido darles fuego. ¿Comprendes lo que esto significa? ¿Quieres ser mi compañera, mi mujer?

Hasta este momento, Taia le había escuchado con profunda emoción. Lo inesperado de sus últimas palabras hizo que se estremeciera.

-No te pido que me respondas hoy, Taia. Piénsalo todo bien. Tú no comprendes cómo se pueden decir tales cosas sin hacer antes la corte. Todas esas zarandajas no son necesarias; aquí tienes mi mano, tómala, nena. Si esta vez crees, no te engañarás. Tengo mucho de lo que tú necesitas, y viceversa. Ya lo he decidido: nuestra alianza se concierta hasta que tú te conviertas en una persona de verdad, de las nuestras; y yo puedo transformarte, de lo contrario valdría menos que medio kopek en un día de feria. Hasta entonces no debemos romper la alianza. Luego quedarás libre de toda obligación para conmigo. ¡Quién sabe! Puede ocurrir que yo, físicamente, me convierta en una ruina completa; en tal caso, recuérdalo bien, tampoco encadeno tu vida.

Luego de unos segundos de silencio, continuó con voz cálida y cariñosa:

- Ahora te propongo amistad y amor.

Retenía la mano de la muchacha y estaba tan tranquilo como si ella le hubiera ya contestado afirmativamente.

- ¿Y no me abandonarás?

- Las palabras, Taia, no son pruebas. Tan sólo te queda una cosa: tener fe en que los hombres como yo no traicionan a sus amigos... Lo que hace falta es que ellos no me traicionen a mí -terminó Pável con un dejo de amargura.

- Hoy no respondo aún nada; todo ha sido tan inesperado -dijo la muchacha.

Korchaguin se levantó.

- Acuéstate, Taia, pronto amanecerá.

Y retiróse a su habitación. Se acostó sin desnudarse; y apenas hubo reclinado la cabeza sobre la almohada, se quedó dormido.

En la habitación de Korchaguin, sobre la mesa que se encontraba junto a la ventana, había montones de libros traídos de la biblioteca del Partido, una pila de periódicos y varios cuadernos escritos. El resto del mobiliario lo componían, una cama de los dueños de la casa, dos sillas y, extendido sobre la puerta que conducía a la habitación de Taia, un enorme mapa de China en el que había clavadas banderitas negras y rojas. En el Comité del Partido, Korchaguin se puso de acuerdo para que le abastecieran de literatura de su propia biblioteca; además, le prometieron que le facilitaría libros el director de la biblioteca portuaria, que era la mayor de la ciudad. Pronto comenzó a recibir de allí libros, por paquetes enteros. Liolia observaba con asombro cómo Pável, con cortos intervalos para el almuerzo y la comida, leía y tomaba notas desde por la mañana temprano hasta la anochecida, que siempre pasaban los tres juntos en la habitación de Liolia. Korchaguin compartía con las hermanas lo leído.

Ya de madrugada, al salir al patio, el viejo veía constantemente una franja de luz entre las contraventanas de la habitación del odiado inquilino. Sigiloso, el viejo se acercaba de puntillas a la ventana y observaba la cabeza inclinada sobre la mesa.

"La gente duerme, y éste se pasa la noche en vela, gastando luz. Anda por la casa como si fuera el dueño. Las muchachas han comenzado a mostrarme los dientes", pensaba con maldad el viejo, y se marchaba.

Por primera vez en ocho años, Korchaguin tenía

tanto tiempo libre y ninguna obligación. Y leía con el ansia hambrienta de un recién iniciado. Trabajaba dieciocho horas diarias. Y no se sabe cómo se habría reflejado tal lectura en su salud, de no haberle dicho Taia un buen día:

- He trasladado de sitio la cómoda, la puerta a tu habitación ahora se abre. Si necesitas hablarme de algo, puedes entrar directamente, sin pasar por el cuarto de Liolia.

Pável se sonrojó. Taia sonrió alegre: la alianza quedó concertada.

El viejo no volvió a ver a medianoche las franjas de luz en la ventana de la esquina, y la madre comenzó a notar en los ojos de Taia una alegría mal oculta. Unas ojeras apenas perceptibles se dibujaron bajo los ojos, brillantes por el fuego interior, denunciando las noches sin sueño. Los acordes de la guitarra y las canciones de Taia comenzaron a oírse en la casita con mayor frecuencia.

La mujer que se había despertado en ella sufría, porque su amor era como robado. El más leve ruido le hacía estremecerse, todo se le figuraba que eran los pasos de su madre. Era un tormento para ella no saber qué contestar, si le preguntaban por qué había comenzado a echar por las noches el pestillo a la puerta de su cuarto. Korchaguin se daba cuenta, y le decía cariñoso y tranquilizador:

- ¿De qué tienes miedo? Pues, si se mira bien, tú y yo somos aquí los amos. Duerme tranquila. En nuestra vida, los extraños tienen prohibida la entrada.

Taia apretaba la mejilla contra su pecho y, desaparecidos los temores, se dormía abrazada al hombre amado. Korchaguin permanecía largo rato escuchando su respiración, sin moverse, temeroso de interrumpir su sueño tranquilo: le embargaba una profunda ternura por aquella muchacha que le había confiado su vida.

Liolia fue la primera en conocer el motivo del fuego inextinguible en los ojos de Taia, y, a partir de aquel día, entre las dos hermanas tendióse la sombra de la frialdad. También lo supo la madre. Mejor dicho, lo intuía, llena de *zozobra*. No era aquello lo que esperaba de Korchaguin.

- Taiusha no es pareja para él -dijo una vez a Liolia-. ¿Qué va a salir de todo esto?

La desazonaban inquietos pensamientos, pero no se decidía a hablar con Korchaguin.

La juventud comenzó a visitar a Korchaguin. A veces, la pequeña habitación resultaba estrecha. Un rumor semejante al de un enjambre de avispas llegaba hasta el viejo. Más de una vez cantaban a coro:

Está desierto nuestro mar,
Ruge día y noche...

y la canción predilecta de Pável:

El mundo está lleno de lágrimas...

Ocurría eso cuando se reunía el círculo de obreros activistas del Partido, cuya dirección había sido confiada a Korchaguin por el Comité, después de su carta en la que pedía que se le encargase trabajo de propaganda. Así transcurrían los días de Pável.

Korchaguin reempuñó el timón con ambas manos, y la vida, después de hacer varios zigzágs, viró hacia un nuevo objetivo. Era éste el sueño de reincorporarse a filas por medio del estudio y de la literatura.

Pero la vida amontonaba un obstáculo tras otro, y él recibía su aparición pensando, inquieto, en qué grado frenarían su avance hacia el objetivo.

Inesperadamente, llegó de Moscú, con su mujer, el fracasado estudiante George. Se instaló en casa de su suegro -que era abogado- y desde allí venía a sacar dinero a la madre.

La llegada de George empeoró considerablemente las relaciones íntimas de la familia. George se pasó sin titubeos al lado del padre, y con la familia de su mujer, de moral antisoviética, comenzó a realizar labor de zapa, tratando a toda costa de arrojar a Korchaguin de la casa y de apartar de él a Taia.

Dos semanas después de la llegada de George, Liolia se puso a trabajar en uno de los distritos cercanos. Se marchó allí con la madre y su hijito, y Korchaguin y Taia partieron para una lejana ciudad costera.

Artiom recibía rara vez carta de su hermano, pero los días en que encontraba sobre su mesa del Soviet local el sobre gris con la conocida letra angulosa, perdía su habitual tranquilidad. Y esta vez, al abrir el sobre, pensó con honda ternura:

"¡Ay, Pavlusha, Pavlusha! Deberíamos vivir cerca, muchacho, me aprovecharían tus consejos".

"Artiom, quiero relatarte lo sufrido. De no ser a ti, me parece que a nadie escribo semejantes cartas. Me conoces, y comprenderás cada palabra. La vida continúa haciéndome retroceder en el frente de lucha por la salud.

Recibo un golpe tras otro. Apenas tengo tiempo de ponerme en pie después de uno de ellos, cuando uno nuevo, más implacable aún que el anterior, cae sobre mí. Lo más terrible es que soy impotente para resistirme. La mano izquierda se negó a obedecerme. Eso era penoso, pero después me han traicionado las piernas, y yo, que ya sin ello apenas podía moverme (en la habitación) ahora llego con dificultad de la cama a la mesa. Pero esto, seguramente, no es aún todo. No sé qué me traerá el mañana.

Ya no salgo de casa. Por la ventana veo únicamente un trocito de mar. ¿Puede haber una tragedia más horrorosa que la del hombre en quien se unen un cuerpo traidor, que se niega a obedecerle, un

corazón de bolchevique y una voluntad que le arrastra inconteniblemente al trabajo, hacia vosotros, e! ejército activo que avanza por todo el frente, allí donde se va al asalto en férrea avalancha?

Aún creo que volveré a filas, que en las columnas de asalto aparecerá también mi bayoneta. No puedo no creerlo, no tengo derecho a ello. El Partido y la Juventud me han educado diez años en el arte de la resistencia, y las palabras del Jefe se refieren también a mí: "No hay fortaleza que no pueda ser tomada por los bolcheviques".

Ahora, mi vida es el estudio. Libros, libros y más libros. He hecho mucho, Artiom. He estudiado toda la literatura clásica. He terminado y enviado los trabajos del primer curso por correspondencia de la Universidad Comunista. Por las tardes dirijo un círculo de jóvenes del Partido. La ligazón con el trabajo práctico de la organización va a través de estos camaradas. Después, Taiusha, su crecimiento y avance, y también su amor, las tiernas caricias de mi compañera. Vivimos en buena armonía. Nuestra economía es simple y sencilla: los treinta y dos rublos de mi pensión y el sueldo de Taia. Taia va al Partido por mi mismo camino: ha trabajado de sirvienta y ahora es fregona en un comedor, pues en esta ciudad no hay industria.

Hace unos días, Taia me ha mostrado con entusiasmo su primer carnet de delegada de la sección femenina. Para ella no es un simple pedazo de cartón. Observo en ella el surgimiento de una nueva persona y la ayudo cuanto puedo en este proceso. Llegará un tiempo en que la gran fábrica y el colectivo obrero completarán su formación. Mientras estamos aquí, va por el único camino posible.

La madre de Taia ha estado aquí dos veces. Sin darse cuenta ella misma, arrastra a Taia hacia atrás, a la vida compuesta de pequeñeces, hundida en lo estrecho y personal, en lo suyo propio, en lo aislado. He tratado de convencer a Albina de que las tinieblas de sus días no deben hacer sombra en el camino de su hija. Pero todo ha resultado inútil. Siento que alguna vez la madre se interpondrá en el camino de la hija hacia la nueva vida, y que la lucha con ella será inevitable. Te estrecha la mano, Pável".

Sanatorio N° 5, en Stáraya Matsesta. Un edificio de piedra, de tres pisos, en la explanada hecha en la roca. En derredor, el bosque. El camino para los coches corría serpenteante hacia abajo. Las ventanas de las habitaciones estaban abiertas, y el vientecillo traía el olor de los manantiales sulfurosos. Korchaguin estaba solo en su habitación. Al día siguiente vendrían nuevos camaradas, y tendría vecino de cuarto. Afuera resonaron pasos y una voz conocida. Hablaban varias personas. ¿Pero en dónde había oído aquella gruesa voz de bajo? La memoria trabajó intensamente, y de un apartado rincón extrajo el nombre allí escondido, pero no olvidado: "Innokenti Pávlovich Ledenev, es él, no puede ser otro". Y, seguro de ello, Pável le llamó. Un minuto más tarde, ya estaba Ledenev sentado a su lado y le sacudía alegremente la mano.

- ¡Ah! ¿Estás vivo, buena pieza? Bien, ¿y qué me cuentas de bueno? Vaya, vaya, ¿qué, te has propuesto enfermar en serio? No lo apruebo. Toma ejemplo de mí. Los médicos me habían pronosticado también que tendría que retirarme, y, para su despecho, continúo resistiendo -y Ledenev rió bonachón.

Korchaguin se daba cuenta de que, tras aquella risa, se ocultaba la condolencia y un dejo de amargura.

Transcurrieron dos horas en animada plática. Ledenev le contaba las novedades de Moscú. Era el primero que ponía en conocimiento de Korchaguin las importantísimas decisiones del Partido respecto a la colectivización de la agricultura, a la transformación del campo, y Pável absorbía ávidamente cada palabra.

- Yo pensaba que andarías ajetreado por algún lugar de tu Ucrania. Y me encuentro con este contratiempo. Pero no tiene importancia, yo estuve aún peor, no me levantaba en absoluto de la cama, y ahora, como ves, continúo resistiendo. Ahora, ¿comprendes? no hay manera de vivir ocioso. ¡No lo conseguirás! A veces cometo el pecado de pensar que habría que reposar un poquito, tomar aliento, pues ya va uno haciéndose viejo y a veces es un poco pesado el trabajar diez o doce horas. Bueno; no has hecho más que pensarlo e incluso comienzas ya a dar un vistazo a los asuntos para descargarte un poco de trabajo, y siempre resulta lo mismo. Comienzas a "descargarte" y, te absorbes de tal manera con la "descarga" que no vuelves a casa antes de las doce. Cuanto más rápida es la marcha de la máquina, tanto más lo es la de las ruedecillas, y nuestra marcha es cada día más impetuosa, y resulta que nosotros, los viejos, tenemos que vivir como cuando éramos jóvenes.

Ledenev se pasó la mano por su despejada frente y dijo con cariño paternal:

- Bien, háblame ahora de tus asuntos.

Ledenev escuchó el relato de Korchaguin sobre lo vivido, y Pável se dio cuenta de que la mirada aprobadora y vivaz de su amigo estaba fija en él.

Bajo la sombra de los frondosos árboles, en un rincón de la terraza del sanatorio, había un grupo de enfermos. Tras una pequeña mesa, Jrisanf Chernokósov leía la *Pravda*, frunciendo apretadamente sus pobladas cejas. La camisa rusa negra, la vieja gorra, el rostro cetrino, flaco y no afeitado desde hacía tiempo, de azules ojos hundidos, denunciaban en él al minero de abolengo. Hacía doce años que aquel hombre, llamado para dirigir la región, había dejado el pico, pero daba la impresión

de que acababa de salir de la mina. Esto se ponía de manifiesto en la manera de comportarse, de hablar, en su propio léxico.

Chernokósov era miembro del Comité regional del Partido y miembro del Gobierno. Una enfermedad torturante consumía sus fuerzas: sufría de gangrena en una pierna. Chernokósov odiaba aquella pierna enferma que le obligaba a permanecer en cama cerca ya de medio año.

Frente a él, fumando pensativa, estaba sentada Zhiguiriova. Alexandra Alexéievna Zhiguiriova tenía treinta y siete años, y llevaba diecinueve en el Partido. "Shúrochka la metalúrgica", como la llamaban en Petersburgo durante la ilegalidad, había conocido la deportación a Siberia cuando era casi una niña.

La tercera persona en torno a la mesa era Pankov. Tenía inclinada su bella cabeza, de perfil clásico, y leía una revista alemana, ajustándose de tarde en tarde las enormes gafas de concha. Resultaba absurdo ver cómo aquel atleta de treinta años levantaba con dificultad la pierna que se negaba a obedecerle. Mijaíl Vasílievich Pankov era redactor, escritor, funcionario del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, conocía Europa y sabía varios idiomas extranjeros. En su cabeza se acumulaban no pocos conocimientos, y hasta el adusto Chernokósov le trataba con respeto.

- ¿Ese es tu compañero de habitación? -preguntó en voz baja Zhiguiriova a Chernokósov, señalando con la cabeza hacia el sillón de ruedas en que estaba sentado Korchaguin.

Chernokósov apartó sus ojos del periódico, y su rostro pareció iluminarse repentinamente:

- Sí, ése es Korchaguin. Es necesario que os hagáis amigos, Shura. La enfermedad le ha atado de pies y manos; de lo contrario este muchacho nos serviría de mucho en los sitios donde el trabajo es difícil. Pertenece a la primera generación de jóvenes comunistas. En una palabra, si le apoyamos, y esto lo tengo decidido, el muchacho trabajará aún.

Pankov prestaba oído a las palabras de Chernokósov.

- ¿De qué padece? -preguntó Shura sin levantar la voz.

- Restos del 20. Anormalidades en la columna vertebral. He hablado aquí con el médico; ¿comprendes?, temen que la contusión pueda producirle la parálisis total. ¡Imagínate qué desgracia!

- Voy a traerle aquí -dijo Shura.

Así comenzó su amistad. Y no sabía Pável que Chernokósov y Zhiguiriova habrían de convertirse para él en personas queridas y que, en los años de la penosa enfermedad que le esperaba, serían su primer apoyo.

La vida seguía su antiguo cauce. Taia trabajaba. Korchaguin estudiaba. Apenas había comenzado el trabajo en el círculo, le atacó, sigilosamente, una nueva desgracia. La parálisis hizo presa de sus piernas. Ahora no le obedecía más que la mano derecha. Cuando después de vanos esfuerzos comprendió que ya no era capaz de moverse, se mordió los labios hasta hacerse sangre. Taia ocultaba con valentía su desesperación y la amargura de su impotencia para ayudarle. Y él decía sonriendo con aire culpable:

- Debemos divorciarnos, Taiusha, pues no hubo acuerdo de sacrificarte así. Hoy lo pensaré como es debido, nena.

Taia no le dejaba hablar. ¡Era tan difícil contener el llanto! Y lloraba a lágrima viva, apretando contra su pecho la cabeza de Pável.

Cuando Artiom se enteró de la nueva desgracia ocurrida a su hermano, lo comunicó por carta a su madre, y María Yákovlevna, abandonándolo todo, fue a ver a su hijo. Comenzaron a vivir los tres juntos. La viejecita y Taia se llevaban muy bien.

Korchaguin continuaba sus estudios.

Una tarde de aquel crudo invierno, Taia trajo la nueva de su primera victoria, el carnet de miembro del Soviet local. Desde entonces, Korchaguin comenzó a verla de tarde en tarde. De la cocina del sanatorio, donde fregaba, Taia marchaba a la sección femenina y al Soviet, y regresaba ya avanzada la noche, cansada, pero rebosante de impresiones. Aproximábase el día en que sería admitida como candidato al Partido. Taia se preparaba para ello con gran emoción. Pero entonces ocurrió de improviso una nueva desgracia. La enfermedad seguía minando a Pável. El fuego de un dolor insufrible encendió el ojo derecho de Korchaguin, se propagó al izquierdo. Y por vez primera en su vida, Pável comprendió lo que era la ceguera: a su alrededor, todo se cubrió de un velo negro.

Una barrera terrible, insuperable, se había levantado silenciosamente en su camino, impidiéndole el paso. La desesperación de la madre y de Taia no tuvo límites, pero él decidió con fría tranquilidad:

"Hay que esperar. Si efectivamente no existen más posibilidades de avanzar, si todo lo que se ha hecho por volver al trabajo ha quedado anulado por la ceguera y volver a filas es ya imposible, habrá que terminar"

Korchaguin escribió a sus amigos. De éstos llegaban cartas invitándole a mantenerse firme y a continuar la lucha.

En aquellos días difíciles para él, Taia excitada y alegre, le comunicó:

- Pavlusha, soy candidato al Partido.

Y Pável, al escuchar cómo la célula había admitido en sus filas a la nueva camarada, recordó sus primeros pasos en el Partido.

- Así, pues, camarada Korcháguina, tú y yo

componemos una fracción comunista -le dijo estrechándole la mano.

Al día siguiente Pável escribió una carta al secretario del Comité de distrito, pidiéndole que fuese a verle. Por la tarde, junto a la casa, se detuvo un coche salpicado de barro, y Wólmer, un letón ya entrado en años y barbudo, estrechó con fuerza la mano de Korchaguin.

- ¿Qué, cómo va la vida? ¿Qué manera de comportarse es ésa? Levántate ahora mismo, te enviaremos al campo -y se echó a reír.

El secretario del Comité de distrito pasó dos horas con Korchaguin, olvidándose incluso de que tenía una reunión por la noche. El letón iba de un lado a otro del cuarto, escuchando las palabras emocionadas de Pável, y por fin exclamó:

- ¡Deja de hablar del círculo! Necesitas descansar, y luego aclarar eso de los ojos. Es posible que aún no esté todo perdido. ¿No te parece que deberías ir a Moscú, eh? Piénsalo...

Korchaguin le interrumpió:

- ¡Lo que yo necesito es gente, camarada Wólmer, gente viva! ¡No puedo vivir solo! Ahora me es más necesaria que nunca. Envíame aquí la juventud menos formada. Esa, en las aldeas, se desvía hacia la izquierda, a la comuna, se siente estrecha en el koljós. Pues los komsomoles, si no se tiene cuidado de ellos, tratan frecuentemente de adelantarse a la formación. Yo mismo he sido así, lo sé.

Wólmer se detuvo.

- ¿Cómo te has enterado de esto? Te lo digo, por que esa noticia acaba de llegar hoy del distrito.

Korchaguin sonrió.

- Quizás recuerdes a mi mujer. Ayer la admitieron en el Partido. Ella me lo ha contado.

- ¡Ah! ¿La Korcháguina, la que friega? ¿Esa es tu mujer? ¡Vaya, no lo sabía! -Después de pensar por unos instantes, Wólmer se dio una palmada en la frente. -Ya sé a quién te vamos a enviar, a Liev Berséniev. Mejor camarada no se puede encontrar. Incluso por vuestro carácter os parecéis. Resultará algo así como dos transformadores de alta frecuencia. ¿Comprendes?, en un tiempo he sido electricista, de aquí que emplee estas palabrejas, estas comparaciones. Sí, Liev, además, te montará un aparato de radio, es maestro en esas cuestiones. ¿Comprendes?, a veces me paso en su casa hasta las dos de la madrugada con los auriculares puestos. Mi mujer ya ha comenzado a sospechar: "¿Dónde te metes por las noches, viejo del diablo?"

Korchaguin le preguntó sonriendo:

- ¿Quién es Berséniev?

Wólmer, cansado de ir de un lado para otro, tomó asiento en la silla y dijo:

- Berséniev es nuestro notario, pero es tan notario como yo bailarina. Hace poco aún, Liev ocupaba un alto cargo. Participa en el movimiento revolucionario desde el año 12 y lleva en el Partido desde los días de Octubre. Durante la guerra civil ocupó un destacado cargo en el ejército, en el Tribunal Revolucionario del 2° de caballería; estuvo en el Cáucaso, aplastando piojos blancos. Estuvo también en Tsaritsin y en el frente Sur; en el Extremo Oriente era el mandamás en el Tribunal Militar Supremo de la República. Ha pasado por todo. La tuberculosis derribó al muchacho. Del Extremo Oriente vino a estas tierras. Aquí en el Cáucaso ha sido presidente del Tribunal Provincial y vicepresidente del Tribunal Territorial. Por fin se le han hecho polvo los pulmones. Ahora, bajo la amenaza de que se va a morir, le han metido aquí. Esa es la causa de que tengamos un notario tan singular. El cargo es tranquilo, y respira. Aquí poco a poco le hemos dado una célula; después, le metimos en el Comité de distrito, más tarde, le endosamos la Escuela política; luego, la Comisión de Control; no hay comisión responsable en asuntos confusos e intrincados en la que él no figure. Además, es cazador; luego, ardiente aficionado a la radio, y, aunque le falta un pulmón, es difícil creer que está enfermo. Irradia energía. Seguramente se morirá corriendo del Comité de distrito al Tribunal.

Pável le cortó, preguntando bruscamente:

- ¿Por qué le habéis recargado tanto? Ahora trabaja aquí más que antes.

Wólmer miró a Korchaguin de reojo, por entre sus entornados párpados.

- Vaya, si te damos a ti el círculo, y algo más, también dirá Liev en ese caso: "¿Por qué le cargáis?" Y él mismo dice: "Vale más vivir un año en un trabajo activo que vegetar cinco en los hospitales". A lo que parece, sólo podremos cuidar de la gente cuando tengamos construido el socialismo.

- Cierto. Yo también voto por un año de vida en contra de cinco de existencia vegetativa, pero en estos casos a veces somos pródigos hasta la delincuencia al gastar nuestras fuerzas. Y ahora he comprendido que en esto no hay tanto heroísmo como anarquía e irresponsabilidad. Solamente ahora he comenzado a comprender que no tenía ningún derecho a tratar tan cruelmente mi salud. Ha resultado que en ello no hay heroísmo. De no haber hecho el espartano, quizás hubiese aguantado unos cuantos años más. En una palabra, la enfermedad infantil del izquierdismo es uno de los peligros fundamentales para mi situación.

"Fíjate lo que dice, pero en cuanto le pusieras en pie se olvidaría de todo lo del mundo", pensó Wólmer, pero guardó silencio.

Dos días después, Liev vino a visitar a Pável por la tarde. Se separaron a media noche. Liev se marchó de casa de su nuevo amigo con el sentimiento de quien ha encontrado un hermano perdido hace muchos años.

A la mañana siguiente, unos hombres se arrastraban por el tejado, instalando la antena, y Liev montaba la radio en la habitación, refiriendo

interesantes episodios de su pasado. Pável no le veía, mas por los relatos de Taia sabía que era rubio, de ojos claros, apuesto, impetuoso de movimientos, es decir, tal y como se lo había figurado desde los primeros instantes de su conocimiento.

Al anochecer se encendieron en la habitación las tres lámparas "micro". Liev entregó solemnemente a Pável los auriculares. En el éter había un caos de sonidos. Como pajarillos, piaban los *Morse* del puerto; en algún sitio (al parecer, cerca de la costa) lanzaba sus cortas pitadas la emisora de un barco. En aquella barahúnda de ruidos y sonidos, el variómetro encontró y atrajo una voz reposada y firme:

- Atención, atención, habla Moscú...

El pequeño aparato atrapaba con su antena sesenta estaciones del mundo. La vida, de la que Pável había sido apartado bruscamente, irrumpía a través de la membrana de acero, y él sentía su aliento poderoso.

Y al ver que se encendían sus ojos, Berséniev, cansado, sonrió.

En la gran casa dormían. Taia murmuraba algo en su intranquilo sueño. Volvía tarde, cansada y aterida. Pável apenas si tenía ocasión de hablar con ella. Cuanto más se iba adentrando Taia en el trabajo, tanto menos frecuentes eran sus tardes libres, y Pável recordaba las palabras de Berséniev.

"Si la mujer del bolchevique es su camarada de Partido, se ven rara vez. En ello hay dos ventajas: ¡no se cansan el uno del otro y no tienen tiempo para regañar!"

¿Qué objeción podía hacer? Era de esperar. En otros tiempos Taia le dedicaba todas sus tardes. Entonces había más cordialidad, mayor ternura. Pero en aquellos días era solamente compañera, mujer; ahora era, además, discípula y camarada de Partido.

Comprendía que cuanto más se desarrollara Taia, tantas menos horas le dedicaría, y aceptó esto como cosa justa.

Pável se hizo cargo de un círculo.

Por las tardes volvió a reinar el bullicio en la casa. Las horas pasadas con la juventud eran para Pável una inyección de ánimo.

En el tiempo restante, la madre le quitaba con trabajo los auriculares, para alimentarle.

La radio le daba lo que le había arrebatado la ceguera: la posibilidad de estudiar; y en esta aspiración, que no reconocía obstáculos, olvidaba los torturantes dolores de su cuerpo, que continuaba ardiendo, olvidaba el incendio en los ojos y toda la vida, ruda y dura para con él.

Cuando las ondas trajeron de Magnitostrói la noticia de las hazañas de los jóvenes que habían sustituido bajo la bandera de la IJC a la generación de los Korchaguin, Pável sintió una gran alegría.

Se imaginaba la tormenta de nieve, feroz como una manada de lobos, los fríos crueles de los Urales. Aullaba el vendaval, y, por las noches, el destacamento de la segunda generación de komsomoles, en medio de la ventisca, en el incendio de los arcos voltaicos, cubría de cristales las claraboyas de los pabellones gigantescos, salvando de la nieve y del frío los primeros eslabones de aquel combinado mundial. La construcción del ferrocarril a través del bosque, en la que había luchado contra la tempestad la primera generación de komsomoles de Kíev, parecía algo muy pequeñito. Había crecido el país, y con él, los hombres.

Y en el Dniéper, el agua había roto los diques de acero e irrumpido impetuosa, hundiendo en su torrente a máquinas y a hombres. Y de nuevo, la Juventud Comunista se lanzaba contra los elementos y, después de una furiosa lucha de dos días, sin sueño ni descanso, hacía retroceder al líquido elemento desencadenado, sujetándole otra vez tras los diques de acero. En esta grandiosa lucha marchaba en vanguardia la nueva generación de la Juventud Comunista. Entre los nombres de los héroes, Pável oyó con alegría uno que le era muy querido: el de Ignat Pankrátov.

Capítulo noveno

En Moscú vivieron varios días en el local del archivo de una institución, cuyo jefe ayudó a Korchaguin a ingresar en una clínica especial.

Tan sólo en estos momentos comprendió Pável que ser firme, cuando poseía un cuerpo fuerte y juventud, había sido bastante fácil y sencillo, pero mantenerse ahora, cuando la vida le apretaba con un dogal de hierro, era una cuestión de honor.

Había transcurrido año y medio desde los días pasados por Korchaguin en el local del archivo. Dieciocho meses de indescriptibles sufrimientos.

En la clínica, el profesor Averbaj dijo a Pável sin rodeos que era imposible devolverle la vista. En un futuro impreciso, cuando cesara la inflamación, la cirugía probaría a operarle las pupilas. Para terminar con la inflamación, le propusieron medidas de tipo quirúrgico.

Pidieron su consentimiento, y Pável accedió a que los médicos hicieron con él lo que estimasen necesario.

En las horas pasadas en las mesas de operaciones, cuando los bisturís desgarraban su cuello, amputándole la tiroides, la muerte le rozó tres veces con sus alas negras. Pero la vida se aferraba con fuerza a Korchaguin. Después de las terribles horas de espera, Taia encontraba a su amigo pálido como un muerto, pero vivo y, como siempre, tranquilo y cariñoso.

- No te preocupes, nena, no es tan fácil matarme, aún viviré y armaré jaleo, aunque no sea más que por llevar la contraria a los cálculos aritméticos de los científicos Esculapios. Tienen completa razón en cuanto a mi salud, pero se equivocan de medio a

medio al escribir un documento sobre mi inutilidad total para el trabajo. Eso aún lo veremos.

Pável había escogido firmemente el camino por el que había resuelto volver a las filas de los constructores de la nueva vida.

Terminó el invierno, la primavera abrió las ventanas, y, Korchaguin, desangrado y habiendo salido con vida de la última operación, comprendió que no podía continuar en el hospital. Vivir tantos meses rodeado de sufrimientos humanos, entre los lamentos y plañideros gritos de la gente condenada a morir, era incomparablemente más difícil que soportar sus propios dolores.

A la propuesta de hacerse una nueva operación, respondió fría y bruscamente:

- ¡Punto final! ¡Basta! He dado a la ciencia parte de mi sangre, lo que ha quedado lo necesito para otra cosa.

Aquel mismo día Pável escribió una carta al CC, pidiendo se le ayudara a quedarse en Moscú, donde trabajaba su compañera, ya que era inútil continuar yendo de un lado para otro. Era la primera vez que se dirigía al Partido pidiendo ayuda. En respuesta a la carta, el Soviet de Moscú le dio una habitación. Y Pável abandonó el hospital con el único deseo de no volver a él jamás.

La modesta habitación, en una apacible travesía de la calle Kropótkinskaya, le pareció la cima del lujo. Y frecuentemente, al despertarse por la noche, no creía que el hospital fuera cosa del pasado.

Taia era ya miembro del Partido. Persistente en el trabajo, a pesar de toda la tragedia de su vida personal, no quedaba a la zaga de las obreras de choque, y el colectivo distinguió a esta obrera poco locuaz con su confianza: fue elegida miembro del Comité Sindical de la fábrica. El orgullo por la compañera que se iba convirtiendo en una bolchevique aliviaba la dura situación de Pável.

Le visitó Bazhánova, que había venido en comisión de servicio. Charlaron largo rato. Pável hablaba con animación del camino por el que había decidido volver, en un futuro próximo, a las filas de los combatientes.

Bazhánova vio hebras de plata en las sienes de Korchaguin, y dijo en voz baja:

- Veo que ha sufrido mucho. Pero, sin embargo, no ha perdido el entusiasmo. ¿Qué más hace falta? Está bien que haya decidido usted comenzar un trabajo para el que se ha preparado durante cinco años. ¿Pero cómo va a trabajar usted?

Pável sonrió tranquilamente:

- Mañana me traerán una especie de falsilla de cartón. Sin ella no puedo escribir. Unas líneas se montan sobre las otras. He estado buscando la solución por largo tiempo y he hallado que las tirillas de cartón no dejan que mi lápiz se salga del marco de la línea recta. Escribir sin ver lo escrito es difícil, pero no imposible. Me he convencido de ello. Durante mucho tiempo no me salía nada, pero ahora he comenzado a escribir con mayor lentitud, trazando cuidadosamente cada letra, y resulta bastante bien.

Pável comenzó a trabajar.

Pensaba escribir una novela dedicada a la heroica división de Kotovski. El título salió de por sí:

Engendrados por la tempestad.

Desde aquel día, toda su vida se dedicó a la creación del libro. Lentamente, línea tras línea, iban naciendo las páginas. Pável se olvidaba de todo, aprisionado por las imágenes, y por vez primera sufría las torturas de la creación cuando no conseguía transmitir al papel los cuadros brillantes e inolvidables, sentidos tan nítidamente, y las líneas resultaban pálidas, sin fuego ni pasión.

Todo lo que escribía debía recordarlo palabra por palabra. La pérdida del hilo frenaba el trabajo. La madre miraba con temor la ocupación del hijo.

En el proceso del trabajo, tenía que leer de memoria páginas enteras, a veces incluso capítulos, y en ocasiones, a la madre le parecía que el hijo se había vuelto loco. Mientras escribía no se decidía a acercarse a él, y sólo al recoger las hojas que resbalaban al suelo, decía tímidamente:

- Deberías ocuparte de cualquier otra cosa, Pavlusha. ¿Pues dónde se ha visto esto de escribir sin fin?...

El se reía, con toda su alma, de las inquietudes de la vieja y le aseguraba que aún no había "perdido los tornillos" del todo.

Tres capítulos del libro ideado habían sido ya concluidos. Pável los envió a Odesa, a los viejos combatientes de la división de Kotovski, para que le comunicaran su parecer, y pronto recibió de ellos una carta encomiando la obra, pero el manuscrito perdióse en correos, en el camino de vuelta. El trabajo de seis meses había desaparecido. Esto fue para Pável un golpe terrible. Se lamentó amargamente de haber enviado el único ejemplar que tenía sin haberse quedado con una copia. Contó a Ledenev su pérdida.

- ¿Por qué has obrado con tan poca cautela? Tranquilízate, ahora ya no lo vas a arreglar regañando. Comienza de nuevo.

- ¡Pero, Innokenti Pávlovich! Ha sido robado el trabajo de seis meses. ¡Esto equivale a ocho horas de tensión cada día! ¡Ahí es donde están metidos los parásitos, malditos sean tres veces!

Ledeoev trataba de calmarle.

Hubo que comenzado todo de nuevo. Ledenev conseguía papel, ayudaba a pasar a máquina lo escrito. Al cabo de mes y medio renació el primer capítulo.

En el mismo piso de Korchaguin vivía la familia de los Alexéiev. El hijo mayor, Alexandr, trabajaba de secretario en uno de los comités de radio de la Juventud. Tenía una hermana de dieciocho años, llamada Galia, que había terminado sus estudios en una escuela fabril. Galia era una muchacha llena de vida y alegría. Pável encargó a su madre que hablara con ella, para ver si accedía a ayudarle como "secretaria". Galia aceptó de muy buena gana. Llegó sonriente y cordial y, al saber que Pável estaba escribiendo una novela, dijo:

- Le ayudaré con mucho gusto, camarada Korchaguin. Esto no será como escribir aburridas circulares para mi padre sobre el mantenimiento de la limpieza en las habitaciones.

A partir de aquel día, los trabajos literarios avanzaron con velocidad duplicada. En un mes hicieron tanto, que Pável llegó a asombrarse. Galia, con su vivísima participación y su simpatía, le ayudaba en el trabajo. El lápiz corría por el papel, con leve susurro, y, lo que le gustaba más, lo volvía a leer varias veces, alegrándose sinceramente del éxito. En la casa era casi la única persona que tenía fe en el trabajo de Pável; a los demás parecíales que no saldría nada, y que él no hacía más que tratar de llenar con algo su inactividad forzosa.

Ledenev regresó a Moscú de un viaje en comisión de servicio, y, después de leer los primeros capítulos, dijo:

- Continúa, amigo. La victoria es nuestra. Aún tendrás grandes alegrías, camarada Pável. Creo firmemente que tu sueño de volver a filas se realizará pronto. No pierdas la esperanza, hijito.

El viejo se marchaba satisfecho: siempre encontraba a Pável rebosante de energías.

Venía Galia, su lápiz se deslizaba susurrante sobre el papel y crecían las hileras de palabras sobre el pasado inolvidable. En los momentos en que Pável, sumido en sus pensamientos, caía bajo el poder de los recuerdos, Galia observaba el temblar de sus pestañas y el mutable brillo de sus ojos, reflejando el cambio de sus pensamientos, y en aquellos instantes no podía creer que estuviese ciego, pues en sus pupilas límpidas, sin una sola manchita, palpitaba la vida.

Cuando terminaban el trabajo, la muchacha leía lo escrito durante el día y observaba cómo Korchaguin fruncía el ceño, escuchando atentamente.

- ¿Por qué frunce el ceño, camarada Korchaguin? ¡Si está bien escrito!

- No, Galia, está mal.

Después de las páginas poco felices comenzaba a escribir él mismo. Encadenado en la estrecha franja de la falsilla, a veces no aguantaba, y dejaba de escribir. Y entonces, en una furia infinita contra la vida que le había quitado la vista, rompía los lápices, y en sus labios, mordidos, aparecían unas gotitas de sangre.

Hacia el final del trabajo, comenzaron, con más frecuencia que de costumbre, a escapar de las tenazas de la voluntad vigilante los sentimientos prohibidos. Estaba prohibida la tristeza, como asimismo toda una cadena de sencillos sentimientos humanos, ardientes y tiernos, que tenían derecho a la vida casi en cada hombre, pero no en él. De entregarse, aunque no fuera más que a uno de ellos, todo habría terminado en una tragedia.

Taia regresaba de la fábrica avanzada la noche y, luego de intercambiar a media voz unas palabras con María Yákovlevna, se acostaba.

Fue escrito el último capítulo. Durante unos días. Galia leyó a Korchaguin la novela.

Al día siguiente, el manuscrito sería enviado a Leningrado, a la sección de propaganda y cultura del Comité regional. Si, allí daban al libro "billete para la vida", lo entregarían a la editorial, y entonces...

Su corazón latía con inquietud. Entonces... sería el comienzo de una nueva vida, lograda con años de trabajo intenso y tenaz.

La suerte del libro decidía la de Pável. Si era derrotado, marcaría su postrer crepúsculo. Pero si el fracaso fuera sólo parcial, si fuese posible remediarlo con más estudio, comenzaría inmediatamente una nueva ofensiva.

La madre llevó a correos el pesado paquete. Llegaron días de tensa expectación. Jamás en su vida había Korchaguin esperado cartas con una impaciencia tan torturante como entonces. Vivía contando los minutos entre el correo de la mañana y el de la tarde. Leningrado callaba.

El silencio de la editorial se hizo amenazante. Con cada día el presentimiento de derrota se iba fortaleciendo, y Korchaguin se confesaba que si desechaban sin reservas el libro, aquello sería su muerte. Entonces no podría continuar viviendo. No tendría ya sentido.

En aquellos momentos recordaba el parque de las afueras, junto al mar, y una y otra vez se preguntaba:

"¿Lo hiciste todo para salir del anillo de hierro, para volver a filas, para hacer útil tu vida?"

Y respondía:

"¡Sí, me parece que todo!"

Muchos días después, cuando la espera ya se había hecho insoportable, la madre, emocionándose no menos que el hijo, gritó al entrar en la habitación:

- ¡¡¡Correo de Leningrado!!!

Era un telegrama del Comité regional. En el papel había unas breves palabras: "Novela calurosamente aprobada. Se pasó a publicación. Le felicitamos por la victoria".

Su corazón latía presuroso. He aquí que el sueño dorado habíase convertido en realidad. Había sido roto el anillo de hierro y otra vez, con un arma nueva, volvía a filas y a la vida.

1930-1934